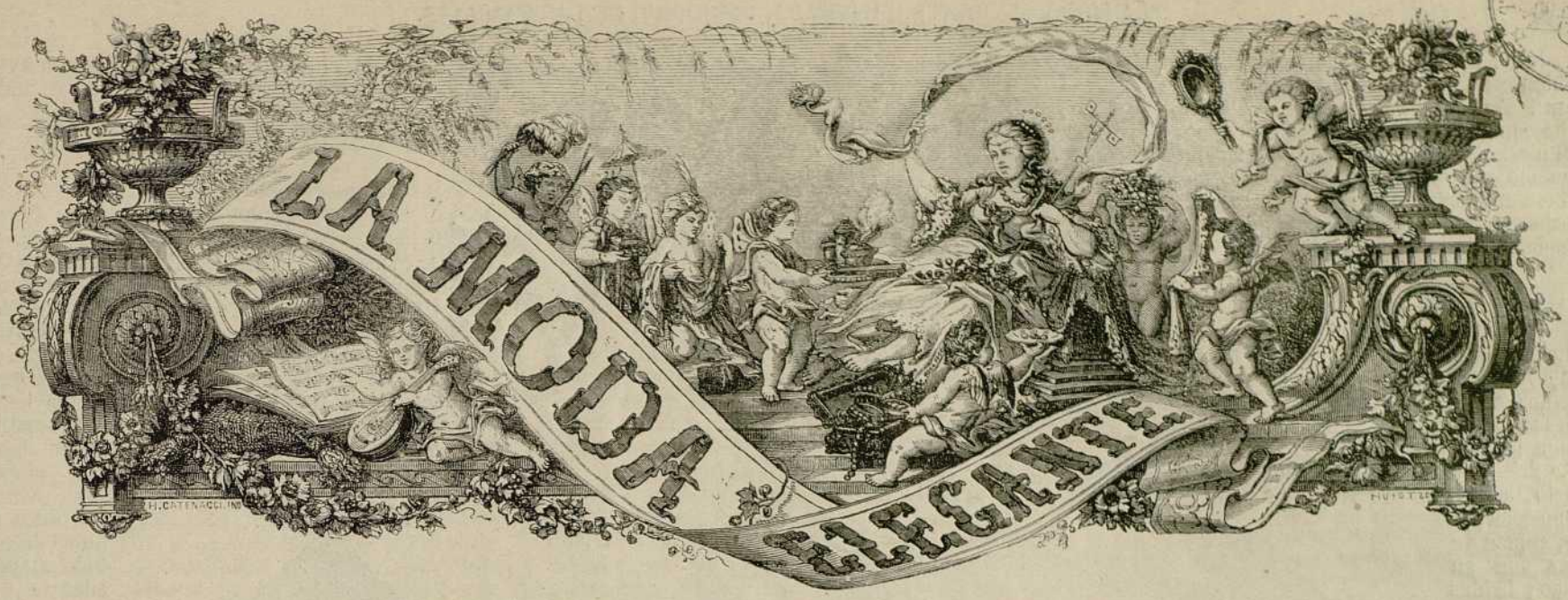


AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 37

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Guarnicion de guipur para trages de Otoño.— Cubre-maceta.— Dos cuadros á punto ruso.— Centro de un velo de butaca de frivolité.— Dibujo para tapete de mesa.— Cinco modelos de sombreros.— Dos cófias.— Trage de tafetan negro. — Zagalejo de cachemira. —Trage de pelo de cabra maiz.

Felipe.— Amor y desventura ó el pintor del gran duque de Alba.— El amor,— Su recuerdo.— Los vecinos de Darlingen.— Teatros.— Figurin iluminado.— Problemas de ajedrez.

Guarnicion de guipur sobre red para trages de Otoño.

Este trage está hecho de popelina violeta; la guarnicion se compone de cuadros de diferentes dimensiones hechos con seda negra en guipur sobre red; se puede tambien, por economía, emplear filadiz en lugar de seda, pero la labor no será tan bella.

Para ejecutar uno de los cuadritos cuyo dibujo publicamos, se hacen 7 mallas sobre un molde de un centímetro y cuarto de circunferencia; cada cuadro tiene 7 mallas en todos sentidos. Este fondo se borda á punto de zurcido y á punto de esprit, se adorna con ruedas pequeñas, y finalmente se festonea por su contorno. Estos cuadritos están destinados á guarnecer las mangas y las faltriqueras, los del borde inferior tienen algunas mallas mas; unos y otros se disponen siguiendo las indicaciones del dibujo.

Cubre-maceta.

MATERIALES.—Hule color castaño; carton; cañutillos grandes de vidrio blanco, otros verdes; cañutillos mayores blancos; hilo grueso blanco; alambre.

Un pedazo de carton, del tamaño suficiente para forrar una maceta de flores, se cubre con hule color castaño, que se adorna por su parte exterior con un enrejado hecho con cañutillos largos blancos y con otros verdes mas cortos. Estos cañutillos deben ser mas cortos en el borde inferior que en el superior de la maceta. Se fija el enrejado sobre el hule por medio de algunos puntos, luego se ejecuta una guarnicion de cuentas blancas y verdes; se ensartan las cuentas en alambre; cada una de las dos primeras vueltas se liga con los cañutillos verdes del borde superior del enrejado, mientras que en la tercera vuelta se pasa el alambre despues de cada feston por la cuenta del medio de uno de los festones de la vuelta anterior.

Publicamos además otros dos dibujos, que se podrán sustituir si se quiere al enrejado, así como tambien otro dibujo de guarnicion para el borde superior.

TRAGE DE OTOÑO CON GUARNICION DE GUIPUR SOBRE RED.

Dos cuadros á punto ruso.

Se podrán utilizar estos cuadros para guarnicion de trages, disponiéndolos segun las indicaciones del dibujo que figura en la primera página de este número. En este caso, se le ejecuta con torzal de seda sobre fondo de tafetan; estos cuadros servirán tambien para cabos de cinturon; y en fin, bordados con algodon sobre nansouk, se asociarán á cuadros hechos al crochet, red ó *frivolité*.

Centro de un velo de butaca de frivolité.

Nuestro dibujo representa el centro de un velo de butaca ejecutado con hilo, y cuyo diámetro es de 50 centímetros. —Se principia por una argolla ó anillo compuesto de: 4 dobles nudos, —1 piquillo,—6 dobles nudos, —1 piquillo,— 6 dobles nudos,—1 piquillo,— 4 dobles nudos.

Se toma una nueva lanzadera (cuyo hilo servirá solamente de *sosten*), se ata la nueva hebra junto al anillo terminado, y se hacen con ella 6 dobles nudos. Viene en seguida, con la primera hebra, un anillo igual al anterior; solo que en vez de hacer el primer piquillo, se ata el anillo al último piquillo del último anillo.

Se hacen 6 dobles nudos, y así se continúa alternativamente, hasta que se hayan hecho en todo 7 anillos, separados entre sí por 6 nudos al derecho. El hilo que sirve de sosten se aprieta de modo que se formen con estos anillos una rosácea, que se reune cosiendo unos con otros los piquillos del primero y del último anillo. Se atan juntos los dos cabos de la hebra que sirve de sosten. Al principio de la 2.ª vuelta se ata la hebra de una de las lanzaderas al piquillo del medio de un anillo, se hace un anillo, se vuelve á tomar la segunda lanzadera, y se trabaja como en la vuelta anterior, con la diferencia de que se hacen 8 dobles nudos en vez de 6; en la 2.ª vuelta hay 15 anillos.

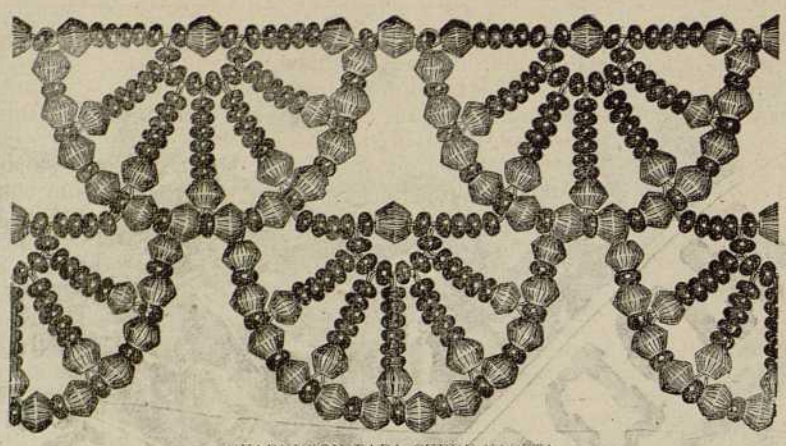
Todas las demás vueltas se labran del mismo modo, aumentando el número de los anillos y de los dobles nudos, dispuestos de modo que la labor permanezca bien plana.

En nuestro modelo la 3.ª vuelta se compone de 26 anillos; despues de cada vuelta se corta la hebra y se la fija.

Dibujo para tapete de mesa.

El bordado de este tapete se ejecuta con trencilla color castaño y galoncillo

de seda del mismo color sobre reps de lana tambien castaño, pero de tinta un poco mas oscura. Todo ello se orla con punto ruso hecho con torzal de seda maiz. Se puede sustituir la trencilla con punto de cadeneta ejecutado con seda color castaño. El tapete se forra con *lasting* de lana ó percalina, y se orla con un cordon de lana que forma en cada esquina una hoja de trébol.

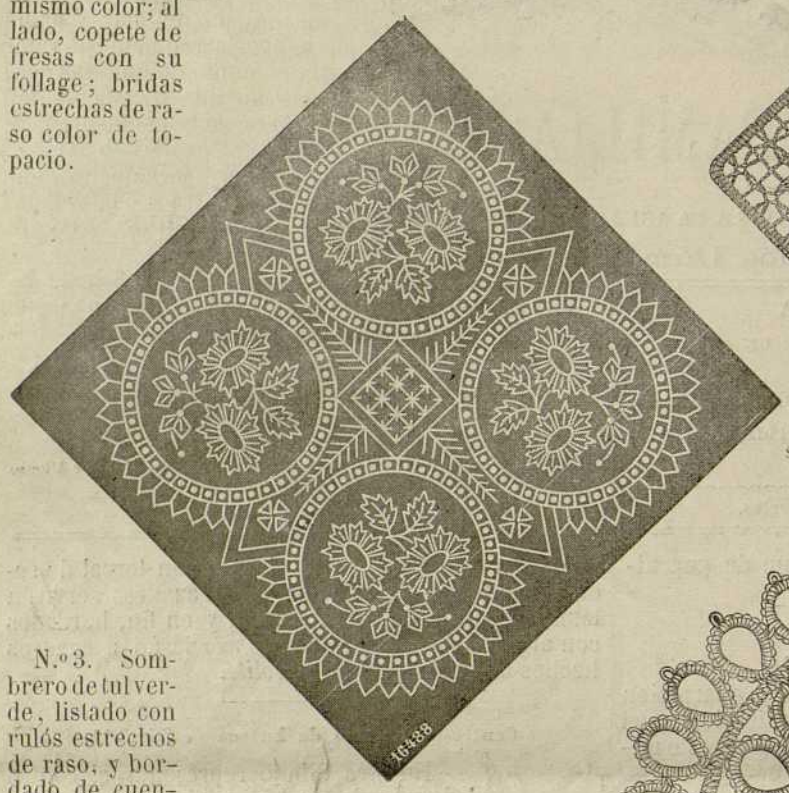


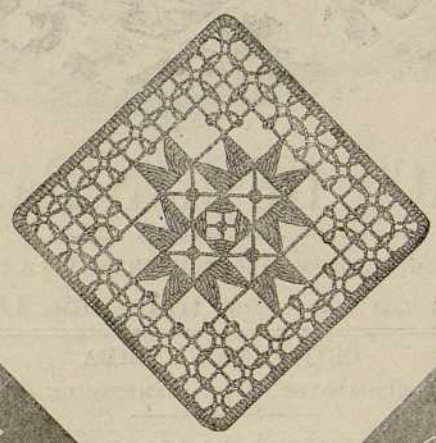
GUARNICION PARA CUBRE-MACETA.

SOMBREROS.

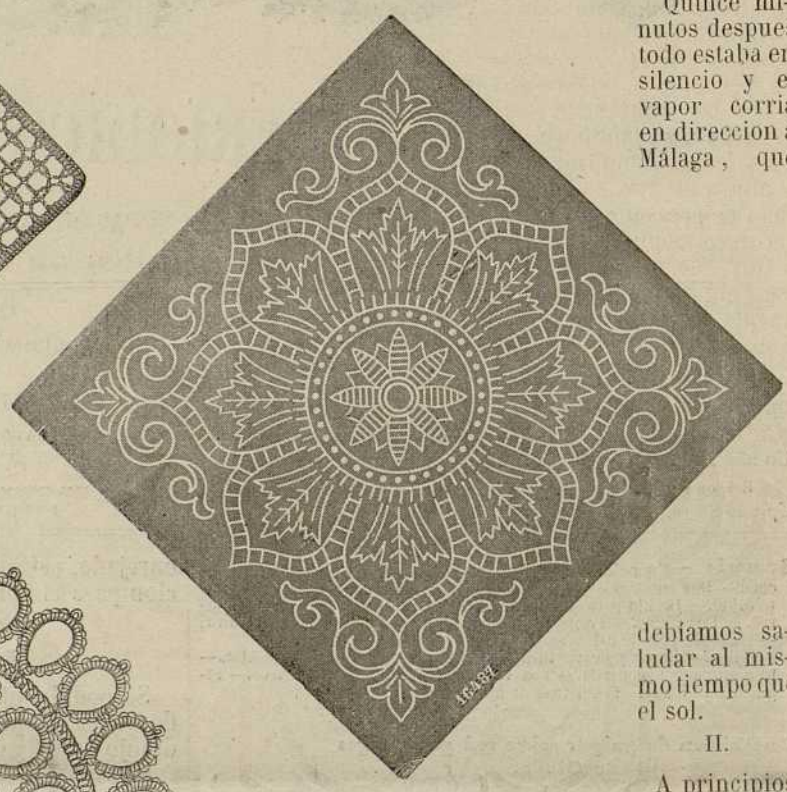
N.º 1.—Sombrero de tul blanco, ligeramente fruncido, dentado, adornado con cascabelilos de cristal blanco; guarnicion de azaleas blancas; bridas blancas, orladas de encage blanco.

N.º 2.—Sombrero de crespon color de topacio, adornado con rulós de raso, del mismo color; al lado, copete de fresas con su follage; bridas estrechas de raso color de topacio.





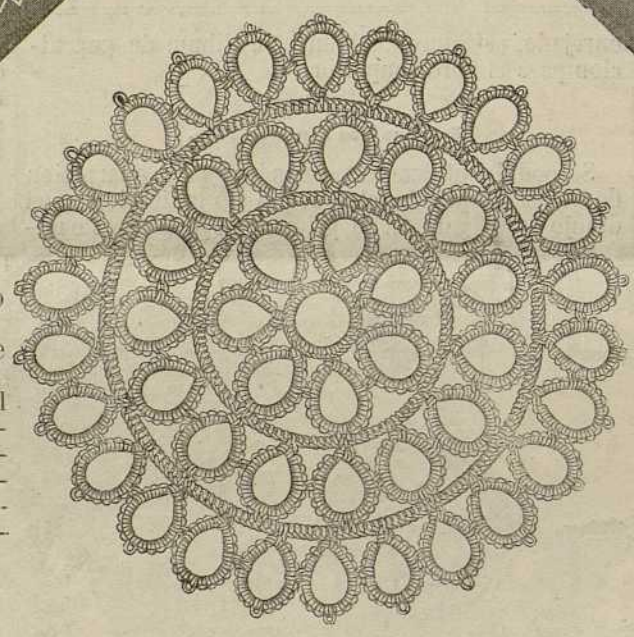
CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED PARA TRAGES DE OTOÑO.



N.º 3. Sombrero de tul verde, listado con rulós estrechos de raso, y bordado de cuentas negras; follage verde metálico, y encage negro con cascabelillos tambien negros.

N.º 4.—Sombrero de paja amarilla, con trenza de paja y ramo de flores de paja; encages negros.

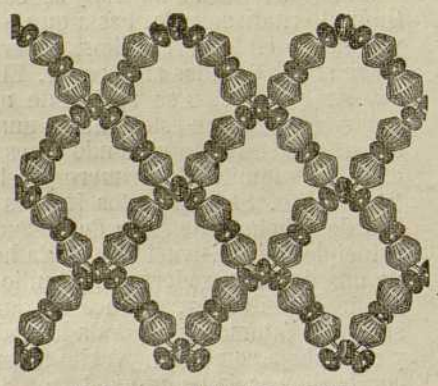
N.º 5.—Sombrero de crin blanca; fanchon de tul y encage negro formando anchas bridas, simplemente cruzadas; por delante una diadema de terciopelo negro, separándose del sombrero para guarnecer lo alto de la cabeza, y que va adornada con flores encarnadas de terciopelo; bridas pequeñas de tafetan negro.



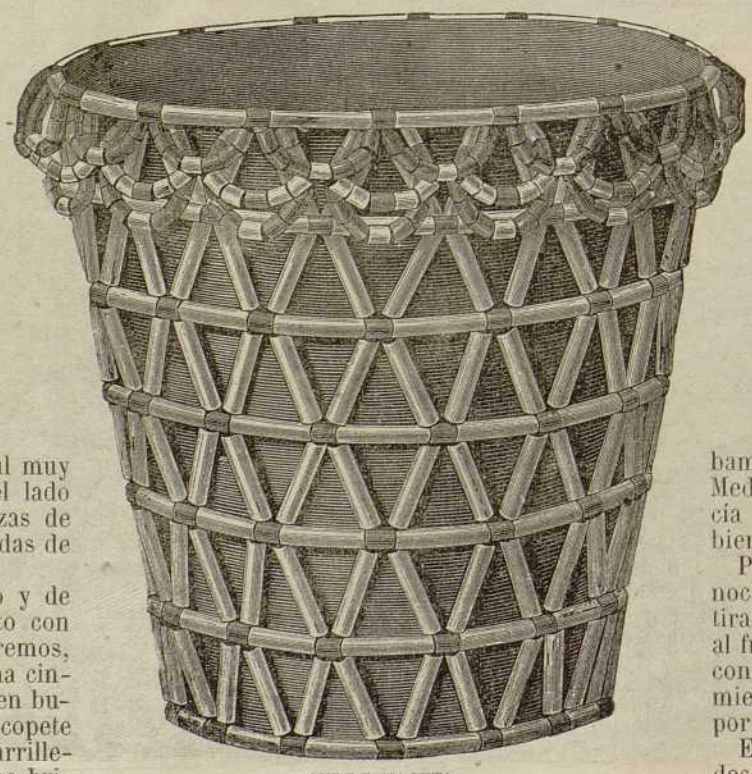
CENTRO DE UN VELO DE BUTACA DE FRIVOLITÉ.

Dos cófias.

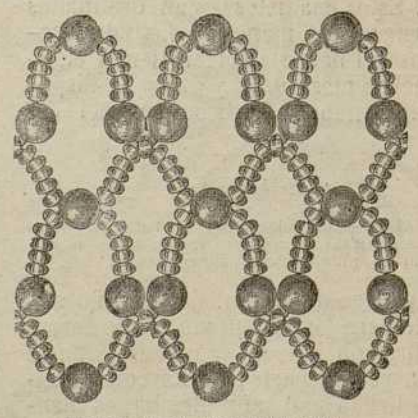
N.º 1.—Esta cófia es una simple catalana (cuadrilongo); está compuesta de entredoses de guipur, con



DIBUJO PARA CUBRE-MACETA.



CUBRE-MACETA.



DIRUJO PARA CUBRE-MACETA.

buclecillos al rededor; estos son de cinta azul muy estrecha (cero), y forman un copete sobre el lado transversal de detrás, cayendo de él dos trenzas de cinta, de tafetan azul; bridas, iguales, orladas de guipur blanco.

N.º 2.—Cófia de guipur, cintas de terciopelo y de tafetan rosa. Lo alto de la cabeza va cubierto con una catalana un poco escotada por ámbos extremos, rodeada de guipur, encima del cual se pone una cinta estrecha de terciopelo rosa de la que penden buclecillos de la misma cinta; por delante un copete de buclecillos forma una diadema; al lado, carrilleras de tul de guipur que terminan en anchas bridas de cinta de tafetan rosa. Son muy recomendables estas cófias por su sencillez y elegancia.

FELIPE.

I.

..... Cuando doblábamos la Punta de Europa, Felipe se levantó de pronto y empezó á recorrer la cubierta, dando alaridos, y gritando: "el rayo! el rayo!" Mesábase los cabellos y la revuelta barba que hacia medio año no se cortára. Sus compañeros le dieron, para calmarlo, una botella de rom, que apuró en dos tragos, tendiéndose despues al pié del cañon de la chimenea, murmurando entre sollozos: "el rayo! el rayo!"

Quince minutos despues todo estaba en silencio y el vapor corria en direccion á Málaga, que debíamos saludar al mismo tiempo que el sol.

II.

A principios de Junio de este año hice un viage desde Cádiz á Alicante, en uno de los vapores que salen de Liverpool y concluyen su carrera en Barcelona, para deshacer en la semana inmediata el camino recorrido en la anterior. El buque á que me refiero es uno de los vapores correos que despues han hecho con mas celeridad su viage á la Isla de Cuba.

Gozamos, durante la travesía, de un tiempo bellísimo, de un cielo despejado, y de una mar tranquila; tanto, que apenas se notaba el movimiento de las olas á cien brazas de distancia.

El vapor, de fuerza de mas de trescientos caballos, hacia, trabajando á media máquina, de nueve á diez millas por hora, y ni la mas pequeña zozobra de un percance, pasó por la imaginacion de los que vogábamos. Solo al dejar el Océano para entrar en el Mediterráneo, tuvimos un poco de levante que ofrecía alguna resistencia á la proa, y nos roció la cubierta con algunas espumosas ondas.

Pero cuando esto sucedia, eran las doce de la noche: la mayor parte de los pasajeros se habian retirado á sus camarotes temiéndole á la humedad y al frio, y solo unos pocos, entre los que yo me encontraba, no abandonamos la cubierta, unos por miedo al mareo, otros por razones que ignoro, y yo por gozar de aquel espectáculo nuevo para mí.

Entre los pasajeros de cubierta, que eran soldados y gente pobre que no habian podido pagar un

abrigo bajo las escotillas, estaba recostado un hombre, como de cuarenta años, de crespo pelo, enredada y canosa barba, turbios ojos, de fuerzas atléticas, y bronceado color, segun tuve ocasion de examinar á la mañana siguiente.

Este hombre, que hacia el servicio de marinero en los ratos que podia, y al que el capitan miraba con especial predileccion, y para el cual jamás tuvo el contramaestre una reprension, se llamaba Felipe; era catalan, marinero desde que pudo agitar con sus brazos el agua salada, y bravo é inteligente como pocos de los hijos de San Telmo.

Habia sido jóven hermoso, con esa hermosura enérgica, bronceada y poderosa que produce un ejercicio activo y continuado, una musculatura de hierro, y una sangre templada por el sol del Ecuador y de los Trópicos.

Felipe, relegado hoy á la servidumbre del vapor, al oficio mas insignificante, habia sido piloto en una fragata mercante; habia recorrido el Atlántico y dirigido la proa de su barco á través de las montañosas olas del Cabo de Buena Esperanza, por entre las revueltas corrientes del Estrecho de Magallanes, y por las tranquilas ondas del inmenso mar del Asia. Le eran familiares todos los conocimientos náuticos; sabia siempre sin ayuda de los instrumentos la altura en que se encontraba y leia en el azul del cielo el presagio de la tempestad, que nunca le cogia desprevenido.

Hoy, ese mismo Felipe, sucio, derrotado y torpe; ese Felipe que hubiera llegado á ser capitan de una fragata, estaba casi reducido á la miserable condicion de grumete; pero aun en tal estado, el capitan lo atiende, la tripulacion lo respeta y todos le consideran hasta el punto de que solo hace lo que quiere. Si se le manda una maniobra, ó que preste cualquier trabajo y no lo ejecuta, el primer marinero que lo advierte lo desempeña, y siempre está listo cuanto corresponde á Felipe.

¿Porqué esta consideracion respetuosa y tierna á la vez, á un marinero desaliñado, grosero é intratable? Porque Felipe está loco, y sus compañeros que saben la causa, la respetan.

III.

Mientras nos desayunábamos á la vista de Málaga, y á pocas brazas del casco de un vapor holandés que se habia ido á pique en el mismo puerto, se suscitó en la mesa la conversacion del susto que algunos pasajeros habian pasado la noche anterior al oir gritos sobre cubierta, creyendo la mayor parte que nos habia cogido una tempestad, y que el vapor iba á ser destruido por el fuego del cielo.

Cada uno dió su opinion mas ó menos acertada, y el capitan, que nos presidia á pesar de que habia á la mesa dos señoras y un teniente general, que acababa de dejar el mando del distrito militar de Sevilla, tomando parte en la conversacion, nos dijo:

—La circunstancia de que zarpáramos despues de comer, ha hecho que no pudiera advertir á ustedes lo que habia de ocurrir para que no experimentasen temor ninguno. Todas las noches, y muchas veces en medio del dia, se reproduce esa escena, á que nosotros ya estamos acostumbrados; pero que tiene mucho de tierna y conmovedora.

—Pues qué es ello?

—Una historia muy sencilla.

—La oiria con sumo gusto, dije dirigiéndome al capitan.

—Durante los postres la referiré, y conocerán ustedes el motivo de la locura de Felipe, y seguramente se conmoverán, principalmente las señoras y los que como yo tengan hijos.

Apesar de la opinion de que nosotros los marinos tenemos corazon de bronce, hay sin embargo excepciones que demuestran lo contrario.

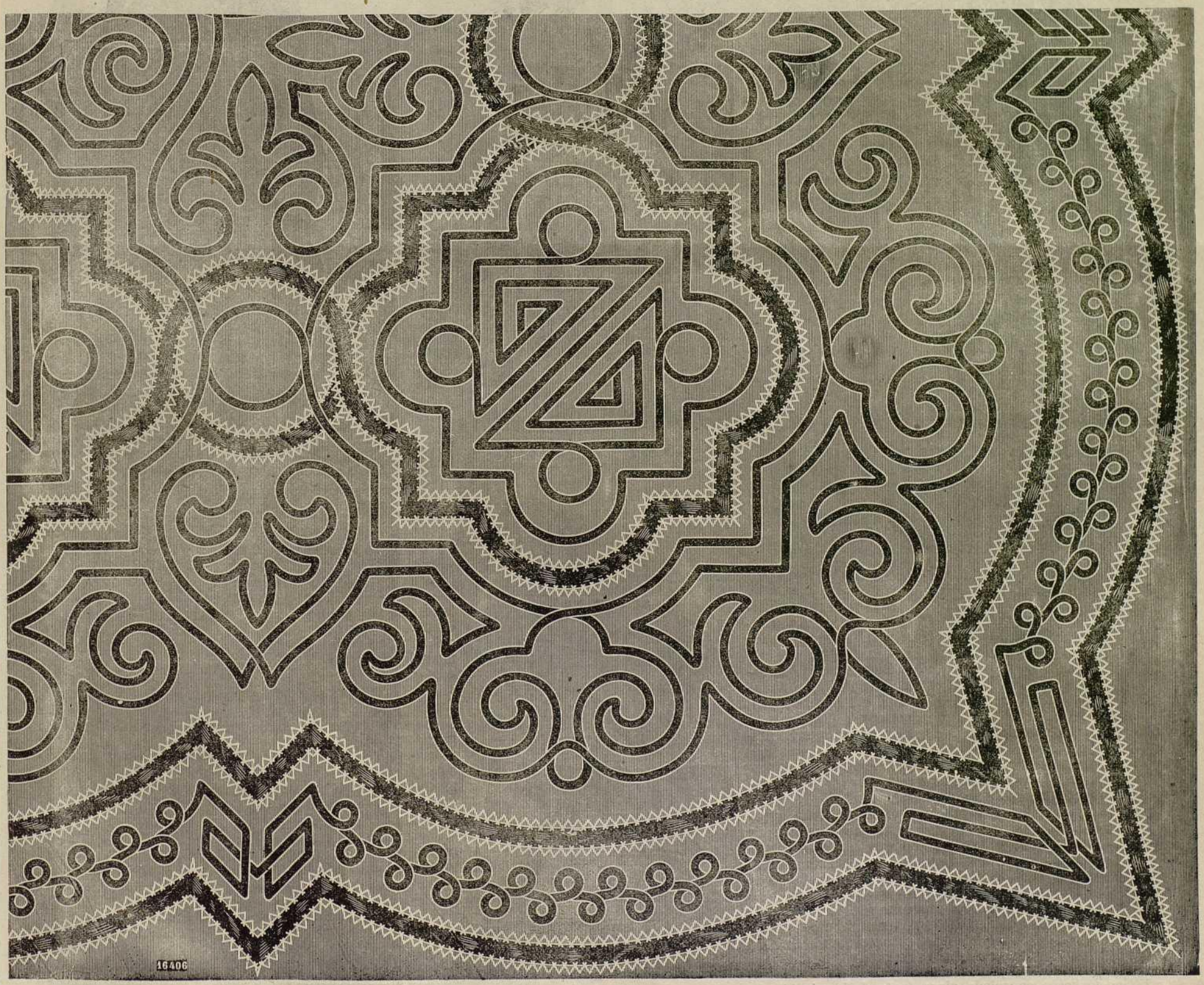
Ahí tenemos á Felipe: él era y aun es, el mas valiente cuando tenemos que luchar con la tempestad, y llora como un niño siempre que viene á su memoria el suceso que le ha enloquecido. Solo á fuerza de rom, que le produce los efectos del opio, se calma durante algunas horas, para volver á su delirio cuando ha cesado la accion alcohólica.

Felipe era un bizarro marinero, hace diez años, y lo mismo manejaba el timon de un navío que los remos de una barquilla.

Tenia un profundo conocimiento del mar y habia hecho varios viages que habian acreditado su valor y sus conocimientos hasta el punto de que una casa catalana lo eligió para piloto de una fragata de mil toneladas, que hacia servicio entre la península y las Islas Filipinas.

Felipe, hijo y nieto de marino, se habia casado, y llegó á tener tambien dos hijos, á los cuales llamó Jorge y Guillermo, los que pensó dedicar á su misma profesion.

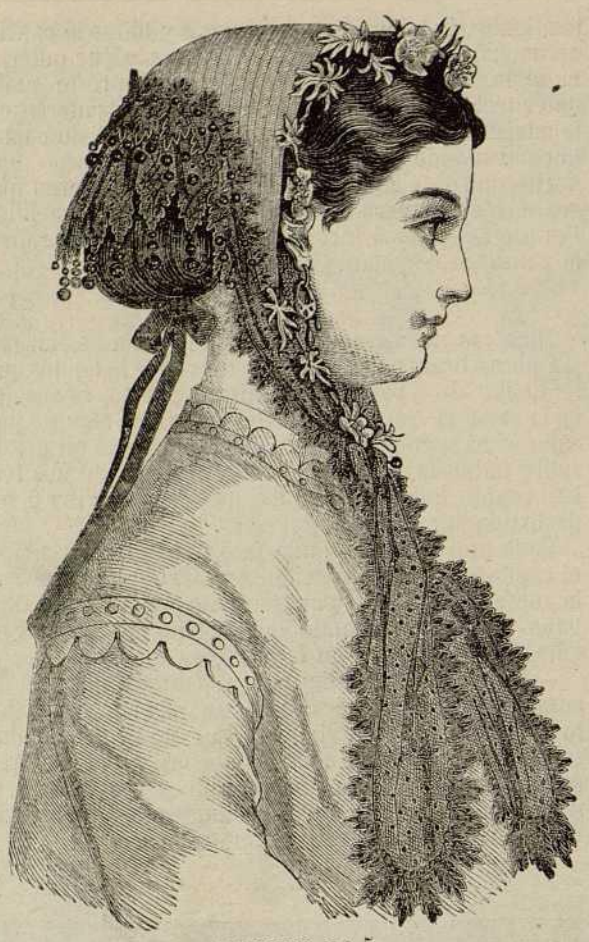
Hace cinco años que un hermano de Felipe, que estaba en América, y que habia adquirido alguna fortuna, quiso que se le asociara, y lo llamó á su



DIBUJO PARA TAPETE DE MESA.

lado con toda su familia. Así es que Felipe, con su mujer y sus hijos, se hizo á la vela en un bergantin, y dos años mas tarde, muerto el hermano y realizada su herencia, la familia retornaba á Cataluña, cuando una tempestad que les cogió á la altura de las Canarias, destrozó la fragata, que se fué á pique, llevándose la fortuna de Felipe, á su mujer y á su hijo menor Guillermo. Felipe y Jorge se salvaron milagrosamente, con algunos tripulantes, en una lancha que fué socorrida mas tarde por este vapor en que vamos, y que hacia su primer viage á las Américas, los cuales continuó por espacio de dos años, y que volverá á empezar dentro de algunas semanas.

Felipe quedó arruinado, viudo, con un solo hijo, el mas querido, es verdad; pero de rico é independiente que era, reducido á la pobreza y á tener que volver á la vida del mar.



SOMBRERO N.º 5.

SOMBRERO N.º 4.

SOMBRERO N.º 1.

SOMBRERO N.º 3.

CÓFIA N.º 2.

Llegamos á Puerto-Rico, y Felipe no abandonó el buque: antes al contrario, pidió colocacion en él, y obtuvo el cargo de segundo piloto, que ha desempeñado dos años.

Jorge, que apenas contaba ocho, hijo de un padre robusto, único consuelo y esperanza de este, empezó su educacion marítima, logrando un desarrollo prodigioso, y una agilidad sorprendente. Al mismo tiempo, le explicaba su padre prácticamente las nociones náuticas que necesitan un largo estudio teórico, y hace un año que Jorge sabia tanto como un marino que lleva diez años de servicio: conocia el cielo y el mar; veia de noche una vela á cuatro millas de distancia; solo tardaba en subir y bajar á lo alto del palo mayor tres minutos, y nadaba como un pez.

Bajo tan buenos precedentes, Jorge tenia abierto un magnífico porvenir, y á los veinte años habria sido uno de esos intrépidos marinos que asombran al mundo y que dominan las aguas, las nieblas y los vientos.

Felipe se habia consolado algun tanto de la pérdida de de su mujer, de su otro hijo, y de la fortuna heredada de su hermano, pero le quedaba que sufrir el último golpe, el que habia de acabar con la razon del infeliz.

Un dia que navegábamos con direccion á Vigo, en el mes de Setiembre último, la mar estaba un tanto encrespada, el viento era duro, y las nubes amontonándose sobre el horizonte, presagiaban una violenta tempestad.

No tardó esta en presentarse tan fuerte como son siempre las que se promueven en el golfo de Gascuña, porque es sabido que el nordeste en el mar Cantábrico produce las borrascas mas espantosas que se atraviesan en la vida del marino.

¡Ya era de noche: la electricidad coloraba las puntas de los palos, y el casco de hierro del vapor experimentaba sacudidas misteriosas, que nos hacian temblar á cada instante.

SOMBRERO N.º 2.

Era este el primer buque de hierro que yo montaba y no calculaba, lo confieso con franqueza, que los extremecimientos que experimentaba eran hijos del estado atmosférico y no de la agitacion del oleage.

CÓFIA N.º 1.

Felipe, colocado en el timon, vió los fuegos de San Telmo en las puntas de los palos, y al mismo tiempo que el primer trueno heria nuestros oidos y el primer relámpago alumbraba el espacio, me envió un recado con su hijo para que hiciera caer al agua las cadenas de los para-rayos.

Comprendí la justicia de la advertencia, y con la bocina dí la órden para que fuese ejecutada inmediatamente. Por desgracia de Felipe, una de las cadenas se habia enredado en el cordage de la cangreja y fué preciso que un grumete subiera á desenredarla. Jorge subió; y mientras estaba ocupado en esta operacion, difícil porque tenia que ejecutarse

en la oscuridad, brilló el relámpago, se oyó la voz de la inmensidad, y la chispa eléctrica desprendida de las nubes, descendió á lo largo del palo mayor, envolvió en su fluido á Jorge, que asfixiado cayó de espaldas sobre la escotilla de la máquina, donde se hizo pedazos la cabeza.

Por rápido y misterioso que fué el suceso, Felipe vió á su hijo subir al aparejo, y tambien lo vio caer un momento despues.

Lanzó un grito que á todos nos llenó de espanto, abandonó el timon y vino á recoger el cadáver de su hijo, sangriento y medio carbonizado.

La escena que siguió no la puedo referir; pero la comprenderán ustedes. Luchamos con la tempestad hasta el amanecer, y el pobre Felipe no se separó del cadáver de su hijo que tenia destrozado entre sus brazos.

Aquel hombre no lloraba, ni gemía, apenas salia de su pecho otro sonido que el de una respiracion estertórea.

Veinte y cuatro horas, durante las cuales nos fué imposible separar al padre de los inanimados restos de su hijo, llegamos á Vigo. Para dar sepultura al cadáver hubo que engañar á Felipe, diciéndole que él nos acompañaria; y para darle fuerzas le hicimos tomar un vaso de vino, en que el médico de la sanidad habia puesto un narcótico.

Dos dias despues nos hicimos á la mar para Lisboa, pero ya Felipe estaba loco, no loco furioso, sino en el estado en que ustedes le han visto.

Siempre que llega la noche su imaginacion se exalta, y exclama: "el rayo! el rayo!"

Despues llora, llama á Jorge, á Guillermo, á la madre de estos, y se duerme entre los vapores del rom para repetir sus exclamaciones al dia siguiente.

Así lleva cinco meses; no ha querido dejar el buque, pues dice que quiere morir donde su hijo ha muerto: y como no podemos llevar como tripulantes gente inútil, tiene asignado en el vapor un empleo que todos se apresuran á desempeñar por él.

Esta es la historia de los gritos que han oido ustedes esta noche, y como ya saben que se reproducirán dentro de algunas horas, no creerán, como algunos, que estamos en peligro de morir.

Nos levantamos de la mesa y todos nos dirigimos al sitio que ocupaba el desgraciado Felipe, para observar y compadecer á aquel hombre que habia perdido en el mar á su mujer, á sus hijos, su fortuna y el juicio, y que sin embargo no queria separarse del mar.

A***

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan negro con tiras de tafetan violeta, y botones gruesos negros y violeta sobre cada costura. Cinturon-locura guarnecido como el trage. Corpiño montante.

Zagalejo de cachemira verde claro.—Trage corto de linós blanco, con galon y medallones adornados de bordado breton. Cinturon corre-pondiente con medallones.

Trage de pelo de cabra maiz, con rulós de raso del mismo color.

AMOR Y DESVENTURA

ó

EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

(CONTINUACION.)

IV.

El pintor se hallaba en la mayor ansiedad. Pasábanse sus dias en la mas profunda tristeza. Si el billete que le habia entregado la beata, que pensaba debia de ser una amiga de la condesa de Armsberg, era verdad, la última línea que contenia aquel escrito debia de ser mentira? No revelaba que aquella incomparable criatura habia amado al artista, y que tal vez habria muerto pronunciando su nombre y doliéndose de su ausencia y de su amor? El bálsamo vertido sobre la herida del artista por aquella sola línea no bastaba á devolverle la tranquilidad, antes bien le hacia ver el tesoro que habia perdido, y su tristeza fué tal, que permaneció mucho tiempo encerrado en su taller...

Solo tenia por criado un negrito, que le compraba los colores, se los molia, y le preparaba su paleta.

Habíale vestido de damasco azul forrado de seda amarilla, con lo que se habia hecho notable y todos le conocian en Amberes.

Volvia un dia este negrito del palacio del Duque de Alba donde habia ido á tomar las órdenes para su amo, cuando una muger le llamó aparte, y le entregó una carta dirigida á Antonio Moro.

Era una invitacion en que le rogaban que fuera aquella noche al Beaterio de S. José, donde las beatas debian tener un concierto religioso. Chocóle mucho aquella cita en el beaterio y al momento le vino á la imaginacion el encuentro que habia tenido con una beata en las naves de la Catedral. Parecióle que aquella carta era de la misma letra, de la misma mano que la recibida anteriormente.

Gozoso encargó á su negro le tuviese dispuesto su mejor trage para la noche, y se fué á acabar su gran cuadro de la Resurreccion en la iglesia de los Padres Jesuitas.

Mientras trabajaba en aquella obra que le habia encargado y en que tanto interés tenia el Duque de Alba, no cesó de pensar en Olivia. Los rayos con que iluminaba la suave cabeza de Cristo al salir del sepulcro, le parecian que eran los que debia de llevar tambien victoriosamente sobre su frente la bella Olivia en la mansion de los arcángeles. No habia mas diferencia sino que su Cristo radiante, invencible se lanzaba desde las sombras del sepulcro y la Condesa de Armsberg se hallaba para siempre encerrada en él.

A la hora acostumbrada dejó sus pinceles, y con el corazon mas aliviado se marchó á su casa donde le esperaba el negro. Con el esmero con que se vistió diríase mas bien que se componia y acicalaba para un baile que para un concierto cantado por monjas.

Quiso desplegar su coquetería delante de una mujer que habia podido conocer á Olivia. Queria aparecer en su presencia con toda la magnificencia de su trage, á fin de que esta creyese que la Condesa de Armsberg no habia amado á un pobre pintor, un hombre de nada, un artista indigno de ella. Además, aquel cuidado en componerse y en-

galanarse le distraia, y se figuraba que Olivia, cuyo retrato presidia á su tocador, le miraba y se complacia en verle.

Sonreíase delante del retrato cual un amante deseoso de agradar. Colocóse airosamente sobre sus hombros una magnífica capita de terciopelo negro bordado y colocó sobre su cuello la órden de Cristo que le habia dado el Duque, é iba ya á marcharse cuando oyó de repente en la escalera un sordo ruido, y apenas tuvo tiempo de guardar en su secreto escondite, con un suspiro el retrato de su amada difunta.

Era oscura la noche. El negro bajó, cogió una bujía y salió á alumbrar al que subia ya la escalera.

Era este un hombre de quien al pronto no se veia mas que la pluma negra de su gorra, porque echada esta sobre el rostro se lo ocultaba casi del todo, y venia embozado en su capa negra y enteramente lisa.

Descubrióse, y el pintor tembló de piés á cabeza....

Era el Duque de Alba.

Nunca á la verdad el rostro de aquel imperioso gobernador, á quien tenia el artista el insigne honor de servir, le habia parecido mas pálido y severo.

—Coge tu paleta y tus pinceles, dijo al pintor, y sígueme....

—Seguir á Vuecelencia á estas horas, exclamó Antonio. Yo me habia vestido para ir á una funcion....

—En efecto, contestó el Duque, mirándole de pies á cabeza, en efecto os habeis vestido de gala, mi querido Moro, precavido habeis andado porque las mujeres que os voy á hacer ver, son todas señoras de calidad....

—Vá á llevarme Vuecelencia á casa de unas señoras.

—A casa de unas señoras y muy principales.

—Y quiere Vuecelencia que lleve conmigo mis pinceles?

—Quiero que os acompañe vuestro negro, con todos los avíos necesarios para pintar. Vamos, y no hay que replicar, continuó arqueando las cejas, sois mi pintor, seguidme.

Preciso fué obedecer á la voz que acababa de acentuar estas palabras, aquella voz dejó aterrado al pintor.

Comprendia vagamente este que algo extraño y terrible iba á pasar entre el Duque y él. Siguió al Duque espantado despues de haberse abotonado el cinturon de su espada, y de haber echado una triste mirada sobre el sitio donde tenia escondido el retrato de Olivia.

V.

Despues de haber andado silenciosamente, precedidos del negro que llevaba la caja de colores, algunos minutos por las desiertas calles de Amberes, llegaron el Duque de Alba y el pintor al palacio del gobierno.

Subió primero el Duque los escalones del vestíbulo, y le recibieron cuatro esbirros vestidos de negro. Les dió algunas órdenes, y despues cogió de la mano al pintor y le introdujo en los aposentos. Estaban estos alfombrados de modo que no se oyó el ruido de los pasos, y tan débilmente alumbrados que sin la bujia de un portero que iba delante de ellos, hubieran corrido el riesgo de tropezar en algunos de los preciosos muebles que los adornaban. Llegaron á una puerta cuidadosamente cerrada, empero por las rendijas de la que se escapaban varios rayos de luz. Llamó el Duque con la mano, y al momento se abrió la puerta y el pintor se halló en una estancia profusamente iluminada y delante de cinco mujeres ó mas bien delante de cinco velos negros, porque cada una de ellas tenia un velo echado á la cara á manera de máscara.

Era sin duda aquella estancia la sala del *Consejo de Sangre* porque estaban sus paredes entapizadas de negro y adornado su frente con los retratos de cuerpo entero del Rey Felipe II y del Duque de Alba, separados los dos únicamente por una espada que representaba la espada de la ley.

Asombrado grandemente se hallaba el pintor y no sabia qué pensar de cuanto estaba viendo, cuando tocando una campanilla el Duque, hizo que un portero tragese una silla y un caballete.

—Moro, le dijo el primero, aquí ves cinco mujeres que mañana al amanecer serán decapitadas en la plaza mayor de Amberes. Se las há cogido á todas ellas en el Beaterio de San José y su correspondencia secreta con los partidarios del Príncipe de Orange está entre mis manos. Son Señoras muy principales y algunas de ellas pertenecen á las familias mas influyentes de la ciudad, y de su partido. Quiero que mueran con los honores debidos á su alta gerarquía. Así te encargo que me saques sus retratos para enviárselos al Rey Felipe II. Conque manos á la obra, y despacha pronto, pues que necesitarán su tiempo para ponerse bien con Dios.

Estas sangrientas palabras sumergieron al pintor en una especie de letargo.

Mientras así hablaba el Duque, ni un grito, ni un lamento, ni un suspiro se habia escapado de debajo de aquellos cinco velos negros; aquellas víctimas insultaban con su silencio la cobardia de su verdugo.

Brillaba con feroz alegría la frente del Duque de Alba, como para excitarse á sí mismo; afectaba volver á leer las diversas cartas que tenia en las manos, y echaba sobre cada una de aquellas mujeres una mirada de odio y de venganza.

En la manera con que miró el pintor comprendió muy bien este que sería inútil toda súplica; toda clase de resistencia.

Con mano trémula cogió sus pinceles, y encomendándose á Dios, cuya santa imágen se veia clavada en la cruz, sobre la mesa, cual si el Duque hubiera querido hacerle testigo de sus crueldades, llegóse al caballete y se preparó á emborronar el lienzo. El Duque con mano atrevida alzó el velo de la primera de aquellas mujeres, y soltando un rugido comparable al de un tigre, señaló él mismo al pinter su modelo....

Hallábase el pintor en aquel momento bajo la garra de un espantoso demonio, trazaba sobre el lienzo las facciones de aquella muger, casi como un hombre puede firmar un e crito obligado por un asesino con una pistola al pecho.

A cada mártir que pintaba, el Duque decia al pintor su nombre y le obligaba á escribirlo debajo del retrato.

No sabemos cuanto tiempo tardaria el pintor, el que por mas que se daba prisa, padecia cual si él fuese el mismo verdugo. Al pintar veia sobre aquellos cuellos tan hermosos y tan pálidos una línea de sangre. El estupor ó la resignacion que parecian haber cerrado para siempre la boca de aquellas pobres y lindas criaturas hacia de ellas otras tantas estátuas de mármol.

Aplaudia el mismo Duque el trabajo de su inteligente pintor, y mostraba con marcada complacencia los retratos á su secretario y amigo Vargas.

Iba á concluir aquel horrible suplicio para el pintor: ya no le quedaba mas que un solo retrato por hacer: cuando el Duque dirigiéndole la palabra despues de haber levantado el velo de aquella muger, como habia hecho con las otras, le dijo:

—Esta es la mas hermosa, Moro, y se ha negado á decir su nombre, lo dejareis en blanco. No tengo cartas de ella, pero habitaba en el mismo convento, y há osado insultarme con los nombres mas odiosos defendiendo á sus compañeras. Mírala, es la perla de esta corona de sangre. Menester es que me la engarces en ella como las otras.

Aterrado el pintor dejó caer de las manos el pincel, el que se apresuró á recoger del suelo el Gran Duque de Alba y entregándoselo dijo:

—Y bien ¿qué tienes que te se escapa de la mano el pincel? Cárlos V recogió el suyo al Ticiano: bien puedo á mi vez recoger el tuyo; pero ten buen cuidado en trabajar pronto y concluir, si nó quieres tener la misma suerte que esta mujer.

El pintor no escuchaba al Duque; se habia levantado de su asiento y consideraba de cerca á aquella última víctima. Cogióla las manos como para asegurarse de que no era una vana ilusion; era ella misma; su muerta; era Olivia Campana.

Olivia Campana ó mas bien la pálida Condesa de Armsberg, fijaba sobre el pintor sus rasgados y azules ojos suplicantes, y el pintor tomó sin reflexionar sus manos y las cubrió de besos. Recibia sus caricias medio desfallecida sobre su silla; porque de todas aquellas mujeres, era la mas jóven y la que mas sentia perder la vida.

—Tú conoces á esta mujer; dijo el Duque; en ese caso vas á decirme su nombre: vas á decírmelo y piensa que no me gusta aguardar.

—Esta mujer és la mia; repuso el pintor con un fingido movimiento de furor que impuso al Duque de Alba; esta mujer yo la habia perdido; es mi mujer, y no la matará V. E. y no tengo necesidad de hacer su retrato, porque su retrato está en mi casa..., mandad á mi negro que vaya á buscarle, yo voy á decirle en dondo está, en donde lo oculto.... porque esta mujer, sépalo V. E., es mi vida, es mi tesoro. Yo no sabia que estuviese de vuelta y que hubiese buscado un refugio en un convento, perdónela V. E. si le ha insultado con palabras temerarias. El temor de una muerte tan terrible como la del suplicio, habrá podido solo perturbar su razon; perdónemela pues, V. E.

—¡Devolverte esa mujer! dijo el Duque; no, Moro; esta es una comedia; una farsa tuya. ¡Ah! te tiembla la mano, mi pintor, porque es la mas hermosa de todas; la mano te tiembla porque tal vez tú la amas. Poco nos importa á nosotros; debe morir; ó si tú quieres salvarla, continuó clavando sobre el pintor su clara mirada de sangre, dime su nombre. Sin duda es la mujer mas noble de Brabante; necesito saber su nombre, ó la mato.

—Señor; contestó el pintor; concededme algunos instantes y mi negro que está aquí os traerá su retrato; es mi mujer; si la matais me matareis con ella. ¿Qué se necesita para probaros la verdad de lo que os digo? Ved que no tiembla mi voz, si mi mano tiembla, si mis rodillas flaquean. Yo solo soy culpable; yo la habia abandonado; ahora vuelvo á encontrarla; es preciso que obtenga de V. E. su perdon.

Mirad, Señor Duque, cual abrazo á vuestros piés; vuestras rodillas; libertadla.

El pintor se habia arrojado á los piés del inflexible Duque de Alba á quien mejor hubiese sepultado su daga en el corazon. Mirábale el Duque indeciso con aquel aire estúpido de un hombre que quiere soñar. Tan extraordinario y singular era aquel encuentro que le aterraba. Llamando á su secretario Vargas aparte, le habló al oido algunos minutos, que dieron tiempo al negro á que volviese de la casa del pintor con el retrato.

Su vista chocó extraordinariamente y causó gran admiracion al Duque; empero sobre todo á Olivia que no podia volver en sí, del exceso de la audacia de Moro y no se atrevia sin duda á desmentirle viendo cuan temerariamente se habia comprometido.

El Duque examinaba el retrato con glacial atencion, y hubo un momento en que el pintor le creyó dispuesto á concederla el perdon: empero bien pronto triunfó en él su sanguinario instinto y con horrible frialdad le dijo:

—¿Persistes, Moro, en pedirme la vida de esta mujer?.. ¿Prueba este retrato que sea la tuya? Es tal vez alguna cortesana que debes sacrificar; se habrá ido al convento sin decírtelo y la vuelves á encontrar; concibo tu sorpresa. Ha insultado á tu amo y señor, á tu señor, ¿lo entiendes? Debe morir, preciso es que muera. Aquí tienes mi cadena de oro en pago de ese retrato; bien lo vale, ha costado mil ducados. Déjame esa mujer; y vuélvete á tu casa: sobre todo piensa bien que si hablas de todo lo que has visto; á la menor palabra, eres muerto. ¿Qué aguardas pues? Vete.

A este tiempo el Duque arrojó su cadena al cuello del pintor; este la cojió entre sus manos y retorció los eslabones de ella con una rabia imposible de describir.

Los agentes del Duque iban ya á poner sus manos sobre la Condesa de Armsberg, cuando el pintor fuera de sí, y desafiando al Duque, gritó:

—Señor, gracias mil por vuestra Ducal cadena; yo se la daré al verdugo, que hará caer bajo su cuchilla esta mano, pronta á secarse, antes que volver á manejar los pinceles para el Duque de Alba. Desde hoy ya Antonio Moro no es vuestro pintor. Rehuso servir á semejante amo y dejaré á otro su cuadro de la Resurreccion en donde al vencedor de Mulberg, debia figurar á caballo. Quede V. E. con Dios; ya no le pertenezco. Voy á borrar la imágen de un hombre que ha preferido satisfacer su resentimiento y su cólera á la equidad; la imájen de un hombre que ha combatido á los Franceses en Italia y humillado las águilas del Austria. Me vuelvo á Roma, en donde el Papa Paulo IV me recibirá y dará acogida. Iré á decir á aquel venerable Pontífice lo que habeis hecho con una católica; con una hija de la Igiesia mas piadosa aun que V. E. Vais á hacerme escoltar por el verdugo; yo tambien lo espero!

—No se hará eso, vive Dios! dijo entonces con un tono repentinamente calmado el Duque de Alba; no se hará eso mi pintor.... mi único pintor, quiero que veas hasta donde llega la clemencia del Duque de Alba. Marcha con esa mujer, marcha con ella; empero que sepa que á tí solo debe la vida.... dentro de ocho dias iré á mirarme yo mismo en mi cuadro. Piénsalo bien; mañana, ya te lo he dicho, las compañeras de esta mujer enseñarán á los rebeldes, á donde conduce la resistencia á mi voluntad. Toma este papel, es un salvo conducto para tí y para ella.

Escribió el Duque unas cuantas líneas sobre un papel y con un gesto imperióso indicó al pintor su camino.

El Conde de Fabraquer.

(Se continuará.)

EL AMOR.

Composicion dedicada al poeta Sr. D. Vicente Arenas.

El amor es un ángel: una de sus alas toca al cielo, y otra á la tierra.
Angela Grassi.

El amor es una de las mas penosas tribulaciones de nuestra peregrinacion terrestre.
Arlincourt.

Existe una palabra dulcísima y soñada
Que á todos los humanos conmueve el corazon,
Palabra halagadora, fantasma perseguido
Que apenas nace, muere; y á quien se llama amor.

Apenas en el hombre la edad de la inocencia
Se cambia en los dinteles que habita la razon,
Mil sueños de ventura; quimeras engañosas
Le muestran horizontes de límpido color.

Las flores de la dicha que brotan en el alma
Y á quienes fecundiza de la esperanza el sol,
Fragantes, delicadas, despliegan su hermosura
Mecidas por el áura de un sueño engañador.

¡Ay! pobres flores bellas! Apenas han alzado
Sus cálices tan puros que colma la pasion,
El aura que las mece se cambia en tempestades
Que secan de sus hojas la sávia y el verdor!

Ensueño pasagero cual nube de verano
Y aurora de esplendores que cambia el aquilon,
En noche de tinieblas y en lágrimas ardientes
Que mana poco á poco la fuente del dolor.

Fantasma de ventura que tiene en lontananza
Terribles desengaños; la palpitante voz,
Que dice al alma tierna:—Despierta que has soñado;
Las dichas de este mundo, falaz mentira son!

Amor es un arcángel á quien de lodo cubren
Las alas peregrinas de espléndido color,
Y el cual al fin arroja su manto de impureza
Y al cielo se remonta buscando su mansion.

Amor es el suspiro del niño á quien arrullan
Los sueños sonrosados; que puro, encantador,
No tiene un solo pliegue que surque su alba frente,
Ni un pensamiento horrible que turbe su razon.

Amor en esta vida se acoge al seno blando
De madre cariñosa, á quien ha dado Dios
El sentimiento noble que arrastra al sacrificio
De dar la vida en aras de su ferviente amor.

Es el recuerdo dulce de la ventura inmensa
Que al alma sin mancilla la Santa Religion,
Promete en otro mundo, desconocido, eterno,
Que allá tras el espacio domina al mismo sol.

De amor las ponderadas delicias solo duran
Tan solo unos instantes y reina su amargor,
Quizá toda la vida, si viene el desencanto
A marchitar las flores del jóven corazon.

Primero es como el áura suave, halagadora
Que vuela en las florestas con eco gemidor,
Y luego recio viento que anuncia tempestades
Con fuerza prepotente, con desacorde son,

Antonio de S. Martin.

SU RECUERDO.

Allí estaba. La verde enredadera
Daba sombra á su frente.
La brisa que vagaba en la pradera
Dejaba dulcemente
El aroma robado de sus labios,
En el capullo de la blanca rosa
O en los cárdenos lirios de la fuente.
La mirada amorosa
De sus ojos dulcísimos, velados
Y entreabiertos apenas,
Brillaba enamorada, vagorosa,
En sus pupilas claras y serenas.
Qué hermosa estaba! Sus flotantes rizos
Caian en su seno
Como una lluvia de oro,
Meciendo blandamente sus hechizos
Al impulso del céfiro sonoro.
El arroyo á sus plantas murmuraba.
La flor que se mecia
Al soplo de la brisa,
Tan solo codiciaba
Un beso, una mirada, una sonrisa.
El sol en Occidente se ocultaba
Y en su luz desmayada la envolvia:
Ella me sonreia... y suspiraba,
Yo al verla suspiraba... y sonreia!
. . . . . .
Ya no está allí. Los ángeles bajaron
En nubes de colores,
Y con sus blancas alas cobijaron
La flor de mis amores.
El azulado viento
Las fué elevando luego al firmamento.
Ella está allí. Mi corazon la adora.
Y en la noche serena,
Y al despertar la aurora,
Y cuando el sol los horizontes llena
O allá en la tarde con su luz los dora,
En tempestad ó en calma,
Es su recuerdo mi ilusion querida,
La vida de mi vida,
El alma de mi alma!

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Un sublime grito de alegría se escapó del pecho de Herminia; corrió hácia un armario, tomó un cajoncito, sacó con un movimiento febril algunos objetos y volvió donde estaba su hermana. Llevaba en la mano un paquete de papeles y una caja de alhajas.

—Toma!... Teresa; aquí tienes todo lo que yo poseo, diez mil francos y mis joyas: pero M.me Pottewal miró con tristeza los objetos ofrecidos y sacudiendo dolorosamente la cabeza:

—No, mi buena Herminia; murmuró; tú no eres rica; tú tienes hijos y además esto que tú quieres darme tampoco nos puede servir.

Volvió á mirar á su tio con una atencion singular como queriendo leer en el fondo de su alma.

Herminia dejó las alhajas sobre la mesa y sentándose al lado de su hermana, la tomó las manos.

—Vamos, querida Teresa, no desesperes así; tú no quedarás sin amigos, sin socorro sobre la tierra. Mi marido es tan generoso!... ¡nosotros te ayudaremos!... ¡te consolaremos!...

—Consolar?... Oh! Dios mio! exclamó M.me Pottewal; no hay ya consuelo para mí en el mundo. Juzga, hermana mia; tú no conoces toda mi desgracia, mi marido estaba medio loco!... sus ideas embrolladas!... oh! y cuán culpable he sido hácia él!... Ha especulado meses enteros, comprando y vendiendo sin inscribir nada en sus libros, y la ley es inexorable; el desgraciado Pottewal será acusado de hace quiebra fraudulenta, perseguido y arrestado, arresto terrible que le condenará á muchos años de prision.

Un doble grito de inquietud resonó en la sala.

—Y no es esto solo todavía, continuó Teresa con voz ronca. Yo voy á ser madre y el hijo que Dios me conceda vendrá al mundo con la marca de la miseria y el deshonor sobre su inocente cabeza.

Un torrente de lágrimas corrió de los ojos de la desgraciada mujer; Herminia la estrechó en sus brazos llorando tambien con el rostro oculto en su pecho.

M.lle María, profundamente conmovida por la última revelacion de Teresa, se volvió hácia su hermano y juntando las manos exclamó:

—Juan!... Juan!... hagamos alguna cosa por nuestra desgraciada sobrina. Si nos es preciso aventurar alguna parte de nuestra fortuna, el Señor tendrá en cuenta nuestro sacrificio. ¿Bajais la cabeza? lo rehusais? hermano mio ¿podreis permanecer insensible al infortunio inmenso de una madre?...

—Insensible!... dijo Mr. Blondeel limpiándose los ojos, no, María; no soy insensible; pero mi piedad por grande que sea no me ciega tanto. Doscientos mil francos es casi toda nuestra fortuna, y tengo tambien dos chiquetines y una hermana por cuyo porvenir debo velar. Nosotros somos ya viejos para poder ganar dinero, y yo no puedo dejaros pobres en nuestros últimos dias, para que conozcais la miseria. María: esas inocentes criaturas que duerme detrás de esa puerta, serían privadas de su herencia, y nada podria hacer para su felicidad en lo sucesivo... ¡oh! no, no; hermana mia; no me siento con fuerzas para tan cruel sacrificio.

—Sed generoso! Juan.

—Pero para ser generoso con los que no nos han amado nunca, debemos arruinar á los que nos han mostrado toda su vida el vivo amor.

Herminia tendió las manos hácia él y dijo con voz suplicante:

—¡Querido tio, tened piedad de la suerte de mi pobre hermana!... No penseis en mis hijos; mi marido es todavía jóven y trabajará para todos.

—Y bien!... yo haré alguna cosa!... daré cincuenta mil francos.

—Ah! gracias!... exclamó Herminia; hermana mia!... querida Teresa!... consuélate; el tio Juan da cincuenta mil francos.

—No, hermana mia!... no ensayes consolarme, mi suerte está decidida; dijo M.me Pottewal con dolorosa resignacion. Bien lo veo; perdonadme, querido tio, y vos igualmente, mi buena María, perdonadme, si osé venir con la esperanza de un socorro imposible... ¡yo estaba loca!...

—Oh! Dios mio!... gimió Herminia.

—Pero, Teresa, os engañais quizá; exclamó Blondeel; mi intencion es acompañaros á casa de vuestro padre y le probaré que no puede excusarse de dar ciento cincuenta mil francos, cuando yo que no soy ni la mitad de rico que él, consiento en un sacrificio tan considerable por salvar el honor de su hija y de su familia.

—Gracias!... respondió Teresa con desaliento; vuestra bondad no puede evitar el golpe que nos amenaza. Si yo admitiese esos cincuenta mil francos, serian devorados sin fruto en el abismo de nuestra ruina. Lo que yo necesito son doscientos mil francos. ¡Mi padre!... ¿vos esperais en mi padre?... Su corazon está forrado de plata y solo el dinero puede abrirle... Esto ha concluido; Dios me ha castigado y lo he merecido. Dejadme llorar y descansar un rato. Dentro de un momento partiré en el tren.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se abismó en una desesperacion inmensa, pareciendo quedar un instante insensible á los esfuerzos que su hermana y M.lle María hacian para consolarla y devolverla el ánimo. Al escuchar algunas palabras vagas de Mr. Blondeel, respondió con cierto arrebato febril:

—Pottewal no es culpable; yo soy quien le ha conducido á la desesperacion y á la ruina y Dios sabe cuánta parte ha tenido mi padre en esta mala obra: mi pobre marido es una inocente víctima. ¿Os asombra este lenguage?... Ya no soy la misma; la certidumbre de que voy á ser madre me ha quitado la venda de los ojos y partiré con él á paises lejanos, iré donde vaya, para sostenerle, consolarle y si es preciso ganar su pan y el de mi hijo con el trabajo de mis manos; aquí se le calumniará y se le despreciará, atribuyéndole una quiebra fraudulenta, y en su destierro tendrá siempre á su lado quien le defienda y le ame con piadoso respeto y con un afecto sin límites. Pero oh!... cielos!... mi hijo!... esta mancha horrible sobre mi hijo!...

Blondeel volvió la cabeza con sorpresa hácia la puerta; le pareció haber oido volver una llave en la cerradura de la puerta de la casa. Las mujeres estaban demasiado abismadas en su pesar y en su compasion para distinguir tan ligero ruido.

Una voz alegre resonó en el vestíbulo; era Ernesto Decock que subia gritando con trasporte:

—Herminia!... mi buena Herminia!... mi proyecto está aceptado. Aquí te traigo ciento veinte mil francos para nuestros hijos; para nuestros queridos hijos.

Y mostrando una cartera repleta de billetes de banco, se precipitó en el aposento, dirigiéndose hácia su mujer, para poner en su mano el tesoro ganado con tanto trabajo. A la vista de las lágrimas que corrian por las mejillas de Herminia sintió un temblor súbito y deteniéndose en medio de la sala la interrogó con una mirada llena de ansiedad y de inquietud.

—Oh! gracias, Dios mio!... ved aquí á mi Ernesto; él será el salvador de mi hermana!... Y saltando al cuello de su marido le dijo con volubilidad:

—Ernesto, amigo mio, escucha y sé generoso: Pottewal ha perdido toda su fortuna, sus libros están en desórden, y creyendo que hace quiebra fraudulenta, le perseguirán y le echarán á presidio. Doscientos mil francos pueden salvarle; mi pobre hermana va á ser madre y su hijo será deshonrado para siempre... ella morirá... ¡ay! este dinero que me traes con tanta alegría, servirá para devolver la vida á mi hermana y preservar á nuestra familia de una vergüenza eterna. Ernesto, tú me amas tiernamente... y es mi hermana... es una desgraciada madre la que reclama nuestro amparo...

Mr. Decock retrocedió un paso y se llevó la mano á la frente con aire pensativo.

—Bancarrota fraudulenta!... murmuró él; ¡aprisionamiento!... deshonor!... Déjame reflexionar.

Cada uno le miró temblando y con el corazon palpitante. Blondeel que se le habia ido aproximando parecia presto á detenerle por la mano.

—El nombre de mi Herminia deshonrado!... exclamó de repente Ernesto como si una espantosa luz iluminase su espíritu. Ella tendrá que avergonzarse de su hermana!... Toma, Herminia; es un penoso sacrificio para un padre, pero...

Mr. Blondeel que habia previsto esta resolucion tomó la mano de Ernesto y detuvo su accion.

—Cómo! vos que teneis este solo fruto de vuestro trabajo despues de largos años de inquietud, cuando constituye la sola fortuna de vuestros hijos, la dareis? Esto no puede ser, estoy yo aquí para defender á esos angelitos.

—Mis hijos!... repitió Ernesto con una mirada llena de orgullo; por ellos acepto este sacrificio. Su fortuna decís, ¿qué es la fortuna, cuando el nombre de su madre será deshonrado? No, no; ¡oh! cielos!... apartad esa mancha de la frente de mi Ernesto y de mi Herminia. La fortuna se pierde y se gana, pero el honor perdido, no se recobra jamás. Tengo valor y soy jóven, Dios me protejerá. Toma, Herminia, si este dinero puede salvar á tu hermana, sé dichosa; nuestros hijos al menos podrán marchar con la cabeza levantada.

Mientras que Herminia se lanzaba con la cartera en la mano hácia su hermana, Juan Blondeel tomó la mano de Decock y le dijo:

—Ernesto, amigo mio, vos teneis mejor corazon que yo y quiero seguir vuestro ejemplo. El dinero que ofreceis no es suficiente para salvar el honor de nuestra familia, faltan todavía ochenta mil francos: yo los daré.

—Dios mio!... Dios mio!... es posible?... exclamó Teresa casi loca de felicidad. ¡Mi pobre marido!... mi inocente hijo salvados!... ellos serán salvados!...

La pobre mujer queria saltar al cuello de su tio y tendia ya los brazos hácia él, pero no tuvo fuerzas para levantarse y cayó temblando de emocion sobre su silla.

—Vámonos ahora, dijo Juan Blondeel; el tren va á partir dentro de media hora y apenas tenemos tiempo. En lo que á mí concierne, esta misma tarde veré á mi banquero para tomar el dinero necesario. Ahora á Darlingen.

—Yo voy con vosotros, dijo Herminia; quiero ver á mi buena madre. ¡Cuánto habrá sufrido!...

Juan Blondeel corrió á su casa para dejar la bata.

De repente M.me Pottewal se dejó caer de rodillas delante de su hermana y dijo con una voz alterada:

—Herminia, perdon, perdon!... te he hecho sufrir mucho en mi vida, pero tú verás como el reconocimiento y el amor brilla en mi corazon con una santa llama que no se extinguirá jamás. ¡Corazon generoso!... yo te debo la vida y el honor de mi esposo y de mi hijo!... bendita seas! yo rogaré á Dios cada dia porque haga dichosos sobre la tierra á los hijos de mi bienhechora.

Blondeel entró en la sala.

—Venid, venid, dijo; el tiempo es precioso; despachaos, amigos mios, si no vamos á llegar tarde.

Herminia echó los brazos al cuello de M.lle María y murmuró abrazándola:

—Vos cuidareis de Ernesto y de Herminia como su segunda madre ¿no es verdad?

Y concluyendo estas palabras corrió hácia el vestíbulo detrás de sus compañeros de viage que habian ya desaparecido en la calle.

VII.

Pottewal estaba sentado en su despacho con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos en tierra. Su cuerpo estaba inmóvil como su rostro; cual si el pesar y el horror le hubieran petrificado.

Sobre la mesa, al lado de él, se veian libros de comercio y un libro de pequeños caractéres, cuya página abierta llevaba por título: *Capítulo 2.°.—De la bancarrota fraudulenta.*

Hacia mucho tiempo, sin duda, que el infeliz estaba así sumergido en un abismo de sombríos pensamientos, porque su rostro estaba profundamente alterado y sus ojos sin brillo. Una sonrisa maquinal se habia estereotipado sobre sus labios; pero esta expresion era penosa como la última contraccion de la boca de un moribundo y acusaba una desesperacion sin fin.

Pottewal quedó mas de una hora absorto en la contemplacion de su desgracia. Entonces el retintin de la campanilla sonó de repente en su oido. Levantó lentamente la cabeza y volvió los ojos hácia la puerta; pero un suspiro se escapó de su pecho y se torció las manos con un movimiento nervioso cuando vió aparecer á su suegro en la puerta de la sala.

Mr. Romys parecia igualmente muy abatido; estaba pálido, con los ojos encarnados como si hubiera llorado horas enteras.

Estos dos hombres se miraron un instante en silencio. Mr. Romys dijo al fin con plañidero tono y sin cólera aparente:

—Qué horrible desgracia!... pobre familia!... seiscientos mil francos perdidos en un dia!... Comprendo vuestra mortal desesperacion, Francisco; yo no me explico como vivo todavía.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

TEATROS.

FAUSTO. DRAMA LIRICO EN 5 ACTOS.

La aparicion en nuestra escena de esta célebre ópera del maestro Gounod nos obliga á alterar el órden de los acaecimientos, y á posponer hasta otro dia la narracion y reflexiones que nos habíamos propuesto emitir relativas á la corrida de toros del dia 18, la cual tuvo su prólogo bailable, sin que la musa Tersícore mostrase extrañeza alguna al ver que sus rigodones y sus polkas apareciesen como consecuencia lógica de una exhibicion de banderillas, puesto que siendo la fiesta iniciada por una Junta de Damas, nada era mas natural que un baile. Por otra parte, ¿no hay reuniones que se denominan *the dansant?* ¿pues qué inconveniente hay en que á esta se le llame exhibicion *dansante?* Para bailar solo se necesita un pretesto

cualquiera, porque con los buenos deseos de la juventud se puede contar sempre.

Pero nada de esto es ahora del caso: por tanto nos ceñiremos á nuestro asunto, que, como llevamos dicho, se reduce á decir algo de la ópera cuyo título va por cabeza de nuestro articulo de hoy.

Fausto, como es sabido, es el protagonista del célebre poema de Goethe que lleva el mismo nombre. De esta produccion está sacado el argumento de la ópera. Por aquí, pues, empezaremos.

¿Quién era Fausto? Un viejo doctor que no podia llevar en paciencia el ser viejo. Esto nada tiene de particular. Pero viendo que sus libros y sus elucubraciones no habian alcanzado á remozarlo, llama en su auxilio á Satanás, quien se le aparece en forma de un caballero vestido de encarnado, bajo el seudónimo de Mefistófeles. Sorpréndese el doctor al encontrarse con semejante visita, y mas con la proposicion que le hace de estar á sus órdenes en la tierra, si él se compromete á estar á las suyas en el infierno. Fausto rehusa; pero al mostrarle el diablo en apariencia á la bella Margarita, que hilaba al torno, y al prometerle que se la dará por via de prólogo á sus aventuras juveniles, el viejo doctor firma el contrato, con lo cual queda en el momento convertido en apuesto galan, con brios para enamorar, no solo á aquella rubia, sino á todas las demás rubias y pelinegras de Alemania.

Margarita tenia un hermano llamado Valentin, que estaba próximo á partir para la guerra. Tambien tenia un pretendiente, que no se iba á ningnna parte, y que estaba predestinado á que no le sucediera nada, como no fuese á recibir calabazas.

Hay una feria: los estudiantes y los soldados enamoran á las muchachas, rabian de envidia las viejas, como antes rabiaba Fausto, y entre el vino y las canciones aparece Mefistófeles para aguar la fiesta. Pide cantar su copla, y brinda por Margarita; Valentin lo lleva á mal y saca la espada, así como sus compañeros, pero las espadas se rompen, y sospechando que aquel personage no podia ser otro que el diablo, le presentan la cruz; este signo le ahuyenta, pero jura que se vengará.

Terminado este incidente atraviesa la escena Margarita; Fausto se dirige á su encuentro y le ofrece el brazo; ella lo rehusa ruborizada, pero le parece el mancebo harto mejor que su pretendiente Siebel.

Con estas ideas vuelve Margarita á su casa, junto á cuya puerta hay una pila de agua bendita, en la que ella no pensó mojar el dedo para alejar tentaciones. Siebel llega, y pone en el umbral un ramo de flores; el diablo, que conoce harto mejor el corazon humano, coloca junto al ramo un rico aderezo. Margarita sale; ve las flores, pero se pone el aderezo, con el cual se encuentra muy bella, ratificándoselo así su vecina Marta. El fruto maduraba visiblemente, y era ocasion oportuna para que llegasen Fausto y Mefistófeles. Este último, para dejar el campo libre á su protegido, enamora á Marta, principiando por anunciarle que su marido ha muerto, lo cual no es obstáculo para que ella se deje enamorar aunque sea del diablo, feo y todo como allí aparece.

La conquista de Margarita no es menos rápida ni ofrece mayores dificultades. Despues de jurarse que se volverian á ver al otro dia, ella entra en su casa, se asoma á la ventana, que es baja y sin reja, y exclama; "Vuelve, tesoro mio." El tesoro, que lo oye, corre á la ventana, se abrazan con ternura, y el telon, *mas prudente que el autor* (como decia Fígaro) cae lentamente, dejando que cada cual saque allí las consecuencias que le parezcan mas probables.

En el acto siguiente suceden muchas cosas. Valentin ha vuelto de la guerra y se entera de lo ocurrido. Fausto y Mefistófeles llegan á la puerta de Margarita á darle una serenata. Valentin sale, los insulta, se bate con ellos, y es mortalmente herido por Fausto. Acuden gentes, y entre ellas la hermana del que está espirando, y que al morir la maldice. Aterrorizada acude á la iglesia, donde la voz de Mefistófeles le dice que es vana su oracion porque está condenada. Ella, al oirlo, huye de aquel sitio.

Acto quinto. Margarita está en la cárcel, y ya se alza el patíbulo en que ha de morir por haber muerto por su propia mano á su hijo. Fausto y Mefistófeles llegan para salvarla. Ella le recibe amorosamente en sus brazos, pero se niega á huir. Se postra, ruega al Señor que la perdone, muere, sube al cielo, Fausto se queda allí viéndola subir, y Mefistófeles cae derribado por la espada del árcángel.

Tal es el drama. Goethe declaró que su *Fausto* era una *extravagancia singular*, y que habia agradado mucho porque era *oscuro*. Si nosotros decimos lo que él dijo no se nos podrá tachar de parciales. Fausto, en su obra, no es mas que un escéptico y un egoista. Mefistófeles es un diablo burlon, alegrote, bromista, amigo de pendencias, es en suma un diablo de buen tono, que solo se le conoce que es diablo porque huye de la cruz. Como no se ve en Margarita la lucha entre la virtud y el amor, y como no se da en el drama razon que explique su crímen, resulta que no interesa á nadie. Por otra parte, esto de irse al cielo vestida y calzada, parece como que exigia el que hubiésemos podido ver en ella esos grandes arrepentimientos, esas sublimes expiaciones, que la misericordia divina impone como condicion al que despues de graves faltas quiere llamar á sus eternas recompensas. Es lo mismo que dijimos al hablar por primera vez del *D. Juan Tenorio*.

¿Qué diremos de la música de esta ópera? Solo que no la hemos comprendido todavía lo bastante para apreciarla; cosa que nada tiene de extraño, siendo constante que somos completamente profanos en el arte. Hay en ella demasiada profundidad para que pueda discernir sus bellezas por una sola impresion quien no esté muy avezado al estudio de la armonía. Esto no ha sido un motivo para que un público, donde hay tantas personas inteligentes, la haya aplaudido, y en especial algunos trozos que hasta ha hecho repetir, con gran placer nuestro.

La ejecucion ha sido satisfactoria. La Sra. Marchisio con la maestría que acostumbra, y el Sr. Petit admirable en el papel de Mefistófeles, que es el gran papel del drama, porque exige, no solo un cantante, sino un actor consumado. Las demás partes han coadyuvado poderosamente al éxito de la obra.

Esta produccion se ha puesto en escena con toda la brillantez que conlleva nuestro mezquino escenario. La empresa nada ha omitido para presentarla del modo mas digno que le era posible.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

INSTITUTO
DE
SEÑORITAS EN CADIZ,
BAJO LA DIRECCION
DE LAS RELIGIOSAS DEL AMOR DE DIOS.

Estas Señoras están consagradas exclusivamente á la educacion de las niñas. Llenas de un celo santo, y de amor á la patria, creen que el mejor servicio que pueden prestar al cielo, y al bienestar y prosperidad de los pueblos, es ocuparse noche y dia en educar niñas para Dios, para sus padres, y para la sociedad.

Y todo *por el amor de ese mismo Dios*, á quien principalmente sirven.

La educacion, pues, que se da en el Instituto llamado del AMOR DE DIOS, es esmeradísima.

Abraza todos los ramos que constituyen una niña perfectamente educada, á saber: los necesarios, los de utilidad y los de adorno. Y aun cuando se dé la preferencia á los primeros, se cultivan los de adorno en términos que no se deja nada que desear. Por ejemplo: las lenguas francesa, inglesa é italiana, se enseñan por profesoras que las dominan bien y las enseñan mejor; de manera, que las niñas educandas que honran sus Colegios puedan hablarlas con perfeccion, sin necesidad de ir á tierra extranjera, ni de vivir expuestas á perder nuestro hermoso idioma, y los gustos y los sentimientos nacionales, que es una de las mayores desgracias que pudiera aquejar á una Señorita española.

Cada nacion de las que pueblan la tierra cree que sus respectivas hijas pueden muy bien ser educadas en su suelo patrio y por las de su propio pais: ¿porqué, nototros españoles, no habríamos de tener la misma creencia, mucho mas, cuando nada hay que se aventaje á la vivacidad y despejo, y á los instintos nobles y generosos de la mujer española?

Por lo que hace á nosotros hablamos por experiencia, y tenemos la conviccion íntima de que los padres de familia encontrarán para sus tiernas hijas en el Instituto dirigido por las Señoras hermanas del AMOR DE DIOS todos los adelantos y ventajas que pudieran ir á buscar á paises remotos y extraños, sin los inconvenientes y peligros que suelen traer consigo el alejamiento de la familia y una educacion extranjera.

El Instituto de que se trata, ocupa un local elegante, espacioso, ventilado y muy propio del objeto á que se le destina. Es una de las mejores casas de Cádiz.

Las Señoritas que se confien á este Instituto serán tratadas y asistidas con el mayor celo y esmero, procurando su aplicacion y adelantos sin otros estímulos que el santo temor de Dios, y el sentimiento vivo y delicado del honor. Uno de los primeros medios de que se vale el Instituto para estimular la aplicacion y buen comportamiento de las Señoritas educandas es pasar mensualmente á las familias de las mismas una nota circunstanciada de los adelantos de sus respectivas niñas en las diversas asignaturas que estudian. Jamás se las perderá de vista, ejerciendo sus buenas maestras sobre las niñas una vigilancia maternal y cariñosa.

Harán las siguientes comidas, distribuidas en horas convenientes y de acuerdo con las costumbres del pais. Por la mañana: un desayuno que consistirá ordinariamente en un plato de carne ó pescado ó huevo, y además café con leche ó chocolate. A la comida: sopa variada, cocido, un principio y postres. Merendarán todas las tardes; y la cena consistirá en ensalada, un plato de carne ó pescado y postres. Todo será abundante, bien condimentado y servido con delicadeza y aseo.

La enseñanza se dividirá en enseñanza general y de adorno.

La enseñanza general comprende: doctrina cristiana, religion y moral é historia sagrada, lectura, los diferentes caractéres de letras que hay, especialmente la española é inglesa, gramática castellana, historia, geografía, aritmética con el sistema métrico decimal, elementos de cronología y de geometría y de historia natural. Y para las niñas mas adelantadas algunos conocimientos en literatura y mitología.

Esa misma enseñanza general abraza *toda clase de costuras, zurcidos, bordados* y *labores;* así como los ejercicios gimnásticos *propios de niñas*, que bajo la direccion de una Señorita profesora, y á voluntad de sus respectivos padres ó encargados hagan las mismas: ora para su mayor desarrollo, ó bien como medida higiénica para conservar la salud.

Siempre se respetará el gusto y deseos de los padres para enseñar á sus hijas, con mas ó menos extension y preferencia, ciertas clases de asignaturas. Y aun cuando en este Instituto se enseñan todos los ramos que abrazan y completan la educacion de la mujer, así los que se refieren al gobierno y buen órden de una familia, como todos aquellos que son necesarios para lucir en la sociedad mas culta; *se preferirán*, como queda dicho, *los que sean mas útiles, y de una aplicacion inmediata para arreglar una casa, y economizar gastos en la misma.* A este fin se enseñará tambien á las niñas toda clase de cortes en telas y lienzos. Y en ocasion oportuna y tomando en cuenta sus respectivas edades, se las enseñará prácticamente en el guarda-ropa, cocina y demás oficinas del Colegio el gobierno y manejo de una casa.

El costo de cada pension es de cuatro mil reales anuales, satisfechos por trimestres adelantados. Es además de cuenta de la señorita el lavado, planchado, libros y materiales de las labores.

Por cada clase de adorno: canto, piano, inglés, francés, italiano y dibujo, se satisfacen treinta reales mensuales.

Se admiten colegialas medio pensionistas, siendo el precio de tres mil reales, pagados en las mismas condiciones arriba mencionadas.

Por la educacion de las alumnas externas en todos los ramos que abraza la enseñanza general, se abonarán setenta rvn. mensuales. En el anuncio se designan las horas de entrada y salida en el establecimiento.

Se abre una clase de párvulas de dos á seis años; el estipendio que han de abonar por toda enseñanza es de cincuenta rvn. mensuales, no siendo pensionistas ni medio pensionistas, en cuyo caso será aquel de tres mil quinientos y dos mil quinientos reales anuales.

Por último, se establece una clase gratuita para las pobres, que tendrá lugar los domingos y dias festivos.

Las personas que deseen cuantos informes les sean necesarios, pueden dirigirse á la R. M. Superiora del Instituto de dos á seis de la tarde, calle de Isabel la Católica número 3.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VIOLETA, plegado hasta una altura de 35 centímetros poco mas ó menos; corpiño montante igual á este trage. Trage de encima de tafetan crudo, festoneado con seda violeta; el paño de delante festoneado tambien por ambos lados de arriba abajo y excede un poco del trage, formando una tira cuadrada; iguales tiras forman faltriqueras. Paletot ajustado igual al trage, entreabierto en el escote y cruzado; cinturon igual, atado por detrás, terminado por dos bandas cuadradas. Gorra de paja color castaño, guarnecida con follages del mismo color.

TRAGE DE PELO DE CABRA GRIS CHINÉ. El borde es dentado y va orlado con un ruló de tafetan verde; botones gruesos por delante desde el cuello hasta los piés; estos botones van forrados de tafetan verde; seis rulós de tafetan verde, fijados en la costura del hombro, guarnecen por ambos lados el corpiño y se estienden hasta la parte inferior del trage redondeándose; terminan en una gran rosácea de la misma tela que el trage, las hojas de la rosácea se orlan con un ruló de tafetan verde. La misma guarnicion en el borde inferior de las mangas. Cinturon verde, con rosácea de igual color.

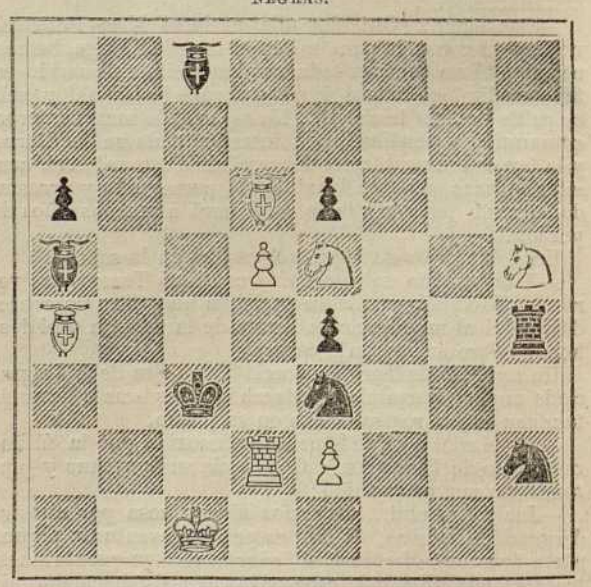
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 100.

Blancas.	*Negras.*
1.ª P. 4.ª C.R.ª	T. 4.ª A.R.ª jaque.
2.ª P. toma T.	T. 7.ª T.R.ª
3.ª P. 6.ª A.R.ª	A. 2.ª A.R.ª
4.ª P. toma P.	Cualquiera.
5.ª P. toma C. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 101, COMPUESTO POR M. H. STAVENUTER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 38.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Cinturon con tirantes.—Corpiño blanco de alpaca.—Bolsa de frivolité.—Dos orlas á punto ruso.—Tapete ó platillo de red y cintas.—Bordado sobre nansouk:—Encages al crochet. — Trage de alpaca blanco.—Trage de pelo de cabra. — Trage de fulard azul. — Entredos bordado.—Orla á punto ruso y punto de feston.

La candorosa, danza.—Los vecinos de Darlingen. — Amor y desventura.—El fondo de la copa.—Problemas de ajedrez. — Explicacion del figurin iluminado.

Cinturon con tirantes.

Está hecho de tafetan negro y va orlado de galon negro, sobre el cual se ponen á intervalos iguales chapas redondas de azabache; será fácil ejecutarlo por el patron de un corpiño montante, en el cual se reservará solamente la altura del cinturon y la sisa de los brazos.

Corpiño blanco de alpaca.

La guarnicion de este corpiño montante se compone de una tira de cachemira azul de 3 centímetros de ancho, y de otra de cachemira blanca que tenga 2 cents. y medio, recortadas ámbas por uno de sus lados largos, cosidas de modo que la tira blanca cubra á la azul hasta las puntas de esta. Un galon azul de 3|4 de centímetro de ancho, bordado de cuentas blancas de cristal, cubre la costura de las dos tiras; este galon está adornado por un lado con puntos rusos hechos con lana inglesa azul; un dibujo especial reproduce esta guarnicion en tamaño natural; un segundo dibujo representa otra guarnicion, que se ejecutará con trencilla y torzal de seda para el punto ruso, el feston, el punto de cordoncillo y el punto de nudillos.

Bolsa de frivolité y cuentas.

Se ejecuta con torzal de seda gris y cuentas de acero; se hace la frivolité con dos hebras, en una de las cuales (que dede servir de sosten) se ensartan cuentas. La bolsa se compone de dos partes redondas; cada una de ellas se principia por el círculo del centro: un nudo al revés,—1 piquillo (todos los piquillos de este círculo tienen 3|4 de centímetro de largo, y 6 cuentas que se deslizan antes de hacer el piquillo),—12 dobles nudos, cada uno seguido de un piquillo. Se cierra el círculo atando la seda y cortándola.

CINTURON CON TIRANTES.

2.ª *vuelta.* — Se vuelve á principiar haciendo un nuevo círculo: * 2 dobles nudos seguidos de una cuenta cada uno,—un doble nudo,—1 piquillo corto (sin cuentas),—2 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo atado á un piquillo del círculo anterior, de modo que se encuentre la 3.ª y la 4.ª cuenta de las 6 de este piquillo,—2 dobles nudos, seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo. Se cierra este círculo atando la seda; se deslizan 2 cuentas, luego se hace un gran círculo compuesto de 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, —un doble nudo,—1 piquillo con 4 cuentas,— 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, — un doble nudo,—un piquillo corto,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,— 1 doble nudo, — 1 piquillo con 4 cuentas,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo;—se deslizan 2 cuentas y se vuelve á empezar 11 veces desde *.

Cada circulito de los siguientes debe ligarse al piquillo siguiente del círculo del centro; solo que, en vez del primer piquillo, se ata el nuevo círculo al piquillo del círculo anterior; lo mismo en los grandes círculos, en vez del primer piquillo con 4 cuentas, se ata la hebra al último piquillo del círculo anterior, entre la 2.ª y la 3.ª cuenta. Al fin de la vuelta se atan las hebras y se las corta.

3.ª *vuelta.*—* 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo, — 1 piquillo corto, — 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, — un doble nudo atado al piquillo del medio del primer círculo de la vuelta anterior,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo,— 1 piquillo con 2 cuentas,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,— un doble nudo; se aprieta la seda para formar un círculo; á un centímetro de distancia se hace un segundo círculo: 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, — un doble nudo atado al último piquillo del último círculo de esta vuelta,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo atado entre las 2 cuentas del piquillo (de la vuelta anterior) que se encuentra entre dos círculos, —3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo,—1 piquillo con 2 cuentas,—3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo, — un intervalo de un centímetro. Vuélvase desde * otras 11 veces; fíjese la hebra y luego córtese,

Cuando de este modo se han preparado 2 pedazos redondos, se los forra con tafetan encarnado, se los cose por su contorno, y se los ata á una boquilla de acero. Una serie de grandes círculos orla la bolsa. El primero de ellos se compone de 12 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo,—1 piquillo con 2 cuentas, - 3 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta,—un doble nudo. A un centímetro de distancia se hace el círculo siguiente; * 4 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, — un

doble nudo atado al piquillo del primer círculo de esta serie,—7 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta.—1 doble nudo,—1 piquillo con 2 cuentas, —4 dobles nudos seguido cada uno de una cuenta, —un doble nudo,—se deja un intervalo de 1 centímetro. Se vuelve á empezar desde *, hasta tener un número suficiente de círculos para orlar la bolsa. Se suprime el último piquillo del último círculo.

Dos orlas á punto ruso.

Estos dos dibujos convienen para adornos de ropa blanca, chaquetas, vestidos de niños, etc. Se los hace con torzal de seda sencillo ó doble, de muchas tintas del mismo color, ó bien de muchos colores diferentes. Para una de estas orlas se emplean cuentas.

Tapete ó platil o de red y cintas.

Esta nueva labor se presta para formar tapetillos de mesa de labor ó de juego, y tambien para platillos de lámpara ó de candelero, etc. Se hace un fondo de red, luego se le atraviesa en cruz con cinta de color vivo de medio centímetro de ancho; la orla se ejecuta con la misma cinta.

Se principia la red por 2 mallas con un molde de centímetro y medio de circunferencia; se aumenta una malla al fin de cada vuelta, y cuando el fondo tiene la mitad del tamaño que se le quiere dar, se hace una vuelta sobre el mismo número de mallas, luego se disminuye una malla al fin de cada una de las vueltas siguientes, hasta que solo queden 2 mallas; por esta red se pasan las cintas; se cubren estos bordes con cinta igual doblada de modo que forme puntas.

Bordado sobre nansouk ó muselina para corpiños, cófias, etc.

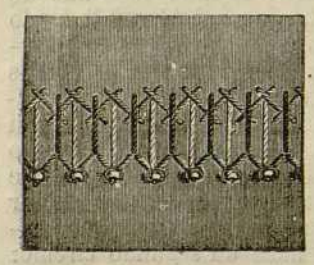
El enrejado se ejecuta con seda negra, y se hace un lunar con algodon blanco en cada punto de union.

Encages al crochet

Se ejecutan con hilo ó algodon mas ó menos fino, segun que se destinan á adornar ropa blanca,—cubre-piés,—cortinas, etc.

Encage n.º 1.—Se le hace á lo largo, principiándolo por el medio.

1.ª *vuelta.*—Sobre una cadeneta del largo que necesite, se hace: * un punto sencillo sobre cada uno de los 2 primeros puntos,—3 sencillos en el punto siguiente,—1 sencillo sobre cada uno de los 2 siguientes,—3 puntos hechos juntos. Esto se verifica tomando sobre el crochet el lado superior de 3 puntos, volviendo á tomar la hebra, y haciendo como si se ejecutase un solo punto.—Vuélvase desde *.



BORDADO AL PUNTO RUSO.

2.ª *vuelta.*—* Una brida cruzada en el 3.º de los 3 puntos hechos juntos para las bridas cruzadas (véase la *leccion de crochet* inserta en uno de los números anteriores);—pero aquí, antes de la brida sencilla que termina la brida cruzada, se harán siempre 3 puntos en el aire,—despues de la brida cruzada un punto en el aire, por debajo del cual se pasan 5 puntos. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—* 5 bridas sobre los 3 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el punto en el aire aislado entre 2 bridas cruzadas. Vuélvase desde *.

Se hace la 4.ª *vuelta* al otro lado de la cadeneta: * una brida sobre cada uno de los 2 primeros puntos que se encuentran entre 2 bridas cruzadas,—3 puntos en el aire por debajo de los cuales se pasan 3 puntos. Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta.*—En cada punto de la vuelta anterior uno sencillo.

Encage n.º 2.—Es una imitacion de los encages *eternos*; se le hace sobre una cadeneta del largo que se necesite. Este encage se compone de 4 vueltas de bridas cruzadas, *contrapuestas*, cuya explicacion se encontrará en la *leccion de crochet* arriba mencionada. En las 3 primeras vueltas, estas bridas están separadas por un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto. En la 4.ª vuelta, en vez del punto en el aire, se hace un piquillo, es decir, 6 puntos en el aire, y 1 sencillo en el punto que precede á estos 6. Este encage puede hacerse mas ó menos ancho.

Encage n.º 3.—Miñardís y crochet. Para el borde superior se hace sobre uno de los lados de la miñardís la 1.ª vuelta, que se compone de un punto sencillo en cada 2.º piquillo de la miñardís, y despues de cada punto sencillo 3 en el aire.

2.ª *vuelta.*—En cada punto 1 sencillo; al otro lado de la miñardís un punto sencillo; en el primer piquillo * un lunar; es decir, 6 puntos en el aire, uno sencillo en el piquillo sobre el cual se ha hecho ya el anterior punto sencillo,—3 puntos en el aire; se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet, se le pica en el 4.º de los 6 puntos en el aire, se pasa por él el buclecillo abandonado, se hacen 3 puntos en el aire, luego uno sencillo en el 2.º piquillo de la miñardís. Vuélvase desde *.

Encage n.º 4—Una cadeneta del largo necesario.—1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el 1.º de la cadeneta,—* 5 en el aire por debajo de los cuales se pasan 2.—1 sencillo. Vuelvase desde *.

2.ª *vuelta.*—Una brida en el primer punto de la vuelta anterior,—5 puntos en el aire,—* 1 sencillo en el medio de los mas próximos 5 puntos en el aire de la anterior.—5 en el aire. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

4.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en cada uno de los 2 primeros puntos de la vuelta anterior;—* 3 en el aire, por debajo de los cuales se pan 3 puntos,—1 sencillo en cada uno de los 3 puntos siguientes; el del centro debe encontrarse en el medio de los 3 sencillos de la vuelta anterior.

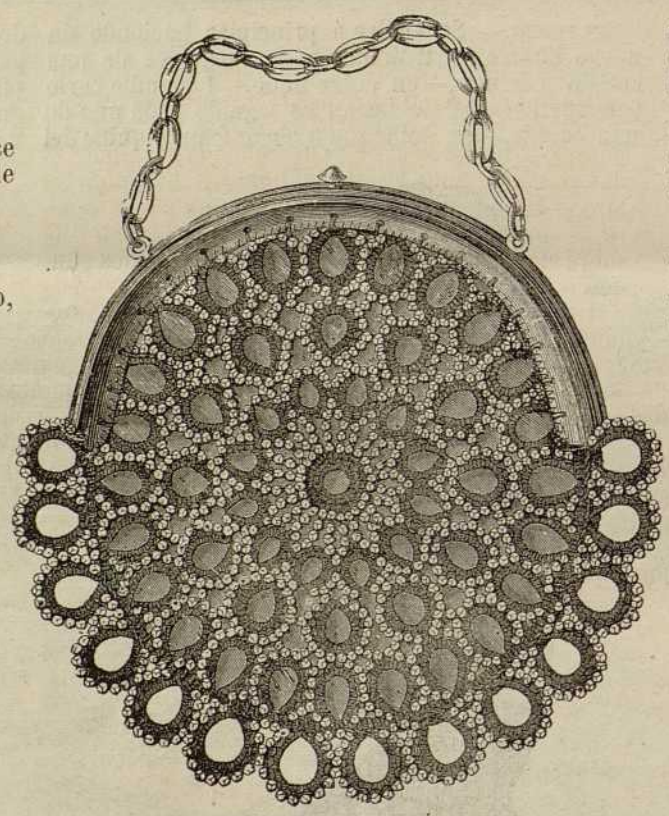
5.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre cada uno de los 3 sencillos de la vuelta anterior,—* 4 en el aire por debajo de los cuales se pasan 3 puntos, —1 sencillo sobre cada uno de los 3 puntos siguientes, el del centro sobre el medio de los 3 sencillos de la vuelta anterior.

6.ª *vuelta.*—Como la 5.ª; pero en lugar de los 4 puntos en el aire, se hacen 5, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos.

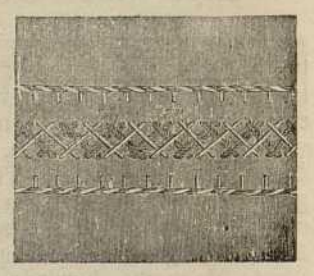
Los n.os 5 y 6 representan 1 fila sencilla y otra doble de piquillos, los cuales, ejecutados con hilo muy fino, sirven para guarnecer ropa blanca.

El n.º 5 se hace en una sola vuelta del modo siguiente: 2 puntos en el aire, * se conserva el buclecillo sobre el crochet, se le pica en el primero de los 2 puntos en el aire, se pasa por allí la hebra, se hace un punto en el aire, se dejan deslizar los buclecillos fuera del crochet (el primero forma un piquillo), se vuelve á tomar el 2.º buclecillo y se hace un punto en el aire.

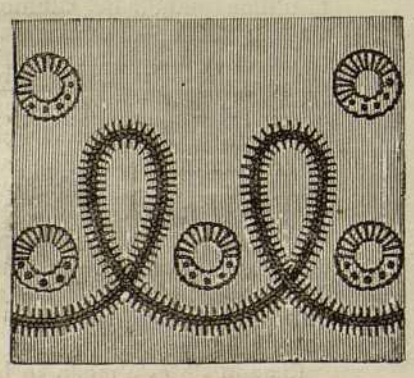
CORPIÑO BLANCO DE ALPACA.



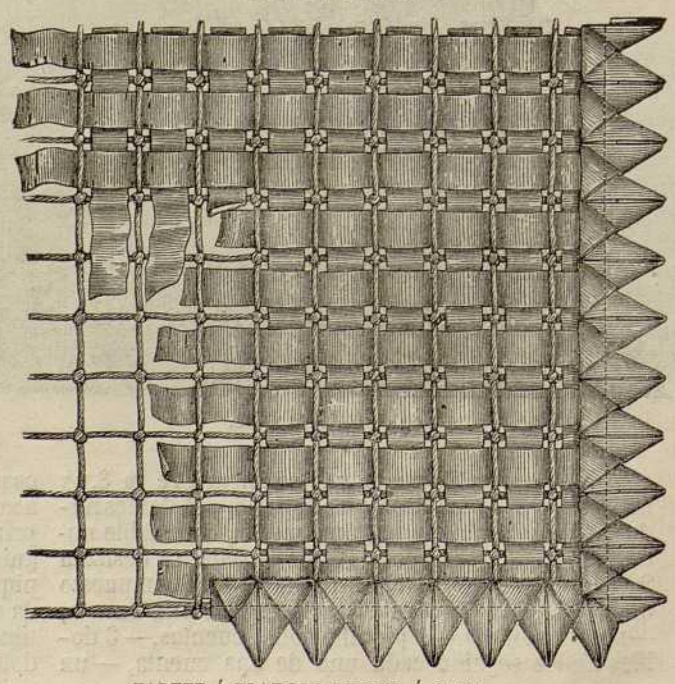
BOLSA DE FRIVOLITÉ.



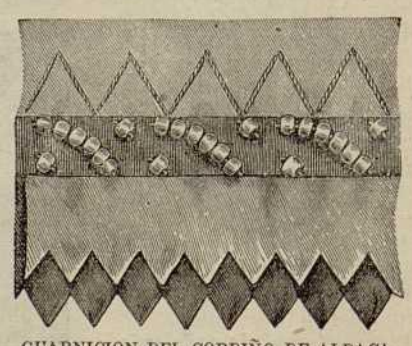
BORDADO AL PUNTO RUSO.



GUARNICION PARA CORPIÑO DE CACHEMIRA.



TAPETE Ó PLATILLO DE RED Ó CINTA.

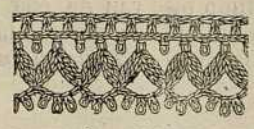


GUARNICION DEL CORPIÑO DE ALPACA.

N.º 6.—Para esta doble fila de piquillos, se hace primero la vuelta arriba indicada para el n.º 4, luego la 2.ª *vuelta*, un punto cadeneta en el mas próximo piquillo, —2 puntos en el aire, y con uno de ellos se forma un piquillo,—un punto-cadeneta en el piquillo siguiente, y así se continúa. Los piquillos deben tener igual largo.

Encage n. 7.—Se hace primero una fila de piquillos, como el n.º 5, pero ejecutando siempre 3 puntos en el aire, de los cuales uno forma el piquillo, y el otro lo separa del siguiente. Al fin de la vuelta se hacen 3 puntos en el aire para volver la labor.

2.ª *vuelta.*—* Un punto-cadeneta en el mas próximo piquillo;—1 piquillo,—un punto en el aire,—Vuélvase desde *.

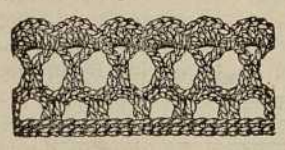


N.º 3.—ENCAGE.

3.ª *vuelta.*—Un punto-cadeneta en el mas próximo piquillo de la vuelta anterior,—* 4 puntos en el aire, y sin tener en cuenta el buclecillo que se encuentra sobre el crochet, se hace una doble brida en el 2.º de estos 4 puntos, y otra doble brida en el 1.º; se reunen estas dos bridas en un solo punto, se vuelve á tomar la hebra, y se la pasa por todos los buclecillos; esto forma una hoja; un punto en el aire,—una hoja como la anterior, un punto-cadeneta en el 2.º de los piquillos siguientes.

4.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre el punto en el aire que separa dos hojas,—3 piquillos,—un punto en el aire. Vuélvase desde *.

Encage n.º 8.—Se hace primero el borde superior semejante al número 6 (segunda fila de piquillos), pero en la 2.ª vuelta, cada 6.º piquillo debe tener medio centímetro de largo poco mas ó menos; para obtener este resultado, se vuelve la hebra 3 veces al rededor del crochet; al principio de la 2.ª vuelta se hacen 2 piquillos cortos y uno largo.

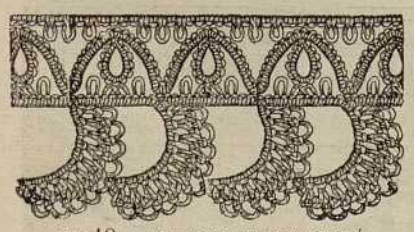


N.º 1.—ENCAGE.

3.ª *vuelta.*—Un punto-cadeneta en el primer piquillo;—4 puntos en el aire, — 3 puntos-cadenetas sobre el mas próximo piquillo largo, pasando por consiguiente un piquillo, —4 puntos en el aire, — un punto-cadeneta en el 2.º de los piquillos siguientes,—2 puntos en el aire, —sobre el mas próximo piquillo 2 bridas separadas por un punto en el aire,—2 puntos en el aire, — un punto-cadeneta sobre el mas próximo piquillo.

4.ª *vuelta.*—Una brida en el primer punto-cadeneta de la vuelta siguiente,—3 puntos en el aire,—un punto-cadeneta sobre cada uno de los 3 mas próximos puntos-cadenetas de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—una brida,—un punto en el aire,—una brida, todo ello sobre las 2 bridas de la vuelta anterior.

5.ª *vuelta.*—Una brida en la 1.ª de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—* un punto-cadeneta sobre cada uno de los tres mas próximos puntos-cadenetas de la vuelta anterior, picando el crochet debajo del punto entero. Despues del 2.º de estos 3 puntos se forma con 2 en el aire un piquillo largo, para el cual se vuelve 2veces la hebra al rededor del crochet, 3 puntos en el aire,—una brida, todo ello sobre las 2 bridas de la vuelta anterior.



N.º 19.—ENCAGE DE FRIVOLITÉ.

6.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre la primera brida de la vuelta anterior,—* 2 piquillos,—1 punto sencillo,—un punto-cadeneta sobre el mas próximo piquillo,—2 piquillos,— un punto en el aire,—1 sencillo sobre la mas próxima brida, —2 puntos-cadenetas, 1 piquillo y otros 2 puntos-cadenetas sobre los 4 puntos siguientes,—un punto sencillo sobre la brida siguiente.

En cada vuelta se vuelve desde * hasta el fin.

Encage n.º 9.—Una vuelta compuesta de piquillos (véase el n.º 5), pero los de delante deben tener medio centímetro poco mas ó menos, se los hace iguales á los del encage anterior.

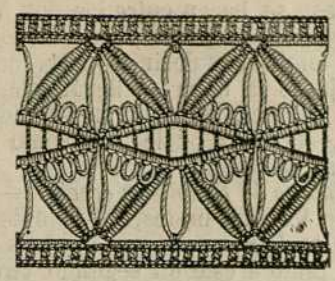
2.ª *vuelta.*—Un punto-cadeneta en cada piquillo de la vuelta anterior, y un punto en el aire despues de cada punto-cadeneta.

3.ª *vuelta.*—Como la 1.ª, se compone de piquillos, pero se los hace al otro lado de la labor, picando el crochet en el lado inferior de los puntos. Estos piquillos deben ser muy cortos.

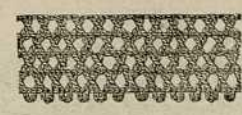
Encage n.º 10.—Se principia por dos filas de piquillos (véase el número 6). luego se hace la 3.ª *vuelta*; un punto-cadeneta en el mas próximo piquillo de la vuelta anterior,—* un punto en el aire,—1 piquillo,—7 puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el 2.º de los pipuillos siguientes de la vuelta anterior.

4.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el medio de los 7 mas próximos en el aire de la vuelta anterior,—una hoja como la de la 3.ª vuelta del encage n.º 7.

5.ª *vuelta.*—* Un punto-cadeneta sobre el mas próximo punto sencillo de la vuelta anterior,—2 puntos en el aire,—3 piquillos,—3 puntos en el aire.—En cada vuelta se vuelve desde * hasta el fin.

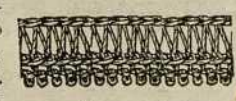


ENTREDOS DE FRIVOLITÉ, CROCHET Y PUNTO DE ENCAGE.

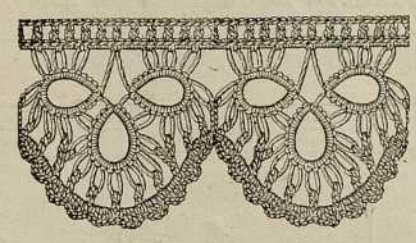


N.º 2.—ENCAGE.

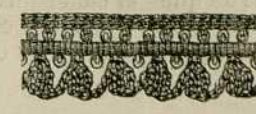
N.º 18.—ENCAGE DE FRIVOLITÉ.



N.º 9.—ENCAGE.



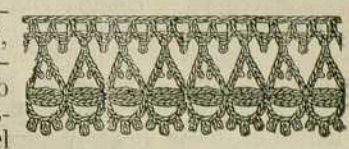
N.º 15.—ENCAGE EN FRIVOLITÈ Y CROCHET.



N.º 7.—ENCAGE.

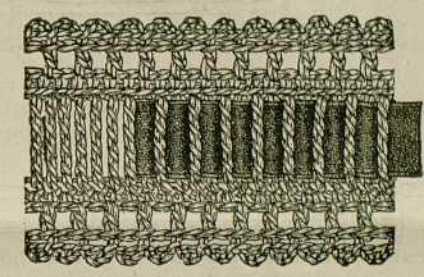
Encage n.º 11.—Como 1.ª vuelta se hace una fila de piquillos (véase el número 5).

2.ª *vuelta.*—Un punto-cadeneta en cada piquillo, y despues de cada punto-cadeneta un punto en el aire. Al otro lado de la labor se hace la 3.ª *vuelta*: un punto-cadeneta en el primer punto, —* 2 puntos en el aire que forman un piquillo, pero volviendo á picar el crochet en el 1.º de estos 2 puntos en el aire, se le liga por un punto-cadeneta al mas próximo punto de la vuelta anterior. Volviendo sobre la 3.ª vuelta, se hace la 4.ª, que aparece al revés sobre el derecho de la labor, 4 puntos en el aire,—1 piquillo,—un punto en el aire, —un punto-cadeneta en el segundo de los piquillos siguientes de la vuelta anterior,—* 3 puntos en el aire,—1 piquillo,—un punto en el aire, —un punto-cadeneta en el 2.º de los piquillos siguientes de la vuelta anterior. Se vuelve á empezar desda *. Se hacen 2 puntos en el aire para principiar la 5.ª *vuelta*; un punto-cadeneta en el 3.º de los puntos en el aire del mas próximo feston compuesto de puntos en el aire,—* 3 piquillos,—un punto en el aire,—un punto-cadeneta en el punto en el aire, detrás del piquillo del mas próximo feston de puntos en el aire, —5 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el tercer punto en el aire del mas próximo feston compuesto de puntos en el aire.



N.º 8.—ENCAGE.

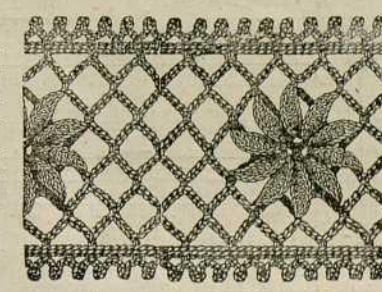
6.ª *vuelta.*—Se vuelve atrás para que esta vuelta aparezca al revés sobre el derecho de la labor: 3 piquillos,—un punto en el aire,—un punto-cadeneta sobre el medio de los 5 mas próximos puntos en el aire de la vuelta anterior;—* un feston de 5 piquillos,—un punto en el aire;—un punto-cadeneta en el medio de los 5 mas próximos puntos en el aire.



N.º 13.—ENTREDOS AL CROCHET, ATRAVESADO POR UNA CINTA.

N.º 12.—*Rosácea.*—Se compone de 3 vueltas de piquillos, y aumentando este número se puede agrandar la rosácea.

1.ª *vuelta.*—11 piquillos (cada uno se compone de 5 puntos en el aire y de un punto-cadeneta hecho en el 1.º de estos 5 puntos); se forma un círculo con estos piquillos, volviendo sobre su bordo en línea recta, y haciendo un punto-cadeneta en el lado superior de cada punto; luego picando el crochet hácia atrás, un punto-cadeneta en el primero de estos puntos - cadenetas. Se hace un punto sencillo en cada uno de los 3 primeros en el aire del primer piquillo, picando siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto.



N.º 17.—ENTREDOS AL CROCHET.

2.ª *vuelta.*—* 2 piquillos, y con el punto-cadeneta del 2.º piquillo se ata todo ello al punto del medio del mas próximo piquillo de la vuelta anterior, picando el crochet en el lado de detrás del punto. Vuélvase desde *. — Al fin de la vuelta un punto-cadeneta en cada uno de los 3 primeros puntos del primer piquillo de esta 2.ª vuelta.

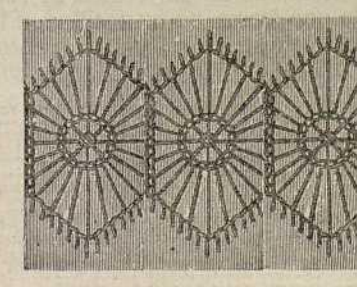
3.ª *vuelta.*—* 3 piquillos, un punto-cadeneta en el 2.º de los piquillos siguientes de la vuelta anterior. Vuélvase desde *. Al fin de la vuelta un punto-cadeneta en el punto-cadeneta.

N.º 13.—*Entredos al crochet atravesado por una cinta.*—Ejecutado con hilo muy fino, este entredos servirá para guarnicion de corpiño ó para cuello recto; — por él se pasa una cinta de tafetan ó terciopelo.

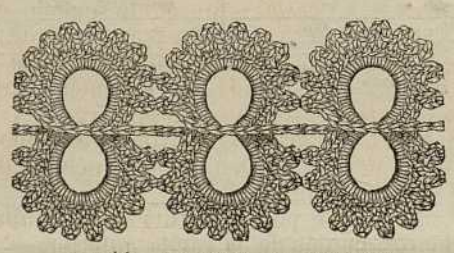
Se hace una cadeneta del largo necesario, sobre la cual se vuelve haciendo un punto sencillo en cada punto.

2.ª *vuelta.* — Alternativamente una brida y un punto en el aire por debajo del cual se pasa un punto.

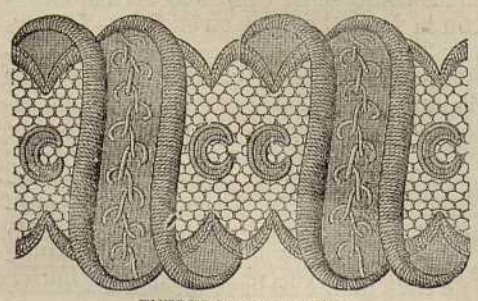
3.ª *vuelta.* —* Un punto sencillo



ORLA A PUNTO RUSO, DE CADENETA Y FESTON.

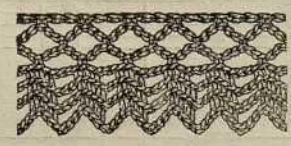


N.º 14.—ENTREDOS AL CROCHET.

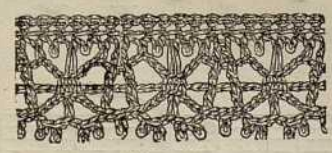


ENTREDOS BORDADO.

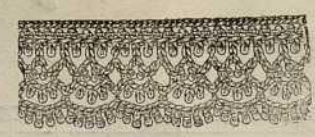
N.º 12.—ROSÁCEA.



N.º 4.—ENCAGE.



N.º 10.—ENCAGE.



N.º 11.—ENCAGE.

N.º 5.—ENCAGE.

N.º 6. ENCAGE.

sobre la mas próxima brida,—1 piquillo (es decir, 4 puntos en el aire, y uno sencillo en el 1.º de estos, por debajo del cual se pasa un punto). Vuélvase desde *. Al otro lado de la cadeneta, picando siempre en el lado de debajo del punto, se hace la 4.ª *vuelta*; en cada punto una brida cuádruple, para la cual se envuelve la hebra 4 veces al rededor del crochet (véase la *leccion de crochet* inserta en uno de nuestros números anteriores). Un borde de tres vueltas iguales á aquellas por las que se ha principiado, termina el entredos.

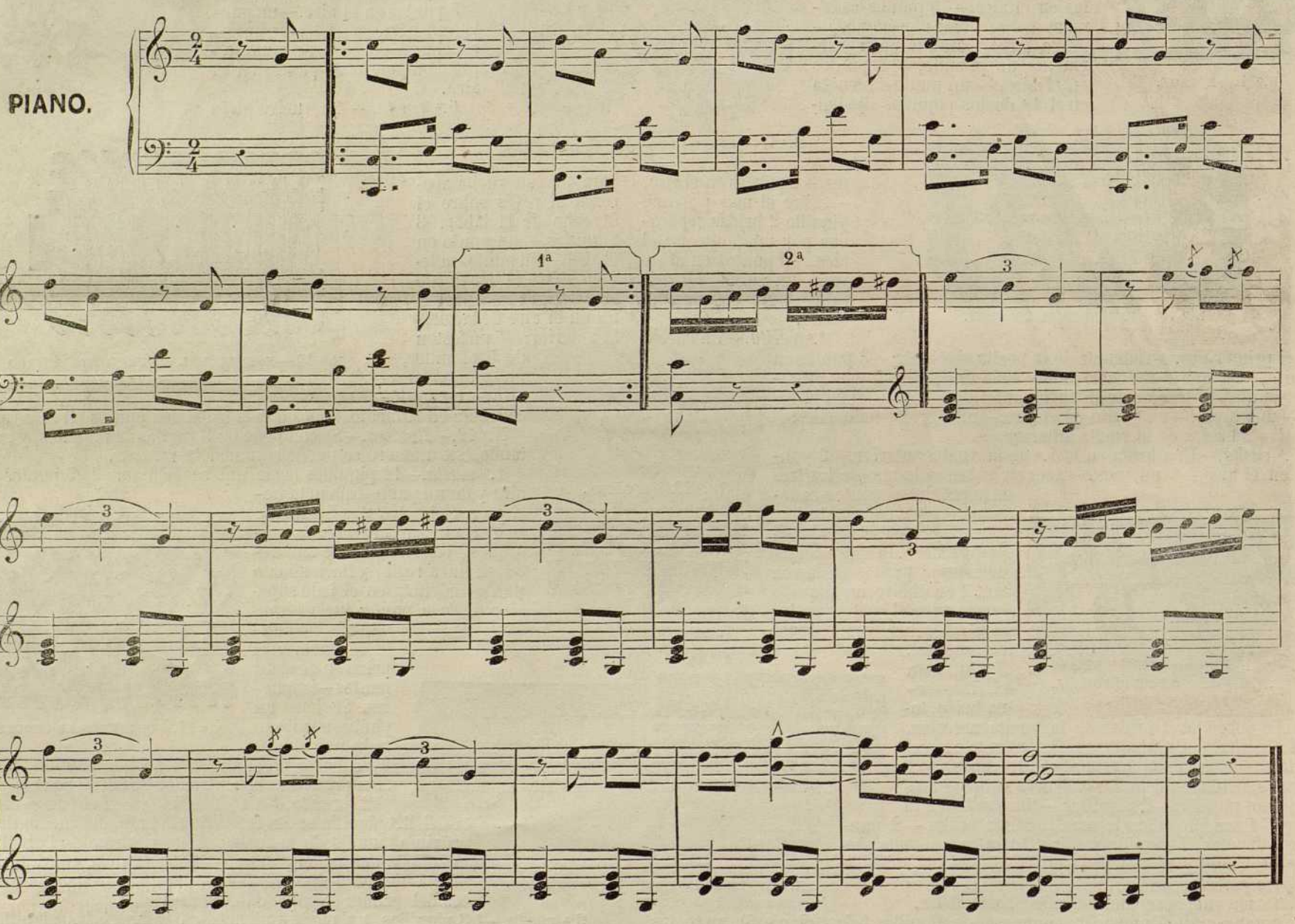
N.º 14.—*Entredos de crochet.*—Los círculos de que se compone es dibujo se hacen á continuacion unos de otros; se los ejecuta siempre por pares, es decir, culos siguientes, se hacen entre los dos buclecillos anteriores, 4 puntos-cadenetas, procediendo como si se bordase al tambor, es decir, conservando la hebra por debajo de la labor, y llevándola de abajo arriba con el crochet; se hacen en seguida 7 puntos en el aire,—luego 2 buclecillos como anteriormente, y así se continúa.

N.º 15.— *Encage de frivolité y crochet.* — Se hace: * un círculo de 4 dobles nudos,—8 piquillos seguido cada uno de dos dobles nudos; —despues del 8.º 4 dobles nudos, junto á este un segundo círculo para el cual se hacen: 5 dobles nudos atados al último piquillo del círculo anterior,—8 veces seguidas 2 dobles nudos con un piquillo,—un idem,—5 dobles nudel encage quede en línea recta. Sobre esta vuelta se hace alternativamente una brida y un punto en el aire por debajo del cual se pasa un punto. En el otro borde del encage se hace: una vuelta de bridas separadas por puntos en el aire; las bridas se hacen siempre sobre los piquillos de los círculos; una doble brida sobre el 4.º *piquillo* del primer círculo (el 1.º que esté libre),—3 puntos en el aire,—* una brida, —3 puntos en el aire,—una brida,—3 puntos en el aire,—2 bridas sobre los *piquillos* siguientes, pero la 1.ª brida no queda del todo terminada: se conservan de ella 2 *buclecillos* sobre el crochet, y cuando se termina la 2.ª brida, se pasa la hebra por todos los *buclecillos*, — 3 puntos en el aire, — 5 bridas, se-

DANZA DEDICADA A MI QUERIDA PRIMA LA SEÑORITA D.ª MANUELA DE AROSTEGUI Y GARCIA FERNANDEZ,

POR DON JOAQUIN RODRIGUEZ DE AROSTEGUI.

HABANA—1867.



que se hacen los dos círculos que se tocan por el medio, y así sucesivamente. Se forma una cadeneta de 16 puntos, el último de los cuales se reune con el primero, lo que forma un buclecillo; se hace un segundo igual, que se cubre con 24 puntos sencillos puestos á caballo,—otro tanto se hace sobre el primer buclecillo, y desde el último de estos 24 puntos se llega al 2.º buclecillo y en él se hacen 10 festones de puntos en el aire del modo siguiente: — un punto sencillo en cada uno de los 3 primeros puntos;—* 5 en el vire,—1 sencillo en cada uno de los 2 primeros puntos. Vuélvase 8 veces desde *; 5 puntos en el aire,— 1 sencillo en cada uno de los tres últimos puntos; se circuye el otro buclecillo del mismo modo. Para llegar al sitio reservado á los cirdos. Junto á este un tercer círculo como el primero, y se suprime el primer piquillo para atar el círculo al último piquillo del círculo anterior; se deja un intervalo de 3 centímetros y medio, y se vuelve á empezar desde * hasta que el encage tenga el largo que se quiera; se le termina al crochet tomando hilo fino del n.º 100; se toma tambien durante la labor de crochet el hilo que sirve de enlace entre los diversos círculos. Para el lado en línea recta, se hace un punto sencillo sobre cada uno de los 3 primeros y de los 3 últimos piquillos del primero y último piquillo de los dientes (véase el dibujo), y entre estos puntos se hacen algunos sobre el hilo que sirve de enlace. En el hueco de cada diente se reunen los hilos que sirven de enlace, de modo que este borde guidas cada una de 4 puntos en el aire, — 3 puntos en el aire,—2 bridas sobre los 2 *piquillos* siguientes, terminadas como se ha explicado arriba, es decir, la 1.ª con la 2.ª,—3 puntos en el aire,—2 bridas separadas por 3 puntos en el aire sobre los 2 *piquillos* siguientes, — un punto en el aire, — una doble brida, con la cual se reunen el primero y último *piquillo* del diente mas próximo,—un punto en el aire. Vuélvase desde * hasta el fin. La vuelta siguiente se compone de dientes pequeños, hechos sobre los festones de puntos en el aire de la vuelta anterior; cada diente de estos se compone de: un punto *sencillo* —4 bridas,—un punto *sencillo*. Sobre el 1.º y el último punto de cada diente se hace un punto *sencillo*.

N.º 16.—*Entredos de frivolité, crochet y punto de*

encage.—MATERIALES: hilo del n.º 60 para la frivolité,—hilo del n.º 90 para el crochet, hilo de mediano grueso é hilo muy fino.

Se principia este entredos por la labor de frivolité, ejecutada con dos lanzaderas; el hilo de una de ellas sirve de *sosten*; se atan las 2 hebras juntas, y sobre una de ellas se hace: * 4 veces seguidas 2 dobles nudos seguido cada uno de un *piquillo* pequeño, —3 *piquillos* largos seguido cada uno de un doble nudo; el 1.º y el tercer *piquillo* tienen cada uno centímetro y tercio de largo, el del medio un centímetro, luego 4 veces seguidas 2 dobles nudos seguidos cada vez de un *piquillo* pequeño, — 1 *piquillo* de un centímetro. Vuélvase siempre desde * hasta que el entredos tenga el largo que se desea. Se principia la labor de nuevo, haciendo la misma serie de nudos y se reunen siempre las dos series antes de la ejecucion del *piquillo* largo, aislado, atando la hebra al *piquillo* correspondiente de la 1.ª serie, de tal modo que los *piquillos* estén vueltos en sentido inverso. Se orla la frivolité por ámbos lados con 3 vueltas de crochet (hilo del n.º 90); un punto *sencillo* sobre el *piquillo* del medio de los 3 largos,—8 puntos en el aire,—1 *sencillo* sobre cada uno de los 3 *piquillos* largos siguientes,—8 en el aire. Vuélvase desde * hasta el fin.

2.ª *vuelta.*—Sobre cada feston de puntos en el aire, 8 sencillos puestos á caballo,—encima de los 3 sencillos de la vuelta anterior se hacen 3 en el aire.

3.ª *vuelta.*—Se compone de bridas seguidas de un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto.

Por último se cubren á *punto de zurcido*, con hilo de mediano grueso, los pipuillos largos, formando de este modo las hojas largas que indica el dibujo; con hilo sumamente fino se ejecutan las barretas del centro del entredos.

N.º 17.—*Entredos al crochet.* — Se hace primeramente una doble cadeneta (véase la *leccion de crochet*), luego se ejecuta el borde siguiente: un punto sencillo en el primer punto;—* un punto en el aire,—1 piquillo (es decir 5 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de ellos), — 2 puntos en el aire; por debajo de todo esto se pasan 2 puntos de la doble cadeneta primitiva,—un punto sencillo. Vuélvase desde *. Se ejecuta el fondo de red del entredos, que se compone de 6 vueltas de festones hechos con puntos en el aire; al otro lado de la cadeneta primitiva se hace: un punto sencillo en el primer punto; —* 9 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 5 puntos,—uno sencillo. Vuélvase siempre desde *. Cada una de las 5 vueltas siguientes se compone de un punto sencillo hecho en el medio de los 9 en el aire, y seguidos de 9 en el aire.

Para el segundo borde, se hace un punto sencillo en el medio de los primeros 9 puntos en el aire,—5 en el aire, y así se sigue alternativamente; viene en seguida una vuelta para la cual se hace un punto sencillo en cada punto, y finalmente una vuelta de piquillos (véase el principio de la labor).

Las flores de relieve se aplican sobre el entredos, con intervalos mayores ó menores. Se hace primeramente una hojita, es decir * una cadeneta de 10 puntos,—se la liga con uno de los cuadros del fondo, sacando el crochet del último buclecillo, picándole en el punto del cuadro del fondo, haciendo pasar por él el buclecillo de la cadeneta, luego, pasando el último de los 10 puntos de la cadeneta, se hace sobre esta cadeneta: un punto-cadeneta,—un punto sencillo,—una media brida,—3 bridas,—una media brida,—un punto sencillo,—un punto-cadeneta,—luego un punto-cadeneta en el primer punto de la cadeneta, picando en el lado de debajo del punto. Se vuelve 8 veces desde *; la flor queda terminada.

N.º 18.—*Encage de frivolité.*—Se escojerá para este encage algodon mas bien que hilo, y aun algodon no muy torcido. Para cada diente, se hacen 5 nudos al derecho,—1 piquillo,—5 nudos al derecho,—3 veces seguidas alternativamente 5 nudos al revés,—5 al derecho, luego 5 nudos al revés,—1 piquillo,—5 nudos al revés; se aprieta esta fila de nudos de modo que quede separada solamente por un intervalo de un centímetro; á corta distancia se hace un segundo diente igual, y así se continúa; pero en cada diente que sucede al primero, se suprime el primer piquillo, y se ata la labor al último piquillo del anterior diente.

N.º 19.—*Encage de frivolité.*—Se emplean dos hebras; la una se tiene con la mano derecha, y sirve de *sosten* á la labor, mientras que la otra aprieta los nudos sobre el hilo de *sosten*. Se ejecutan primero los dos dientes exteriores; despues de haber atado juntas las dos hebras, se hacen 10 dobles nudos seguido cada uno por un piquillo; se vuelve la fila de nudos, de modo que el revés se encuentre por afuera; se ata el hilo-sosten al último piquillo, y se vuelve sobre la fila, dejando primero uno de sus piquillos libres, para hacer 9 dobles nudos, seguido cada uno por un piquillo; despues de cada doble nudo se ata el hilo-sosten al mas próximo piquillo de la primera fila. Esto forma un diente. * Se vuelve la labor con los piquillos *hácia abajo*, se hacen 4 veces seguidas 2 dobles nudos, — 1 piquillo, — 1 nudo al revés; esta es la fila horizontal que se encuentra entre los dos dientes: se hace un diente como el anterior, que se liga á este con el hilo-sosten, al piquillo del medio de los 9. Se vuelve desde * hasta que el encage tenga el largo que se quiera; entonces se anudan las dos hebras, se ata el hilo-sosten al primer piquillo del primer diente, se hacen 9 dobles nudos,—1 pibuilio corto,—1 doble nudo; se vuelve la fila de nu-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de alpaca blanco, con adornos de galon malva.

Trage de pelo de cabra (sultana) color castaño-Bismark, con galones negros *claveteados* de botoncitos blancos. Estos galones figuran un faldon por detrás.

Trage de fulard azul vivo, con rayitas pequeñas negras; zagalejo igual. El trage está recogido por un lado con tres grandes hojas, las cuales se orlan, como el trage y el zagalejo, con rulós negros, sobre los que corren vivos azules.

dos hácia abajo quedando los dientes del encage hácia arriba, se hacen 5 dobles nudos, se atan los 2 piquillos del medio de los 4 á la mas próxima fila horizontal, pasando el hilo con el que se trabaja á través de estos piquillos, y el hilo-sosten por el buclecillo que se saca,—5 dobles nudos, el hilo-sosten atado al piquillo corto, hecho despues de los 9 dobles nudos; se vuelve la labor, de modo que los dientes queden hácia abajo:—10 dobles nudos, el hilo-sosten atado al piquillo del mas próximo diente. Vuélvase desde *. Atense y córtense las hebras; se las anuda de nuevo, se vuelve la labor de modo que el derecho quede arriba, se ata el hilo-sosten al piquillo corto que se encuentra debajo del primer buclecillo cerrado,—se hacen: * 4 veces seguidas 2 dobles nudos, — 1 piquillo, luego 2 dobles nudos; se ata el hilo-sosten al piquillo que se encuentra debajo del mas próximo buclecillo. Se vuelve siempre desde * hasta terminar el encage.

Entredos bordado.

Se trasladan los contornos del dibujo á un papel; sobre este se fija primero tul, luego muselina, despues se ejecuta el bordado que se compone de *pasado*, *feston*, punto de cordoncillo y punto de nudillos; se recorta la muselina por la parte de afuera de los contornos.

Orla á punto ruso, punto de cadeneta y feston.

Servirá para adornar corpiños, confecciones, y trages de niños; se ejecuta con seda negra ó de color, ó en fin con lana fina.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

(Conclusion.)

Este golpe fatal me ha dejado sin fuerzas; continuó diciendo Mr. Romys; tres veces me he desvanecido; me arrancaba los cabellos, me desgarraba el pecho, vertia lágrimas y hasta perdí por momentos el juicio, adquiriendo la conviccion de que estaba para siempre atacado de demencia: ojalá hubiera sido así; los locos no tienen la conciencia de su desgracia, y yo no viviré mucho tiempo; esta desgracia será causa de mi muerte prematura... ¿pero son de veras seiscientos mil francos?... no se me ha engañado? ¿Se han perdido definitivamente? vamos, respondedme, Francisco; yo os podré dar buenos consejos para disminuir en parte la pérdida de nuestra familia.

—Dónde está mi mujer? preguntó Pottewal sin hacer caso de las palabras de su suegro.

—Vuestra mujer? repitió Romys; no está aquí?

—Fué á vuestra casa á buscar socorro.

—En efecto, ahora lo comprendo: habrá ido á Schaerbeek; pero es una vana esperanza la que la lleva.

—Entonces vos habeis rehusado su ruego?

—Cierto; y vos me dareis la razon, Francisco. ¿No sería yo bastante loco, para ir á arrojar doscientos mil francos en el abismo sin fondo de una bancarrota?

Hubo un momento de silencio: Pottewal miró á su padre con amarga sonrisa.

—Hombre cruel!... murmuró; sin duda habreis torturado á vuestra pobre hija sin compasion. Y lejos de ayudarla y consolarla habreis desgarrado su corazon con venenosas palabras ¿no es esto?

Mr. Romys se extremeció, brillando en sus ojos un relámpago de cólera, pero se contuvo como si esperase algun objeto particular, despues dijo con tono tranquilo:

—La desgracia os hace injusto, Francisco; sed razonable. Vuestra fortuna se pierde y ni las quejas ni las recriminaciones podrán remediar el mal. Os queda sin embargo un deber sagrado que cumplir: vos debeis en favor de vuestra mujer y de vuestro hijo, esforzaros en salvar lo que pueda todavia salvarse. Debeis tener ahí en vuestro buró, y en ese arca billetes de banco, papel del Estado y dinero en plata y oro. Vamos, dadme las llaves.

—Las llaves? para qué? dijo Pottewal palideciendo.

—Es inútil esa pregunta: ya lo comprendeis; respondió Romys. Esta tarde partís para Holanda ó para Lóndres: yo arreglaré aquí lealmente vuestros negocios, y quizá pueda salvarse bastante para dulcificar un poco la suerte de vuestra desgraciada mujer.

—Ah! ya comprendo!.. balbuceó Pottewal extremeciéndose de indignacion: ¿vos quereis robar y ocultar despues de mi partida el dinero que hay en mis arcas?

—Robar!... repitió Romys con maligna sonrisa. ¿Acaso pensais que yo no guardaré honradamente los restos de vuestra fortuna para vuestra mujer y para vuestro hijo? Vamos, sacad los fondos que tengais y los contaremos.

—Cielos!... esto es horrible!... exclamó Pottewal. Y es este el socorro que venís á ofrecerme? ¿quereis hacerme cómplice de un robo infame?

—No, no, Francisco; el dinero no tiene dueño conocido y en lo que concierne á los billetes de banco es posible que los números se hallan inscriptos en vuestro libro de caja; pero yo os he prestado dinero y vos me lo habeis devuelto, ¿porqué os asombra esto? Y en todo caso se guardan los billetes de banco un año ó dos; ya veis que nadie podria sospechar de este negocio.

—Me dais horror! balbuceó Pottewal, y no basta que la justicia humana me condene á una vergüenza eterna, sino que aun quereis hacerme mas culpable ante mi propia conciencia y ante Dios.

Romys notó entonces que la llave se hallaba puesta en el arca y dió un paso para acercarse.

Este movimiento imprimió en el ánimo de Pottewal un terror instintivo, y poniéndose de pié dió un salto brusco colocándose delante de la caja con los puños cerrados y exclamando con una especie de gemido ronco:

—Atrás!... atrás!... esta caja contiene mi honor, mi inocencia, mi vida!... y la defenderé contra vuestro culpable designio, aun cuando tenga que verterse sangre entre nosotros.

—Estais loco!... respondió Romys con una explosion de furiosa cólera, pero retrocediendo sin embargo. ¿Puede un hombre ser tan malvado y tan testarudo? En lugar de proteger á su mujer contra la necesidad y la miseria, quiere mejor dar su dote á los que se han aprovechado de su bestialidad para estafarle su fortuna? Sea pues; añadid esta infamia á todas las maldades de vuestra vida!... Me marcharé y os abandonaré á la suerte que os habeis preparado vos mismo... pero dadme las joyas de mi hija!...

Dadme las joyas de mi hija; volvió á repetir agriamente y con mas fuerza.

Pottewal se abalanzó al arca y quitó la llave de la cerradura.

—Cómo!!... replicó Romys; las alhajas están en esa caja? y la cerrais? Sereis tan insolente que me las negueis? No pertenecen exclusivamente á mi hija? Hablais de honradez!... y esto es un robo, un asesinato!...

Pottewal avanzó algunos pasos y dijo con una calma suprema:

—Las alhajas pertenecen á mi mujer; y pues que nosotros vivimos en comunidad de bienes; ya que participa de mis ganancias, debe tambien participar de mis pérdidas.

—Cruel!... ¿y si ella os suplicase la dejáseis guardar ese último recurso para ponerse ella y su hijo al abrigo de la miseria que la amenaza, seríais bastante inhumano para rechazar su ruego?

—No sé lo que haria: eso es una cosa que trataré con ella.

—Y bien; ella misma me ha suplicado de rodillas que venga aquí á buscar sus joyas. Dádmelas, pues, sin mas resistencia.

—Eso es una falsedad; replicó Pottewal; vos acusais infamemente á vuestra hija de una accion vil; y en todo caso, yo he prometido á Teresa no resolver nada hasta su vuelta. Ella está mucho tiempo ausente, y sin mi promesa ya hubiera partido; pues yo sé bien, que vuestra alma es impía y vuestro corazon, inflexible y duro como el acero. Lo que sucede en este momento, lo habia previsto y lo temia; pero renunciad á toda esperanza, Romys, no teneis nada que salvar aquí. Me quedaré hasta que haya confiado mi casa al cuidado de vuestra hija; es una mujer valerosa y defenderá mi nombre y mi honor contra vos mismo.

A estas últimas palabras, Romys exasperado rugió de cólera, palideció espantosamente y se dejó caer sobre una silla. Sus labios temblorosos se agitaron como si hubiera estado propenso á una apoplegia.

—Cobarde!... imbécil!... miserable víbora!... que te he abrigado en mi casa para arrojar todo tu veneno en una antigua familia. Tú has nacido como una maldicion del Señor para ser la causa de mi desgracia y de mi muerte. ¡Hrorror!.. tú eres insensible como un demonio, y te ries de mi desesperacion... y te burlas de tu inocente víctima. Ah! ¿y no hay un rayo en el cielo para confundir á semejante mónstruo?...

Pottewal se extremeció, sus labios se contrageron con una expresion amarga y una sombría luz brilló en sus ojos.

—Vos!... vos!... me acusais?... exclamó. ¡Ah! si el rayo de la venganza celeste debiera elegir una víctima, no sería sobre mi cabeza, sino sobre la vuestra donde caeria. La serpiente que se arrastra, que escupe y emponzoña con su veneno la vida de un hombre honrado, sois vos. He sido débil, inocente, cobarde en efecto, de otro modo cómo me hubiera dejado arrastrar por una engañifa hipócrita á un matrimonio sin amor!... cómo me hubiera sometido á la tiranía que me ha puesto en el pié de arriesgar mi honor y mi fortuna?... Sí, sí; vos habeis abusado de mi sencillez, de mi bondad. Ya los hombres me juzgaron; pero vos sereis juzgado por Dios. Ya os ha castigado con la ceguedad que os hace olvidar que sois hombre; el dinero era vuestro dios, vuestra alma, y lo perdeis; perdeis mucho dinero, que es el mayor mal que puede sucederos. Eso es justo. En el pecado llevais la penitencia.

Un silencio solemne reinó en el salon. Sin duda, Romys, apesar de su desesperacion, habia conservado un designio secreto, pues solia mirar de reojo á su yerno, como para observar lo que pasaba en su espíritu.

Pottewal se aproximó á Romys y le dijo con una voz dulce y triste:

—Vamos, padre mio, no cuestionemos mas; soy culpable al menos de una loca imprudencia. Yo me arrepiento profundamente y sufriré mi castigo y soportaré mi suerte sin acusar á nadie de injusticia. Someteos vos igualmente á la voluntad de Dios y perdonadme el pesar que os he causado.

—Todo os lo perdonaré; dijo Romys con los ojos radiantes de esperanza; pero sed razonable y mostrad alguna compasion para vuestra mujer y para vuestro hijo; vamos, confiadme los billetes de banco y el dinero.

—Jamás; eso no puede ser; murmuró Potteval.

—Dadme al menos las joyas de mi hija!...

—No; quiero esperar á que ella venga.

—Sois inexorable como un verdugo.

—Mi conciencia es la inexorable.

Romys se puso de pié, retrocedió algunos pasos, y rugió cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es esa vuestra última palabra, asesino?

—Dios nos vé! respondió Pottewal.

—Oh! maldito seais! aulló Romys loco de rabia y de cólera; ¿no he de llamaros mónstruo y cobarde? Cómo! robais seiscientos mil francos á una antigua y respetable familia, deshonrais el nombre de vuestra mujer y cubrís de una vergüenza eterna á vuestro hijo antes que respire. No solo no teneis la inteligencia necesaria para conservarle un pedazo de pan, sino que aun sois bastante inhumano y bastante débil para dejar que os juzguen como bancarroto fraudulento sin tomaros el trabajo de buscar si existe un medio para escapar de esta fatal condena. ¡Ah! vuestro corazon está vacío, no tiene alma.

—¡Un medio de escapar de la condena! repitió Pottewal.

—Sí, hay uno, y si vos no fuéseis demasiado imbécil y demasiado cobarde ya le hubiéseis encontrado.

—Pero qué medio? Por el amor de Dios, hablad, preguntó Pottewal pálido de emocion.

—Es inútil, exclamó Romys; si tuviéseis bastante valor para cumplir vuestro deber, no tendríais necesidad de que yo os lo dijese.

—Me torturais despiadadamente, padre mio, dijo Pottewal. Por ahorrar esta mancha á mi hijo y á mi mujer, moriria contento veinte veces.

—Morir! murmuró Romys; ¡ojalá que hubiéseis muerto al saber vuestra desgracia!... A los muertos no se les juzga.

Pottewal retrocedió, se pasó la mano por los cabellos y miró á su suegro frente á frente con una risa extraña.

Estaba pálido como un papel y temblaba pareciendo atacado de demencia.

—Qué luz, murmuró él respirando ruidosamente.

Será verdad? ¿El nombre de mi padre, el nombre de mi hijo no padecerán mas allá de mi tumba? ¿La prision no se cerrará para mi?... Ah! mi cabeza se turba, yo sueño, la luz oscurece á mi vista... Pero os agradezco sin embargo la idea que me dais; no habrá mas que una víctima. Adios, Romys, adios; sed el padre de mi hijo; ¡Dios os recompensará!

Al acabar estas palabras se precipitó hácia la puerta, pero antes que hubiese llegado se abrió bruscamente y apareciendo Teresa se abalanzó á su cuello con los brazos tendidos: otras personas le seguian.

—¡Francisco, mi buen Francisco, exclamó ella, nosotros te traemos doscientos mil francos! No mas pesar, alegraos! estais salvado! Ved, ved!

Y ella desplegaba ante sus ojos un lio de billetes de banco.

Pottewal que habia quedado un instante estupefacto como si no pudiera creer en la realidad de este socorro inesperado, apretó á su mujer contra su pecho, mientras que dulces lágrimas caian por sus mejillas; el infeliz, balbuceó con un sincero reconocimiento:

—Teresa, mi querida esposa, yo deberia bendecir mi desgracia, porque me ha hecho descubrir en tu corazon un oculto tesoro de sacrificio y de energía; esto ha unido nuestras almas con un afecto inalterable. ¡Ah, Teresa, cuánto os amaré!

No pudo decir mas, pero fijó los ojos en su mujer con una mirada de admiracion y de amor.

Romys avanzó: su rostro estaba contraido y sus manos temblaban. Tomó á Blondeel por el brazo y le preguntó con una voz que revelaba su penosa agitacion:

—Qué escucho? He comprendido mal? Esto no puede ser! De dónde? de qué? doscientes mil francos!

—De Ernesto, respondió Blondeel; de su camino de hierro que está aceptado, de mi hermana y mios.

—Pero este dinero es de nuestra familia, balbuceó Romys sucumbiendo á la violencia de su emocion. ¡Ochocientos mil francos! ¡Así yo moriré pobre, en la miseria, sobre la paja! Sostenedme, yo caigo, vosotros me asesinais, y se apoyó en una silla.

Herminia se lanzó hácia él, le rodeó con sus brazos y dijo con un tono consolador:

—No, padre mio, no lo sintais; Francisco continuará su comercio y Ernesto nos ayudará á ganar lo que perdemos hoy; tened confianza en su inteligencia y en su valor: él sostendrá y aumentará el honor de la familia y será la alegría de vuestra vejez.

—Oh! Dios mio! exclamó de repente Herminia; ¡socorro! socorro! agua, ¡mi padre desfallece! Corrió ella misma sollozando á la cocina y volvió como un relámpago con una jarra de agua.

Mojó ligeramente con una inquietud febril la frente de su padre que estaba desvanecido, ayudándole en sus piadosos cuidados los demás y el mismo Pottewal, pues el temor de una nueva desgracia habia desvanecido todo su júbilo.

La criada entró llevando en la mano un papel que entregó á su amo.

—Es urgente, señor, es un telégrama.

—¡Cielos! ¿es posible? exclamó Pottewal cuyas manos temblorosas apenas podian abrir el despacho.

Sí, sí, es verdad, querida Teresa! hay mejores nuevas de Lóndres: el grano ha subido cinco francos; la mitad de nuestra fortuna está salvada; ¡nuestro hijo no será pobre!

Nadie respondió á su exclamacion; aunque todos se conmovieron extraordinariamente. Rodeaban con inquietud á Romys procurando sacarle de su desvanecimiento.

—Padre mio, padre mio, escuchad, exclamó Herminia á su oido; hay buenas noticias, Pottewal ha recobrado trescientos mil francos.

Estas palabras resonaron hasta el corazon de Romys; abrió los ojos y miró á los asistentes con asombro.

—Trescientos mil francos recobrados? murmuró.

—Sí, sí; los granos han subido, le respondieron.

—¡Nosotros perdemos todavía trescientos mil francos, dijo él; bastante es para morir!

Pottewal le apretó la mano, pero él la rehusó con furor y exclamó con los labios apretados y los ojos chispeantes de cólera:

—Maldito seas! cobarde, que has disipado el dinero y la sangre de una antigua familia.

Y tendió las manos hácia Ernesto; este retrocedió como si tal afecto en semejante hora le causara horror. Sin embargo, Romys le apretó en sus brazos y dijo:

—Sois mi sola esperanza sobre la tierra, Ernesto. Sereis el apoyo, la honra de mi nombre; ganad dinero, mucho dinero y bendeciré la suerte que me ha dado tan digno hijo.

Herminia arrojó un grito de triunfo y se dejó caer sobre el pecho de su padre.

—Vos bendecís mi matrimonio, abrazais á mi esposo, exclamó ella. ¡Ah! él ha conseguido su objeto, ha vencido!

Teresa se arrodilló y levantando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Oh Dios mio! ¡vuestros designios son impenetrables; vuestra misericordia es infinita! ¡Vos habeis tenido piedad de las víctimas de un matrimonio sin amor y haceis de la adversidad misma el manantial fecundo de vuestra gracia! Ah! perdonadme mi vida pasada! ¡yo seré buena, amaré y velaré como un ángel guardian, sobre la dicha de mi marido y del hijo que vos me confiais sobre la tierra! ¡Gracias, gracias, Dios mio!

Saltó de nuevo al cuello de Pottewal que, con la esperanza de un dichoso porvenir, estaba lleno de júbilo.

Fin de la novela.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

AMOR Y DESVENTURA
ó
EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

(CONCLUSION.)

VI.

Con el socorro de su negro, el pintor Antonio Moro llevóse consigo á Olivia y se dirigió hácia una taberna del muelle, en donde esperaba encontrar algunos marineros que le indicasen el primer buque que debia hacerse á la vela para Italia.

Queria huir con Olivia; queria abandonar á aquella ciudad en donde creia siempre oir tras de sí siniestros pasos....

No encontró ningun marinero delante de la taberna á pesar de que era ya casi el amanecer; pero en cambio dos ó tres hombres que se paseaban por allí y en los que no fijó la atencion, porque la pobre Olivia apenas podia sostenerse en pié y sin el apoyo del pintor hubiera caido en tierra.

Llamó á la puerta de la taberna; salió una criada y pidióla alojamiento; y al ver del brazo del caballero á una mujer, que parecia de condicion elevada ayudó á transportarla á una habitacion de la casa.

Olivia abrió sus grandes y rasgados ojos al verse dentro de aquella estancia y examinó con mirar estúpido el sitio en donde se hallaba. Despues cuando fijó su vista en el pintor, se ruborizó. Nada habia igual al éxtasis y el orgullo del pintor que acababa de salvar á Olivia y esperando á que pudiese hablar llenábala de los nombres y de las caririas mas tiernas.

—Sí, dijo esta bien pronto inclinando su rostro conmovido sobre el del pintor. Sois el único que amaba, mi querido Moro, cuando no era mas que la hija del Conde Campana; ¿porqué mi Padre, continuó tristemente, ha querido que fuese la Condesa de Armsberg? No sabeis, no podeis saber á qué hombre unió mi suerte por toda mi vida; básteos saber que aborrezco á ese hombre y que sois vos solo á quien ha conservado cariño mi corazon. Sí, á tí, Moro; á tí solo; á tí, de quien queria huir, á tí, que me creias muerta, mientras vivia solitaria y recogida en la sombra de un claustro. La esperanza de volvernos á encontrar libres un dia, me inspiró la estratagema de pasar por muerta. ¿Qué me importaba á mí la confiscacion de mis bienes y los del Conde mi marido?

El único nombre de Condesa de Armsberg me señalaba bastante á la tiranía del Duque de Alba. He hecho creer mi muerte, y la noche misma en que acababa de verificarse mi entierro con toda la pompa de que has sido testigo, era para confundirme entre las beatas de esta ciudad. La mujer que te entregó un billete en la nave de la Catedral, era yo; yo queria hacerte saber que no habias amado á una ingrata en la triste Olivia. Ayer todavía, y cuando el Duque te vino á buscar, yo me disponia á cantar tras de la reja un canto religioso que tanto te gustaba en otro tiempo cuando yo no era mas que una niña. Ahora ¿qué tengo que decirte? Que mas preferia yo la tiranía del Duque de Alba que la de mi esposo, que temblababa á cada instante de volverle á ver, avisado por los amigos que conserva en esta ciudad de mi finjida muerte, que miraria como un abominable artificio. Sábelo, Moro, el Conde de Armsberg es un hombre cuyo amor me repugna; el Conde de Armsberg no me ama; pero quisiera ver arrastrarme á sus piés; me ha recibido de manos de mi padre, como un juguete inventado para satisfacer sus caprichos. A los ojos de este hombre, no soy una mujer, sino una esclava; me ha arrastrado tras sí hace quince años, forzándome á presenciar el asqueroso espectáculo de su vida de disolucion y de muerte, de que se avergonzaria el mas libertino caballero.

En este momento no puede volver á Amberes porque se lo impide el decreto del Duque de Alba; pero de cerca ó de lejos es siempre mi ángel fatal; le pertenezco y tal es mi suerte. Mas hubiera querido subir esta mañana al cadalso que volver á caer bajo su poder.

—Olivia, Olivia ¿que te hallas libre de él? ¿que has muerto para siempre para ese hombre? la dijo el pintor. No llevas ya mas que un nombre; el de Olivia; ¡nombre de amor y de belleza sobre el cual mis ojos han permanecido fijos, cual sobre una estrella! Dentro de una hora á lo mas tardar, sacudimos nuestras alas y abandonamos este pais, donde se resbalan los piés, con la sangre derramada. Olivia ¿eres tú la que has escrito aquel billete que no he apartado de mi pecho? ¿Eres tú, noble corazon, la que me has permanecido fiel? ¡Oh! mi vida entera te pertenece. No temas, Olivia, á ese hombre; no obedecerás ya mas, mandarás, Olivia; serás mi alegría y mi alma.

Al decir esto la estrechaba palpitante entre sus brazos. La Condesa de Armsberg miraba con inquietud por la ventana de la habitacion. Un círculo azul formado por los marineros que reunidos formaban un confuso murmullo llamó su atencion. Asomóse á la ventana el pintor y creyó reconocer en el trage á uno de los Capitanes cuyo buque se hallaba en la rada. Fumaba este pacíficamente con su pipa de espuma de mar de Venecia apoyado en un guarda-canton inmediato á la taberna, cuando bajó el pintor y le prenguntó si queria tomar á bordo en su buque á dos viajeros.

—Se equivoca su merced; le contestó aquel hombre, yo no soy capitan de barco. Pertenezco á una clase muy honrada, en italiano *Bravo*. Dentro de tres minutos, vereis si gustais á mi amo el Conde de Armsberg; un señor que acaba de someterse al Duque de Alba. Me ha dicho que le aguarde y ya vé su merced que le estoy aguardando.

VII.

Un extraño terror corrió por las venas del pintor, al oir semejantes palabras, y apenas tuvo fuerzas para volver apresuradamente á la taberna, donde habia dejado á Olivia; empero al penetrar por su puerta, halló en el umbral al Conde de Armsberg con la espada en la mano.

—En guardia; le dijo mientras hacia á sus bravos un gesto que demasiado comprendió el pintor....

Púsose Antonio Moro en guardia con la prontitud que causa la desesperacion, y de la primera estocada derribó en el suelo al Conde....

Sin perder un instante y por haber cerrado la puerta de la taberna los bravos, subió como un gato salvaje, por las rejas al piso principal.

La estancia se hallaba vacía; pero la Condesa de Armsberg acababa de ser sofocada con las almohadas de su misma cama, y manchas moradas salpicaban sus hombros y su cuello.

—¡Estoy vengado! gritó desde fuera la voz del Conde que se hallaba con el estertor de la agonía.

Al salir á la calle el pintor á buscar á su verdugo y para perseguir á los bravos que habian tomado la huida, un caballero que pasaba en aquel momento en un fogoso caballo andaluz, se detuvo delante y murmuró á su oido estas palabras:

—Moro, me has engañado; querias huir de Amberes, y el cielo te castiga.

Y despues volviéndose á los hombres que le seguian, añadió:

Recojed ese cadáver y arrojadle en el Escalda ó en un muladar, porque es el cuerpo de un cobarde y de un traidor y jamás hubiera querido semejante hombre en mi partido.

Vamos, obedeced al Duque de Alba!

Apeóse de su soberbio corcel y entró con el pintor en la taberna procurando consolarle en su terrible degracia.

Por órden suya, el cuerpo de la Condesa de Armsberg fué recogido y enterrado aquella misma noche en el mausoleo de su familia.

VIII.

Antonio Moro se dedicó, en medio de su dolor y por complacer al Duque de Alba, á concluir su famoso cuadro de la Resurreccion, en donde aun se admira el retrato del severo é inflexible Gobernador de Flandes á caballo.

La tristeza y una fiebre lenta, minaron su existencia. Apenas habia transcurrido un año, cuando murió el artista. Tenia entonces 56 años; pues habia nacido en Utrech en el año 1512 y murió en Bruselas en el de 1568.

El Duque de Alba continuó gobernando los Paises-Bajos, desplegando en ellos su bárbara crueldad. Seis años habia durado su dominacion, hasta que quebrantado en su salud, hizo dimision de su gobierno. Él mismo se jactaba de haber hecho perecer durante aquellos seis años por mano del verdugo diez y ocho mil herejes; además del inmenso número que habia muerto en los campos de batalla y en las ciudades tomadas por la fuerza.

El gobierno del Duque de Alba fué una gran calamidad para los Paises-Bajos: fué una de las causas que ocasionaron la separacion de aquellos estados de la corona de España; y el nombre de este general, aun despues de dos siglos y medio, se oye con horror en aquellos paises!!..

Fué nombrado para reemplazar al inflexible y severo Duque de Alba, Don Luis de Requesens, hombre afable y conciliador; cuyos primeros actos fueron reprimir la licencia de los soldados españoles, y arrancar los trofeos que su antecesor habia levantado para insultar un pueblo vencido.

Hizo quitar la estátua del Duque de Alba; que este general orgulloso habia colocado sobre la fortaleza de Amberes, y borró las inscripciones que podian herir las susceptibilidades de una nacion amante de su independencia y libertad.

De todos los monumentos que el gran Duque de Alba se levantó á sí mismo en los Paises-Bajos para perpetuar la memoria de su ominoso mando, solo queda su retrato á caballo, por Antonio Moro, y que figura en su magnífico cuadro de la Resurreccion, que aun admira el viagero en la iglesia de los Jesuitas de Amberes.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL FONDO DE LA COPA.

I.

Era una tarde del florido Abril, cuando el sol se oculta tras cortinages de doradas nubecillas, cuando las aves buscan un asilo entre las ramas, cuando la sombra de los árboles y las peñas se vá tornando por grados gigantesca prolongándose como una mole informe sobre el musgo de los prados. Cuando los insectos se esconden en el cáliz de las flores, sueltan las fuentes sus mas apacibles murmurios, suspira mas blandamente el áura, y los ecos hallan en las concavidades de la tierra, un eco mas misterioso y prolongado.

A esa hora deliciosa, y en las bellas cercanías de Andújar, que son un traslado del paraiso, el alma se siente casi agobiada bajo el peso de dulces emociones é inexplicables delicias. Allí, en donde por todas partes brotan ramilletes de flores, en donde el ambiente está sobrecargado de perfumes, allí es en donde mejor se comprende la existencia de Dios, y de su hijo el sentimiento.

A la hora y en la tarde de que hablamos, que era el dia 2 de Abril de 1836, hallábanse dos jovencillas y un sacerdote de mediana edad sentados los tres sobre un fragmento de columna, cubierto de verde musgo.

El sitio en donde se hallaban era Andújar el viejo, que está situado una legua mas arriba de la ciudad moderna, y aquella columna monumental, habia formado parte tal vez de la antigua Illiturgis, que tuvo la intrepidez de proclamar su amistad hácia Cartago, delante de las embravecidas huestes de P. Escipion, á su vuelta de Africa, y el altivo Romano la entró á sangre y fuego, despues de una heróica resistencia.

Imposible es describir con palabras el magnífico paisage que desde aquel sitio se ofrece á las miradas. A un lado las peladas crestas de Sierra Morena, cubiertas de nieves sempiternas, con sus laderas que ostentan una vejetacion lozana y bosques seculares; al otro el caudaloso Guadalquivir, que pasa cortando en dos, un valle ameno y dilatado, y mas abajo Andújar, con su aspecto morisco, con sus altas torres y sus perfumados jardines. Y para completar el bello panorama, un cielo azul y transparente, cantos y armonías que nacen aquí y allá, que aquí y allá se extinguen pregonando su hermosura.

Pero no hay belleza sin contraste: mientras se desarrolla ante los ojos del viajero tan espléndido paisage, sus piés huellan las lápidas mortuorias, que formaron el pavimento de una antigua iglesia, y descubre por todas partes, cerca de sí, trozos de murallas, torres derruidas, y montones de piedra cubiertos de verde musgo.

¡La muerte y la vida, confundiéndose siempre en un eterno abrazo!

Los tres personages de quienes hablamos, no pensaban en nada de esto, absortos en una acalorada discusion.

—Sí, decia la mayor de las dos jovencillas, dentro de ocho dias estaré en Madrid: tendré coches, galas y numerosos criados: frecuentaré los bailes, los teatros: seré la reina de los elegantes círculos sociales, porque Conrado es rico, inmensamente rico, y está orgulloso con el esplendor de mi hermosura!

En efecto, la que hablaba así era perfectamente hermosa y altiva, formando un raro contraste con su compañera, pálida, dulce, tímida, pero sin ningun brillante atractivo.

—¡Oh, qué existencia tan dichosa me espera! prosiguió con entusiasmo la jóven. ¡Esta es la realizacion de mis sueños, el cumplimiento de mis mas bellas esperanzas! ¡Era, pues, la voz del destino, la que murmuraba en el fondo de mi corazon, presagiándome un porvenir brillante!

—Pero, hermana, se aventuró á decir la otra, tú apenas conoces á Conrado, no le has visto mas que un dia, ¡cómo es posible que le ames!

La jóven se sonrió con desden.

—¿Y para qué necesito amarle? repuso. Me coloca en una envidiable posicion, y esto me basta!

—Confias en su cariño?

—Qué me importa?

—Y dejas sin lágrimas á tu pobre padre ciego? ¿Quién le dará el brazo en sus paseos? quién le alegrará en las tristes veladas del invierno?

—No le quedas tú por ventura?

—Oh! yo soy una niña, y mis palabras no bastan á distraerle y consolarle. Además, estoy tan débil, tan enfermiza!... ¡Dios quiera prolongar mi existencia, hasta que él baje á la tumba!

—Pero, Teresa, pretendes que me quede soltera por todas estas vanas consideraciones?

—Oh no! Roberto te ama y tú le amabas! Habia ya recibido tu juramento y la bendicion de nuestro padre! ¡Yo no sé qué extraña fascinacion obró en tí ese hombre! Por la mañana fuiste á Andújar, lleno tu corazon de la imájen de Roberto, y por la tarde ya habias roto los lazos que te unian á tu compañero de la infancia!

—La fascinacion es muy fácil de explicar. Conrado es mejor partido!

—Pero tambien Roberto es rico. Esa casa que está en

frente de la nuestra, es suya; posee muchos rebaños que pastan en el monte, muchas tierras que le dan ópimos frutos.

—Sí, pero es como la ostra adherida á la roca que le sustenta, y quieres tú que yo sepulte mi hermosura en este rincon del mundo?

—Pero él te ama, Ernestina, y va á ser muy desgraciado!

Brilló en los ojos de esta un relámpago de vanidad satisfecha, y respondió con insultante ironía:

—Pues tanto le compadeces, ¿porqué no curas las heridas que yo le hago? Porqué no te casas con él?

La pobre niña retrocedió algunos pasos, y se llevó ámbas manos al corazon, como si acabase de recibir un golpe de muerte. Cuando levantó la cabeza estaba lívida, y dos gruesas lágrimas pugnaban por asomarse á sus ojos, azules y melancólicos.

—Lo que haces no está bien hecho, Ernestina, dijo entonces el sacerdote moviendo tristemente la cabeza; y el que aquí siembra lágrimas, recoge en cambio amargura, no lo olvides! ¡Supuesto que has leido en el corazon de tu hermana; deberias prosternarte ante ella y adorar su abnegacion y sus virtudes!

No, nada de lo que haces está bien hecho!

Recuérdalo: tú pusiste en juego toda clase de ardides para apoderarte del alma de Roberto y arrebatársela á tu hermana, y ahora son tres seres los que lloran tu inconsecuencia y tu abandono.

¡Ah, no son estas las máximas que yo he procurado grabar en tu alma juvenil, no! ¡Un lazo anudado por el egoismo, se convierte en una cadena de hierro: un juramento pronunciado sin buena fe, es una blasfemia, y la blasfemia es una ponzoña que acaba por abrasarnos las entrañas! No haces tan solo una ofensa á Dios, proclamas una mentira, y luego te faltarán las fuerzas para sostenerla á la faz del mundo!...

¡Guárdate, Ernestina; el matrimonio nos impone deberes sagrados, de una consecuencia tan trascendental y tan grande, que no hay ningun delito comparable con el delito de violarlos!

Puesto que tu alma es muda, que tu corazon está seco, no hablaré á tu alma ni á tu corazon: hablaré tan solo á tu egoismo. ¡Piensa que nada son el lujo y los placeres, si la paz y la concordia no se asientan á la cabecera del lecho nupcial, piensa que el matrimonio sin amor y sin deber, es para el hombre lo que el lóbrego calabozo para el condenado á muerte! ¡Como él, vive en las tinieblas, y solo podrá saludar el sol, cuando tronche el verdugo su cabeza!

La paz y el amor son los dioses penates del matrimonio; son los dioses penates que Eneas pensó en salvar antes que su propia vida! Hay un refran vulgar, que como todos los refranes sancionados por el tiempo y la experiencia, encierra una verdad infalible. Este es: *quien mal hace, mal encuentra*. ¡Tú haces mal, ¡ay de tu vejez, Ernestina.

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras el sacerdote, cuando la jóven se levantó impaciente, y se alejó por una frondosa calle de árboles.

Sus dos interlocutores la siguieron, guardando un triste silencio.

A la noche siguiente, una de las mejores casas de Andújar el viejo, estaba profusamente iluminada, y salian de su interior torrentes de armonía.

¡Es que se solemnizaba con un baile, el casamiento de Ernestina, verificado aquella misma tarde!

Tanto como era mayor el bullicio que resonaba dentro de la casa, tanto era profundo el silencio que reinaba en torno de ella, y hasta los pájaros cantores de la noche, parecian haber enmudecido para recojer los ecos de aquella alegre música; hasta la brisa habia interrumpido sus quejas, y la fuente sus murmurios.

Un hombre estaba sentado en el tronco de un árbol, y tenia la cabeza caida sobre el pecho y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Era Roberto.

ANGELA GRASSI.

(*Se continuará.*)

EL SILENCIO.

Es un ángel muy hermoso
que aparece y con su aliento,
á las doce de la noche
rasga las gasas del cielo.

Se pone un dedo en los labios,
cerrando los ojos bellos,
y desplegando sus alas
inmóvil queda en el viento.

Entonces dejan las áuras
de gemir entre los cedros,
y allá detrás de las nubes
se pierden en manso vuelo.

Entonces dejan los rios
de rebullirse despiertos,
y se desploman cansados
en sus pedregosos lechos.

Dejan de temblar las hojas,
y los árboles enhiestos
parecen negros gigantes
dormidos de pié en los cerros.

Duerme la atmósfera inerte
sobre el callado Universo,
y como un manto de plomo
le dobla bajo su peso.

Dichosos campos, dichosos,
que en sus dilatados yermos,
pueden en dulce reposo
ver el ángel del Silencio.

Yo le busco desolada,
le busco hace mucho tiempo,
para recostar mi frente
de fuego en su blando pecho.

A deshoras de la noche
he penetrado en los pueblos
y le he buscado en las calles,
en las plazas y paseos.

Pero en vano, por doquiera
se oye la voz del *Sereno*,
los cantares de la orgía
y el ladrido de los perros.

Despues de cruda batalla,
cuando ha cesado el estruendo,
el relincho del caballo,
y los golpes del acero.

Vadeanda arroyos de sangre
he llegado al campamento,
á buscar su imágen, triste,
en la frente de los muertos.

Mas, pronto llegó á mi oido
el espantoso aleteo
de las aves de rapiña
que devoraban los cuerpos.

Anhelante le he buscado
en los salones inmensos,
donde los odios del hombre
despedazaron un reino;

Y entre los tapices rotos
que rodaban por el suelo,
los pedazos de corona,
tronos, altares y cetros:

Los diferentes partidos
se revolcaban rugiendo,
disputándose, rabiosos,
los ensangrentados restos.

Con sijilosas pisadas
entrando en el cementerio,
pensé verle en una tumba
doblar su nevado cuello,

estender las grandes alas,
imprimir sin ruido un beso,
y esparcir sobre la losa
sus impalpables cabellos.

Mas esta vision tan dulce,
no duró mas que un momento;
pues huyó desvanecida
al escuchar no muy lejos

el rumor de las reyertas,
el susurro de los pleitos,
con que la paz del difunto
turban amigos y deudos.

Solo en los campos, tan solo
do corren los arroyuelos,
y entona el ave salvage
sus melodiosos arpejios.

Donde palpita la vida,
solo en miriadas de insectos,
que pululan en la yerba
con incesante hervidero:

Solo alli; callado y triste,
como un sáuce en el desierto,
se encuentra cuando la luna
cruza los campos del cielo.

Se reclina en una palma
pone en sus labios un dedo,
y cesan todos los ruidos
su mandato obedeciendo.

Solo allí pude encontrarle,
inmóvil, mudo y severo,
en las sombras vaporosas
de las neblinas envuelto.

Llegué y me tendió los brazos,
caí dulcemente en ellos,
y cerré los desmayados
ojos cargados de sueño.

Bayamo: Isla de Cuba.

URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

COSAS DE LA EDAD.

SONETO.

Mágico valle de eternal verdura
Donde al soplo del aura silenciosa
Se mece ufana la naciente rosa
Perfumando en su aroma la espesura;

Ameno valle dó vertió natura
De sus dones la parte mas preciosa,
Donde zumba la abeja artificiosa
Y el arroyuelo plácido murmura.

Aquí corrieron tus primeros años
Sin probar del dolor las túrbias heces
Ni conocer del mundo los amaños;

Y aquí tambien ¡Oh Celia! muchas veces
Sin sospechar futuros desengaños
Sola te sorprendí... ¡comiendo nueces!

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

Explicacion del figurin iluminado, del número anterior.

No habiéndose recibido el figurin cuya explicacion se insertó en el número anterior, y sí otro en su lugar, publicamos hoy la explicacion correspondiente á aquel, salvando así una equivocacion que no fué nuestra.

TRAGE DE DEBAJO DE FULARD ROSA, LISO: orlado con tres tiras al sesgo de tafetan rosa de tinta algo mas oscura, cosidas con cuentas blancas de cristal. Trage de encima de gasa blanca, con borde á ondas; los paños separados por ambos lados, van unidos por tres escarapelas de cinta rosa, graduadas en tamaño: este trage está rodeado por tres tiras al sesgo de tafetan rosa. El corpiño escotado del trage de debajo vá cubierto con un corpiño tambien escotado, con faldetas; hecho de gasa de seda blanca como el trage de encima.

ENAGUA DE DEBAJO DE TAFETAN GRIS CRUDO, orlado con tres tiras al sesgo iguales, estrechas, cubiertas por un encage negro, sobre el cual corre un galon fino de paja. Trage corto en forma de *funda* orlado por un volante rizado, cuya cabeza está formada por un encage puesto *en pié* y por un galon de paja; hácia el borde inferior del volante el mismo encage negro: galon de paja y un estrecho negro sobre todas las costuras del trage; mangas estrechas y mangas largas y anchas; en el corpiño un rizado sobre el que corre un galon y un encage. Sombrero de encage negro con adornos de paja y claveles encarnados.

Explicacion del figurin iluminado del presente número.

ZAGALEJO DE TAFETAN GRIS SUECIA, con un volante rizado cuya cabeza va fijada por un galon de paja. Trage de encima igual á la anterior enagua; dos bandas muy largas, con cascabelillos de paja, forman cruzándose por delante un cinturon, luego pasan por debajo de los brazos, y se vuelven á cruzar detrás; cascabelillos de paja figuran una especie de esclavina sobre el corpiño montante; mangas muy anchas y muy largas; mangas estrechas de muselina bullonada; entre cada bullon un galon de paja. Sombrero de tul gris de Suecia, adornado con rosas. Sombrilla igual al trage.

VESTIDO DE DOS TINTAS BISMARK.—La enagua de debajo (tinta clara) va orlada con puntas oscuras, sobre las que corre una tira al sesgo. Trage corto (tinta oscura) con rulós *claros* sobre todas las costuras, y en el borde inferior puntas claras, con tira como las anteriores. Desde el cuello hasta el borde inferior, botones gruesos de tinta clara: corpiño montante (tinta clara) con coselete de tinta oscura, y puntas claras; mangas estrechas, claras; mangas largas y anchas, oscuras, forradas de tinta clara, con puntas trocadas. Sombrero del color del trage.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 101.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 3.ª C.R.	P. toma P. (mejor).
2.ª T. toma P.R.ª	C. toma T.
3.ª P. 3.ª R.	Cualquiera.
4.ª C. toma P. ó 2.ª R.	jaque-mate.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 39

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.— Trages para montar. — Trage de campo para señorita.— Vestidos para niños: (gimnesia).— Collar y cruz de terciopelo. — Dos rombos á punto de aguja para colcha de cama ó cuna. — Encage al crochet para mantel de alrar, cubrepiés, etc..

Un cariño, wals.—El ventrílocuo, anécdota.— Ajuar de casa: biblioteca amueblada.—El fondo de la copa.—Galería de pintores: Rubens.— Recuerdos juveniles.—Las nubes de la tarde.— Problemas de ajedrez. —El Salto del caballo.—Lámina de tapicería.

Trages para montar.

La señora que se presenta á pié lleva un vestido sencillo de reps, gris, el cual, recogido por un lado, deja ver una enagua gris listada con guarnicion azul.— Chaqueta gris de la misma tela, corte á la griega, guarnecida con fleco de cuentas y borlas. Compteta este trage un sombrero con velo azul,

El vestido de la señorita que va á caballos es todo él de terciopelo liso color castaño, y se compone de un gaban con talle cerrado y mangas dobles. Las abiertas están forradas de seda blanca.— Los bordes del gaban van guarnecidos de raso. La gorra es de terciopelo negro con pluma blanca.

Trage de campo para señorita.

Trage de muselina gris plata, orlado por su bórde inferior con un volante de la misma tela. Sobre este cae un segundo volante mas estrecho formando puntas. Unas tiras de la misma muselina, cortadas al sesgo (ó bien unas cintas si parece mejor) caen desde la cintura formando bandas, y cubren con sus extremos el volante estrecho. Chaqueta de cachemiaa encarnada, bordada de cuentas blancas. El dibujo de este trage se halla inserto en la página 308 del presente número.

Vestidos para niños Gimnasia).

N.º 1.—*Pantalon ancho y camiseta de popelina gris.* La parte anterior del pecho, las hombreras y los puños de las mangas llevan por adorno un bordado ligero hecho con torzal negro de seda. Cinturon de terciopelo negro con hebilla.

N.º 2. Se hace de cualquier tela ligera de lana color castaño. Se compone de una blusa y de un pantalon atado al tobillo. Uno y otra se adornan con un bordado de *galoncillo* estrecho, color maiz, formando un enrejado como indica el dibujo que podrá verse en la página 308 de este número. Cinturon de la mista tela y con igual adorno.

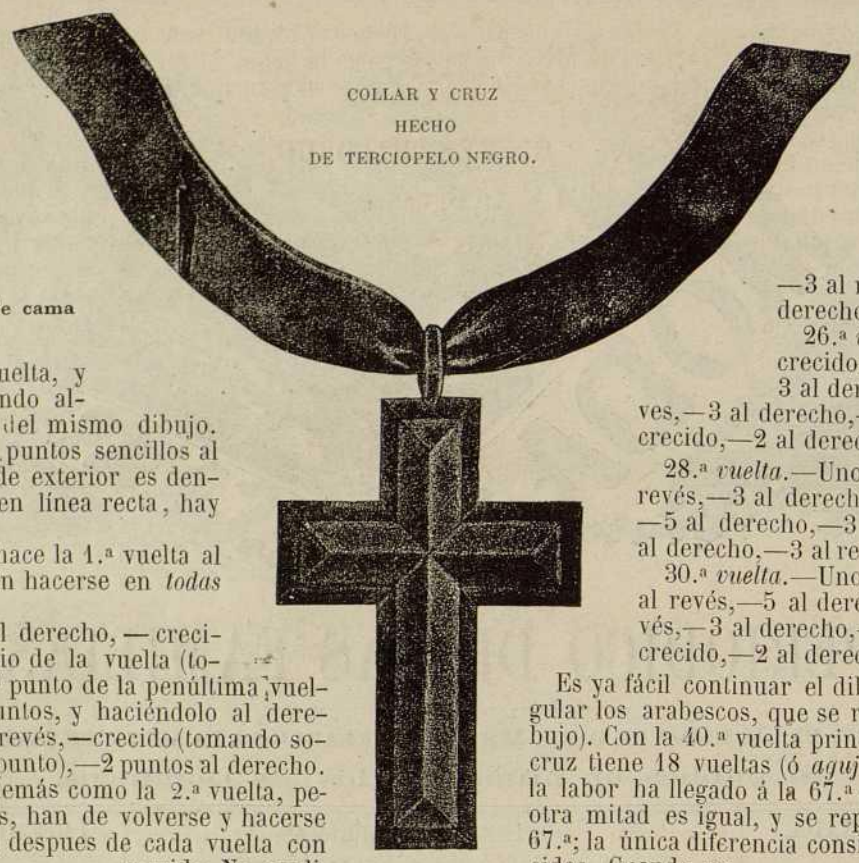
TRAGES RARA MONTAR.

Collar y cruz de terciopelo.

Se corta en carton una cruz del tamaño representado en nuestro dibujo, y se cubre esta cruz con pedazos de terciopelo bastante grandes y serán doblados hácia atrás y cosidos unos con otros.— Las molduras de relieve se forman con pedazos de papel-canevas, pegados unos sobre otros, y cubiertos de terciopelo. Para cada uno de los brazos de la cruz se cortan cinco tiras, la primera de las cuales tiene el tamaño indicado por el relieve del dibujo, mientras cada una de las siguientes es mas pequeña en una fila de agujeros por todo su contorno. La mas ancha de estas tiras tiene cuatro agujeros, y la última solo está compuesta del intervalo que separa dos filas de agujeros. Se pegan las tiras por el medio una sobre otra, se las cubre con terciopelo, luego se pega el relieve sobre el lado de la

cruz en que se ha cosido el terciopelo. Una argolla de alambre, forrada de terciopelo, está fijada en la parte superior de la cruz, sostenida por una cinta de terciopelo que se ata detrás del cuello, y que termina en dos cabos mas ó menos largos, segun se quiera.

Este collar conviene para las señoritas, y para las señoras muy jóvenes.



COLLAR Y CRUZ
HECHO
DE TERCIOPELO NEGRO.

Dos rombos á punto de aguja para colchas de cama ó de cuna.

Se hace con algodon grueso, de ida y vuelta, y se labran de todos tamaños, bien sea juntando alternativamente los dos rombos, ó bien los del mismo dibujo. Se juntan por el revés de la labor haciendo puntos sencillos al crochet, ó bien una costura fuerte; el borde exterior es dentado ó á puntas. Si se le quiere terminar en línea recta, hay que llenar los vacíos con medios rombos.

Rombo n.º 1.—Se arman 8 puntos, y se hace la 1.ª vuelta al revés; el primer punto se *levanta siempre* sin hacerse en *todas las vueltas*.

2.ª *vuelta.*—Un punto levantado,—uno al derecho, —crecido; el crecido se efectua siempre al principio de la vuelta (tomando el primer lado perpendicular del 2.º punto de la penúltima vuelta sobre la aguja que sostiene los demás puntos, y haciéndolo al derecho como un punto comun),—un punto al revés,—crecido (tomando sobre la aguja uno de los lados del penúltimo punto),—2 puntos al derecho.

3.ª *vuelta.*—Sin ningun crecido; por lo demás como la 2.ª vuelta, pero los puntos, que antes se hacian al revés, han de volverse y hacerse al derecho. Se hace una vuelta igual á esta despues de cada vuelta con crecido. No explicaremos mas que *las vueltas pares*, porque las impares son como la 3.ª

4. *vuelta.*—Uno levantado, —1 al derecho, —crecido, —3 al revés, —crecido,—2 al derecho.

6.ª *vuelta.*—Uno levantado, —1 al derecho, —crecido, —5 al revés, —crecido,—2 al derecho.

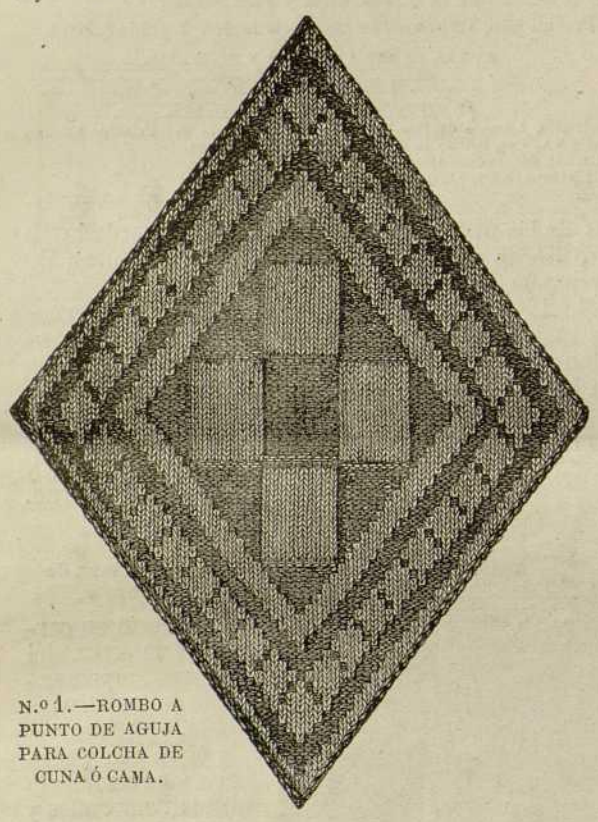
8.ª *vuelta.*—Uno levantado, —1 al derecho, —crecido.—3 al revés,—1 al derecho, —3 al revés, —crecido—2 al derecho.

10.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho, —crecido, —3 al revés, 3 al derecho, 3 al revés, crecido, —2 al derecho.

12.ª *vuelta.*—1 levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al reves,—5 al derecho, —3 al reves,—crecido, —2 al derecho.

14.ª *vuelta.* — Uno levantado,—1 al derecho, —crecido,—3 al revés,—1 al derecho, —1 al revés,—3 al derecho, —1 al revés,—1 al derecho—3 al revés,—crecido—2 al derecho.—16.ª *vuelta.*—1 levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—3 al derecho,—1 al revés,—1 al derecho,—1 al revés,—3 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

18.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—5 al derecho,—1 al revés,—5 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.



N.º 1.—ROMBO A PUNTO DE AGUJA PARA COLCHA DE CUNA Ó CAMA.

20.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—1 al derecho,— 1 al revés, — 3 al derecho,—3 al revés,—1 al derecho,—1 al revés,—3 al derecho,—1 al revés,—1 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

22.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—3 al derecho, —1 al revés,—1 al derecho, — 5 al revés, —1 al derecho,—1 al revés,—3 al derecho. —3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

24.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—5 al derecho, —3 al revés,— 1 al derecho, — 3 al revés, — 5 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

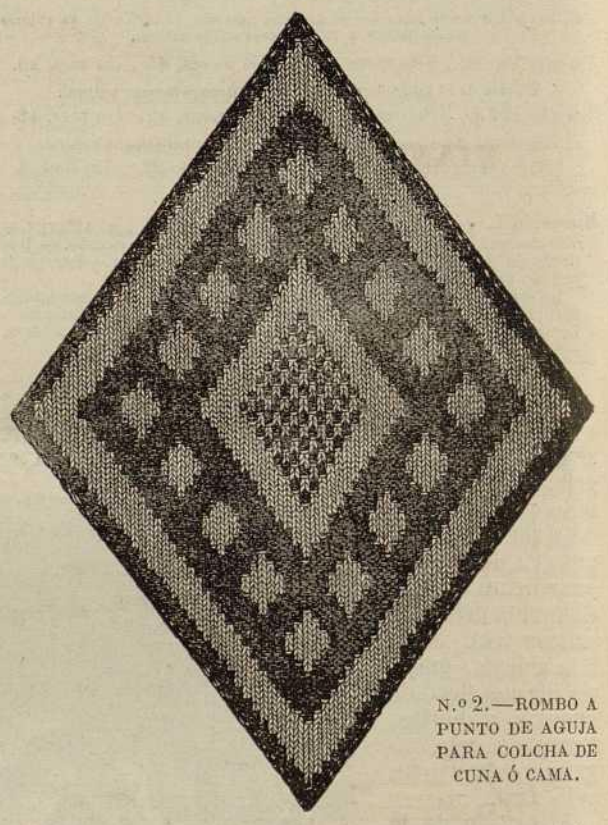
26.ª *vuelta.*— Uno levantado, —1 al derecho,—crecido;—3 al revés,—1 al derecho;—1 al revés,—3 al derecho.—3 al revés,—3 al derecho,—3 al reves,—3 al derecho,—1 al revès,—1 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

28.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—crecido,—3 al revés,—3 al derecho.—1 al revés,—1 al derecho,—3 al revés, —5 al derecho,—3 al revés,—1 al derecho,—1 al revés, — 3 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

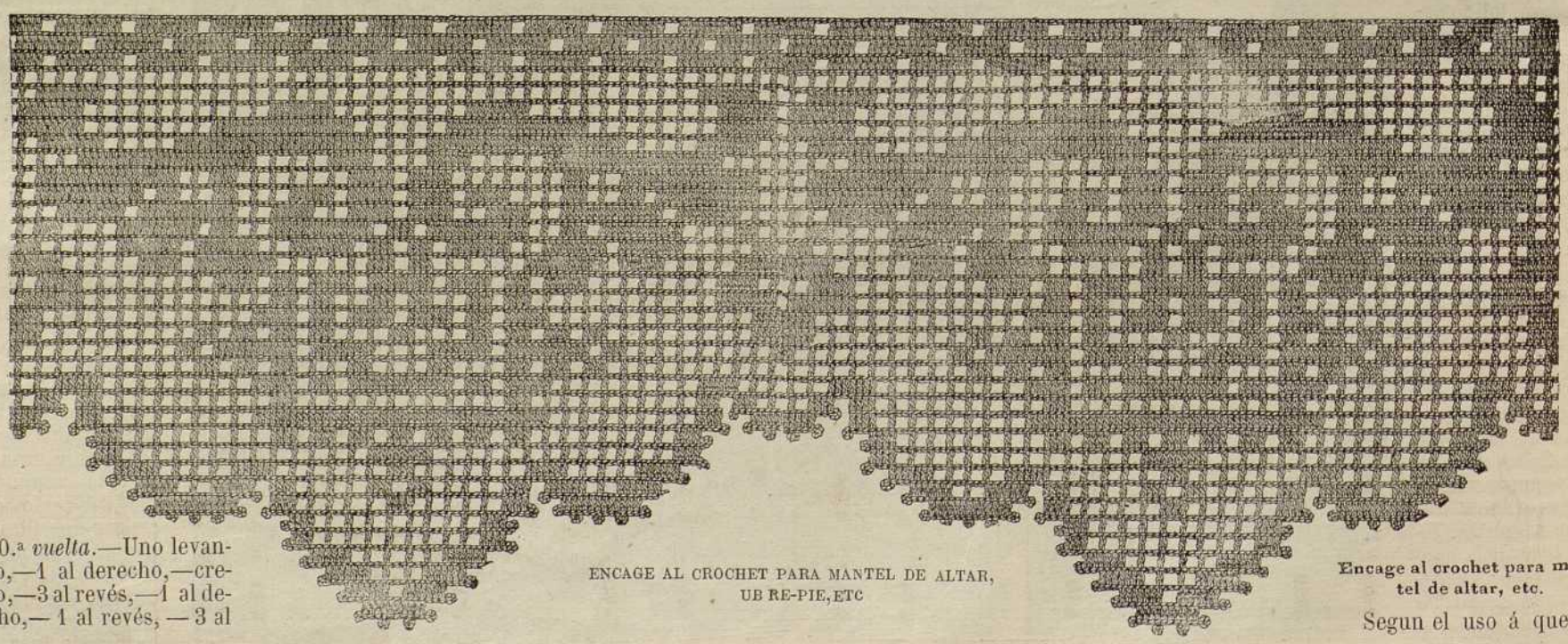
30.ª *vuelta.*—Uno levantado, - 1 al derecho, —crecido, —3 al revés,—5 al derecho,—3 al revés,—3 al derecho,—1 al revés,—3 al derecho,—3 al revés,—5 al derecho,—3 al revés,—crecido,—2 al derecho.

Es ya fácil continuar el dibujo; el crecido echa atrás de un modo regular los arabescos, que se repiten tales como hasta ahora (véase el dibujo). Con la 40.ª vuelta principia la cruz del centro; cada brazo de esta cruz tiene 18 vueltas (ó *agujas*) de alto, y 9 puntos de ancho. Cuando la labor ha llegado á la 67.ª vuelta, está hecha la mitad del rombo; la otra mitad es igual, y se repiten todas las vueltas desde la 1.ª hasta la 67.ª; la única diferencia consiste en hacer menguados en vez de los crecidos. Cuando no quedan mas que 5 puntos, se desmonta,—ó bien, si se quiere hacer la colcha por tiras, se principia otro rombo.

2.º Rombo.—Se le principia sobre 5 puntos, como el anterior; su ejecucion es en un todo igual á aquel; solo que el marco estrecho debe aparecer al revés por el derecho de la labor, mientras que el borde de 4 puntos principia con el punto del medio de la 2.ª vuelta. Con el punto del medio de la 10.ª vuelta se principia el fondo, que se hace al revés, y el arabesco del centro principia con el punto del medio de la 20.ª vuelta. Cada arabesco de estos tiene, como en el rombo anterior, 10 vueltas de alto, y la separacion entre los arabescos y el borde hecho al derecho es de 5 puntos. En la 40.ª vuelta, compuesta de 45 puntos, principiase el arabesco del centro, y en la 50.ª vuelta el fondo de piqué, cuyo dibujo se compone alternativamente de un punto al derecho y de otro al revés. La 65.ª vuelta termina la primera mitad del rombo. La segunda mitad se hace en sentido inverso, pero repitiendo todas las vueltas desde la 65.ª hasta la 1.ª



N.º 2.—ROMBO A PUNTO DE AGUJA PARA COLCHA DE CUNA Ó CAMA.



ENCAGE AL CROCHET PARA MANTEL DE ALTAR, UB RE-PIE, ETC

Encage al crochet para mantel de altar, etc.

Segun el uso á que se

destine este encage, se empleará algodon ó hilo mas ó menos grueso. Se le hace al crochet cuadrado, con lo cual toda explicacion es supérflua; digamos solamente que se cuentan 3 puntos en el aire para cada cuadro, sea claro ó tupido; que se hace una cadeneta del largo necesario para el encage, y que en fin se copia exactamente el dibujo en líneas rectas hasta el principio de las puntas. Aquí se ata la hebra de nuevo, y se hace cada punta por separado; los piquillos que las orlan se componen de 4 puntos en el aire cada uno.

Sabido es que para el crochet cuadrado, que no se hace de ida y vuelta, se corta la hebra al fin de cada vuelta, para volverla á atar al principio.

EL VENTRILOCUO.

ANÉCDOTA.

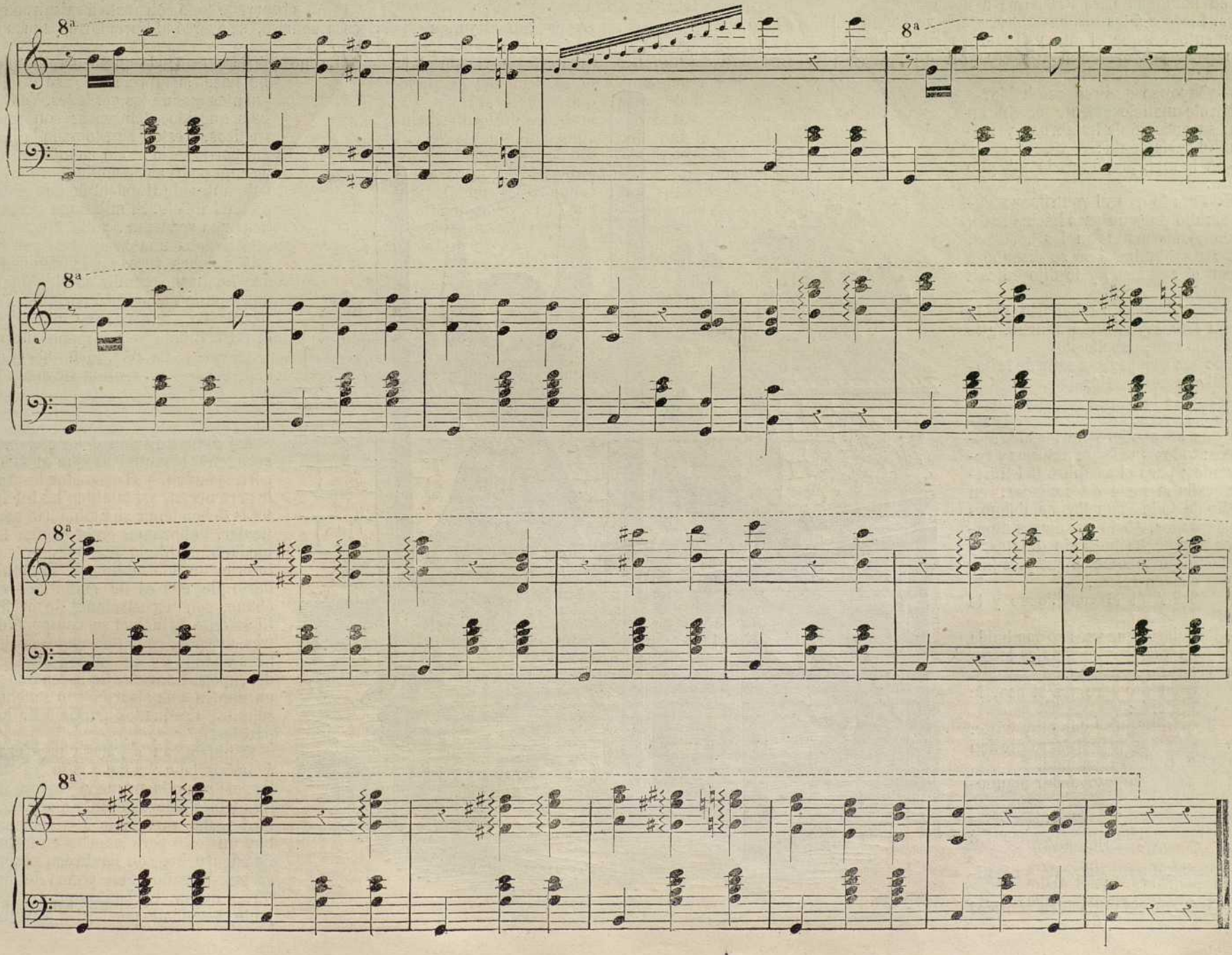
La aldea de Hopfield es por excelencia la mansion de los chismes y de la murmuracion; cada boca es una trompeta y cada habitante un eco; si por la mañana decís un secreto al oido en un extremo de la parroquia, ya podeis estar seguro de que por la tarde lo oireis repetir en todas partes; el vicio de hablar llega á tal extremo, que hasta la amistad es indiscreta, pareciéndose los amigos á los vasos tendidos.

Si quereis conseguir alguna atencion de un vecino, no vayais tampoco á vivir en Hopfield, porque allí nadie pierde un momento en provecho ajeno; pero si por casualidad algun coche ó algun caballo atraviesa la plaza, ó si alguno grita que vende escobas,

WALS: POR ESCLAVITUD BUHIGAS.--DEDICADO A MI QUERIDO TIO LUCIANO.

HABANA—1867.

PIANO.



al instante todos abandonan su trabajo y salen á las puertas, porque en Hopfield los habitantes son tan curiosos como murmuradores, y solo son económicos de su tiempo cuando se trata de servir á otro.

En una calurosa tarde de Otoño, Petra Mullier, que remendaba unas medias en la entrada de su choza, las tiró á un lado y se adelantó hasta el medio de la calle para ver á donde corria con tanta precipitacion su vecino José Willis, y descubrió gran número de hombres, mujeres y niños que venian del otro extremo de la aldea y rodeaban á un oso negro que caminaba lentamente guiado por un titiritero. Vestia este una gran lévita blanca en la cual hubiera podido embozarse, y un chaleco muy corto que se habia divorciado con su pantalon y daba paso á una camisa vieja hecha girones; llevaba tambien botas de campana sin suelas y un sombrero blanco sin ribete. Un muchacho vestido de blanco y de cara hambrienta marchaba delante soplando en un pito y tocando un tambor con tanto arrebato que solo de oirle los piés marcaban el compás.

Cuando el titiritero llegó delante del *Leon Encarnado*, única posada de la aldea, se paró, hizo formar la gente en círculo, y mandó al oso que se pusiese en dos piés, y luego blandiendo el palo sobre la cabeza del animal, empezó á bailar con él haciendo pasos y ademanes que el oso remedaba de un modo muy pintoresco. Ya puede el lector imaginarse que los habitantes de Hopfield rebosaban de alegría y que no se oian mas que carcajadas.

Un ventrílocuo chusco, que se hallaba entonces en la posada, miraba por la ventana aquel espectáculo burlesco, y aunque habia llegado aquella mañana, ya habia podido conocer cuán crédulos é ignorantes eran los habitantes de Hopfield; y en su consecuencia, le ocurrió valerse de su habilidad para divertirse á costa suya. Llegóse á los circunstantes, y aprovechando el momento en que el pito y el tambor habian hecho una pausa, se acercó al titiritero y le dijo gravemente:

—¿Supongo que ese oso habla?

Miróle maliciosamente el charlatan, se encogió de hombros, y respondió ágriamente:

—A fe mia, pregúnteselo Vd. y lo sabra.

Esto era lo que el ventrílocuo deseaba: dió pues un paso hácia el oso, se metió las manos en los bolsillos, como un hombre que se dispone á hacer el gracioso, y le dijo en voz burlona:

—Bailas como un bailarin de la Opera y te doy la enhorabuena. ¿De qué pais eres, caballerito?

Una voz que parecia salir de la boca del oso respondió:

—Soy de los Alpes en Suiza.

No trataremos de describir el pasmo que se apoderó de los circunstantes: todos quedaron atónitos y espantados; pero el asombro del titiritera valia la pena de copiarse, en medio de todos aquellos semblantes consternados. Abrió sus ojazos atontados y su ancha boca sin dientes, y quedó inmóvil como si sus piés hubiesen echado raices.

Volvióse á él el ventrílocuo y le dijo:

—Por cierto que vuestro oso habla muy bien inglés, y apenas se le conoce el acento helvético.

Y dirigiéndose otra vez al oso, le dijo con interés:

—Me parece que estás muy triste.

—Las nieblas de Inglaterra me dan el esplin, replicó el animal.

Y la gente empezó á dar algunos pasos atrás.

El ventrílocuo prosiguió:

—¿Hace mucho que perteneces á tu amo?

—Bastante para que esté ya fastidiado.

—Qué, ¿no se porta bien contigo?

TRAGE DE CAMPO PARA SEÑORITA.

—Sí, lo mismo que un herrero con el yunque.

—¿Y qué intentas hacer para vengarte?

—Uno de estos dias me lo comeré por via de almuerzo como si fuese un rábano.

A estas palabras, los circunstantes espantados dejaron un grande espacio entre ellos y el oso. El titiritero trastornado quiso tirar la cadena del animal, pero este dió un gruñido, y el ventrílocuo, sin aguardar mas, se caló el sombrero, volvió la espalda y echó á correr hácia la posada, imitándole toda la gente, que se dispersó corriendo en todas direcciones como si tuviese el oso á su alcance.

Luego que el ventrílocuo estuvo en la posada, se puso á contemplar á los fugitivos que desaparecian por diferentes puntos de la aldea, mientras que el oso causa de todo aquel desórden, estaba tranquilamente sentado, echando una mirada indiferente y filosófica sobre todo cuanto pasaba en derredor. Aquella misma noche, hallándose el ventrílocuo á la puerta de la posada, donde se habian reunido muchos habitantes, oyó hablar del lance con muchas amplificaciones y comentarios, y queriendo poner fin á la broma, explicó riéndose como habia pasado el caso. Al pronto le escucharon con curiosidad; pero luego que hubo acabado, los viejos mencaron la cabeza con aire incrédulo.

—Eso pueden creerlo los chiquillos, murmuró la abuela Griffy, pero no la gente de experiencia. No es esta la primera vez que hablan los animales, como puede verse en la Biblia al tratar de la burra de Balaan. Por lo demás, el calendario habia anunciado este acontecimiento, pronosticando que á mediados de agosto, tres dias antes ó tres dias despues del presente, sucederia en el mundo algun portento.

Insistió el ventrílocuo y quiso dar una prueba de lo que decia; pero los habitantes desconfiados se marcharon, persuadidos de que se les queria engañar.

Entonces, el posadero, que lo habia observado todo con maliciosa mirada y picaresca sonrisa, se acercó al burlador chasqueado y le dijo:

—Milor, no debeis extrañar lo que ocurre; la plebe hace siempre mas caso de los cuentos que de las verdades. Vos habeis querido chancearos con unos rústicos, y estos han tomado la broma por lo serio; todo cuanto se dijese no podria persuadir ahora á los habitantes de Hopfield de que el oso no ha hablado. Si milor me permitiese una reflexion, yo le diria que esto prueba una cosa, y es, que no está muchas veces en la mano del que ha hecho cundir en el público una opinion absurda ó perjudicial el rectificarla, aun cuando manifieste la verdad.

M. DE F.

VESTIDOS PARA NIÑOS (GIMNASIA).

BIBLIOTECA.

Así como un salon debe contener solamente los muebles que al salon corresponden, y el comedor los que le pertenecen, así tambien las bibliotecas deben tener su mobiliario particular. Publicamos en la página inmediata un dibujo que representa el interior de una biblioteca. El mobiliario de ella es de embutidos de ébano, con incrustaciones de marfil. El estante principal se compone de tres cuerpos, cada uno de los cuales lleva encima un jarron de porcelana del Japon. En frente de la ventana se encuentra una alacena con muchos cajones, destinados á clasificar los papeles.

El bufete con cajones y papeleras á ámbos lados es igual á los estantes, así como la pequeña etagera de tres tablas colocada junto á aquel. A la derecha, inmediato á la ventana, hay un cesto para papeles en forma de cucurucho, con lambrequin (aplicacion de paño sobre paño) de una forma nueva. Un lambrequin semejante, terminado por borlas, disimu-

la la forma demasiado clásica del sillon. Diversos asientos de formas varias, y un armario completan el ajuar de la biblioteca; las cortinas son de paño Habana, con aplicaciones de paño negro rodeadas de una trencilla fina maiz.

Los tableros de la pieza (forrada de papel Habana aterciopelado) van decorados con tapicería del género Luis XIII; llevan al rededor unas molduras negras, y pueden quitarse ó ponerse como si fueran cuadros cuando la pieza ha de permanecer deshabitada durante algunos meses. Estos tableros se hacen con frecuencia de canevas Java, y en este caso la labor se ejecuta rápidamente, puesto que no hay que hacer fondo alguno.

AJUAR DE CASA. BIBLIOTECA AMUEBLADA.

EL FONDO DE LA COPA.

(CONCLUSION.)

Una sombra blanca, salió furtivamente de la casa, y acercándose á él, puso una mano sobre su hombro.

Roberto levantó la cabeza; sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—Teresa! exclamó sollozando.

Teresa se sentó junto á él y lloró en silencio: lloraron en silencio mucho tiempo.

Una tórtola solitaria, que estaba sobre una rama vecina, despertó, y mezcló á los ayes de aquellos dos seres infortunados su tristísimo lamento.

¡El dolor que se comparte deja de ser dolor, pierden su amargura las lágrimas que se juntan con otras lágrimas!

¡Dichoso el que en los momentos de prueba, puede confundir su ser con otro ser amante y compasivo!

Al cabo de algunos momentos, Roberto levantó la cabeza; ya no lloraba: brillaba en sus ojos la santa resignacion de un alma fuerte; la fe del martirio resplandecia en su rostro.

—Gracias, mi ángel bueno! exclamó con entusiasmo. Nunca olvidaré este instante! Tú me has recordado que soy cristiano: que es preciso luchar y vencer en las crueles batallas de la vida. ¡Viviré, triunfaré de mí mismo! Adios!

Levantóse Roberto al hablar así, estrechó con efusion las manos de Teresa, y se internó en la espesura.

La jóven permaneció inmóvil hasta que le hubo perdido de vista.

Cuando entró en la sala del baile sonreia al través de sus lágrimas. Acababa de experimentar todas las alegrías de los ángeles, porque habia vertido el bálsamo del consuelo sobre un corazon despedazado!

II.

Habíanse pasado quince años, desde el anterior suceso, y hé aquí lo que escribia Teresa, sentada debajo de un emparrado, en una mañana del mes de Abril, mientras cantaban en su derredor las avecillas, mientras balaban en el prado las ovejas, y las flores se balanceaban sobre su frondoso tallo.

"Leo en tu carta que eres muy dichosa, Ernestina, y, no obstante, desde que Clara, tu buena nodriza, ha vuelto, siento un pesar que me tortura el alma. Dice que habitas en un espléndido palacio, que tienes una multitud de criados, muebles magníficos y deliciosos jardines. Dice que tienes tres coches, uno de ellos, el mas hermoso, con tus armas esculpidas en la portezuela, y tirado por dos caballos tordos, que no los hay mejores en las caballerizas de la reina. Me ha contado que tus salones están siempre llenos de personages de la alta aristocracia, y que todos te adulan y te rinden homenage. No sé cuántos miles de reales, supone que te costó tu último trage, para concurrir al baile de palacio. Es una suma tan fabulosa, que se extremece el corazon al pensar, que has podido gastarla fútilmente en una noche.

"Tambien me ha referido tu método de vida, que me parece extraño. Afirma que te levantas á las dos, que te desayunas, y consagras al tocador dos horas. A las cinco sales á paseo, ó recibes visitas. Comes á las ocho: á las diez vas al teatro, en el cual sueles permanecer hasta las doce, y á esta hora te diriges á alguna espléndida fiesta, en donde transcurren dulcemente los instantes, hasta que el alba se asoma por el oriente.

"Soy una pobre campesina, y no sé hallar el encanto de esta vida; pero en cambio otros detalles me han llenado de angustia y de zozobra.

"Tú ocupas un ala del palacio, y tu marido la opuesta. La habitacion de tus hijos está completamente separada de la de ámbos Vosotros dos, apenas intervenís en su educacion: primero el ama, luego el aya, y ahora los preceptores, os relevan de todo deber, de todo cuidado. Los criados de cada uno, los amigos, las relaciones, todo es distinto. A veces se pasan ocho dias, sin que tú veas á Conrado; sin que este vea á sus hijos.

"Como no sea en los dias de convite, nunca comeis juntos: tú, con tus amigas, á quienes él no conoce; él, con sus amigos, que acaso le guien al precipicio. A veces no duerme en su casa, y tú no lo sabes: bien es verdad que á él le sucede lo mismo con respecto á tí.

"Tampoco las relaciones de tus hijos son las tuyas ni las de tu marido. Si os hallais por casualidad en una reunion, os saludais con tanta ceremonia como si fuérais unos extraños. En los veranos, tú te vas á baños, Conrado á París, y tus hijos se quedan en Madrid.

"La pobre Clara está aturdida, y refiere con cándida sorpresa, que un dia, por una torpeza de los criados, Conrado recibió la visita de un amigo tuyo, á quien no conocia. Despues de una graciosa escena muda, tu marido tomó la determinacion de llevarlo á tu santuario, en el cual, sin embargo, no pudo entrar, porque se lo prohibió la doncella. Al cabo de diez minutos, salió esta misma, é introdujo al visitante, mientras tu marido se volvia silbando á su aposento.

"Otras muchas cosas me ha contado, á las cuales no quiero dar asentimiento; pero ¿á dónde os conducirá todo esto?

"¡Ah, créelo, tiemblo por tí, y ninguna mañana dejo de ir á la ermita de Santa María de la Cabeza, en donde rezo una salve á nuestra venerable patrona, para que te guie, te ilumine y te proteja!

"Ahora te hablaré un poco de mí. Mi existencia es muy monotona, muy uniforme, pero vivo contenta y tranquila, porque puedo hacer algun bien, y sembrar algun consuelo en torno mio.

"Nuestro buen padre envejece aprisa, y sobre ser viejo, está ya casi paralítico, de modo que es un milagro la prolongacion de su vida.

"Tambien nuestro venerable cura, que ha venido á habitar con nosotros, envejece.

"Yo sufro algunas veces, al verlos sufrir, pero otras me siento muy dichosa, cuando ámbos me bendicen, y me llaman su ángel bueno.

"Olvidaba hablarte de un antiguo amigo: miento, no le olvidaba, pero no me atrevia á pronunciar su nombre.

"Roberto, que, como sabes, despues de tu casamiento emprendió un largo viage, está de regreso en Andújar.

"Nunca te habia dicho que yo era la administradora de sus bienes, que gracias á Dios, le he devuelto en mejor estado.

"Su fisonomía es siempre triste, pero no expresa ya aquel dolor agudo, aquel horrible decaimiento, que estaba antes pintado en su semblante. Está muy cambiado, y puedo asegurarte que en ventaja suya, físicamente. En cuanto á sus cualidades morales, es siempre el mismo: bueno, afectuoso, complaciente.

"Viene todas las noches á vernos, y sentados los cuatro delante del hogar, yo trabajo, y él lee, ó nos refiere sus viajes.

"¿Cuándo te volveré á ver, hermana? Hoy hace quince años que nos hemos separado, y no se pasa ni un solo dia, sin que nuestro buen padre pida á Dios la gracia de bendecirte, antes que le sorprenda la muerte.

"¡Ven, Ernestina, ven!... ¡Ven á buscar un momento de reposo en nuestros brazos!"

III.

Habíanse pasado diez años mas, desde que Teresa escribió la precedente carta, y era todavía la brisa del mes de Abril, la que rizaba el agua de las fuentes, la que suspiraba entre las hojosas ramas de los árboles.

Nada habia cambiado de aspecto en la rústica casa. Las mismas enredaderas cubrian sus ventanas bajas, los mismos árboles la daban sombra. Sin embargo, delante de la puerta, sobre la alfombra de musgo, brillante con el rocío de la mañana, jugaban cuatro niños, hermosos como los ángeles.

El mayor tenia nueve años; la menor era una niña graciosa y sonrosada.

De repente resonó el alegre tañido de una campana, y los cuatro corrieron á una sala baja, que servia de comedor.

Habia preparada allí una larga mesa, cubierta de manteles, mas blancos que la nieve, y sentado á su testero, veíase al anciano paralítico.

Los niños fueron respetuosamente uno tras á otro á besarle la mano, y él en cambio los bendijo con paternal ternura.

Casi al mismo tiempo entraron un hombre y una mujer, cojidos de la mano, y sonriendo con la inefable sonrisa de los justos. Eran Teresa y Roberto. Eran las dos almas amantes que Dios habia por fin reunido: eran los dos corazones apasionados, que ya no producian mas que un latido! ¡Ella, que habia alimentado durante quince años la llama de aquel amor casto, de aquel amor sublime, de aquel único y verdadero amor, formado de abnegacion y de pureza que sienten los serafines; él, que habia necesitado quince años para borrar del suyo la imágen adorada!

Y Dios los habia, por fin, reunido, porque eran dignos el uno del otro; Dios los habia reunido, como se reunen dos amantes pajarillos en un mismo rayo de sol, despues de la tormenta, y eran tan felices como es posible serlo en esta tierra de dolores.

Qué mas podian desear? Recibian todos los dias la bendicion de su padre y del buen cura, y sus hijos crecian á su sombra adornados de gracias y de virtudes.

Su hacienda prosperaba con el incesante cuidado: sus campos estaban mejor cultivados que los otros, y se habia aumentado considerablemente el número de sus rebaños.

En aquella modesta casa habian erijido su templo la paz y la ventura. Los criados envejecian allí con los amos, los pobres de la comarca formaban sinceros votos para que el cielo los colmase de beneficios, y tenian muchos amigos, que les atestiguasen su consideracion y su cariño.

Teresa y Roberto se acercaron tambien á besar la mano de su padre, y dieron sonriendo los buenos dias al sacerdote, que acudia presuroso de la iglesia.

El almuerzo fué alegre y espansivo, presidido por el amor y la franqueza.

A los postres un criado trajo una carta. Teresa dió un grito de júbilo.

—Es de Ernestina, dijo, y leyó en alta voz lo siguiente:

"Querida hermana: deseo que vengas á pasar algunos dias conmigo, estoy enferma, y confieso que tengo algunos motivos de amargura. Tú, sin duda, sabrás que hace algunos años, mi marido y yo vivíamos separados amigablemente; pero hace dos que las cosas llegaron á tales términos, que me ví obligada á pedir el divorcio. Conrado, habitaba en París, con una bailarina, de la cual tiene muchos hijos, y eran tan desordenados sus gastos, que no pudo seguir enviándome la pension que me habia prometido.

"Empezó por pedirme á mi hija mayor, si queria seguir recibiéndola. Esto no era mas que un pretesto, para aplazar el pago de lo que legítimamente me pertenecia. Yo estaba muy apurada, necesitaba dinero, no podia aguardar la decision de los tribunales: cedí, le envié á mi hija. ¡Ay, la pobre niña vive allí confundida con los hijos bastardos, y al lado de esa mujer que es peor que una madrastra!

"Pero este sacrificio no bastó: ya te he dicho que era solo un pretesto para ganar tiempo. Seguí careciendo de todo, y tuve por fin que entablar la demanda, cuya tramitacion ha sido larga y enojosa. Asómbrate, Teresa; él ha hallado infames que me calumniasen, y me acusaran de deslices que nunca he cometido.

"En último resultado, solo por medio de empeños he podido lograr que no se me encerrase en una horrible reclusion, y no ha sido pequeño triunfo el conseguirlo.

"Ya se ve, tenia que luchar sola contra todos, porque no sé si te he dicho que Andrés, mi hijo mayor, se ha casado con una muchachuela del pueblo, que se ha ido á Barcelona y solo piensa en la grosera familia que se ha formado. El otro ha muerto desgraciadamente en un desafio. ¡Me encuentro sola! ya ves si necesito de tus consuelos!

"Además, estoy fatigada de la vida: yo no queria decírtelo; pero hace tiempo que me siento fatigada!

"¡Las costumbres han cambiado tanto de ocho años á esta parte! Los hombres se han vuelto groseros, y las mujeres han acrecentado su desvergüenza y su coquetería!

"La esposa de uno de mis amigos, que ahora ha cometido la torpeza de casarse con una niña, dice que el cambio consiste en que yo me he vuelto vieja; pero no es verdad, porque cuando consulto el espejo, me encuentro aun bastante hermosa.

"¿En qué consiste, pues, que mis salones están desiertos? que lejos de producir sensacion como antes, cuando entro en una sala, todos se desvian de mí y me vuelven la espalda? ¡No sé, no lo adivino, estoy confusa! Pero sobre todo estoy triste, muy triste! Esta soledad material y moral me abruma! ¡me parece que vivo en un desierto!

"Ven, Teresa, ven: necesito el calor de un alma, que dé calor á la mia, helada y muerta!

"Ven, tú me dirás ingénuamente en qué consiste todo esto. Ven, que te aguarda con impaciencia, tu Ernestina."

La lectura de esta carta, hizo verter á la virtuosa familia, las primeras lágrimas de amargura, despues de diez años de inalterarble contento.

Aquella misma tarde, Teresa y Roberto se pusieron en camino para Madrid, pero ¡ay! que cuando llegaron delante de la fastuosa mansion, en donde habitaba su hermana, hallaron el portal obstruido de gente, y supieron con dolorosa sorpresa, la muerte repentina de la que tan brillante papel habia representado en el mundo!

Teresa penetró con el corazon despedazado en aquella casa, en donde no debia hallar ya mas que un cadáver yerto.

Las puertas estaban abiertas; atravesó los salones, adornados con un lujo verdaderamente regio, porque la infeliz esclava del mundo, á todo habia renunciado menos á la apariencia, y se halló por fin en la cámara mortuoria.

En el lecho, solo, frio, abandonado, yacia el cadáver: á los piés de la estancia, sentados al rededor de una mesa, estaban un escribano y algunos alguaciles, que en nombre de la ley, hacian un inventario de cuanto existia en la casa.

Allí no habia esposo é hijos que llorasen: el esposo y los hijos estaban ausentes de la córte, y cada cual se habia formado una familia nueva, no hallando calor ni abrigo en el conyugal y materno seno: allí no habia amigos, que se condolieran de la que habia dejado de existir, porque los amigos de salon lo son únicamente en las prosperidades de la vida. En cuanto á los criados, habian desaparecido, despues de haber saqueado sus alhajas...

¡Aquella mujer tan adulada, habia muerto sin ver en su derredor un rostro amigo!

¡Las lágrimas de Teresa y de Roberto, fueron las únicas que descendieron sobre sus párpados abiertos!

Los dos esposos hicieron embalsamar el cadáver, y lo llevaron consigo, á su rincon del mundo.

El dia que lo sepultaron en el cementerio de Andújar el viejo, todos sus habitantes asistieron á la lúgubre ceremonia. Teresa, Roberto y sus hijos, arrodillados junto á la entreabierta sepultura, vertian copiosas lágrimas y el pueblo conmovido, oraba en voz baja.

—¡Hijos mios, exclamó el anciano cura en medio del universal silencio: esta infeliz, á quien yo eduqué en el santo temor de Dios, dando rienda suelta á su orgullo y á su ambicion, ha destruido su casa, y ha causado la ruina de su esposo y de sus hijos! ¡Aprended, pues, cual es el fin de las pompas mundanas, cual es el fin de la mujer que hace del matrimonio un frívolo comercio! No os embriagueis con la dulzura del néctar: ¡pensad en las heces amargas, que suelen hallarse en el *fondo de la copa!*

Angela GRASSI.

GALERIA DE PINTORES.

RUBENS.

Amberes, esa gran ciudad flamenca, parecia cubierta de un fúnebre crespon, aun cuando se habia entrado ya en los últimos dias del mes de Mayo, en el momento en que la naturaleza nos envía con las flores sus mas graciosas sonrisas: un cielo sombrío y negro se mostraba acorde con las preocupaciones de la ciudad.

Una tarde triste del mes de Mayo de 1640 un extrangero, de buen talante, montado sobre un magnífico corcel, hizo su entrada en Amberes: sin duda el desconocido habia guardado un recuerdo mas alegre de aquella encantadora ciudad, sobre todo en aquel momento: se hallaba entonces en la época de la fiesta de *El Kermess*, que de ordinario los habitantes celebraban con diversiones esta solemnidad; porque el extrangero, queriendo hacerse explicar aquel problema, se dirigió rápidamence á la posada mas ahumada del pais, sabiendo que allí debia encontrar buena cama, buena comida y noticias verdaderas ó falsas de lo que sucedia.

Encontró vacía la posada, y al dueño de la casa paseándose á lo largo y á lo ancho del patio con todas las señales de la mas grande impaciencia. El forastero sin apearse del caballo, le llamó con viveza.

—Hola! señor posadero, exclamó. ¿Está atacada toda la ciudad de rabia, que no se ven mas que fachas patibularias, en lugar de esos rostros alegres que la época de la fiesta hace tan gentilmente brillar?

—Ay! no señor; no es la ciudad la que está enferma, dijo lastimosamente el patron del *Sol di Oro*; y añadió levantando los ojos y las manos al cielo, como para tomarle por testigo de la franqueza de sus palabras: pluguiera á Dios que fuese ella, es decir, toda mi familia, antes de que nos sucediese la terrible desgracia de que nos hallamos amenazados! ¡Así las fiestas no se verifican este año!...

—¿Pues qué peligros amenazan? interrumpió el forastero, cuya curiosidad se habia avivado.

—Qué! ¿Hace una hora que habeis entrado en Amberes, y todavía lo ignorais? exclamó el buen posadero. ¡Ay! el peligro en que estamos es el de perder á Rubens, nuestro querido y gran pintor; porque hace dos dias que Rubens se hallla en peligro de muerte.

Al saber esta noticia palideció horrorosamente el forastero, y metiendo espuelas al caballo, se lanzó al través de las calles de la ciudad, y en algunos segundos se halló delante de la casa de Rubens que se disponia á comparecer delante de Dios.

Una muchedumbre inmensa rodeaba aquella casa; pero apesar de aquella afluencia considerable, no se oia el mas mínimo ruido; y si, al contrario, el ruido de algun carruage se dirigia hácia aquel lado, un hombre del pueblo se destacaba de los grupos, para ir á obligar al conductor del vehículo á marchar por otro lado, á fin de que ningun ruido pudiese venir á turbar el reposo de aquel, á quien con tan justo título miraban como la gloria y el honor de su pais.

En aquel momento un anciano criado se presentó en lo alto de la escalera.

—Rubens está un poquito mejor en este instante, dijo con una voz conmovida.

Iba á volverse, cuando el forastero, que despues de los mas grandes esfuerzos habia llegado á penetrar entre la multitud, se presentó de pronto delante de él.

—¡Válgame san Francisco! ¡Sois vos, señor Van-Dyck! exclamó de nuevo el anciano criado, dejando escapar un alegre movimiento. ¡Cuánta alegría va á sentir mi amo al volveros á ver! ¡Hace tanto tiempo que os habíais marchado! Pero ¡ay! añadió volviendo á su dolor, ¿estará en estado de reconoceros?... ¡Está tan malo el buen señor!

Y así hablando el anciano criado, llevó á Wan-Dyck al lado del lecho de agonía de Rubens, porque el desconocido era efectivamente el célebre discípulo del ilustre moribundo.

Cuando le fué abierta la puerta de aquella fúnebre alcoba, Van-Dyck se arrodilló piadosamente á la entrada de aquel santuario, donde el hombre de génio y de bien debia devolver al Criador aquella alma, que se habia complacido en hacer tan grande, tan noble, tan hermosa. Al ligero ruido que causó aquella accion, levantó poco á poco la cabeza el moribundo, y al ver á su antiguo discípulo, le alargó una mano, que este cubrió inmediatamente de besos y de lágrimas.

—Doy gracias á Dios que te ha traido á mi lado en esta hora solemne, dijo Rubens con voz apagada y débil: te amo como á mi hijo, y cuando un padre va á morir, es preciso que sus hijos estén en derredor suyo.

Los sollozos de su familia interrumpieron al enfermo, que trató entonces dulcemente de consolarlos. Algunos instantes despues un venerable sacerdote, que no le habia abandonado en el peligro, se adelantó hácia una ventana, la abrió, y dijo á la muchedumbre arrodillada y muda:

—Orad, hermanos, ¡el alma del justo está delante de Dios!

Gritos de profundo dolor siguieron á aquellas tristes palabras: hubiérase dicho que toda la poblacion de Amberes acababa de perder un padre querido.

Así murió Rubens á la edad de 63 años.

Aquel gran artista habia nacido en 1577 el dia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, cuyos nombres le dieron. Colonia es designada por todos los biógrafos como el lugar de su nacimiento; pero monumentos auténticos, recientemente descubiertos, comprueban que vino al mundo en el Bramante, mientras su padre, senador de Amberes, vivia en un pais agitado por las discordias civiles.

Desde que el niño tuvo diez años le hizo entrar su padre en calidad de paje en casa de la condesa del Salms. No se halló bien el niño en aquella dorada esclavitud, y quiso absolutamente salir de ella. Volvió, pues, á la casa paterna, donde le hicieron comenzar sérios estudios, con el deseo de dedicarlo para que sucediese á su padre en sus empleos; pero el digno hombre murió muy pronto, y habiendo descubierto su viuda una facilidad sorprendente para las artes y un gusto apasionado al dibujo en el niño, para el que soñaba el mas brillante porvenir, le dedicó desde luego á la carrera gloriosa de la pintura, y lo colocó primero en casa de Adam Van-Cort, artista de gran reputacion entonces, y despues en casa de Otto-Venins, donde le animaron los mas felices sucesos en su arte.

A la edad de 23 años pasó Rubens á Italia; allí con el apoyo del Cardenal Alberto, entró al servicio de Vicente Gonzaga, duque de Mántua. En el palacio de este príncipe tuvo ocasion de estudiar los cuadros de Julio Romano, que adornaban su galería. Seis años permaneció en Mántua, durante los cuales le encargó el príncipe muchas y delicadas comisiones; entre otras, el ir á España á presentar al rey Felipe III un soberbio tiro de caballos. Este viage fué de grande utilidad al jóven artista, porque halló obras maestras que pudo admirar. Así, á su vuelta á Mán-

tua, el duque le envió á Roma á copiar los mas hermosos cuadros de Rafael, é hizo de ellos unas copias tan bellas, que pasan hoy á los ojos de los inteligentes por segundos originales.

Su reputacion, que comenzaba á difundirse, hizo que el archiduque Alberto le llamase á su córte; volvió á ella y contaba establecerse allí, cuando María de Médicis le hizo ir á Francia con las mas lisonjeras ofertas, para pintar la galería de su palacio de Luxemburgo. Rubens permaneció algun tiempo en París; empero el amor á su patria le volvió á llamar á Flandes. Era preciso que Rubens hubiese nacido poeta para expresar las santas ideas, las inspiraciones y las ricas composiciones que presenta siempre en sus cuadros. Conocedor mas que nadie del poder y el encanto de la afliccion, unió á estos raros talentos la elegancia del colorido de la escuela italiana, cuyos maestros habia estudiado: así ocupa el primer término entre los ilustres artistas, de que con razon y justo título puede envanecerse Flandes.

Los talentos superiores de este hombre, célebre en la pintura, no le adquirieron solo la estimacion y el aprecio de los soberanos de su época. Sabio, prudente, sagaz, penetrante y sólido, el conocimiento que tenia del mundo, sus conocimientos y su permanencia en las diversas córtes de Europa, le habian dado conocimientos muy extensos en política y en los intereses de los diferentes estados. La infanta doña Isabel, en las conversaciones que con él tuvo sobre la situacion de los Paises-Bajos, vió en él un hombre muy á propósito para los designios que tenia que comunicar al rey de España sobre el estado presente del gobierno del Bramante; y el rey de España, á quien fué enviado como embajador, le envió, por consejo del Conde-Duque de Olivares, su ministro, una del rey de Inglaterra, encomendándole una mision muy delicada, porque consistia en obtener condiciones, tan felices como pacíficas. Desempeñó Rubens con fortuna estas diferentes negociaciones. Menos afortunado fué en la que trataba de hacer llamar por su hijo el rey, Luis XIII de Francia, á la reina María de Médicis desterrada á Bruselas; verdad es que tenia que habérselas con el Cardenal Richelieu.

Mil anécdotas curiosas, sacadas de esta época tan fecunda en grandes acontecimientos, podríamos referir aquí para dar mayor interés á la biografía ligera que ponemos á los ojos de nuestros lectores; pero se han contado ya tantas, que, por medio de no fastidiarlos, vamos á extractar una solamente; es bastante conocida, y forma un enigma, cuya solucion permanecerá siempre envuelta bajo el mas espeso velo.

Durante el viaje que Rubens hizo á España, un poco antes de llegar á Madrid, el gran artista y su comitiva se vieron obligados á detenerse en una aldea: allí como no habia posada bastante capaz para contenerlos, un convento les abrió sus hospitalarias puertas; únicamente la órden era tan austera, que los religiosos evitaron toda conversacion profana con los huéspedes que recibian. A la mañana siguiente, en el momento de marchar, toda la comitiva que se habia dado cita y punto de reunion en la capilla del convento, oyó misa antes de ponerse en camino, y Rubens se sintió lleno de admiracion ante el cuadro que adornaba el altar mayor, donde oficiaba el sacerdote.

El asunto era sencillo y severo, grandísimo el órden, perfecto el colorido: era un monge moribundo asistido por sus hermanos; y la idea que el artista habia impreso, era el aislamiento de los efectos terrestres y la esperanza de la felicidad eterna: así, en medio de aquella desolacion, solo la cabeza del moribundo estaba radiante de luz y de un fuego sobrenatural.

Apenas se hubo terminado el oficio divino, exclamó Rubens arrebatado de entusiasmo:

—¿Quién puede haber pintado este cuadro?... No conozco en España un pintor capaz de semejante obra maestra.

Las gentes y señores de su comitiva se aproximaron al maestro al oir aquellas palabras, y todos á porfía redoblaban sus elogios.

El cuadro no estaba firmado, y el fraile á quien se dirigia aquella pregunta, no supo qué responder.

Rubens pidió entonces hablar al superior del convento. Vino este inmediatamente; y el artista, admirado del aire noble que reinaba en toda su persona, le saludó respetuosamente, antes de rogarle que satisfaciese la curiosidad que le habia hecho incomodarle.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente, y respondió:

—El pintor no pertenece ya á este mundo.

—Ha muerto! exclamó Rubens; ¡ha muerto! y nadie le ha conocido hasta ahora; nadie ha repetido con admiracion su nombre, que deberia ser inmortal; su nombre, ante el cual se eclipsaria acaso el mio; y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mio, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oir este nombre animóse con una expresion singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon, y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo mas que una vana curiosidad; pero aquella exaltacion no duró mas que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que habia levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista no pertenece ya á este mundo.

—Su nombre, padre mio; decidme su nombre, para que yo pueda anunciarlo al universo, y darle la gloria que merece! Y Rubens, Van-Dyck, Despsenback, Jacobo Jordaens, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos, casi iba á decir, sus rivales, rodeaban al prior, y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba; un sudor frio caia de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus labios se contraian convulsivamente, como prontos á revelar el misterio cuyo secreto poseia.

—Su nombre, su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademan.

—Escuchadme, dijo; me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de ese cuadro no pertenece ya á este mundo; pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—Vive! vive! Oh! hacédnosle conocer! ¡Decidnos quién es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un cláustro: es fraile.

—Fraile, padre mio! Fraile! Oh! Decidme en qué convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del génio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una mision sublime, y es preciso que la cumpla.

¡Nombradme el cláustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él y á mostrarle la gloria que le espera! Si me repele, haré que nuestro Santo Padre, el papa, le mande volver al mundo y tomar de nuevo los pinceles. El papa me estima, padre mio; el papa escuchará mi voz.

—No os diré ni su nombre, ni el cláustro donde te ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El papa os mandará que lo hagais, exclamó Rubens exasperado.

—Escuchadme, dijo el fraile; escuchadme en nombre del cielo. ¿Pensais que ese hombre, antes de abandonar al mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado reciamente contra semejante resolucion? ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer, en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es mas que vanidad? Dejadle, pues, morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones. Por lo demás, de nada servirian vuestros esfuerzos. Saldria victorioso de esa tentacion, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda. Dios, que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mio, considerad que renuncia á la inmortalidad.

—La inmortalidad no es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversacion; de modo que no pudo Rubens insistir mas.

Salió del cláustro el célebre flamenco con su brillante séquito.

A la mañana siguiente el cuadro habia desaparecido de la iglesia.

El talento de Rubens era elevado, fácil, lleno de fuego. Tenia gran conocimiento de las bellas letras, de la historia y de la alegoría: hacia ordinariamente sus reflexiones por escrito sobre todo cuanto veia, y copiaba él mismo los buenos cuadros. Su prodigioso génio, su hermoso colorido abundaba de ideas, riqueza, posturas, fuego y energía; en sus asuntos, sus actitudes sencillas, tan naturales, sus ropajes variados, sus interesantes paisages por el claro oscuro, hacen de cada uno de sus cuadros verdaderas obras maestras.

Si se pudiese decir cuál fué el mas hermoso cuadro de Rubens, sería preciso citar un número considerable, porque hay muchos sin defecto alguno; pero uno de ellos, que mas se hace admirar entre todos, y al que la posteridad ha dado en su concepto, con razon, una grandísima preferencia, es el *Descendimiento de la Cruz*, que cuando los franceses se apoderaron de la Bélgica trasladaron al museo de París; pero que despues, en 1815, por el tratado de Viena, fué devuelto á la antigua catedral de Amberes, de donde habia salido, y donde todavía permanece para ser el asombro de cuantos viajeros van á recorrer aquel pais, y tienen la fortuna y el placer de poderlo contemplar.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.
Vizconde de S. Javier.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

INTRODUCCION.

Las páginas que van á leerse son una parte importante de las Memorias inéditas de Enrique Conscience, y no dudamos ofrecerán gran interés á nuestros suscritores que acaban de leer *Los vecinos de Darlingen* y han leido anteriormente otras de las mas célebres novelas de este autor que disfruta en el dia de una fama europea.

No necesitamos esforzarnos en demostrar el interés que inspira esta publicacion, pues si en ella no se halla constantemente como en otras Memorias, la relacion, explicacion ó apreciacion de los grandes acontecimientos contemporáneos, se verá en ella al menos el reflejo de esos acontecimientos, que ejercen siempre su influencia aun en la vida *mas modesta y humilde*, y sobre todo se hallará en ellas lo que las hace mas interesantes y conmovedoras aun, que es el nacimiento, crecimiento y desarrollo de un alma poética.

Resumamos rápidamente la aparicion de las Memorias de M. Enrique Conscience hasta el momento en que dejemos hablar al autor mismo.

Pedro Conscience, padre del novelista, era francés. Nacido en Besanzon, se alistó voluntariamente en la marina francesa, y llegó á ser gefe de timonería á bordo de la cañonera la *Ville de Bordeaux*. Tres veces prisionero, sufrió una dura y larga cautividad á bordo de los pontones ingleses, y recobrada la libertad por canje, se fijó en Amberes, logrando un empleo de contramaestre en los astilleros de la marina imperial; casó con una flamenca y de esta union nació Enrique Conscience.

Débil y enfermizo el niño, se creyó que no viviria; pero un médico francés, llamado M. Tartare, aunque no lo fuera como su nombre indicaba, suficientemente hábil ó por lo menos afortunado, como veremos despues, predijo que iria tirando hasta los siete años; pero que si pasaba de aquella edad crítica se salvaria. Dos años despues, Pedro Conscience tuvo otro hijo, tan grande y robusto, como el primero habia sido raquítico.

Ocurrida la caida de Napoleon, el contramaestre perdió su empleo; pero hombre de energía, intentó otro oficio, y puesta su mujer al frente de una abacería, él se dedicó á otro género de comercio: compraba embarcaciones viejas y las desmontaba para venderlas al pormenor. Poco despues hizo lo mismo con los libros viejos, y esta industria, de carácter mas literario, al menos por los materiales que empleaba, ejercia cierta influencia en el porvenir de Enrique Conscience. Diariamente venian carros llenos de libros á descargar á la puerta de la morada paterna: poetas, sabios, historiadores, todos eran transportados á un vasto desvan, para esperar allí el momento en que fueran transformados en envoltorios ó cucuruchos. Enrique Conscience no tenia mas placer que visitar á aquellos proscriptos de la literatura en su triste destierro, y hojeaba alternativamente todos aquellos volúmenes condenados prematuramente á una muerte ignominiosa. Las páginas eran mudas aun para él; pero los grabados, que hablaban á sus ojos é imaginacion, le revelaban algunas veces el sentido misterioso que hubiera querido penetrar. Aficionábase á las obras de medicina, de historia natural y de marina, por la sencilla razon de que generalmente contienen mas *imágenes*. Su libro favorito tenia por título *Maravillosos viajes de Juan Nieuhof por el mar*. Era este un viejo in-folio lleno de figuras de animales extraños y de salvajes, que habia sido impreso en Amsterdam en casa de Jacobo Meurs 1582.

Si su espíritu se desarrollaba, no sucedia lo mismo á su cuerpo que permanecia delgado y delicado; su debilidad era tal que bien pronto no pudo andar sino con muletas, y hasta este medio le fué insuficiente poco despues, viéndose precisado á que le llevaran de un punto á otro. En este estado pasaba las horas sentado á la ventana en una especie de cajon alto rodeado de almohadas, triste y mudo espectador de los juegos de los demás niños que veia entregarse alegremente á sus distracciones en la calle. Como acontece frecuentemente, la madre de Conscience tenia una predileccion marcada por aquel hijo débil y enfermo. Le hacia aprender sencillas oraciones, le enseñaba los primeros elementos de la doctrina cristiana, y le contaba cuentos que repetia cien veces, pero á los que los niños encuentran siempre nuevos atractivos, sobre todo cuando aquellos relatos tenian algo de maravilloso. La pobre madre, convencida de que su hijo estaba abocado á la muerte, queria dulcificar aquel momento supremo, entreteniéndole sin cesar con el paraiso, del que le hacia las mas sencillas y tiernas descripciones; era un magnífico jardin plantado de hermosos árboles, de los que se podian coger libremente frutos exquisitos; habia riachuelos límpidos como el cristal en los que flotaban encantadoras barquitas llenas de niños. Allí se jugaba con ángeles y se escuchaban los sonidos encantadores de una música celestial; allí no habia enfermedades, no se conocia lo que era sufrir; allí los seres eran ligeros como las aves porque tenian alas, y el que iba allí se hacia ángel del cielo, y el Dios bueno se paseaba en aquel hermoso jardin y distribuia caramelos y dulces, tan dulces que uno no podia tener idea de su suavidad y delicadeza. Al oir estas pinturas, el niño abria sus rasgados ojos, y admirado despues los volvia á cerrar dulcemente echándose en los brazos de su madre, y deseaba ir lo mas pronto posible á aquella patria mejor que se le pintaba tan bella y seductora.

Hácia los siete años se obró una revolucion decisiva en la salud de Enrique, segun habia predicho el médico M. Tartare. Sin robustecerse demasiado, recobró casi por completo el uso de sus miembros, de que habia estado privado por tanto tiempo, y pudo vivir la vida de todos los niños de su edad. Entró entonces en una escuela primaria con su hermano, é hizo tan rápidos progresos que pasó bien pronto á todos sus condiscípulos. En la misma época le aconteció una gran desgracia: murió su madre.

Su padre, á cuya direccion quedaba confiado exclusivamente, tenia ideas particulares sobre la educacion de los niños. Pensaba que se debia dejar á su cuerpo é inteligencia desarrollarse espontáneamente cuanto fuera posible, y en este concepto pudo mezclarse Enrique con entera libertad con los pilletes de la vecindad, jugar con ellos de dia en la plaza contígua ó reunirlos por la noche á la puerta de la casa paterna. Allí se sacaba por suerte el nombre del que debia contar una historieta para entretener á la reunion; no era ninguno de los cuentos de hadas tan populares en Francia los que hacian el gasto en aquellas sesiones, sino tradiciones relativas á tal calle, plaza ó barrio de la ciudad y especialmente las interminables leyendas de *Lange Waper*, siendo inútil decir que Enrique, á quien los largos y tristes ocios de su enfermedad habian permitido dar vuelo á su imaginacion, era el mas brillante narrador y hábil orador.

Enrique era tambien un espectador asíduo del *Poesjenelenkelder* ó cueva de titiriteros; especie de teatros primitivos peculiares á la ciudad de Amberes. Allí por el modesto precio de cuatro cientos en los primeros asientos, dos cientos en los segundos y un ciento en los terceros asistian los espectadores al teatro mas extraño que puede imaginarse. Figúrese una cueva donde algunas lámparas, suspendidas en la pared, arrojaban un resplandor dudoso. Tres velas de sebo que despedian un humo intolerable alumbraban lo que debia ser tablado, un hombre armado de un grueso baston conservaba el órden en el teatro y pegaba con

fuerza á los que le turbaban, y una vieja que llevaba en cada brazo una cesta llena de manzanas, de *cucas* en aceite y huevos duros, hacia las veces de refactora. Levantado el telon aparecian los titiriteros gesticulando, agitándose, peleándose, matándose y sustituyéndose: representábanse *el doctor Fausto, Ouvion y Valentin, Genoveva de Brabante* ó cualquier otro drama no menos tierno, y al finalizar el último acto, la virtud era recompensada, el crímen castigado, el huérfano amparado, la viuda consolada con los entusiastas aplausos de un auditorio sencillo y concienzudo.

Por espacio de dos años asistió Enrique con asiduidad á aquellos curiosos espectáculos próximos hoy á desaparecer ante una civilizacion mas adelantada y cuyo porvenir ha fijado para siempre en algunas páginas de sus Memorias. Al mismo tiempo consagraba sus modestas economías á comprar uno á uno todos los tomos de la biblioteca azul, y bien pronto fueron propiedad suya la *Bolsa de Fortunatus*, *Juan de Paris* y *Los cuatro hijos Aymon*, que constituyeron su lectura habitual. Todos sus pensamientos se dirigian hácia lo maravilloso, y su gusto era entretenerse con todo lo que se asemejaba á narracion fabulosa ó tradicion novelesca.

La débil constitucion de Enrique, que no habia podido desaparecer á pesar de haber mejorado de salud, le colocaba al verse frente á frente de sus compañeros de infancia, en un estado de inferioridad física que pesaba sobre su carácter, y le inspiraba una timidez extraordinaria. Profundamente convencido de aquella inferioridad, no procuraba ni negarla ni sacudir su yugo, y cuando al ir á su casa con un ojo estropeado ó la nariz ensangrentada, recibia de su padre, rudo marino, los consejos mas belicosos, sus instintos pacíficos no podian nunca hacerle valiente y pendenciero; jamás habia sentido la menor tentacion de habérselas de nuevo con los adversarios cuya superioridad reconocia. Fuera de estos casos mostraba valor y aun audacia; nadaba en el Escalda como una rata de agua, emprendia sobre el hielo expediciones que nadie se hubiera atrevido á intentar siquiera; y siempre trepaba el primero allí donde habia peligro de romperse la cabeza. Pero el *hombre*, el hombre, robusto y fuerte era el objeto ante que cedia siempre y al que jamás, no solo no se hubiera atrevido á provocar, sino á arrostrar su cólera siquiera.

Si bien despues dijo él mismo en sus Memorias: «Me he corregido en parte de este temor al hombre; pero sin embargo, le siento aun muchas veces obrar en mí instintivamente; y necesito esforzarme para dominarle. Tal es la ley de la naturaleza: lo que hemos sido en nuestra infancia, seremos siempre: el *yo*, si por esta palabra se entiende el carácter individual, no es mas que el resultado colectivo de las impresiones recibidas en nuestros primeros años, y aun cuando la educacion modifica al hombre exterior, el niño continúa viviendo en él.»

Hemos insistido en este hecho curioso, porque explica muchos acontecimientos de la vida de Conscience referidos en sus Memorias, y que si no carecen de explicacion.

Enrique tenia diez años cuando su padre tomó repentinamente la resolucion de abandonar la ciudad y pasar á vivir al campo, en la mas completa soledad. A este efecto escogió Pedro Conscience un sitio muy retirado llamado *Coint-Vert*, situado próximamente á un cuarto de legua de la puerta de Borgerhout. Este sitio donde actualmente se construye gran número de casas por la inmediacion del camino de hierro, estaba entonces completamente desierto. Pedro Conscience construyó allí él mismo, solo con la ayuda de un trabajador, una especie de ermitita que sirvió en adelante de morada á su familia, y allí vivieron sus dos hijos en el retiro mas absoluto. El padre se ausentaba frecuentemente para los asuntos de su comercio, que no abandonó nunca, y frecuentemente pasaba muchos dias sin volver. Enrique Conscience y su hermano se dividian los trabajos del jardin y de la casa, y únicamente los sábados iba una mujer á aliviarles en su faena, encargada de hacer las cosas mas pesadas de la casa. En cuanto á educacion, propiamente dicha, nadie se ocupaba de ella. Allí no habia escuela, vela, ni lectura en familia. «Dios y la naturaleza, dice Conscience, fueron en adelante nuestros únicos maestros.»

Tres años se pasaron así, tres años de soledad y recogimiento, durante los cuales, puesto de una manera bastante rara en contacto con los antiguos camaradas de su infancia, no tuvo ya á su vista mas que las maravillas de la naturaleza y las obras de Dios. Dejemos á él mismo describir la influencia que ejercieron en él aquellos sublimes espectáculos.

»En la ermita de *Coint-Vert*, dice, fué donde se despertó en mí el vivo y profundo sentimiento de las bellezas de la naturaleza. Cuando me despertaba por la primera vez á la vuelta de la primavera, todo cuanto me rodeaba era nuevo para mí. Yo sentia penetrar en mis pulmones aquel aire templado; veia chispear en los cálices de las flores las perlas del rocío, los rayos del sol juguetear con los tallos de las húmedas yerbas, ocultándose tras sus menudas hojas, saltar las aves cantando entre el naciente follaje, moverse á mi vista millares de animalillos... Oia los melodiosos trinos del ruiseñor y el zumbido de las diligentes abejas entretenia mis oidos. Todo cantaba en torno mio, palpitaba de alegría y brillaba, contento de vivir bajo un cielo azulado, profundo como la inmensidad.

»Aquel espectáculo asombroso, la calma que me circuia y la soledad en'que vivia, hicieron en mi espíritu una profunda sensacion, y desde aquel momento me convertí en verdadero iluso en toda la extension de la palabra: pasaba los dias en una continua ilusion, y entre los seres que vivian á mi alrededor y yo, se establecia un sentimiento de indefinible simpatia...

»Durante mis contemplaciones veia en la naturaleza mas de lo que encerraba, y además de las bellezas reales y positivas que veian mis ojos, se vestia de todos los encantos que le presentaba mi entusiasta imaginacion. Por obra y gracia del Criador, nació en mí un sentimiento de religion y admiracion, y muchas veces levantaba los ojos al cielo extasiado, para dar gracias al que todo lo ha hecho.»

Por estas líneas se reconocerá el orígen de aquella inspiracion que dictó la hermosa obra titulada *Páginas del libro de la nataraleza*. Fué en efecto, en su mansion en el retiro de *Coint-Vert*, donde Conscience descubrió al anciano, cuya dulzura é imponente figura domina en todo su libro, prestándole con las seducciones de la imaginacion el encanto de la realidad percibida.

Enrique vivió en medio de aquellas impresiones hasta los catorce años.

En aquella época se produjo un gran acontecimiento en el interior de la familia Conscience. Cansado el padre del aislamiento en que vivia hacia algunos años, volvió á casarse á pesar de tener cuarenta y siete años, vendió la ermita de *Coint-Vert* y se estableció en el arrabal de Borguerhout. La nueva esposa era una jóven de veinte y cinco años, de genio dulce y de un carácter sumamente sencillo, que como refiere Conscience, « previa que Dios le daria hijos.» El Señor realizó, en efecto, sus predicciones, pues tuvo nueve hijos, y como no habia llevado ningun dote para criar tan numerosa familia, introdujo en la casa la mas rigorosa economía. — Al mismo tiempo aconsejó á Pedro Conscience diese estado á los dos hijos del primer matrimonio capaces ya de bastarse á sí propios. Decidióse en consejo privado, al que como de costumbre no fueron llamados los interesados, que el mayor, puesto que era sabio, fuera preceptor, y el segundo, que era robusto, carpintero.

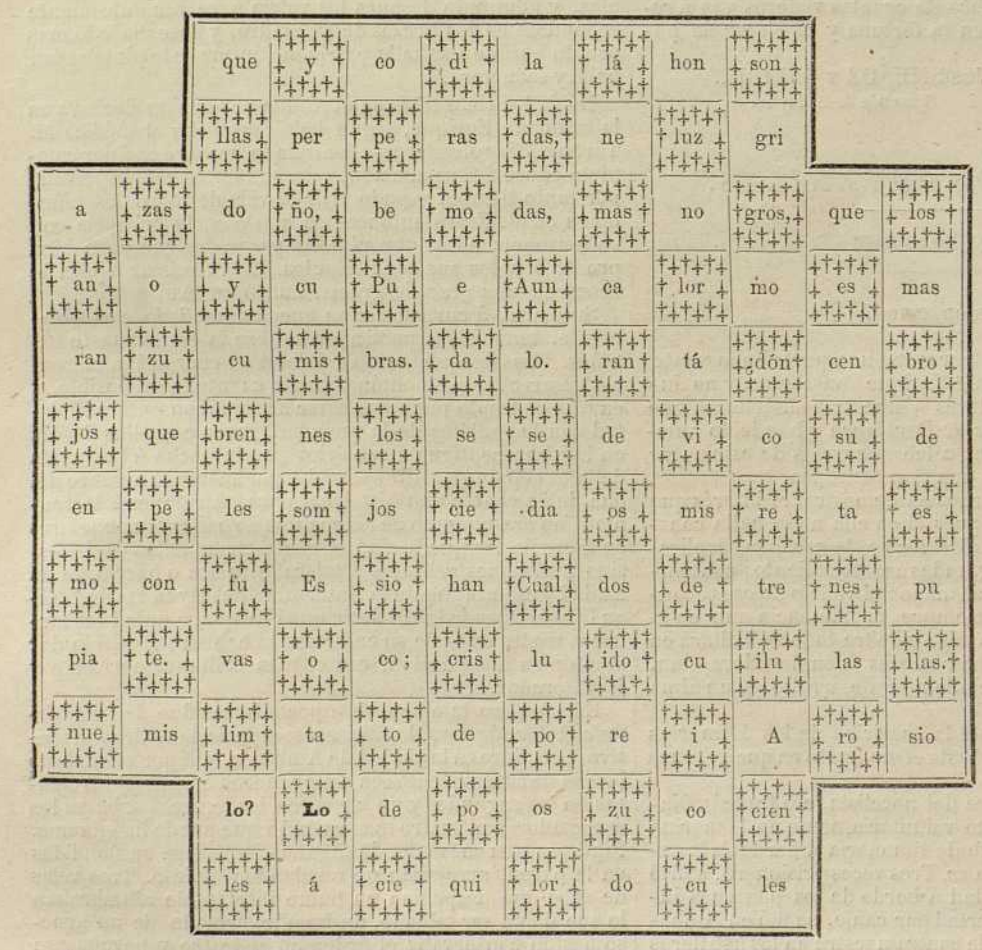
Habia entonces en el arrabal de Borguerhout una institucion, que bajo la hábil direccion de un hombre como Conscience, se lisonjeaba M. Verkammen, no cediese en nada á las mejores de la ciudad. Enrique fué colocado allí, primero como discípulo, y se hizo en poco tiempo tan sobresaliente que se le encargó el repaso de las clases inferiores. M. Verkammen se interesó por su jóven y brillante discípulo, y le dió lecciones de inglés, estando bien pronto en disposicion de servirse útilmente de aquella lengua.

Poco despues pasó á la institucion de M. Shaw para acabar de instruirse en la lengua francesa, y en fin, antes de terminar sus estudios, entró por recomendacion del mismo M. Shaw en la institucion de M. Dehis, donde empezaban su educacion los hijos de la nobleza y ciudadanos acomodados de Amberes. Allí se encargó, como pasante, de la direccion de las clases inferiores á pesar de no tener mas que diez y seis años. Pasaremos por alto los incidentes sumamente curiosos que le acontecieron durante su estancia en aquella casa, cuyo principal atractivo consistiria en la gracia de las descripciones y fina observacion que se halla en el original, y que destruiria infaliblemente nuestro seco análisis, y nos apresuraremos á llegar á la gran época, á la época decisiva en la vida de Conscience.

Acababa de estallar en Francia la revolucion de 1830, cuyo efecto se hizo sentir en toda Europa, y aquí dejemos la palabra al autor, que vá á contarnos las circunstancias y acontecimientos que turbaron su destino é imprimieron á su carrera una nueva direccion.

(Se continuará.)

EL SALTO DEL CABALLO.



Principia en la casilla que tiene la sílaba **Lo** y concluye en la que contiene la sílaba **lo?**

LAS NUBES DE LA TARDE.

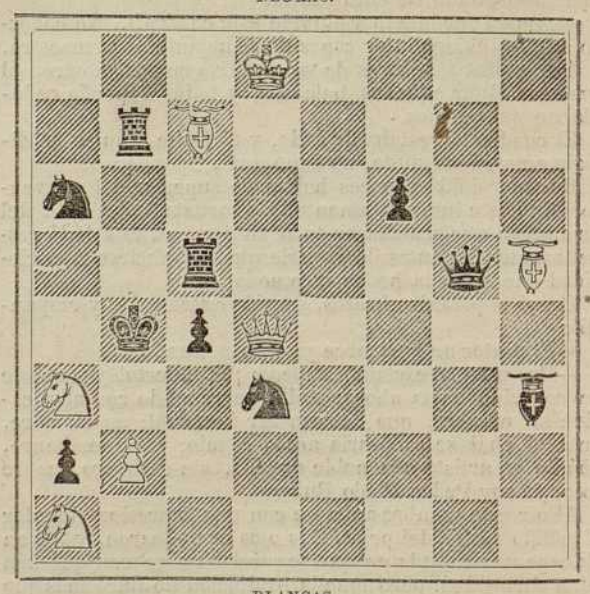
—¿Qué son las blancas nubes
que al declinar la tarde
extienden por el cielo
sus mágicos cendales?
En su pausado vuelo
mis ojos se complacen
al destacarse puras
en el azul celage.
¿Porqué, madre, conmueven
mi corazon amante?
¿Qué misterios encierran?
¿Qué son las nubes, madre?
—Las nubes, hija mia,
que al declinar la tarde
por el espacio tienden
el delicado encage;
esas hermosas nubes
del sueño son los ángeles
que Dios en su clemencia
envia á los mortales.
Y en vaporosos tules,
pudorosos velándose,
custodian nuestro sueño
con su mirada amante.
Ellos pureza y calma
á nuestro pecho traen,
y á nuestra mente inspiran
ideas celestiales.
—¡Oh! bienvenidas sean
con sus crespones, madre:
¡qué hermosas son las nubes,
las nubes de la tarde!

NARCISA PEREZ.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.º 102, COMPUESTO POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIA.

Aunque no estábamos obligados á dar con este número ninguna estampa adjunta, distribuimos sin embargo una sencilla lámina de tapicería.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba, n 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 40.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Fichú María-Antonieta.—Trenza de cordon.— Abrazadera de cortinas.—Esquina de cojin.—Ramas de cuentas.—Dos cuellos bordados.—El arte de hacer punto de aguja.— Cuatro modelos de peinados.—Galones de cuentas.—Cinturon de tafetan de tul y encage.—Grabado de modas.

El nuevo encanto de la mujer. – Obrar bien... que Dios es Dios. – El Génio.—Recuerdos juveniles.—Sueños.—Explicacion del figurin iluminado. – Problemas de ajedrez.—Solucion del Salto del caballo inserto en el número anterior.

Fichú María-Antonieta.

Se hacen estos fichús, ó bien de muselina blanca con encage ó guipur, ó bien de tegido igual al del trage; principian á reemplazar á los pardesús, pero su uso se ha adoptado hasta ahora solamente por las personas que salen en carruage; los cabos, muy largos, se cruzan por delante y se atan atrás.

Trenza de cordon.

Esta trenza, hecha con trencilla de seda ó de lana, servirá para guarnecer trages, enaguas ó confecciones; el dibujo indica la ejecucion de esta labor.

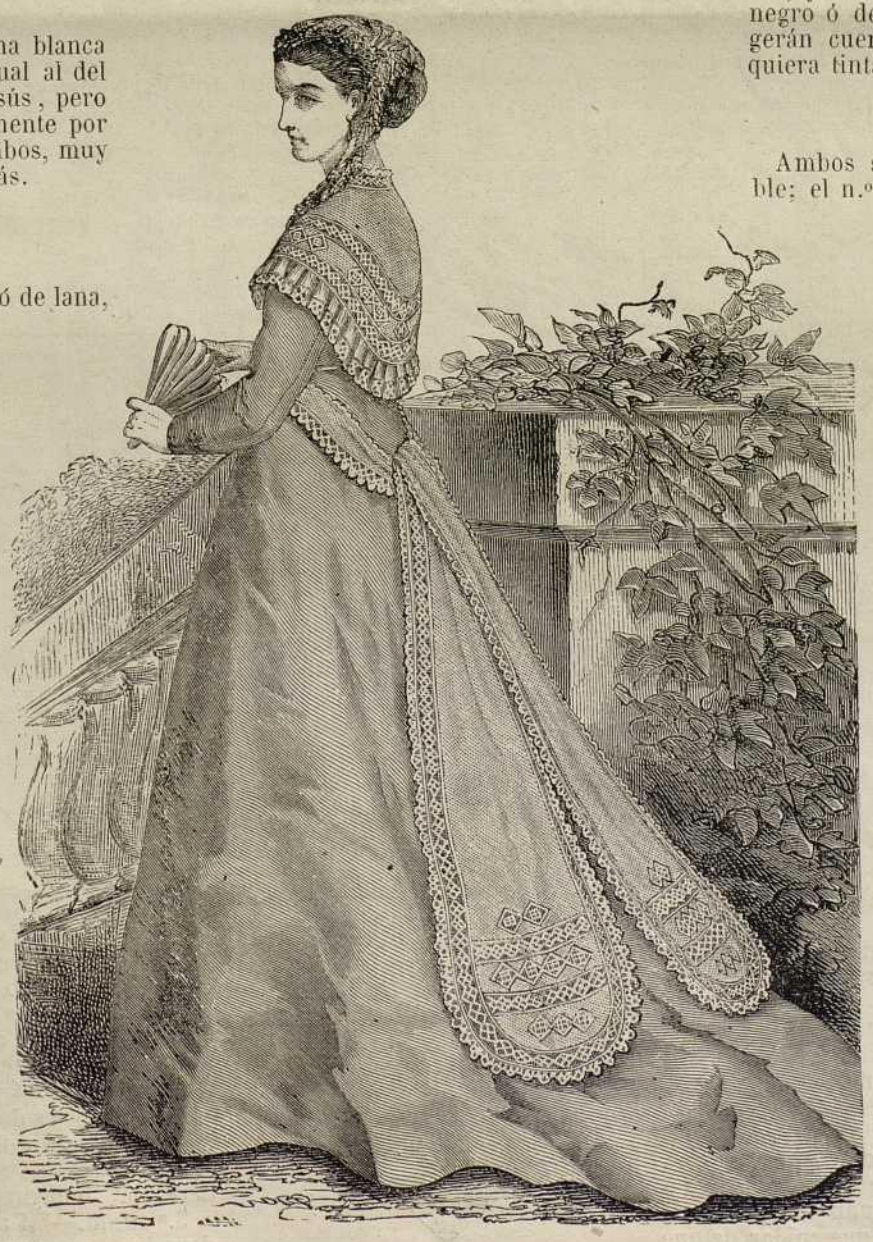
Abrazadera de cortinas.

La parte media de esta abrazadera se compone de una trenza de nueve cabos; 8 pedazos de cordon-cartulina se doblan por la mitad de su largo, y se ponen unos junto á otros; el 9.º cordon se pone en uno de los extremos debajo de los demás cordones, luego se ejecuta la trenza, formando primero un buclecillo; se procede como para las trenzas rusas, es decir, que se toma siempre el cordon exterior, y se le pasa alternativamente una vez *por encima* de los cordones y otra por debajo. Cuando la trenza tiene el largo conveniente para la abrazadera, se cosen los cordones cuatro á cuatro, y se los fija haciendo un feston; el extremo de los cordones se desfleca, y así se forma una borla; el cabo del noveno cordon se fija debajo. Se orla en seguida la abrazadera por ámbos lados con *buclecillos* que se forman empleando un nuevo cordon; á este se atan dos pedazos de cordon, que se desflecan para formar dos borlas.

Esquina de cogin.

Se ejecuta este dibujo con muchas tintas de seda de un mismo color; la labor se hace sobre paño, á punto de cordoncillo, pasado, punto de nudillos, punto ruso y punto atrás.

El fondo de este modelo es de paño granate de color de *heces de vino*; el dibujo está ejecutado con muchas tintas del verde.



FICHÚ MARIA-ANTONIETA.

Ramas de cuentas.

para ejecutar esta labor se empleará hilo de laton muy fino, cuentas negras pequeñas, y filadiz negra; se hará esta rama con arreglo á las explicaciones dadas en nuestro número 33.

Se emplean estos adornos para peinados, sombreros, y tambien para guarnecer un trage de crespon negro ó de otro color; en este último caso, se escogerán cuentas de ámbar, de rubí, ó de otra cualquiera tinta.

Dos cuellos bordados.

Ambos se ejecutan sobre lienzo fino, puesto doble; el n.º 1 se hace con algodon blanco, al feston, al pasado y á punto de *nudillos*. Este punto ruso se ejecuta con seda fina negra. El n.º 2 se hace enteramente con algodon al feston, al pasado, á punto de escala en línea recta, á punto de *nudillos* y punto de *cordoncillo*.

El arte de hacer punto de aguja.

(Véase el n. 14 de este año.)

II.

Estos diversos dibujos, insertos en la página 316 de este número, servirán para los bordes superiores de las medias, para terminar enaguas blancas y otros objetos de la misma especie.

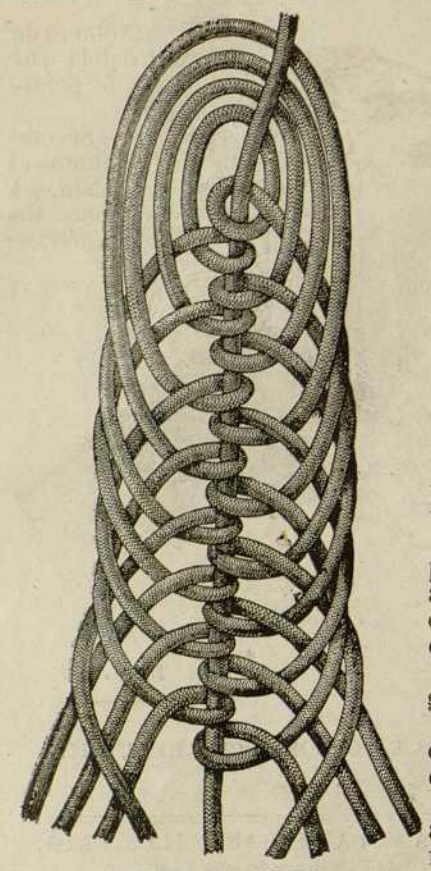
N.º 1.—Este dibujo termina en puntas pequeñas; el número de puntos sobre los que se le ejecuta debe ser divisible por 10. Se hacen primero 5 vueltas al derecho sobre los puntos que se han armado.

6.ª *vuelta*. — Alternativamente un echado y un menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho).

7.ª á 11 *vueltas*.—Al derecho. En la 7.ª se hace un punto al derecho sobre cada echado; se levantan sobre una aguja especial los puntos por los cuales se ha principiado la labor, y se hacen juntos uno de estos puntos con uno de los que se encuentran sobre la aguja de la 11.ª vuelta, de modo que el revés de la labor quede hácia adentro; el fondo se compone de las vueltas siguientes:

1.ª *vuelta*.—* Un punto al derecho,—8 al revés,—1 al derecho, —1 echado. Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta*.—* Menguado (el menguado



TRENZA DE CORDON.

de este lado se compone de dos puntos hechos juntos al derecho y al sesgo),—6 al revés, — menguado (ahora 2 puntos hechos juntos al derecho). Sobre el echado siguiente se hacen 6 puntos al derecho, picando cada vez la aguja debajo del echado, tomando en él la hebra, trayendo este buclecillo sobre la aguja izquierda, y volviéndole á tomar para hacerlo. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*. — Un punto al derecho; *6 al revés,—8 al derecho. Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—*Menguado,— 4 al revés, menguado,— 6 al derecho.—Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta*. — Uno al derecho, —* 4 al revés, — 8 al derecho. Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta*..—* Menguado,—2 al revés, — menguado, —6 al derecho. Vuélvase desde *.

7.ª *vuelta*.—Uno al derecho,—* 2 al revés,—8 al derecho.

8.ª *vuelta*. —Uno al revés,— * 1 al derecho,— 1 echado, — 1 al derecho, — 8 al revés.

La 8.ª vuelta principia la repeticion del dibujo.

N.º 2. — Se hacen primero 3 vueltas al revés,—8 vueltas al derecho; en esta última vuelta se toma sobre la aguja, á intervalos iguales de 6 puntos, el lado de debajo de uno de los puntos por los cuales se ha principiado, y se le hace al sesgo con uno de los puntos de la aguja sobre la que se trabaja; se hacen en seguida 3 vueltas al revés.

N.º 3.—Se compone de 5 filas de puntitas, separadas entre sí por una lista calada. Se hace primero una fila de estas puntas como en el dibujo n.º 1, luego la lista calada que comprende 8 vueltas.

1.ª *vuelta de la lista*. —Alternativamente 1 echado y un menguado (para el cual se hacen 2 puntos juntos al sesgo).

2.ª *vuelta*. — Al derecho. Sobre cada echado se hace un punto al derecho; estas 2 vueltas se ejecutan otras 3 veces, alternativamente. En la 3.ª, 5.ª y 7.ª hay que cuidar de que el 1.º de los 2 puntos que se hacen juntos sea siempre el que se ha hecho sobre el echado. Despues de la 8.ª vuelta se ejecuta una fila de puntitas, y para terminar esta se hace en esta fila, como en la anterior y en las siguientes un punto de la aguja sobre la que se trabaja con un punto de la 8.ª vuelta de la lista.

N.º 4. —(Número de puntos divisible por 12). —Se hacen las puntitas como arriba.

1.ª *vuelta*.—* Cuatro puntos al revés, —1 echado,—menguado (2 puntos al derecho hechos juntos al sesgo), — 6 al derecho.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—* Cuatro al revés, — 1 al derecho (este se hace sobre el echado), —1 echado,—menguado, —5 al derecho.—Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—* 4 al revés,—2 al derecho,—1 echado,—menguado,—4 al derecho. Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—* 4 al revés, — 3 al derecho, — 1 echado,—menguado,—3 al derecho. Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta*. — * 4 al revés,—4 al derecho, —1 echado, — menguado—2 al derecho. Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta*,—* 4 al revés,—5 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho. Vuélvase desde *.

7.ª *vuelta*.—* 4 al revés.—6 al derecho,—1 echado, —menguado.—Vuélvase desde *.

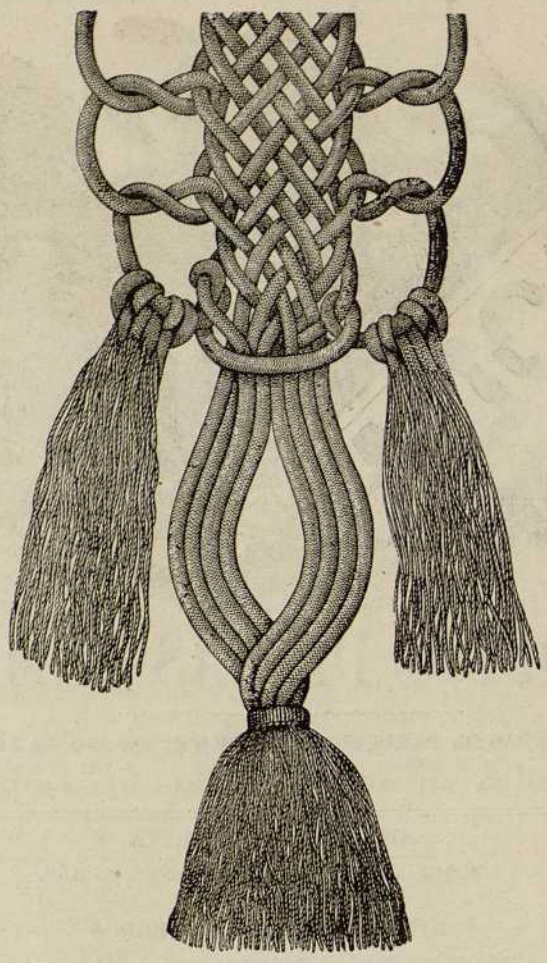
Se vuetve á empezar desde la 1.ª vuelta hasta que el borde tenga la altura que se necesite, luego se hacen 2 vueltas al revés.

N.º 5. — (Número de puntos divisible por 13). Para el contorno exterior del borde, se hacen primeramente 2 vueltas al revés, luego el fondo.

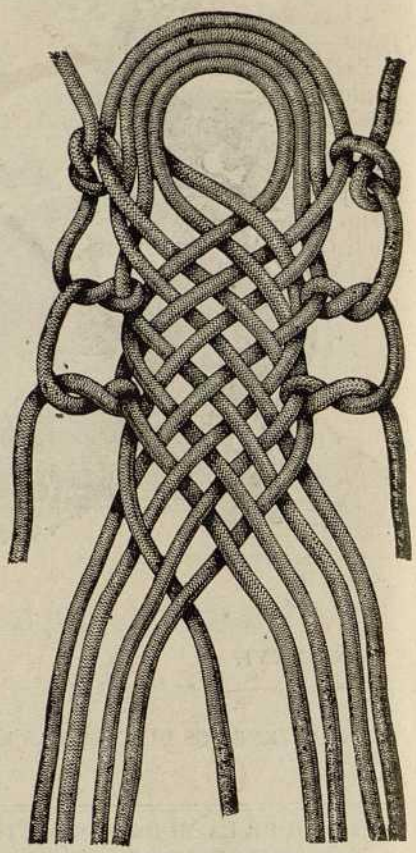
1.ª *vuelta*.—* 4 puntos al revés,—1 echado,—7 al derecho, —menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho); el menguado se verifica siempre del mismo modo en este lado.

2.ª *vuelta*.—* 4 al revés,—1 al derecho,—1 echado, — 6 al derecho, - menguado. Vuélvase desde *.

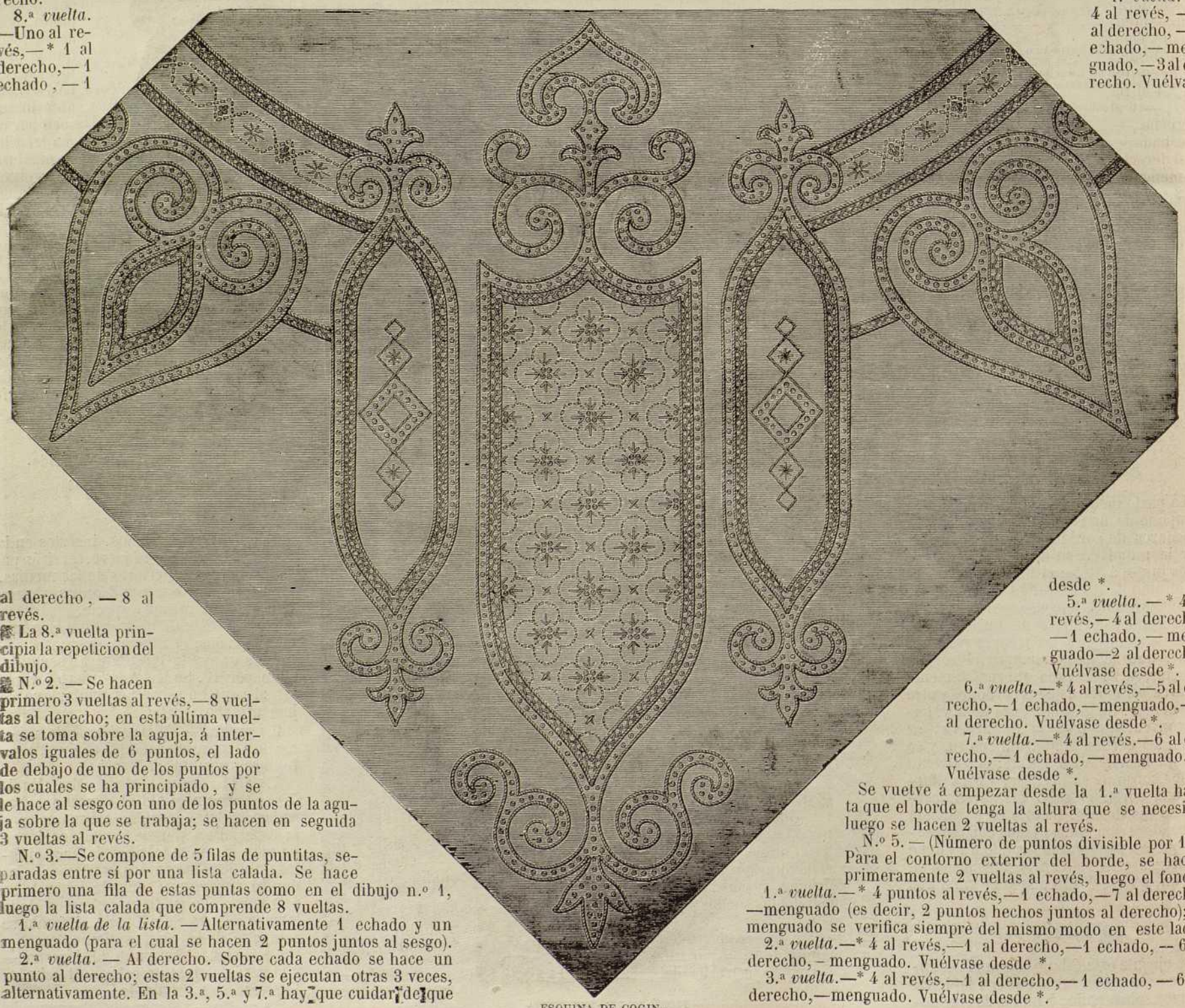
3.ª *vuelta*.—* 4 al revés,—1 al derecho,—1 echado, —6 al derecho,—menguado. Vuélvase desde *.



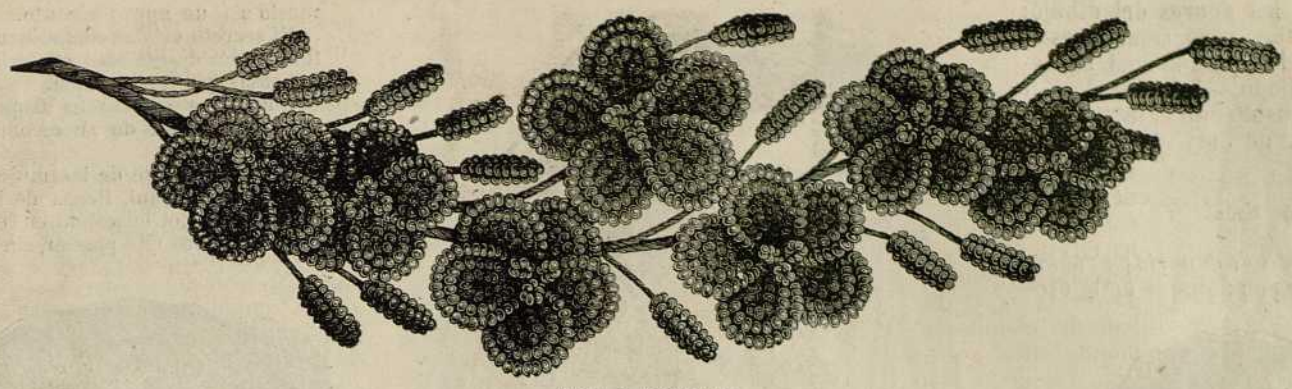
ABRAZADERA DE CORTINAS.



PREPARACION DE LA ABRAZADERA DE CORTINAS.



ESQUINA DE COGIN.



RAMA DE CUENTAS.

4.ª *vuelta*. —* 4 al revés,—3 al derecho, —1 echado,—4 al derecho, — menguado. Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta*. —* 4 al revés,—4 al derecho, —1 echado,—3 al derecho. — menguado. Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta*. —* 4 al revés,—5 al derecho, —1 echado,—dos al derecho.—menguado. Vuélvase desde *

7.ª *vuelta*. —* 4 al revés, — 6 al derecho, — 1 echado,—1 al derecho —menguado. Vuélvase desde *.

8.ª *vuelta*.—* 4 al revés,—menguado (en este lado el menguado se verifica siempre del siguiente modo: un punto levantado sin hacerse,—uno al derecho, y el anterior sacado por cima de este),—7 al derecho,—1 echado. Vuélvase desde *.

9.ª *vuelta*.—* 4 al revés, —menguado, —6 al derecho,—1 echado, - 1 al derecho. Vuélvase desde *.

10.ª *vuelta*. —* 4 al revés,—menguado,—5 al derecho,—1 echado,—dos al derecho. Vuélvase desde *.

11.ª *vuelta*.—* 4 al revés, —menguado,—4 al derecho,—1 echado,—3 al derecho. Vuélvase desde *.

12.ª *vuelta*.—* 4 al revés, —menguado —3 al derecho,—1 echado,—4 al derecho. Vuélvase desde *.

13.ª *vuelta*.—* 4 al revés—menguado,—2 al derecho—1 echado,—5 al derecho. Vuélvase desde *.

14.ª *vuelta*.—* 4 al revés,—menguado,—1 al derecho,—1 echado,—6 al derecho. Vuélvase desde *.

15.ª *vuelta*.—Como la 1.ª, luego sígase repitiendo todos los calados hasta que el borde tenga la altura conveniente, luego se concluye haciendo dos vueltas al revés.

N.º 6. —(Número de puntos divisible por 16). —La orla estrecha del contorno esterior compónese primeramente de 2 vueltas al derecho, y en seguida se procede haciendo la

3.ª *vuelta*.—Alternativameute 1 echado,—menguado.

4.ª *vuelta*.—Al derecho; se hace un punto sobre cada echado. Para el fondo se hace del modo siguiente:

1.ª y 2.ª *vueltas*.—Enteramente al revés.

3.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado (sacando un punto sin hacerlo, por cima del punto siguiente que se ha hecho; en este lado el menguado se verifica siempre de este modo), —5 al derecho; se añaden 7 puntos (véase para los puntos *añadidos* el primer artículo del *arte de hacer punto de aguja*). — Luego, 5 puntos al derecho, — menguado (es decir, 2 puntos armados juntos). Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado,—15 al derecho,—menguado. Vuélvase desde *.

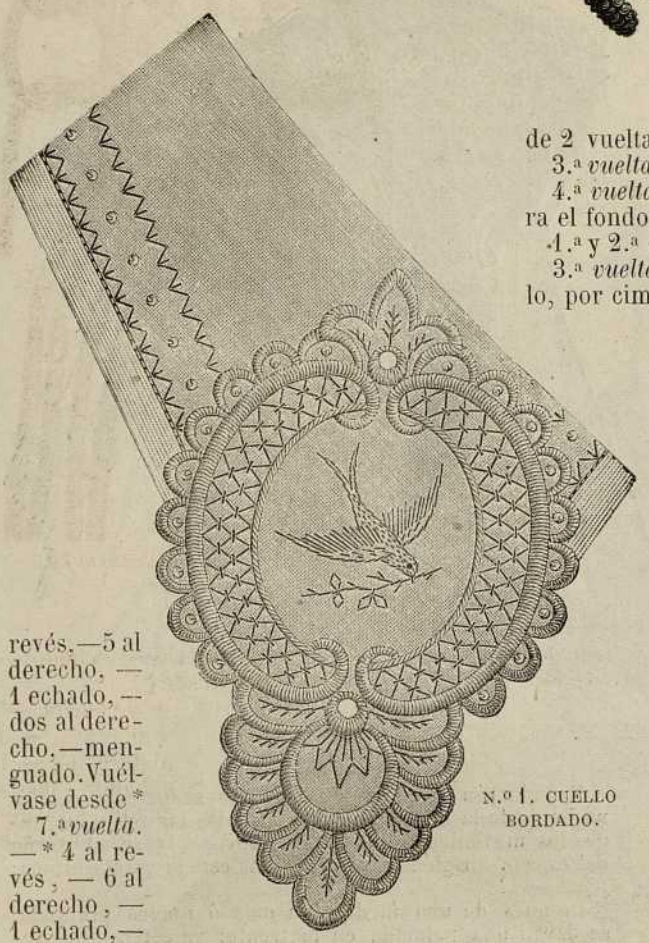
5.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado,—13 al derecho,—menguado. Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado, —11 al derecho,—menguado. Vuélvase desde *.

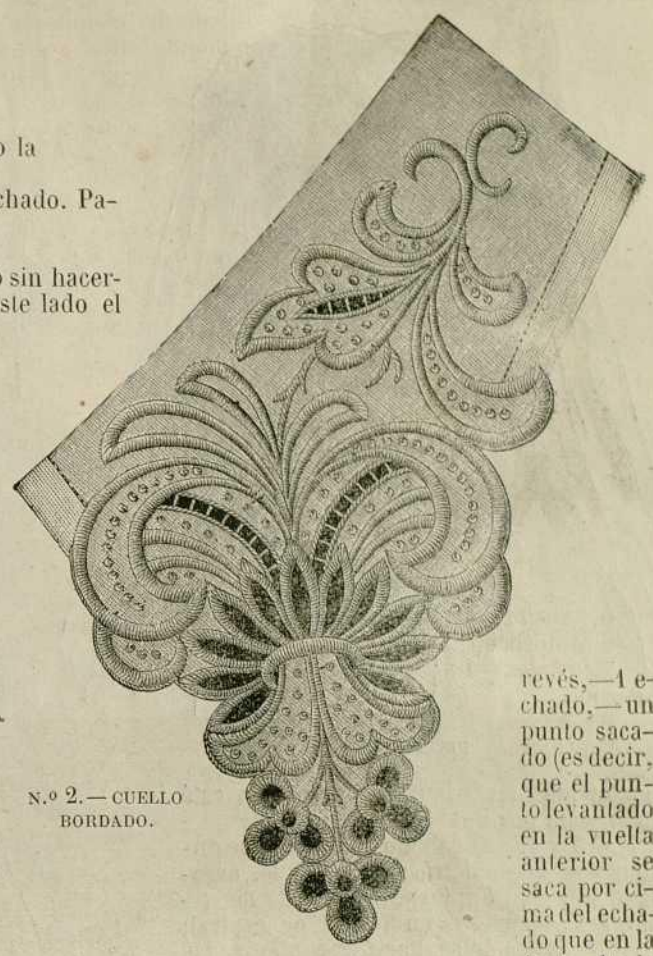
7.ª *vuelta*.—* 2 al revés, —menguado, —1 al derecho,—7 veces seguidas alternativamente 1 echado, —1 al derecho, —luego otro al derecho, menguado. Vuélvase desde *.

8.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado,—14 al derecho (se hace un punto sobre cada echado),—menguado. Vuélvase desde *.

9.ª *vuelta*.—* 2 al revés,—menguado,—12 al derecho,—menguado. Vuélvase desde *. Se repiten desde la 1.ª á la 9.ª vueltas, y se termina por una orla igual á la del principio.



N.º 1. CUELLO BORDADO.



N.º 2.—CUELLO BORDADO.

N.º 7.—(Número de puntos divisible por 6). Una fila de puntitas.

1.ª *vuelta*.—Se compone de * 5 puntos al revés,—1 echado,—1 punto levantado sin concluirlo. Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—* 5 al revés,—1 echado,—un punto sacado (es decir, que el punto levantado en la vuelta anterior se saca por cima del echado que en la 1.ª vuelta le precede; no se hace este punto sacado, y se le conserva sobre la aguja de la derecha),—1 al derecho (este se hace sobre el echado de la vuelta anterior). Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—* 5 al revés,—1 echado,—1 sacado (siempre con el mismo punto), 2 al derecho. Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—* 5 al revés, —1 echado,—1 sacado,—3 al derecho. Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta*. —* 5 al revés, —1 echado,—1 sacado,—4 al derecho. Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta*.—* 5 al reves, —1 echado,—1 sacado,—5 al derecho. Vuélvase desde *.

7.ª *vuelta*.—* 5 al revés,—menguado, es decir, que se hace el punto sacado y al derecho, con el echado de la vuelta anterior. Vuélvase desde *.

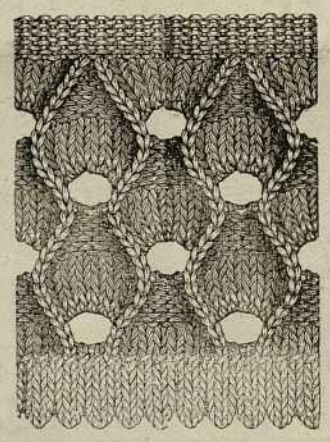
8.ª *vuelta*. —* 5 al revés. — menguado, —4 al derecho. Vuélvase desde *.

9.ª *vuelta*.—* 5 al revés, — menguado, —3 al derecho. Vuélvase desde *.

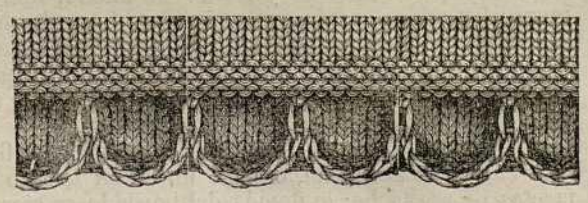
10.ª *vuelta*.—* 5 al revés, — menguado, —2 al derecho. Vuélvase desde *.

11.ª *vuelta*.—* 5 al revés, — menguado. —1 al derecho. Vuélvase desde *.

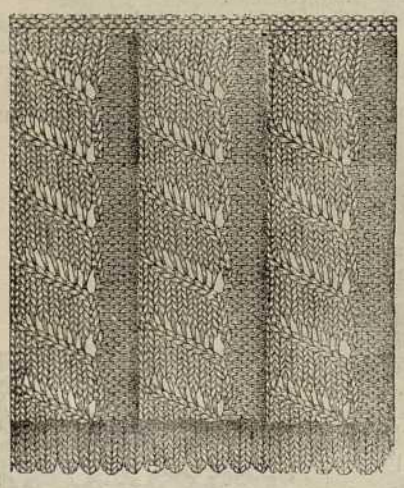
12.ª *vuelta*.—* 5 al revés, — menguado. Vuélvase desde *.



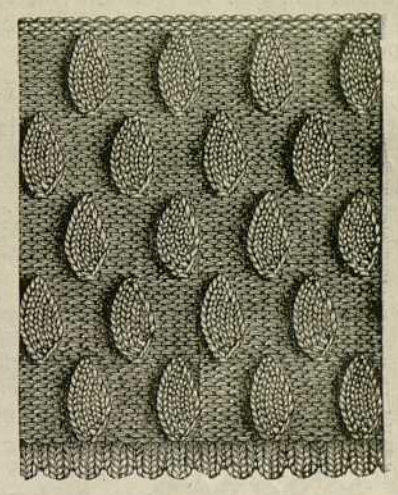
N.º 1.—PUNTO DE AGUJA.



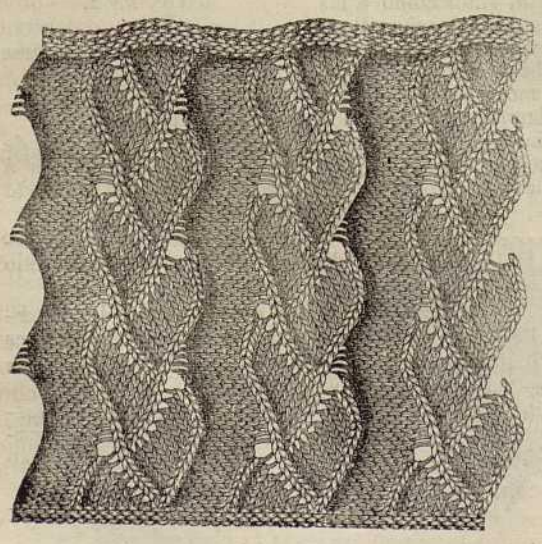
N.º 2.—PUNTO DE AGUJA.



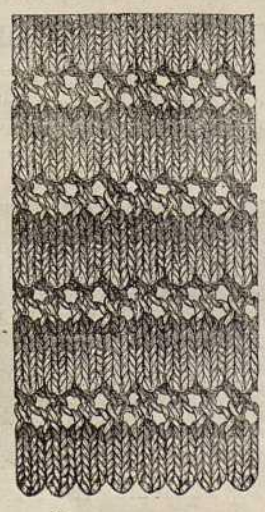
N.º 4.—PUNTO DE AGUJA.



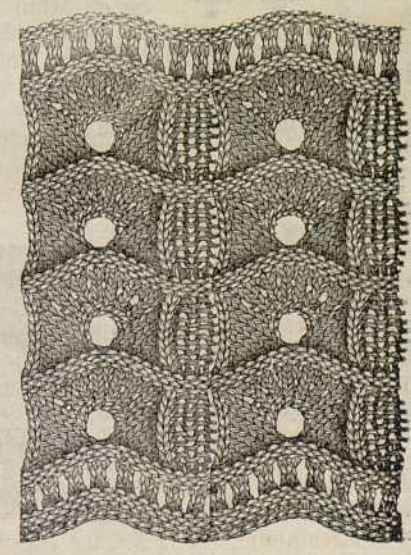
N.º 7.—PUNTO DE AGUJA.



N.º 5.—PUNTO DE AGUJA.



N.º 3.—PUNTO DE AGUJA.

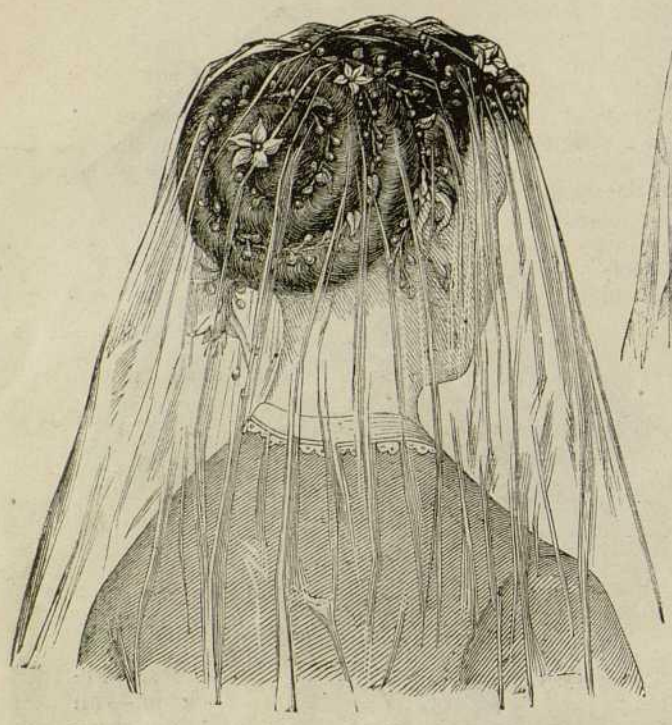


N.º 6.—PUNTO DE AGUJA.

Aquí se termina una de las *figuras* del dibujo; la siguiente, igual á esta, pero contrapuesta, principia con la 13.ª vuelta, para la cual se hacen: 2 al revés,—* 1 echado,—1 levantado,—5 al revés. Se continúa consultando el dibujo y la explicacion que se acaba de dar.

Peinados de boda.

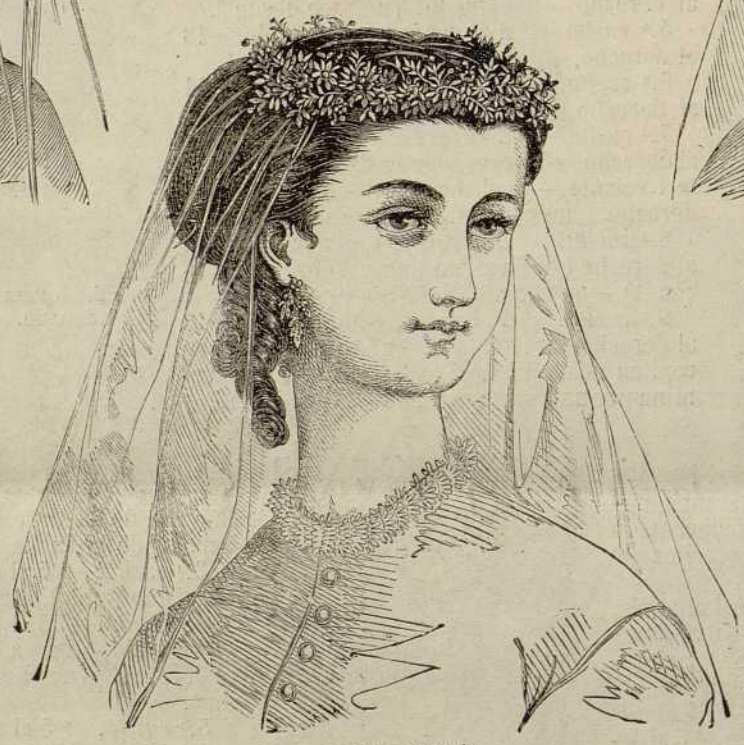
N.os 1 y 2.—*Coron a redonda de mirto y azahar.* El cabello de delante se peina detrás de la oreja y termina en 2 bucles; la castaña está atravesada por una trenza.



PEINADO N.º 3.

N.os 3 y 4. El cabello de delante se ondula y se sujeta detrás: el de detrás, arrollado sobre un *boa* (especie de cola de crepé), está dispuesto en forma de espiral; unos cordones de azahar serpean entre las masas de cabellos.

PEINADO N.º 4.

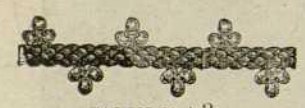


PEINADO N.º 1.

PEINADO N.º 2.

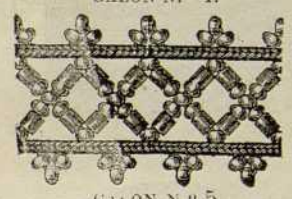
Galones de cuentas.

Estos sirven para adornar trages, chaquetas, paletots: se ejecutan con cuentas y trencilla; los mas anchos deben hacerse sobre un pedazo de carton; en él se cosen los dos cabos de trencilla siguiendo los contornos indicados por el dibujo, luego se ensartan cuentas y se reunen las dos trencillas con arreglo á las disposiciones del dibujo.



GALON N.º 3.

GALON N.º 4.



GALON N.º 5.

N.º 1.—*Galon de trencilla de seda negra*, cuentas blancas cretosas y cuentas negras.

N.º 2.—*Enrejado de cuentas de cristal blancas*, y de cuentas negras ensartadas en algodon grueso blanco, trencilla blanca.

N.º 3.—*Trencilla blanca* y cuentas blancas.

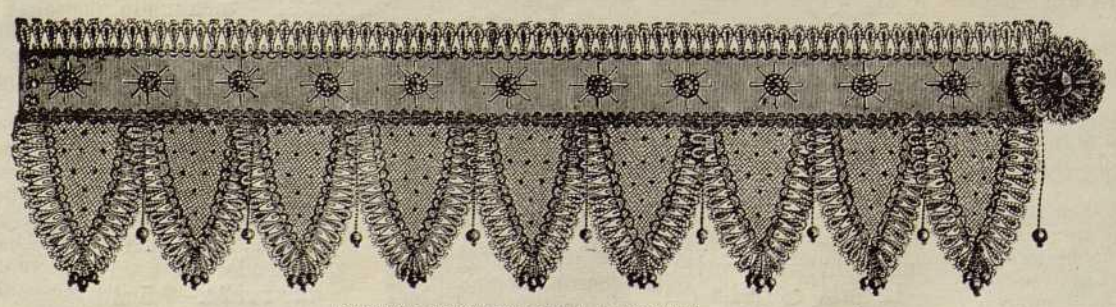
N.º 4.—*Cuentas blancas de cristal y cañutillo blanco.* Se ensartan por separado las cuentas de cristal y el cañutillo, luego se reunen las dos bridas por un feston, para el cual se ensartan de cada vez 2 cuentas de cristal y un cañutillo.

N.º 5.—*Trencilla blanca*, cuentas blancas de cristal, y cuentas satinadas.

Cinturon de tafetan tul y encage.

El cinturon, hecho de tafetan ó cinta de reps negra, tiene 5 centímetros de ancho; se le guarnece por un lado con un encage fruncido de 2 centímetros y medio de ancho; se le borda con cuentas y cañutillos negros, con arreglo al dibujo. Las puntas, cortadas en tul negro y bordadas con cuentas, tienen cada una 11 centímetros y medio de alto, por 6 de ancho en su borde superior. Por estas medidas se cortará un pedazo de papel, que servirá de patron para todas las puntas; se las circuye con un encage de 2 centímetros y medio de ancho, ligeramente fruncido, cosido con cañutillos de azabache; cada punta se adorna con cascabelillos de cuentas; uno mas largo va puesto en el intervalo que separa dos puntas. El cinturon se cierra por debajo de una escarapela hecha de encage y cuentas.

En el centro de la rosácea de este cinturon se fija una chapa de azabache, ó bien un boton tallado á facetas de azabache; lo demás del bordado se ejecuta con cuentas y cañutillos.



CITURON DE TAFETAN TUL Y ENCAGE.

EL NUEVO ENCANTO DE LA MUJER.

El poderoso atractivo que esa bella mitad del género humano, que se llama mujer, ejerce sobre la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido recientemente, digámoslo así, un nuevo encanto.

El secreto estaba cuidadosamente guardado en las profundidades de ese saco misterioso, donde se ocultan todas las cosas que no se saben.

Una mano curiosa ha tropezado con él, y sacándolo de la oscuridad de su escondrijo, ha dicho: Aquí está esto.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad acudirán al espejo, buscando en él ese nuevo atractivo, ese nuevo encanto que poseian sin saberlo.

Examinarán atentamente las mas seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo, dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Despues de una meditacion mas ó menos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda; aquí hay alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas, y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

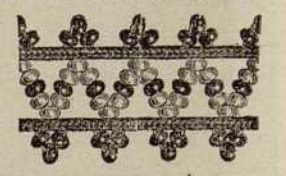
Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

Será esto?

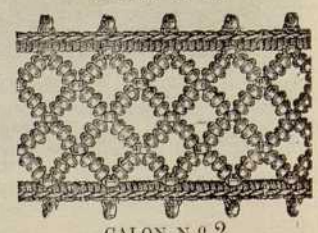
Quizá no sea un capricho de la moda, tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial, acaso no sea mas que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?



GALON N.º 1.



GALON N.º 2.

Hay un hombre que ha descubierto *la Belleza eterna*; este hombre, que se llama Raynaud, ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que el señor Raynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

Hermoso hombre debe ser este.

Midamos toda la profundidad de esta maravilla.

Nada hay mas caro para los hombres que la belleza de las mujeres: la pagan á peso de oro, y muchas veces á peso de desdichas; pero ¡oh, felicidad! Raynaud vende *la Belleza eterna* á dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincon de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *gratis*, es verdad, pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se es-

capa precisamente cuando mas se necesita.

El señor Raynaud es mucho mas generoso que la naturaleza: da por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el señor Raynaud, pueden decir ya sin escrúpulo y sin reparo: esta belleza es mia, como los demás decimos: ese es mi sombrero, este es mi reló, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni á la moda, ni á la química, ni al arte del señor Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

No consiste ni en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas, y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tienen, y parecen como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha oido y quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó mas bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien, hé aquí el prodigio:

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—Será hermosa?

—O fea.

—Será rica?

—O pobre.

—Son todas?

—Es una.

—Una sola posee ese singular privilegio?

—No, lo poseen todas.

—Hé aquí una cosa incomprensible.

—Hé ahí una cosa matemática.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario, es una série de hechos.

—Quién los sabe?

—La experiencia.

—Quién los cuenta?

—Los números.

Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leido á la Academia de Edimburgo una estadística; de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

Y debe ser así.

El amante dice á todas las mujeres: « Por tí me muero.»

El marido dice á su mujer: «Por tí vivo.»

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazon,» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: «Tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Y hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas son mentira.

Una es verdad.

Todas son la locura ó el vicio.

Una es el juicio y la virtud.

Muchas son el placer.

Una es la felicidad.

JOSÉ SELGAS.

OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.

I.

La vertu est aussi une force.
Toullote.
La virtud es tambien una fuerza.

Saliendo del pueblo de *Dos Hermanas* en direccion á Sevilla, vénse á la izquierda olivares, que se prolongan en línea recta, y que al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labrarian los moros sobre aquel cerro, porque domina una extensa llanura. Hallábase no ha muchos años, y suponemos que aun hoy dia se hallará, en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin mas variacion que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que sería almacen, y en estancia para trabajadores campesinos lo que sería cuartel de las tropas. Con estas variaciones, á favor de las cuales, del estado militar pasó al estado civil,—esto es, de castillo se convirtió en hacienda,—adquirió legítimamente el nombre de *Serrezuela*, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa mas, es el nombre que le puso y conservó el pueblo extrajudicialmente en los archivos de la tradicion, y fué el de *Castillo del último moro.*—Hé aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la expulsion de los árabes, el caudillo que defendia el castillo nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el leon en su jáula de hierro. Todos

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan gris, guarnecido con un fleco de cascabellos de cristal, figurando una túnica, por fuera de la cual el trage está bordado de cuentas de cristal dispuestas en salpicado. El escote y las sisas se guarnecen del mismo modo.

Trage de debajo con corpiño montante y mangas ajustadas, hecho de cachemira verde, adornado con cuadros aplicados y bordados, de paño blanco y paño de muchas tintas. Trage corto cortado al sesgo en una tela á cuadros escoceses verdes, negros y azules. Este trage lleva coselete.

Enagua de debajo de tafetan azul vivo, con bordado de trencilla negra. Trage corto con paletot igual, recortado en forma de almenas ribeteados con tiras al sesgo de tafetan negro. El trage es de popelina gris.

los dias se le veia subir con sus compañeros á una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir en la inmensa extension de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; ¡pero en vano! El santo Rey los habia ahuyentado á todos. Hecho el reconocimiento, bajaba, — si bien marchitas las esperanzas,—inmutables, firmes y lozanos los brios.

Poco á poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompañaban, hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspeccion diaria que hacia descolorido, caido de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un dia no subió. En aquel dia escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pié de la escalera de la torre encontraron armado, en pié y sin vida, al nunca rendido *último moro*.

Efectivamente, aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin mas comunicacion con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes á pirámides de cementerios, parece un gran ataud. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos,—semejante á la multitud de verdes olas de la mar,—y el cielo sobre su cabeza. La escalera, por la que subia el moro á la plataforma de la torre, está derruida, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que allí moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el *Castillo del último moro* permanece en el mismo ser y estado marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡No puede darse nada mas triste que ese resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es melancólica en su inmovilidad; cual la del Judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y queda de aquel hecho heróico? Una tradicion en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos, sobre la cual las simbólicas ramas de estos estampan por solo epitafio: *¡Paz á los muertos!*

Parecia aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio á la familia del capataz que la habitaba. Era este un hombre austero; su mujer era callada, y sus hijos tímidos; *Vármen*, la mayor, que unia á su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir segun la expresion del pais, que era *arrimadita á la iglesia*.

En una ocasion acaeció que murió el guarda del olivar á tiempo de la cogida, lo que apuró tanto mas al capataz cuanto que era á la sazon mas necesario y mas difícil hallar quien le remplazara. Uno de los acarreadores de la aceituna, le propuso á un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capataz le admitió sin conocerle y sin saber sus antecedentes, en vista de la apremiante necesidad que de él tenia.

El nuevo guarda era un hombre, que sin ser mal parecido, repelia. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada, le daban, al decir de los trabajadores, «sombra» en la cara: sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se esparció una voz por el lugar,—una de esas voces, que parecen formarse en las nubes, y que llegan á tierra como aerólitos consistentes y compactos, —de que aquel hombre, que parecido al huracan, habia venido sin saberse de dónde, ni á dónde iba, andaba á salto de mata, *prestado* y *forastero* en todas partes, para burlar á la justicia que le buscaba con objeto de echarle mano.

Vármen notó con sobresalto que cuando venia el guarda al castillo á las horas de las comidas, tenia fija tenazmente sobre ella su atencion. Era Vármen lo que suelen ser las que se clasifican de *arrimadas* á la iglesia, opuesta á que se ocupasen de ella. Su vestir era con estremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno; su cabello estaba siempre alisado y recogido; pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de la primavera para ostentarse; en las cabezas de las mujeres, quieren las alegrías, que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es que como el agradar á los hombres no se lo pedia su vanidad, ni agradar á aquel se lo pedia su corazon, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba Vármen en el patio, lavando en una media tinaja empotrada en un poyo adherente al pozo: á su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero. Vármen no prestaba atencion ni á sus juegos ni á lo que decian: en cuanto á nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos á observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectacion ni pretensiones, la que sin buscarlo, halla el agrado; gracia inocente cual ellos, y por tanto llena de encanto y de simpatía.

—Mariquilla, dijo la niña del manijero:

Cuando baja rie, cuando sube llora;
¿A que no me lo aciertas en una hora?

—Yo *no sabo*, contestó la interrogada, que era la menor y mas mimada de las hermanas de Vármen.

—Qué tontona eres! Es el carrillo.

—Chacha, (1) dijo Mariquilla altamente ofendida. Josefita me dice *tontona*.

—Vamos, no reñir, intervino Vármen; á cantar como los pájaros, á ver si os crecen alas.

Las chiquillas no se hicieron de rogar y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto á mi corazon,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladron.

—No dice *gato*, que dice *niño*, observó otra mayorcita.

—*Gato*, afirmó la cantadora; que los niños no son ladrones.

—¿Que no? Tu hermanito dichoso me robó á mí tres bellotas.

—Eso era de chancilla.

—¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia, lo mismo que las avispas; por detrás y que duele.

—Y el tuyo es mas feo que el *Carlanco*.

—Yo sé el cuento del *Carlanco*, observó otra.

—Quién te lo contó?

—Mi abuela, que sabe mas de mil.

—Anda, Catanilla, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron á escucharla con gran atencion; y nosotros con ellas.

II.

EL CARLANCO.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien; que tenia tres chivitas, las que habia criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasion en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó. —¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, vé á aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la Madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes. Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos dias despues les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:—Voy al monte por uua carguita de leña; vosotras, encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie; porque anda por aquí el *Carlanco*. Solo abrireis cuando yo os diga:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo habia encargado su madre.

Y cate V. ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

Abrid, que soy el *Carlanco!*
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenian su puerta muy bien atrancada le respondieron desde adentro:

Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habian de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del dia antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso á decir:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo *Carlanco* en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado y la tiraron tras sí; de manera que el *Carlanco* no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre que les dijo:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado, le gritaron que no podian, porque estaba allí el *Carlanco*.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—Quién es? preguntó la tornera.

—Madre, soy una cabrita para servir á V.

—¿Una cabrita aquí? en este convento de avispas, descalzas y recoletas? vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

—Llame V. á la Madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si nó, voy por el avejaruco (1) que le ví al venir para acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la Madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazon, le dijo, vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al *Carlanco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
Y allí me dieron dos quesos;
Uno para mí, y el otro
Para el que escuchare aquesto.

III.

Apenas concluia la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra, se acercó á ellas, puso su escopeta á su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso á picar un cigarro. Vármen se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelia, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un lado no tenia pretesto para hacerlo, sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y costumbre en el pueblo; y por otro, le urgia concluir lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversacion, llamó el guarda á Mariquita; pero esta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese mas que su carita, que miraba con ceño y desconfianza al que la habia llamado.

—Esquiva! dijo el guarda; ¡eso es de casta!

Vármen permaneció callada.

—Oiga V., prosiguió su interlocutor: no es de ahora que noto yo que me huye V. la cara.

—No huyo la cara ni á V. ni á nadie, contestó Vármen; pero no soy amiga de dar conversacion á los hombres.

—Ni yo de sembrar para no coger; ¿está V., Vármen?

—Pues para eso, mire V. antes en la tierra que siembra; que tierra que sirve para viña, no sirve para olivar, contestó Vármen.

—¿V. me desprecia á mí?

—No señor, yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

—Pues ábrame V. la ventana esta noche, que tengo que decirle.

—Yo? no señor: yo no abro mi ventana.

—A otro se la abrirá V.

—No señor; ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

—Pues por eso digo, que en cambio de mi voluntad que le he dado, me da V. un desprecio.

—Yo no desprecio á V.

—Pero no quiere dar oidos!

—Eso no, ni pasarse, ni llegarse.

—Si no es hoy, mañana será; ó he de poder poco.

—Señor, exclamó azorada y ofendida Vármen. No esprima V. tanto la naranja que amargue el zumo; y déjese andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

—A carrera larga nadie escapa; repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre Vármen quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al cura, que era su confesor, lo que le habia pasado con el guarda, y tenia perturbado su ánimo, hasta entonces tan sereno.

El cura, sin tener un talento sobresaliente, ni una santidad que llamase la atencion, era uno de esos sacerdotes, cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educacion, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacia muchos años tan identificado el cura, que unido esto al conocimiento individual que tenia de cuantos componian su rebaño, le hacian un Pastor modelo. Hemos dicho «modelo,» y no «ideal,» porque los ideales son escasos. Por esto se haria mal en no apreciar lo que es muy bueno, solo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfeccion, en vista de que esto solo lo hallamos, en realidad, en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de Santos, y ficticiamente en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la humanidad, pero que harian mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir aquello que no se eleva á tanto.

—No te inquietes, ni temas, le dijo el Cura, pues no tienes por qué; que culpa no tiene quien hace lo que debe. Y tú lo que debes hacer, es no dar oidos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al Cura, mas asustada, mas acongojada aun, y le dijo que el guarda la perseguia y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir, y hasta habia llegado á amenazarla, si se mantenia en no darle oidos.

—Sosiégate, hija, y no temas, la contestó el Cura. Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú: «Obra bien... que Dios es Dios.»

Al tercer domingo, la pobre jóven se mostró mas afligida y atemorizada que nunca; la obstinacion del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacian temer una desgracia si le exasperaba mas con sus negativas.

«Haz lo que debas y suceda lo que suceda.»—Así terminó el Cura los consejos paternales que le dió para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos dias, habiendo salido Vármen al olivar, para buscar una gallina que se habia extraviado, se presentó de repente á su vista el guarda. Vármen asustada se volvió presurosa dirigiéndose hácia la hacienda.

—Huyes? le dijo su perseguidor. ¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

(1) Chácha llaman los niños del pueblo á su hermana mayor.

(1) Pájaro que se come las avispas.

—¿La conciencia? contestó Vármen. «Culpa no tiene quien hace lo que debe.»

—¿Tú te has parado á considerar,—prosiguió el guarda,—lo que es, y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? Sabes que puedo perderte?

—«¡Obrar bien... que Dios es Dios!» contestó Vármen con la calma propia en el momento de las grandes crísis.

—Vármen! por última vez... ¿me desechas?

—Sí, contestó Vármen con la palidez del pavor en el rostro, y la firmeza del buen propósito en el acento.

—Pues sábete, ingrata, que en su vida, este á quien ofendes, ha dejado hueco entre el agravio y la venganza que eso en la sangre lo tengo, y lo mamé con la leche que me crió.

—Y yo, con la buena enseñanza cristiana que he mamado, tengo en el alma este otro propósito: «Haz lo que debas y suceda lo que suceda.»

—Hola! ya caigo! dijo con concentrada ira el guarda. El que te dirige es el Cura. A ese, á ese, es al que debo tus repulsas, que no he podido vencer, tus desdenes que no he podido desarmar, tu dureza que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por tí! Mañana me voy, no volverás á verme: ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras memoria tengas!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente, y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente, vió el Cura entrar en su casa á Vármen, la que deshecha en lágrimas le refirió lo que le habia pasado

—No te apures, hija, le dijo cuando hubo concluido de hablar: esos son espumarajos del coraje, que cae cuando la razon vuelve á adquirir su imperio.

—Padre, no le conoceis! repuso sollozando Vármen,—es un desalmado. ¡No salgais, por Dios, mañana; que os va á matar!

—Sosiégate, hija, que vá mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

—Padre, repitió acongojada Vármen, no le conoceis; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza: lo ha jurado!

—Pues, hija, repuso el Cura, «haga yo lo que deba, y haga Dios lo que quiera.»

IV.

Del lado opuesto del pueblo se extiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tejido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las mas afamadas alfombras. En los parages mas bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se vé salpicado con tal profusion de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, las que componen las once mil Vírgenes del paraiso de Flora. Por los parages secos, crece, cercana á la tierra, una flor pequeña, que lleva el nombre de «flor de la abeja,» nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma y colores de dicho animalito. No parece sino que habiendo bajado á descansar—si es que esa laboriosa é incansable colectora de miel busca jamás descanso,—se ha posado sobre un tallo, y ha quedado adherida al reino vejetal, por hechizo de algun maléfico gnomo. Dan impulsos de traer á aquellos parages una colmena, para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñas y mudas estátuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habian exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la mujer de Lot; si fuese dable atribuir á las flores deseos de venganza, ni resentimiento porque gozasen otros de la miel de su corazon. Pero no lo es; ellas que expenden con profusion y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad,—porque saben que tienen para dar y que les quede,—no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad mas peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser incultivable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto de que ese fenómeno es un hechizo del maligno gnomo de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con extasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces en admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de alto sentido. ¡De cuántos modos nos llama Dios á adorarle en sus obras! Oid el himno que entonan, todos esos susurros, todos esos sonidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dulces, ya austeros, difunde el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado! Oid atentos y os convencereis de que dicen: «¡venite, adoremos!»

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente paseaba el Cura todas las tardes.

Aquella á la que habia precedido su conversacion con Vármen, salió como de costumbre tenia.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada al guarda que traia su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente; pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro solo expresaba la mas completa calma, y la mas pura dignidad. Un rato se estuvieron fijando ámbos, inmóviles y en silencio: lentamente se inclinó hácia tierra la direccion de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y despues de un momento de indecision, dijo con honda voz:

—Vaya V. con Dios, Padre! y desapareció bruscamente en la espesura.

—¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo!—repuso en récia y conmovida voz el Cura,— y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones!

Si esta bendicion llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada.

NOTA.—Este sucedido tan pequeña cosa en el hecho y tan grande en su significacion, fué comunicado con la mas sincera sencillez, al que lo ha referido, por el mismo cura que en él actúa, que lo relataba con el solo objeto de probar que el hombre no cumple tan fácilmente como lo concibe, un mal propósito.

FERNAN CABALLERO.

EL GENIO.

Astro sublime de un mundo
al que no podemos ver,
mas que de tus rayos ígneos
al prismático través:
espíritu que has nacido
en un misterioso eden
para revelar al hombre
la grandeza de su ser:
tú del templo de la gloria
te páras en el dintel,
mostrando en la excelsa mano
roto el cetro de la ley.
Tu clarin vibró en los aires,
hizo al mundo extremecer,
y te escuchó entusiasmado,
y te veneró con fé,
y oyó brotar de tu cáuce
la gran fuente del saber
en la cítara de Homero,
en el cinnor de Moisés.
Te abrió la naturaleza
su magnífico dosel,
y se vieron en el lienzo
jardines aparecer;
y mares llenos de espuma,
en cuyo golfo se ven
romperse las verdes ondas
en la prora del bajel;
y capullos entreabiertos
bañados de rocicler,
y racimos como el oro
de flores en un vergel.
A tu voz las armonías
se agruparon en tu sien,
y mil pueblos te arrojaron
sus coronas de laurel.
Soñaste con la escultura,
y por la primera vez
obedecieron las piedras
á la mágia del cincel.
Has inventado un infierno
donde hemos visto, á través
del reflejo de las llamas
los encantos del eden.
Tú lloras de los sepulcros
bajo el lúgubre ciprés,
entusiasmas en la guerra,
conmueves en la mujer.
Eres profundo en Atenas,
eres grandioso en Balbek,
enamorado en Italia,
profético en Israel.
¡Salve, Génio! ¡que te acaten
las naciones como rey
y los siglos admirados
se arrodillen á tus piés!

Habana.

JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

I.

En aquella época reunida Bélgica á Holanda con el nombre de reino de los Paises Bajos, obedecia á un solo soberano. Este estado de cosas duró desde 1815.

Pero poco á poco se despertó cierta rivalidad entre ambas naciones, y en el seno de las Cámaras legislativas, los representantes belgas oponian una resistencia obstinada al gobierno, que guiado por una imprudente parcialidad, reservaba casi exclusivamente á los holandeses las ventajas que podian resultar de la reunion de ambos pueblos; viniendo á atizar la discordia vivos debates sobre las libertades proclamadas por la ley fundamental y sobre la religion.

En cuanto á mí, yo no sabia nada de lo que pasaba en las regiones de la política: jamás cayó un periódico en mis manos, y por otra parte durante muchos años las disputas y luchas parlamentarias no tuvieron otro objeto aparente que refrenar la injusta superioridad atribuida á las provincias del Norte sobre las del Mediodia.

Pero cuando en julio de 1830 llegó á Bélgica la noticia de que el trono de los Borbones habia caido en Francia por una insurreccion triunfante, la palabra *libertad* se repitió con entusiasmo alto ó bajo, aun en las escuelas.

Verdaderamente, esta palabra no tenia un sentido preciso y determinado para mi inteligencia. La libertad para mí era el medio de sustraerme de la obediencia de mi madrastra; la libertad era la posibilidad de hacer mi entrada en el mundo como hombre y no permanecer mas en el estado de niño, doblado bajo el peso de la vergüenza y las humillaciones...

Aquella palabra, no decia mas á mi alma, y sin embargo hacia subir la sangre á mi cerebro, levantaba mi cabeza inclinada, dilataba gozosamente mi pecho; ensanchaba de repente mi horizonte, descubrian mis ojos deslumbrados un porvenir vago indudablemente, pero sí mas vasto y bello que el de antes.

La revolucion estalló en Bruselas la noche del 25 de agosto de 1830; la fuerza armada fué expulsada de la ciudad, y la antigua bandera de Brabante con sus tres colores fué izada en señal de triunfo en la torre de la municipalidad. El 23 de setiembre se acercó á Bruselas el príncipe Federico de los Paises Bajos á la cabeza de un ejército de diez mil hombres, y ocupó el parque contíguo al palacio real.

Entretanto venian de todas las provincias numerosos insurrectos, acudian á la capital especialmente de la parte walona del pais, y aun cuerpos enteros de voluntarios franceses llegaban á Bruselas. Habíase decidido hacer frente á las tropas del príncipe Federico.

Despues de un combate encarnizado que duró tres dias consecutivos, el ejército holandés se vió obligado á batirse en retirada y tomó el camino de Amberes, cuya fuerte ciudadela, mandada por el anciano general baron Chassé, le ofrecia un sólido punto de apoyo. Los holandeses fueron seguidos muy de cerca por los voluntarios de Bruselas, y de diferentes combates dados en Duffel, Lierre y Waelhem, se vieron obligados los primeros á precipitar mas su retirada.

Amberes no habia tomado parte aun en la insurreccion, aun cuando los espíritus estuviesen poseidos de una viva agitacion. El instituto de M. Dehis, donde ejercia las funciones de pasante, estaba cerrado como los demás establecimientos de instruccion; yo me hallaba en Borguerhout con mi padre, corriendo diariamente desde la mañana á la noche, para recoger cuantas noticias se decian por las calles; aspirando á la libertad prometida, por mas que no comprendiera cómo podia contribuír á cambiar mi posicion.

Una mañana que estaba en el campo con mi hermano, oimos de repente el sordo zumbido del cañon.

Un grito de júbilo se escapó de mi corazon y gritamos llenos de entusiasmo:

—¡Los belgas! ¡ahí están los belgas!

Y sin saber lo que haciamos, nos dimos á correr con todas nuestras fuerzas en direccion del pueblo Berchem, de donde parecia venir el ruido de la artilleria.

Apenas habiamos franqueado el puente de la calzada de Herenthals, cuando vimos no lejos de nosotros elevarse hácia el cielo la humareda de un gran incendio en espesas nubes, tras una cortina de hayas y árboles. Un anciano, una mujer y una jóven pasaron corriendo á nuestro lado y lamentándose; cada uno de ellos llevaba una vaca de una cuerda y se esforzaba con mil exclamaciones hijas del espanto, á acelerar la marcha de aquellos animales. Estaban tan poseidos de espanto, que se arrojaron al agua por una parte del rio en que era poco profundo; sacaron sus bestias á la otra orilla, y como si fueran perseguidos, huyeron en direccion de Borgerhout.

Esta escena llamó por un instante nuestra atencion; pero en seguida nos pusimos en camino y nos acercamos por fin al foco del incendio.

Era en Zurenberg, entre Borguerhout y Berchem, y estaba ardiendo una gran heredad; las granadas y bombas lanzadas por los belgas le habian causado. El establo estaba ya completamente consumido por las llamas, y en medio de las ruinas del techo de paja que le habia cubierto, yacian los cuerpos medio carbonizados de una docena de vacas, reconcentrándose aun el elemento destructor bajo aquellos restos.

Allí encontramos á algunos soldados holandeses ocupados en cortar de los cuerpos de las bestias muertas por el fuego, trozos de carne que devoraban á dentelladas. Mi hermano y yo gustamos de aquellas viandas poco apetitosas, en las que hallamos el amargo de la hiel mezclado con un gusto espantoso de paja quemada.

Como yo parecia un niño, aunque mi hermano era mas jóven que yo, los holandeses nos dejaron aproximar sin desconfianza al incendio. Uno de ellos nos aconsejó sin embargo, amistosamente, dejásemos aquel sitio, porque corriamos el riesgo de perder la vida; pero nosotros la echamos de héroes, y precisamente porque nos instaban á partir.

De cuando en cuando algun obús mandaba á la heredad quemada algunas granadas, y oíamos millares de tiros: que nos probaban que los dos ejércitos estaban peleándose, pareciendo empeñado el verdadero combate hácia el lado de Berchem.

En aquella hora fatal era cuando caia herido mortalmente en las filas de los belgas el jóven y heróico conde Federico de Merode...

Una granada cayó en un campo no lejos de donde estábamos y se enterró cerca de dos piés en el suelo, y á imitacion de los soldados holandeses nos echamos en tierra esperando la explosion del proyectil. Despues de mucho tiempo se levantaron los soldados: y oí decir que la espoleta de la granada estaba apagada. Nos aproximamos al punto en que habia caido, y yo la desenterré con mis propias manos.

La posesion de la granada me enorgulleció en extremo, y cogiendo en brazos el proyectil fratricida, me planté delante de los soldados holandeses, con la cabeza erguida,

como si todos y cada uno hubiera debido admirar mi bravura. Los holandeses parecieron prestar poca atencion á mí y á mi granada, y situados en aquel momento detrás de las tapias humeantes de la heredad con el fusil cargado, parecian escuchar con inquietud un ruido lejano que parecia espantarles.

De repente oimos un tambor que tocaba á la carga á espaldas de un monte tallar bastante lejano, é inmediatamente despues vimos desplegarse á alguna distancia un tropel de hombres vestidos con blusas azules.

Eran los belgas que acometian, en medio de un vivo fuego de fusileria, aquella avanzada de los holandeses.

Nuestros soldados, escasos en número para resistir, abandonaron la posesion precipitadamente, y al verlos huir nos llenamos de miedo. Mi hermano y yo, con mi granada siempre debajo del brazo, nos alejamos de la heredad á todo correr y llevamos á Borgerhout la noticia de la victoria de los belgas.

En efecto, los belgas habian salido vencedores en el combate de Berchem; las fuerzas holandesas se habian retirado á los muros de la ciudad.

Al medio dia se instaló en el arrabal y pueblo de Borgerhout una partida de voluntarios belgas, despues de haber presentado sus boletas de alojamiento. Nosotros recibimos en nuestra casa á dos jóvenes de Bruselas que no cesaban de extasiarse con la probable victoria.

El uno de ellos no tenia mas de dos años mas que yo: habia sido tambien pasante en Bruselas, y sus ideas se armonizaban bastante con las mias. Desde aquel dia fué mi amigo. Le seguí á todas partes; permanecí á su lado, aun cuando iba a apostarse no lejos de las murallas de la ciudad para tirar á los soldados holandeses detrás de una barricada, expuesto á una granizada de balas de fusil vizcaino, y no le dejaba sino cuando volvia conmigo al hogar paterno.

Cuando se reunian los *belgas* (que así se los llamaba) en crecido número, sus filas ofrecian un espectáculo bastante extraño, del que hoy no puede formarse una idea. El uniforme adoptado se componia de una blusa azul guarnecida en el cuello y las mangas con una estrecha lista encarnada, y de una especie de gorra como la que usan los agentes de policía, guarnecida de piel, y cuya parte superior caia en punta. Los oficiales y sargentos se distinguian por un lazo de cinta tricolor que llevaban en el brazo.

Pero la mayoria no estaba vestida de este modo, pues los demás llevaban trages y vestidos de todas clases, viéndose destacarse acá y allá entre los fracs, casacas y blusas grises el uniforme de un soldado holandés con dolman de húsar, abundando entre los voluntarios los sombreros, casquetes, schakós, colbaks y aun gorras de algodon con rayas encarnadas.

El armamento de estos hombres era casi lo mismo. Aquellos cuyos recursos personales les permitian equiparse á su gusto, llevaban la blusa azul ya mencionada, de tela mas fina, y la gorra; unas polainas de cuero atacadas con botones blancos cubrian sus piernas hasta la rodilla, y sus armas eran magníficas escopetas de dos cañones, cinceladas; el sable de oficial de hoja encorvada y vaina de acero con colgantes formaba parte de su equipo, que se completaba con un cinturon provisto de dos grandes pistolas de dos tiros.

Mas de quinientos habia equipados de esta suerte, pero los demás llevaban en su mayor parte las armas halladas en los cuarteles y almacenes holandeses, ó arrancadas á los prisioneros de guerra y desertores, una gran parte de ellos no tenian mas que una escopeta enmohecida, las mas veces sin gatillo, un sable, una pica, una bayoneta ó un simple palo de escoba.

Los hombres no eran de orígen menos diverso que las piezas de su equipo: en todo grupo de voluntarios, por poco numeroso que fuese, se podrian oir los dialectos de todas nuestras provincias, y aun conocer por su lenguaje á los franceses y alemanes.

Do quiera que los voluntarios se hallaban reunidos, cantaban sin descanso, y aun desde lejos se oian repetirse por los aires los dichos agudos que les inspiraba su marcial buen humor. Repetíase muchas veces la *Brabanzona;* pero con mas frecuencia aun la *Parisiense* de la última revolucion francesa.

La *Marsellesa* se cantaba raras veces.

Todos estaban desaliñados y cubiertos de lodo, y parecian orgullosos del mal estado de su trage, guardándose bien de quitarse el polvo que ennegrecia su rostro. A algunos he visto frotarse los labios con polvo mojado para tomar un aspecto mas formidable.

Jamás hubieran podido penetrar en la plaza por sus propias fuerzas los voluntarios belgas, estando sólidamente fortificada; pero mientras ellos soltaban tiros de lejos contra las murallas y perdian inútilmente algunos hombres bajo la metralla y tiros de fusiles vizcainos de los holandeses, en Amberes mismo estalló la insurreccion.

Al dia siguiente por la mañana me hallaba con mi amigo el de Bruselas en Saint-Willibrord, no lejos de la barricada formada cerca de la ciudad, junto al salon de baile llamado la *Manzana de oro*. Durante toda la noche se oyó resonar en la ciudad un vivo fuego de fusilería, y en aquel mismo momento continuaba sin interrupcion.

Yo tenia una pistola de arzon que habia pertenecido en otro tiempo á un dragon francés, y que me habia encontrado en la casa: me hallaba entre los belgas; hablaba de la patria, como si hubiese tomado parte en todos los combates de Bruselas, Walhen y Berchem. Nadie reparaba en ello, porque era imposible se conociesen unos á otros en una reunion de hombres procedentes de todas partes.

Un oficial superior se habia alojado sin duda en casa de mi amigo Juan Delaet, porque á cada instante veia entrar y salir gentes con cartas, y últimamente, cuando se difundió la noticia de que los de Amberes se habian apoderado de dos puertas de la ciudad, se dió la señal de tocar llamada, y á lo que me pareció, partió de casa de Delaet.

Cuantos belgas se hallaban en nuestro arrabal se reunieron precipitadamente, y aquella tropa desordenada se puso en marcha hácia la ciudad á banderas desplegadas. Mi amigo el bruselense era temerario si los habia, y aunque no sabiamos aun cómo seriamos recibidos, se empeñó en colocarse en primera fila; yo no le abandonaba un instante, y llevando en mi mano ya cansada mi pistola de arzon, eché á correr á su lado dando gritos de alegría.

Cuando llegamos al puente levadizo, vimos aun hácia la puerta de Borgerhout algunos soldados holandeses que entraban en la ciudadela. Sin embargo de todo, penetramos en la ciudad sin encontrar seria resistencia, siendo acogidos por las aclamaciones de los amberneses armados que habian obligado á retirarse á los holandeses.

A poca distancia de la puerta y en la esquina de la calle de *Meulenberg* estaba parado un grupo de mujeres que gritaban llenas de entusiasmo: ¡Vivan los belgas! Parecian ébrias ó locas. Al verme una de ellas, flaca y vieja, mi aspecto juvenil la inspiró probablemente un sentimiento de admiracion ó compasion, porque lanzándose hácia mí con los brazos abiertos, exclamó:

—¡Ah! ¡mi querido belguita! ¡ven aquí, hijo mio, que te abrazaria, aun cuando el mismo rey estuviera en persona!

Y se echó á mi cuello con tal ligereza y de una manera tan brusca, que cediendo á aquel abrazo inesperado, caí al suelo de espaldas con la vieja encima, rompiéndome la cabeza. Mi amigo el de Bruselas acudió á socorrerme, y quitándome aquella vieja loca, me ayudó á levantar.

En aquel momento trageron sobre la muralla el cuerpo inanimado de una vivandera holandesa; la sangre corria aun abundantemente por sus vestidos, llevando tras sí el barrilito de ginebra suspendido por sus correas.

Aquella pobre mujer se habia quedado detrás al huir los soldados holandeses, y pasaba por la puerta en el momento mismo que los voluntarios empezaban á pasarla. Los primeros que pasaron no quisieron hacer fuego á una mujer; pero la vivandera les hizo con la mano un gesto despreciativo y burlon, y puesto en juego el fusil, cayó la valerosa mujer, atravesado el corazon por una bala. La vista del cadáver nos detuvo por un instante; pero despues seguí á mi amigo el bruselense hácia la plaza Mayor, donde se descargaron todos los fusiles en señal de regocijo, entre gritos y exclamaciones imposibles de describir.

Mi amigo me persuadió que yo debia tirar tambien, y que lo hiciera; cargó mi pistola de arzon, que quizá no habia hecho fuego desde el tiempo de Napoleon; me la puso en la mano y me enseñó cómo habia de doblar el brazo para contener el recule del arma. Seguí sus instrucciones, y aguardé bravamente el golpe. Cómo lo hice, lo ignoro; pero mi pistola produjo una fuerte detonacion, dándome tal sacudida, que me creí reducido á la nada. El codo y el hombro me quedaron tan mal, que mi amigo pensó morirse de risa al ver mi triste figura.

(*Se continuará.*)

SUEÑOS.

—¿Porqué en sueños angélicos
sonrie el tierno niño
cuando en la cuna cándida
el maternal cariño
solícito la vela
con amoroso afán?
¿Porqué se agita trémulo,
y la sonrisa pura
en sus labios adviértese
de célica ventura,
y el contento revela
su candorosa faz?

—Es que de puros ángeles
un melodioso coro
en torno de él agítase,
tiende sus alas de oro,
y bendice su frente
en nombre del Señor.
Y risueños espíritus
custodian su inocencia,
y á través de la mísera
dolorosa existencia
le muestran la fulgente
gloria santa de Dios.

NARCISA PEREZ.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE PAÑO DE SEDA LILA, guarnecido con un volante casi plano, recortado por ambos bordes. Trage de encima (forma de funda) de encage blanco. Banda de paño de seda igual al trage, formando draperías sujetas por azaleas lila; esta banda vá anudada por detrás: en el pecho y en las mangas las mismas flores; en la cabeza un cordon de hojas verdes y azaleas.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE. Tiras al sesgo de la misma tela, pero de punto de color mas oscuro, figuran sobre el trage una especie de túnica que se liga á un delantal corto; en el corpiño montante estas tiras figuran un collar cuadrado; la misma guarnicion en ambos estremos de las mangas; de la última de estas tiras pende siempre un fleco del mismo color.

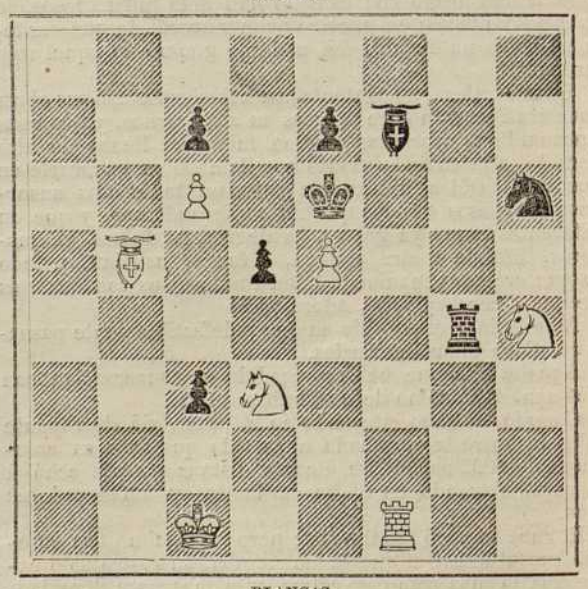
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 102.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 3.ª A. jaque.	R. toma R.ª
2.ª C. c. C. jaque.	R. juega.
3.ª C. 2.ª A. jaque.	R. juega.
4.ª C. 3.ª A. jaque.	R. juega.
5.ª C. 4.ª R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 103, COMPUESTO POR M. ROB. BRAUNE.

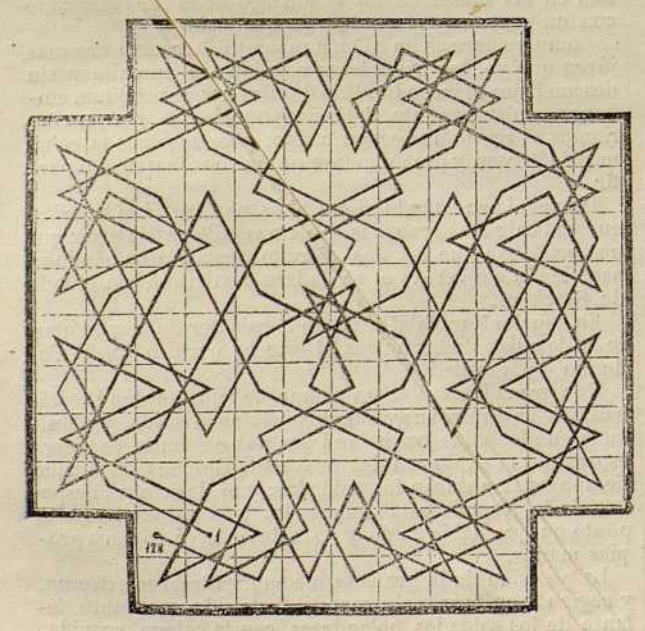
NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

Solucion dada por la Srta. suscritora Doña I. de G. y C.ª al Salto del Caballo inserto en el número anterior.



Lo mismo que mis ojos
cuando pequeño,
eran mis ilusiones
color de cielo.
Puras y bellas
como la luz que brota
de las estrellas.

Azules ilusiones
y azules ojos
se han ido oscureciendo
poquito á poco;
cual se oscurecen
los movidos cristales
de limpia fuente.

Esperanzas perdidas,
lágrimas hondas,
cada dia los cubren
con nuevas sombras.
Aun no son negros,
mas ¿dónde está su puro
color de cielo?

M. DEL PALACIO.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 41.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Chaqueton-saco para jovencito de 14 á 17 años.—Delantal de lienzo gris para niña.—Saco para labor.—Levita ajustada.—Trages de amazona.—Cófia para señora.—Corpiño de muselina.—Entredós al crochet.— Trage de niño de 18 meses á 2 año.—Grabado de modas.

En la ópera (boceto de costumbre).—El fausto afrancesado.—Comparacion de la mortalidad entre célibes y casados.—Recuerdos juveniles.—En un álbum.—Problema de ajedrez.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION

DE LA HOJA DE PATRONES.

Chaqueton-saco para jovencito de 14 á 17 años.

Figs. 34 á 36 (verso) del patron.

Se hace de cualquier tela de verano ó de invierno, de piqué blanco ó maiz, lienzo gris ó crudo, paño chiné ó liso, etc.

Se corta entero por la fig. 34, que representa su mitad, —dos pedazos (en tela puesta doble) para el cuello, por la fig. 35; se prepara la manga por la fig. 36, dejando de mas en su borde inferior tela bastante para un excedente de 3 centímetros; se pespuntea por debajo de los delanteros una tira de la misma tela, indicada en el patron; se fijan los botones en el delantero de la derecha, y se hacen los ojales en el opuesto; se pespuntean sobre el delantero correspondiente los bolsillos en parte indicados en el patron; estos bolsillos llevan primeramente un dobladillo en su borde superior (este tiene dos centímetros de ancho), luego se los rodea con dos costuras pespunteadas; las costuras con dobladillo se hacen desde 1 hasta 2. En el borde inferior del chaqueton se hace otro dobladillo de medio centímetro; se coloca el cuello que va rodeado por una costura pespunteada. La manga se cose desde 5 hasta 6, se redobla su borde inferior en una altura de 3 centímetros, y se pespuntea. Se fija la manga en la sisa por una costura con dobladillo, juntando las cifras iguales.

CHAQUETON-SACO PARA JOVENCITO DE 14 A 17 AÑOS.

Delantal de lienzo gris para niña de 5 á 7 años.

Figuras 48 á 51 (verso) del patron.

Este delantal de mangas largas esperamos que será bien acogido por las madres de familia. Se adorna con un bordado á punto ruso, ejecutado con lana inglesa (muy fina) de color encarnado. Se corta el delantero entero por la fig. 48, dos pedazos para los puños por la fig. 51, que representa la mitad de uno de ellos, y cada pedazo de estos debe ser doble. Se cortan 2 pedazos por la fig. 49, la manga entera por la fig. 50, que representa su mitad; hay que tener en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se prolongarán las figs. 48 y 49 con arreglo al tamaño de la niña, y se añadirán 2 centímetros de tela para un dobladillo por abajo. Se reunen todos los pedazos por medio de costuras dobles, y luego se ejecuta el bordado indicado en la fig. 51. El escote se orla con un vivo y una tira de nansouk de 2 centímetros y medio de ancho, festoneada con lana encarnada. La manga se cose desde 34 hasta 35, se hace un dobladillo en su abertura desde 35 hasta 36, se frunce la manga por abajo, y se la cose entre las dos telas del puño, que se adorna con un bordado, y que se guarnece con botones y ojales; se cose la manga en la sisa 34 sobre 34. El delantal se cierra con botones.

Delantal para niña de 4 á 6 años.

Figs. 52 y 53 (verso) del patron.

Este delantal tiene todo al rededor un dobladillo de centímetro y medio, adornado con una costura á punto de espina ejecutada con seda negra. En su borde superior se hace un dobladillo de un centímetro, formando una jareta por la que se pasa una cinta de tafetan, ó bien un cordon. — La sisa se guarnece con una tira fruncida cuyo dobladillo se adorna con puntos de espina.

Se corta el delantal entero por la fig. 52, que representa solamente su mitad, añadiendo la tela necesaria para los dobladillos indicados. Se corta el cinturon de nansouk puesto doble, por la fig. 53, que representa su mitad; se ejecuta la costura de los hombros juntando las cifras iguales, luego los dobladillos y sus bordados; se hace un dobladillo en el contorno de las sisas, se frunce la parte media del delantal por delante sobre la línea del patron, y de modo que dé á aquel un ancho análogo al del cinturon, que se fija por puntos de espina; juntando las cifras iguales. Por el revés del delantal y en los extremos de la fig. 53, se ponen tiras de la misma tela adornadas con puntos de espina, siendo cada una de ellas de 65 centímetros de largo y 6 de ancho; estas se atan por detrás debajo del delantal.

Saco para labor.

Figs. 57 á 59 (verso) del patron.

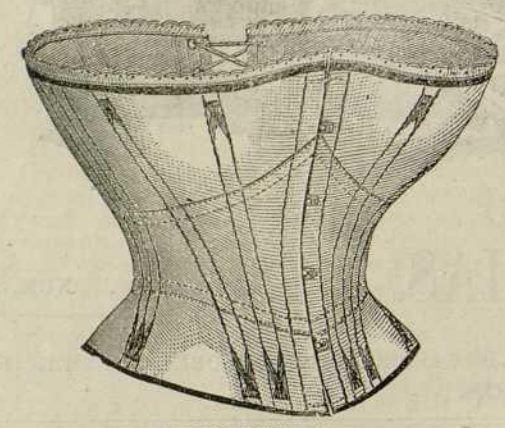
MATERIALES. — Esterilla violeta de seda de medio centímetro de ancho; tafetan violeta.

La fig. 57 representa la mitad de este saco, el cual se compone de una especie de trenza ejecutada con la esterilla de seda.

Se toman 36 pedazos bastante largos de esta, y se fija uno de los extremos de cada uno de ellos sobre una cinta, cuyo largo ha de ser semejante al ancho por arriba de la fig. 57. Se sujeta esta cinta, fuertemente estirada, sobre un plomo, ó sobre una almohadilla pesada, ó en fin sobre un pedazo de carton, y se ejecuta la trenza entrelazando los pedazos de esterilla, y guiándose, para la forma del saco, por el patron que se habrá cortado por la fig. 57. Cuando se ha llegado al sitio en el que el patron se separa en muchos trozos, se ejecuta cada uno de estos con 9 pedazos de esterilla, y luego se continúa el curso de la labor tal como se ha hecho al principio.

Acompaña á este número el patron n.° 11 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

Para el forro se corta un pedazo de tafetan violeta por la fig. 57 (que representa la mitad del saco, y por consiguiente del forro), dejando de mas 3 centímetros de tela para el dobladillo superior; se cortan del mismo tafetan dos pedazos por la fig. 58 para los bullones de los lados, y 3 pedazos para los del medio, dejando de mas la tela necesaria para las costuras. La fig. 59 representa solamente la mitad de un bullon, el cual ha de ser cortado en un solo pedazo. Se fruncen los bullones por ámbos lados, luego se los reune con el forro juntando las cifras iguales; este forro se cose desde 50 hasta 51, desde 52 hasta 53; se hace el dobladillo superior que sirve de jareta, y que se vuelve á coser por el medio



CORSÉ-CINTURON.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.

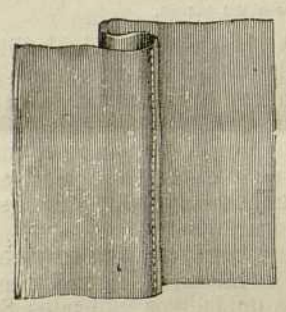
en todo su largo. El saco, propiamente dicho, se cose sobre este forro; habiándosele cosido antes desde 50 hasta 51, desde 52 hasta 53.

Puede hacerse este saco menos costoso empleando esterilla de lana, y para forro cachemira.

Levita ajustada para viajes y paseos.

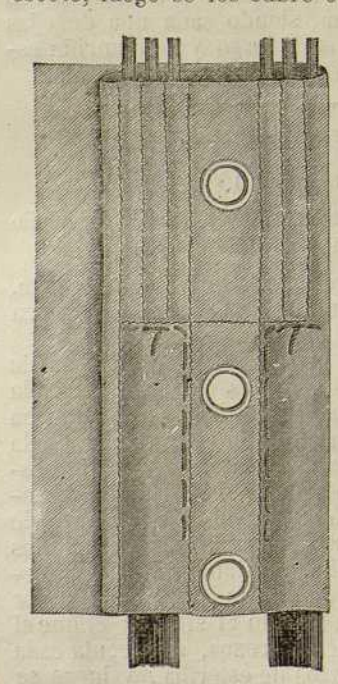
Figuras 37 á 41 (verso) del patron.

Se hace de tela impermeable *(water proof)* y se guarnece con tiras de la misma tela, cortadas al sesgo, que tengan 3 centímetros de ancho, orladas por ámbos lados con un vivo de cachemira encarnada; el capuchon lleva un dobladillo estrecho formando una jareta por la que se pasan, cruzándolos, dos pedazos de cordon negro de seda, terminado cada uno en una borla; esta jareta sirve de capuchon, y el cual puede ponerse por encima de un sombrero.

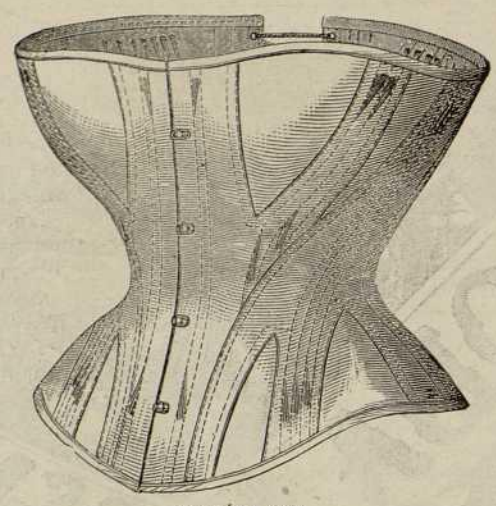


EJECUCION DE UN PLIEGUE.
(CORSÉ PEREZOSA.)

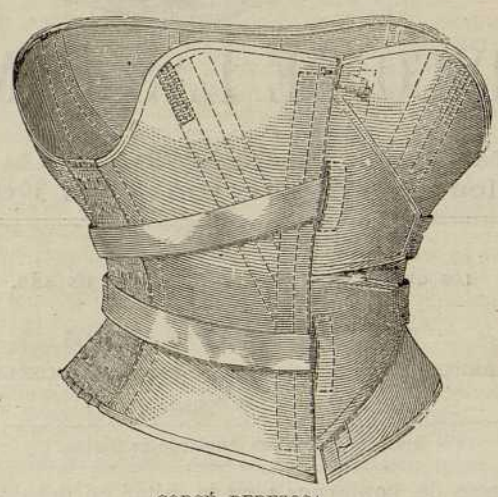
Para hacer la levita se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 37 y 38, prologándolas segun la altura que se quiera dar á la levita. Se corta la manga entera por la fig. 39, que representa su mitad, y se tiene en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Los pedazos del capuchon (figs. 40 y 41) se cortan en tela puesta doble. Se reunen primero las dos mitades de la espalda en el medio, luego espalda y delanteros juntando las cifras iguales; se doblan hácia afuera los contornos de la levita y los del escote, luego se los cubre con las tiras al sesgo arriba descritas. La manga, cosida desde 11 hasta 12, luego guarnecida como la levita, se fija en la sisa. Se forma el capuchon cosiendo uno con otro por su contorno exterior, á excepcion del borde superior, los dos pedazos cortados por la fig. 41. Se dobla en seguida el capuchon de modo que el derecho de la tela esté por fuera y la costura por dentro, luego se termina la jareta, en el extremo de la cual se hace por ámbos lados un ojete á fin de pasar por allí los cordones: se frunce el capuchon cruz sobre punto, luego se le fija entre las dos telas de la fig. 41, guarneciéndolo con un vivo. Se reune el capuchon á la levita juntando las cifras iguales, y se cubre la costura con un vivo. Para cerrar la levita se la ponen corchetes. Véase el dibujo en la siguiente página.



BALLENA DEL CORSÉ LARGO.
(POR EL REVÉS.)



CORSÉ LARGO.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)



CORSÉ PEREZOSA.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones).

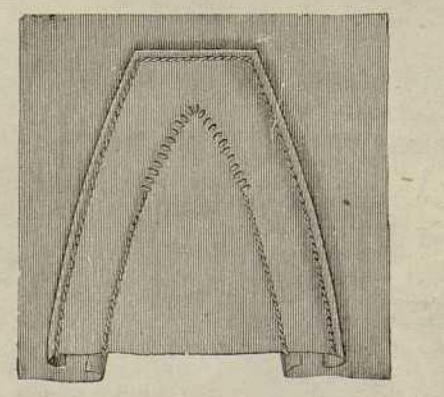
Trages de amazona.

Las figs. 42 á 47 (recto) del patron, pertenecen al vestido n.° 1.

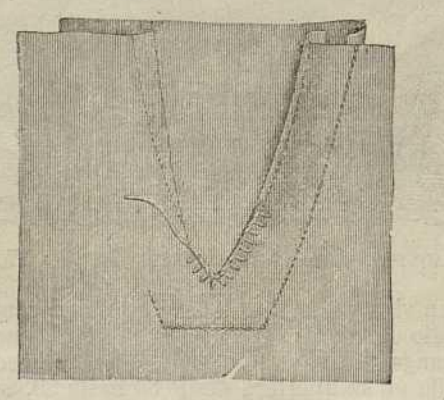
NOTA.—El grabado de estos trages de amazona, cuya explicacion del patron se da en este número, lo publicaremos en el inmediato.

Este vestido, hecho de paño, va adornado con cordones y botones negros.—Sombrero con velo azul. —Para hacer la chaqueta de húsar se cortarán dos pedazos en paño y forro por cada una de las figuras 42 y 43; la espalda se corta entera por la figura 45, que representa su mitad. Se cortan dos pedazos para la faldeta por la figura 46, la manga por la figura 47. Se cose la presilla sobre el delantero de la izquierda, los corchetes sobre el de la derecha, y se cubren estos con una tira de paño de 3 centímetros de ancho; se cosen las nesgas del pecho, luego se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales. En el borde del delantero de la derecha se forman buclecillos con el cordon, y se ponen muletillas en el delantero opuesto. Se arma el escote entre las dos telas del cuello, orlado con un galon; se cosen las faldetas, las cuales se cruzan hasta la cifra 35 de la figura 46. La manga se adorna con cordones cosidos unos con otros, luego se fija en la sisa 29 sobre 29. La enagua, cortada á nesgas, tiene 3 metros y 35 centímetros de ancho por su bordo inferior, 1 metro y 68 centímetros de largo. Esta enagua es *redonda*, es decir tan larga por delante como por detrás; se la cose á una pretina cubierta por la faldeta.

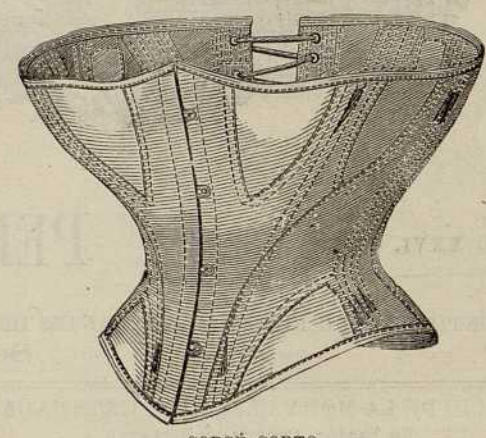
N.° 2.—Amazona de paño verde-guia; gorra de paja con velo color castaño.



NESGA DEL COSTADO DEL CORTÉ LARGO
(POR EL REVÉS).



NESGA DEL COSTADO DEL CORSÉ LARGO
(POR EL DERECHO).

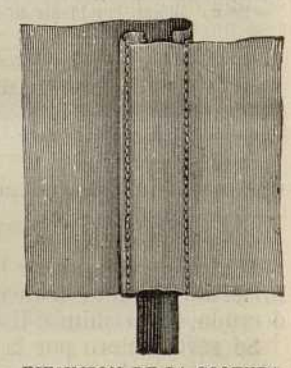


CORSÉ CORTO,
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

Cófia para señora jóven.

Figuras 62 á 64 (verso) del patron.

Esta cófia tiene la forma de una gorra larga húngara, cuyo borde va guarnecido de presillas levantadas; se hace de muselina blanca bordada, entredoses, encage y cinta rosa.



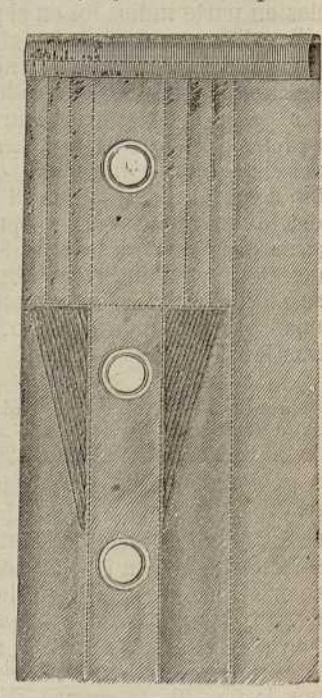
EJECUCION DE LA COSTURA PESPUNTEADA (CORSÉ LARGO.)

Se corta el fondo por la figura 62, el borde de muselina puesta doble, por la figura 63, que representa su mitad. Se cubre el fondo con cinta rosa dispuesta en forma de *rayos*, que son en número de ocho (esta cinta tiene centímetro y medio de ancho). — El centro del fondo, es decir el punto en que se reunen estos rayos, está ocupado por un cuadro de muselina, bordado como las presillas (fig. 64), y rodeado como estas por un entredos y un encage, cada uno de un centímetro de ancho. El fondo se frunce en seguida por su contorno, de modo que se adapte al borde (véase la fig. 63). Se preparan ocho presillas por la fig. 64, se las rodea con un entredos y con un encage, se las cose á iguales distancias (fig. 63) entre las dos telas del borde, por cima del cual se las levanta, fijando cada presilla sobre la línea de puntos de la fig. 64. Antes de fijar estas presillas se ha puesto una cinta rosa sobre el borde, de modo que le cubra. Una escarapela, hecha con cinta estrecha, va puesta al lado derecho; en el medio, por detrás, se fijan muchas bandoletas y dos cabos largos; las bridas, atadas por debajo de la castaña, tienen 6 centímetros de ancho.

Corpiño de muselina con adornos de lienzo.

Fig. 33 (recto) representa el cuello de este corpiño.

Hemos publicado muchos patrones para corpiños iguales á este, y publicamos hoy solamente el patron del cuello, que se hará con arreglo á la figura 33, y este patron podrá tambien servir para

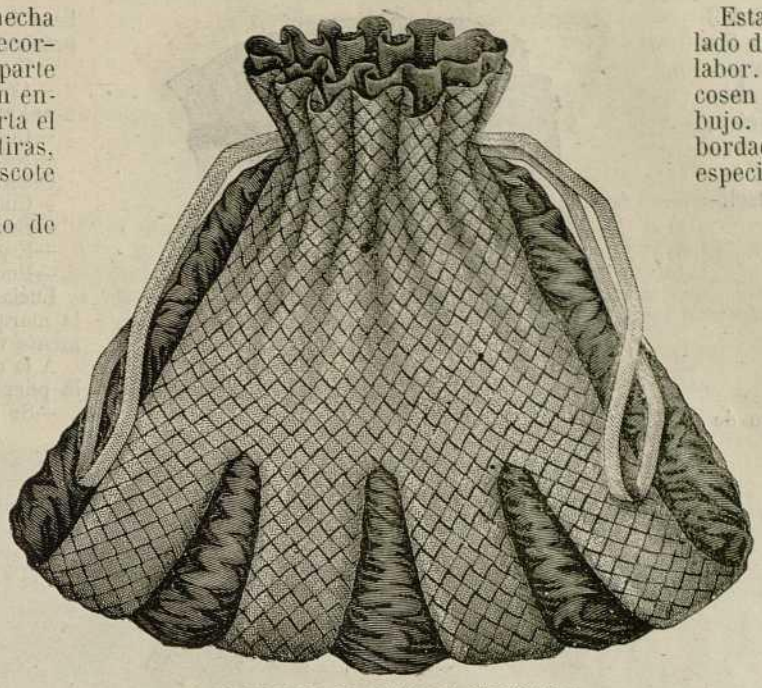


BALLENA PARA EL CORSÉ LARGO
(POR EL DERECHO).

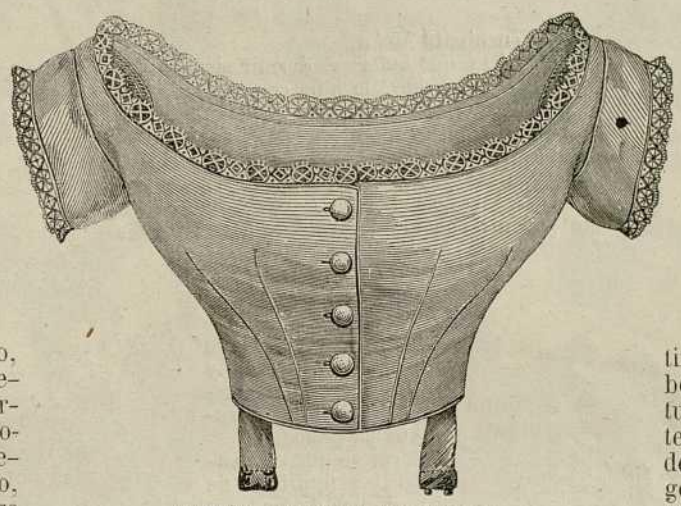
cuello de lienzo de nansouk. La guarnicion, hecha de lienzo, se compone de tiras en línea recta recortadas por ámbos lados, luego adornadas en su parte media con un entredos, y por los lados con un encage estrecho; por debajo del entredos se recorta el fondo de la tira; el cuello se adorna como las tiras, luego se pega á una tirilla que se fija sobre el escote del corpiño.

Para el invierno se podrá hacer este corpiño de cachemira, y la guarnicion de tafetan ó terciopelo.

DELANTAL DE LIENZO GRIS PARA NIÑA DE 5 A 7 AÑOS.



SACO PARA LA LABOR Y OTROS USOS.



CORPIÑO DE DEBAJO DE NANSOUK.

(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

DELANTAL PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

Entredos al crochet con bordado aplicado y cinta de terciopelo.

(Véase el corpiño escotado de muselina.)

Este entredos, que guarnece el corpiño escotado, se compone de dos partes cosidas una con otra, luego adornadas con cinta y rosáceas bordadas, recortadas, y despues aplicadas; un dibujo especial reproduce una de estas rosáceas. Cada mitad del entredos se hace por separado, en el sentido de su largo, con hilo del n.º 70. Se hace una cadeneta del largo necesario y compuesta de un número de puntos divisibles por 20.

1.ª *vuelta*.—Un punto en el aire;—* 1 sencillo sobre cada uno de los 5 primeros puntos,—una hoja pequeña; esta se compone de 10 puntos en el aire, luego, sin tener en cuenta el último buclecillo que se encuentra sobre el crochet, se hace una brida quintuple en el 2.º, y una misma brida en el 1.º de estos 10 puntos en el aire; se vuelve á tomar la hebra y se la pasa por los 2 buctecillos de las bridas y por los que se encuentran todavía sobre el crochet; por debajo de esta hoja pequeña se pasan 15 puntos de la cadeneta, y se vuelve á empezar desde *.

2.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 5 primeros de la vuelta anterior, picando siempre el crochet debajo del punto entero,—15 en el aire. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 5 primeros puntos de la vuelta anterior,—7 en el aire; en cada 2.º punto del mas próximo feston compuesto de puntos en el aire, se hace un punto-cadeneta, luego 7 puntos en el aire,—7 en el aire.—Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—* Sobre el punto del medio de los 5 primeros se hace 1 sencillo,—3 en el aire,—un punto-cadeneta en medio de cada uno de los 8 festones formados en la vuelta anterior por 7 puntos en el aire y despues de cada punto-cadeneta 3 puntos en el aire.—Vuélvase desde *.

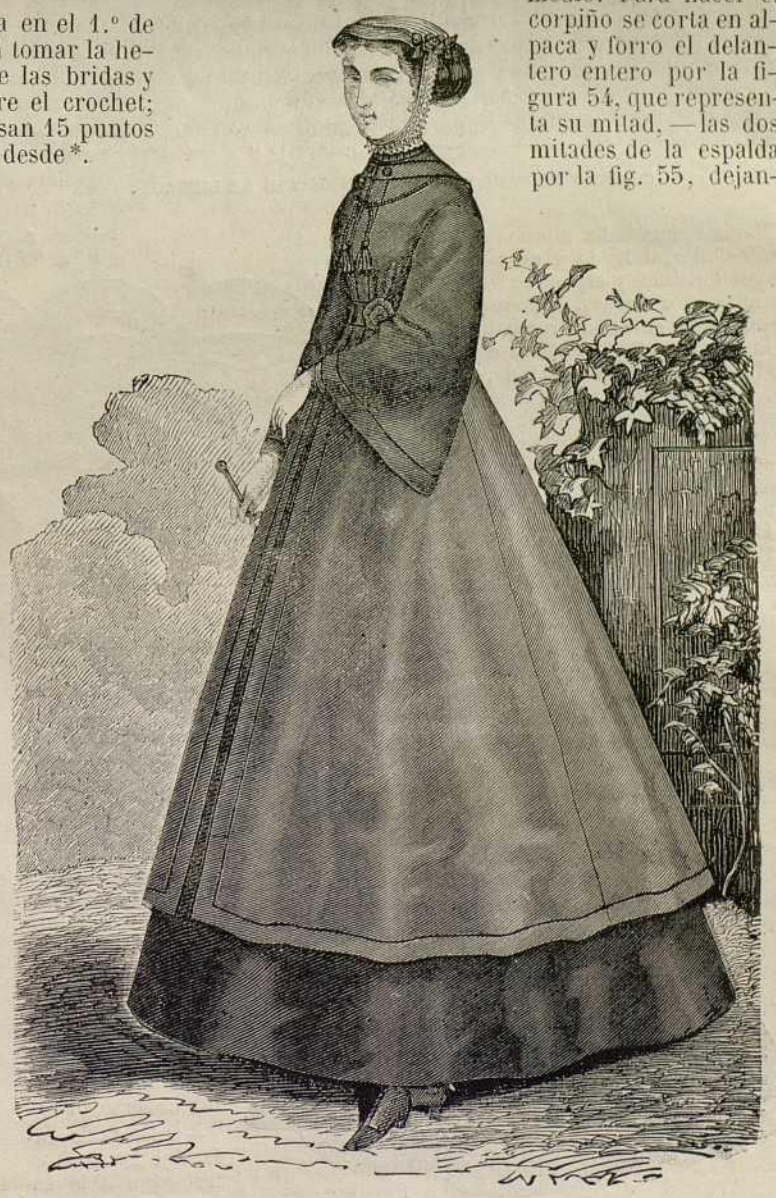
Estas dos últimas vueltas se hacen tambien del otro lado de la cadeneta por la que se ha principiado la labor. Se hace otro entredos igual á este, luego se cosen uno con otro copiando la disposicion del dibujo. Se pasa la cinta y se cosen en ellas rosáceas bordadas, que pueden hacerse con arreglo al dibujo especial, á menos que no se prefiera el del entredos.

Trage de niño de 18 meses á 2 años.

Figuras 54 á 56 (verso) del patron.

Este trage puede hacerse de cualquier tegido; nuestro modelo es de alpaca blanco, con tiras de tafetan blanco, listadas con un vivo de tafetan azul; hay tres de estas tiras dispuestas perpendicularmente por delante, y otras tantas por detrás, pero colocadas horizontalmente; estas últimas se fijan por cada uno de sus extremos con un boton forrado de tafetan azul. En el centro del cinturon, por detrás, se pone una escarapela de alpaca, terminada en dos cabos, de los que pende un fleco de borlas. La enagua se forra de gasa rígida; su largo es de 34 centímetros, su ancho de 2 metros y 6 centímetros. El borde superior está plegado, y en el inferior se hace un dobladillo de tres centímetros y medio. Para hacer el corpiño se corta en alpaca y forro el delantero entero por la figura 54, que representa su mitad, —las dos mitades de la espalda por la fig. 55, dejan-

LEVITA AJUSTADA PARA VIAGE Y PASEO (VISTA POR DETRAS).



LEVITA AJUSTADA PARA VIAGE Y PASEO (VISTA POR DELANTE).

do de mas en el borde de la mitad de la derecha 3 centímetros de tela. Se cortan dos pedazos para las mangas por la fig. 56; se cosen juntos todos los pedazos reuniendo las cifras iguales; se ponen corchetes en la espalda y se hacen los respectivos ojetes; se cose la manga en la sisa, guarnecida con un vivo azul. Se pega la enagua al corpiño; se orlan el escote y las mangas con una tira estrecha de muselina bordada.

CORPIÑO DE NANSOUK CON GUARNICION DE LIENZO.

EN LA OPERA.

(BOCETO DE COSTUMBRES.)

I.

Son las doce y media de la tarde del 8 de Enero de 186..., y acababan de almorzar opíparamente la marquesa de C..., su hija María y su sobrino Luciano.

Aquella es una buena señora como de cincuenta años, medianamente gruesa, de nobles facciones, de sonrisa benévola y constante, de palabras dulces y cariñosas.

María es una bella morena de diez y ocho abriles, alta, delgada y un poco pálida, de rasgos finísimos y espaciosa frente, con unos grandes ojos negros, brillantes y vivos, cuyas miradas entrañan irresistible encanto.

Luciano, en fin, huérfano de un hermano de la señora marquesa, independiente y rico, pero que ama á su tia como á una madre y á su prima como á su única hermana, es un jóven de veintiocho años, varonilmente hermoso, cuya franca fisonomía presenta un carácter muy marcado de bondad y ternura.

Continuemos.

Un ayuda de cámara entró en el comedor con un rico servicio de café, depositóle sobre un velador maqueado, en frente de una chimenea encendida y entre varias butacas y una linda duquesita, hizo despues una profunda reverencia y desapareció en seguida automáticamente.

La marquesa se levantó de la mesa, para acomodarse al calor de la chimenea, en una ancha otomana: María y Luciano tomaron asiento en la duquesita, atrayendo el segundo hácia sí el pequeño velador que contenía el servicio.

—Querida tia, café, dijo Luciano, ofreciendo á la señora de la casa una taza de plata, llena del suculento *Moka*.

CÓFIA PARA SEÑORA JÓVEN.

—Mamá lo que quiere es dormir siesta, ¿verdád, mamita? observó la niña con zalamería encantadora,

—Y tú, primita?

—Yo, café?... Gracias, gracias... ¡Ni verlo!

—Ay, Dios mio! ¿Te brincan ya los nervios?

—Calla, malicioso! Pues mire V. que es mucho: ¿no he de poder privarme de lo que me disgusta y daña?

—Vaya por Dios! exclamó Luciano con gravedad cómica.

La marquesa entre tanto apuró su taza y quiso esforzarse en alejar el sueño que cerraba sus párpados.

María se puso á examinar los figurines de un periódico de modas y Luciano saboreó con calma y verdadero deleite la agradable bebida.

Al poco tiempo, María se acercó á su primo y le dijo en voz baja:

—Escucha... Oye un recadito.

Luciano inclinó la cabeza á la altura de los rosados labios de la niña y esta prosiguió:

—Tengo que hablarte.

—Cáspita! ¿Cosa grave, prima?

—Vamos... ¿empiezas ya á reirte de mí?

—Corriente. Entonces me quedo...

—No, tonto. Dentro de media hora iré á tu gabinete...

—Eh?

—Cuando mamá se duerma... Vete ahora si quieres.

—Bueno. Me voy.

—Esperarás?

—Pues no! Hasta luego.

Luciano salió riéndose, María volvió á sus figurines y la marquesa siguió recostada en la otomana, completamente vencida por el traidor Morfeo.

A la media hora prefijada, ya estaba llamando María en la puerta del gabinete de su primo.

—Se puede entrar, primito?

—No, primita, contestó el jóven abriendo la puerta.

—He sido puntual, ¿verdad?

—La una y cinco minutos. ¿Sabes, chica, que esa puntualidad me infunde sérios temores?

CORPIÑO ESCOTADO DE MUSELINA. (Su explicacion en la hoja de patrones.)

—Mejor! Hazme burla...

—No, hija, no: estoy muy sério. ¿Quieres sentarte?

—Gracias... Si se despertase mamá...

—Uf, qué miedo! Sorprenderia en este cuarto unos crímenes tan horribles...

—Jesus! Siempre tienes ganas de broma. ¿Quiere V. oirme, señor burlon?

—No se enoje V., señorita. Soy todo oidos.

María hizo una mueca graciosísima de impaciencia, sacó de su bolsillo un pequeño billete, estampó en él un beso sostenido y ardiente y dijo á Luciano, que la contemplaba sonriendo, con acento de inefable alegría:

—Pues, hijo: has de saber que acabo de recibir esta carta...

—Ay, Dios mio!.. De Claudio, eh?

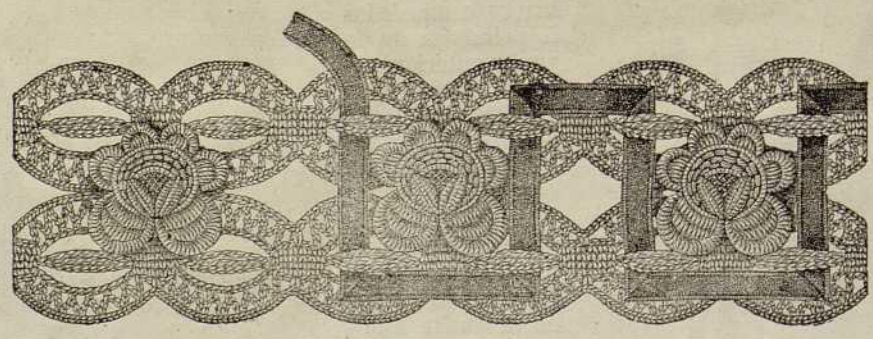
—Eso es: de Claudio. Toma y lee.

—Veamos.

Luciano desdobló el billete y leyó lo que sigue:

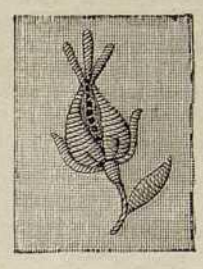
"María de mi vida: es necesario que asistais esta noche á la ópera. La infame Blasa ocupará una butaca de quinta fila, y Enrique, mi digno amigo, que se sentará al lado de aquella, provocará su locuacidad durante el entreacto primero, cuando se encuentren ámbos rodeados de numerosa falange de chismosos de salon.

"Esta noche daremos el gran golpe, el golpe de efecto y



ENTREDOS AL CROCHET PARA EL CORPIÑO ESCOTADO.

TRAGE PARA NIÑO DE 18 MESES A 2 AÑOS (POR DELANTE).



DOS DIBUJOS DE BORDADO PARA EL CORPIÑO ESCOTADO.

TRAGE PARA NIÑO DE 18 MESES A 2 AÑOS (POR DETRAS).

decisivo. Por Dos, que no falte tu primo.

"Nos casaremos pronto?

"Sí; porque el corazon me dice que esta noche se abrirán de nuevo para mí las puertas de tu casa.

"Adios y bendita seas.—CLAUDIO."

—Magnífico plan! exclamó Luciano devolviendo el billete á su prima.

—Te parece?

—Me parece bien: tan bien, que pronto habrá boda.

—Dale! Empiezas otra vez?

—¡Cuando yo decia que era cosa grave tu confidencia!

—Pero, hombre, ¿quieres callar?

—No te pongas colorada, primita. Vamos á conquistar á la señora marquesa, y á las ocho estaremos en el palco.

—Qué gusto! Esta noche se descubrirán todos los enredos de esa pícara... Vamos, vamos...

Y María, radiante de júbilo, enlazó su brazo con el del noble jóven, y ambos se dirigieron en busca de la dormilona marquesa.

II.

Aquella noche, representábase en el Real la obra maestra de Gounod: *Faust*.

A las ocho, el grandioso coliseo se hallaba atestado de una muchedumbre inmensa que contenia los alientos para sentir á su gusto la magestuosa *obertura* de la ópera cuyas primeras notas, rasgando el ámbito perfumado de la sala, llegaban á los oidos de los espectadores en torrentes de magnífica armonía.

Los palcos bajos y plateas estaban henchidos de elegantes damas vestidas de flotantes gasas y adornadas de flores y brillantes; en las butacas del fondo predominaba el sexo fuerte, de frac negro y corbata blanca, ridículo trage sancionado por la etiqueta moderna; los asientos superiores estaban, en la mayor parte, ocupados por esas numerosas familias de la clase media que asisten algunas veces á la ópera para no atreverse á separar los gemelos de los trages de los cantantes y decoraciones de la escena; y mas arriba, en fin, se distinguia el inmenso paraiso, cual informe monton de semblantes humanos de todas clases y de todas edades, feos y bonitos, tersos y arrugados, viejos y jóvenes, que se agitaba de cuando en cuando rugidor y terrible, como rio impetuoso contenido en estrecho cáuce.

Levantóse el telon.

El viejo Fausto apareció en el escenario, llorando sobre el libro de la ciencia humana.

Ensueños voluptuosos de placeres saltaban en tropel fantástico por su mente enardecida y los tiernos acentos de los aldeanos de la Alsacia, que cantaban el amor y la vida, llegaron á los oidos del viejo sabio como rayos de fuego que reanimaban su corazon marchito.

Evoca arrebatado al génio del abismo, y Mefistópheles, levantándose desde el fondo de la tierra, entre círculos de llamas, aparece delante del anciano con su mirada profunda y magnética, su sonrisa incisiva y sarcástica, su palabra encantadora y maldita.

En aquel momento se levantaba tambien el pesado *portierre* de terciopelo que cerraba el interior de uno de los palcos bajos de la izquierda, para dejar paso á dos elegantes damas y un apuesto caballero.

Eran la marquesa, María y Luciano.

Adelantaron las dos primeras hasta la balaustrada, separaron un poco las sillas y tomaron asiento en los ángulos del palco: luego se desabrocharon los riquísimos abrigos de pieles que cubrian sus hombros, abandonáronlos á Luciano con sonrisa encantadora, y dirigieron sus anteojos á diferentes puntos, sin objeto, al parecer, determinado.

Luciano tomó asiento al lado de María, y la dijo por encima del hombro, con acento muy débil:

—Están?

María se puso mas encarnada que una amapola y paseó una mirada escudriñadora, aunque rápida, por las butacas pares: de repente se detuvo su mano y la bella morena envió un saludo misterioso y leve, pero tierno y elocuente, envuelto en dulce sonrisa, á cierto elegante caballero que la contemplaba, desde uno de aquellos asientos, con expresion de inmensa ternura.

—Están? volvió á preguntar Luciano.

—Sí... ¿Tú no conoces á Claudio?

—No, hija... ¡Qué lástima, verdad?

—Observa. Aquel jóven que ocupa la butaca tercera de la sétima fila...

—¿Ese es Claudio, eh? Lo digo porque te mira mucho y está muy contento...

—Bien. Ahora mira... dos filas mas adelante... ¿Ves dos señoras? Pues la de acá es Blasa... la otra su hermana...

—Uf! Qué feas son! Solteronas?

—Cierto.

—Ya se conoce, ya... Entonces Enrique...

—Es el jóven que está á su lado.

—Corriente. Paciencia, primita, que todo se andará.

Claudio saludaba en aquel momento á la señora marquesa.

A los pocos instantes terminaba el acto primero.

Fausto, rejuvenecido y hermoso, era arrastrado por Mefistópheles en busca de la bella Margarita.

Cuando cayó el telon, Luciano abandonó el asiento y salió del palco dirigiendo á María una mirada de inteligencia.

III.

En la quinta fila de butacas pares se habia reunido un grupo de jóvenes fátuos y de viejos tontos, al rededor de dos señoras de edad indefinibles.

Eran Blasa y su hermana, cuyas lenguas viperinas, como habrán adivinado ya mis lectores, habian hecho fracasar el matrimonio de María con el jóven Claudio.

Este, como ya sabemos, se hallaba colocado en una bu-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Niño de 13 años.—Pantalon gris. Chaqueta de paño azul oscuro.

Niña de 3 años. —Enagua de popelina azul. Camiseta montante de cachemira blanca, bordada de azul.

Niña de 8 años. —Trage de debajo de tegido de lana á listas blancas y encarnadas. Trage de encima de alpaca blanca, recogido por ámbos lados con una escarapela de cinta encarnada.

Niña de 7 años.— Enagua, trage y paletot de moleton de lana blanco, con bordes festoneados de lana encarnada; en cada feston un lunar.

Niño de 9 años. Pantalon ancho, blusa y polainas de paño pardo.

Niño de 5 á 7 años. —(La explicacion se dará en la próxima hoja de patrones).

taca de la sétima fila, detrás de aquellas y procurando no ser visto.

El grupo que rodeaba á las solteronas se reia ruidosamente.

Enrique, dirigiendo una mirada de inteligencia á María, que esta comprendió perfectamente, dijo:

—¿Sabeis que es muy linda la hija de la marquesa de C...?

—Ya lo creo, contestó un vejete lustroso y pintado, que acariciaba su brillante barba negra... teñida en la peluquería de Prats.

—Oh! Se la vé tan poco en los salones...

—Tendrá celos, Luciano.

—Cómo! Se casan?

—Bah! Malas lenguas dicen...

—Qué?

—Pero ¿tú nada sabes?

—Palabra de honor! nada, contestó Enrique sin inmutarse.

Y el pintado vejete prorumpió en burlescas carcajadas.

—Qué es eso, baron? preguntó Blasa con voz chillona.

—Por favor, Blasa: inicie V. á este pobre neófito en la historia secreta de la bella morena.

—Quién lo ignora? Enrique? Ah! Eso es imperdonable. Yo soy muy amiga de la marquesa... Como que no hay en aquella casa secretos para mí...

Y Blasa, sonriendo con malicia, atrajo hácia sí á Enrique y arrojó sobre sus contertulios una mirada de triunfo.

La solterona iba á entrar en su elemento: la murmuracion.

Permítaseme aquí separarme un momento de la historia.

Las personas como Blasa—y vosotros habreis conocido y conocereis á muchísimas en este mundo de la hipocresía y de la mentira—á trueque de ensangrentarse con crueldad impía en la honra del prójimo, abusan infamemente de los secretos que sorprenden en las casas agenas, por buenos ó reprobados medios.

Penetran en vuestro hogar, en la intimidad de la familia, alentadas por esa confianza absoluta que conceden las almas sencillas dotadas de bondadosos sentimientos; se enteran minuciosamente de lo que habeis hecho, de lo que haceis y de lo que os proponeis hacer en adelante; examinan vuestros trajes, vuestros tocados, vuestros muebles, vuestra mesa; serían capaces de escudriñar hasta el pensamiento mas recóndito de vuestras almas, hasta el secreto mas oculto de vuestros corazones.

Y, como si la buena fama del individuo ó de la familia no fuese una *propiedad* tan respetable como otra cualquiera, esas mismas personas que creeis amigos, que tal vez sean parientes vuestros, salen de vuestras casas para entregaros al ludibrio y escarnio de los murmuradores de oficio, pasando cobardemente el frio escalpelo de la sátira por todo lo que os pertenece por venerable y puro y digno que lo creais vosotros.

¿Qué les importa si de un secreto depende la honra de una familia?

Usarán de mil fórmulas hipócritas para respetar las consideraciones sociales, pero entregarán á las lenguas maldicientes el arcano sorprendido, aumentándole siempre en perjuicio vuestro, adornándole con los comentarios mas indignos, sazonándole con chanzas groseras y reticencias malignas.

Esto es un axioma práctico que estará desgraciadamente al alcance de todos vosotros.

Hé aquí el género miserable y bajo cuyo tipo trato de presentaros en Blasa.

Prosigamos.

La solterona comenzó:

—María amaba con delirio á un tal Claudio de...

—Le conozco, interrumpió Enrique.

—Pero Claudio era un pez muy largo... un pájaro que... ya ya! Cantaba en la mano!

—De veras?

—Vaya! Le gustaba la morena, pero, como era rico y no aspiraba á los millones de la chica, se habia entregado en cuerpo y alma á una belleza de taller... á una de esas palomas de Capellanes que arrastran su vuelo al rededor de los muchachos ricos. ¡Pues!

—Ah!

—Es claro: yo, que adoro á María, viendo la proximidad de su enlace con el aturdido Claudio, descubrí á la señora marquesa las trapisondas del jóven... y... ¡pataplum!... me le puso de patitas en la calle.

—Bravo! Bravo! exclamaron algunos de los que oian.

—No es verdad que hice bien, señores? preguntó la solterona.

—Oh! Perfectamente, contestó Enrique con cierta ironía, porque ese Claudio... era tan largo... que si V. supiera...

—Sí, que no sé bastante. ¡A quién se lo cuenta V.!

—Lo creo, lo creo... ¿Se acabó?

—Quiá! Falta lo mejor. La pobre chica, que, eso sí, le queria mucho, no hacia mas que llorar... Lloraba, lloraba, lloraba... Pero un dia le dije yo á su madre:—"¿Porqué "no llamas á tu sobrino Luciano? ¿Quién sabe si se enten-"derán los dos primos?"

—Buen pensamiento!

—La prueba es palpable, porque todo sucedió como yo lo habia pronosticado. La marquesa llamó á Luciano que estaba en París perdiendo el tiempo, el primo se enamoró de la prima, y la prima del primo... y...

—Qué? Pero no se casan! observaron algunos.

—No, no tienen mucha prisa, replicó Blasa. ¡Bah! Necesitan dispensa del papa. ¿No es verdad, baron?

—Es chistoso... contestó el vejete; ¡y el bobalicon de Enrique se queda con la boca abierta! Ja, ja, ja!...

—¿Pero porqué no se casan, si se quieren tanto, Blasa? Qué misterio es ese? preguntó un almibarado pisaverde.

—¿Otra vez? respondió la solterona. Pues señor, aquí no se entiende si no se dice con todas las letras... Cuentan que él es tan enamorado y ella... cuentan, cuentan... tan generosa... ¡Pues es claro, santo varon!

Una ruidosa carcajada acojió las últimas palabras de Blasa.

Pero de repente se presentaron dos elegantes jóvenes, cuyos ojos despedian centellas.

—¡Miente V., víbora! dijo uno de ellos á la mordaz solterona.

Era Claudio.

—Caballeros! exclamó el otro con fria calma y continente altivo. En nombre del honor ultrajado, Vds. serán testigos, cuando fuere necesario, de las infames calumnias de esta señora.

Era Luciano.

—A la órden de V., caballero! contestó Enrique.

—Gracias, prosiguió Luciano. A la conclusion del acto que vá á empezar, en el palco de la señora marquesa de C.... Beso á Vds. la mano.

Claudio y Luciano se unieron entonces, aunque no se habian tratado nunca, por el vínculo comun que les imponian los ultrajes calumniosos de Blasa.

María temblaba en el antepecho del palco: la marquesa, que no estaba en pormenores de nada, permanecia indiferente.

Comenzó el acto segundo de la ópera.

IV.

¿Para qué referir á mis lectores lo que habrán adivinado?

Concluido el acto segundo, se verificó la escena conmovedora de la reconciliacion, en el pequeño saloncito de descanso que precedia al palco de la marquesa.

María y Claudio no necesitaron presentarse pruebas de inocencia: en cambio se las presentaron de amor.

Enrique y Luciano convencieron á la marquesa de la inocencia del amante de su hija.

Claudio, en fin, desde aquel instante hasta la conclusion de la ópera, permaneció sentado en el palco al lado de su bella María.

Blasa, entretanto, rugia de cólera: abandonó el teatro pálida, con ojos exaltados, con labios contraidos, con manos crispadas y temblorosas...

¡Todos fueron testigos de su afrenta!

Tal vez habria yo dado al olvido la historieta que acabo de referiros, si al ejecutar cierto dia un auto de fe con papeles inútiles en la chimenea de mi gabinete, no se me hubiese ocurrido pasar la vista por una tarjeta olvidada que la casualidad ponia entonces en mis manos.

La tarjeta decia así:

"*La marquesa de C... participa á V. el efectuado en-*
"*lace de su hija María con el señor don Claudio de...*"

Esta tarjeta me hizo recordar tambien que Luciano fué el padrino de la boda.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

EL FATUO AFRANCESADO.

Paso, señores, que se acerca el necio,
Y mas lleno de viento que un molino,
Nos mira de soslayo y con desprecio.
¿Quién diseña su talle peregrino
Pasmado de los piés hasta el cogote?
Ni Apeles, ni Timantes, ni el de Urbino.
Ya se aguza las puntas del bigote,
Ya tose, ya se estira, por si alguna
No ha notado su garbo, que lo note.
Ya se sube á los cuernos de la luna
Si se trata de enlace, pues él halla
Mas alto su valer que dama alguna.
Es muy fácil que pronto se nos vaya
A ponerse en estado el caballero
A Francia, que allí hará su garbo raya.
Allá está emparentado el majadero
Con tres condes y un duque, que le adoran,
Y pisan con desden sobre el dinero.
Muchas jóvenes bellas lo enamoran,
Y con tiernos halagos, afanosas
Su ilustre gracia y su cariño imploran.
Mas su amor necesita de otras cosas:
Prefiere la nobleza del linage,
Y no cambia el *bon ton* por las hermosas.
Imposible es que á tanto se rebaje:
¡Qué pensarán los suyos, si él hiciera
A su alcurnia elevada tanto ultraje!
Preciso es sostenerse en alta esfera,
Aunque gima Isabel desesperada,
Y aunque Felicia de pesares muera.
Preciso es conservar la frente alzada
Y el recto caminar, que da importancia
A las gentes como él de piel hinchada.
Ser modelo exquisito de elegancia,
Y del vulgo atrevido conservarse,
Reventando de orgullo, á gran distancia.
Llevar rizado el pelo, engalanarse
Con el *frac* rigoroso de etiqueta,
Aunque tengan los sastres que arruinarse.
No importa: nuestro necio se empaqueta
Y se lanza á la calle, mas derecho
Que el oscuro cañon de una escopeta.
Abulta cuanto es dable el ancho pecho,
Y si estorba su paso un importuno,
Le mide con mirada de despecho.
Petulante y soplado cual ninguno,
Llega al teatro el último, y se sienta
Los palcos revisando uno por uno.
Fatal es lo que allí se representa
Si el autor no es francés ni en gringo escribe
El Teatro Español le desalienta.
Admirador de Crebillon y Scribe,
Deprime á Moratin, Lope y Moreto,
Y por la Francia y por sus hijos vive.
Y es el tema fatal de este sugeto
Elevar hasta el cielo unos autores
Y tratar á los otros sin respeto.
Aplaude algunas veces los mejores,
Como el burro flautista, casualmente,
Mas otras le entusiasman los peores.
Se trouve malhereux y displicente
Cuando el acto primero ha terminado,
Y al segundo se marcha indiferente.
¿Dónde irá nuestro ilustre empaquetado?
Al baile, donde llega y se pasea
Como siempre, derecho y disgustado.
Una jóven de mérito desea
Que haga digna pareja á su persona;
Mas la que es pobre le parece fea.
Además, en el baile ¿quién le abona
De quedar bien lucido en polka ó danza,
Si hay un bajo fatal que desentona?
Tambien allí le falla su esperanza,
Y con paso pedante y mesurado
Fingiendo dignidad, fuera se lanza.
Y haciendo el taciturno y enfadado,
Si encuentra algun amigo, triste exclama:
"¡Oh París, oh París; París amado!
¿Quién por rey de los pueblos no te aclama?
¿Dónde están tus teatros elegantes,
Y en dónde tu Odeon de eterna fama?
Je ne suis pas bien ici, que son pedantes
Estos necios autores de pandilla,
Y estas tontas mujeres, repugnantes."
Así se expresa esta social polilla,
Creyendo el majadero en su ignorancia
Que de ese modo se levanta y brilla.
No sabe meditar la gran distancia
Que hay del noble patriota generoso
A su necia ambicion y su jactancia.
Así honra el suelo de su patria hermoso
Do vino al mundo, y donde infante oyera
El acento materno cariñoso.
Todo aquí le fastidia y desespera,
Supone el petulante desalmado
Creyendo colocarse en alta esfera.
Reniega de los sastres enfadado:
Sa toilette n'est pas bien, y el necio ingrato
Ni la piensa pagar, ni la ha pagado.
Abruma al *servidor* con dúro trato,
Y se enfada si alguno le presenta,
Cuando se ha de vestir, algo barato.
"Traiga V. de lo bueno, y pase cuenta
Al final de este mes" (y en esta fecha
A Lóndres ó á París un viaje inventa).
De dramaturgo y trovador las hecha:
Cuatro dramas ha escrito y un poema,
Y ora el tiempo en limarlos aprovecha.
Ambos son de valor y gracia extrema.
Si canta con pesar, al mundo aflige;
Si satírico canta, al mundo quema.
Mas él sus miras á París dirige
Huyendo de su patria la ignorancia
Que le da compasion y que le aflige.
El piensa *debutar* en yendo á Francia
Donde es todo esplendor, donde se vive
Respirando placeres y fragancia.
Il nest pas bien ici. Cuanto concibe
Quiere ver publicado y aplaudido
Do brillaron Musset, Balzac y Scribe.
Mas bien sabe el pedante envanecido
Que donde falta la instruccion y el arte
Todo vano afanar será perdido,
Aplíquese la fábula de Iriarte
Donde alude á la mona presumida,
Y el gasto se ahorrará de ir á otra parte.
Tenga la mente de saber *surtida*,
Que es remedio al *spleen*, el mas famoso,
Y así feliz transcurrirá su vida.
¡Cuán dulce le es el tiempo al estudioso
Que á las artes se entrega ó á la ciencia,
Y vé pasar de su existir dichoso
Las horas que le deja la experiencia
Del bien que se procura, cual lumbrera
Que da paz venturosa á la conciencia!
Mas si nuestro estirado calavera
No abandona su tema detestable,
Y en ser *francés cubano* persevera,
Siempre un tonto será y un miserable:
La culta Francia le odiará por necio,
Y Cuba le odiará por *fashionable*.
El sascasmo del mundo y el desprecio
Será el fruto que obtenga desdichado
De su risible vanidad en precio.
A Francia va *notre jeune homme* hinchado
En busca de placeres y blasones,
Mil delicias soñando alborozado.
Mas le falta *le mieux*, los ricos dones
Del oro y el saber, y vuelve presto
Como van y retornan los fogones.
Prosigue como siempre, sério el gesto,
De su suelo patricio maldiciendo,
Recto el andar y el ademan molesto.
¿Escuchas, Cuba, lo que voy diciendo?

Tal se muestra el ingrato desalmado,
De tu suelo feliz desprecio haciendo.
En Francia muchas dichas ha gozado.
Le jeune homme elegant en un momento
Cien damas de *bon ton* ha conquistado.
Desafíos? Si tuvo mas de ciento!
Mais tout hereusement, porque Cupido
Dió á su brazo valor y atrevimiento.
París todas sus obras ha leido
Diciendo *comme il faut*, y alborozado
Infinitos aplausos le ha rendido.
El mismo Lamartin quedó admirado:
Es un hombre de mérito, exclamaba
Leyendo un drama suyo entusiasmado.
Que le diese una copia le rogaba,
Pero él logró excusarse, suponiendo
Que el tiempo para hacerlo le faltaba.
¿Escuchas, Cuba, lo que voy diciendo?
Ya abandonó el trabajo, fatigado,
Sobre sus láuros ora está durmiendo.

Il est tres fatigué. Permita el hado
No despierte jamás, y que este sea
El último pedante afrancesado
Que Cuba toda entre sus hijos vea.

Isla de Cuba. CATALINA RODRIGUEZ.

COMPARACION DE LA MORTALIDAD.

ENTRE CÉLIBES Y CASADOS.

Dijo Voltaire que los mas de los que ponen término á su existencia por medio del suicidio eran solteros; de donde sacó por consecuencia que el estado del matrimonio es favorable á la duracion de la vida. Hufeland, físico famoso, indicó el celibato como otra de las causas que abrevian la permanencia del hombre en la tierra.

Con todo, estas opiniones fueron combatidas con ardor por los parciales del celibato, que están sosteniendo una doctrina opuesta, y que á primera vista parecen tener la razon por su parte.

El célibe, como que se halla en una posicion independiente, libre de los afanes y embarazos que trae consigo la posesion de una consorte y el cuidado de una familia, puede evitar muchísimas causas morales que ejercen una influencia aciaga en la duracion de la vida: el célibe no ha de cuidar mas que de una sola existencia, puede por lo general mudar de domicilio, de régimen de vida, segun mejor convenga á su salud y á sus gustos, y está en su mano sortear la accion de una infinidad de agentes enemigos de la salud y del sosiego del ánimo, con los que el casado tiene que lidiar sin tregua ni descanso.

Por lo que hace á la mujer, son mas obvios y palpables todavía los riesgos que consigo trae el matrimonio. La maldicion pronunciada ya desde el orígen contra la parte mas hermosa y delicada de la creacion, «con dolor parirás los hijos,» está gravitando todavía sobre ella; porque sobre cien mujeres, muere una en el parto.

Así pues el matrimonio ofrece inconvenientes, los unos en corto número y reales, y supuestos los otros, que han de obrar de un modo poco favorable sobre la duracion de la vida; pero como estas influencias pueden equilibrarse hasta cierto punto, de aquí es que no cabe afirmar sus resultados sino por medio del exámen de las tablas de mortalidad, en las que se indica con bastante exactitud el estado del matrimonio ó del celibato.

Los censos de la poblacion ofrecen pocos datos para que con su ayuda podamos resolver esta cuestion: «¿Cuál es la influencia del matrimonio en la duracion de la vida humana?»

Y con efecto, solo poseemos tres documentos exactos sobre este punto importante, y los sacamos del doctor Casper de Berlin. Estos resultados estadísticos, aunque obtenidos en diversos paises y en épocas diferentes, prueban de un modo incontestable que el matrimonio contribuye sin la menor duda á dilatar la duracion de la vida. Apresurémonos pues á producir las pruebas de esta proposicion, empezando por las mujeres.

Odier ha determinado la duracion media de la vida de las mujeres por medio de observaciones hechas desde 1761 hasta 1813; y el exámen de sus tablas nos da los resultados siguientes sobre la duracion de la vida en las casadas y las solleras:

Duracion media de la vida.	En las casadas.	En las solteras.	Diferencia.
A la edad de 20 años	40,33	30,62	9,71
25 »	36,04	30,51	5,53
30 »	32,38	28,86	3,52
35 »	28,86	26,28	2,58
40 »	25,54	23,38	2,16

Así pues, la diferencia en la duracion de la vida, entre las mujeres casadas y las solteras, es, por término medio, de cinco años; ó bien, si tomamos el término mas favorable, hallaremos que una jóven de veinte años que se casa, aumenta de nueve años la duracion de su existencia.

Procura Odier explicar esta diferiencia tan reparable, suponiendo que las mujeres que se casan suelen ser las mas robustas; pero esta consideracion vale muy poco para los que saben que, por desdicha, los hombres son harto á menudo influidos en su eleccion de consortes por miras interesadas y por otras muchas consideraciones, entre las cuales el primer objeto del matrimonio queda enteramente olvidado, ó cuando menos descuidado.

Despues de haber demostrado la superioridad que alcanza, respecto de la vida, la mujer casada sobre la soltera, pasemos ya al otro sexo, y probemos asimismo que, al paso que da vida á otros seres, el hombre aumenta la duracion probable de su propia existencia.

Deparcieux, que escribió una série de cuadros, que juntos comprenden 48,540 defuuciones durante un período de treinta años (desde 1715 hasta 1744), dice de paso:

«Parece que la vida es mas larga en los casados que en los solteros. El número de los casados que mueren, pasados los veinte años de edad, es casi la mitad menor que el de los célibes que mueren en el mismo período; y para 43 hombres casados ó viudos que alcanzan la edad de noventa años, solo se cuentan 6 solteros que lleguen á la misma edad. El número de solteras que mueren despues de la edad de veinte años es cuatro veces mayor que el de las casadas ó viudas que mueren despues de dicha época, y para 112 mujeres viudas ó casadas que llegan á la edad de noventa años, solo 14 solteras alcanzan tanta edad.»

Hé aquí unas tablas redactadas por el doctor Casper, con los datos suminitrados por Desparcieux, y que ponen de manifiesto los hechos que este último no habia hecho mas que indicar en términos generales. Sobre 100 personas tomadas en cada una de las clases siguientes, mueren:

Epocas de la vida.	Casados.	Solteros.	Casadas.	Solteras.
De 20 á 30 años	2,8	31,3	7,7	28,0
30 45 »	18,9	27,4	20,3	19,3

Por otra parte, sobre 100 personas vivas, tomadas en cada una de las mismas clases, quedan:

Epocas de la vida.	Casados.	Solteros.	Casadas.	Solteras.
á 30 años	97,2	68,7	92,2	72,0
45 »	78,3	41,3	72,0	52,7
60 »	48,1	22,6	49,4	37,2
70 »	27,2	11,1	29,2	23,7

Estas tablas presentan una diferencia muy reparable en la mortalidad comparada de los casados y los solteros entre las edades de 20 á 30 años. Con todo, no insistiremos mucho en esta diferencia por las razones que no se ocultarán á cuantos dan á estos cálculos el valor que tienen realmente. Tomados en masa, rara vez se casan los hombres antes de haber adquirido cierta posicion en el mundo, ó haber alcanzado cierto grado de bienestar que, como es sabido, contribuye eficazmente á la disminucion de la mortalidad; pero aun cuando nos ciñamos al período de 30 á 45 años, durante el cual los mas de los hombres se casan, echaremos de ver una diferencia de mortalidad muy importante á favor de los que se han impuesto el yugo del matrimonio. Pasados los cuarenta y cinco años, va á mas todavía esta proporcion á favor de los casados; pues resulta de las tablas precedentes, que tomando 100 casados y 100 solteros, el número de los que viven mas allá de cuarenta y cinco años es mayor de 37 en los primeros que en los segundos.

Esta es otra prueba de la influencia favorable que ejerce el matrimonio sobre la duracion de la vida humana en el primer período de la existencia, al paso que en el período mas adelantado, su influencia es mal palpable todavía, ya que para 11 célibes que trasponen la edad de setenta años, hallamos hasta 27 casados.

Nos parece por demás cansar la atencion del lector citando nuevas tablas de mortalidad, para probar un hecho que consideramos perfectamente establecido. Creemos no obstante que no podemos dispensarnos de presentar un extracto de las tablas formadas por Biches en Amsterdam, y que abrazan un período de doce años, desde 1814 hasta 1826; pues los resultados que de suyo dan estas tablas coinciden del modo mas formal con los que antes hemos citado. Segun el cálculo de Biches, sobre 100 personas de cada una de las cuatro clases siguientes, mueren:

Epocas de la vida.	Casados.	Solteros.	Casadas.	Solteras.
De 20 á 30 años	3,6	33,1	4,7	26,5
30 á 45 »	17,9	27,1	16,5	24,5
45 á 68 »	29,2	15,0	22,6	19,2

Este extracto prueba de un modo incontestable que la influencia del matrimonio sobre la disminucion de la mortalidad se ha dilatado hasta la época presente; la única diferencia que se repara entre los resultados obtenidos por las tablas de Biches y las de Odier y Deparcieux, consiste en que la mortalidad de las casadas, en la época en que vienen á ser madres, es en el dia comparativamente menor que en el siglo último.

Los hechos que acabamos de establecer sobre la autoridad de datos averiguados esmeradamente en Francia, Prusia y Holanda, prueban la verdad de la proposicion siguiente, que quizás causará novedad á muchos de nuestros lectores, á saber: «Que el cumplimiento del deber mas imperioso que ha impuesto naturaleza á entrambos sexos dilata al mismo tiempo de muchos años la duracion probable de la vida humana.»

No dudamos que las solteras nos agradecerán esta demostracion.

M. DE F.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Empero el dolor no tardó en disiparse. Permanecimos en la plaza al lado del Principal; los ciudadanos trajeron víveres, y comí en la marmita de mi amigo.

Cerca de dos horas despues de medio dia, fuimos á la plaza Verde, donde nadie pensaba en otra cosa que en saquear el arsenal. Allí ví una turba de gente que salia de él como un torrente, llevando un fusil al hombro cada uno; y como poseer un fusil era mi mas ardiente deseo, supliqué al bruselense entrase conmigo en el arsenal, para ver si podia proveerme en él de un arma.

Despues de muchos esfuerzos, llegué á un almacen donde se hallaban apilados muchos cajones largos, y tomé un fusil de uno de ellos. Entre tanto mi amigo desapareció, y por mas vueltas que dí por el arsenal, no pude encontrarle.

Púseme á la puerta del edificio, mirando con ansiedad á la multitud que entraba y salia, y cuando despues de una hora de espera no ví á mi amigo, estuve á punto de echar á llorar de pena. El bruselense era mi valor, mi fuerza; era el que me hacia hombre, y así que le hube perdido, volví á ser un niño, nada á propósito para hacer de él un soldado revolucionario.

Solo entonces observé en mi fusil una particularidad, pero particularidad que era comun á todos los que se habian sacado del arsenal; los holandeses antes de retirarse á la ciudadela habian quitado todos los gatillos, de modo que recorria la ciudad una porcion de gente con armas de fuego de que no podian hacer uso.

Continuaba delante del arsenal, pidiendo á Dios interiormente me hiciese volver á encontrar al bruselense, cuando oí de repente el ruido sordo y lejano del cañon, cundiendo bien pronto por la ciudad el terrible grito de alarma:

—¡El bombardeo! ¡el bombardeo!

En efecto, cuando los belgas, á pesar del armisticio celebrado, aparecieron en las cercanías de la ciudadela y quisieron apoderarse por sorpresa de un arsenal situado á la extremidad de la calle del Convento, ocupado aun por los holandeses, el baron Chassé dió órden de arrojar á la ciudad bombas y balas rojas. Los numerosos navíos de guerra que se hallaban en el Escalda unieron su fuego al de la ciudadela y los fuertes, de manera que Amberes se halló cruzado en todas direcciones por una verdadera lluvia de proyectiles destructores y de bombas incendiarias.

Sin cuidarme del peligro vagué hasta la noche de calle en calle, visitando todas las plazas y mercados con mi mutilado fusil al hombro, para ver si podia encontrar á mi amigo. Por mas que le busqué no le pude hallar, ni le he vuelto á ver mas, lo que me induce á creer fué muerto aquel dia en el malecon ó en la calle del Convento.

Estaba á las once de la noche en la Plaza Mayor cerca del cuerpo de guardia central, hora en que el bombardeo llegó á su mayor grado de intensidad, y la ciudad se movia hasta en sus cimientos al estampido del formidable fuego de los navíos de guerra... Elevábanse del seno de la ciudadela numerosas bombas en el aire, describiendo lentamente su curva en el espacio para caer en una plaza ó en otra parte matando y destruyendo cuanto la rodeaba. Turbábase de cuando en cuando el triste silencio de las calles por el rebote de un proyectil, al que seguia una espantosa explosion, y todos los vidrios hechos pedazos por la violencia de la sacudida.

El real depósito donde se hallaban almacenadas mercancías de todos los paises por valor de muchos millones estaba ardiendo; la antigua iglesia de San Miguel fué tambien devorada por el incendio; llamas gigantescas ondeaban hasta lo alto de las torres, como un mar ardiendo, cuyas olas de un rojo subido fueran azotadas por un viento furioso. Nubes de chispas y enormes restos inflamados se lanzaban como un torrente del seno de aquel volcan, don-

de se consumian entre los formidables mugidos del incendio incalculables riquezas procedentes de todos los puntos del mundo. El cielo estaba ensangrentado, y los reflejos leonados y siniestros de la llama alumbraban las calles de un modo tan tétrico que hacia se distinguiesen perfectamente todos los objetos. ¡La ciudad entera parecia destinada á una destruccion segura!...

En el mismo instante grito un oficial á la guardia de prevencion:

—¡Hombres dispuestos!

Este llamamiento se usaba siempre que se necesitaban brazos para ocuparlos en alguna tarea ó acudir al auxilio de alguna parte, pues no habiendo nada organizado, cada uno obraba á su gusto.

El oficial dijo que detrás del ayuntamiento se hallaban tres cajones de pólvora que era preciso sacar fuera de la ciudad, sino se queria verlos estallar de un momento á otro.

Yo me ofrecí con algunos otros y escoltamos los cajones confiados á nuestra custodia.

Llegamos sin inconveniente hasta cerca de la puerta de Borgerhout; pero allí nos fué imposible abrirnos paso por entre la multitud espantada que gritando, gimiendo y lamentándose, pedia y suplicaba se la dejase salir de la ciudad. A título de soldado armado, pude atravesar las espesas filas populares para ver qué era aquello. Allí hirió mi vista un espectáculo que no olvidaré jamás: ví madres que llevaban hijos enfermos, ancianas decrépitas, viejos y niños todos de rodillas, tendiendo sus manos suplicantes, inundados sus ojos de lágrimas y pidiendo á la guardia les abriese la puerta. Ofrecian cuanto oro y plata tenian, y de cuando en cuando echaban una mirada llena de espanto y horror hácia la ciudad, cuyos ojos herian los resplandores sangrientos del incendio.

Dejóse salir á algunos á mi presencia; pero cuando á peticion de nuestro oficial se abrió completamente la puerta para que pasaran los cajones, mil gritos de alegría salieron de la multitud, y todos hombres, mujeres, niños, enfermos é imponentes, se precipitaron fuera de la puerta dando gracias á Dios. No puedo comprender cómo alguno no fué aplastado bajo los cajones: porque para que no fueran detenidos por la guardia, una multitud de fugitivos se deslizaron arrastrándose sobre las manos por entre las ruedas y piés de los caballos. Para dar una idea del terror que habia asaltado á los habitantes, citaré de paso un hecho, cuyos testigos presenciales viven todavía. En casa de un tonelero de la larga calle Nueva, las gentes de la casa se refugiaron en la cueva durante el bombardeo. De repente cayó no lejos de allí una granada ó una bomba en la calle de los Frires-Cellites, haciendo pedazos una chimenea, El ruido de las piedras al caer sobre los techos espantó de tal modo á las gentes ocultas bajo tierra, que dejaron la cueva precipitadamente, la cerraron, franquearon la puerta de la ciudad y marcharon febrilmente durante muchas horas antes de creerse en seguridad, sin echar de ver que habian abandonado y dejado encerrado en la cueva al cabeza de familia, octogenario ya, habiéndose pasado cuarenta y ocho horas antes de que el pobre hombre fuera sacado de su prision por los que al pasar oyeron sus gritos de angustia.

Fuera ya de la ciudad, atravesamos el arrabal con nuestros cajones y los llevamos á un llano que se titula el llano de Borgerhout, donde los colocamos entre una cabañita y un gigantesco molino de piedra. Llamados á la casita para recibir cada uno su número y arreglar los turnos de guardia, y á una pregunta del oficial que nos mandaba, aventuré una tímida observacion relativa á los caminos que conducian al sitio en que estábamos. Uno de los voluntarios, creo que ambernés, me dirigió una mirada desdeñosa y exclamó pegando un culatazo en el suelo:

—¿Qué dice ese boquirubio? ¡Yo no quiero estar de guardia con niños!

Y arrancándome el fusil de las manos entre las risotadas de los espectadores añadió:

—¡Vuélvete á casa, angelito mio, y que te dé el pecho tu madre!

Sin contestar una palabra á aquella burla humillante, dejé el cuerpo de guardia, quebrantado el corazon. Si hubiera tenido atrevimiento para replicar al burlon, y hacer valer mi derecho de combatir por la patria, se me hubiera respetado probablemente dándome la razon. Pero estaba en mi naturaleza ceder siempre al *hombre* así que se ponia delante y me amenazaba de boca. Yo podia arrostrar el fuego, el cañon, todos los peligros; yo no temia mas que al hombre, en el que veia un ser superior ante el cual debia inclinarme. Este sentimiento databa desde mi infancia, y consistia sin duda en que mi fuerza física habia estado siempre supeditada por los deseos y aspiraciones de mi alma.

Con el corazon lleno de pesar y confusion, lamentando la pérdida de mi amigo el bruselense, volvia lentamente á la morada paterna, que encontré llena de fugitivos. Todas las habitaciones estaban llenas de camas tendidas sobre haces de paja, á causa de haber buscado hospitalidad en nuestra vivienda una treintena de habitantes de la ciudad, sucediendo lo mismo en todas las casas, establos y granjas de los alrededores de Amberes: todos los pueblos, en un radio de cinco leguas, rebosaban de familias ambersanas. Mi padre me echó una severa reprimenda por haber estado tanto tiempo fuera de la casa paterna; pero cuando le conté en presencia de nuestros huéspedes extraños, lo que habia hecho y visto, su cólera se calmó y le pareció bien que hubiera mostrado tanta intrepidez.

El bombardeo se suspendió el mismo dia á consecuencia de un armisticio, cuyas condiciones habia fijado el mismo baron de Chassé. La principal estipulacion era que los holandeses quedaran en plena y tranquila posesion de la ciudadela, de los navíos y de los puertos, comprendiendo en ellos la Tete-de-Flandre, al atro lado del Escalda, en tanto que el armisticio no fuese alterado por cualquiera de ambas partes.

Al otro dia estuve extremadamente triste, pasándome mil ideas extrañas por la cabeza, soñando brillantes hechos de armas y de gloria militar. Algunas veces me veia yo mismo al frente del enemigo, en el momento en que venian á las manos; blandia mi espada y me lanzaba adelante, invitando á mis compañeros á que dieran pruebas de heroismo. Merced á mi intrépida bravura, y sobre todo á mi elocuencia, el enemigo era batido, y todos, en el ejército belga, admiraban al delicado jóven que habia mostrado tanto valor. Despues de esta ilusion venia el desencantamiento. El héroe imaginario recordaba que la víspera misma se habia dejado desarmar sin resistencia, y que se le habia dicho irónicamente volviese al lado de su madre. Entonces me dije sériamente que el valor del hombre depende muchas veces de la época en que ha nacido; porque si yo hubiera nacido diez años antes, nadie me hubiese negado la cualidad de hombre, y hubiera podido probar verdaderamente que agitaba mi corazon un alma de héroe. El resultado de estas reflexiones fué ir á mirarme de piés á cabeza á un espejo, dando á mi rostro y aire cuanta gravedad marcial pude. Yo mismo debí reconocer que mirado exteriormente tenia mucho de niño, y dando una patada de despecho, deploré la desgracia de ser tan pequeño.

Sin embargo, las ideas de gloria militar se despertaban siempre en mi mente; habia sido hombre durante todo un dia, y este recuerdo era demasiado seductor para no ejercer incesantemente en mí una irresistible atraccion. Desde aquel mismo dia manifesté á mi padre mi deseo de ser soldado; se esforzó en hacerme comprender que era aun demasiado jóven; pero yo persistia en mi proyecto; es probable que no creyera mi resolucion, porque se retiró soltando una sonrisa incrédula y mofadora, capaz de desanimarme y de convertir en humo mis belicosas ilusiones.

Por espacio de cuatro dias permanecí indeciso, andando de aquí para allí y mirando con envidia y deseo á los belgas que atravesaban nuestro arrabal para ir á las fronteras holandesas. En esto hablóse de que yo fuera á casa de M. Dehis para ayudarle á poner en órden la escuela, que gracias al bombardeo estaba trastornada.

Era una hora despues de comer (1) cuando dejé la escuela, y soñando aun, me fuí á la plaza Mayor y á la plaza Verde, con la esperanza de ver á los belgas. En la última de estas plazas ví una casa cuya ventana tenia este letrero con letras gordas: *Oficina de enganche*. Durante hora y media permanecí inmóvil con la vista fija en la casa. Una indefinible emocion se habia apoderado de mí. Mi pecho se ensanchaba, mi corazon latia tumultuosamente, mis mejillas ardian. Una lucha febril se apoderó de mí. Yo podia ser soldado y adquirir por este medio el incontestable derecho de tomar las armas por la patria; ¿pero mi padre consentiria en ello? Me parecia verle delante de mí, y su severa mirada disipaba todos mis esfuerzos; su imponente palabra me hacia temblar... Despues recordé con tristeza las heridas que mi humilde condicion habia valido á mi corazon; pensé con ansiedad que mi escuela iba á volverse á abrir... Y al mismo tiempo mi alma se ilusionaba con la gloria y las acciones heróicas. Mis vacilaciones cedieron por fin al poder mágico de la emocion que me dominaba, y entré todo convulso en la oficina.

Cuatro ó cinco oficiales, entre los cuales se hallaba un capitan llamado Fichaux, estaban sentados delante de un pupitre. A mi pregunta se me hizo firmar un enganche de dos años, que cuatro meses despues se convirtió en uno de cinco. Tenia entonces de diez y siete á diez y ocho años.

Recibí una boleta de alojamiento que me designaba como posada la morada de M. Ven-Ertvon, en el Mercado pequeño, y en la que no encontré mas que un criado y una sirviente. Pedí pluma y papel y mo puse á escribir á mi padre, diciéndole habia firmado un enganche de dos años como voluntario al servicio de Bélgica, suplicándole me perdonase en el caso de que la determinacion que tomaba le desagradase. Terminé con una afectuosa despedida, anunciándole que al otro dia salia para la frontera con otra porcion de voluntarios.

Levantéme al rayar el dia, despues de una noche de insomnio. Tenia una moneda de oro que me habia regalado uno de los que se habian refugiado en mi casa, y con ella compré á un belga un sable viejo sin vaina y una canana sin tirantes; suspendí esta á los hombros con una cuerda y aseguré el sable á la cintura con una correa. Equipado así, empecé á recorrer la ciudad en todos sentidos, con la cabeza erguida y el corazon lleno de alegre orgullo. Semejante atavío no tenia nada de ridículo en aquella época, viéndose correr por las calles una multitud de gentes que no tenian mas que un cuchillo grande ó un shakó holandés para probar que habian entrado al servicio de la patria.

Mi calidad de soldado legalmente comprometido, calidad que nadie podia disputarme, me dió mucho aplomo, y cuando dieron las diez iba ya bravamente por la plaza Verde para colocarme en las filas de los voluntarios, que como yo debian incorporarse á las nuevas compañias, y salir, pasadas algunas horas, para la frontera.

Cuando se estaba pasando lista, me asaltó repentinamente un vivo espanto, pues á alguna distancia de allí media mi padre la plaza de alto á bajo, volviendo la cabeza á todas partes para descubrirme. En la severidad de su mirada y en el pliegue que contraia su labio, leia que estaba muy irritado. Yo esperaba que bajándome cuanto podia, me ocultaria á su ojo pesquisidor; pero repentinamente me llamaron, y mi padre al oirme nombrar se fué derecho hácia mí. Me agarró por la oreja como si no fuera soldado, me sacó fuera de la fila, y á vista de mis compañeros, me dijo con tono imperativo:

—Vamos, sígueme.

Yo creí morir de vergüenza, pero estaba tan acostumbrado á respetar á mi padre, que con la cabeza baja marché con él hasta el palacio de Justicia. Allí se detuvo y me dió amargas quejas en alta voz, por lo que llamaba mi evasion de la casa paterna. Aseguraba que el enganche que habia hecho no era válido, y queria absolutamente llevarme con él. Esto no obstante, mis súplicas parecieron vencerle, y sus ideas cambiaron repentinamente de rumbo.

—¿No es esto una terqueria? me preguntó; ¿lo que has hecho es el resultado de un maduro exámen? Pues bien, vé á batirte por tu pais. La vida de soldado tal vez te convenga y mate en tu cerebro los vanos sueños que te impiden ser hombre. Ven conmigo, voy á comprarte una blusa y una gorra, para que te parezcas al menos en eso á tus camaradas.

(Se continuará.)

(1) En Flandes se come al medio dia.

EN UN ALBUM.

Es el amor un libro
en cuyas páginas,
se encuentran esparcidas
flores y lágrimas;
y ¡ay! al abrirlo,
unas veces lloramos
y otras reimos.

Feliz tú, niña hermosa,
si en él no encuentras,
una página sola
que te entristezca;
¡feliz, oh niña,
si el dolor no acibara
tu dulce vida!

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

Explicacion del figurin iluminado.

ENAGUA PLEGADA DE PAÑO DE SEDA COLOR CAFÉ CON LECHE.—Trage mas corto que esta enagua, que termina cuadrado por ámbos lados, mientras que el paño de delante está un poco drapeado, y mas corto que los de los lados á los que va unido; el trage se orla con una ancha tira de tafetan castaño, cortada al sesgo. Paletot igual, con la misma orla, y adornado como esta con rosáceas de cinta color castaño. Este paletot es mas largo por delante que por los lados, y redondeado por todas partes.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN AZUL, con tiras, botones gruesos y lazos de tafetan azul de tinta mas oscura que la del trage; estas tiras figuran por los lados una greca alta, cuyos vacíos van rellenos con un volante de pliegues muy gruesos. Levita princesa ajustada, con mangas muy largas y abiertas, hecha de tafetan del color de los adornos del trage, y guarnecida con tiras de tafetan azul semejantes en el color al del trage. Sombrero de tul blanco con orla de lirios de los valles. Bridas anchas de tul.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

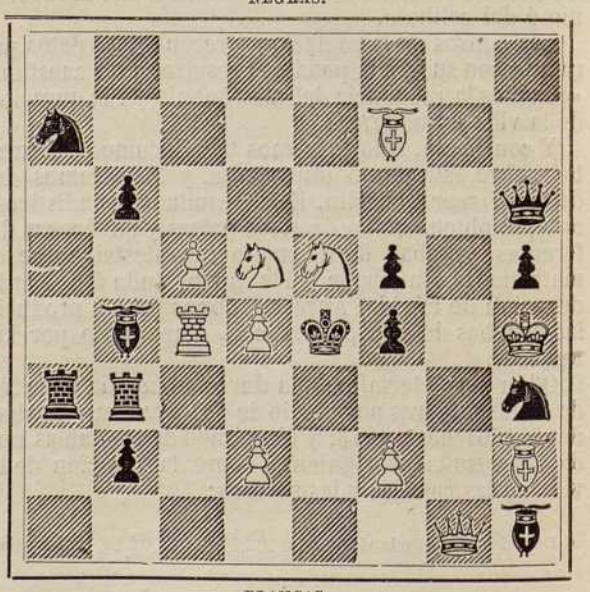
SOLUCION AL PROBLEMA N.º 103.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 6.ª T.R.ª	T. c. C.R.
2.ª A. 8.ª A.R.ª jaque.	T. toma A.
3.ª T. 5.ª A.R.	C. toma T.
4.ª C. 3.ª A.R.	Cualquiera.

5.ª Uno de los caballos da jaque-mate.

PROBLEMA N.º 104, COMPUESTO POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 42.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

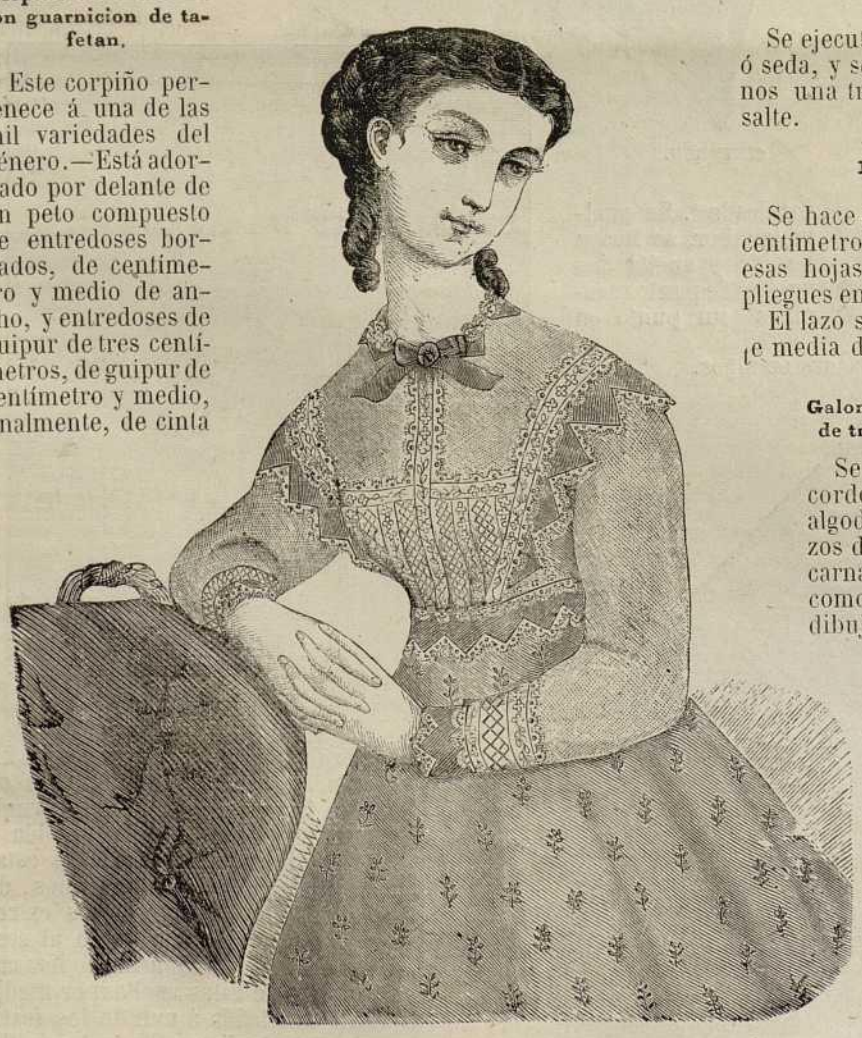
MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Corpiño de muselina.— Fichú de frivolité y crochet.— Orla para confecciones.— Lazo de cinturon.— Galon para adornos de trages de niños.— Dos ramos al pasado.— Tapetillo sobre canevas Java. —Corbata de cinta encarnada y cinta negra.— Cuello de guipur.—Cuello al crochet.— Tapete de mesa.— Revista de modas.

El sueño del entierro. – Cartas Florentinas.– Recuerdos juveniles. — Explicacion del figurin iluminado.— Problemas de ajedrez.— Patron ilustrado.

Corpiño de muselina con guarnicion de tafetan.

Este corpiño pertenece á una de las mil variedades del género.—Está adornado por delante de un peto compuesto de entredoses bordados, de centímetro y medio de ancho, y entredoses de guipur de tres centímetros, de guipur de centímetro y medio, finalmente, de cinta malva recortada á puntas para el cinturon, los tirantes y los puños; se lleva con una enagua de fulard blanco con florecillas molva.



CORPIÑO DE MUSELINA CON GUARNICION DE TAFETAN.

Fichú de frivolité y crochet.

Este fichú, cuadrado por delante y por detrás, se compone de entredoses de frivolité y crochet, y de un encage de frivolité. Los cabos de entredoses que caen sobre la espalda tienen 70 centímetros de largo cada uno, los de los hombros 28, los de delante 22; todos terminan en cascabelillos de cuentas blancas.

Orla para confecciones.

Se ejecuta este bordado con lana ó seda, y se pone sobre los contornos una trencilla de color que resalte.

Lazo de cinturon.

Se hace este lazo con cinta de 18 centímetros de ancho; para formar esas hojas huecas se disponen sus pliegues en sentido opuesto.

El lazo se coloca detrás, en la parte media del cinturon.

Galon para adornos de trages de niños.

Se le ejecuta con cordon blanco de algodon, y 2 pedazos de trencilla encarnada de lana;— como lo indica el dibujo, el cordon está hendido á distancias iguales, y por allí se pasa la trencilla cruzando sus dos cabos por detrás.

Dos ramos al pasado.

Estos ramos servirán de dibujos sueltos para objetos pequeños, como porta-moneda, medallon de cartera ó de petaca. Se los ejecuta con torzal de seda sobre tafilete, reps de seda, terciopelo ó moer, con muchas tintas de un solo color.

Se los puede tambien utilizar como salpicado, para cogines, taburetes, etc.

Tapetillo sobre canevas Java.

El bordado se hace á punto ruso con torzal de seda, se deshilan los contornos de tapetillo para formar su fleco.

Corbata de cinta encarnada y cinta negra.

Se hacen ahora muchas corbatas con dos cintas de colores, ó solamente con dos tintas diferentes de un color. Nuestro modelo está hecho con 2 pedazos de cinta, uno encarnado y otro negro, cada uno de 97 centímets. de largo y 3 de ancho; por sus extremos la cinta se ahueca un poco (véase el dibujo), se le hace un dobladillo, y luego se la guarnece con un fleco encarnado, de 8 cents. de ancho.

FICHÚ DE FRIVOLITÉ Y CROCHET.

Cuello de guipur sobre red y frivolité.

Esta red se ejecuta con hilo fino sobre un molde cuyo contorno es de un centímetro (medido con un cabo de hilo). El cuello se orla con un encage de frivolité.

Para el fondo del cuello, se ejecuta primeramente

una tira recta de red, que se principia por 2 mallas; se hacen de ida y vuelta 18 vueltas, durante las cuales se aumenta una malla al fin de cada vuelta, de modo que en la última de estas hay 19 cuadros; se hace una vuelta sin aumento, y luego se conserva el mismo número de vueltas hasta que la tira tenga el largo que se quiera, aumentando una malla al fin de una vuelta, y disminuyendo otra al fin de la vuelta siguiente.

Cuando la tira tiene el largo que ha menester, se hace de nuevo una vuelta sin aumento ni disminucion, luego 18 vueltas; al fin de cada una de estas 18 se disminuye una malla. Las 2 últimas se atan una con otra, sin formar una nueva malla sobre el molde. En esta tira se marca con hilo grueso la forma del cuello indicada en nuestro dibujo, luego se ejecuta el bordado, y por último el encage de frivolité.

Encage de frivolité.—6 dobles nudos,—1 piquillo corto, luego alternativamente tres veces seguidas 3 dobles nudos.—1 piquillo,—6 dobles nudos.—Se aprieta bien esta fila de nudos de modo que sus dos extremos estén separados por un tercio de centímetro; esto forma una especie de semicírculo, y se vuelve á empezar otro á poca distancia; pero en cada semicírculo siguiente se atan estos 3 primeros dobles nudos al semicírculo anterior. Se hace un feston muy apretado todo al rededor del cuello, ejecutando este feston sobre el hilo grueso empleado para trazar el contorno del cuello, y se coge al mismo tiempo la frivolité; se sostiene un poco el escote festoneándolo. Se corta el excedente de la red lo mas cerca posible del feston.

BORDADO PARA CONFECCIONES.

LAZO DE CINTURON.

Cuello hecho al crochet.

MATERIALES.—Hilo de lino de los números 90 y 150.

Este cuello se hace por trozos separados; se principia por la lista tupida que forma su contorno exterior; se toma el hilo mas grueso, y se hace una cadeneta de 400 puntos.

1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre cada punto de la cadeneta.

2.ª *vuelta.* — Una brida en cada punto de la vuelta anterior.

3.ª *vuelta.*—1 punto sencillo en cada uno de los 2 primeros puntos,—una *barreta* de relieve, es decir, 2 dobles bridas en el 4.º punto de la 1.ª vuelta, por consiguiente al sesgo. Al hacer estas bridas se deja intacto el *buclecillo* que se encuentra antes del último punto sencillo, es decir, que se terminan las 2 bridas en un solo punto, y que se vuelve á tomar la hebra para pasarla por este solo punto, y á la vez por los *buclecillos* que se encuentran sobre el crochet. Se hace en seguida: * un punto sencillo en cada uno de los 3 puntos que se encuentran despues del mas próximo de la vuelta anterior, por cima del cual se pasa, sin tocarlo,—una barreta en el 4.º punto siguiente de la 1.ª vuelta.—Se vuelve desde * hasta el fin de la vuelta.

Sobre cada lado largo de esta lista se hacen, dos vueltas, festoncitos compuestos de puntos en el aire, empleando el hilo fino.

1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primer punto de la vuelta anterior,—* 3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto,—1 sencillo en el mas próximo punto.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primer punto; * 2 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos;—en el siguiente 2 bridas separadas por 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el punto siguiente.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

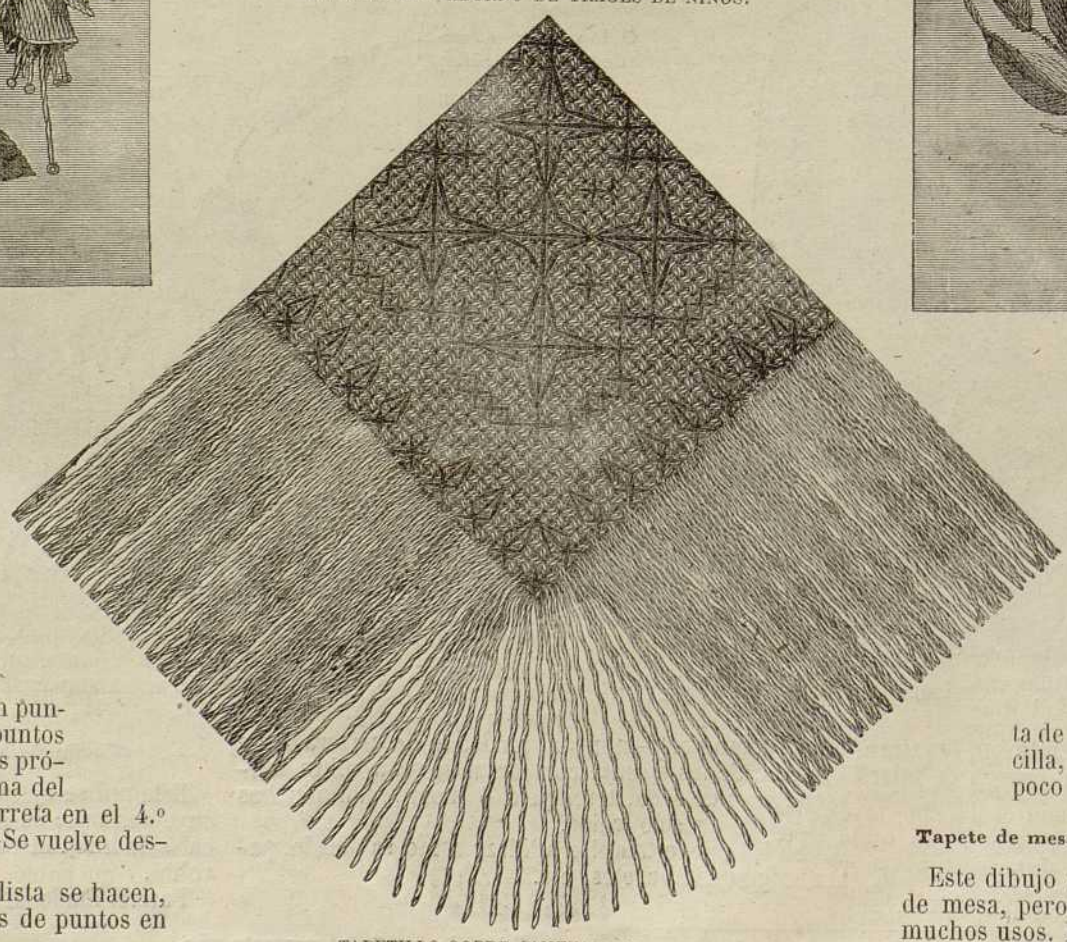
Para formar las esquinas del cuello, que se encuentran sobre la undécima barreta, contando desde el principio y desde el fin de la lista tupida, se hacen en la 1.ª vuelta de los festones exteriores en el sitio que se acaba de indicar, 5 puntos sencillos, sin pasar ningun punto de la vuelta anterior, mientras que en la primera vuelta de los festones inferiores se hacen 4 veces seguidas, en vez de 3 puntos en el aire, uno en el aire, por debajo del cual se pasan 3 puntos; además, en la 2.ª de estas dos vueltas se hace una vez, en lugar de 2 bridas ejecutadas en un mismo punto y separadas por 3 puntos en el aire, *solamente* una brida, como lo indica el dibujo. Se hace otra lista igual, pero sobre una cadeneta de 356 puntos, y las esquinas se forman entre la 7.ª y la 8.ª barreta, contando desde el principio y el fin de la lista. Al ejecutar la 2.ª vuelta de los festones esteriores de esta 2.ª lista, se la reune á la anterior, es decir, que en cada 2.º punto de los 3 en el aire que se encuentran entre dos bridas, se pasa la hebra por el punto en el aire idéntico de la 1.ª lista; se hace un punto en el aire, luego se reunen los 2 *buclecillos* en un solo punto.

Solo quedan que hacer las esquinas tupidas (ó puntas), que se ejecutan de ida y vuelta, y van ligadas á los festones interiores de la 2.ª lista. Se labra asi: un punto sencillo en el 12.º feston de la 2.ª lista, contando desde la esquina del cuello;—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio del mas próximo fesion.—Vuélvase 10 veces desde *. Se vuelve la labor, se hacen de ida y vuelta dos vueltas de puntos sencillos (un punto en cada punto); despues de la 2.ª vuelta se ata la hebra á uno de los festones, y se hacen 13 vueltas de puntos sencillos de ida y vuelta; cada 2.ª vuelta de estas tiene algunos puntos menos, de modo que en uno de los extremos se forma una punta al sesgo. En el lado opuesto se liga cada 4.ª de estas vueltas por medio de una brida á uno de los festones de la lista. El contorno del escote está formado por una vuelta de puntos en el aire y una vuelta sencilla, durante las cuales se sostiene un poco la labor.

RAMO AL PASADO.

GALON PARA ADORNO DE TRAGES DE NIÑOS.

RAMO AL PASADO.



TAPETILLO SOBRE CANEVAS JAVA.

Tapete de mesa. (Aplicacion de paño sobre paño.)

Este dibujo en tres partes es el de un tapete de mesa, pero podrá además servir para otros muchos usos. Describámoslo tal como es.

CORBATA DE CINTA ENCARNADA Y NEGRA.

CUELLO DE GUIPUR SOBRE RED Y FRIVOLITÉ.

Y CUELLO HECHO AL CROCHET.

N.º 1.—Esta especie de lambrequin es de paño encarnado; las puntas se orlan con seda blanca, atravesada por puntos negros, y sobre la que corre un feston algo separado; sobre el contorno esterior el mismo feston amarillo, costura cruzada verde con puntos blancos. La pequeña rosácea colocada en el centro de cada punta es de paño blanco, fijada por un feston negro; en el centro dos cruces enlazadas, una verde y otra encarnada, con puntos de nudillos, encarnados sobre la cruz verde, amarillos sobre la cruz encarnada; — en el hueco de cada punta de la rosácea 3 puntos amarillos; — los mismos puntos; pero mas largos en cada punta pequeña del lambrequin. En el borde superior de este, pequeñas rosáceas negras fijadas por 4 puntos blancos en las cruces amarillas y un nudo azul oscuro en el centro. — En el contorno del lambrequin, feston negro y seda blanca, atravesada por puntos negros; encima rombos amarillos; en el centro de los rombos nudos encarnados; por ámbos lados nudos verdes, otra vez seda blanca atravesada por puntos negros, — feston amarillo muy separado.

N.º 2.—Tira de paño amarillo que sirve de orla. En el centro de cada tira, punto de espina negro. En un lado (el mas próximo allambrequin), feston encarnado, en el otro lado, feston verde; hay un centímetro de distancia entre esta orla y el dibujo anterior. En cada esquina, entre las dos orlas amarillas, un medallon amarillo fijado por un feston color castaño, con puntos de cadeneta dispuesto en líneas cortas alternativamente negras y verdes. En el centro segundo medallon de paño azul, con rayos alternativamente blancos y color granate, con nudos amarillos sobre los rayos granate, y encarnados sobre los rayos blancos; las ondulaciones se hacen á punto de cadeneta con seda encarnada por fuera, granate por dentro; en cada ondulacion medallon azul, con rayos alternativamente negros y amarillos, nudos amarillos sobre los rayos, nudo encarnado en el centro.

N.º 3.—Medallon encarnado, dentado, fijado por un feston blanco, los rayos á punto de cadeneta son de seda de dos tintas verdes, alternativamente clara y oscura. Segundo medallon amarillo fijado con seda azul, á rayos (punto de cadeneta) alternativamente azules y granate. Tercer medallon negro fijado por un feston verde con rayos alternativamente encarnados (nudo blanco) y blancos (nudo encarnado); en el centro nudo amarillo.

Al medallon encarnado se unen dobles tallos hechos á punto de cadeneta con dos tintas verdes, la mas clara de las cuales forma el contorno exterior, estos tallos sostienen círculos pequeños blancos festoneados de negro, salpicados de nudos encarnados; en el centro de los círculos, rayos amarillos, con nudo encarnado en el centro. El dibujo n.º 1 es el que se pone sobre el contorno del tapete, á 3 ó 4 centímetros de su borde exterior; viene en seguida el dibujo n.º 2, á distancia de un centímetro, luego el gran medallon encarnado (dibujo n.º 3) que se pone en cada esquina del tapete, como una cifra de pañuelo. Si se quiere adornar el centro del tapete, se reunen cuatro de estos medallones encarnados (dibujo n.º 3) de modo que forme una rosácea. Se traza el dibujo sobre el tapete, se recortan todos los medallones, las rosáceas grandes y pequeños, el lambrequin, las orlas de paño, y se fijan sucesivamente sobre el fondo del tapete, que es de paño negro. Los festones están hechos con una sola hebra de seda de Argel, el punto de cadeneta con dos hebras, los nudos con tres hebras, los puntos de espina con una sola hebra.

Las labores de aplicacion de paño sobre paño gozan de gran favor, que por otra parte merecen, por la riqueza y variedad de sus efectos; son de una ejecucion fácil y rápida; son además baratos.

El dibujo que publicamos puede tambien servir para un escabel cuadrado, una silla, un cogin.

N.º 1. TAPETE. APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO.

REVISTA DE MODAS.

Empiezan á verse muchos trages de paños ligeros (tegidos impermeables, punteados, marron dorado, gris y negro, habana y negro); se destinan para los vestidos de viage, y tambien para las lluvias de otoño.

He visto algunos de aquellos. Se componen de un zagalejo, que está cubierto de paño en una altura de 40 ó 45 centímetros. Su parte superior es de alpaca negra; viene en seguida una enagua recogida á intervalos iguales, 3 ó 5 veces, segun su ancho. Con estas dos enaguas se lleva un paletot recto, con poca ó ninguna guarnicion; la mas conveniente se compone de una tira del mismo paño, cortada al sesgo, puesta en la parte inferior del zagalejo; dos tiras semejantes mas estrechas en el borde de la enagua, otras tantas en el contorno del paletot; la tira del zagalejo tiene 3 centímetros de ancho, las otras dos 2 centímetros; todas ellas se pespuntean por ámbos lados con seda del mismo color que el mas claro del paño. A veces, y para imitar una moda inglesa (debo en verdad añadir que esta moda no es muy linda) se hace, en lugar del paletot, una esclavina doble, recogida una ó dos veces en el medio de la espalda por un roseton de paño igual; esta doble esclavina se compone de una rotonda de 80 á 90 centímetros de largo, y de una segunda rotonda de 50 á 60 centímetros; esta última se corta en sentido inverso de la primera; es decir, que el hilo está en la espalda, mientras que el costado al sesgo se arma en el escote con la rotonda.

La enagua se sujeta por ojales y botones, colores negro y oro, plata y negro, etc.

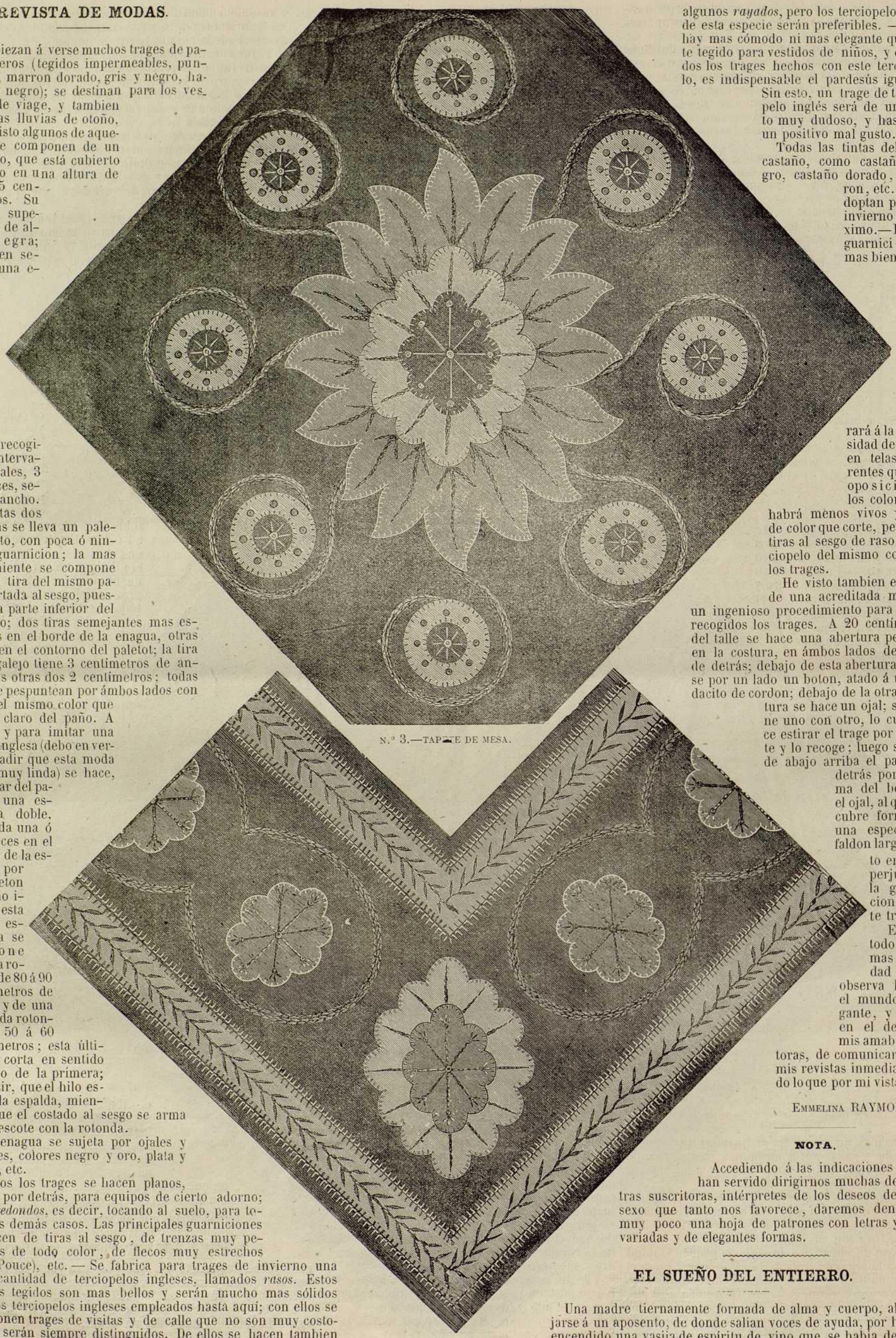
Todos los trages se hacen planos, largos por detrás, para equipos de cierto adorno; pero *redondos*, es decir, tocando al suelo, para todos los demás casos. Las principales guarniciones se hacen de tiras al sesgo, de trenzas muy pequeñas de todo color, de flecos muy estrechos (Tom-Pouce), etc. — Se fabrica para trages de invierno una gran cantidad de terciopelos ingleses, llamados *rasos*. Estos nuevos tegidos son mas bellos y serán mucho mas sólidos que los terciopelos ingleses empleados hasta aquí; con ellos se componen trages de visitas y de calle que no son muy costosos, y serán siempre distinguidos. De ellos se hacen tambien algunos *rayados*, pero los terciopelos lisos de esta especie serán preferibles. — Nada hay mas cómodo ni mas elegante que este tegido para vestidos de niños, y en todos los trages hechos con este terciopelo, es indispensable el pardesús igual.— Sin esto, un trage de terciopelo inglés será de un gusto muy dudoso, y hasta de un positivo mal gusto.

Todas las tintas del color castaño, como castaño negro, castaño dorado, marron, etc. se adoptan para el invierno próximo.—En las guarniciones, mas bien se mirará á la diversidad de tintas en telas diferentes que á la oposicion de los colores; así habrá menos vivos y tiras de color que corte, pero mas tiras al sesgo de raso ó terciopelo del mismo color de los trages.

He visto tambien en casa de una acreditada modista un ingenioso procedimiento para llevar recogidos los trages. A 20 centímetros del talle se hace una abertura pequeña en la costura, en ámbos lados del paño de detrás; debajo de esta abertura se cose por un lado un boton, atado á un pedacito de cordon; debajo de la otra abertura se hace un ojal; se reune uno con otro, lo cual hace estirar el trage por delante y lo recoge; luego se trae de abajo arriba el paño de detrás por encima del boton y el ojal, al que cubre formando una especie de faldon largo. Esto en nada perjudica á la guarnicion de este trage.

Esto es todo lo de mas novedad que se observa hoy en el mundo elegante, y quedo en el deber á mis amables lectoras, de comunicarles en mis revistas inmediatas todo lo que por mi vista pase.

EMMELINA RAYMOND.



N.° 3.—TAPETE DE MESA.

N.° 2.—TAPETE DE MESA.

NOTA.

Accediendo á las indicaciones que se han servido dirigirnos muchas de nuestras suscritoras, intérpretes de los deseos del bello sexo que tanto nos favorece, daremos dentro de muy poco una hoja de patrones con letras y cifras variadas y de elegantes formas.

EL SUEÑO DEL ENTIERRO.

Una madre tiernamente formada de alma y cuerpo, al arrojarse á un aposento, de donde salian voces de ayuda, por haberse encendido una vasija de espíritu de vino que se habia derrama-

do por el suelo, resbaló, y cayó en el espíritu quemante y corrosivo, y murió de resultas tras un mes de padecimientos.

Es de saber además que ya habian muerto dos hijos suyos, y que sus hijas solas acompañaron su cuerpo en el entierro de la mañana. La forma de esta relacion se funda en la creencia, popular en Alemania, de que si una persona, en la noche de año nuevo, traza un círculo en torno suyo en una encrucijada, juguetearán todo el año delante de ella espíritus en forma de vapor.

Sigamos entretegiendo siempre variados sueñecitos para agregarlos al gran sueño de la vida; y vosotros, amigos queridos, admitid con benevolencia el sueño que aquí os presento.

Soñé que me hallaba en el cementerio en la noche de año nuevo, cuando la creencia anda buscando en sus círculos ataudes y llamas en los techos de las casas.

Los futuros sepulcros del año estaban abiertos á la manera de lechos de descanso, y estaban vacíos, y colocados en hileras que se extendian á larga distancia.

Iba pasando un pardo dia de invierno tras otro, y precipitaba á sus muertos en la mas fresca gruta de esta bochornosa vida... Yo no conocia á los que se hundian en los sepulcros.

Llegaron despues los claros dias de primavera, y se portaron con mayor aspereza, y llenaron los lechos abiertos de la muerte, ora con un padre, ora con una hermana, ora con un amigo; de cuando en cuando deslizábase de entre dos brazos un pequeño ataud de niño á la segunda cuna de la vida, cual si fuera el cáliz de una flor; y yo empecé á meditar con suave dolor: Preciosas criaturas, ¡cuán alegremente os enfriais en el ventisquero de la vida, y con qué contento os dejais caer en vuestra última y mas blanda almohada llena de flores! ¡Ah! la cruz, que tantas heridas os abriera, está ahora pintada y nada mas, en vuestro pequeño túmulo.

Mas yo no conocia á ninguno de aquellos á quienes los dias de la primavera tiraban á la huesa entre el clamoreo de las campanas.

Apareció en una mañana nublada un cadáver que llevaba su forma tapada en su ataud, y detrás de la forma tapada, andaban vacilantes unas figuras vestidas de blanco, estrechamente veladas y mudas; la bóveda se oscureció aun mas y abrióse el ataud.

¡Oh! un grito de horror se exhaló entonces de todos los corazones, y conocí á la desventurada y á la difunta.

—¡Tú, forma marchita y tranquila, cuyos ojos están cerrados para siempre; pero tambien para siempre enjutos, cómo vas tan destrozada debajo de la tierra! ¡Cómo te estuvo sajando tan redobladamente la muerte á tí, tierna flor, y antes no te remató! ¡Ay de mí! en torno de tus labios vino á petrificarse el dolor en tu postrer aliento, y tu mano está ensangrentada, cual si por largo tiempo la hubiese tenido aferrada á la helada cerradura de la puerta de la muerte, y retirádola despues mal herida. Con todo, mas quiero contemplarte á tí, ya tranquila, que á tus amigos, en quienes tan al vivo se reflejan en un solo pensamiento todos tus padecimientos; mas quiero mirarte á tí que á tu hermana, que tan gustosa participaria de tu presente y tan profunda noche de sueño, como participó de tus anteriores noches desveladas; mas quiero mirarte á tí que á tus cariñosos hijos, que, cegados por el llanto, están contemplando el frio túmulo de tierra que se interpone entre el corazon de su madre y sus tiernos y amantes corazones.

Y se me enturbió la vista, y desplomándose las nubes se posaron pesadamente como un paño sobre la escena de luto y los desconsolados seres; y nublóse todo como una vida. Mas de repente tembló la nube, anchamente cuarteada por unos rayos, de cuyo sol nada sabe el hombre; patentizóse el azulado cielo lleno de brillantez de amor, y chupaba con tibios céfiros las flores de la pesada tierra del túmulo.

Surgieron del sepulcro dos altas azucenas. Dos primaveras se fueron corriendo amorosamente la una al encuentro de la otra, y mecieron con sus soplos las azucenas hasta que echaron á volar las hojas de sus capullos á lo alto y las recogieron dos ángeles que bajaron del cielo.

Cerniéronse luego los ángeles encima del sepulcro, acercándose á él mas y mas; saliendo del mismo mas y mas flores; abrióse despues; levantóse la madre; los ángeles eran sus dos hijos, los cuales estaban echados sobre el regazo de su madre, que la muerte habia curado de la vida.

—¡Oh! ¡bien venida! dijeron; ¡bien venida á nuestra tierra de reposo, madre harto martirizada! aquí curará tu vida mas blandamente, y aquella blanca mortaja es el vendaje postrero y el mas suave para tus llagas terrenales. No mires tanto rato á la *tierra*, donde te están llorando; en la eternidad vuelan los dias de otro modo; y no hace mucho que de tí nos separamos, querida madre, y la eternidad hermosa atrae á sí todo lo querido.

† † †

No diré, amigos mios, que desperté, por cuanto no fué aquella aparicion un sueño. Mas tampoco lo fué el consuelo; pues Dios puso en todo pecho una flor inmarcesible para todo sepulcro de la tierra.

TRAGES DE AMAZONA. (Véanse las figuras 42 á 47 del patron repartido con el número anterior y su explicacion en la página 322 del mismo número.

EL DOBLE JURAMENTO DE ENMIENDA.

Era Enrique un jóven de quince años, esto es, lleno de buenos propósitos, que raras veces cumplia, y lleno de defectos de que se arrepentia todos los dias; él queria entrañablemente á su padre y á su maes-

tro: pero mas queria sus gustos; de buena gana hubiera sacrificado por entrambos su vida, mas no su voluntad; y su fogoso espíritu no le arrancaba á él menos lágrimas que á las personas á quienes queria.

De este modo iba vagando su vida dolorosamente entre el peçado y el arrepentimiento, hasta que por último su largo fluctuar entre sus buenas resoluciones y sus recaidas desahució de toda enmienda, no solo á sus amigos, sino tambien á él mismo.

Acosaba ya sin tregua al mal herido corazon del conde su padre el triste presentimiento de que, en la universidad y en sus viajes, donde los falsos senderos del vicio se van volviendo mas y mas floridos y resbaladizos, y de donde no habria ya ninguna mano que le retrajese, y no se oiria tampoco la voz de un padre que le llamase atrás, se precipitaria Enrique de uno en otro yerro y regresaria finalmente con el alma contaminada que malogró su pura belleza, y hasta el reflejo de la virtud, el arrepentimiento.

El conde era de índole blanda, tierna y religiosa; pero de complexion débil y enfermiza.

El sepulcro de su esposa se hallaba, por decirlo así, debajo del suelo de su vida, y socavaba todos los pensiles donde iba buscando flores. Enfermó él una vez en el dia de su natalicio, quizás á consecuencia del mismo, por no poder su lastimado pecho sufrir un dia en que con mayor fuerza late el corazon en él.

Mientras iba recobrando de un desmayo para caer en otro, entró su hijo en la pequeña glorieta donde estaban el sepulcro de su madre y el otro vacío que su padre habia mandado construir para sí durante la temporada de luto; y allí juró Enrique al espíritu de su madre guerra sin tregua á sus ímpetus de enojo y á su voraz anhelo por los placeres. El natalicio de su padre le estaba diciendo á gritos:

«La delgada tierra que sostiene á tu padre y le separa del polvo de tu madre, se hundirá muy pronto, quizá dentro de poquísimos dias; y entonces morirá él conturbado y sin consuelo; y se llegará á tu madre, y no le podrá hablar de tu enmienda.»

¡Oh! aquí fué el llorar amargamente; pero, desdichado Enrique; ¿de qué sirven tus lágrimas y tu desconsuelo sin tu enmienda?

Al cabo de algunos dias pudo levantarse su padre de la cama, y en medio de su enternecimiento y esperanza, apretó contra su calenturiento pecho al jóven arrepentido.

Estaba Enrique ébrio de gozo y de dicha con el recobro de su padre y el beso que le dió; pero volvióse mas desatentado y díscolo que antes; su maestro, que trataba de contrarestar con medios enérgicos la enfermiza blandura del padre, se opuso á aquellos ímpetus. Enrique desobedeció fieramente sus mandatos, que no tenia por paternales; y al repetirlos el maestro de un modo terminante, Enrique, furioso, malhirió el corazon y el honor del amigo que le contrarestaba; y aquella rebelion contra su maestro penetró como una saeta envenenada en el lastimado corazon de su padre, el cual, rendido por la herida, volvió á caer en el lecho del dolor.

No trato ahora de pintaros, hijos mios, ni el desconsuelo de Enrique, ni su pecado; pero incluid, sí, en el severo fallo que merecen sus faltas las que vosotros mismos habeis acumulado quizá en vuestra conciencia. ¡Ah! ¿qué hijo puede acercarse al lecho mortuorio de sus padres, que no tenga que decirse: «Aunque no haya yo quitado á su vida ninguno de sus años, es muy positivo que les cuesto semanas y dias. ¡Ay de mí! quizá he motivado yo mismo ó aumentado los quebrantos que ahora quisiera yo mitigar; y esos ojos queridos, que tan alegremente estarian contemplando la vida una hora mas, mis faltas solas los cierran antes de tiempo.»

Pero el insensato mortal está pecando tan osadamente, porque se le encubren sus matadoras consecuencias; él desaherroja las voraces fieras que en su pecho tiene enjauladas, y allá las suelta de noche contra el linaje humano, sin advertir que los mónstruos desmandados se abalanzan sobre tantas personas inocentes y las hacen pedazos.

Con la mayor frescura arroja el hombre fiero las quemantes ascuas de sus pecados en torno suyo; y solo despues que está yaciendo en la huesa, arden tras él las chozas incendiadas por las chispas que él diseminó; y su columna de humo pasa, como una pirámide infamante, á su sepulcro, sobre el cual se levanta para siempre.

Tan pronto como su padre quedó desahuciado, no pudo Enrique contemplar por mas tiempo su moribundo cuerpo; quedóse en el aposento contiguo, y mientras que convulsiones y desmayos estaban jugando con la vida de su padre, se echó de rodillas como un delincuente, sin moverse, y con los ojos fijos ante el porvenir y la sajadora exclamacion: ¡Ha muerto!

Por último, hubo de acercarse al moribundo padre para despedirse de él y recibir su perdon; pero su padre le devolvió su amor solamente y no su confianza, y dijo:

—Enmiéndate, hijo mio, mas no lo prometas.

Estaba Enrique echado en el aposento contiguo, rendido por el dolor y la vergüenza, cuando oyó, cual si despertara, á su anciano maestro, que tambien lo habia sido de su padre, bendiciéndole, como si ya envolviera la larguísima noche aquella vida.

—¡Muere blandamente, ser virtuoso y fiel discípulo! Todas las buenas resoluciones que tú cumplistes, todas tus victorias sobre tí, y todas tus buenas obras han de pasar en este momento, cual brillantes y rojas nubes vespertinas, por el crepúsculo de tu muerte: espera todavía en tu hora postrera por tu desdichado Enrique, y sonriete, si me oyes, y si hay todavía un arrobo en tu sajado corazon.

El pobre enfermo no pudo dominar el pesado hielo de la insensibilidad que se arrollaba encima de él; sus confusos sentidos tuvieron la voz del maestro por la de su hijo muy querido, y tartamudeó de esta manera:

—¡Enrique! yo no te veo; pero te oigo; ponme la mano encima, y jura que te enmendarás.

Allá se abalanzó el mozo para proferir el juramento; pero el maestro le hizo una seña, y puso la mano sobre el corazon que se helaba, y dijo en voz baja:

—Lo juro en tu nombre.

Pero de repente sintió que el corazon estaba muerto, y que descansaba del largo movimiento de la vida, y dijo:

—Huye, jóven desdichado: ¡ha muerto sin esperanza!

Huyó entonces Enrique de la quinta; pues ¿cómo hubiera podido contemplar un desconsuelo que él mismo habia acarreado á los amigos de su padre, ni tomar parte en él?

Vacilante y sollozando, entró en la glorieta, y vió los blancos monumentos que interceptaban, como pálidos esqueletos la verde enramada: mas no tuvo valor para tocar el sitio vacío donde habia de dormir su padre: apoyóse pues, en la segunda pirámide, que cubria un corazon que no habia muerto por culpa suya, el de su madre, el cual ya desde largo tiempo estaba parado en el polvo del descompuesto pecho.

No osó llorar ni jurar, sino que mudo y sajado, llevó su dolor mas allá. Salíanle por todas partes al encuentro recuerdos de su pérdida y de su culpa; cada niño que corria hácia su padre con las espigaduras de los campos, mientras las levantaban en alto, era para él un recuerdo de su culpa; todo tañido de campanas era el clamoreo por los difuntos; toda zanja era un sepulcro: todo índice horario señalaba la hora postrera de su padre.

Regresó finalmente Enrique á su casa; pues tras cinco mortales dias llenos de dolor y arrepentimiento, deseaba estar de vuelta y al lado del amigo de su padre, y consolarle con los primeros frutos de su mudanza.

El hombre celebra para los queridos de su corazon una festividad mas hermosa, cuando enjuga las lágrimas ajenas que cuando derrama las propias; y la mas bella guirnalda de flores y ciprés que colgamos de los monumentos queridos es una guirnalda de frutos de buenas obras.

No queria el jóven entrar antes de muy anochecido, con su rubor de vergüenza, en la casa del quebranto. Mientras atravesaba la pequeña glorieta, presentósele la blanca pirámide del sepulcro de su padre entre vivas ramas, al modo que la parda nube de una aldea, reducida á cenizas, va nadando por el azulado y purísimo cielo.

Reclinó la cansada cabeza contra la dura y fria columna, y solo pudo llorar con sonido cóncavo y mudo, y ni un pensamiento atravesaba su corazon despedazado. Allí estaba el jóven abandonado: no se alzaba ninguna voz suave que le dijese: «¡No llores mas!» Ningun corazon paternal se derretia para decirle: «¡Harto castigado estás!»

El vaiven de las copas de los árboles parecia ser una airada reconvencion, y la oscuridad un abismo. Aquella pérdida, tan irreparable en su naturaleza, se espaciaba anchamente en torno de él, como un mar que jamás se mueve ni mengua. Por último, despues de haber derramado una lágrima, divisó una suave estrella en los cielos que, cual el ojo de un espíritu celestial, le estaba mirando dulcemente al través de la verde enramada. Internó se entonces en su pecho un dolor mas suave, y pensó en su juramento de enmienda quebrantado por la muerte, se dejó caer de rodillas, y alzando la vista hácia la estrella, dijo:

—Oh! padre, padre! (durante largo rato ahogóle la voz la intensidad del dolor), aquí yace tu hijo desdichado sobre tu sepulcro, y te lo jura. ¡Sí, espíritu puro y piadoso, yo me enmendaré, admíteme otra vez en tu cariño! Ah! así pudieses tú enviarme una prenda de que me has oido!

Percibióse en aquel punto un rumor de hojas á su lado; una figura grave fué apartando las ramas, y dijo.

—Yo te he oido, y vuelvo á esperar.

Era su padre.

Aquella cosa intermedia entre la muerte y el sueño, hermana de la muerte, el desmayo, le habia conferido nuevamente la vida, como un profundo y saludable sueño, librándole de la muerte.

—¡Padre bondadoso! y aun cuando la muerte te hubiese llevado al resplandor del otro mundo, no hubiera tu corazon latido de mayor júbilo ni rebosara mas dulcemente, que en aquel minuto de resurreccion, cuando tu hijo, cambiado por el dolor mas acerbo, dejó caer sobre tu pecho el suyo mejorado, y te devolvió la mas bella esperanza de un padre.

Pero mientras cae el telon sobre esta corta escena, os preguntaré yo ahora, queridos jóvenes, que me estais oyendo:

—¿No teneis padres á quienes no habeis dado hasta ahora las esperanzas mas halagüeñas?

Pues entonces, os recuerdo, como un caso de conciencia, que llegará un dia en que no os cabrá ningun consuelo y prorumpireis:

—Ah! ellos me querian tanto, y yo les dejé morir sin esperanza; yo fuí su última congoja.

(*Traducido de Richter por A. B. de C.*)

CARTAS FLORENTINAS.

SUMARIO.—Una horrible historia.—El cólera. Funesta idea popular sobre esta epidemia.—Teatro Alfieri. La señorita Clelia Gros. "La donna."—Politeama. Emma Ciniselli.—Teatro Rossini. "El assedio di Brescia" (ópera nueva). El jugador (baile).—La gran novedad en la Pérgola. Escuelas dominicales para el pueblo. El Sr. Fontanelli.—"El Eco del Arno."—Una buena noticia sobre los vestidos cortos.

I.

Aun oprime el corazon de Florencia la memoria de un crímen horrible cometido no ha muchos dias. Siendo este un hecho que interesa á la humanidad nosotros lo referiremos callando nombres que solo podrian servir de pasto á la curiosidad.

Nuestra pluma no será elegante en el referir, pero será verídica en el narrar.

Esto es cuanto deseamos.

El sol de Italia se habia despertado apenas dando vida á los campos que circundan á Florencia cuando J. M. hombre jóven y que habia servido á la patria en diversas ocasiones, manifestó á su linda esposa el deseo de pasar una mañana de alegría y amor bajo la sombra hospitalaria de nuestros vecinos bosques.

Aceptada con placer la invitacion, ámbos salieron juntos de casa, juntos oyeron misa, juntos almorzaron y juntos se perdieron por entre los árboles, ocultándose de este modo á todos los ojos, menos *á los de Dios*, como dice el Sr. de *Sterlich*.

Algun tiempo despues J. M. volvia á la ciudad

Pero ¿y su jóven esposa?

Habia desaparecido.

Algunos muchachos que habian ido á divertirse, volvieron á su casa pálidos y temblando.

—Hemos visto—decian—una señora vestida de negro, que se mueve y no tiene cabeza.

Como es natural, la narracion no fué creida pero la palidez mortal de las pobres criaturas hacia creer que alguna parte de verdad existia en medio de la fantástica exposicion del hecho, y diversas personas corrieron al sitio indicado por ellos.

Qué horror! En un lago de sangre yacia una mujer decapitada.

Pero ¿y la cabeza de esta infeliz?

El asesino la habia escondido creyendo ocultar con ella su delito pero la cabeza de la víctima debia denunciarlo y así fué.

En efecto; algunas personas viendo salir cabellos de entre las piedras escavaron y tras una hermosa cabellera desenterraron una cabeza que apesar de lo desfigurada, conocieron todos, despues, ser la de la jóven que acompañaba á J. M.

Pero ¿y J. M.?

Habia desaparecido.

Toda la actividad de esta inteligente cuanto maquiavélica policía no podia descubrir al asesino y lo que es mas, no podia saber quién fuese la víctima.

Expuesta al público nadie supo decir quién era, hasta que al fin se aseguró llamarse N. P. y muchos convinieron en ello.

Pero N. P. escribió, desde Liorna, á la Justicia manifestando que ella estaba allí *viva* y sana.

La incertidumbre era cruel, el hecho tomaba formas de novela y la policía se desesperaba viendo su amor propio ofendido, cuando una noche, en la que menos se esperaba, se apoderó del asesino que dormia tranquilamente en su casa.

Dios la inspiró, y en medio de tantas tinieblas le dió un rayo de luz para descubrirlo y los medios de arrestarlo.

J. M. no se turbó ante la improvisada visita y protestó enérgicamente, pero protestó en vano.

La justicia habia hecho fotografiar la cabeza de la víc-

tima (una de cuyas copias he podido obtener y le envío adjunta) (1) y presentada al asesino respondió este con una *inocente* sonrisa que no conocia al original de aquella reproduccion. Pero á estas pruebas siguieron otras y tal fué la confusion de sus ideas, que acabó por confesar la verdad declarándose reo. Segun todos los indicios el motivo del asesinato fué una pasion criminal de J. M.

Marietta M., hermosa jóven de cabellos rubios que habia inspirado aquella pasion, llegó á ser tan exigente que le prohibió hasta el convivir con la propia esposa.

Es, pues, casi seguro que la ejecucion del crímen cometido por J. M. era consecuencia de otro, no sabemos á cual mas odioso.

Escuchemos ahora al acusado reasumiendo su declaracion ante el tribunal y ella nos probará el cinismo del reo.

"Viendo la mañana hermosa invité á Adelaida (su mujer) á dar un paseo (y aquí refiere de que oyeron misa juntos &.ª &.ª). Despues, sentados bajo de un árbol, le manifesté mi idea de ir á París á lo que mi mujer me preguntó si con este viage olvidaria *la mia biondina (la* RUBITA *era la bella rival*) y yo le contesté que haria todo lo posible por olvidar un amor criminal como el que me atormentaba; pero le manifesté que ella á su vez debia olvidar á un primo suyo y del cual yo tenia celos. (*Motivos para empezar la cuestion que debia acabar con el asesinato*). Ella nada me respondió y yo que creia fundados mis celos me cegué hasta el punto de tirar de un cuchillo y degollarla (*aquí podriamos hacer una observacion.... pero el reo está en manos de la justicia*). Viendo la sangre que salia á mares le pedí perdon de rodillas diciéndole: "*Adelaida perdóname antes de morir*" pero le habia cortado el órgano de la voz y no pudo articular palabra. Sin embargo por los movimientos que hacia pude comprender que no me perdonaba y entonces *imprimiendo otro corte circular* le separé la cabeza del tronco para que no *sufriese* por mas tiempo. (Qué piedad!) Mi esposa murió con *l'ira nel cuore* (*con la ira en el corazon*). Una vez cadáver le quité los pendientes y un anillo, escondí la cabeza de la víctima, me lavé las manos y me volví á casa."

Pronto la espada de la justicia caerá sobre este asesino y sobre sus cómplices: ¿pero podrá su sangre lavar la mancha del horrible crímen? ¿Podrá la misma muerte dar la vida á la inocente víctima? Se cometen en la tierra delitos de tal naturaleza que solo Dios puede juzgarlos. Dios, que tiene en sus manos la vida eterna y la eterna muerte...

II.

Triste ha sido la primera parte de nuestra Revista y á juzgar por el dicho, la segunda debia de ser la mas lastimosa. Pero haremos lo posible porque así no suceda.

El cólera... (mal principio) continúa haciendo estragos que aumenta la ignorancia popular.

Es creencia general en algunos pueblos de que el cólera consiste en un veneno que da el Gobierno por medio de los médicos y de los boticarios, y muchos de estos desgraciados han sido ya víctimas de movimientos populares.

Como es de suponer, huyendo del falso *veneno* se dejan morir sin reclamar auxilio alguno y hé aquí de qué modo una creencia errónea produce males positivos, multiplicando el número de los atacados, de los cuales sobre ciento apenas se salvan treinta ó cuarenta.

Florencia, gracias á Dios, se halla libre de ámbos males.

La Beneficencia pública no descansa y la bella señorita *Clelia Gros*, que es infatigable cuando se trata de hacer un bien, ha representado en el teatro *Alfieri* LA DONNA *(La mujer)* del célebre Giacometti, el producto líquido de la representacion ha ido á aumentar los fondos que se destinan para socorrer á las familias pobres de los atacados del cólera.

Ciniselli está de enhorabuena. El Rey le ha dado el título de *Escudero Honorario* y su compañía ha tomado el de *Compañía Real*.

El beneficio de su linda hija *Emma* ha sido un triunfo. El Rey asistió algunas horas demostrando mas de una vez su complacencia y la elegante *Escudera* tuvo el gusto de ver convertido el circo de caballos en un jardin de flores.

Pero, vosotras, amables lectoras, no conocereis á *Emma Ciniselli* mas que de nombre.

Veamos si me es posible hacérosla conocer un poco mas.

Una estatura ni alta ni baja; una fisonomía graciosa y severa al mismo tiempo, ojos lánguidos ó de fuego segun el caso; una sonrisa alegre y triste simultáneamente como si en su imaginacion luchasen las mas dulces impresiones con los mas tristes pensamientos.

Hé aquí á la MUJER.

Exquisita elegancia á caballo, firmeza en montarlo: facilidad en dirigirle; casi temeridad en impulsarlo.

Hé aquí á la ARTISTA.

Nosotros la vimos cuando no era mas que esperanza de *artista* y capullo de *mujer*. Hoy al conocerla bajo el cielo de Italia hemos visto realizados los ensueños que concebimos bajo el cielo de Andalucía.

El teatro Rossini, que de grande no tiene mas que el nombre, ha abierto sus puertas al público con L'ASSEDIO DI BRESCIA del maestro *Pantoglio*, que ha gustado en extremo. El autor ha sido llamado á la escena mas de diez veces y esto es mucho, teniendo en cuenta la escasez de la orquesta y la torpeza de los coristas. El *duetto* del primer acto, entre tenor y contralto, es una elegante composicion que recomendamos á nuestros *dilettanti*.

El baile en 6 actos el JUGADOR es demasiado grande y no *cabe* en el teatro *Rossini*. Es de admirar, sin embargo, un milagro escénico como es el de hacer bailar, correr y luchar cuarenta ó cincuenta personas donde apenas se pueden mover diez.

No obstante estos pequeños inconvenientes el porvenir del Rossini está asegurado, á lo menos por ahora.

Esperamos la apertura del *Nazionale* con IL FOLETTO DE GRESY del *Petrella*, y el baile en 8 cuadros del coreógrafo *Coluzzi*, BEDRA LA MALIARDA.

El *Pagliano* nos ofrece IL BARBIERE DI SIVIGLIA, NORMA, IL PEREGRINAGGIO A PROELMEL y otras sin contar la notabilidad clásica de *Mozart* LE NOZZE DI FIGARO *(Las bodas de Fígaro)*.

Pero la novedad en el teatro Real *(La Pérgola)* será el DON CARLOS de *Verdi*, que tanto furor ha hecho en París.

Tales son los espectáculos que tenemos y que esperamos.

La sociedad estudiosa de Florencia, creyendo insuficientes las *escuelas* teatrales para instruir y moralizar al pueblo, ha instituido otras, las "*Escuelas dominicales*" donde entendidos profesores y conocidos é instruidos jóvenes que entran ahora en la difícil carrera de la ciencia, dan lecciones públicas sobre los principales ramos del saber humano, sin rozarse en nada con las cuestiones religiosas ó políticas.

Entre estos jóvenes citaremos al Sr. *Carlo Fontanelli* que ya nos habia dado una prueba de su claro talento publicando una obra sobre derecho Constitucional y que es tan hábil abogado como entendido literato.

Y ahora que hablamos de literatura se nos proporciona el placer de decir dos palabras acerca del nuevo semanario "EL ECO DEL ARNO" que si bien recien nacido se ha hecho ya el *eco* de la elegante sociedad Florentina. Su jóven cuanto entendido fundacor, el Sr. Stuart, ha tenido un feliz pensamiento y lo ha realizado con éxito. El periódico es pequeño; pero siendo pequeño el nardo y grande el girasol, ¿quién no eligiria la pequeña flor, todo esencia, en lugar de la grande, toda hojorazca?

No terminaré mi Revista sin dar una buena noticia á mis amables lectoras.

El vestido corto *cae*, ó lo que es lo mismo se alarga, y es de suponer que dentro de poco será exclusivo patrimonio de las bailarinas fuera del teatro.

Nosotros aseguramos corta vida á los vestidos cortos y no nos engañamos.

Esas *campanillas* ambulantes ó atraian demasiado ó alejaban excesivamente.

Pero si se suprime el vestido corto—me dirán algunos—tendremos de nuevo las colas y con las colas la crítica.

Esta reflexion no deja de tener un fondo de verdad; pero ¡Dios mio! acuérdense las señoras de que la virtud consiste en un buen medio y adapten los vestidos á los principios de la virtud.

José C. BRUNA.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Esta vez obró con dulzura mi padre conmigo: me compró una blusa de tela fina, guarnecida de vivos encarnados, una buena gorra de cuartel y un cinturon de charol.

Mientras estaban ocupados en la plaza Verde en formar las nuevas compañías, yo me paseaba á lo ancho y largo con mi padre. Me explicaba lo que era la vida de soldado, y se esforzaba en prevenir de antemano las mil contrariedades que encontraria, diciéndome entre otras cosas:

—Ten en cuenta que caractéres como el tuyo no se han hecho para la vida militar; tú eres demasiado sensible. Una buena palabra te contenta; pero tambien una palabra dura te hace profundamente desgraciado. Si tienes algun disgusto, das mil vueltas á lo que te ha desagradado, en tu cabeza, por mucho tiempo; y merced á tus ilusiones quiméricas lo exageras todo. Es necesario que dejes esa mala costumbre y participes de la aparente rudeza que hallarás en tus camaradas y superiores. Persuádete de antemano de que soldados y oficiales recurren á las palabras mas enérgicas para expresar las cosas mas comunes. Si pierdes esto de vista, de diez veces una te creerás herido y humillado, y te harás caviloso y triste. Tiempo es de que seas hombre, puesto que quieres obrar como tal.

Un redoble cortó los sabios consejos de mi padre: los voluntarios iban á marchar.

Cuando mi padre me estrechó entre sus brazos en el momento de la partida, me dijo aun:

—Enrique, acuérdate siempre de este proverbio: «Cada uno es hijo de sus obras.» Desde este momento tu suerte está en tus manos: tu porvenir será el que tú mismo te crées.

Yo tenia los ojos llenos de lágrimas; lloraba y sollozaba y no sentí, por decirlo así, su último apreton de manos.

La idea de seguirle y renunciar á la vida militar surgió en mí; pero los tambores empezaron á tocar, y ví á las compañías empezarse á ordenar para la partida. Con las megillas húmedas aun por las lágrimas, corrí á mi puesto: y un instante despues estaba en camino para la frontera.

II.

Pernoctamos algunos dias en Ostmalle, á algunas leguas de Amberes, y mi padre fué allí á verme, con el objeto sin duda de conquistarme la benévola proteccion de mis jefes. Estuvo largo tiempo con el capitan de mi compañía, que era francés, habló probablemente con él del tiempo de Napoleon, de los heróicos hechos de armas de los ejércitos franceses y de los desastres de la marina imperial, porque cuando volví á Ostmalle de haber acompañado á mi padre á alguna distancia, el capitan me tocó amistosamente en el hombro, y me dijo:

—Vuestro padre ha servido con el gran hombre; es un viejo lobo marino que ha vertido su sangre por la patria. Esto basta para que favorezca á su hijo siempre que pueda: el bravo hombre no necesitaba haberme hecho tan eficaces recomendaciones. Os hago cabo, y mas adelante veremos lo que puedo hacer por vos. Entre tanto, tratad de haceros soldado, y sobre todo, no os desanimeis: yo tendré siempre presentes las palabras de vuestro padre, y haré por vos cuanto dependa de mí.

Seis semanas despues (30 de noviembre de 1830) estando en Turnhout, fuí nombrado furriel, y los honores de sargento que iban anejos á mi empleo, resonaron en mi oido como el feliz presagio de una brillante carrera. Escribí á mi padre y daba gracias á Dios, no solo de haberme inspirado la idea de ser soldado, sino de haberme concedido la resolucion necesaria para ejecutar mi proyecto.

Si me hallaba tan satisfecho entre mis rudos compañeros y si no tenia que sufrir demasiadas humillaciones, lo debia al oficial que mandaba mi compañía. Llamábase Smith, y decia haber entrado en el servicio á los diez y seis años en la guardia jóven de Napoleon. Era alto, bien formado, hábil en el arte de la esgrima, tanto en el sable como en la espada, delicado en puntos de honor, valeroso hasta la extravagancia, y de un carácter alegre y cariñoso, que le hacia ser muy decidor. Además de esto tenia un excelente corazon, y era incapaz de hacer mal á nadie, fuera quien fuera, ó de apesadumbrar á nadie con intencion. En una palabra, era el verdadero tipo del soldado francés, tal como la poesía nos le pinta siempre y la realidad nos le presenta algunas veces.

Habíame tomado visiblemente bajo su proteccion, y velaba con una solicitud paternal y un verdadero afecto por su *furrielito*, como me llamaba siempre. A él debí mi rápido ascenso á este grado.

Mis camaradas los sargentos de la tercera compañía del tercer batallon de *cazadores de Niellon*, eran tambien buenos muchachos, y se hubiera dicho, al ver su conducta hácia mí, que se habian armado para evitar á su *furrielito* cualquiera malaventura. Mi padre les habia hablado tambien en Ostmalle. Hallábanse entre mis protectores y colegas el sargento primero Collette, de Bruselas y un sargento de Liege, llamado Dequée, que me llamaba riendo su hijo; y de hecho, me tenia un afecto tan sincero y profundo, que no hubiera vacilado en tirar de su sable para vengar la menor ofensa si se hubiera querido hacerme alguna.

Rodeado de tan excelentes amigos, no me apercibí del paso de la vida civil á la militar, sino por la independencia absoluta de que gozábamos. Los voluntarios sin enganche, que formaban la inmensa mayoría de nuestro regimiento, mostraban la mayor repugnancia á toda clase de subordinacion, y defendian su libertad personal contra la menor apariencia de disciplina. Ibanse á sus casas tantos dias cuantos querian, y volvian á las filas sin que nadie se atreviese á castigarlos. Los oficiales no tenian tampoco regularizada su carrera, pues la conservacion de su empleo dependia de la simpatía de los que los mandaban. El resultado de esto era que cada uno obraba á su antojo, y que todo el regimiento no se componia sino de ciudadanos libres, que no reconocian ninguna ley militar. Careciamos de uniforme regular, y el manejo de las armas no nos quitaba el tiempo. El que se presentaba á la lista dos veces al dia, podia decirse que era un hombre celoso y que habia llenado todos sus deberes. Muchos pasaban el resto del tiempo en las tabernas, y otros se quedaban en casa de los patrones ó aldeanos, donde se hallaban acuartelados; y como su patriotismo les inspiraba mucha simpatía hácia los belgas, estos eran considerados y tratados como verdaderos miembros de la familia.

Los voluntarios que habian tomado de su general el nombre de *cazadores de Niellon* permanecieron quietos en Turnhout y aldeas vecinas hasta fines del mes de diciembre. A esta época nos pusimos en camino, con un tiempo nevoso, hácia Linsbourg, para esperar allí al enemigo, que segun se decia intentaba ocupar con algunas tropas procedentes de la fortaleza de Maestricht, los zarzales que lindan con las fronteras de Holanda.

Fuera lo que quisiera, cerca del anochecer nos detuvimos en una inmensa llanura cubierta con un pié de nieve lo menos. El viento soplaba del Este, y era tan glacial, que para que no se nos helaran las orejas, nos las cubríamos con las manos.

Diósenos órden de vivaquear allí aquella noche, que era lo mismo que decir que podiamos echarnos en la nieve, si no preferiamos entrar en calor hasta la mañana siguiente dando patadas en el suelo ó golpeándonos el cuerpo con las manos, cosa que nos sorprendió sobremanera. Yo, por mas que hice, no pude descubrir al rededor de mí mas que una inmensa llanura, cuya monótona blancura fatigaba la vista. Solo á un cuarto de legua se limitaba el horizonte por un bosque de abetos, divisándose detrás de él y como á una legua lo menos, el campanario de una aldea; era Balen, situado en la frontera de la provincia de Linsbourg.

(1) El fotógrafo que la sacó (Alinari) es uno de los mejores si no el mejor de Florencia. La fotografía reproduce perfectamente el terrible original, pero la muerte habia desfigurado extremadamente aquella cabeza angelical que poco antes respiraba frescura y sonreia á las esperanzas de amor.

No habíamos comido nada desde nuestra salida de Turnhout. Como desde el momento de la revolucion los belgas habian estado siempre acuartelados en las casas de los ciudadanos ó aldeanos, el servicio de víveres no estaba aun organizado en el ejército, y en su consecuencia teniamos en perspectiva un ayuno forzado. Tan pronto como comprendieron nuestra situacion los mas atrevidos, descubrieron un medio de proveerse de lumbre y de provisiones. Organizáronse partidas para ir á buscar leña en un vivero cercano, y apenas se habia pasado media hora, cuando volvian al vivac centenares de hombres trayendo cada uno un abeto á remolque. Encendióse una hoguera por compañía, que tomando incremento gradualmente, lanzó hácia el cielo sus llamas, aun antes de que la noche cubriera los zarzales.

Aquella primera noche de vívac hizo en mí una profunda impresion; olvidándome del frio pasaba muchas horas contemplando con muda admiracion el extraño y fantástico espectáculo que se desplegaba á mi vista. Diez y ocho hogueras elevándose en los aires del centro de los abetos amontonados, se extendian en línea por el llano, tiñendo de púrpura el cielo que se hallaba sobre nuestras cabezas; la nieve misma parecia incendiarse, mientras que las llamas ondeaban caprichosamente; los ardientes reflejos de una luz enrojecida oscilaban sobre los zarzales, ora con el resplandor azulado del relámpago, ora con tonos leonados y rojizos, imaginándose uno ver á las olas impetuosas de un mar de fuego invadir la llanura adormecida bajo la nieve... A cada oscilacion parecia agitarse un enjambre de demonios al rededor del fuego, destacándose los voluntarios como sombras negras sobre un fondo encarnado, yendo, viniendo, echando nuevos árboles á la hoguera ó avivándola sacudiendo violentamente los troncos ya quemados. Entonces subian al cielo y se extendian por el campo como un inmenso fuego artificial, nubes de abrasadoras chispas, y en medio del silencio monótono que reinaba en el llano, se oia el chasquido de los abetos que devoraban las llamas como si fueran delgadas ramillas. Entre aquel ruido dominante, se sentia á intervalos la voz de los voluntarios llamándose unos á otros, oyéndose tambien algunas veces á lo lejos el estribillo de la *Parisiense*. El gruñido angustioso de un puerco que se degollaba, se mezclaba á los quejumbrosos mujidos de una vaca robada por nuestros merodeadores ó proveedores en algun lugarejo vecino.

A mi lado fué sacrificado á sablazos un ternero y despedazado en un instante. Un sargento me puso en la mano un trozo de carne, y siguiendo el ejemplo de mis camaradas, le puse á tostar junto á la gigantesca hoguera. Obligándonos la fuerza del fuego á permanecer á alguna distancia de él, poniamos la carne en la punta de la bayoneta y la sosteniamos en alto sobre la llama. Cuando estaba bastante tostada la superficie exterior, la comiamos á dentelladas, y en seguida repetiamos la misma operacion hasta que no quedaba nada.

Permanecimos en pié casi toda la noche; pero hácia la mañana fuimos asaltados de un irresistible sueño. Muchos de nosotros se extendieron á cuatro ó cinco pasos del fuego, en el suelo helado, y se durmieron allí tan perfectamente, como si hubieran estado en un magnífico colchon de plumas.

Yo no tenia mas que mi blusa de tela sobre una delgada chaqueta de paño negro, y abatido por el frio, miraba al rededor de mí. Mi cara y pecho quemaban gracias al ardor del fuego, pero mi espalda expuesta á la violencia del viento del Este, estaba por decirlo así helada. Poco á poco se me fué poniendo pesada la cabeza, y echándome en el suelo, continué mirando las llamas por algunos momentos, cayendo al fin en un profundo sueño. Cuando dos horas mas tarde me desperté y quise levantarme, me fué imposible. Habian dejado que se extinguiera el fuego, y el agua que habia producido la fusion de la nieve se congeló debajo de mí, teniendo que romper el hielo con el sable para desplegar mi blusa del hielo y que pudiera ponerme en pié. Tiritaba de frio; mis miembros estaban entumecidos; estaba pálido como la muerte y enteramente anonadado. Permanecimos así acampados en la nieve al rededor de las hogueras, sin mas víveres que los que nos proporcionamos, por espacio de tres dias con sus noches. Desde el segundo dia, el extraño espectáculo que he descrito habia perdido para mí todo su atractivo; mis movimientos eran lentos, y sentia como los síntomas precursores de una enfermedad. Mis amigos de la compañía se apercibieron de ello y prodigaron al *furrielito* los cuidados mas afectuosos, trayéndome hasta un haz de heno para que me sirviera de cama.

Al tercer dia mi estado empeoró. Estaba agazapado detrás de los troncos de abetos que se habian colocado como barrera contra el viento, y pensaba en mi padre, en la vida que tenia en la ermita, en mi hermano, en todo lo que amaba en la tierra...

El sargento Dequée, mi excelente protector, quiso llevarme al médico del regimiento para que diera órden de que me enviaran acuartelado á Balen; pero mi altaneria se resistió tanto á la idea de ceder á una prueba á que resistian la mayor parte de mis compañeros, que la vergüenza de parecer tan débil me hizo sufrir mas aun que mi indisposicion. Me habia creido un hombre, y sucumbia como un niño al frio y á la privacion del alimento acostumbrado. Insté á mis amigos para que no se inquietaran por mí, y les dije que el malestar que experimentaba no tardaria en pasarse, haciéndoles otras mil protestas, últimas tentativas de lucha contra un mal que debia acabar por triunfar de mí.

Por la tarde llegaron por fin al vivac carros cargados de víveres, y fuí llamado como furriel para que acompañase á los que debian descargarlos. A pesar de la calentura que me obligaba á dar espantosos tiritones, pudiendo apenas tenerme en pié, á pesar del horrible dolor de cabeza que sufria, dí dos pasos al frente y me presenté dispuesto á llenar mi servicio; pero el capitan Smith no quiso permitirlo, y corrió él mismo á buscar al médico del batallon. Dióme una boleta con la que debia trasladarme á Balen, y el burgomaestre á su presentacion me daria alojamiento en una casa del pueblo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al leer en la fisonomía de mis amigos la profunda conmiseracion que les causaba mi triste estado. Los sargentos Collette y Dequée me obligaron á aceptar algun dinero; un cabo de Verviers llamado Fabry, metió en mi saco un pedazo de tocino ahumado, diciéndome que como no encontraria nada en una legua á la redonda, algo de comida podria serme de mucha utilidad.

Colmado de votos por mi pronto restablecimiento y de mil pruebas de amistad, me puse en camino para el pueblo de Balen, caminaba despacio y descansaba muchas veces, me hallé al fin tan abatido por la languidez y los estremecimientos de la calentura, que mis dedos se helaban, por decirlo así, sobre el fusil, sin tener fuerza para echar el portafusil á la espalda.

Era ya de noche cuando logré llegar al pueblo de Balen, arrastrándome penosamente. Las casas estaban cerradas, y no ví un alma en las calles; solamente se encontraban algunos voluntarios que se habian escapado del vivac y andaban rodando á la aventura, dando gritos y llamando á las puertas con la culata del fusil para que les abrieran. Uno de ellos me indicó la casa del burgomaestre, y aun cuando llamé á ella, fué en vano, porque nadie salió á abrirme. Por fin me respondieron desde una alta ventana y me dijeron que no habia ya alojamiento en el pueblo, y que además el general mismo habia prohibido se albergase en él un solo belga.

Por un momento quedé anonadado y quizá me hubiera sentado en el umbral de la puerta del burgomaestre; pero habiéndoseme disminuido la calentura y el dolor de cabeza, mi estómago me acusaba hambre. Sobreexcitado por la necesidad, llamé sucesivamente á la puerta de las casas donde veia luz, y en la mayor parte no me respondieron; las otras estaban llenas de voluntarios que juraban y renegaban asegurando no permitirian entrar alma viviente.

La desesperacion se apoderó de mi corazon. Agotadas las fuerzas, consunto de fatiga y casi muerto de hambre fuí hasta las últimas casas del pueblo pidiendo en todas partes en vano me dejasen entrar... Me faltaba completamente la energía necesaria para romper una puerta y obligar á las gentes á que me recibieran.

¡De repente descubrí á lo lejos en el campo una lucecilla! Quizá cause risa, pero como en los cuentos populares de Flandes, aquella lucecilla brilló á mis ojos como la estrella de la esperanza. Dirigíme derecho á ella, y le alcancé cinco ó seis veces antes de lo que habia creido. Era una chocita de arcilla construida á la orilla del camino de Rolaer. Llamé y me abrieron al instante. Sus habitantes soltaron un grito de espanto cuando me vieron entrar con el fusil en la mano, y me dijeron con voz acongojada que no poseian nada. Les habian cogido sus gallinas y su única cabra, habiéndose llevado los belgas hasta el último bocado de pan.

Díjeles que estaba enfermo; conté en pocas palabras cómo habia implorado en vano un albergue donde pasar la noche en el pueblo, y acabé por suplicarles me diesen un rincon en la cabaña hasta la mañana del dia siguiente. Mi juventud y el acento lastimero de mi voz conmovieron á las buenas gentes, y me señalaron una silla que habia junto al fuego oculto en la ceniza, me ayudaron todos á quitar de los hombros el saco que llevaba y me dijeron, prodigándome muestras de simpatía y compasion, que su casita entera estaba á mi disposicion. Dijéronme que no tenian cama; pero que habia heno en el establo de la cabra, y el amo de la vivienda procuraria no tuviera frio. En la casa no habia otros víveres que un pan negro de centeno que habian podido sustraer á las pesquisas de los voluntarios, pero que podia tomar de él cuanto quisiera.

Los habitantes de la cabaña eran un campesino, su mujer y su hija que podria tener unos diez y seis años; lamentábase en alta voz del pobre *belga*, y me contemplaba con tan afectuosa piedad, que su dulce mirada bastó á derramar el consuelo en mi corazon, disipando mi abatimiento.

Quise dar dinero á aquelllas gentes; pero el hombre y la mujer rechazaron mi oferta diciéndome, que si podian procurarme alguna cosa que fuese útil con la suma que les ofrecia, la aceptarian; pero que era imposible hallar nada en la comarca ni por oro ni por plata. Entonces me acordé de que el cabo Fabry habia metido en mi saco un pedazo de cerdo, y me apresuré á cortar una rebanada; púsose la sarten al fuego, y pocos instantes despues estaba á la mesa con mis nuevos huéspedes.

Hablé de mis padres, de mi vida anterior y de mi desgracia en el vivac, y antes de irme á entregar al reposo, éramos los cuatro tan buenos amigos y nos apreciábamos tanto como si desde mi infancia hubiese formado parte de la familia.

El hombre me condujo al establo, abrió un hueco en el heno, me hizo acostar allí, me puso sobre el cuerpo y los piés una buena cubierta de heno, y se despidió deseándome buena noche.

Bien pronto penetró en mis miembros un dulce calor, y con él una nueva vida reanimó mi corazon. Me pareció que un rey echado en el mas mullido plumon, no podia gustar un reposo tan perfecto y tan reparador, como el pobre soldado tendido en el heno hospitalario de un humilde establo. Lleno de vivo reconocimiento, dí gracias á Dios por su bondad, y mecido en mil gozosos pensamientos, caí en un sueño voluptuoso.

No me llamaron por la mañana, y cuando me desperté por mí mismo era ya bien entrado el dia. Cuando bajé encontré el café sobre la mesa y á aquellas buenas gentes que me esparaban para desayunarnos. Mi mirada se fijó en la jóven niña, y ella me dirigió una sonrisa tan cándida y afectuosa, que bajé la cabeza y sentí ruborizarse mi frente.

(*Se continuará.*)

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN BLANCO.—Trage de encima de tul blanco; segundo trage de encage negro (*yack*) que se cierra por detrás. Corpiño escotado de tul plegado. Coselete de encage negro con hombreras y cinturon de cabos flotantes; en el cabello cordon con cascabelillos de coral; pendientes y collar correspondientes al peinado.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE, guarnecido con tres tiras al sesgo de raso verde: otra tira como estas sube por cada costura de los paños. Manteleta de tafetan negro, que tenga poco mas ó menos la forma de una chaqueta sin mangas, abotonada desde el codo hasta el borde inferior; un encage muy ancho de Chantilly orla esta manteleta, la sisa de las mangas, y se continúa por detrás, de modo que todo el contorno exterior de la manteleta esté guarnecido de encage. Sombrero de encage negro, con diadema de follage.

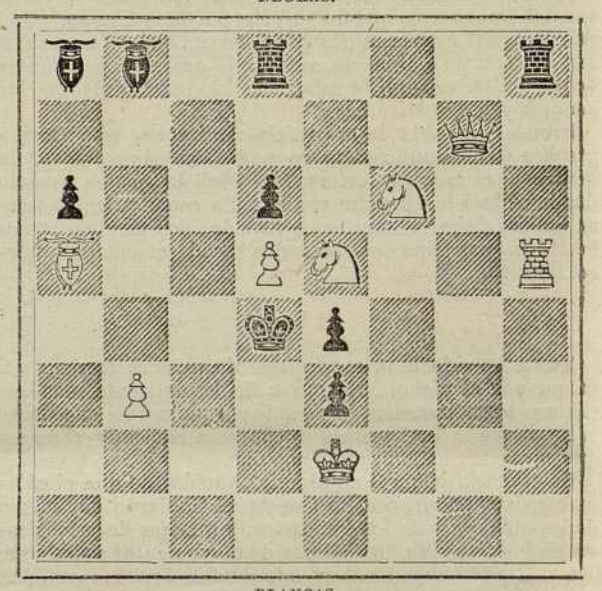
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 104.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 8.ª C.R.	R.ª 3.ª A.R.ª
2.ª R.ª 8.ª C.R.ª	Cualquiera.
3.ª C. 6.ª A.R. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 105, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Soluciones exactas al Salto del Caballo inserto en el número 39.

Despues de publicada la que presentamos en el número anterior, se nos han remitido otras dos, una por la Srta. D.ª Mercedes Castilla, suscritora en Albacete, y otra con las iniciales J. M. F.

MATILDE

Ó EL ANGEL DE VALDEREAL.

Novela original de la Señora Doña Faustina Saez de Melgar.

Esta interesante novela es un episodio histórico de la guerra civil en los campos de la Mancha; forma un hermoso volúmen con cinco magníficas láminas, grabadas por los mejores artistas de Madrid. Se vende á 2 pesos cada ejemplar, en la redaccion de EL SIGLO, calle de Sta. Clara, n.º 41, en la Habana, y en España, en las oficinas de LA MODA ELEGANTE.

ANIANA O LA QUINTA DE PERALTA.

Va precedida esta novela de la biografía de su autora doña Faustina Saez de Melgar, por don Juan Eugenio Hartzenbusch, y un prólogo de Fernan Caballero.

Este lindo volúmen se halla de venta al precio de 12 rs. en toda España, en las principales librerías de Madrid; y en la Habana, en la redaccion del periódico EL SIGLO.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 43

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones:—Entredos al crochet.—Platillo de cordon.—Chaqueta de fulard blanca.—Trage princesa para niña de 8 á 10 años.—Chaqueton de otoño y de invierno.—Trage para niña de 4 á 6 años.—Trage de tafetan violeta.—Enagua de tegido de lana.—Trage de popelina gris.

Un episodio del primer viaje al rededor del mundo.—La vida de la muerte.—A Sofía Esteves.—Recuerdos juveniles.—Logogrifo.—Problemas de ajedrez.—Lámina de tapicería.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Entredos al crochet.

Este entredos, atravesado por dos cintas estrechas de terciopelo, se hace de hilo mas ó menos fino, segun el uso á que se le destina; hecho de hilo algo mas grueso, se aplicará como guarnicion encima del dobladillo de una enagua, con hilo fino se le utilizará para diferentes objetos de ropa blanca.

Se principia por el medio, es decir, por los dobles círculos, haciendo una cadeneta de 18 puntos, el último de los cuales se reune con el primero, lo cual forma un círculo, despues del cual se ejecuta un segundo círculo igual; se cubren ámbos haciendo sobre cada uno 25 puntos sencillos puestos *á caballo*. Se fija la hebra, y se corta. Se vuelve á empezar de nuevo hasta tener un número suficiente de dobles círculos. Se los reune con las vueltas siguientes:

1.ª *vuelta*. — Un punto sencillo sobre cada uno de los 3 puntos del medio de un círculo,—* 3 en el aire,—1 sencillo sobre cada uno de los 3 puntos del medio del segundo círculo. Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*. — Un punto sencillo sobre cada uno de los 8 primeros de la vuelta anterior,—7 en el aire,—un punto-cadeneta en el 2.º de los 8 puntos sencillos que se acaban de hacer, dirigiendo por consiguiente la fila de puntos en el aire de izquierda á derecha para formar un feston, —* un punto en el aire, luego, volviendo atrás sobre el feston, se ejecuta un punto sencillo sobre cada uno de los 3 primeros puntos de este feston,—2 sencillos en el punto del medio del feston, —1 piquillo compuesto de 5 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el primero de ellos,—otro punto sencillo en el del medio del feston,—1 sencillo sobre cada uno de los 3 puntos siguientes, — un punto-cadeneta en el último de los 8 puntos sencillos hechos al principio de esta vuelta,—un punto sencillo sobre cada uno de los 6 puntos siguientes de la vuelta anterior, — 7 en el aire, — un punto-cadeneta en el primero de los 6 puntos que acaban de hacerse. Vuélvase desde *.

CINTURON CON BANDAS.
(Véase su explicacion en la hoja de patrones.)

Platillo de cordon ó trencilla de lana.

Se ejecuta de ida y vuelta, limitándose á hacer buclecillos de feston sobre un cabo de trencilla que tenga el largo necesario para la fila, la cual está determinada por el tamaño del platillo que se quiere poner debajo de una lámpara, de un candelero, de una copa. Se principia la labor por una fila de buclecillos, es decir, que se cosen uno con otro los extremos de 2 trencillas (una del largo necesario para la de buclecillos, y la otra para ejecutar buclecillos separados por un intervalo de un tercio de centímetro). En la 2.ª vuelta los buclecillos se hacen sobre la misma trencilla que las de la vuelta anterior, es decir, que cada buclecillo entre dos de la vuelta anterior en la direccion opuesta. La 3.ª vuelta se hace sobre un nuevo pedazo de trencilla, pero los buclecillos deben ligarse con los de la vuelta anterior (véase el dibujo). Se repiten la 2.ª y 3.ª vuelta, hasta que el platillo tenga el tamaño necesario. Se le rodea con un cordon estrecho, cuyos dos pedazos se emplean en hacer la 1.ª y la 2.ª de las vueltas arriba indicadas.

Chaqueta de fulard blanco.

Hoy nos ocuparemos solamente de la guarnicion de esta chaqueta, cuyo patron hemos dado muchas veces. — Esta guarnicion se compone de tiras al sesgo (del mismo tegido que el de la chaqueta) que tenga 2 centímetros y medio de ancho, fijadas en el sitio que han de ocupar por vivos sin cordon, luego adornadas de cuentas gruesas de cristal tallado, rodeadas de otras mas pequeñas de ámbar, con cascabelillos de lo mismo; un dibujo especial reproduce una parte del *collar*, ó mejor dicho, de la guarnicion del escote en tamaño natural; esta guarnicion se hace con tiras cortadas al sesgo y bordadas de cuentas. Con este motivo diremos que se hacen muchos collares de estos iguales á los trages y que este es uno de los mas lindos; se los pone sobre el corpiño montante sin coserlos á él y atándolos con un lazo por delante ó por detrás. Publicamos además un lazo en tamaño natural, correspondiente al *collar*, y colocándose tambien á modo de hombreras; todo esto ejecutado con tafetan negro y cuentas negras, convendria perfectamente á un trage de *bizantina* ó de tafetan negro.

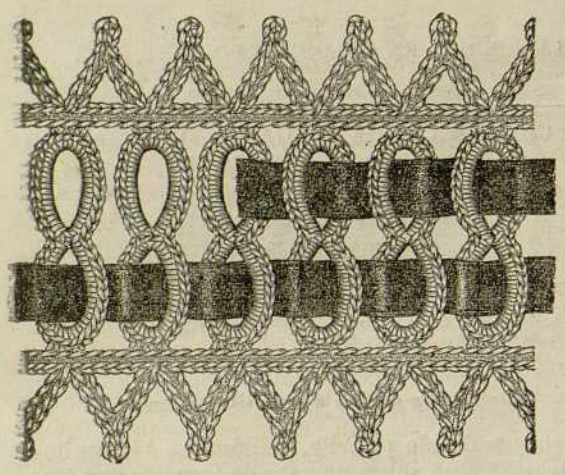
Acompaña á este número el patron n.º 12 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

Trage Princesa para niña de 8 á 10 años.

Figs. 1 á 5 del patron.

Este trage, hecho de tafetan azul (ó cualquiera otra tela de otoño ó de invierno), lleva por toda guarnicion tiras cortadas al sesgo de 2 centímetros de ancho, de tela igual á la del trage; esta tira, cosida por el revés, se redobla al derecho, luego se adorna en el medio con botoncitos de azabache; debajo del borde del trage se cose un volante plegado, de nansouk ó cachemira sirviendo de zagalejo.

Se cortan en tafetan y percalina (forro) dos pedazos por cada una de las figs. 1, 2, 3, la espalda entera por la fig. 4, que representa su mitad; cada una de estas figuras debe prolongarse segun el talle de la niña. Se prepara la manga por la fig. 5. Debajo del borde de cada delantero se añade una tira de percalina de 3 centímetros de ancho; se hacen los ojales en el lado izquierdo, se fijan los botones en el derecho, se cosen juntos los delanteros desde el borde inferior hasta la estrella de la fig. 1, el de la derecha cruzando sobre el opuesto en un espacio de 2 centímetros, y allí se cosen botones de azabache. Se hace en cada figura la nesga indicada, luego se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales; se forman los pliegues de detrás juntando las cruces y los puntos que llevan las mismas letras; sobre estos pliegues se ponen 2 botones. Por dentro se guarnece el borde de los pliegues con una tira estrecha de percalina. El borde inferior del trage se guarnece con la tira al sesgo arriba descrita. La manga, cosida desde 11 hasta 12, se fija en la sisa (guarnecida de un vivo) juntando las cifras iguales.



ENTREDÓS AL CROCHET.

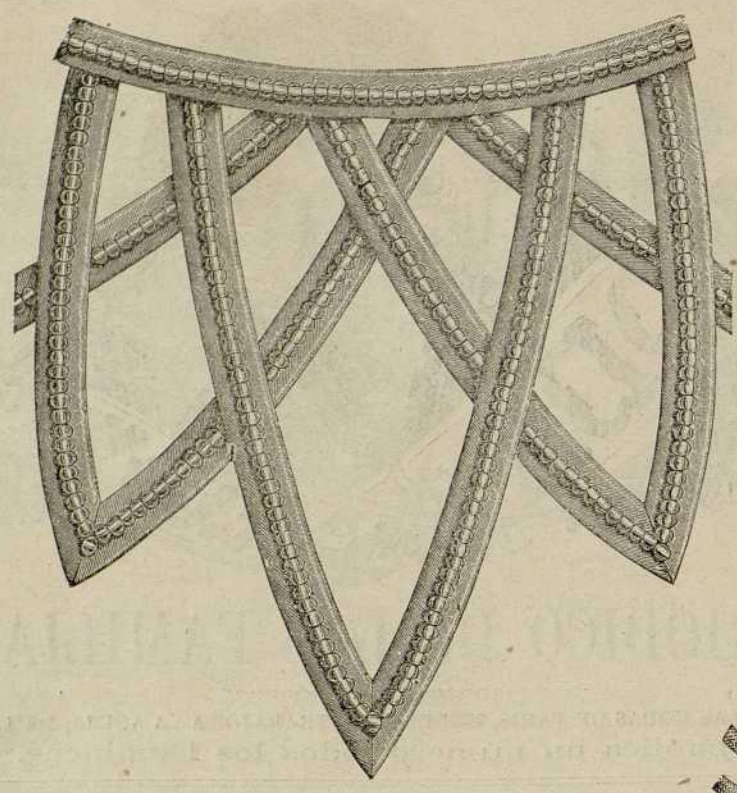
Chaqueton de otoño y de invierno.

Figs. 6 á 12 (recto) del patron.

Este pardesús se hace de lana chiné, negro y blanco, adornado con costuras pespunteadas, ejecutadas con seda blança, y con botones de nácar blancos. Los ojales son figurados; los de delante solo son reales; los primeros se imitan con un vivo de tafetan blanco. Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 6 y 7; sin embargo, el delantero de la izquierda se corta solamente hasta la línea continua de la figura 6. La espalda y el cuello se cortan enteros por las figs. 8 y 11 que representan sus mitades. Para cada manga se cortan dos pedazos por la fig. 12, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Detrás del delantero de la derecha se pone una tira de lustrina negra de 8 centímetros de ancho, para asegurar la solidez de los ojales. Se ejecutan estos con arreglo al dibujo que representa la abertura de los ojales orlada con una tira de tafetan cortada al sesgo, que tenga centímetro y medio de ancho; estas tiras se cosen por el derecho á punto atrás, luego, cuando se ha doblado un poco los lados transversales de la abertura se fijan las tiras por el revés del chaqueton.

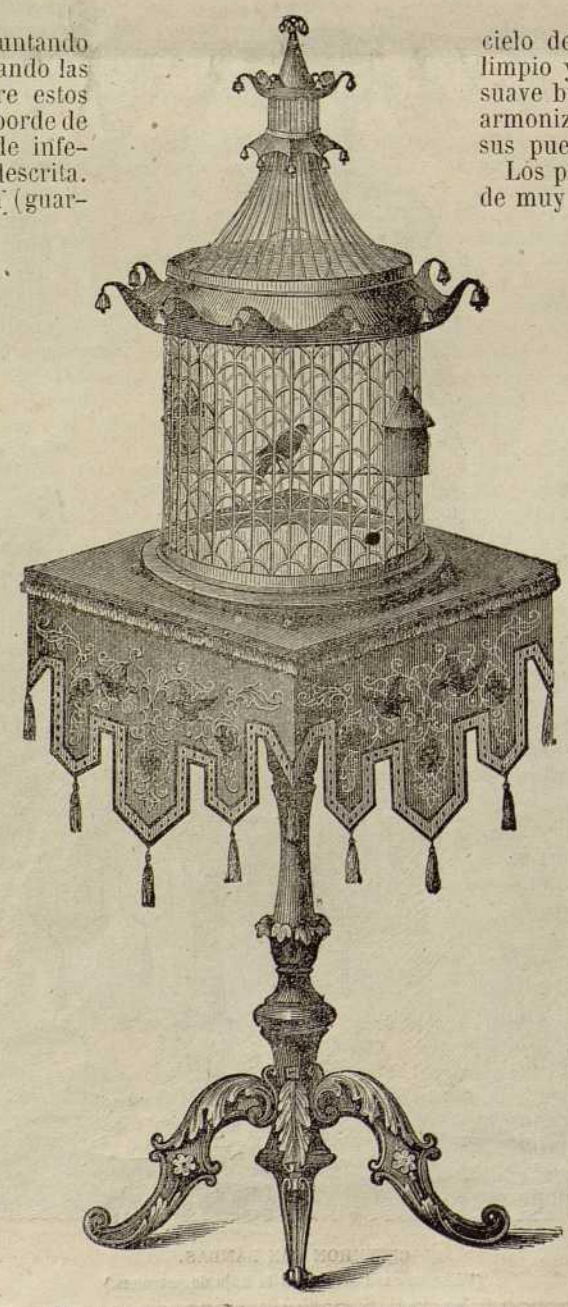
Se hace en cada delantero la abertura destinada á la faltriquera (indicada en la fig. 5), se cubre esta con la carterilla, que se ha forrado de lustrina y se ha pespunteado, luego se la fija juntando las cifras 24 y 25, la cruz y el punto.

Por la parte interior se la ha puesto un bolsillo de 12 centímetros de alto. En la espalda se hace una abertura desde 22 hasta 23, luego se pone sobre uno de los lados de la carterilla (fig. 9), y se ejecutan todos los ojales *imitados* por vivos de tafetan blanco; todos los pedazos se reunen á punto atrás. Las costuras se sientan y se sobrecosen. Se pone en el escote el cuello recto forrado de lustrina, juntando las cifras iguales. Se redobla el contorno del chaqueton un centímetro y se pespuntea por el derecho.—



COLLAR DE LA CHAQUETA DE FULARD BLANCO, EN TAMAÑO NATURAL.

Las carterillas se cosen en la espalda. Las costuras se cubren por el revés con una tira estrecha de lustrina; debajo del borde inferior se pone una tira de lustrina cortada al sesgo. Las dos mitades de cada manga se cosen juntas desde 28 hasta la estrella, desde 30 hasta 31; se pespuntea desde la estrella hasta el borde inferior el lado de encima de la manga, luego tambien el borde inferior, y en fin se cose la mitad de debajo de la misma, y se hacen en ella las imitaciones de los ojales. En el borde inferior de la manga se pone una tira de lustrina de 8 centímetros de ancho; se forma un pliegue en el borde inferior de la manga poniendo la cruz sobre el punto, luego se la fija en la sisa 31 sobre 31.



LAMBREQUIN DE PAÑO PARA GUARNECER UNA MESA.
(El dibujo y explicacion en la hoja de patrones.)

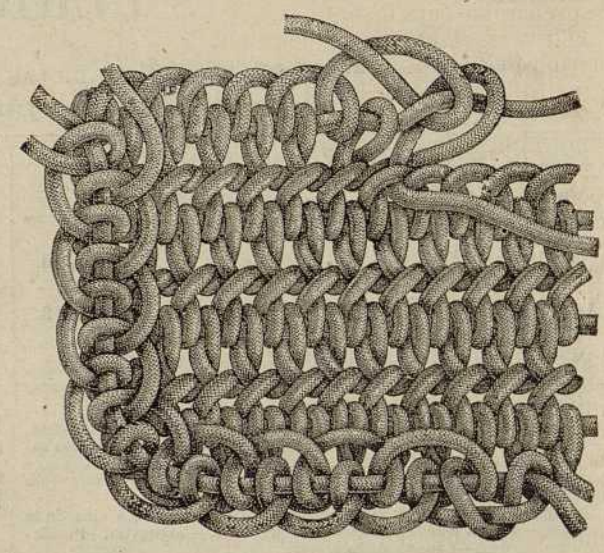
UN EPISODIO
DEL
PRIMER VIAGE ALREDEDOR DEL MUNDO.

Insertamos con mucho gusto el siguiente *Episodio del primer viage alrededor del mundo*, produccion bellísima que ha publicado *El Comercio*.

La importancia de un suceso tan grande, cuyo éxito constituye una de las mas legítimas glorias de la marina española, está aquí realzada por la circunstancia de haber partido la famosa expedicion de un puerto de nuestra provincia, esto es, de Sanlúcar de Barrameda.

Damos pues nuestro mas cordial parabien por esta nueva prueba de su ingenio, á nuestro buen amigo el ilustrado Sr. D. José María Franco de Teran.

"El dia 20 de Setiembre de 1519, el hermoso



PLATILLO DE CORDON Ó TRENCILLA DE LANA.

cielo de la bella ciudad de Sanlúcar de Barrameda, apareció limpio y despejado, y el perfume de sus floridos verjeles, la suave brisa matinal y el alegre canto de las parleras avecillas, armonizaban el mágico cuadro con que la naturaleza abre allí sus puertas en los risueños dias del plácido Otoño.

Los pacíficos habitantes de la ciudad habian abandonado desde muy temprano el perezoso lecho y discurrian por calles y plazas formando corrillos que se deshacian en un lado para volver á aumentarse en inmediato punto. Aquí, veíase un robusto mozo de tostado semblante, cubierto con el característico trage de la mar, rodeado de niños y mujeres que le asediaban á preguntas, le estrechaban las manos, dirigiéndoles miradas de admiracion y lástima á la vez. Allí, un curtido veterano, retorciéndose el prolongado mostacho, y con voz fuerte y acentuada, hacia las delicias de otro grupo que le escuchaba con asombrados ojos y actitud conmovida, la relacion de algun episodio en la azarosa vida militar. En otro lado, tiernos abrazos de despedida, amargas lágrimas de desconsuelo mezcladas con estas frases entrecortadas por los sollozos: *Sabe Dios el que volverá: Yo ya no estaré vivo: Cuidado con mi hijo*: que eran contestadas con robustas voces de entusiasmo, dando ánimo á los desfallecidos y energía á los pusilánimes.

¿Qué ocurria en esta hermosa ciudad? ¿Qué desgracia la amenazaba? Qué acontecimiento grande iba á realizarse en su recinto? Sigamos á los primeros grupos y pronto sabremos la causa de aquel extraño movimiento.

Al salir á la deliciosa playa, descubríanse cinco hermosas naves fuertemente ancladas en el fondeadero de *Bonanza* y colocadas por el órden siguiente: la *Trinidad*, donde ondeaba la insignia de almirante y que mandaba el famoso Magallanes, siguiendo despues la *San Anton*, *Santiago*, *Virgen de la Concepcion*, y por último, la hermosa *Victoria* que se mecia suavemente sobre las tranquilas ondas ostentando su gallarda forma y primorosa construccion.

La muchedumbre crecia y se apiñaba en todo lo ancho de la estensa playa, y los mas curiosos corrian á tomar las alturas de las graciosas colinas que la rodean. Era de ver aquella multitud de cabezas, irguiéndose y agitándose con frenético entusiasmo aquellos brillantes colores que ostentaban en sus variados trages, las hermosas hijas del risueño Betis; los opuestos caballeros que en briosos corceles y formando grandes cabalgatas, apretando los acicates, se acercaban hasta penetrar en las aguas del caudaloso rio. Todos querian presenciar la salida del atre

vido Magallanes, con su famosa escuadra, para realizar la empresa mas grande que humano entendimiento hubiera jamás concebido. Se proponia este intrépido marino recorrer las inmensas soledades del grande océano, y pasando la parte occidental del temido Cabo de Hornos, continua por aquel ignoto mar; que jamás habia surcado quilla alguna.

Desde las primeras horas de la mañana notábase grande agitacion y movimiento en el fondeadero de Bonanza, las pequeñas canoas nevegaban velozmente del muelle al costado de los buques, ya llevando á los rezagados, ya conduciendo los últimos aprestos y vituallas.

Las doce de la mañana era la hora señalada para levar anclas, y ya próximo aquel momento apareció en el alcázar de popa de la *Trinidad* un hombre de estatura mas que mediana, mirada inteligente y viva, luenga y espesa barba, que con tranquilidad suma, ademanes insinuantes, voz reposada unas veces, tonante otras como el eco de la tempestad, daba sus órdenes y se preparaba para la hora convenida.

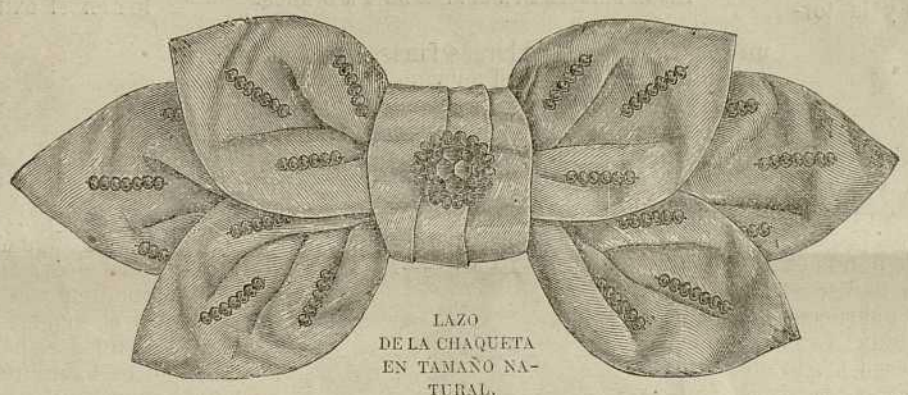
Este era el noble y experimentado marino Fernando de Magallanes, gefe principal de la expedicion; á su lado veíase la digna figura de un jóven, ágil como el mas ligero grumete y fuerte como el mas endurecido marinero, parecia su eficaz apoyo y como el brazo auxiliar de la inteligencia de su almirante: de corta estatura, enjutos, pero rígidos músculos, cabellera rubia como el oro y enteramente rizada, tostada y dura piel; este activo y superior marino era el renombrado piloto Juan Sebastian Elcano, natural de Guetaria de Guipúzcoa: su genio infatigable, su valor á toda prueba y acrisolada honradez, le hacian digno del importante puesto que su noble gefe le confiaba.

Sonó por fin el momento temido por unos y deseado por otros, de lanzar las naves á la atrevida expedicion. La capitana desplegó la imperial bandera en su recurva popa, afirmándola con un cañonazo: aquella señal, como si hubiera sido la voz de un genio dominador de aquel recinto, hizo cambiar de aspecto este hermoso cuadro. Los minaretes, las torres y azoteas de la opulenta ciudad, cuajáronse de banderas y gallardetes de caprichosos colores, lanzándose al aire multitud de cohetes y otros fuegos de artificio para aquel caso preparados. Los demás buques repitieron el cañanazo de la capitana, y empezaron á ponerse en movimiento ejecutando cada uno sus maniobras con una precision admirable.

Ta multitud, estendida por la ancha y dorada playa, lanzó un grito compacto, unánime, que se prolongó por los horizontes y las baterías de *Santiago* y del *Espíritu Santo*, aumentaban con sus repetidas detonaciones la armónica confusion de aquellos instantes.

Pero ¡ah! ¡Cuán distinta era la causa, cuán opuesto el sentimiento que movia á los unos, que impulsaba á los otros, en aquellas frenéticas exclamaciones! Era en estos el noble osgullo del sentimiento patrio que se levantaba satisfecho al ver partir para tan grande empresa á muchos hijos de esta privilegiada poblacion: era en aquellos el amor de padres que veian separarse tal vez para siempre á los pedazos de su alma; eran las siempre leales esposas que contemplaban con dolor alejarse de su lado al hombre que habia hecho su felicidad; era tal vez la desgraciada amante que próxima á estrechar para siempre la mano del objeto de su amor, lo ve alejarse perdida la esperanza de poderle algun dia llamar su esposo. Y aquellos duros y tostados semblantes, de los intrépidos marinos de la escuadra, permanecian al parecer impávidos á la vista de tan conmovedora escena, escuchando con noble resignacion los dolorosos gritos de sus padres y esposas, de sus hijos y hermanos, de sus cariñosos amigos ó deudos; y si alguna lágrima, brotando involuntariamente de sus limpias pupilas, venia á rodar por la tostada megilla, ocultábanla rápidamente, avergonzados de un instante de aparente debilidad.

CHAQUETA DE FULARD BLANCO (POR DETRAS).



LAZO DE LA CHAQUETA EN TAMAÑO NATURAL.

En una pequeña lengua de tierra que avanzaba por la ensenada, veíase un grupo interesante á la vez que conmovedor. Un noble anciano, encorvado por el peso de sus muchos años, apoyaba la cabeza sobre un alto cayado, y su mirada triste fijábase con insistente afan en la popa de la *Trinidad*. Delante tenia una mujer casi de su edad, que descansaba su débil cuerpo sobre los robustos hombros de una hermosísima jóven; á los lados del anciano, de rodillas y extendidas las manecitas hácia el buque, veíanse dos pequeños niños como dos ángeles del cielo; un enorme perro de finísimas lanas y de inteligente cabeza, clavaba la vista en el mismo punto que la tenian sus amos. La *Trinidad*, en aquel momento, pasó su costado frente á esta interesante familia; el noble anciano cayó de rodillas é instintivamente, bendijo al buque que pasaba; un torrente de lágrimas, hasta entonces comprimidas, brotó en raudales de los ojos de aquellos infelices y un coro armónico, celestial, indescriptible, salió de aquellas bocas exclamando: *Adios, Juan.—Adios, hijo mio.—Querido padre.—Esposo del alma.*—El movimiento precipitado de un lienzo blanco pareció contestar en aquel instante desde la *Trinidad*. Un prolongado agudísimo quegido dominó instantáneamente las tiernas exclamaciones del grupo, el enorme perro sacudió violentamente la cabeza, dilatóse su ancha nariz y rápido, veloz como el rayo, lanzóse en medio de las aguas, luchando con valiente empeño hasta aproximarse al costado de la capitana; un objeto pareció salir de aquel buque como arrojado al pobre animal quo orgulloso y satisfecho volvió nadando precipitadamente hasta entregarlo á los piés de sus amos.... Era el pañuelo con que Juan Sebastian Elcano habia secado dos gruesas y ardientes lágrimas, arrancadas por los ayes de su familia del corazon de aquel héroe de la mar....

En Setiembre de 1523 habia llegado al sesto de sus dias, y en la tarde de que nos vamos á ocupar el astro rey, próximo á hundirse en las inmensidades del Océano, dejaba tras de sí gran tristeza en los habitantes de la ciudad de Sanlúcar. La noche amenazaba ser terrible: una de esas tempestades que mueren con frecuencia en la desembocadura del Guad-el-Kevir, venia desde media tarde contristando el ánimo de aquellos moradores: la atmósfera se hacia cada vez mas pesada y asfixiante; las nubes que se apiñaban empujadas por el viento del Sur, formaron ya al ocultarse el sol, una densa masa, que como fúnebre manto parecia envolver las extensas orillas del *gran rio*.

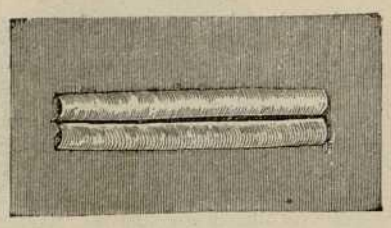
Los negros vencejos y las rastreras golondrinas, presintiendo el estallido de la tormenta, acudian precipitadamente á ocultarse en sus pequeños nidos. Por la entrada de la *barra*, las *jábegas* y demás pequeños buques pescadores con sus largas velas latinas avanzaban rápidamente semejando blancas gaviotas que buscaban refugio en las ocultas cabidades de aquellas negruzcas peñas. El mar con su amarillento color y fosforescentes ráfagas, anunciaba tambien el terrible fragor de próxima tormenta.

La noche cerró completamente: las primeras gotas precursòras de la tempestad empezaron á crujir sobre el pavimento de las calles: á esta última y significativa señal, las puertas y ventanas que aun permanecian abiertas, cerráronse sucesivamente resonando su eco como los últimos ayes del moribundo.

En el extremo Norte de la cordillera que en forma de anfiteatro sirve de asiento á la ciudad, levantábase una modesta casita de un solo piso, colocada fuera de la línea que formaban los últimos edificios del arrabal del Norte de modo que casi podia decirse estaba aislada sin que se hallara fuera de la poblacion. Era de notar que en aquel pobre albergue no se hubiesen tomado las precauciones que en las demás casas; y su puerta permanecia entreabierta lo mismo que la ventana que caia del lado de la playa. El interior se hallaba amueblado con una sencillez que caminaba ya hácia la miseria. En el fondo y frente á la ventana recostado sobre viejo sitial de baqueta, se ha-

CHAQUETA DE FULARD BLANCO (POR DELANTE).

TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (POR DELANTE).



ORLA DEL CHAQUETON.

TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (POR DETRAS)

llaba un hombre de edad ya octogenaria, de aspecto noble y bondadoso pero tristísimo semblante; dos mujeres, una en el invierno de la vida y la otra bastante jóven aun, hilaban en sus ruecas sentadas al lado del anciano, y una niña de aspecto angelical y tímido dormia sobre las rodillas de la mas jóven. En aquel momento una luz inmensa desgarró el espeso horizonte é iluminó todo el espacio, dando un tinte vivísimo al cuadro que hemos reseñado; horrible estruendo se dejó sentir poco despues y la tormenta comenzó con toda su furia.

Al sonido del trueno, un niño de 10 á 11 años apareció en la pequeña sala llevando ámbas manos ocupadas con un farolito en la una, que despedia una luz rojiza, y en la otra una pequeña llave.

—Abuelito, exclamó con tono brioso y ademan resuelto; voy á poner la señal en la torrecilla como ofrecí á padre Juan cuando se marchó, y va muy bien preparada para que la luz no se apague.

—Bien, hijo mio, bien; ve y baja pronto, pues vamos á empezar el Trisagio, para que cese la tormenta y luego á rezar por tu padre como todas las noches.

—Y por los pobrecitos que con él se fueron que tambien son hijos de Dios, dijo la argentina voz de la niña á quien el trueno habia despertado.

—Mira, Juan, añadió el anciano, mira que te dejas aquí á Delfin y está gruñendo por que quiere subir contigo.

El bueno de Delfin, que era un soberbio perro de largas lanas, como si hubiera entendido las frases del anciano le lamió las manos con cariño, y el perro y su pequeño amo desaparecieron por la puerta del lado que daba á la torrecilla. A los pocos instantes, un relámpago terrible seguido instantáneamente del temido trueno, hizo incorporar á las dos mujeres y á la pobre niña que se agarraron instintivamente á las manos del abuelito.

—Juan! gritó la madre de este, baja, hijo mio, baja pronto.

Pero el niño no contestaba.

—Juan! volvió á gritar la pobre madre; Juan, repitieron todos, baja y vente con nosotros que queremos estar juntos.

El mismo silencio siguió á estas exclamaciones.

Ya la madre se preparaba á dejar la habitacion para buscar á su hijo cuando este apareció en la puerta seguido de Delfin.

Mamá, abuelito, exclamó: he estado viendo una luz en el extremo de la *barra* frente de la punta de *Mal-andar*, y la he visto moverse mucho, como si estuviese dentro de un barco. – ¿Abuelito, si serán algunos pobres navegantes que se estarán ahogando?

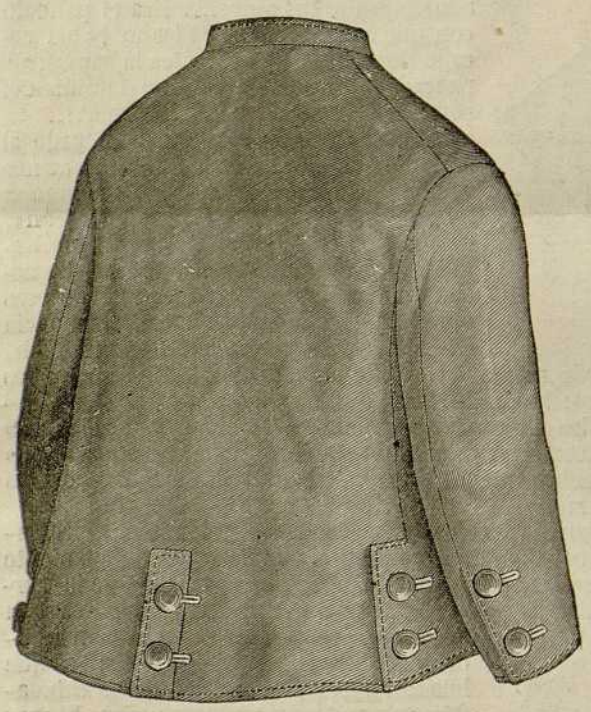
—No, hijo mio, no; esa luz que tú crees ver en el mar es la del fuerte del Espíritu Santo que el viento la hace parecer flotando.

—Desgraciado del que el viento haya traido en medio de esos escollos ó haya cometido la imprudencia de abordarlos: solo conozco un hombre capaz de salvar esa barra en una noche como esta, pero ese hombre....

La voz del anciano se ahogó en su garganta y las lágrimas interrumpieron sus frases.

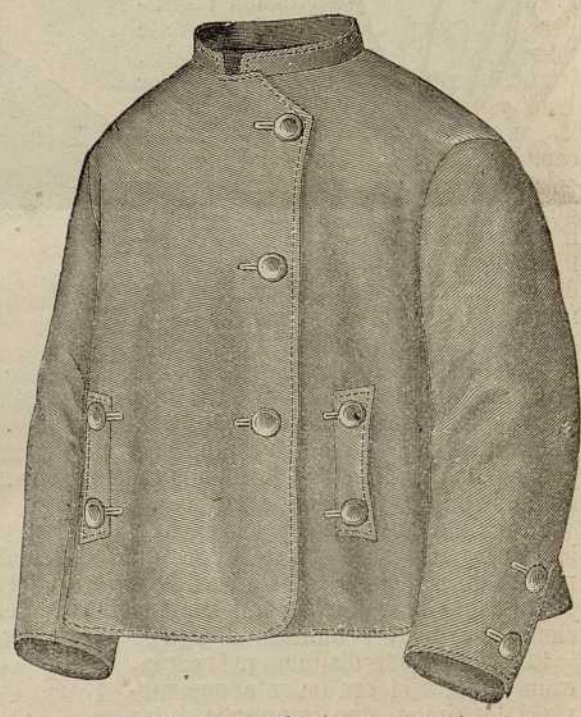
—Ea, á rezar, dijo reponiéndose, y á pedir á Dios por los desgraciados.

Mas de dos horas habian pasado desde esta escena y ya la buena familia se preparaba para entregarse al sueño; pero el pequeño Juanito negábase á ir á la cama contra su costumbre de obediencia ciega á su ma-

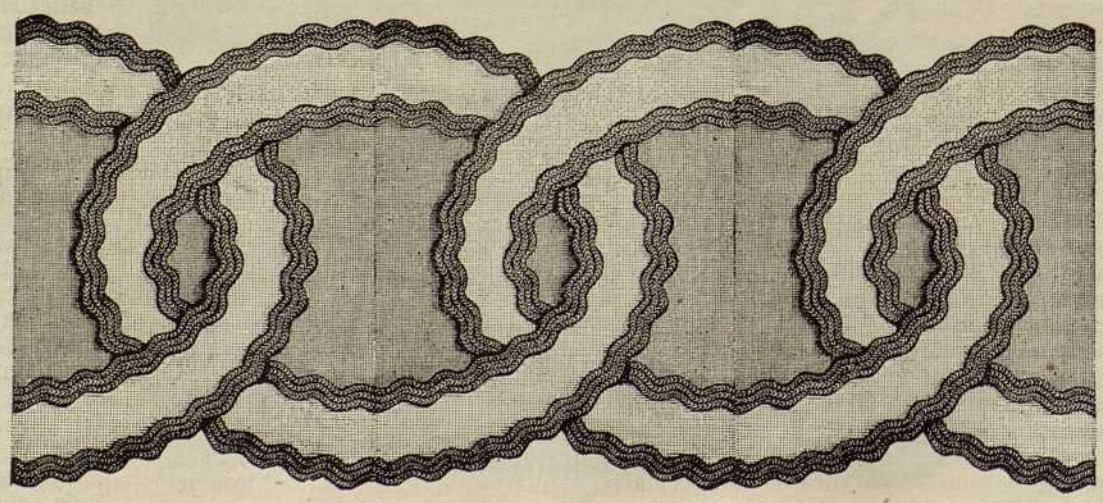


CHAQUETON DE OTOÑO (POR DETRAS).

TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.



CHAQUETON DE OTOÑO (POR DELANTE).



GUARNICION EN TAMAÑO NATURAL DEL TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 Á 6 AÑOS.

dre y abuelos.

—Cerrad la puerta y á dormir, dijo el abuelo con el tono decidido del jefe, acostumbrado á que se le obedezca; despachad pronto y que Dios os de buenas y santas noches: cerrad con fuerza, pues aunque la tormenta ha cedido no es extraño, que venga á sorprendernos algo mas tarde.

—Pero, abuelo, si no tengo sueño ninguno ni nadie lo tiene, ni siquiera el Delfin que es tan dormilon desea que le acueste esta noche.

—Vamos á quedarnos á velar hasta las doce que se duerme el abuelito? indicó la niña.

Como medio de conciliar las pretensiones de los contendientes y arreglar el asunto, se interpuso la madre exclamando:

—Vamos á rezar una salve á la Vírgen y á pedirla como siempre por la vuelta de nuestro pobre Juan y despues nos iremos todos á descansar.

Acojido el pensamiento unánimemente, postráronta del todo antes que el anciano concluyese su indicacion.

Un grupo numeroso de hombres se dibujaba en el exterior á la dudosa luz que despedia la lamparilla colocada al lado de la imágen de Nuestra Señora: los hombres fueron penetrando en el aposento hasta el número de diez y siete: su aspecto era el de rudos marineros endurecidos por las privaciones y el trabajo; sus largas cabelleras y sus prolongadas barbas, al par que lo deteriorado de los vestidos parecia indicar que habian traido una penosa navegacion.

—Sentaos, señores, donde podais y descansad, dijo el anciano; y vosotras añadió dirigiéndose á las mujeres, preparad un poco de café para animar á estos honrados compañeros. Tú, Juanito, cierra aquella puerta, pues el frio se siente demasiado.

La robusta voz de uno de los marineros detuvo al niño exclamando:

—Hacedme el favor de esperar un momento, porcano? vive? dónde está? qué habeis hecho de él?

—Vuestro hijo vive, prorumpieron á un tiempo todos los marineros; vuestro hijo vive, añadió uno de ellos, para gloria de la Marina Española.

—Y dónde está? gritó toda la familia.

Una noble figura se destacó del dintel y avanzando dos pasos hácia el interior, descubriendo su hermosa cabeza, exclamó:

—Aqui estoy, padres queridos, esposa adorada, hijos de mi alma: aqui está vuestro adorado padre.

Un simultáneo impulso de los mas grandes, de los mas sublimes que conmueven el corazon humano, dirigió aquella interesante familia, á agruparse en derredor de su ídolo; y los ancianos padres, y la leal esposa, y los tiernos niños, estrechaban contra su seno, con frenético delirio, á aquel hombre objeto de su mas tierno, mas puro y acendrado cariño, á quien tal vez habian juzgado ya perdido para siempre. Las lágrimas y los sollozos se confundian con los redobla-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan violeta, con guarnicion de tafetan negro, galones de pasamanería y borlitas. Paletot de tafetan negro adecuado á la guarnicion.

Enagua de tegido de lana color castaño liso. — Trage corto dentado, con paletot igual de *knickerbocker* francés, color castaño, con chiné naranjado. Paletot igual.

Trage de popelina gris, con puntitas de tafetan gris de un punto de color mas oscuro. Paletot exactamente del mismo color.

se todos de rodillas ante la pequeña imágen de Nuestra Señora del Cármen que sobre una modesta mesa de pino descansaba.

Apenas habia espirado la última frase de la sublime oracion, en los labios de aquella honrada familia, dos fuertes golpes sonaron en la puerta de la calle: un prolongado aullido de Delfin, que ya antes habia avanzado hácia ella, se confundió con aquel sonido; Juanito incorporándose rápidamente se dirigió á abrir la puerta, pero el anciano lo detuvo exclamando:

—Espera, Juan, preguntaremos quién llama á estas horas.

A esta indicacion contestaron desde afuera:

—Unos pobres marineros que buscan albergue por esta noche.

—Abre, Juanito, y que pasen esos desgraciados.

El niño no se hizo esperar y la puerta quedó abierque faltan aun algunos compañeros que no tardarán en llegar.

—Sea así, dijo el abuelo y dirigiéndose al que acababa de hablar le preguntó:

—Ha sido muy largo vuestro viaje?

—Sí señor, contestó el marinero interpelado, bastante largo.

—El mayor que se ha hecho sobre la tierra, añadió otro marinero.

—Y en qué buque habeis navegado?

—En el mejor buque que ha surcado los mares, señor, dijo con arrogancia el primer marinero. En la *Victoria*.

Al oir este nombre, el anciano se levantó de repente; las mujeres que entraban en aquel momento, avanzaron hácia el marinero interlocutor exclamando:

—En la *Victoria!* y mi hijo? ¿y Juan Sebastian Eldos ladridos del leal Delfin, que saltaba como movido de un vértigo de alegría.

Para realzar mas la ternura de este sublime cuadro, el numeroso grupo de marinos, que rodeaba á la familia, mezclaba con ella los sollozos y las lágrimas que ninguno se esforzaba en ocultar.

En medio de esta tierna excitacion la vibradora voz del ilustre marino, aquella voz tonante que habia dominado las borrascas se alzó sobre todos, pero tierna, conmovido por los dulces sentimientos que brotaban de su corazon.

—Postrémonos todos ante el Dios de la Misericordia, dijo.

Y cayendo de rodillas rodeado de su familia y de sus compañeros, doblaron la cabeza, mientras él continuaba en alta voz:

—¡Señor, yo que he visto tu poder y tu grandeza

en las soledades del inmenso Océano, yo que he admirado la fuerza y la omnipotencia de tu diestra, armada con el rayo de las fragorosas tempestades, yo que he circundado el mundo entero sobre frágil leño, guiado por el impulso de tu santa inspiracion, te doy gracias, Dios mio; porque despues de tres años de trabajo, de lucha y privaciones, me recompensas con estos instantes de celestial alegría en que me veo rodeado de los mas tiernos pedazos de mi alma, de todo lo que mas amo en el mundo! ¡Y vos, Madre mia, cuya santa imágen he invocado tantas veces en lo mas recio del peligro, vos habeis velado por mi pobre familia, y me la devolveis ahora, sana y salva de todo mal!

Un murmullo de comprimidos sollozos, fué el eco que contestó á este noble rasgo de sentimiento religioso, que salió puro y espontáneo del ancho pecho del marino católico.

Un viejo, de calva frente, agigantada estatura, negras y brillantes pupilas secándose con el dorso de sus callosas manos dos gruesas lágrimas, lanzó un prolongado suspiro y habló de esta manera:

—Soy hijo de la mar, como tú sabes, Juan Sebastian, no he conocido mas hogar que la nave donde he tomado plaza, ni mas familia que mis compañeros de dotacion: he visto morir en la isla de Cebú á nuestro gran Magallanes, he presenciado la negra traicion de Alvaro de Mezquita, la separacion del *San Antonio* y la pérdida de toda la expedicion en los tres años que ha durado nuestro viage: pero jamás habia sentido de esta manera: hasta este momento no sabia que yo podia llorar como los demás hombres.

Embargada la voz, Miguel de Rodas, maestre de la *Victoria* que era el que así hablaba, se repuso un momento, enjugó su llanto y continuó con tono conmovido:

—Ese Dios que te reservaba para la gran empresa de recorrer antes que nadie el mundo entero, ese Dios que te da en este momento la recompensa de tus trabajos, me ha dado á mí el dulce consuelo de las lágrimas y me hace ver una nueva luz. ¡Juan, Sebastian, compañeros mios, quiero abandonar mi indiferencia, quiero confesarme y ser católico de corazon!

Dijo, y cayendo á los piés de la pequeña imágen del Carmelo, oculta entre las anchas manos aquella blanca y robusta cabeza, siguió derramando un torrente de lágrimas....

Pocos dias despues, Juan Sebastian Elcano y sus diez y ocho compañeros eran presentados al emperador Cárlos V, cuyo augusto monarca recibiéndolos en medio de su córte, agasajó á todos y muy especialmente al insigne capitan, al cual declaró noble y donó quinientos ducados de renta, de por vida.

Tambien á Franco Albo, piloto, y Miguel de Rodas, maestre de la nao *Victoria*, declaró caballeros, señalándoles considerables rentas.

Asimismo, mandó el emperador, que la famosa *Victoria*, se conservara en reposo y con gran cuidado en el puerto de Bonanza para perpétuo recuerdo del primer viaje hecho al rededor del mundo.

JOSÉ M. FRANCO DE TERÁN.

LA VIDA DE LA MUERTE.

PRÓLOGO.

Este cuento es una historia.

. . . . . .

CAPÍTULO I.

DOS HOMBRES ORIGINALES.

Juan que apenas veia á su padre, aunque habitaban en la misma casa, le sorprendió una mañana á las nueve con su visita.

—¿Tú por aquí tan temprano? le dijo el autor de sus dias.

—Comprendo tu admiracion, y no me extrañará tu asombro cuando sepas el proyecto que aquí me trae, contestó Juan; pero es preciso que hablemos.

—En ese caso tomaremos juntos el chocolate.

—Sea.

Un criado sirvió el tradicional desayuno, el padre alargó una breva al hijo y envolviéndose en su bata y arrellanándose en una butaca próxima á la chimenea, se dispuso á oir á Juan por mas que adivinase de antemano la pretension del jóven.

Debo indicar cuanto antes que el padre de Juan era viudo, no muy viejo y bastante alegre.

Sus riquezas y la esfera en que vivia le habian colocado en la situacion de los hombres que *lo comprenden todo.*

Entre otras cosas comprendia las calaveradas de su hijo.

—Conque decíamos?... exclamó de pronto.

—Decíamos, contestó Juan, que hoy he celebrado una larga conferencia con mi médico.

—¡Cómo es eso... has consultado á la ciencia! ¿Estás enfermo?

—Me siento cansado, y he querido descansar un poco en casa del doctor.

—¿Eso quiere decir que necesitas dinero para pagarle la consulta?

—Lo necesito para eso y para algo mas.

—Explícate.

—Con mucho gusto, tú eres para mí un padre y un amigo, déjame que al segundo cuente mis cuitas para poder entenderme despues con el primero.

—Soy todo oidos, como dicen en las comedias.

—Mírame bien, y dí qué notas en mi rostro?

—Noto que vives demasiado aprisa.

—Pues bien, es cierto, he malgastado el tiempo, no he comprendido que al par que tu dinero derrochaba mi salud, he apurado todos los goces, he sentido todas las emociones de la vida, y de esto ha resultado que los años me han parecido minutos; pero como al fin y al cabo hay que ajustar cuentas con el tiempo, en el primer instante en que me he detenido á ajustarlas he visto que entre el *debe* y el *haber* de mi existencia hay un abismo inmenso.

—Y ¿estás arrepentido?

—Estoy enfermo. Se ha apoderado de mí el hastío, y este es el principio de la enfermedad que mata á los ricos.

—Es extraño que un hombre hastiado tema á la muerte.

—No, querido papá; no temo á la muerte: temo á la vida.

—¿Y por eso has ido á visitar al médico!

—He ido á visitarle porque conozco que mi fin se aproxima.

—Lo dices de veras?

—Te hablo con toda mi alma. Noto en mí un malestar, un disgusto... los placeres han minado mi naturaleza, y el momento de la consuncion se aproxima: el doctor me lo ha asegurado.

—Vamos, vamos, déjate de bromas, dijo el padre de Juan, no es necesario que apeles al sentimentalismo para pedirme unos cuantos miles de reales.

—Siento turbar tu tranquilidad, y como en efecto voy á pedirte esos miles de reales, quiero por la primera vez de mi vida justificar mi solicitud. El médico me ha dicho frecuentemente que si llego al otoño próximo podré darme por muy contento. Ahora bien, con esta noticia, ¿qué voy á hacerme hasta el mes de Octubre estando, como estamos, en Abril? Temo el aburrimiento que me espera y para ahuyentarle he concebido un proyecto.

La seriedad con que hablaba Juan, y el fondo de tristeza que habia en sus palabras alarmaron á su padre, que aunque tenia apagado el sentimiento del amor paternal, conservaba el instinto.

—Qué te propones? Habla, porque empiezas á ponerme en cuidado.

—Mi plan va á parecerte, de seguro, estrambótico, pero qué quieres. Yo tengo mucha filosofía y aunque siento dejar este valle de lágrimas estoy resignado á sufrir la suerte de las hojas que empiezan á brotar en los árboles. La cuestion es emplear la primavera y el verano para que el tiempo no se me haga pesado. Casi toda la noche he buscado los medios de ocupar estas dos estaciones y se me ha ocurrido uno muy ingenioso.

—Cuál?

—El de viajar. Nunca he salido de Europa; pero he oido hablar con entusiasmo de las costumbres, de los tipos de los pintorescos paises del Asia. El Africa, con sus desiertos, su Simoun, sus Oasis—y no me atrevo á decir con sus harenes—ofrece á mi imaginacion cierto atractivo, y he pensado que no puedo emplear el medio año que me queda de vida de un modo mejor que visitando estos parajes desconocidos, no para aprender á vivir como hacen los viajeros, sino para esperar la muerte con la mayor comodidad posible.

—Eso es absurdo; estando enfermo, lo mejor que puedes hacer es mudar de vida, pasar algunas temporadas en el campo, respirar aire puro, tomar las aguas de Panticosa si las necesitas...

—Pues, ir tirando?... De ningun modo. Mi plan es invariable; estoy resuelto á viajar, á ver el Africa, á pisar las tostadas arenas de Sahara.

—¿Por lo visto en vez de esperar la muerte quieres ir á buscarla?

—No por cierto; el médico me ha garantizado seis meses de vida, y, tratándose de estas cosas, los médicos son infalibles.

—Segun eso.

—Oyeme y tiembla, como dice Otelo; tú, gracias á Dios eres rico.

—Ya sabes que gastamos mucho, pero con todo, aun espero á mi muerte dejarte algo.

—Agradezco infinito esa intencion, pero, como tú has de vivir mas que yo, no me aprovecharé de tus bondades. Y, créeme, es una triste cosa tener que renunciar á una herencia tan legítima como es la de un padre por haberle dejado algo atrás en la carrera de la vida.

—¿Es decir que has pensado que te convendria heredarme?

—No por cierto, he hecho mas; he descubierto el medio de heredarte sin sufrir el dolor de tu pérdida.

—Debe ser muy chistoso ese problema.

—Es una de esas cosas que tienen mucha semejanza con los juegos de manos: cuando se anuncian todas son dificultades; pero cuando se explican nada hay mas fácil.

—Explícate.

—¿Tú me podrás dejar unos sesenta mil duros?...

—No tanto, cincuenta mil...

—Sea. Estás resuelto á legarme esa suma y yo te conozco: sé muy bien que no la gastarás aunque te veas muy apurado.

—Es cierto.

—Pues bien, si la destinas para mí y yo me he de morir antes que tú, si tienes un decidido empeño en que yo goce de esa fortuna, ¿qué mas te da entregármela ahora que puedo aprovecharla, que despues que me será perfectamente inútil? Saldrás ganando, porque solo te exijo la mitad, para que tú puedas vivir:

—Y ¿es ese el medio portentoso?

—Ya has visto que te lo he dicho sin pretensiones; no creo haber inventado la pólvora, y hablando ahora con seriedad te digo: padre, voy á morir dentro de seis meses: ¿quieres darme para vivir á gusto en este tiempo esa cantidad?

—Hombre, eso...

—Nada, nada, es preciso que te decidas, porque mañana pienso salir de Madrid, con mis escasos recursos si no accedes á mis ruegos; con todas las comodidades, si me concedes lo que te pido.

—Pero, ¿has pensado bien lo que vas á hacer?

—A esa pregunta solo contesto reiterando mi peticion.

El padre de Juan reflexionó algunos momentos, miró á su hijo, vió en su actitud la mas formal resolucion de hacer lo que decia y sorprendido é impulsado por la originalidad de su proyecto:

—Manda llamar á mi escribano, dijo, y hoy mismo formularemos la donacion.

Juan se arrojó en los brazos de su padre y dos lágrimas —acaso las primeras que habian brotado de su corazon —quemaron sus ojos.

—Gracias, padre mio, gracias! Dios te lo pagará!

Aquel mismo dia se realizó el deseo de Juan.

Su padre le dió un talon de veinticinco mil duros contra el Banco, el jóven buscó letras para los puntos á donde pensaba dirigirse, arregló su viage, y cuatro dias despues se embarcó en Alicante con direccion á Marsella, en compañía de dos orientales á quienes habia conocido en Madrid, y que volvian, con una mision del gobierno español, á los Santos Lugares.

Estos dos viageros que acompañaban á Juan eran un médico,—hombre de cincuenta años—y un jóven nacido en Damasco, hijo adoptivo del anterior, que á los quince años poseia casi todos los idiomas vivos del mundo y daba muestras de un talento privilegiado.

CAPITULO II.

EXPIACION.

Mientras que Juan caminaba hácia el Oriente, su padre —que aunque por sus costumbres y su carácter era la encarnacion de la indiferencia—notó que en medio de sus cavilaciones flotaba una idea que al principio absorbia su atencion algun tanto, y que en vez de borrarse iba tomando proporciones.

—¿Estará enfermo de verdad mi hijo? se decia; su vida ha sido muy agitada, ha disfrutado mucho... ¿pero no he hecho yo otro tanto toda mi vida y ya he cumplido los sesenta? ¿será su viage una locura mas?

Al cabo de algunos dias conoció que necesitaba imperiosamente averiguar la verdad y se fué á ver al médico de su hijo, anciano venerable que habia asistido siempre á la familia de su esposa, y que despues de muerta su madre le habia conservado Juan como un homenage de cariño á la autora de sus dias.

Despues de algunos rodeos, porque el padre de Juan conocia el carácter del doctor y se conocia á sí mismo, le preguntó cuál era el estado del jóven.

—Su estado es aflictivo, contestó el médico, la consuncion ha empezado á apoderarse de su organismo, y caerá con la hoja.

—¿Luego no me ha engañado?

—No; he creido un deber de conciencia decirle la verdad y se la he dicho.

—Pero, ¿no hay algun medio de salvarle?

—La ciencia no lo tiene. ¡Solo Dios!...

El padre de Juan, que habia vivido muchos años sin pensar para nada en su hijo, queriéndole por costumbre, cuidándose mas de sus placeres que de la educacion del jóven, que en edad muy temprana perdió á su madre, sintió en aquel momento el cariño que habia dejado de sentir en tan largo período de tiempo.

Su emocion fué grande, y dos lágrimas nublaron sus ojos.

—Ah! exclamó, ¡daria mi vida por salvarle!

—Ya es tarde, dijo el doctor, y, como soy amigo de la verdad, añadiré que V. es la causa del estado de su hijo.

—Yo?

—Sí por cierto; desde los primeros años de su vida le ha enseñado V. á despreciar el dinero, y—cuando mas—le ha considerado como la vara mágica de todos los placeres. Confiado á la direccion de criados que podian explotarle, para conseguirlo halagaron en él los instintos del mal, y le empujaron por la senda del vicio en donde todo es tan bello á la vista y tan doloroso al corazon.

—Es verdad, pero mis ocupaciones, mis...

—La primera ocupacion de un padre es velar por su hijo. Acostumbrado desde niño á gozar, al ser hombre en vez de consagrarse al trabajo, al estudio, en vez de practicar las virtudes, ha convertido su vida en una contínua orgía; y V. que no puede contenerle; que no puede corregirle; sin autoridad, porque su conducta de V. ha sido muy parecida á la suya, le ha facilitado V. todos los medios de perderse.

—Siendo rico, ¿cómo podia negarle lo que me pedia?

—En ese caso, sufra V. ahora las consecuencias de su generosidad. Hay una época en la vida, la vejez, en la-

que el padre recoge el fruto de la semilla quo ha sembrado en el corazon de su hijo. Los que desde la edad temprana los acostumbran á la virtud, á la honradez, al trabajo; los que por esta senda ofrecen á su vida un porvenir dichoso; los que despiertan en su alma esa noble ambicion que estimula al talento, cuando llegan á la edad cansada, encuentran en sus hijos un apoyo, un consuelo, una gloria.—Esa es mi obra, pueden decirse y recrearse en ella.—Y la juventud, y los triunfos, y la felicidad, y los hijos, son un rayo de luz que proyecta su alegría sobre la oscura y triste vejez del padre. Los que los abandonan á sus propios instintos, ó para disfrutar de una libertad culpable los entregan á personas asalariadas; los que no cultivan en su alma los buenos sentimientos, cuando llegan á la vejez, en vez de ese consuelo, de esa alegría, de esa felicidad, de esa gloria, experimentan un contínuo tormento, y cuando no sufren el ódio ó el desprecio de sus hijos, asisten como V. á su muerte y la conciencia les martiriza gritándoles: ¡Tú, tú eres quien le ha muerto!!

La solemnidad con que pronunció el doctor estas palabras anonadó al padre de Juan, y el hombre de mundo conoció, aunque tarde, su error, y sin embargo de que su orgullo estaba herido no supo contestar una sola palabra.

Abandonó la casa del doctor, y desde aquel instante notó que era mas viejo de lo que él suponia.

Pero los que adulaban sus pasiones le hicieron creer que la ciencia se daba tono, que su hijo se distraeria en los viages y al fin y al cabo, como necesitaba una esperanza, esperó que su hijo no moriria.

En Madrid con veinticinco mil duros que puedan derrocharse impunemente se vive tan bien!

El padre de Juan acabó por distraerse.

¿Qué sucedió á su hijo?

Seamos indiscretos, leamos unas cuantas cartas y lo sabremos.

CAPITULO III.

CARTA A DALILA.

"Constantinopla, Mayo.

"¿Crees ya posible nuestra separacion?

"—Te irás, dijiste, y los viajes te distraerán al pronto, pero cuando la imaginacion esté cansada de gozar, creerás que los palacios mas espléndidos, el serrallo mismo con sus maravillosos jardines, todas las riquezas del Oriente no valen lo que el pequeño gabinete azul de la calle del Baño.

"Las ilusiones no son exclusivo patrimonio de las almas inocentes.

"Tus palabras eran la forma de una ilusion que voy á desvanecer.

"Sí, Láura mia,—si ya te llamas Láura, que es posible que despues de mi ausencia hayas trocado tu poético nombre por el de Hortensia ó Leonora:—he podido separarme de tí, renunciar al delirio de tu amor y lo que es mas pensar en tí con frialdad en Corntantinopla á 35 grados sobre cero.

"Al llegar aquí de seguro que estrujas esta carta entre tus perfumadas manos al mismo tiempo que pronuncian tus labios esta frase:

"—¡Impertinente!... ya se conoce que vive entre salvajes.

"Pero la curiosidad es mas poderosa que el amor en la mujer, y desarrugando mi maltratada carta, añades:

"—Vamos á ver lo que dice este loco.

"Este loco, querida mia, te da las gracias por lo que aun no hace un mes estuvo á punto de matarte.

"Me habias contado tu historia y te habia escuchado con interés, hasta con devocion.

"Acostumbrado á oir historias dolorosas, la tuya apenas debió impresionarme; pero no me engañabas, habias estado en el colegio, las mas ricas y elegantes señoritas de Madrid recordaban tu nombre. Muchas habian salido del colegio para ser esposas y madres, tú habias hallado donde dejaste á la mujer que te habia tenido en sus entrañas, una madrastra, un padre ciego y al martirio que allí te esperaba preferiste la ocupacion del amor.

"¡Pobre Láura!

"Yo llegué á amarte, porque veia que cuidabas las violetas, que te preocupaban los heliotropos, porque te oia acariciar á tu jilguero y porque en vez de un perro de aguas tenias un Terranova.

"Todos estos síntomas revelaban algo que no puede existir bajo un pecho de mármol.

"Te amé, como puede amar un hombre gastado, y en cuatro meses quemé en tu altar incienso por valor de cinco ó seis mil duros.

"Era natural que aspirases á ser maniquí de un banquero y me engañaste.

"Quise matarte y ya era tarde: tenias tal ascendiente sobre mí que desarmaste mi brazo.

"Resuelto á partir confiaste en que no podria vivir ausente, en que si estaba condenado á morir volveria á exhalar en tus brazos el último suspiro.

"¡Cosa extraña!

"Hay cosas que de lejos encantan: yo creia que tu amor produciria este efecto en mí. Por fuerza soy miope; cuanto mas me aparto de tu lado mejor te veo.

"Sí, Láura, al recorrer paises, al recrear mis ojos en el espectáculo de la naturaleza, al ver nuevos paisages, nuevas costumbres, nuevos tipos, al separarme de la civilizacion para encaminarme á un pueblo primitivo, noto como que mi alma se despierta.

"Quiero colocarte en medio de los cuadros que descubro y en todos ellos produce tu figura disonancia.

"Solo estás bien en ese gabinete azul, rodeada de trages de seda, de novelas que has arrojado al suelo porque te aburren; pero yo veo que ahí me ahogaba y aquí respiro.

"Mis fuerzas renacen, me canso mucho pero duermo y al despertarme parece que soy otro.

"Pero como el médico dice que voy á morir, no quiero irme del mundo á la francesa. Adios, Láura, sé feliz si puedes, que no podrás; y piensa que hay algo en la tierra que vale mas que un trage de terciopelo, una diadema de brillantes y un viaje por Italia con un lord que se aburre.

"Mañana salgo de Constantinopla, voy á Siria, á visitar los Santos Lugares, y desde allí te escribiré mis impresiones para que te convenzas mas y mas de que sin tí puedo vivir y gozar."

Cuando leyó Láura esta carta:

—¡Y sin embargo, piensa en mí, me escribe! exclamó. ¡Oh! todavía me ama!

Y no se equivocaba.

JULIO NOMBELA.

(*Se concluirá.*)

A SOFIA ESTEVES.

I.

Dan á tus versos su melodía
el arroyuelo murmurador,
las áuras frescas del Mediodía
y los arpegios del ruiseñor.
Linda Sirena camagüeyana!
yo los preludios de tu arpa oí
como el alisio de la mañana
en las riberas del Damují.

II.

En esta tierra de luz y amores,
patria dichosa de Milanés,
te formaremos de gayas flores
alfombra digna para tus piés.

III.

Canoras aves son tus hermanas,
tú empero cantas en la ciudad,
y de las brisas americanas
tienen tus himnos la suavidad.
A tributarte mi aplauso vengo,
calandria dulce de esta region,
porque en el pecho hielo no tengo
ni es duro bronce mi corazon.

IV.

En esta tierra de luz y amores,
patria dichosa de Milanés,
te formaremos de gayas flores
alfombra digna para tus piés.

V.

Nace en el fondo del alma mia
como una perla nace en el mar,
un sentimiento de simpatía
al eco blando de tu cantar.
Y es que en tus versos hay la frescura
que á todo imprime la juventud,
y los perfumes y la hermosura
de los risueños climas del Sud.

VI.

En esta tierra de luz y amores,
patria dichosa de Milanés,
te formaremos de gayas flores
alfombra digna para tus piés.

Cienfuegos: Cuba, 1807.

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Hácia el medio dia vino un oficial con un grueso destacamento para registrar las casas y llevar los voluntarios al vivac. La boleta del médico me libró de la expulsion, y aun cuando la fiebre volvió á acometerme al principio de la noche, no fué con tanta intensidad, habiendo quedado completamente curado á los tres accesos que me dieron, que fueron siempre disminuyendo gradualmente.

Permanecí cerca de diez dias en la choza, las mas veces sentado junto al hogar, bajo el vasar de la chimenea, y absorto en una silenciosa y profunda preocupacion, con los ojos fijos en la jovencita que hilaba no lejos de mí. Cuando al menor movimiento de su cabeza podia adivinar que iba á dirigirme su mirada, volvia tímidamente la vista. Parecíame tan bella la dulce y esbelta jóven, con sus mejillas tan frescas y sus límpidos ojos azules, tan bella y tan pura, que se me representaba como una criatura angélica rodeada de una mágica atmósfera de castidad é inocencia. En la sencillez de mi corazon, deseaba que Dios me hubiera permitido ser hermano. ¡Qué buena y dichosa vida hubiera pasado á su lado!

Por la noche, cuando el padre y la madre estaban sentados con nosotros al amor del fuego, me era forzoso contar alguna cosa, y como sabia que esto agradaba mucho á Bethken (1) apelaba á todos los recursos de mi imaginacion, inventaba las mas extrañas aventuras, y mi palabra cautivaba de tal manera á mis oyentes, que durante largas horas prestaban atencion á mis relatos con la boca abierta. Cuando la jóven me miraba con sus rasgados ojos, su alma parecia estar en su mirada, é influido por la pureza celestial de aquella mirada, sentia duplicarse el poder de mi alma: ¡haciame poeta á impulso de un sentimiento que hasta entonces me habia sido desconocido!

Bethken era dichosísima con *nuestro belga*, como me llamaba; alababa su genio como cosa maravillosa; era afectuosa y buena para él, y le cogia de la mano cuando le invitaba á sentarse á la mesa; pero su hermosa frente permanecia pura como un lirio, y cuando mis mejillas se descoloraban súbitamente al verla, sonreia con la dulce sencillez de la inocencia.

Una tarde temprano fué á avisarme un cabo de mi compañía que el regimiento dejaba el vivac al dia siguiente á las nueve de la mañana para trasladarse á las cercanías de Ghul ó de Moll, y que debia estar pronto á seguir á la compañía, ya fuese á pié ó en uno de los carros de bagaje. Aquella noche no conté historias: estuvimos los cuatro silenciosamente sentados al rededor del hogar y sintiendo la fatal partida. Bethken se lamentaba de que *su pobre belga* caeria seguramente malo otra vez en cuanto volviese á emprender la nueva vida de soldado; yo aseguraba á aquellas buenas gentes de mi profundo reconocimiento, y me esforzaba para contener mis lágrimas al ver las repetidas pruebas de dulce y fraternal simpatía que me daba Bethkem.

Al otro dia por la mañana cuando oimos á los tambores batir marcha, Bethken me dió dos rebanadas de pan con manteca y dos huevos duros que le habia dado la criada del cura, y que de buen ó mal grado tuve que meter en mi saco. Llegado el triste momento de la partida, nos estrechamos la mano con los ojos humedecidos de lágrimas, y las buenas gentes me prometieron orar á Dios por mí. Bethken siguió de lejos *á su belga* hasta el pueblo en que mi regimiento desembocaba precisamente por el camino real; entonces me uní á los sargentos de mi compañía, que aclamaron mi vuelta con gritos de alegría:— ¡Ah! ¡ya está aquí nuestro furrielito! exclamaban. Al desfilar ví otra vez á Bethken que me saludó; yo bajé la cabeza, porque mis ojos se llenaban de lágrimas; pero cuánta no fué mi emocion aun, cuando volviéndome un poco mas lejos, ví á la pobre Bethken apoyada en un árbol y cubierto el rostro con su delantal... Aquel dia saboreé con el corazon palpitante los huevos y una de las rebanadas de pan con manteca que me habia dado, dejando la otra en mi saco como recuerdo... Allí la he conservado durante muchos meses hasta que se desmigó completamente. La imágen de la dulce Bethken me siguió por doquiera por mucho tiempo, pero se debilitó con él y no conservo de ella mas que el reconocido recuerdo de los cuidados que me prodigaron y del afecto que me manifestaron los buenos y sencillos habitantes de la cabaña.

Solo diez y seis años despues he vuelto por segunda vez al pueblo de Balen, y fuí al sitio en que el *belga* enfermo habia recibido tan afectuosa acogida. La choza habia desaparecido; nadie me supo decir positivamente lo que habia acontecido á los padres de Bethken ni á ella: solo parecia recordarse confusamente haberse elevado en otro tiempo en aquel sitio la humilde choza de un pobre obrero. Una visita posterior á Balen no dió resultado mas satisfactorio.

III.

Del vivac de Balen fuimos á la villa de Greel y pueblos circunvecinos; despues á Moll, y por último á Turnhout.

Mi padre vino á verme á aquella villa y pasó dos dias conmigo. Supe por él que mi hermano, como yo, estaba en el servicio en el ejército belga, y que era voluntario en un regimiento acantonado en la frontera en las cercanías de Westwesel. Mi padre habló sin duda con mis superiores desde el primer dia de su llegada; porque á sus palabras de afecto y estímulo mezclaba de cuando en cuando ciertas advertencias con el objeto de hacerme comprender que debia mostrarme un poco mas *hombre*, y como él decia, sacudir aquellos resabios de niño que no ha comido mas que pan blanco. Yo le comprendí perfectamente, y quedé reconocido á sus consejos; pero yo creia que mis disposiciones naturales valian mas que la rudeza de carácter y la aparente insensibilidad que se parecia exigir al buen soldado. Mi padre se volvió á pié á su casa, á pesar de tener que andar diez leguas en un dia, y le acompañé por espacio de dos horas; me despedí de él abrazándole y volví á Turnhout.

Los voluntarios, detenidos hacia algunos meses en las fronteras comenzaban á murmurar de su inaccion, y de que no se los llevase á donde estaba el enemigo; pero se les hizo comprender que las grandes potencias europeas se ocupaban en conferenciar en Lóndres sobre la suerte de Bélgica, y que como Holanda rehusaria infaliblemente someterse á su decision, no habia mas que tener paciencia por algun tiempo, no tardando en empeñarse la partida sériamente. Mientras esperábamos, vagábamos sin descanso por la campiña de Amberes, alojados siempre en las aldeas y pueblos, durante estas peregrinaciones hasta el mes de julio de 1831.

Habia vuelto la primavera, y asistia por la primera vez

(1) Abreviatura de Elissbeth (Isabel).

de mi vida al despertador de la naturaleza renaciente; mi alma soñadora estaba lozana y pura como el brezo. No han sido mis excursiones posteriores á la campiña las que me han dado el sentimiento de las bellezas del brezo, no; fué en el momento de salir de la infancia cuando he sentido todas las impresiones que me ha hecho experimentar, contando las yerbas y humildes flores que forman su adorno, recogiendo sus frutos, penetrando sus secretos, amándole, queriéndole como si mi cuna se hubiese hallado en esas llanuras vírgenes y solitarias. Es el vivo y poderoso recuerdo de aquella dichosa época de mi vida el que viene años despues á inspirarme estas líneas:

«Cuánto amor y cuántos goces debe tener nuestra alma en los dias de la juventud, para encerrar por siempre en sí todo cuanto la rodea y cubrir con su afecto como con un imperecedero velo, hombres, árboles, casas, palabras, todo,—viviente ó querido,—haciéndose todo una parte de nuestro ser; á cada objeto unimos un recuerdo tan bello, tan dulce como nuestra misma juventud. Nuestra alma fecunda en fuerza se desborda, lanza chispas y destellos de su vida sobre toda la creacion; y mientras saludamos con un himno alegre y de continua bienandanza á todos, así á niños como á jóvenes, con un porvenir ilimitado, todo canta y se regocija en la naturaleza en armonía con nosotros.

¡Ah! ¡cuanto amo al brezo, al tilo, á la heredad, á la capilla y á todo lo que me habla de aquel tiempo en que las rosas de la juventud y los lirios de la casta poesía de los primeros años coronaban mi frente! Ellos han participado de mis goces; yo los he visto abrirse voluptuosamente y resplandecer á la cálida luz del sol; entonces que en mi gozosa insuficiencia me lanzaba en el desconocido camino de los destinos humanos. Son mis antiguos compañeros de juegos, mis amigos. Cada uno de ellos me trae á la memoria un recuerdo agradable, una dulce emocion; hablan el lenguage de mi corazon, todas las fibras mas delicadas de mi alma se estremecen á su recuerdo con juvenil energía, y con tranquilo y religioso enternecimiento, doy gracias al Señor de que deja correr aun en el corazon helado del hombre desilusionado, la bienhechora fuente del recuerdo (1).»

Fué tambien en los primeros años de mi vida militar cuando aprendí á conocer á los habitantes de la campiña, cuando me inicié en sus costumbres, y cuando estudié á fondo su sencillo y bello carácter. Por do quiera que fuera el *furrielito* belga, se hacia amar bien pronto de las gentes cuyo corazon simpatizase completamente con el suyo, por la dulzura de los instintos, por la sencillez de los gustos y por una indecible sed de generosas afecciones. Sentábase con aquellas buenas gentes junto al hogar ó al lado de los pesebres de las vacas, y contaba sus maravillosas historias, juntaba las manos y rezaba con ellos sentado á la rústica mesa; los acompañaba á la iglesia y se arrodillaba á su lado; iba á los campos con los jóvenes y los ayudaba en sus faenas; y era sobre todo el favorito de los niños, que tenian á gala pasearse con él agarrándose á sus dos manos, y lloraban muchas veces á lágrima viva cuando su buen amigo, *el belga*, tenia que dejarlos para trasladarse á otro acantonamiento.

IV.

Despues de ocho meses de esta vida de reposo en las aldeas de la campiña, los cazadores de Niellon recibieron una organizacion regular bajo el nombre de segundo regimiento de cazadores de á pié, dándoles tambien entonces un uniforme militar de paño verde con adornos, cuello y vivos encarnados.

Susurrábase que los holandeses reunian fuerzas considerables con intencion de invadir el territorio belga, rumores que fueron extendidos y desmentidos muchas veces. Sin embargo, hácia el final de julio de 1831 nos reunimos todos en un matorral cercano á Turnhout.. Allí se nos anunció entre las mas vivas aclamaciones, que el príncipe Leopoldo habia verificado su entrada en Bruselas, en calidad de rey de los belgas, y siguiendo la antigua usanza, habia jurado fidelidad á la antigua Constitucion del pais.

Doce dias despues, en la noche del 1º al 2 de agosto, cuando reposábamos tranquilamente en nuestros alojamientos de Turnhout viejo, fuimos despertados repentinamente por el toque de generala, y fuimos precipitadamente al sitio donde se reunia ordinariamente la compañía. Condújosenos entre tinieblas y por caminos tortuosos hasta una inmensa llanura cubierta de brezos y situada entre Ravels, Baerle, Hertog y Wulde. Allí encontramos el resto del regimiento, así como otro batallon de voluntarios que habian ya acampado. Procedióse á la revista de armas y municiones, á fin de que para el dia siguiente estuviéramos en disposicion de batirnos, porque habia pasado la frontera un ejército considerable de enemigos y se hallaba no lejos de nosotros. En efecto, en direccion de la aldea de Wulde oimos relinchos de caballos, y á ciertos intervalos un lejano murmullo sordo é indefinible, que anunciaba la proximidad de una gran reunion de hombres. En medio de aquella oscuridad nos apretábamos mútuamente la mano con entusiasmo; estábamos contentos de que se nos presentara la ocasion de verter nuestra sangre por la patria. Ninguno de nosotros dudaba de la victoria, todos teniamos una firme y valerosa resolucion; todos teniamos una confianza ilimitada.

Sin embargo, la aproximacion de una gran batalla hacia en mí una profunda impresion; despues de haber participado del entusiasmo espontáneo y de las mútuas excitaciones del primer momento, incliné mi cabeza sobre el pecho y pensé en mi padre y en todos aquellos que me eran queridos. Esa aspiracion suprema hácia las cosas y personas amadas es como el testamento del alma; cualquiera que siendo jóven, corre un gran peligro lejos del sitio donde ha nacido, sentirá siempre elevarse de su corazon un melancólico y tierno adios á todo lo que recuerde y teme perder.

A fin de que el lector pueda comprender los acontecimientos que van á seguir, será forzoso dar algunas explicionçs sobre aquella invasion del territorio belga por los holandeses.

El ejército belga estaba en el estado mas deplorable. El congreso nacional residente en Bruselas habia consagrado su tiempo á importantes deliberaciones de las que acababa de salir nuestra Constitucion y la eleccion de un soberano. Habiase extendido el decreto creando un ejército respetable, pero en realidad no existia. El servicio de las municiones de guerra no estaba todavía organizado; nada estaba previsto; los regimientos que se hallaban al frente del enemigo, apenas podian disponer de pólvora para un dia. Muchos generales y la mayor parte de los oficiales, jamás habian hecho la guerra formalmente; valor é intrepidez no faltaban, pero se carecia completamente de experiencia y prudencia.

Las fuerzas militares de Bélgica, exceptuando la guardia cívica, que servia mas bien de estorbo que de otra cosa, podian ascender á treinta mil hombres, y formaban dos grandes divisiones. La primera el *ejército del Escalda*, ocupaba las cercanías de Amberes, al mando del general de Tleken de Terhove, y tenia su cuartel general en el pueblo de Schilde: la segunda, el *ejército del Meuse*, se hallaba en las cercanías de Hasselt, á las órdenes del general Daine. Estos dos cuerpos estaban separados uno de otro por trece horas de marcha.

Los holandeses, por el contrario, habian compuesto y organizado el ejército de invasion con el mayor cuidado. Sus fuerzas, mandadas por el príncipe de Orange y el duque de Sajonia Weimar, contaban cuarenta mil hombres de tropas regulares, y treinta mil guardias nacionales, á los que se añadian cuatro mil caballos y setenta y dos piezas de artillería. La mitad de este ejército entró en Bélgica por la parte de Limbourg, para atacar al ejército del Meuse, y la otra marchó hácia Turnhout, para hacernos retroceder hácia Amberes.

El segundo regimiento de cazadores de á pié que ocupaba las malezas de Ravels, con algunos batallones irregulares, componia lo que se llamaba *brigada de vanguardia*. Eramos en total ochocientos hombres, y poseiamos dos piezas de campaña, habiéndosenos agregado unos veinte cazadores á caballo encargados de trasmitir los despachos. La division holandesa que habia pisado el territorio belga por Wulde, era una vanguardia de mil hombres.

Nosotros ignorábamos todas estas circunstancias; una sola cosa era lo que sabiamos, y era que los holandeses estaban cerca de nosotros, y que íbamos á batirnos.

Así que los primeros resplandores de la mañana comenzaron á disipar las tinieblas, las dos compañías de preferencia de cada batallon fueron empleadas como tiradores contra el enemigo; las compañías del centro, de que yo formaba parte, permanecieron por mucho tiempo en masa como reserva y sin hacer nada. Un vivo fuego de fusilería duró todo el dia sin interrupcion; pero como nuestros tiradores estaban al abrigo de los montes y árboles, tuvimos pocos heridos, habiendo hecho nosotros en cambio algunos prisioneros holandeses, que mas que prisioneros fueron pasados á nuestras filas. Ni uno solo hablaba holandés, ó francés: todos eran prusianos ó suizos. A medida que se prolongaba el fuego, comenzaba á sentirse la escasez de municiones; y hácia el medio dia los cazadores á caballo fueron á buscar los paquetes de cartuchos de las compañías del centro para llevárselos á los tiradores. La idea de que bien pronto nos quedaríamos sin pólvora al frente del enemigo, inquietaba á nuestros oficiales, y á mi presencia, nuestro bravo comandante el general Niellon hizo que le trajeran nuestro único cajon ya vacío, y llamando á un sargento de mi compañía llamado Nogels, intrépido hijo de Fontaine l'Eveque, puso por pupitre el arzon de la silla de su caballo, escribió un oficio con lápiz y le encargó buscase un valiente que fuese por pólvora... á Amberes. El sargento recibió órden de que el mensajero marchara echando chispas, y que cuando los caballos no pudieran mas, tomara los de los aldeanos, usando de la fuerza si fuera necesario.

En todo aquel tiempo nuestros tiradores lanzaban balazos sin descanso á las avanzadas holandesas, que respondian con igual prontitud, y llegó la noche sin que se hubiese obtenido ningun resultado de una parte ni de otra; cada hombre de mi compañía tenia todavía diez cartuchos, debiendo pasarse aun algunos dias hasta que pudiésemos recibir mas.

No podiamos comprender porqué no se nos mandaba avanzar hácia el enemigo para atacarle en sus atrincheramientos; segun nosotros estábamos plenamente convencidos de que los holandeses hubieran huido á nuestra aproximacion, puesto que á pesar de su mayor número no se atrevieron á atacarnos á nosotros. La falta de pólvora nos irritaba mucho, y ya murmuraban los soldados en voz baja las palabras traicion y defeccion.

Al otro dia por la mañana, así que las brumas de la noche se disiparon, descubrimos en el lejano horizonte una línea gris que parecia moverse, extendiéndose á todo lo largo de la maleza.

(Se continuará.)

(1) La Posada de aldea en las Escenas de la vida flamenca.

LOGOGRIFO.

Es mi nombre una palabra
que componen ocho letras,
adjetivo que á las jóvenes
suele darse con frecuencia,
y que, sea dicho en verdad,
cuadra bien á las mas de ellas.
Combinando en varios modos
los elementos que encierra
hallarás un caudal de aguas,
un molusco, rica tela,
un arma antigua, un metal,
un bribon, cifra aritmética,
valor que tiene una cosa,
aquello que mucho cuesta,
un pecado, un ave acuática,
nombre propio, animal hembra,
sitio de labor campestre,
niño en nodriza, una espuerta,
una obra hidraúlica, un plato
muy comun en toda mesa,
cierto género de hilo,
lo que alegría demuestra,
un criminal, una planta,
parte de un ave, talega,
un meteoro luminoso,
el que tiene mucha renta,
un modo de hablar, un árbol,
ave que muy alto vuela,
lo que se halla en todo buque,
cierta vasija pequeña,
una prenda militar,
dos frutas, un rey de Persia,
otro de Lidia, un triunviro,
cierto episodio de tela
muy usado por las damas,
sinónimo de limpieza,
catedral, cierto tabaco,
vestido, animal materia,
un castigo en la milicia
que sabe mal á las piernas,
y por último, un romano
célebre en armas y en letras,
que aunque algunas cosas mas
sacar de esta voz pudiera,
con las ya aquí dichas bastan
para caer en la cuenta.

F. A.

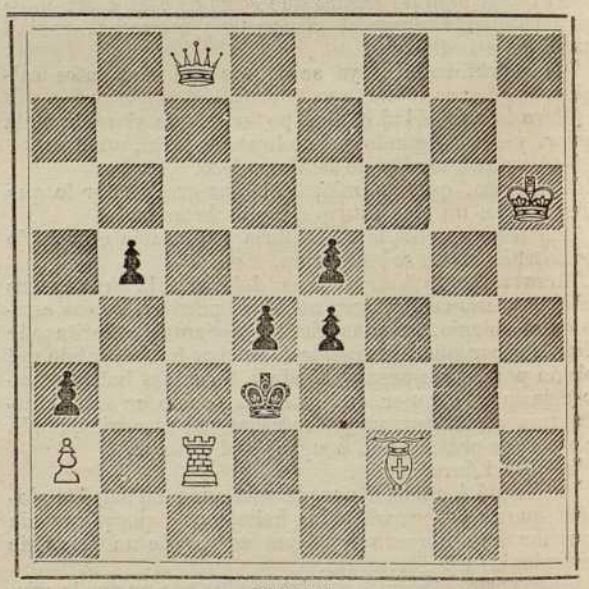
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 105.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 4.ª C.R.	A. 4.ª R.ª
2.ª R.ª 8.ª R.	A. 3.ª R.
3.ª C. 6.ª A.R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 106, COMPUESTO POR LA SEÑORITA M. P.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

Como pudiera suceder que el patron que habria de distribuirse con el presente número no llegase á tiempo, debemos advertir á nuestros suscritores que en tal caso, se repartirá con el número inmediato.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVÍSTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 44.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Cuna.— Accesorios del peinado.— Arte de la tapicería.— Muceta de camisa bordada con adornos al crochet.— Dos entredoses al crochet. –Cuadro al crochet. –Zagalejo de cachemira gris con tiras de tafetan negro.—Redingote de popelina color castaño.— Zagalejo de tafetan violeta.

Las hermanitas de los pobres. — Recuerdos juveniles.— Revista de Paris.– Explicacion del figurin iluminado.—Advertencias.

Cuna.

El esqueleto de esta cuna es muy sencillo, segun puede verse consultando el dibujo que lo representa en la siguiente página. Este esqueleto ó armazon está cubierto de lambrequines de persiana rosa, con dibujos gris; los lambrequines llevan todo al rededor rizados de percalina rosa. La colgadura es de muselina blanca.

Si se quiere hacer la cuna mas elegante, se la guarnecerá de tafetan, ó bien de percalina rosa ó azul, y se cubrirá este forro con muselina bordada, ó con tul-red bordado de sobrepuesto. Rizados y rosáceas de cinta rosa ó azul.

Accesorios del peinado.

N.os 1 y 2.—Castañas compuestas de cabellos ondulados y entrelazados.

N.º 3. — Castaña compuesta de 3 trenzas fijadas sobre un crepé dispuesto en espiral. El mismo crepé (ó *boa*) puede cubrirse con los cabellos naturales y arrollarse en espiral.

N.º 4.—Castaña compuesta de una trenza que se ejecuta sobre un crepé de tres cabos, bien con los cabellos naturales, bien con *mechones de soldadura*.

Horquilla ondulatriz, que sirve para ondular el cabello.

Copete de rizos armados en una peineta, que se coloca *debajo* de la castaña.

Bandoleta á ondas. — Se la pone sobre la frente y se le añaden los bucles María-Antonieta; el cabello de delante arrollado hácia atrás cubre la peineta, el peinecillo, horquilla, etc. en que van armados los bucles.

Horquilla con bucle.— Se la coloca en las sienes, cuando se llevan los cabellos ondulados.

ARTE DE LA TAPICERIA.

Se llama *tapicería* la labor ejecutada sobre canevas con lanas, con seda, y algunas veces con cuentas, esta labor se divide en *cruz* comun, pequeño punto, punto Gobelina, punto afelpado.

Para la cruz y el punto afelpado, se escoge canevas *dividido*, es decir, cuyos hilos tanto perpendiculares como horizontales van aproximados dos á dos con intervalos iguales.

Para el pequeño punto y el punto Gobelino, se deberá siempre adoptar canevas no dividido. Antes de empezar una tapicería cualquiera se deberán ribetear con una cinta los dos lados del canevas que no tengan orillas; estas se colocarán á la derecha y á la izquierda, pero no arriba y abajo. En el curso de la labor se evitará el doblar con frecuencia ó arrugar el canevas, so pena de hacerle perder su aderezo y de perjudicar la igualdad de la tapicería. El mejor procedimiento que puede adoptarse consiste en arrollar el canevas sobre un pedazo de papel fuerte, ó de carton delgado hasta el sitio en que se trabaja; aquí se fija el canevas sobre una mesilla por medio de un plomo. Las tapicerías muy finas se hacen al bastidor.

Cuando se emprende una labor de gran tamaño, se debe principiar por su parte media, y hacer una mitad y luego la otra; es indispensable que el punto se haga en una misma direccion, y se trabajará siempre de arriba abajo, es decir que se principiará siempre el dibujo por su punto mas alto. Cuando por el contrario se va de abajo arriba, con dificultad se evita el picar en la línea anterior, y el punto pierde su regularidad. La hebra no debe sacarse con mucha fuerza, so pena de ver aparecer los hilos del canevas entre los puntos. Si la lana *rellena* demasiado, en una palabra, si es demasiado gruesa para el canevas, se la *destorcerá*, y se le sacarán uno ó dos hilos. Si no *rellena* lo suficiente, antes de hacer el punto, se tenderá de un extremo á otro de cada fila una hebra de la misma lana, por cima de la cual se ejecutará la cruz.

El punto mas usado es la *cruz*; le consagramos los dibujos n.os 1 á 9, que para mas claridad, representan los puntos mayores que el natural.

N.º 1.—*Cruz comun* abrazando dos hilos á lo alto y dos á lo ancho; la fila de los primeros puntos se hace de izquierda á derecha; la segunda fila de ellos, que completa los anteriores, va de derecha á izquierda, y forma la cruz.

N.º 2.—*Cruz prolongada.*—Como la anterior, pero sobre dos hilos á lo ancho y cuatro á lo alto.

N.º 3. — *Cruz prolongada contrapuesta.*—Como la anterior, solo que se *contrapone* la posicion de la cruz.

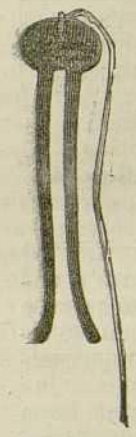
CUNA.

N.º 4. — *Cruz prolongada al sesgo.* — Se hace de ida y vuelta sobre cuatro hilos á lo ancho y otros cuatro á lo alto; la primera fila de puntos (de izquierda á derecha) se hace al sesgo; la segunda, que completa las cruces, va en línea recta. Un punto y una cruz indican sobre el dibujo los sitios en que se deberá picar la aguja, y luego sacarla por debajo del canevas.

N.º 5.—*Cruz adamascada.*—Solamente de izquierda á derecha sobre cuatro hilos de alto y dos de ancho; los puntos se intercalan en la fila anterior; la cruz indica el sitio en que se ha de picar la aguja; se la hace salir por el sitio marcado con un punto.

CASTAÑA N.º 1.

N.º 6. — *Cruz rayada* — Es una variedad de la cruz adamascada. La primera mitad de cada punto se hace sobre seis hilos de alto y dos de ancho. La segunda mitad es igual á la segunda mitad de las cruces comunes; se la hace de derecha á izquierda sobre el medio de cada punto, y sobre los dos hilos del medio. — Estas cruces no se harán de ida y vuelta; cada punto deberá estar enteramente terminado antes de principiar el siguiente. — El punto marca el sitio en que se deberá picar la aguja para terminar el punto principiado; en el sitio marcado por una cruz se hará salir la aguja para principiar un punto nuevo.

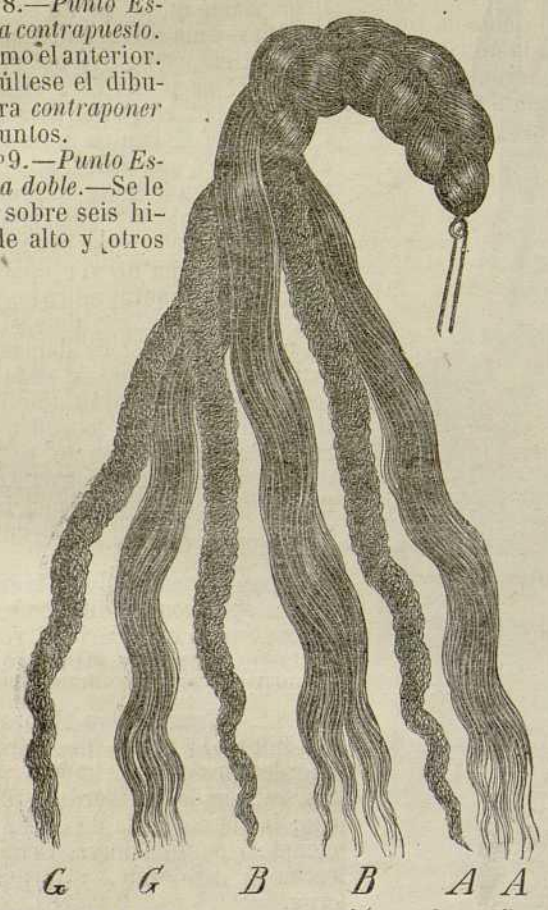


HORQUILLA ONDULATRIZ.

N.º 7. — *Punto Esmirna*, llamado tambien *doble cruz*. Se compone de una cruz comun, es decir, hecha al sesgo sobre cuatro hilos á lo alto y á lo ancho y de una segunda cruz en líneas rectas, hecha por cima de la anterior. Cada doble cruz se hace entera antes de principiar la siguiente. Nuestro dibujo indica *cuatro* de ellas terminadas y *una* en ejecucion.

N.º 8.—*Punto Esmirna contrapuesto.* —Como el anterior. Consúltese el dibujo para *contraponer* los puntos.

N.º 9.—*Punto Esmirna doble.*—Se le hace sobre seis hilos de alto y otros seis de ancho, principiándolo por una cruz comun; en la misma direccion se hace en seguida una cruz prolongada sobre los mismos seis hilos (los del centro), luego otra crul igual en sentido horizontal.



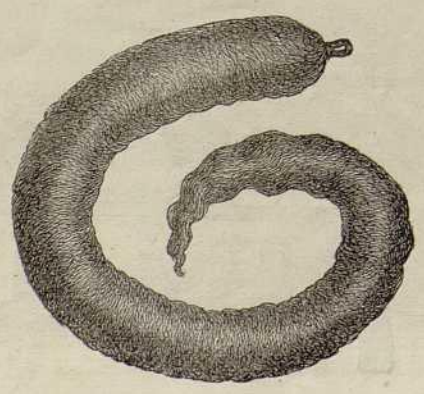
EJECUCION DE LA TRENZA CON EL CREPÉ (CASTAÑA N.º 4).

N.º 10.—*Punto trenzado.* — Se le hace como si se hiciese una costura en cruz; cada punto ocupa cuatro hilos en alto y ancho tomados al sesgo. El dibujo representa el punto terminado y en ejecucion. El sitio en que se debe mas próximamente picar la aguja va marcado por un punto, mientras que una cruz designa el sitio por el que ha de sacarse aquella. Para el punto siguiente se llevará de nuevo la aguja por debajo de dos hilos, es decir, por debajo del punto de la fila anterior.

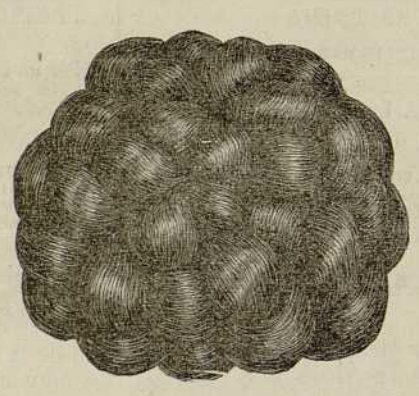
ESQUELETO DE LA CUNA.

N.º 11.—*Punto terciopelo.*—Se le hace sobre moldes pequeños de madera, delgados y redondos, con el objeto de formar una especie de relieve; para ejecutarlo, se emplearán dos moldes de igual grueso, y otras tantas agujas de tapicería, ensartadas por tantas hebras de lana como colores hay designados para la labor. Se hace primero un punto al sesgo, como si se principiase una cruz comun; pero en vez de dirigir la aguja en línea recta, para hacerla salir, se la vuelve á traer al punto de partida, de modo que el punto esté al sesgo por encima como por debajo del canevas. Se toma un molde, y se hace sobre él un punto para el cual se saca la aguja por debajo del molde, al sesgo, formando por el revés del canevas cruces comunes. El dibujo representa dos filas de puntos terminados, y además una terminada *sobre et molde*, y otra en ejecucion sobre el segundo molde, con un punto principiado que indica la direccion de la hebra. El punto terciopelo debe hacerse siempre de abajo arriba. Los dos moldes son constantemente indispensables, porque no se saca uno de ellos hasta haber terminado sobre el otro la fila siguiente. Se pueden recortar los buclecillos, y así se imita una especie de *moqueta* muy propia para delanteros de hogar, taburetes, alzapiés, etc.

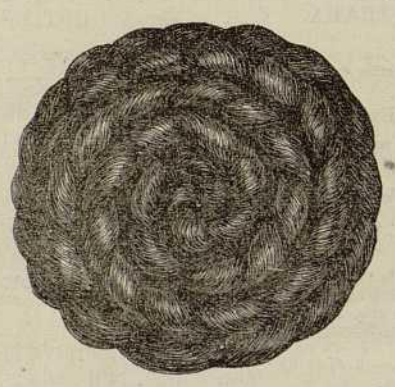
BANDOLETA A ONDAS.



CREPÉ PARA LA CASTAÑA N.º 4.

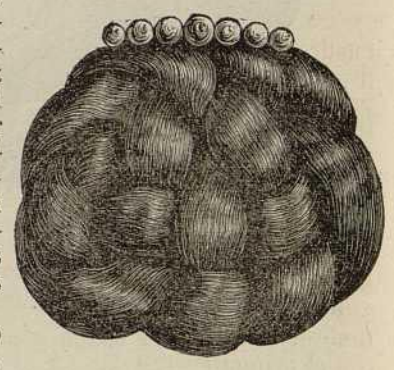


CASTAÑA N.º 3.



CASTAÑA N.º 4.

N.º 12.—*Punto afelpado.*—Se le hace siempre de abajo arriba. Se principia por una cruz comun, luego se lleva la aguja á una distancia de dos hilos en alto y ancho, picando al sesgo de derecha á izquierda; no se aprieta del todo la hebra, dejándola formar un buclecillo de unos dos centímetros, luego se hace una cruz comun que fija el buclecillo. El dibujo ayudará mucho á la claridad de esta demostracion.— La pequeña cruz señala el sitio en que se debe picar la aguja para terminar la cruz comun. — Cuando la labor se ha terminado, se cortan los buclecillos, y se los *atusa* un poco.



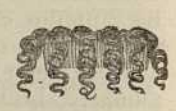
CASTAÑA N.º 2.

N.º 13. — *Punto Gobelino al sesgo.* —Se le hace sobre canevas no dividido; cada punto abraza tres hilos de alto y dos de ancho; un solo hilo le separa del punto siguiente.

N.º 14.—*Punto Gobelino en línea recta.*—Se le hace sobre dos hilos á lo alto y sobre uno de intervalo; — para darle un poco de relieve se le ejecuta con cordon redondo.

N.º 15.—*Pequeño punto.*—Cada punto se hace sobre un solo hilo y siempre de izquierda á derecha.

HORQUILLA CON BUCLE.

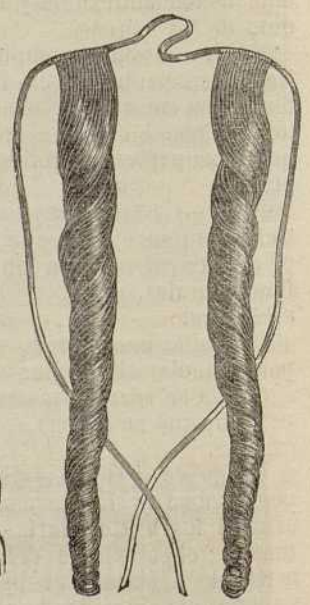


COPETE DE RIZOS PEQUEÑOS.

N.ºs 16, 17 y 18.—*Tres orlas para las mismas labores.*—En el dibujo n.º 16 la cenefa se ejecuta con cruces prolongadas rectas; cada una de estas cruces va sujeta en su parte media por un punto hecho con seda. El fondo se compone de puntos de desigual largo hechos en línea recta; los cuadritos se ejecutan del mismo modo. En El centro de cada cuadro se encuentra un punto de nudillo.

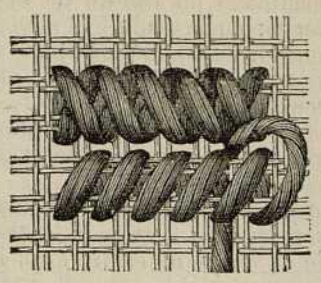
El fondo del n.º 17 está hecho con la cruz comun, el dibujo al pasado, y en el centro de cada una de las grandes cruces que lo componen se hace una cruz. El circuito se forma de medias cruces hechas sobre dos hilos á lo alto y cuatro á lo ancho, con dos tintas diferentes. — Los puntitos negros colocados en los vacíos que deben ocuparse con el dibujo indican el sitio en que ha de picarse la aguja para cada punto.

CREPÉ PARA LA CASTAÑA N.º 4.



BUCLES MARIA-ANTONIETA.

Las florecillas de la orla n.º 18 se componen de



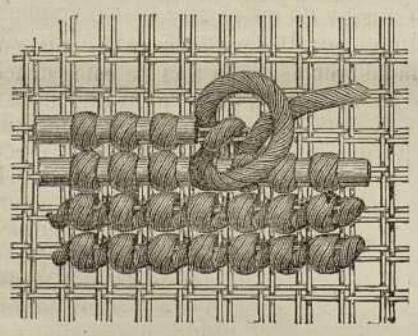
N.º 2.

cuadros bordados y de cuadros hechos al crochet, se guarnece con guipur que tenga 2 centimetros de ancho.

Cuadros al crochet.— Hilo del n.º 60. Se principia un cuadro por el medio de uno de los cuatro cuadritos que lo componen, haciendo una cadeneta de 8 puntos, el último de los cuales se reune con el primero.

1.ª *vuelta.* — 3 puntos en el aire que componen una brida,—* 7 en el aire,—un punto-cadeneta en el 3.º de los 3 primeros puntos en el aire. Vuélvase 2 veces desde *.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primero de los 7 primeros en el aire de la vuelta anterior;—* una media brida,—una brida sobre los 2 puntos en el aire siguientes; en el punto en el aire siguiente 2 veces seguidas 2 bridas separadas por 3 puntos en el aire; — sobre los 3 puntos en el aire siguientes una brida, —



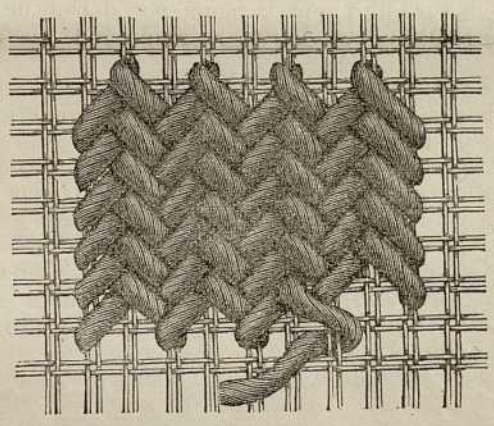
N.º 11.

una media brida, — un punto sencillo,—un punto-cadeneta sobre la brida siguiente. Vuélvase 3 veces desde *.

Uno de los cuadros ó trébol de 4 hojas, está terminado; se corta la hebra, se hacen otros tres tréboles iguales, que se ligan unos con otros, en las esquinas, por el punto del medio de los 3 en el aire. Se los rodea con las 5 vueltas siguientes.

1.ª *vuelta.* — Un punto sencillo sobre los 3 en el aire que se encuentran en la punta de una de las hojas de uno de los tréboles; — * 5 en el aire,—en el mas próximo punto sencillo 2 bridas separadas por 2 puntos en el aire, — 5 puntos en el aire,—en el mas próximo punto sencillo 2 bridas separadas por 3 puntos en el aire,—5 puntos en el aire,—uno sencillo sobre el punto del medio de los 3 en el aire mas próximos. — Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 5 primeros puntos de la vuelta anterior, 3 en el aire,—una brida

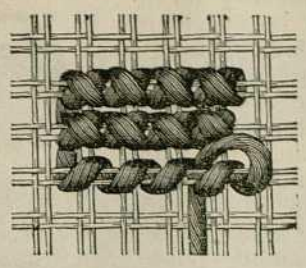


N.º 10.

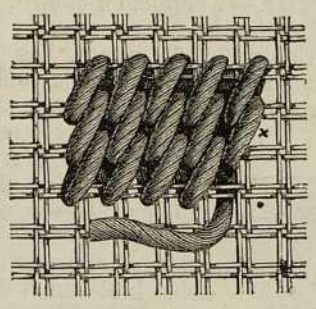
cuatro puntos al sesgo, ocupando 4 hilos del canevas en alto y en ancho; en el medio se hace un punto de nudillo. El fondo se ejecuta con la cruz comun. La orla al pasado se compone de puntos que cubren en parte una cruz y dos hilos del canevas. La direccion de los puntos está indicada en el dibujo.

Muceta de camisa bordada con adornos al crochet.

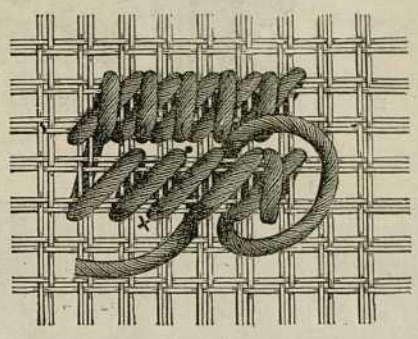
La muceta, que se compone de



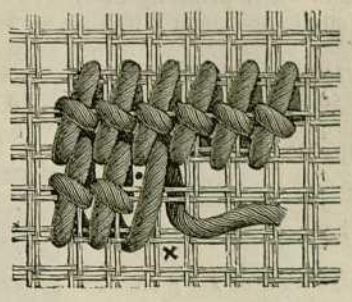
N.º 1.



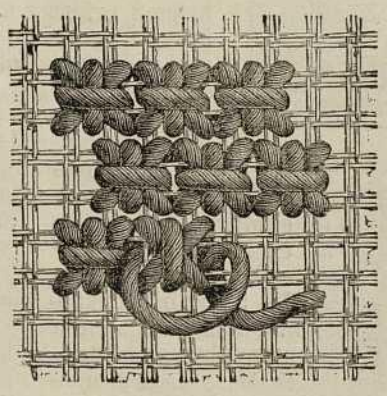
N.º 5.



N.º 4.

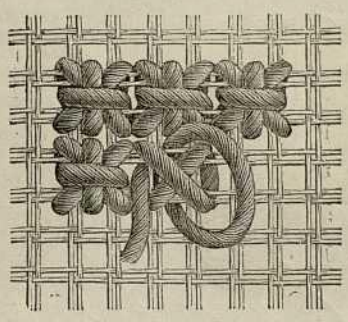


N.º 6.

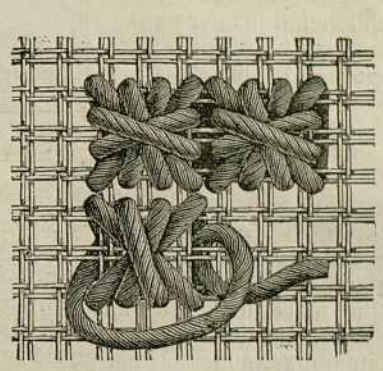


N.º 8.

ARTE DE LA TAPICERIA.

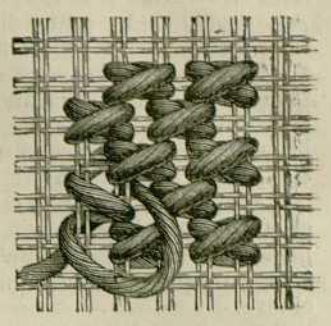


N.º 7.



N.º 9.

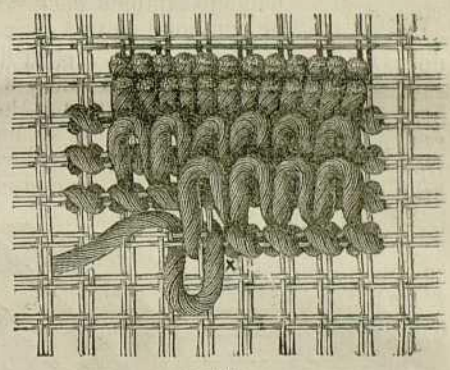
sobre el punto del medio de los 3 mas próximos puntos en el aire, que se encuentran entre dos bridas. — 3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos;—1 sencillo sobre cada uno de los 9 puntos siguientes, —3 en el aire, — una brida sobre el punto del medio de los 3 puntos mas próximos en el aire, —3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan dos puntos,—5 sencillos,—1 piquillo de 3 puntos en el aire y en el



N.º 3.

primero de ellos un punto-cadeneta. Vuélvase desde *; al fin de la vuelta un piquillo.

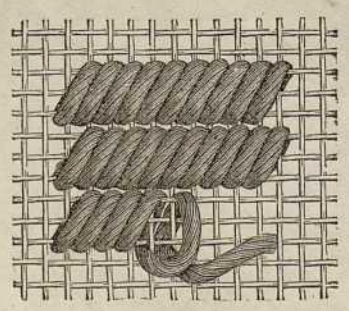
3.ª *vuelta.* — * Un punto sencillo sobre cada uno de los 7 primeros puntos de la vuelta anterior,—5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—1 sencillo sobre cada uno de los 7 siguientes,—5 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto, — 1 sencillo sobre cada uno de los 7 puntos siguientes,— 5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—1 sencillo sobre cada uno de los 7 puntos siguientes, — 5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—1 sencillo sobre cada uno de los 7 siguientes,—5 en el aire, — un punto-cadeneta en el mas próximo piquillo, 5 puntos en el aire (véase el dibujo detenidamente para mas exactitud). — Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta un punto-cadeneta sobre el primer punto de esta 3.ª vuelta. Se hace un punto en el aire para volver la labor, luego un punto-cadeneta sobre cada uno de los 3 mas próximos de los 5 puntos en el aire que se acaban de hacer.



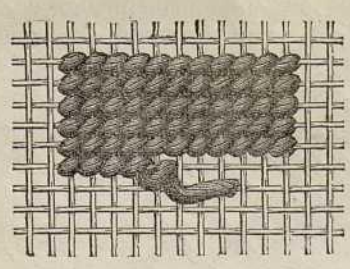
N.º12.

4.ª *vuelta.* — * 4 veces seguidas alternativamente 7 puntos en el aire y un punto-cadeneta sobre el medio de los 5 mas próximos puntos en el aire.— Vuélvase desde * otras tres veces.

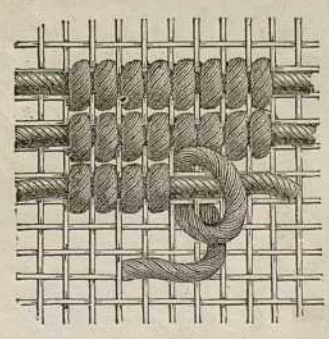
5.ª *vuelta.*— En cada punto de la vuelta anterior uno sencillo; pero en el del medio de los 5 en el aire, en la esquina del cuadro, se hacen 3 en el aire. Los cuadros se bordan sobre nansouk, luego se reunen á los hechos al crochet por un feston; cada punto del feston está colocado en cada punto del cuadro hecho al crochet.



N.º 13.



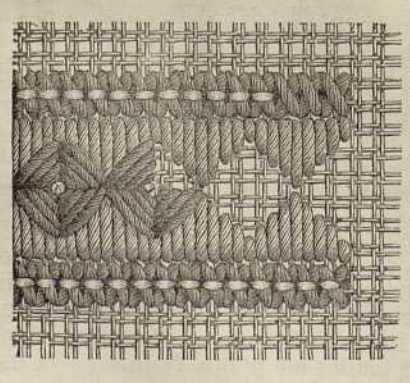
N.º 15.



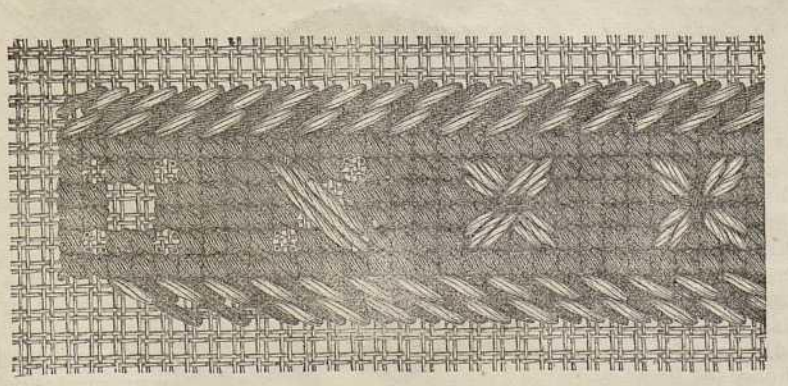
N.º 14.

Dos entredoses al crochet.

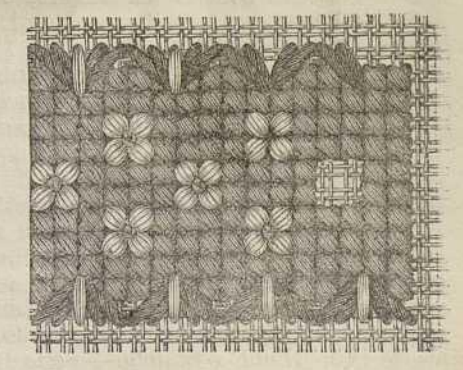
N.º 1.— Se le principia por el medio, haciendo una cadeneta del



N.º 16.



N.º 17.



N.º 18

largo necesario, *no muy apretada*.

1.ª *vuelta*. — Un punto sencillo en cada uno de los 4 primeros puntos, * en el siguiente 4 sencillos; los tres primeros seguidos cada uno por 6 en el aire; despues del 4.º de aquellos se hace uno sencillo en cada uno de los 4 puntos siguientes. Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*. —Un punto sencillo en el buclecillo del medio de los 3, compuesto cada uno de 6 puntos en el aire, y despues de cada sencillo 5 en el aire.

3.ª *vuelta*.— En cada punto de la vuelta anterior uno sencillo.

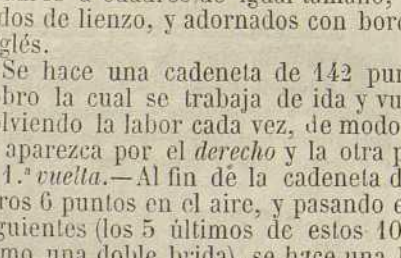
4.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en el primer punto; — * 7 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos, — 1 sencillo. Vuélvase desde *.

Se ha terminado la primera mitad del entredos. Al otro lado de la cadeneta primitiva se hace la segunda mitad, en todo igual á la primera, pero en la 1.ª vuelta se pica siempre el crochet debajo de los lados de cada punto.

N.º 2.—*Imitacion de guipur sobre red*.—El fondo se compone de 9 vueltas. Se hace una cadeneta del largo necesario.

1.ª *vuelta*.—Una brida cruzada en el 1.º y en el tercer punto,—* 2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos,—una brida cruzada en el 6.º y el 8.º punto. Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en el primer punto, * 9 en el aire, por debajo de los cuales se pasan cuatro puntos,—uno sencillo— Vuélvase desde *.

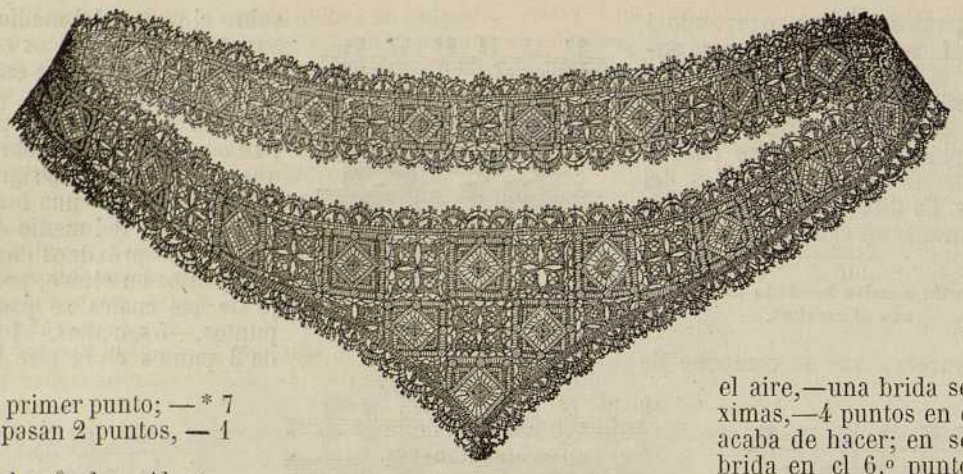


ENTREDOS AL CROCHET.

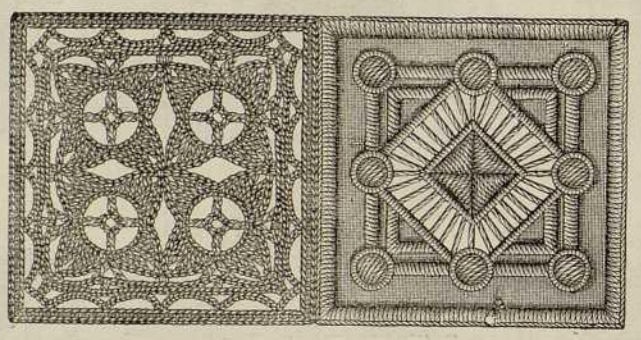
3.ª á 7.ª *vueltas*.—Un punto sencillo en el medio de cada uno de los festones de la vuelta anterior, compuestos de 9 puntos en el aire, y despues de cada punto sencillo 9 en el aire.—8.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en el medio de cada feston compuesto de 9 puntos en el aire, luego 4 puntos en el aire despues de cada sencillo.

9.ª *vuelta*.—Como la 1.ª Sobre este fondo se ejecutan cuadritos, cada uno de 4 ramas; para cada rama se *echan* dos hebras dobles de un punto sencillo á otro correspondiente, de modo que se tengan cuatro hebras al sesgo, que se cubren á punto de zurcido con una hebra sencilla (Véase el dibujo.)

ADVERTÉNCIA. — Para la ejecucion de las bridas cruzadas, véase la *Leccion de crochet* publicada en uno de nuestros anteriores números; pero respecto á la primera vuelta de este entredos el intervalo que separa las bridas y que forman la brida cruzada es solamente de un punto.



MUCETA DE CAMISA BORDADA CON CUADROS AL CROCHET.



CUADROS BORDADOS AL CROCHET (MUCETA DE CAMISA).

Cuadro al crochet.

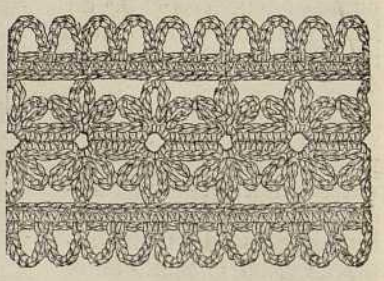
Este cuadro imita el guipur sobre red; ejecutándolo con hilo muy fino, se empleará para cubrir un acerico; con hilo grueso se asociará un cierto número de estos cuadros á cuadros de igual tamaño, cortados de lienzo, y adornados con bordado inglés.

Se hace una cadeneta de 142 puntos, sobro la cual se trabaja de ida y vuelta, volviendo la labor cada vez, de modo que una vuelta aparezca por el *derecho* y la otra por el *revés*.

1.ª *vuelta*.—Al fin de la cadeneta dicha se hacen otros 6 puntos en el aire, y pasando estos 6 y los 10 siguientes (los 5 últimos de estos 10 se consideran como una doble brida), se hace una brida cruzada en el 11.º y en el 14.º puntos de la cadeneta. Sin terminar la última brida sencilla (quedan por consiguiente 2 buclecillos sobre el crochet) se hace una segunda brida cruzada sobre el 14.º y el 17.º puntos de la cadeneta, y la doble brida se termina con los buclecillos de la 1.ª brida cruzada que se encuentran sobre el crochet; se ha terminado un cuadro de bridas cruzadas: en seguida * 5 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 5 de la cadeneta, un cuadro de bridas cruzadas como el anterior.— Vuélvase 10 veces desde *. — Luego 5 puntos en el aire, — una doble brida en el último punto.

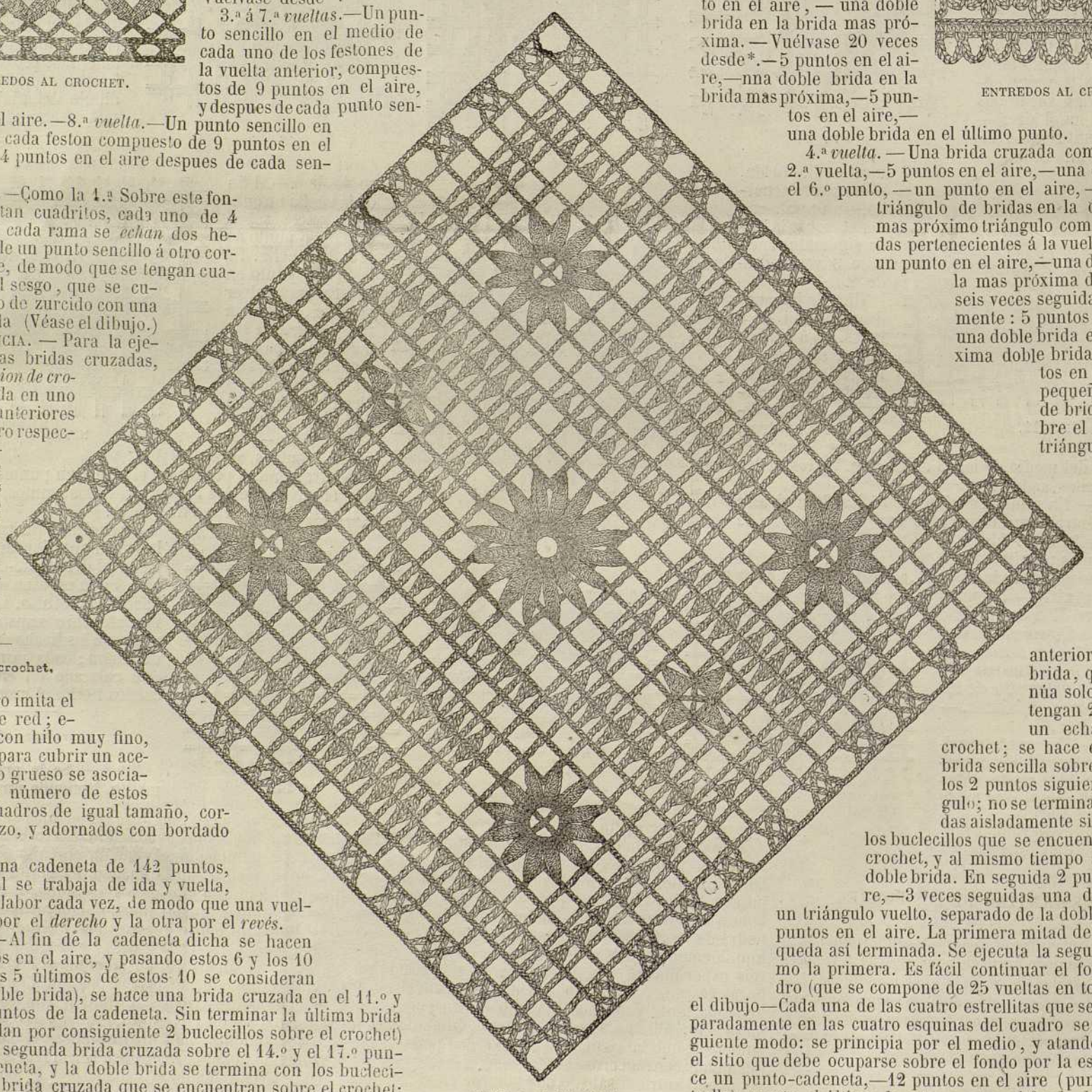
2.ª *vuelta*. — Un cuadro de bridas cruzadas sobre los 6 mas próximos puntos de la vuelta anterior. Para la 1.ª brida cruzada del borde se hace en esta vuelta como en las siguientes, en vez de la 1.ª doble brida; 3 puntos en el aire,—una brida sencilla en la 3.ª de las bridas mas próximas,—4 puntos en el aire,—una brida en la brida que se acaba de hacer; en seguida * 5 puntos en el aire, una doble brida en el 6.º punto. Las bridas aisladas deben siempre caer sobre la brida de la vuelta anterior, y se ha de picar el crochet debajo de los dos lados superiores del punto.—Vuélvase 21 veces desde *—7 puntos en el aire,—un cuadro de bridas cruzadas sobre los 6 últimos puntos de la vuelta anterior.

3.ª *vuelta*. — 5 puntos en el aire, haciendo las veces de doble brida,—6 en el aire, — una doble brida en el 6.º punto,—5 puntos en el aire,—una doble brida en el 6.º punto,—* un punto en el aire,—una doble brida en el tercer punto, es decir, en el medio de los 5 en el aire entre 2 bridas,— luego 2 bridas sencillas en el medio de la doble brida que se acaba de hacer; esto forma uno de los cuadritos compuestos de bridas,—un punto en el aire, — una doble brida en la brida mas próxima. — Vuélvase 20 veces desde *.—5 puntos en el aire,—nna doble brida en la brida mas próxima,—5 puntos en el aire,— una doble brida en el último punto.



ENTREDOS AL CROCHET.

4.ª *vuelta*. — Una brida cruzada como la 1.ª de la 2.ª vuelta,—5 puntos en el aire,—una doble brida en el 6.º punto, — un punto en el aire, — un pequeño triángulo de bridas en la del medio del mas próximo triángulo compuesto de bridas pertenecientes á la vuelta anterior,— un punto en el aire,—una doble brida en la mas próxima doble brida,— seis veces seguidas alternativamente: 5 puntos en el aire, — una doble brida en la mas próxima doble brida, — 2 puntos en el aire, —un pequeño triángulo de bridas vuelto, sobre el mas próximo triángulo de la vuelta anterior Se forma dicho triángulo vuelto haciendo primeramente en el primer punto del triángulo perteneciente á la vuelta anterior una doble brida, que se continúa solo hasta que se tengan 2 buclecillos y un echado sobre el crochet; se hace entonces una brida sencilla sobre cada uno de los 2 puntos siguientes del triángulo; no se terminan estas 2 bridas aisladamente sino ámbas con los buclecillos que se encuentran sobre el crochet, y al mismo tiempo se termina la doble brida. En seguida 2 puntos en el aire,—3 veces seguidas una doble brida,— un triángulo vuelto, separado de la doble brida por 2 puntos en el aire. La primera mitad de la 4.ª vuelta queda así terminada. Se ejecuta la segunda mitad como la primera. Es fácil continuar el fondo del cuadro (que se compone de 25 vueltas en todo) copiando el dibujo—Cada una de las cuatro estrellitas que se ejecutan separadamente en las cuatro esquinas del cuadro se hace del siguiente modo: se principia por el medio, y atando la hebra en el sitio que debe ocuparse sobre el fondo por la estrella, se hace un punto-cadeneta,—12 puntos en el aire (punta de la estrella): se ata el último de estos puntos al fondo del cuadro sa-



CUADRO AL CROCHET.

cando el crochet de este punto, picándolo en el cuadro y pasando por él el 12.º punto en el aire que se vuelve á tomar. Se vuelve sobre los 12 puntos en el aire haciendo: un punto-cadeneta,—un punto sencillo,—una media brida,—6 bridas,— una media brida,— un punto sencillo, — un punto-cadeneta. Esto forma una hoja y de seguida se hace una segunda, principiando por 12 puntos en el aire;—así sucesivamente hasta que se tengan 12 hojas. Al fin de cada una se hace un punto sencillo en el último punto de la hoja anterior, y al fin de la última hoja un punto-cadeneta en el primer punto de la 1.ª hoja.

La gran estrella del centro del cuadro se compone de 16 hojas, cada hoja de 14 puntos, y se hacen 8 bridas, en vez de 6, en el centro de cada hoja.— Despues de la última hoja se hace una vuelta de puntos-cadenetas sobre el contorno interior de la estrella. Quedan que ejecutar las pequeñas cruces colocadas sobre el fondo entre dos estrellitas. — Cada uno de los 4 brazos que componen estas cruces se hace sobre 7 puntos en el aire, sobre los cuales se vuelve haciendo un punto-cadeneta,—un punto sencillo,—una media brida,— 2 bridas, — 2 dobles bridas. Se ata el brazo ó rama sobre el cuadro, como se ha indicado para las estrellas.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de cachemira gris con tiras de tafetan negro.— Trage corto de seda gris adornado de terciopelo y de fleco de felpilla negra.

Redingote de popelina color castaño con festones ribeteados de raso y guarnecidos con botones figurando dos solapas.

Zagalejo de tafetan violeta.—Trage corto de popelina gris, con fleco gris y violeta. Paletot igual al trage.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

Trasladamos con el mayor gusto á nuestras columnas el siguiente interesantísimo artículo, que nos da á conocer el instituto de caridad conocido con el nombre de *Las hermanitas de los pobres.* / dvertimos á las personas que quieran contribuir con sus donativos á tan piadosa obra, que habrán de dirigirse al efecto á la calle de Hortaleza, núm. 18—Madrid.

"Hace 26 años, el párroco de S. Servando, pequeña poblacion de Bretaña, concibió una idea filantrópica, que sin recursos de ningun género y sin mas auxilio que la caridad, ha dado ya tales resultados, que, ó el espíritu del siglo es menos egoista de lo que se supone, ó la Providencia, interviniendo con su proteccion eficaz é inmediata, parece interesarse en el buen éxito de la obra iniciada por el virtuoso sacerdote. Una congregacion de mujeres, que voluntariamente renuncian á los placeres de la vida para dedicarse á la asistencia y sostenimiento de los ancianos desvalidos, recorre la Europa, creando, sin propiedad alguna, sin poseer nada, asilos para los viejos, en la mayor parte de las ciudades de importancia. Para alquilar esos edificios, para edificar algunos, para subvenir á las necesidades diarias de tan costosos establecimientos, aquellas buenas mujeres, que han aceptado con júbilo el nombre de *Hermanitas de los pobres*, y pronunciando votos solemnes, pasan su vida en el trabajo mas penoso y se humillan implorando limosna para los ancianos, sin descansar nunca, sin arredrarse ante los obstáculos de idiomas y costumbres desconocidos, y prosiguiendo su santa obra con una confianza que infunde por lo menos admiracion y respeto.

Nueve meses hace que una comision de Hermanitas de los pobres llegó á Madrid para fundar un establecimiento, el noveno, si no nos equivocamos, que poseen en España; la mayor parte de los madrileños ignora la existencia del asilo humanitario que, para honra de sus fundadoras, han logrado crear, si bien humildemente todavia y en pequeño. Lectoras, si quereis experimentar una de esas emociones gratas que pocas veces se sienten en la vida, suprimid el paseo una sola tarde y dirigios á la calle de Hortaleza, número 148. Allí voy á conduciros mentalmente, contándoos lo que he visto, y de cuya verdad podeis prácticamente convenceros.

Cuando entré el sábado por la tarde en el establecimiento, en compañía de dos amigos, la superiora nos recibió con una amabilidad, con un agrado y cortesía tal, que nos animó á hacer preguntas minuciosas, mientras visitábamos todas las habitaciones. Habla correctamente el español, así como la hermana que iba en su compañía, la cual desempeña el oficio de postulante, recorriendo las casas en demanda de socorro.

—Gracias á Dios, hoy pueden los pobres ofrecer á Vds. asiento, dijo enseñándonos un ancho sofá y algunas sillas, que eran regalo de personas diferentes, segun la diversidad pintoresca de sus clases. Las primeras visitas que recibimos hace algunos meses, hubieron de permanecer en pié, porque no teniamos sillas. Hoy la caridad nos ha proporcionado estas comodidades.

Hay en el establecimiento un aseo, una limpieza y un órden, que hacen la estancia allí sumamente agradable. Así se lo hice entender á la superiora que me contestó sonriendo:

—La limpieza es el lujo de los pobres.

—Y ¿quiénes son los protectores de este asilo? pregunté á las dos hermanitas.

—Muchos: pero San José, es el mas eficaz; el que contínuamente nos ayuda. Por eso está su efigie en todas las habitaciones, y me enseñó una pequeña capillita de piedra con la imágen del santo. Estas capillas, son obra de uno de los acogidos, y aunque algo toscas, tienen mucho mérito; la gratitud ha hecho escultor á un pobre que no tiene ni conocimiento del dibujo.

Y dijo la superiora, enseñándonos unas cortinas á cuadros que cubrian los cristales de la galería:

—Los pobres viejos, no tenian con qué resguardarse del sol en el verano. Un caballero que visitó el establecimiento, nos hizo observar la falta, que ya habíamos notado. «San José se cuidará sin duda de remediarla,» añadió el caballero, y en efecto, al dia

siguiente, se presentó un mozo, trayendo las cortinas de parte del bendito patriarca.

—No es eso solo, añadió la otra hermana: el milagro se repite con mucha frecuencia; todo el mobiliario que poseen los pobres, ha venido como llovido del cielo, sin saber casi nunca quién envia los regalos: la caridad que hace prosperar el establecimiento es la mas pura y legítima, la que se oculta para hacer el bien, la que se ruboriza al practicarle. Un dia, llamaron á la puerta y se presentó un carpintero; nos hacia falta una escalera para comunicar interiormente el piso principal donde están las mujeres, con el mas alto en el que habitan los hombres: el maestro tomó medidas y pocos dias despues la obra estaba terminada: no sabemos quién es el alma benéfica á la que debemos este obsequio: lo mismo ha sucedido con el lavadero y con los cuadros, y con todo en fin, lo que ven Vds. en las habitaciones.

Entramos en la cocina; la estaban blanqueando las hermanas: tambien vimos allí á San José, presidiendo la sopa de los pobres que hervia en anchas marmitas.

—Y la comida ¿se reduce á eso solamente? preguntó uno de mis compañeros.

—Oh! no señor, contestó con cierta vanidad la superiora, y destapó una cacerola colocada á corta distancia del fuego.

Todos contemplamos con curiosidad su contenido.

Era un condimento particular, hecho de huevos, que despedia un olor agradable y sustancioso.

—Es tortilla, dijo con orgullosa sonrisa la superiora.

Francamente: confieso, que aquello no me pareció tortilla ó poco entiendo del arte culinario: sin embargo, comprendí que era una cosa buena, y que condimentada por aquellas manos caritativas debia saber á gloria.

—Procuramos variar, repuso una hermanita, y hasta ahora, la caridad nos lo ha permitido.

—Pero, ¿cómo se hace ese milagro?

—De un modo muy sencillo: la hermanita encargada de comprar, recorre todas las mañanas las plazuelas: el pueblo español es generoso y responde siempre á los sentimientos nobles: viera V. á los vendedores, cubrir de verduras, de legumbres, de carne á veces el carrito destinado á conducir el alimento diario. Los pobres compran sin dinero. Un dia, preguntamos á la decana de nuestras viejecitas que tiene 104 años, qué cosa la apetecia mas, por si podíamos procurársela: nos respondió que la gustaba mucho la gallina; ya sabe V. que están caras.

Hice señal de asentimiento, aunque á la verdad, siempre he ignorado el precio de esas aves.

—Pues bien, prosiguió; salió á la plaza la hermanita, y ha de saber V. que cada dia de la semana variamos de mercado, para no fatigar: aquella mañana, parece que Dios habia comprendido nuestros deseos. Un pollero se acercó á la hermana, con una hermosa gallina en las manos. «Tome V., la dijo, para que den caldo á los viejos. ¿Quién sabe, si con el tiempo, habrá menester que otros hagan conmigo esta caridad?» No puede V. figurarse la alegría con que recibimos aquel oportunísimo presente.

—Y es regalo tambien ese carro? preguntó uno de mis amigos.

—Oh! sí señor. Pero antes, la hermanita tenia que fatigarse mucho para traer la compra. Una mañana, nos enviaron un regalo, que de seguro no adivinará V. fácilmente.

—No es probable.

—Pues bien; nos regalaron un borriquito para que facilitase el abastecimiento en la plaza, y el mozo que nos lo trajo, acude todos los dias y se encarga de su manutencion. No sabemos quién es el protector al cual debemos tan utilísimo regalo.

Confieso que íbamos de sorpresa en sorpresa, al ver la caridad tan bien comprendida, y experimentábamos cierto orgullo, con los elogios que de la generosidad española, hacian aquellas buenas señoras, cuyo pensamiento secundan cuantos acuden á visitar el asilo hospitalario.

Vimos la pieza destinada á lavadero: los dormitorios de las ancianas, la enfermería, y el oratorio donde se celebra una misa diaria que oyen todos los pobres, aunque la asistencia no es obligatoria para ellos.

Inútil es decir que la pequeña sacristía, el modesto pero bonito altar, los candelabros de madera, algunos cuadros, dos lámparas y cuanto compone el ornamento de la capilla, es obra de la caridad. La regla prohibe el oro y la plata en los adornos: todo es allí de una sencillez primitiva. Una lámpara de cristal, arde siempre colgada en el techo del oratorio.

Pasamos al comedor, donde estaban las acogidas en número de veintiseis, asistidas por una hermana, y con los trajes que buenamente han podido proporcionarlas, aseados y pulcros, y que obedeciendo al aspecto general de la casa, todos eran distintos. Allí la uniformidad no existe, sino en los dormitorios; todo lo demás es variado; cada silla de su clase; cada mueble de su época; los hay de una antigüedad respetable y modernos, todos en distinto uso, sin guardar otra simetría que la del buen órden con que se hallan colocados. Parece como que el establecimiento ha sido surtido en un puesto de ferias.

Las ancianas cuya edad no baja de sesenta años, parecian contentas y reinaba entre ellas una cordialidad conmovedora; comian cada cual en su asiento, porque el local no permite una mesa grande para todas. El aspecto de aquella habitacion, la observacion de los diversos tipos que se veian allí reunidos y la buena armonía que reinaba, nos impresionaron vivamente.

Salimos de aquel cuarto y nos enseñaron el ropero, que es un pequeño almacen de ropa, numerado segun la pertenencia y con estantes sin numeracion para significar la propiedad de todos; despues, subimos por la escalera interior, que se llama de *San José*, para visitar el departamento de los hombres. En el piso alto se reprodujo el mismo cuadro: igual aseo y cuidado en las habitaciones: los acogidos son diez y nueve y notamos en el comedor que los hombres disfrutan una ventaja; la de tener dos mesas. Lo demás corre parejas con el departamento ya descrito. Tambien hallamos una novedad digna de mencionarse. Entre los ancianos á quienes las vicisitudes de la vida han conducido al establecimiento, nos sorprendió uno sobre todo, cuyo aspecto distinguido prevenia en su favor. Es un italiano, vice-cónsul en otro tiempo y hoy pobre de solemnidad. El decano, es un hombre de 80 años: las mujeres llevan en esta parte veinticuatro años de ventaja. El bello sexo ha de ser siempre para la naturaleza el mas favorecido.

He dicho impremeditadamente bello sexo: allí no hay sexos ya; allí no hay sino ruinas. La última trasformacion del ser humano en su estado mas triste. Allí todos son viejos sin familia, sin afecciones en el mundo, donde vivian abandonados hasta que la caridad les dió familia. Suprimid la casa de *las hermanitas de los pobres*, y vereis á aquellos infelices mendigar el sustento á la puerta de las iglesias, sin saber á dónde retirarse por las noches, temblando de frio en el invierno, abrasados por el sol en los meses de verano, y solos, siempre solos. Destruid el caritativo establecimiento, y privareis de la paz que hoy disfrutan á cuarenta y cinco desgraciados.

Cuando nos aproximamos á la puerta de salida, todos íbamos pensativos. Quién sabe lo que el porvenir reserva á cada cual. Pobres de los que llegan á la vejez y solo encuentran soledad y no tienen á donde refugiar su corazon abandonado, en la edad en que es tan necesario el afecto como en la infancia. La falta de ese consuelo es la mayor de las pobrezas, y ese consuelo, ese cariño, esa dulzura es el objeto de la fundacion del virtuoso *Le Pailleur* párroco de San Servando.

Al lado de la puerta vimos un cepillo con la siguiente inscripcion: «Bendita sea de Jesus y María la mano que aquí deja un sueldo para los pobres.» ¿Quién resiste á tan caritativo y justo llamamiento?

—¡Ah! caballeros; dijo la buena religiosa al despedirnos: no olvideis que aquí todo se admite y se aprovecha. Lo mas inútil de las casas es para el establecimiento útil y muchas veces necesario: trajes usados, calzado de desecho, telas y muebles, todo lo recibimos con gratitud y lo empleamos en beneficio de los pobres. Decídselo á vuestros amigos; muchas personas se ven privadas de contribuir á nuestra obra por ignorar hasta la existencia de esta casa. El frio se aproxima: la ropa de invierno es cara *y son cuarenta y cinco*.

La hermana colectora, nos enseñó una obra de aguja digna de mencionarse; era un pañuelo de abrigo formado de retazos, todos de color diferente y cosidos con esmero.

—Ya dijimos á V. que aquí todo se aprovecha.

Lectoras, os declaro que contemplé con respeto aquel pañuelo, y con mas respeto aun las manos que consumaron aquella obra maestra de paciencia.

Mis compañeros estaban conmovidos y eso que tienen el corazon algo duro: yo encontré mi conciencia mas turbia que de costumbre. ¡Oh humanidad! ¡si solo obedecieses á ciertos arranques generosos y honrados que ahogas por un rubor mal entendido y funesto!

Si en aquel momento alguien lograse leer en nuestros pensamientos, nos hubiera tomado por trapenses.

Creedme, amables lectoras, dejad un dia el paseo y visitad aquella casa hospitalaria, seguras de que hallareis en ella mas satisfacciones, que en vagar sin objeto ante las verjas del Botánico. Si en mí, que no tengo como vosotras, y lo siento, las lágrimas en el bolsillo, ha producido tal emocion una visita al establecimiento de las buenas hermanitas de los pobres, á vosotras, de corazon mas bello y sensible y de mas delicados instintos, os procurará mayores goces. No temais el aspecto de la miseria: allí no existe sino pobreza, pero aseada, simpática, no en forma desagradable. Allí puede ejercerse la caridad sin riesgo de alimentar el vicio, como sucede con la mendicidad ambulante. Vuestros adornos y vuestros trajes de seda, es verdad que formarán contraste raro, con la modestia y sencillez de aquella santa casa, pero os recibirán con agasajo, porque al veros entrar calcularán sin duda las nueve religiosas que comparten las tareas del establecimiento, que no dejareis de acercar vuestras lindas manos al cepillo de los pobres.

José Fernandez BREMON.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Poco á poco reconocimos distintamente un destacamento de caballería, que probablemente serian coraceros, porque desde los hombros de los ginetes hasta la grupa de los caballos descendia una ancha capa que á nuestros ojos les daba la talla y aspecto de jigantes. Aquellos jinetes iban seguidos de espesas filas de infantes, cuyos millares de fusiles brillaban como el relámpago en los primeros rayos del sol. El desfile no acababa, y á poco se vieron cubiertos de enemigos los matorrales en toda la extension á que podia dilatarse la vista. Durante la noche el ejército holandés en masa habia adelantado hasta sus avanzadas, y mientras los coraceros dieron un giro para ocupar el camino de Amberes, los holandeses desplegaron sus tropas en el llano como para presentarnos el combate.

Nosotros contemplamos con sorpresa pero sin temor, la línea inmensa del enemigo, que desplegando sus alas, se adelantaba lentamente hácia nosotros. El cuerpo de ejército que teníamos á la vista podia elevarse á veinte mil hombres, contando con cuarenta piezas de artillería y una numerosa caballería. Como he dicho nosotros éramos ochocientos hombres, sin caballos, y no teniamos mas que dos cañones de campaña. Teníamos á nuestras espaldas un monte de abetos nuevos, y delante y á alguna distancia de nosotros, se extendia una gran balsa de agua. Nuestros dos cañones, ocultos á unos cien pasos de nosotros por un ángulo del monte, estaban cargados de metralla.

Yo me olvidé de la guerra y del peligro que podia correr, fascinada mi imaginacion por el imponente y terrible espectáculo que se desplegaba á mi vista; el sol se habia elevado en un cielo de espléndido azul, y sus rayos quebrándose en el acero de las armas, la línea de las tropas holandesas me parecian una resplandeciente línea de fuego.

El zumbido de una docena de cañones de grueso calibre me sacó de mi preocupacion, y fuí sobrecogido por un estremecimiento de espanto... Pero á la segunda descarga, aquella involuntaria emocion, ó mas bien aquella palpitacion de corazon que no puede uno reprimir, habia desaparecido; no me quedó ya mas que la conviccion del peligro y un febril deseo de combatir, como si la agitacion y el tumulto de la pelea debieran librarme del penoso sentimiento que me pesaba.

La mayor parte de las balas holandesas caian en la laguna, cuya agua cenagosa hicieron saltar á una prodigiosa altura, habiendo muerto solo uno de mis camaradas de un balazo que le pasó la parte anterior de la boca, sin tocarle en ninguna otra parte.

Vivos murmullos corrieron entre nosotros, y quisimos lanzarnos adelante; pero nuestros oficiales nos suplicaron no nos meneáramos hasta que se nos mandara, y como los oficiales de mi regimiento eran en su mayor parte no solo amados, si no respetados, permanecimos en las filas, rechinando los dientes de impaciencia. Algunos instantes mas y el ejército holandés estaría á tiro de fusil: entonces vimos acercarse con júbilo el momento tan ardiente y esperado.

El enemigo fijó su línea de batalla y envió hácia nosotros unos sesenta lanceros, preparándonos á recibirlos con un vivo fuego de fusilería. Aquellos caballos no tenian otro encargo que hacer un reconocimiento, y asegurarse de las fuerzas que podian poner los belgas en línea. Los lanceros se precipitaron al galope con sus lanzas de hoja de naranjo, y para su desgracia se pusieron al alcance de nuestras dos piezas, ocultas por los abetos. Una doble detonacion resonó en el matorral, y diez ó doce jinetes y otros tantos caballos cayeron al suelo muertos ó heridos. Los otros volvieron grupas á toda prisa y escaparon á unirse al grueso del ejército. Al ver aquella ventaja, por insignificante que fuese, una inmensa animacion surgió de las filas de los belgas, y todos se lanzaron hácia adelante.

Aquellos ochocientos hombres se hubieran echado indudable y voluntariamente sobre la innumerable masa de los enemigos; ¿pero qué les hubiera sucedido? Estábales reservada una muerte cierta, es verdad; ¿pero cuán caras no hubieran vendido sus vidas en el ardor del primer impulso? Quizá la impresion de aquel heróico sacrificio hubiera pesado gravemente en la balanza de los acontecimientos ulteriores... Desgraciadamente, la mayor parte de aquellos combatientes, animados de un fuego patriótico, se vieron obligados á volverse al ver la laguna de que hemos hablado, y esto dió tiempo á los oficiales para contenerlos.

Mientras que nuestros jefes, á fuerza de órdenes y se-

ñas, detenian el temerario impulso de sus tropas, el cañon holandés tronaba con nueva fuerza; toda la línea de batalla del enemigo se movió y se precipitó hacia adelante para vengar la pérdida que acababa de tener, y esperamos con alegre emocion el trance inminente.

En aquel momento entregó al general un parte urgente uno de nuestros cazadores á caballo. Los coraceros holandeses habian cortado el camino de Amberes, y los belgas estaban cercados por todas partes. A pesar de los clamores de los voluntarios, que se mordian los puños de rabia hasta hacerse sangre, nada se podia hacer; nos era forzoso dejar la maleza, replegarnos sobre Turnhout y buscar un paso hacia el interior del pais, si nos era posible escapar de una derrota segura ó de la cautividad.

Tomamos la direccion de Turnhout en buen órden y aun dispuestos á hacer una vigorosa resistencia si era necesario. La ciudad estaba triste como una tumba; no se veia en las calles ningun ser viviente, y las puertas y ventanas estaban cerradas como si fuera media noche. Aquel espectáculo hizo una impresion desagradable en nuestro espíritu, y en efecto era poco animoso ver que todos los habitantes habian huido ó se habian ocultado como si desde el dia antes nos hubieran creido impotentes para defender sus hogares.

Nuestro regimiento no se detuvo en Turnhout: tomamos el camino de Hereuthals siguiendo los senderos al través de campos y bosques. Hacia un calor excesivo; el sol de otoño lanzaba sobre nuestras cabeza rayos de un ardor intolerable, y no teniamos ni qué comer ni qué beber. En Casterle, la sed devoradora que experimentábamos hizo desobedecer por un instante las órdenes de los oficiales. Habia en aquella ciudad y en medio del jardin del cura, un manzano tan cargado de fruto, que no debia ser comestible sino dos meses despues. El árbol fué asaltado, escalado, puesto á saco, despojado de sus hojas y desguarnecido de sus ramas por centenares de hombres. Se imploraba un bocado de aquellos frutos ácidos; se luchaba para conseguirlo; se daba hasta un florin por una manzana verde... Nos imaginábamos que aquel gusto agrio apagaria la sed.

Pasamos así ocho dias entre Lierra y Lovaina, recibiendo el sol mas abrasador, marchando diariamente por espacio de ocho ó diez horas, sin víveres, sin nada que nos refrescase y realmente achicharrados por el calor. Devorábamos la corteza del abeto y llevábamos una bala en la boca como remedio contra la sed; de noche nos echábamos en el suelo, para despertarnos al otro dia transidos por un abundante rocío.

Entre nosotros se decia que estábamos rodeados por los holandeses, y que nuestras marchas y contramarchas tenian por objeto frustrar la persecucion del enemigo y permitirnos reunir en las cercanías de Lovaina al gran cuerpo del ejército belga. Fuera lo que quisiera, despues de seguir ambos caminos llegábamos siempre á los pueblos donde los holandeses nos habian precedido; porque hallábamos en el camino pompones y otros objetos menudos de equipos perdidos en la marcha por nuestros enemigos.

Un dia hicimos alto al medio dia á la inmediacion de una aldea, llamada Boiscchet, segun creo, cuyo suelo estaba cubierto todavía con la paja que habia servido de cama á los holandeses la noche precedente. Abatidos de cansancio y hambre nos tendimos en un campo para descansar un poco; la víspera habiamos encontrado pocos víveres, y aquel dia no habíamos comido nada todavía. Diósenos órden de pasar á la aldea con diez hombres valientes para buscar en ella los víveres necesarios para mi compañía, y tomar, de grado ó por fuerza, cuanto pudiéramos hallar. Presentáronse los voluntarios mas resueltos y brutales, y cuando llegamos á la aldea vimos que los habitantes habian huido; derribamos las puertas á culatazos, pero no hallamos nada que fuera comestible. En medio del pueblo encontramos un hombre y una mujer que no habian querido abandonar la aldea; les pedimos pan ó algun otro alimento y nos respondieron con tono lastimero que los holandeses se habian llevado todo el dia antes. Mis voluntarios, obligados por la desesperacion del hambre, empezaron á pegar sablazos de plano al hombre y á amenazarle con maltratarle aun mas; pero despues de una larga resistencia, el pobre hombre espantado, nos llevó al jardin, y cavando en el suelo, sacó tres enormes panes de centeno envueltos en un saco que le arrebatamos con saco y todo. Despues de haber escudriñado sin resultado muchas casas desiertas, alcanzamos á ver fuera de la aldea una chocita de arcilla en la que se hallaba una jóven con un niño de tres á cuatro años. Llegamos y á nuestras amenazadoras peticiones, cogió de la cuna de su hijo una rebanada de pan negro y nos la alargó diciendo con las lágrimas en los ojos:

—Tomad, amigos mios, esto es todo lo que me resta; la habia guardado para mi pobre corderillo.

Ya habia aceptado la rebanada uno de mis compañeros y se disponia á morderla con sus buenos dientes, cuando los otros se opusieron á ello ardientemente y le hicieron echar en el saco el pedazo de pan.

Movido de profunda compasion, quise hacer que devolvieran á la desgraciada madre la rebanada, pero fué en vano. Cogí la mano de la mujer y le pregunté si dando por ello lo que fuese, podria proporcionarse pan en algunos de los pueblos cercanos. Al contestar que sí, todos mis compañeros echaron mano á la bolsa, y la mayor parte sacaron una moneda de veinte y cinco cientos (1): algunos le dieron menos y yo le dí un poco mas; de modo que la pobre mujer reunió cerca de cinco francos... Sus lágrimas corrieron entonces abundantemente; pero eran lágrimas de reconocimiento acompañadas de bendiciones á los benéficos perillanes. Durante el camino se convino respecto á lo que se habia de hacer de la rebanada de pan, y recibimos cada uno un pedacito del grueso de un dedo.

(1) Cincuenta céntimos de franco.

Los tres panes de centeno fueron primero partidos á sablazos en el vivac en pedazos grandes, y despues cortados con cuchillos en pequeños trozos, recibiendo un bocado de pan todos los demás, desde el capitan hasta el último soldado.

El 10 de agosto pasamos al principiar la tarde, por delante de los viñedos del pueblo de Wesemael, situado cerca de media legua de Aerschot, y allí encontramos un numeroso convoy, compuesto de carros cargados de pan y carne, que se nos destinaba como alimento. Mandóse hacer alto al regimiento y se pusieron centinelas avanzadas á gran distancia, como si debiésemos vivaquear en aquel punto, habiendo colocado en las alturas y caminos mas distantes, á los pocos cazadores á caballo que nos habian acompañado desde Turnhout, para que pudieran avisarnos á tiempo de la proximidad de cualquier peligro. Pasóse lista en cada compañía, y los mas determinados fueron encargados de ir á buscar á Wesemael todo lo que fuera necesario para hacer el rancho.

Media hora despues se veia delante de cada compañía un gran caldero, sostenido con piedras y lleno de agua. Dividióse la carne á sablazos y se echó en la caldera; entre tanto llegaban hombres por todas partes con coles de todos colores, apios, cebollas y otras hortalizas crudas, y todos los vegetales comestibles que pueden imaginarse, se echaron en el recipiente, donde nadaba la carne. El fuego daba chasquidos: las llamas, atizadas sin cesar, serpenteaban al rededor de las improvisadas marmitas, y los soldados de la compañía con ojo avizor y boca hecha un agua, contemplaban ávidamente las ansiadas burbujas que se formaban en la superficie del agua hirviendo.

Podria suponerse, puesto que teniamos pan en abundancia, que el hambre no nos atormentaria. Así era en efecto; pero nuestro vivo deseo de tomar cosa de caldo; se explicaba muy bien por la palabra: *comer caliente*. Hacia ya muchos dias que no habiamos tomado mas que manjares fríos, y aun así y todo en cantidad insuficiente. ¡Por fin íbamos á hartarnos de sopa caliente y carne humeando! En nuestra opinion, ó por mejor decir, segun nos lo decian nuestros hambrientos estómagos, nada habia en el mundo mas gustoso, ni nada tampoco que tuviera virtud mas refrigerante como *comer caliente*.

Apenas hubo entrado el agua en ebullicion, cuando algunos se esforzaron por pescar alguna hoja de col ó cogollo de apio. Otros se opusieron á aquel hurto; se instó, se debatió, se luchó hasta el punto que los oficiales se vieron obligados á poner dos centinelas al lado de cada marmita. Por último, cuando aquella especie de potaje hubo cocido un poco y los *ojos* empezaron á presentarse en la superficie del agua, todos estuvieron conformes en afirmar que la vianda estaba ya bastante cocida. Todas las probabilidades eran de que apenas estuviera reblandecida; pero teniamos que hacer virtud de la necesidad y aun cuando solo la hubiese penetrado el calor, debia parecernos un manjar exquisito. En este concepto los oficiales se mostraron dispuestos á acceder al voto general, y solo eran necesarios algunos minutos mas para que el regimiento satisfaciera su apetito. El que poseia una tartera la tenia en la mano; el que una navajilla la tenia abierta, y todos se relamian los labios con esa expresion característica que se observa en el hombre que espera saborear un manjar sabroso.

En aquel momento decisivo llegó á todo escape un cazador á caballo, y dijo al general unas cuantas palabras rápidas. Inmediatamente suena el tambor llamando á todos y cada uno á tomar las armas y ocupar su puesto. El ejército holandés está muy cerca de nosotros. Somos ochocientos hombres y ellos probablemente diez mil ó mas. Además no podemos combatir; órdenes expresas nos prescriben evitar ningun encuentro con el enemigo y marchar á Lovaina para unirnos con el ejército mandado por el rey... No hay tiempo para reflexionar: se vierten las marmitas y aun cuando algunos pillan con la punta de su bayoneta un pedazo de carne ó de col, el agua caliente que cae sobre ellos y sus camaradas les obliga bien pronto á abandonar su presa. Los oficiales obligan á las compañías á ponerse en marcha, y algunos minutos despues estábamos ya lejos de allí, camino de Aerschot, pensando siempre en la comida caliente y en el excelente caldo que acabábamos de tirar por el suelo.

La noche la pasamos fuera de la ciudad, en una altura que domina el camino de Nauveart, en la que hallamos una partida del 2.º regimiento de línea. Vivaqueamos en aquel punto é hicimos cocer otra sopa, que comimos por fin sin ser molestados.

Al otro dia, el tambor nos llamó á las armas de improviso. Nuestras centinelas avanzadas aseguraban haberse presentado en el camino de Diest un grueso destacamento de lanceros holandeses. Como la eminencia que ocupábamos costeaba el camino y le dominaba, no tendriamos que hacer muchos esfuerzos para esperar á la caballería y atacarla con ventaja desde lo alto de las colinas. Esto al menos se decia entre nosotros en el momento en que dejábamos el vivac. Durante muchas horas marchamos sin encontrar nada. Un sol abrasador lanzaba sus rayos sobre nuestras cabezas desde lo alto de un cielo azul, produciendo un calor excesivo, y como proseguiamos sin descanso nuestra marcha, atravesando campos de avena y patatares fuera de camino, estábamos tan abatidos por el calor y la sed, que muchos cayeron al suelo y rehusaron seguir. Cuando por casualidad pasábamos por alguno de los caminos cubiertos, tan comunes en esta comarca, filas enteras aplicaban su boca á las paredes húmedas del camino á pesar de oponerse á ello los oficiales, para chupar el agua ferruginosa que manaba de ellas, pidiendo así á la tierra algunas gotas de agua que apaciguasen nuestra sed devoradora. Muchos dejaban sembrado el camino con las prendas de su equipo, especialmente los capotes, para disminuir el peso de su saco.

Hácia el medio dia, casi sin aliento, medio muertos de sed, casi sin fuerzas y con la cabeza baja, subimos un ribazo dominado por un molino y una casa. Apenas llegamos á la cima cuando un batallon del 9.º regimiento que nos acompañaba se precipitó en el mayor desórden hácia un pozo, cuya alta polea se elevaba cerca de la casa. Al ver aquello gran número de nuestros cazadores salieron á su vez de las filas para atrapar un sorbo de agua si era posible. Trabóse una verdadera batalla al rededor del pozo: se chillaba, se atropellaban unos á otros, se daban golpes y se maltrataban por llegar al cubo. Muchos hombres, no viendo otro medio de apagar su sed, metian su cabeza abrasada en el cubo, y allí bebian de aquel agua helada hasta que se les separaba. Los médicos y los oficiales suplicaban á los hombres que no se expusieran así á una muerte cierta; amenazaban, echaban mano á su espada, pero nada conseguian; estábamos todos como furiosos de sed.

Entre tanto, una multitud de hombres entraron en la viña, cuyos verdes sarmientos tapizaban la fachada de la casa del molinero. Racimos, hojas, retoños, todo, hasta la madera y las raices mismas fué devorado ó roido bajo pretexto de refrescarse. Yo compré por veinte y cinco cientos á un soldado de mi compañía dos gajitos y me dí por muy contento: su gusto agrio humedeció y refrescó mi seco paladar.

Nuestros oficiales conocieron bien pronto que sus esfuerzos para separar á los hombres del pozo serian inútiles. Los tambores batieron marcha y partimos. A mi lado ví algunos hombres tendidos boca arriba con las mejillas moradas y los labios negros como el carbon, estaban sin vida: el agua helada los habia matado.

Despues de un camino de las mas penosas y numerosas marchas y contramarchas, sin objeto aparente para nosotros, ganamos por la tarde, y en el momento de anochecer, á la cima de una colina cercana el villorrio de Lubbeck, á dos millas de Lovaina. Establecimos nuestro vivac en aquella parte y cocimos patatas en las marmitas que fuimos á buscar á la aldea. Nuestros oficiales nos dijeron que al otro dia se daria una batalla decisiva, inflamaron nuestro valor, nos recordaron las gloriosas jornadas de la revolucion, y nos instaron á batirnos como verdaderos belgas por la patria y por el rey.

El ejército holandés estaba acampado en la llanura que domina aquella cadena de colinas, y tenia su cuartel general en la aldea de Winghe; pero sus avanzadas se extendian hasta cerca de los puntos que ocupábamos.

Nuestras centinelas avanzadas tenian órden, segun costumbre, de advertirse de lejos por las palabras: «Centinela, alerta,» pronunciadas con toda la fuerza de los pulmones, y á las que los soldados alemanes que vigilaban al rededor del vivac holandés, respondian irónicamente dirigiéndose á los nuestros: *¡Das deo Hund, Schelin, fuesse dich!*

La mayor parte del ejército belga se hallaba en Lovaina al mando del rey Leopoldo; nuestro regimiento, con dos batallones del 9º, formaban la vanguardia. Podiamos pues imaginarnos que al romper el dia tendriamos que resistir el choque del enemigo. Aun cuando esta certeza debiera quitarnos el deseo de dormir, así que fueron comidas las patatas todos se echaron en el suelo, y cediendo á la fatiga, cayeron en un profundo sueño. Yo escuché durante algunos instantes todavía el grito de los centinelas, que resonaba de una manera lúgubre en el silencio de la noche, y daba lentamente la vuelta al vivac; pensaba en Borgerhout, en mi padre y en nuestra crítica situacion, acabando por cerrar tambien mis párpados para no volverlos á abrir, como mis camaradas sin el ruido de la fusilería y del cañon...

(Se continuará.)

Solucion dada al Logogrifo del señor F. A. por L. P. y J. L.

El logogrifo pasado
un *negado* lo acertára;
forman sus letras **Preciosa**
y salen estas palabras:
Caudal de aguas es el *rio:*
y el molusco, tela y arma
sepia, *raso* y *cora: acero*
es un metal: Dios me valga
si al *pícaro* veo: *cero*
es una cifra: se saca
una cosa por su *precio:*
caro es lo que cuesta: el alma
monta en *ira:* el ave es *oca,*
y *Oscar* el nombre: me espanta
la *osa*: el lugar es la *era*:
cria, *sera* y *presa* sacas,
sopa, *crea*, *risa* y *reo*,
cepa, *pico* y otras varias
acepciones, como *saco*,
arco, *rico*, combinadas:
con mas *recio*, *ciprés*, *Paro*,
proa y *copa*: aunque me cansa
en esta jerga confusa
poner baratija tanta,
allá van *ros*, *pero*, *pera*,
y *Ciro* y *Creso*... ¿No basta?
Pues toma *craso*, *corsé*,
aseo y *Seo*... Olvidaba
rapé, *ropa*, *cera* y *cepo*,
y aun al guerrero de fama
que es *César*... Con que hasta otra
logogrifística trama.

La *Revista de París* que insertamos á continuacion, hará ver á nuestros lectores que desde hoy contamos con un nuevo colaborador, cuyos artículos en este género honrarán en adelante las columnas de este periódico. La empresa se felicita por esta adquisicion, y espera que otro tanto acontezca á sus suscritores.

REVISTA DE PARIS.

SUMARIO. — Cádiz y París.— Las modas francesas.— Los trages á la Benoiton.— Una comedia y una sociedad.— Victoriano Sardon y Moliere.— La madre en Francia.— Consecuencias sociales de la educacion francesa.— Los tipos de la familia Benoiton.— Un ángel que baja por una chimenea.— Despedida.

I.

Desde las márgenes del Sena aparece Cádiz á mi pensamiento como debia aparecerse la llorada Jerusalen á los hijos de Israel á las orillas del extrangero rio. Paréceme que veo Cádiz bajo su claro cielo, sobre el pedestal de sus muros; blanca como el mármol de Paros, regular y armoniosa como la estátua griega; cortando con las largas cintas verdes formadas por sus balcones y sus persianas, el color claro de los graciosos edificios; coronada por sus mil torres cubiertas de cristales, en los que el ardiente sol del Mediodia se quiebra y centellea con todos sus colores como en una diadema de brillantes; rodeada de aquella bahía en que se hallan engarzadas tantas perlas; con las sierras de Ronda en frente flotando como una condensacion de indecisos vapores; y á la espalda el mar oscuro, tumultuoso, que enlaza dos mundos y que entona en los oidos de Cádiz la ruda cancion del alterado oleage y abre á sus piés el abismo de lo infinito. Cuánto diera por ver bajo las palmeras que el viento de África azota, los negros ojos de sus hermosas hijas que el sol bruñe. Cuánto diera por sumergir mis retinas en esas fiestas de colores que el horizonte da ahí todos los dias, á todas horas en el doble espejo del cielo y de las aguas. París es muy grande, pero es muy triste. El cielo es tan oscuro que parece el techo ahumado de inmenso calabozo. Los edificios son pesados como una serie alineada de fortalezas. Las calles siempre están sucias, cubiertas de barro. La maravillosa perspectiva de sus jardines y de sus bosques no se descubre bien casi nunca á causa del sudario de sus nieblas Y sin embargo, París es la capital del género humano. París pronuncia la palabra que os subleva, escribe la novela que os entristece, monta la joya que os adorna, corta el trage que os viste. De aquí se extiende por el mundo la luz de las ideas y la peste de los vicios. Esos trages que ahora llevais, hermosas, los inventan cuatro mugeres perdidas, que se van el Jueves santo á pasearse por *Long-champs* y que obligan á todas las mugeres honradas de Europa, sin excluir las severas inglesas, á vestirse por la medida de sus caprichos. ¿Qué elegantes de ambos sexos no se habrán vestido esos trages á la Benoiton, cortitos, recortados, de varios y abigarrados colores? Pues para conocer la historia de esos trages hay que ir al teatro de la Plaza de la Bolsa donde se representa un drama que lleva ya mas de trescientas representaciones. Así estudiaremos esta sociedad que todos deseais conocer, porque por ella os vais modelando todos en esta triste uniformidad de la civilizacion moderna, capaz de destruir la primera ley de la hermosura, la ley de la variedad.

II.

Ya que estamos en París, será bien ir á la Plaza de la Bolsa á ver la Familia Benoiton. Hace ya mucho tiempo que se representa esta comedia llenando de espectadores el Teatro del Vaudeville y de oro los bolsillos de su afortunado autor Victoriano Sardon. Este es un jóven, pálido, blanco, delgado, de ojos mortecinos, de sonrisa fria; con una larga melena rubia partida por la frente y casi tendida en sedosos bucles por la espalda; único recuerdo que se atreve á ofrecer á las luchas del romanticismo. Cuando lo veo, evoco involuntariamente en mi memoria los retratos que Pantoja nos ha dejado de la vejez del gran Felipe, ó Coello de la infancia de Cárlos II, corolario forzoso de las grandezas de Felipe. Victoriano Sardon es una figura de decadencia. Y como tal, representa la decadencia del teatro francés, que ha seguido y muy de cerca á la decadencia de las costumbres. Nada hay de grande en las obras de Sardon. Sus personajes son vulgares; su accion embrollada; sus resortes dramáticos de pura mecánica; su estilo desmalazado y flojo; sus dramas, en fin, un género híbrido que no tiene las mezclas de la luz y de las sombras como las tiene la naturaleza, ni las mezclas de la risa y el llanto como las tiene la sociedad, es decir, en desvanecimientos graduales, y no en contrastes bruscos y chillones. Cómo siento que se traduzcan y gusten allende el Pirineo. Porque si las comedias de Sardon interesan en París, es porque recogen de las aceras estos tipos parisienses, á los cuales suele imitar por una conviccion tácita, por un ridículo federalismo del gusto casi toda Europa, mas quitándoles en realidad lo que tienen de esencial y de intimo, el fondo del cuadro donde se dibujan y la flexible palabra que llevan en sus labios: esa palabra francesa, tan breve, tan ligera, tan gaseosa, que parece salir del aire. Los españoles han hecho sus palabras graves, para que queden; los franceses ha hecho sus palabras ligeras, para que vuelen. Pero sigamos con las comedias de Sardon. No hay en ellas aquel profundo estudio moral que tanto ha elevado en las historias las comedias de Moliere. Sus tipos son mas bien mecánicos que dramáticos, movidos por resortes muy exteriores y muy agenos á las ideas del entendimiento ó á las pasiones del carácter. Pero ¿cómo podrian ser otra cosa cuando por una serie de sustracciones inconcebibles hemos llegado á suprimir la fé que tantos milagros ha hecho; la conciencia que tantas lecciones divinas ha dado; y hasta el amor, ese amor casto, profundo, premiado por una palabra ó por una sonrisa que con Beatriz, con Laura, con Justina, con Desdemona ha poblado de ángeles luminosos las noches mas negras de la vida, las épocas mas tristes de la historia? Hasta nuestros vicios no tienen poesía. El agente de cambios que no puede pagar sus diferencias, no dará nunca, apesar de todas sus resmas de papel moneda, tela bastante para desplegar un alma como la que le ha dado á Moliere la conciencia profundamente oscura de su Hipócrita.

III.

La Familia Benoiton es una de las comedias mas flojas de Sardon. Pero ataca uno de los vicios mas funestos en Francia: los vicios en la familia y sobre todo en la educacion. Esta civilizacion francesa que tiene tanta vida, tanta robustez, un porvenir tan glorioso, presenta algunas manchas que ocultan horrible podredumbre. La mancha mayor es la viciosa organizacion de la familia en Francia. El matrimonio es un contrato, la dote es su vínculo, y la aglomeracion de bienes su fin. No busqueis ni el amor espiritual, ni siquiera el instinto físico, buscad el lazo social de la fortuna. Los novios no se tratan largo tiempo, y por lo mismo no pueden profesarse anticipadamente esa estimacion fraternal que ha de suceder á los primeros trasportes del amor en el seno tranquilo y prosaico del matrimonio. La boda tiene mucho de teatral. La casa del *maire* ó la Iglesia se convierten para ese momento en un salon de baile. La desposada lleva su trage de moaré blanco, su velo blanco, su corona de blanco azahar. Y en el dia primero del matrimonio, en vez de ir á despedirse de la casa de sus padres ó á saludar la casa de su futura familia, se van á pasear con ese trage dramático á los mas concurridos jardines públicos, y á comer y á bailar en una fonda, la casa de todos. Mala manera en verdad de establecer el hogar que debe ser guardado por las sonrosadas alas del pudor. Desde el primer dia de la consagracion de la vida doméstica, empieza aquí la vida pública. Despues de la boda entrega la mujer el menage á sus criadas y se asienta en el escritorio. Llegan los goces del hogar, la cosecha de esperanza, los niños, los niños, esos seres que son en torno de la familia, con sus labios entreabiertos, sus juguetonas manecitas, sus sonrosadas carnes, sus tranquilos ojos como los seres alados que Murillo arroja entre arreboles al rededor de sus hermosas Vírgenes. Y el padre y la madre cogen al niño, y lo envian al campo á fin de que crezca robusto en las playas de Normandía, como si para un niño hubiera playa mas segura que el seno de su madre. Pero ¡ay! la madre en París cuida mas de sus libros de caja que de los hijos de sus entrañas. Las amas se los llevan de recien nacidos. No hace muchos dias de lo que voy á contaros. Reunidas varias amas en una estacion de caminos de hierro depositaron sus pequeñuelos en improvisada cama hecha con sus mantones, cuando suena de pronto el pito y como ninguna se acordase de cual era su niño que acababa de tomar en aquel dia, salieron todas en la confusion y en la prisa á niño por barba. Véase como los accidentes mas pequeños pueden trastornar la base de la sociedad que es la legitimidad de la familia. Cuando el ama deja el niño lo toma el preceptor; al campo sucede el colegio. Cuando el colegio le da suelta viene el empleo, la oficina y un cuartito aparte; *la chambre á garçon* por todo hogar, *el Restaurant*, la comida en público al revés de la comida patriarcal donde la familia se cuenta la historia del dia y se entrega á los esparcimientos del alma. ¡Oh! Esta falta de familia en Francia es casi una clave para explicar las muchas veces que Francia ha vacilado y ha caido, abandonando el camino de la civilizacion. En este oleage social, donde el francés vive, la idea de su personalidad desaparece. El santuario del hogar no le importa porque solamente le sirve para dormir y le basta que la policía le asegure la tranquilidad del sueño. *Un sargent de ville* que le facilite la comunicacion con las calles donde vive, es la instruccion de las instituciones. Esos agujeritos pequeños que constituyen el menage francés son la carcoma social. Allí se esconden el burocratismo, el cesarismo y otras plagas. El inglés ¡oh! el inglés bien al contrario es hombre de su familia y de su casa; por eso es un gran ciudadano.

IV.

Estas ideas son muy sencillas y saltan á primera vista en cuanto se llega á París. ¿Cómo es que ni una sola vez se le ocurren á Sardon que ha querido pintarnos una familia á la moda? El cuadro es animado pero sin ningun interés; una sátira representada; pero no sátira dramática. Baste decir que el principal de los papeles de la comedia podria quitarse sin que la comedia se resintiera en lo mas mínimo, el papel de Cloti de. Hay tipos admirablemente presentados. El jóven que solo conoce Italia por sus aceites y no por sus cuadros; Cádiz por sus atunes, y no por sus mujeres; y á quien admiran mas que sus instituciones los kilógramos de jabon producidos por Inglaterra, un jóven que sabe hasta los céntimos de la dote de su prometida y no sabe su nombre: las muchachas Benoiton con sus trajes ridículos á fuerza de lujosos, y su vida estúpida á fuerza de divertida; la solterona que lleva el arco iris en sus vestidos, una pajarera en los sombreros, una ánsia de marido en el corazon tan lleno de arrugas como la cara, y sobre el cerebro vacío una arroba de pelo comprado; el viejo que educa por el método utilitario y positivo á su hijo para indignarse cuando su hijo le pide cuenta de la gestion de la hacienda materna que cree mal administrada; la mujer que se pone á dos dedos del divorcio y á una línea de la deshonra por comprar una blonda de tres mil francos; el jóven Benoiton que va á ser bachiller en letras y solo sabe bachillerías en calaveradas, con sus botas largas y su gaban corto, el sombrero en la ceja y el cuello al aire, el junco en una mano y el cigarro en otra; el niño de siete años que solo quiere jugar á la Bolsa. Aquella familia es una Babel. Se visten quince veces al dia, y no sé cuántas se desnudan. Solo hay una cosa verdaderamente filosófica. La madre no está nunca en casa. No puede pasar menos en una casa donde está ausente el sol á cuyo calor brotan las flores de los buenos sentimientos y se maduran las frutas de las buenas obras; el ideal de la vida y el gran preservativo lo mismo contra la muerte física que contra la muerte moral; la iniciadora de los grandes pensamientos, el centro de la familia: la madre, la madre. Pero ¡ah! que la madre se ausenta cada dia mas de toda Francia.

V.

Leed, hermosas lectoras, la siguiente historia que voy á referiros sin comentarios, porque vosotras sois tan providencialmente tiernas que nada podria sustituirse al comentario de vuestro corazon. El otoño se va, y el invierno viene. París limpia sus chimeneas. Los limpia-chimeneas, son unos pobres saboyanitos que se meten por los estrechos cañones á manera de ratoncitos. El otro dia estaba leyendo una señora de la aristocracia en su perfumado gabinete distraidamente un libro, calzados los piés en babuchas color de rosa, envuelta la flexible figura en blanco peinador. De pronto oye un ruido estrepitoso, y da un grito de espanto. Un ser casi mitológico, un ser indefinible, un negrillo singular vestido de harapos la saludaba cortésmente enseñando las dos blancas hileras de sus dientes y el blanco de sus ojos. La dama se enterneció y le vino en mientes hacer una obra de caridad. Llamó á su doncella y le dijo que lavara el niño y lo vistiera de limpio. Trabajo le costó á la doncella desollinar aquella chimenea viviente. Pero despues de un trabajo enorme volvió con un niño blanco, rubio, colorado, de ojos azules y de elegantísimo continente. La señora dió un agudo grito, cogió al niño, lo cubrió de besos. Era su hijo, el hijo de su primer matrimonio que habia dado á criar á un ama saboyana, la cual conc uida la época de la lactancia, lo dió por muerto, y lo vendió á un saltimbanquis, el cual á su vez lo vendió á un limpia-chimeneas. Le reconoció la dama en que era un retrato de su marido. Madres, madres; al oir esta historia estrechad una vez mas á vuestros pequeñuelos en el regazo, y no los confieis á nadie porque vosotras solas sois su Providencia.

FIDELIO.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VERDE CLARO, adornado con un rizado plegado, sobre el que corren siete galones de paja, llevando de trecho en trecho pequeñas gavillas de trigo con espigas y follaje.

Túnica ajustada de forma princesa, hecha de sultana igual, en tinta, al trage de debajo, orlada con un fleco de paja y un galon de lo mismo ; grandes mangas guarnecidas como la túnica y mangas ajustadas. Sombrero de paja con velo de tul verde, atado por debajo de la barba.

VESTIDO DE BODA. Trage de reps de seda blanco, orlado con un rizado de cinta blanca, plegada. Trage de encima de gasa de seda blanca, orlado con un rizado, un encage estrecho, y un encage mas ancho; en el cinturon, una rama de azahar; mangas ajustadas; mangas abiertas, de encage blanco, sugetas por delante con un ramo de azahar; sobre el escote, collar de capullos de azahar: diadema de azahar cayendo por detrás en dos ramas. Velo de tul de seda blanco echado sobre la corona.

A NUESTROS SUSCRITORES.

En el número próximo daremos dos magníficos grabados con treinta diferentes modelos de abrigos para señoras, señoritas y niños de ámbos sexos.

Dicho número será de PATRON y en él se hallarán las medidas exactas de los referidos treinta modelos.

ADVERTENCIA.

El patron correspondiente al número anterior aun no nos es posible darlo con el presente, por haberse retrasado la remesa de París contra nuestra voluntad, nuestros deseos y nuestros intereses.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

LA MODA ELEGANTE

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 45.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

N.os 1 y 2 —PALETOT PARA JOVENCITA DE 10 Á 12 AÑOS. (La explicacion en la hoja de patrones)—N.º 3. PALETOT PARA NIÑO DE 4 Á 6 AÑOS.—N.º 4. PALETOT PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS. —N.º 5. PALETOT PARA NIÑA DE 5 Á 7 AÑOS.—N.º 6. ABRIGO CON ESCLAVINA PARA NIÑA DE 4 Á 6 AÑOS.—N.os 7 y 8. PALETOT PARA NIÑA DE 8 Á 10 AÑOS.—N.os 9 y 10. PALETOT PARA NIÑO DE 8 Á 10 AÑOS.—N.º 11. PALETOT PARA SEÑORITA DE 15 Á 17 AÑOS.

Acompaña á este número el patron n.º 13 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones, que contiene: Paletot para jovencita de 10 á 12 años.—Paletot para niño de 4 á 6 años.—Paletot para niña.—Abrigo con esclavina para niña de 4 á 6 años.—Paletot para niña de 8 á 10 años.—Paletot para niño.—Paletot para señorita de 15 á 17 años.—Paletot de mangas anchas.—Paletot largo.— Paletot con rulós.—Albornoz para señora de edad.—Paletot Alejandrina. —Paletot Elegante.—Paletot Don Pedro—Paletot Húsar.—Paletot Moskan.
La vida de la muerte.—Al Hijo del Damují.—Caridad.—Recuerdos juveniles de Enrique Conscience.—Logogrifo.—Explicacion del figurin iluminadó.—Problemas de ajedrez.

EXPLICACION

DE LA HOJA DE PATRONES.

Paletot para señorita de 15 á 17 años.

Figs. 29 á 32 del patron.

Este paletot es de paño peludo gris; se le orla con una tira de tafetan gris de centímetro y medio de ancho; los botones son planos de nácar.

Para hacer este paletot se empleará 1 metro y 30 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho; se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 29 y 32, la espalda y el cuello enteros por las figs. 30 y 31 que representan sus respectivas mitades. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan gris para sostener los botones y los ojales; el ancho de esta tira es de 11 centímetros debajo del escote, y reproduciendo la forma del delantero, llega á tener 23 centímetros de ancho.—Para la faltriquera colocada sobre el delantero de la derecha, se hace la abertura indicada en la fig. 29; se la ribetea de tafetan, y se le pone un bolsillo por dentro.

En cada extremo de la abertura se pespuntea una puntita de tafetan; se reunen las figuras 29 y 30 á punto atrás, luego se coloca el cuello juntando las cifras iguales. Se ribetea el paletot con una tira de tafetan, pespunteándola por el derecho. La manga se cose desde 55 hasta 56 á punto atrás, luego se fija en la sisa 55 sobre 55. En ámbos delanteros se ponen botones.

Paletot para niña de 6 á 8 años.

Figs. 33 á 36 (recto) del patron.

Este paletot es de paño *rizado* color castaño; la guarnicion se compone de galon de seda, botones y un cuello de terciopelo, todo ello tambien de color castaño; para hacerlo, se empleará 1 metro y 4 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 cetímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 33 y 36 (pero el delantero de la izquierda se corta solamente hasta la línea de puntos de la figura 33); se corta la espalda entera por la fig. 34 que representa su mitad. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 6 centímetros de ancho para sostener los ojales que se hacen en el delantero de la derecha, y los botones que se colocan en el de la izquierda. En el de la derecha se hace entre la doble línea de la fig. 33 una abertura para la faltriquera; se orla esta con galon y se la pespuntea en ámbos extremos una pequeña punta de terciopelo color castaño. Se reunen las figs. 33 y 34 á punto atrás, juntando las cifras iguales; en el borde inferior se hace un dobladillo de un centímetro. Los delanteros; el cuello se corta entero por la figura 35 (que representa su mitad), es de terciopelo con forro de tafetan; se le fija en el escote; la manga se cose desde 63 hasta 64, luego se fija en la sisa 63 sobre 63.

Paletot para niño de 4 á 6 años.

Figuras 37 á 41 (recto) del patron.

Se hace este paletot de paño chiné gris y castaño, y se guarnece con una trenza de lana negra que tenga de ancho centímetro y medio, pespunteada por ámbos lados con lana color castaño; botones negros de asta. El borde de los delanteros va cortado al sesgo.

Para hacer este paletot se emplea un metro de tela que tenga un metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 37, 38 y 40, pero el delantero de la derecha se corta solamente hasta la línea de puntos de la fig. 37. —El cuello se corta entero y doble por la fig. 39, que representa su mitad; la manga por la fig. 42. Se deja de mas en el contorno la tela necesaria para las costuras, debiendo cada pedazo cruzar sobre el inmediato por lo menos un centímetro.

Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tela de 8 centímetros de ancho; se hacen los ojales, se cosen los botones. Sobre el delantero de la izquierda se hace una abertura al sesgo para la faltriquera, y sobre el de la derecha otra para la faltriquera del pecho; á esta última se adapta, pespuntéandola, la carterilla (fig. 40), mientras que la primera se orla con un galon.

Las dos mitades de la espalda se cosen una con otra, luego se reunen á los delanteros por una costura doble; el cuello se pega en el escote juntando las cifras iguales, como en todos los demás pedazos; la manga se cose desde 73 hasta 74, luego se fija en la sisa 73 sobre 73. El paletot se orla con un galon.

Paletot para niña de 5 á 7 años.

Figuras 42 á 48 (recto) del patron.

Se hace de paño chiné negro y blanco, y se orla con una trenza de lana de 2 centímetros y medio de ancho: botones negros de madera tallada. — Se emplearán para hacerlo 97 centímetros de tela que tenga 1 metra y 30 centímetros de ancho.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 42, pero el de la izquierda solamente hasta la línea contínua, el de la derecha sin la esquina superior é inferior limitadas por la línea contínua. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las figs. 43 y 46, que representan sus mitades,—un pedazo por cada una de las figs. 44 y 45,—dos pedazos por la fig. 48,—la manga por la fig. 47, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos en la mitad de debajo. Se reunen los pedazos juntando las cifras iguales, se orlan los contornos con la trenza de lana: en el delantero de la derecha se ponen las solapas, orladas de trenza, luego se doblan estas solapas hácia el derecho del paletot, fijándolas por algunos puntos. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 8 centímetros de ancho forrada de percalina; se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se fijan los botones en el de la izquierda. Se coloca el cuello en el escote juntando las cifras iguales, se cubren las costuras por el revés con una cinta de tafetan. La manga se cose desde 84 hasta 85, desde 86 hasta 87; en la costura del codo se coge la guarnicion de la manga. Debajo del borde inferior de esta se pone una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho; sobre la guarnicion se fija un boton. La manga se cose en la sisa 86 sobre 86.

Paletot para señorita de 13 á 15 años.

Figuras 73 á 75 (verso) del patron.

Este paletot, hecho de terciopelo inglés gris, lleva por toda guarnicion un galon de seda de tinta un poco mas oscura, que tenga 2 centímetros de ancho, pespunteado por uno y otro lado con seda blanca; botones grises de pasamanería.

Para hacer este paletot se empleará un metro y 16 centímetros de tela, que tenga un metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan los dos delanteros por la fig. 73; pero el de la derecha hasta la estrella, y desde aquí hasta el borde inferior sobre la línea contínua.

El delantero de la izquierda se termina en línea recta; se le corta desde el borde superior hasta la estrella y desde esta sobre el contorno del patron. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las figuras 74 y 75, que representan sus mitades. —Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan forrada de percalina, para sostener los botones y los ojales. Se reunen espalda y delanteros despues de haber colocado sobre el borde inferior de la espalda una presilla de 15 centímetros de largo y 4 de ancho, orlada con galon y adornada con botones, hecha de la misma tela que el paletot. Se fija el cuello sobre el escote, y se cubre esta costura con un galon pespunteado por ámbos lados, igual al que orla el paletot, y en cuyo contorno se ha hecho un dobladillo.

La manga es igual á la del paletot para señorita de 15 á 17 años (véase el recto del patron); se disminuye un poco esta manga, y luego se pone debajo de su borde inferior una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho. Esta manga se fija en la sisa.

Paletot para niña de 8 á 10 años.

Figuras 76 á 80 (verso) del patron.

Este paletot está hecho de paño azul oscuro; la guarnicion se compone de trenza de lana negra, que tenga 3 centimetros de ancho, y de trencilla negra de lana.

Para hacerlo se empleará 1 metro y 20 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho;—se cortan los dos delanteros por la figura 76, el de la derecha sobre el contorno del patron, el de la izquierda solamente hasta la línea de puntos. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las figuras 77 y 78 que representan sus mitades, dos pedazos para cada manga por la fig. 79, la vuelta por la fig. 80; debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho; se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales; se fija sobre el escote el cuello forrado de tafetan.

Se cose la manga desde 65 hasta 66, desde 67 hasta 68; se pone debajo de su borde inferior una tira de tafetan, luego la vuelta, y en fin, se fija la manga en la sisa juntando, como en la vuelta, las cifras iguales.

Se ponen algunos corchetes; se pega en el delantero de la izquierda una presilla forrada de tafetan, se hace un dobladillo en los contornos, y se pone la trenza de lana que cubre la costura de las presillitas.

Paletot para niño de 8 á 10 años.

Figs. 81 á 85 (verso) del patron.

Los delanteros de este paletot, hecho de paño gris-pizarra, cruzan estensamente; todos los contornos y todas las costuras se pespuntean con seda negra.

Para hacer el paletot se empleará 1 metro y 4 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 81, 82, 83, el cuello entero por la fig. 84, que representa su mitad. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de la misma tela, que tenga 12 centímetros de ancho por su borde superior, y que se estrecha gradualmente hasta tener solo 50 centímetros de ancho. Se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto y antes de coser cada boton, se fija en el sitio que ha de ocupar una pieza redonda de paño igual al del paletot.

La forma de cada faltriquera está indicada en la fig. 81 por los contornos de la línea de puntos; la carterilla de la faltriquera va forrada y lleva un ojal. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales y haciendo dos costuras pespunteadas, cruzando cada pedazo un centímetro y medio sobre el pedazo con el que se une. Debajo del borde inferior se pone una tira de paño, que tenga centímetro y medio de ancho, el cual se pespuntea por el derecho; se orla el cuello del mismo modo, y se le fija sobre el escote. La manga es igual á la del paletot para niño de 4 a 6 años (recto), solo que se la hace mayor por todos sus contornos; en ella se cose la vuelta, y luego se la dobla hácia afuera; en fin, se fija la manga en la sisa.

Abrigo con esclavina para niña de 4 á 6 años.

Figs. 86 á 90 (verso) del patron.

Este abrigo, con esclavina y cuellecito de terciopelo negro, está hecho de franela á cuadros escoceses, negros y azules; va algodonado y forrado de muselina, de lana azul oscuro. La espalda es de jareta, así como los puños, por los cuales se pasa un cordon elástico.

Todos los contornos se orlan con un vivo de cachemira azul. — Se cortan en franela, algodon de entretelar y forro, dos pedazos por la fig. 86, la espalda entera por la fig. 87 que representa su mitad. Se cortan en franela y forro (sin algodon) dos pedazos para la esclavina por la fig. 89; se los cose juntos en el medio por detrás; se corta en terciopelo y tafetan negro, el cuello entero, por la fig. 90, que representa solamente su mitad. Se reunen todos estos pedazos juntando las cifras iguales, despues de haber cosido la hoja de algodon sobre el forro de modo que forme cuadros ó rombos. En cada costura se *descarga* el algodon un poco para adelgazarlo, y se abandona siempre el forro de uno de los pedazos, á fin de sobrecoserlo despues sobre la costura. A tres centímetros de distancia del contorno exterior se vuelven á coser unos con otros todos los pedazos. Por el revés de la espalda, á unos 20 centímetros poco mas ó menos del escote, se cose una tira de cachemira de 20 centímetros de largo y dos y medio de ancho, en la parte media de la cual se hace otra costura, á fin de formar la jareta por la que se pasan dos cordones.

Cada manga se cose desde 84 hasta hasta 85, desde 86 hasta 87; se coloca un vivo en el borde inferior, se pone una jareta por debajo, luego se fija la manga en la sisa juntando las cifras iguales. Se ponen los botones en el delantero de la izquierda, y en el de la derecha se pone un cordon dispuesto en forma de presillas para enlazar con los dichos botones; se cosen la esclavina y el cuello sobre el escote, y se guarnece este con corchetes.

LA VIDA DE LA MUERTE.

(CONCLUSION.)

CAPITULO IV.

CARTA A UN AMIGO HONRADO.

"Nazareth.

"Hoy me he acordado de tí, precisamente en el momento en que tomaba la pluma para escribir mis impresiones á la mujer que tanto he idolatrado... iba á decir *amado*, pero no quiero profanar una palabra que no expresa la sensacion que me ha hecho idolotrarla.

"Tú que sabias mi pasion, tú que me quieres como un hermano y que veias al mismo tiempo que la baja de mi bolsa la destruccion de mi salud, me pedias que la abandonase..

"Hoy comprendo que yo era la locura y tú la razon.

"Por eso he pensado en tí al pensar en ella; por eso te dirijo la carta que le habia prometido desde Constantinopla.

"Allí todavía podia pensar en ella, la voluptuosidad de las costumbres, la codicia de los hombres, la mísera condicion de las mujeres, la pipa, el opio, un paseo por el Bósforo, los cafés flotantes, todo cuanto me rodeaba me dejaba ver como los últimos reflejos de un sol que se pone, los hechizos que tanto me han cautivado.

"Y sin embargo, allí, en la antigua y poética Stambul, he tenido ocasion de desencantarme, he visto la voluptuosidad en *neglisé* y me ha horrorizado.

"Ah! el amor puede ser un vicio ó una virtud, el infierno ó el cielo.

"¿Puedes figurarte un cuerpo sin alma, moviéndose, agitándose, en una palabra, viviendo?

"Desde Constantinopla á Nazareth, ó mejor dicho á los Santos Lugares la distancia no es mucha pero hay un abismo en medio.

"Oh! qué cambio tan grande se ha operado en mi espíritu.

"Yo que no he tenido una madre á mi lado desde el momento en que mis ojos sirvieron á mi alma para ver, yo que nunca he aspirado ese suave perfume de la fe, y porqué no decirlo, yo que no me he detenido á pensar un instante en lo que significa la palabra *Redencion*, al llegar aquí, al recordar la Historia Santa, al evocar mi imaginacion los sublimes momentos de la Pasion de Jesucristo, al contemplar su grandiosa figura, al adivinar sus huellas, me parece que gozo mas que nunca y que este goce en vez de destruirme me fortalece. Sí, hermano mio, cuanto ha servido de pasto á mi ingenio para satirizarlo, el amor, la piedad, la fe, la pobreza, me encanta, me embriaga, produce en mí un efecto indescriptible. Un dia entero ante un añoso cedro, el ósculo que imprimió en la mano de alguno de los venerables, de los santos custodios de estas reliquias llenan mi alma de una felicidad sublime.

"Pero qué mas... uno de estos dias, ví al borde de un pozo una jóven de quince á veinte años, llevaba un cántaro, el zagalejo corto dejaba ver unos piés de marfil y al contemplarla... no se lo digas á nadie, mis sentidos permanecieron dormidos, solo mi alma admiró su hermosura, y recordé á la Samaritana. Bien sabe Dios que no cruzó por mi mente mas que un deseo. "Dios la bendiga," dige, y deseé su felicidad!

"¿No te parezco otro?

"Lo que es yo te confieso que estoy asombrado de mí mismo.

"He traido letras contra Constantinopla, contra Smirna, contra otras ciudades que pienso visitar y no me acuerdo del dinero. La modestia con que vivo me embelesa. ¡Ah! ¿porqué me quedará tan poco tiempo de vida? Mi médico me dijo al consultarle: "V. ha vivido mucho." ¡Oh! no, mi alma se despierta ahora, ahora es cuando empiezo á vivir, ahora que la muerte me espera con sus descarnados brazos.

"Bien dicen que la vida es un soplo.

"No me hagas caso, no me compadezcas porque soy muy feliz.

"Ya verás, dentro de cuatro dias voy á quedarme sin mis compañeros de viage, pero recomendado á los frailes. Viviré en mi celda, comeré en su refectorio, trabajaré como ellos, aprenderé á rezar; sí, á rezar, porque se goza mucho rezando y me resignaré.

"No me atrevo á escribir todo esto á mi padre: si me creyese, le daria una noticia muy triste, le probaria que aun no ha empezado á vivir.

"Pobre padre!

"Ah! si mi madre hubiera vivido... para ser honrado es necesario tener una madre, una esposa ó un hijo, ó al menos haberlos tenido y no haberlos olvidado.

"Sobre todo te ruego que no leas esta carta á los amigos, se reirian de mí.

"Si no nos vemos, porque yo me quedaré de seguro por acá, piensa que te he abierto mi alma desde el momento en que la he sentido en mí."

Juan habia sufrido en efecto un gran cambio; pero aun no estaba mas que al principio de su transformacion, y este principio era su fin, creyendo á los doctores que le habian visto en Madrid.

CAPITULO V.

CARTA A MI MEDICO.

Convento de Franciscanos en Nazareth.

"Mi querido doctor: empiezo á creer que la ciencia no es tan infalible como yo presumia.

"Han pasado cuatro meses y todavía vivo y vivo bien. Los hermanos dicen que hasta he engordado y si la ropa no ha encogido, lo cual no me parece probable, es cierto. De cualquier modo lo que me pasa es milagroso: yo que era en esa perezoso, con razon porque me acostaba muy tarde, madrugo aquí, tambien con razon porque me acuesto muy temprano.

"En cuanto amanece me levanto, voy á la huerta, trabajo como un gañan y ni me resfria el fresco de la mañana, ni me cuesta trabajo manejar la azada. Trabajo por gusto y así se explica mi constancia. Paseo mucho, trepo por las montañas, cómo bien, estoy tranquilo, las horas son aquí mucho mas largas que en Europa, pero no me aburro, todo me distrae, todo me preocupa, todo me divierte. Por la noche tengo un sueño!... y duermo como un bendito, eso sí: apenas me acuesto mis ojos se cierran. Si esto durase... pero no durará... el otoño se acerca y el otoño es mi tumba. Los frailes creen que deliro, pero yo creo en V. y en su ciencia. Verdad es que tambien creo ya en los milagros.

"Mi naturaleza ha vuelto á su estado primitivo, la sencillez, la inocencia... hé aquí mis musas. Pida V. á Dios que vuelva á escribirle porque no pienso hacerlo hasta llegar á Alejandría y no saldré de aquí, si salgo, hasta la primavera próvima."

CAPITULO VI.

ACLARACIONES.

El doctor que al leer esta carta recobró la esceranza la perdió al cabo.

La carta prometida no llegó con la primavera.

Como el padre de Juan no tenia noticias de su hijo, como nadie sabia de él, todos le creyeron muerto.

El pobre padre sufrió desde aquel instante el castigo de su indiferentismo.

Con el alma profundamente herida, quiso abandonar el mundo y sus goces y se retiró á una hacienda que poseia en Granada, para llorar allí sus extravíos.

Transcurrieron dos años, tres, cuatro y Juan no parecia.

Su muerte era indudable y sin embargo una noche de Diciembre... pero voy á contar lo que sucedió aquella noche en otro capítulo.

CAPITULO VII.

UNA NOCHE BUENA.

Era el dia 24 de Diciembre.

Los criados de la hacienda, que dicho sea de paso y para que lo sepan mis lectores estaba á punto de pasar á los acreedores del padre de Juan, cantaban y bailaban para celebrar el nacimiento del Niño Jesus.

Solo el padre en su aposento, meditando en su pasado, en su presente y en su porvenir, se entristecia mientras que todos se alegraban.

Le habian preparado una espléndida cena, sus criados se lo habian anunciado como un obsequio, pero qué le importaban los manjares.

La soledad es sóbria.

Sentado en un sillon junto al hogar, apoyada la cabeza en sus manos pugnaba por llorar y no podia.

—Esta es sin duda mi última noche buena; se dijo con profuuda tristeza.

Un fuerte aldabonazo dado en la puerta de la casa le sacó de su meditacion.

—Quién será? se preguntó.

Poco despues se presentó la arrendadora y le dijo:

—Señor, han llamado unos viajeros que se han perdido en el camino y piden hospitalidad, son jóvenes y parecen marido y mujer... les acompaña un niño y suplican á su mercé que les deje pasar la noche en la hacienda.

—Díles que entren y aun haré mas por ellos: cenarán en mi mesa.

La buena mujer cumplió el deseo de su amo, los viajeros entraron, se saludaron como está en el órden y media hora despues acompañaban en torno de la mesa al padre de Juan un jóven como de veintinueve á treinta años una mujer de veintidos y un niño de dos años.

A juzgar por el aspecto de su trage no tenian nada de ricos, pero sus rostros respiraban salud.

La cena fué abundante y el padre de Juan mas animado que de costumbre sentó sobre sus rodillas al niño y le colmó de halagos.

—Le agradan á V. los niños? preguntó el jóven.

—Mucho.

—Ha tenido V. hijos?

—Uno.

—Y vive?

—Ay! no señor, exclamó suspirando, ha muerto.

Y le contó la historia de su hijo.

—Por verle hoy á mi lado, añadió, por abrazarle no sé cuánto daria. Tarde he sabido lo que vale el cariño de un hijo: es la felicidad que me ha sonreido y que he desperdiciado.

—Tiene V. razon: sobre todo si le viera V. como yo estoy, casado, con un vástago que le llamara á V. abuelo....

—Ah! sí, sí, dijo animándose el padre de Juan.

—Con una esposa que le amase á V. como una hija.

—Cierto que eso seria... pero no... sufriria mucho!

—Porqué?

—Porque he perdido mi fortuna, lo único que me queda, esta hacienda, es de mis acreedores y mañana tal vez me echarán de ella.

—Tanto mejor, con eso hallaria V. un hogar en el de sus hijos.

—Acaso olvidarian...

—No señor, dijo el jóven levantándose, los hijos cuando llegan á comprender á Dios respetan y aman siempre á sus padres.

—Conserva V. los suyos?

—Solo mi padre vive.

—Dichoso él!

—No lo cree así.

—Pues cómo?...

—V. al menos acaba de indicarlo.

—Qué dice V.?

—Digo, querido padre, que yo soy aquel hijo pródigo que se separó de V. condenado á muerte y que hoy vuelve á su lado corregido y aumentado como V. vé.

—Juan! tú... mi hijo?

Sí, padre, yo... que he sufrido mucho y que por lo tanto sé lo que vale tu cariño, yo que vengo á enseñar á mi hijo cómo se ama á los padres.

. . . . . .

Sería hacer una ofensa á la penetracion de mis lectores decir lo que pasó en aquel momento.

El padre de Juan lloró, pero lloró de alegría.

CAPITULO VIII.

CONCLUSION.

Qué habia pasado á Juan?

El banquero que debia pagar sus letras quebró, se vió solo y pobre en un país extranjero, tuvo que trabajar, se vió obligado para regresar á Europa á embarcarse en un buque en calidad de camarero; naufragó, estuvo en una isla, algo peor que Robinson, al fin y al cabo llegó á España y desembarcó en Almería.

Conservaba su título de abogado; fué primero escribiente, despues pasante, al fin ejerció la abogacía y en esta vida aventurera, laboriosa, acosado por las desdichas, animado por las esperanzas, llegó á esa crisis en que el hombre encuentra en medio del dolor su conciencia.

El ejercicio le devolvió la salud, el trabajo le fortaleció, la desdicha le dió la resignacion, la resignacion la honradez.

Lo lógico es que fuese buen esposo, buen padre y buen hijo.

Por el camino de la muerte habia hallado la vida.

JULIO NOMBELA.

AL HIJO DEL DAMUJI.

IMITACION.

I.

Si tú hallas dulces cual de las aves
los ecos tristes de mi cancion,
mucho mas gratos, mucho mas suaves
tus tiernos versos para mí son.

II.

Y en esta tierra cara y dichosa,
de grandes génios cuna tambien,
te formaremos de mirto y rosa
corona digna para tu sien.

III.

Si mis canciones pobres, sencillas,
tú las encuentras de gran valor;
si soy calandria de estas orillas,
tú eres de aquellas el ruiseñor.

IV.

Y en esta tierra cara y dichosa,
de grandes génios cuna tambien,
te formaremos de mirto y rosa
corona digna para tu sien.

V.

Cantas alegre... tienen aroma
tus tiernos versos, como la flor;
yo canto triste cual la paloma...
mi canto expresa solo dolor!

VI.

Y en esta tierra cara y dichosa,
de grandes génios cuna tambien,
te formaremos de mirto y rosa
corona digna para tu sien.

VII.

Entusiasmado, desde otros lares
mis pobres rimas aplaudes tú,
y al eco blando de tus cantares
responde el eco de mi laud...

VIII.

Y en esta tierra cara y dichosa,
de grandes génios cuna tambien,
te formaremos de mirto y rosa
corona digna para tu sien.

SOFIA ESTEVES Y VALDÉS.

Puerto-Príncipe, Cuba: 1867.

PALETOT DE MANGAS ANCHAS.

PALETOT LARGO (La explicacion en la hoja de patrones.)

PALETOT CON RULÓS.

PALETOT PARA SEÑORITA DE 15 Á 17 AÑOS (Esp. en la hoja de patrones).

PALETOT CON RULÓS (La expl. en la hoja de patrones),

ALBORNOZ PARA SEÑORA DE EDAD, ó bien SALIDA DE BAILE (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT ALEJANDRINA (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT ELEGANTE (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT DON PEDRO (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT HÚSAR (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT MOSKAN (La expl. en la hoja de patrones).

CARIDAD.

I.

Alfredo de Montaner era un escribiente de una casa de comercio que con su escaso sueldo, mantenia á su madre y á dos hermanas que veian en él su providencia.

Huérfano de padre á la temprana edad de quince años, habia sido admitido en el escritorio del opulento comerciante don Antenor Oquendo, dias despues de aquella desgracia y para ocupar la plaza que su padre desempeñaba anteriormente. Su buena voluntad y mas que todo el deseo de de ser útil á su madre y á sus dos hermanas, muy niñas aun para que con su trabajo pudiesen ayudar en algo á aquella, suplian la carencia completa de estudios mercantiles que su padre no habia podido proporcionarle.

Si contento estaba don Antenor con el padre de Alfredo mucho mas lo estaba con el hijo. Era el primero que acudia al escritorio y siempre salia despues que todos le habian abandonado y aun muchos dias tenia don Antenor que darle la órden de retirarse, porque su salud un tanto decaida, no le permitia prolongar por mucho tiempo las horas de trabajo.

Doña María, que así se llamaba la madre, adoraba á Alfredo y cada vez que el comerciante, referia algun nuevo rasgo de la honradez del chico, las lágrimas corrian en abundancia por sus mejillas.

Por otra parte la conducta de Alfredo fuera del escritorio era intachable y ni una sola vez tuvo su madre que recordarle cuál era el camino que debia seguir en el mundo para vivir tranquilo en él y gozar luego el premio que Dios concede á los justos.

Desde niño se habia acostumbrado á huir de las malas compañías y de aquí el que nadie pudiera decir que habia visto á Alfredo en cafés, garitos ú otros sitios por el estilo donde por desgracia es tan fácil encontrar hoy jóvenes depravados y calaveras, que con el pié dentro del camino del vicio, rara es la vez que vuelven atrás, y siguen la escabrosa senda de la virtud, como ellos suelen llamarla.

Sus compañeros, educados en esa atmósfera viciada de que tanto alarde hacen algunos en este siglo, habian pretendido con empeño arrastrarle tras de ellos á sus vicios y liviandades, pero Alfredo con ese valor que presta la virtud á sus elegidos, rehusó siempre acompañarles á ninguna de sus fiestas y diversiones.

Esta conducta y las muestras de aprecio y consideracion que de su principal recibia Alfredo constantemente, fueron bastante para que la envidia, royendo los corazones de sus compañeros, comenzara á ensañarse en él.

Todas las faltas que ellos cometian caian sobre Alfredo que ó bien tenia que repararlas antes que Oquendo las notase, ó bien se presentaba á este como el verdadero autor, sufriendo el bochorno de que aquel le dirigiera algunas palabras un poco duras delante de todos, aun cuando luego procuraba dulcificar el castigo sin herir de menera alguna la delicadeza del jóven.

Doña María, ignorante de cuanto á su hijo pudiera ocurrirle y le ocurria en el escritorio, le veia siempre alegre y satisfecho y creia de buena fe que su Alfredo era tan dichoso como él decia.

Viviendo de este modo, la madre engañada y el hijo sufriendo cada vez mas, pasaron cerca de dos años y llegó el verano de 184... que es en la época en que los vamos á presentar á nuestros lectores.

II.

Era una hermosa tarde del mes de Junio.

El sol que con sus dorados rayos habia calcinado la tierra durante el dia comenzaba lentamente á esconderse tras el lejano horizonte y una brisa fresca y perfumada, que rizaba las espumosas aguas del Mediterráneo, hacia murmurar los árboles del bosque.

Alfredo, concluido su trabajo, se disponia á salir de la oficina para dar un paseo por la orilla del mar, cuando el señor de Oquendo le mandó llamar á su despacho.

Obedeció el jóven y pocos instantes despues se encontraba en presencia del banquero.

—Es preciso que desempeñes una comision esta misma tarde, hijo mio, le dijo don Antenor.

—V. dirá.

—Toma esta letra y vé á cobrarla antes que cierren el despacho los señores que tienen que pagarlo: mañana puedes traer el dinero.

—Mañana?

—Sí, luego no estaré yo aquí y vale mas que lo guardes en tu casa.

—Como V. guste, don Antenor.

—Toma y ven temprano mañana.

—Descuide V..

Y el jóven despues de saludar á su principal salió del despacho.

Oquendo que le apreciaba casi tanto como si fuera de su propia familia le vió salir con aire satisfecho y luego murmuró restregándose las manos:

—Qué buen chico es! Estoy seguro que en toda la plaza no hay un solo comerciante que pueda preciarse de tener un muchacho como este.

En tanto Alfredo llegó á la casa de comercio donde tenia que cobrar la letra: diéronle el dinero y saliendo de allí se dirigió paseando á la orilla del mar, sitio predilecto suyo y en el que pasaba muchas horas seguidas cuando sus ocupaciones se lo permitian, contemplando la inmensidad de las aguas y la grandeza de Dios.

Alfredo, en sus ratos de ocio, habíase dedicado á cultivar las Musas y de su pluma brotaban ya raudales de arrebatadoras poesías, todas ellas llenas de sentimiento y revelando lo que en su corazon sentia el jóven.

Hijo del pueblo y criado entre él, sus cantos eran todos para sus compañeros de infortunio, para los hijos del trabajo, y ni una sola vez salió de su inspirada mente servil adulacion para el noble, mentida alabanza para el opulento.

Largo tiempo permaneció Alfredo ensimismado y quizás hubiera permanecido en muda contemplacion hasta muy entrada la noche, si no hubiera llegado á interrumpirle en sus meditaciones, la voz de un niño que á sus espaldas murmuró con sentido acento.

—Señorito! una limosna por amor de Dios.

III.

Volvióse Alfredo y vió ante él un niño que con lastimoso ademan extendia hácia él una de sus manecitas.

Siempre compasivo y bueno, Alfredo llevó la mano al bolsillo para dar una limosna al niño, pero variando sin duda de idea, le atrajo dulcemente hácia sí, y separando de su despejada frente los ensortijados y rubios cabellos que la ocultaban, estampó un beso en ella y luego preguntó con cariñoso acento:

—Para quién pides limosna, hijo mio?

El niño, con esa entonacion peculiar de los andaluces, con esa media lengua que llama Fernan Caballero, tan dulce, tan bonita, contestó levantando sus hermosos ojos azules hácia Alfredo:

—Para mi madre, que está muy malita.

—No tienes padre?

—Sí, señor, pero está muy lejos. Mamá dice que vendrá pronto y que entonces tendremos pan y se pondrá buena: pero como tarda tanto, yo salgo todos los dias á buscar cuartos para mamá.

—Y no tienes hermanitos?

—Una tengo, Aurora, que es muy buena y trabaja mucho, pero ahora la pobrecita no encuentra camisas para coser y llora mucho, mucho.

—Quieres llevarme á tu casa?

—Sí, señor, porque mamá se alegrará mucho. Dice que los que van á ver á los pobres, son ángeles del cielo y se pone mejor cuando los vé.

—Entonces, vamos allá.

Y Alfredo tomando al niño de la mano, empezó á andar en direccion de la ciudad.

Por el camino siguió haciendo diversas preguntas al pobre mendigo y cuando llegó á su casa, sabia ya los nombres de toda la familia si bien ignoraba sus infortunios, que el niño, llamado Julio, no habia sabido referirle.

Antes de entrar en la casa de aquella familia desgraciada, Alfredo pensó que no debia ofrecer una limosna como á unos pobres cualquiera, sino de un modo que no hiriese la delicadeza de la señora Marta y de su hija Aurora.

Sin acertar á explicarse el porqué, Alfredo se figuró que en aquel sotabanco que iba á visitar se encerraba una da esas historias desconocidas para la generalidad del vulgo, pero que los hombres caritativos y piadosos encuentran á cada paso.

Poeta y soñador, su imaginacion se forjó bien pronto toda una tragedia, porque las maneras del niño, su modo de expresarse, su finura, todo revelaba otra educacion distinta de la que por desgracia reciben los hijos del pueblo.

Víctimas sin duda de algun gran infortunio, aquellos seres habian caido, quizás desde la mas alta opulencia al primero ó tal vez al último escalon de la miseria.

Pensando esto fué por lo que se detuvo un momento el jóven, pero tomando por fin una resolucion, dijo de pronto:

—Vamos arriba, Julio.

IV.

En una pequeña habitacion del sotabanco de la casa donde entraron Julio y Alfredo, se veian á aquella misma hora dos mujeres pobremente vestidas.

En aquel reducido espacio, sin mas luz que la que penetraba por una pequeña claraboya abierta sobre un tejado á dos metros del suelo y pegada al techo, se veian algunos restos de muebles, en el peor estado que imaginarse pueda.

Un jergon que disimulaba la existencia de la paja, servia de asiento á una señora anciana ya, pero en cuyo rostro se conservaban aun restos que denotaban haber sido hermosa en su juventud.

A su lado y teniendo en sus manos un pequeño vaso con una medicina y una cuchara de madera, con la que administraba el contenido del vaso á la anciana, habia una jóven de diez y ocho primaveras, de una hermosura magnífica, pero que descarnada y pálida, daba á conocer sus sufrimientos y su miseria.

—Vamos, toma, madre mia, no seas así, decia la jóven que no es otra que Aurora la hermana de Julio, toma otra cucharada mas y pronto tendremos el gusto de verte buena.

—No puedo, Aurora, ese medicamento tiene un sabor muy desagradable, contestó doña Marta.

—Y qué importa, mamá? Si fueras una niña se comprende que dijeras eso, pero conociendo el bien que puede hacerte esto, es una tonteria el no quererlo tomar por su sabor.

—Los viejos y los niños nos parecemos mucho.

—Y qué? acaso eres tú vieja?

—Sí, hija mia, por desgracia los padecimientos me han traido á un estado que ya ha concluido con mi juventud.

—No lo creas así, mamá; ¿qué importa que el cabello comience á blanquear, si aun hay fuego en tu corazon, si aun eres muy jóven por la edad?

—Ah! mucho importa, hija mia. Cuando despues de una vida tranquila y venturosa, en la que todo nos ha sonreido, nos hallamos de pronto sumidos en la mas horrible de las miserias, despues de haber sufrido toda clase de humillaciones, la vejez asoma en seguida á nuestro rostro, saturado de ella nuestro corazon. Cuando ya no cabe en él una gota mas de hiel, rebosa por todos lados y nos cubre el cabello de canas y el cuerpo de arrugas.

—Pero, ¿y el alma, madre mia?...

—El alma! el alma lentamente parece se consume y envejece tambien con nosotros cuando aun somos muy jóvenes por la edad. Tu pobre padre ha sufrido tambien mucho y aunque es jóven todavía, le verás decrépito y achacoso, si Dios quiere concedernos aun la dicha de volverle á ver.

—¿Y cómo no? sus cartas son cada vez mas consoladoras y en las últimas principalmente, da á conocer que tiene muchas esperanzas de recobrar su honra y con ella su fortuna.

—Dios lo quiera, hija mia: en tanto pasará las mismas privaciones que nosotros hemos sufrido hasta ahora y quizás no pueda llegar al fin de su empresa porque el dolor y la miseria postren su cuerpo para siempre.

—Eh! qué ideas mas lúgubres tienes hoy: cuando debias estar mas contenta por el feliz resultado de mi cuestacion de esta mañana. La Vírgen del Socorro ha oido mis oraciones y nos ha dado para comer.

—Muy buena parece esa señora.

—Es un ángel, madre mia. Y si vieras á las dos niñas que tiene, te admirarias de ver tanta hermosura y tanta pureza reunidas. Cuando encontré en la ermita á esa señora, no me atrevia á acercarme á ella, porque su trage no parecia indicar mucha abundancia de bienes, pero la sonrisa de las niñas que me miraban tristemente, me animó sobremanera. Parecian dos ángeles que Dios puso ante mi paso para que encontráramos el sustento de algunos dias y las medicinas para tu curacion.

—Dios siempre ampara al que lleno de fe, no desespera nunca de su infinita misericordia.

—Verdad es, madre mia.

En aquel momento dieron algunos golpes sobre la puerta y se oyó la tierna vocecita de Julio que desde fuera llamaba á su hermana:

—Abre, Aurora, que viene á vernos un amigo.

—Ya voy, Julio, contestó la jóven.

Y levantándose ligera como una pluma, abrió la puerta de la estancia.

V.

Julio que no esperaba otra cosa, se lanzó al cuello de su hermana, gritando con toda la fuerza de sus pequeños pulmones:

—Alégrate, Aurora, que ya tenemos cuartos. Este caballero, que va vestido como papá, nos trae muchos, muchos.

Aurora levantó la vista y fijó sus negros ojos en el jóven.

—Pase V., caballero, murmuró débilmente.

Alfredo se quitó el sombrero y franqueó la entrada.

—Mucho siento, dijo saludando con una ligera inclinacion de cabeza á doña Marta y á Aurora, venir á molestar á Vds., cuando no tengo el gusto de conocerlas, pero las simpatías que en mi corazon ha despertado este niño, han sido hastantes á conducirme hasta aquí, no con objeto de hacer una limosna al pobre, sino por conocer á la familia desgraciada que gime en la miseria.

—Su conducta de V., caballero, es digna por todos conceptos del mas desinteresado elogio, contestó doña Marta, y al recibirle á V. en nuestra humilde vivienda, tenemos una verdadera satisfaccion.

Aleccionada en la desgracia, doña Marta ni poseia la candidez de la inocencia, ni la astucia refinada del malvado, pero no se dejaba nunca sorprender, ni abria su corazon al primero que se le presentaba.

—V., señora, replicó Alfredo que comprendió desde luego que le era necesario darse á conocer, V. habrá creido que mi venida aquí tiene otro objeto distinto del que verdaderamente es, pero siento decirla que se ha equivocado.

—Ni he supuesto nada malo, ni puedo suponerlo, caballero, por lo tanto no debe V. pensar nada de mí. Pero siéntese V. si es que á la única silla que hay en casa, puede caberle esa honra.

—Señora! murmuró Alfredo, y como arrepentido de haberse incomodado por el ofrecimiento de doña Marta, añadió: Yo siento mucho molestar á Vds., pero ya que sin inconveniente alguno me reciben en su casa, voy á exponer con toda franqueza el objeto de mi visita.

Y sentándose en la única silla que adornaba la estancia, continuó dicendo:

—Hace algun tiempo, desde que faltó del mundo mi buen padre, que vivo manteniendo con el fruto de mi trabajo á mi madre y á dos hermanas, muy niñas todavía; apesar de que mi sueldo no es muy subido y de que somos muchos en la familia, puedo al cabo del mes dedicar parte de mis ahorros, muy escasos por cierto, á remediar las necesidades de mis hermanos, los hijos del trabajo y del infortunio y el dia que á esa ocupacion tan grata me dedico, es uno de los mas dichosos de mi vida. Al encontrar hoy á Julio, he sentido en mi corazon no sé qué extraño presentimiento y en vez de darle una limosna cualquiera, he querido conocer á su familia. El aire distinguido del niño no me ha parecido hijo de una educacion vulgar y al tener el gusto de verlas á Vds., mi juicio se ha confirmado de una manera tal que no me deja lugar para la mas pequeña duda! Nada valgo y pocos son los recursos con que cuento, pero si la desgracia de Vds. procede

como pienso, de un revés de la fortuna y de algun modo pueden utilizar mis servicios, dispongan Vds. de mí como si fuera un hijo ó un hermano. Tal es el objeto que me ha traido hasta aquí y que estoy dispuesto á cumplir sea cualquiera la clase de servicios que para ello tenga que prestar.

—La franca declaracion que acaba V. de hacernos, contestó doña Marta convencida de las buenas intenciones del jóven, me pone en el caso de ser igualmente franca con V. Víctimas somos, efectivamente, de un revés de la fortuna, pero nuestro mal tiene remedio y antes de mucho, quizás podamos volver á ocupar la posicion que antes teníamos en el mundo. Si á V. no le es molesto, Aurora podrá referirle la historia de nuestros infortunios y por ellos verá que no equivocó el juicio que sobre el pequeño Julio tenia ya formado.

—Esa prueba de confianza me honra mucho, señora, y tendré sumo gusto en oir esa historia que grabada ha de quedar para siempre en mi corazon.

—Entonces principia, hija mia y procura ser ligera que este caballero tendrá acaso quehaceres que no le permitirán honrar largo tiempo nuestra morada.

Aurora encendió un cabo de vela que colocó sobre la mesa y empezó su relacion del siguiinte modo.

VI.

—Hace dos años mi buen padre era uno de los comerciantes de mas crédito en la plaza de Bilbao; su firma sola era una garantía que ninguno de sus colegas de la villa ni aun de España y del extrangero, rechazaba nunca. Tanta era su honradez en los negocios y tan exquisita su escrupulosidad en materia de cuentas, que todos los capitales grandes y pequeños del noble solar vascongado, iban á aumentar sus arcas, devolviéndolos siempre á su debido tiempo, con el aumento que al capital correspondia.

Cualquiera que fuera el que se acercaba á su despacho á pedirle una cantidad como préstamo, salia derramando bendiciones sobre él y su familia, porque nunca exigia tanto por ciento ni ninguna de las condiciones que imponen los muchos usureros que por desgracia tanto abundan en nuestra patria.

Nadando en la opulencia, si asi puede decirse, la educacion que recibimos mi hermano y yo, fué esmeradísima y digna en todo del puesto que nuestros padres habian sabido conquistarse en el mundo.

Aquella dicha no duró mucho tiempo; un hombre se habia introducido en nuestra casa, amparado por la bondad nunca desmentida de mi padre, y el que tanto le debia, llegó á ser la causa de su ruina.

Eduardo, que así se llamaba aquel hombre, era un jóven de veinte y cinco años á lo mas, de buena presencia y modales distinguidos. Empleado en la oficina de papá, tenia á su cargo el despacho de la correspondencia y estaba por lo tanto enterado de casi todos los negocios de la casa y aun de muchos asuntos particulares y de familia.

Aquel hombre, que desde el primer dia que entró en casa, habia manifestado por mí particular predileccion, llegó en una ocasion á atreverse á poner las manos sobre mi cuerpo. Aquella accion que manchaba mi pureza y la honra de mis padres me llenó de indignacion, pero comprendí que papá no le tendria un momento mas en casa si le daba noticia de ella, quedando quizás expuesto á la miseria y no dije nada.

Yo misma pretendia encontrar una disculpa para su innoble comportamiento, pero no podia hallar ninguna para exponérsela á mi padre; las que encontraba ó creia encontrar, eran solo para mí y á nadie hubieran satisfecho.

Algun tiempo despues volvió Eduardo á dirigirse á mí con siniestras intenciones y entonces no tuve ya presente nada y grité cuanto pude. A mis voces acudieron papá, mamá y algunos dependientes de la casa que enterados del caso, arrojaron á aquel hombre de un sitio donde con tantas consideraciones se le habia tratado.

Libres creimos quedar de aquel infame, pero nos engañamos completamente. Al salir de casa se apoderó de la correspondencia de papá que en aquel mismo instante traia el cartero y abusando de todo, leyóla é hizo de ella un uso degradante y miserable, que para vengarse de nosotros sin duda preparaba.

Una de las cartas, dirigida á mi padre, era para un emigrado político que por su conducto las recibia de los hombres mas importantes de su partido; y su contenido, dadas las circunstancias azarosas que en aquella época atravesábamos, fué bástaute para que las autoridades, á quienes la entregó el infame Eduardo, creyeran á papá complicado en una conspiracion cuyas maquinaciones seguia hacia mucho tiempo el gobierno, y que aquella carta descubria completamente.

Reducido á prision y confiscados sus bienes, perdió el crédito en menos tiempo del que le habia costado ganarle y tras largo tiempo de encarcelamiento, pudo conseguir al fin su libertad, si bien no recobró sus bienes.

Enferma mi pobre madre desde que tal desgracia ocurriera, nos vinimos á este pueblo por consejo de los médicos, y agotados completamente nuestros recursos, llevamos ya algun tiempo viviendo en la mayor miseria, de la que solo nos sacan de vez en cuando las almas caritativas que se compadecen de nuestra desgracia.

Mi pobre padre está hoy en Madrid trabajando para que le sean devueltos sus bienes y en sus últimas cartas nos hace concebir risueñas esperanzas sobre ello.

¡Dios que no abandona nunca al que cree en Él y le teme, tampoco nos ha abandonado á nosotros un solo instante y con su ayuda esperamos que mi padre recobre, no su hacienda, que nada significa, sino su honra, tan torpemente manchada por un infame calumniador!

(*Se continuará.*)

M. SECO Y SHELLY.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

V.

Mientras que dormíamos profundamente, un regimiento de cazadores holandeses se aproximó silenciosamente á nosotros. Sus hombres, arrastrándose por el suelo, se habian desplegado á manera de tiradores en un dilatado campo de avena que se extendia muy cerca de nuestro vivac.

Los primeros resplandores de la mañana alumbraron el Oriente y nosotros dormiamos todavía, sin cuidarnos de la aproximacion del enemigo, cuando de repente nos hizo saltar una espantosa detonacion. En un instante estuvimos todos de pié. Centenares de balas pasaban silbando por nuestros oidos, y ya muchos de los nuestros se debatian con las ansias de la muerte, bañados en su propia sangre. Durante un instante, una indescriptible confusion reinó entre nosotros. Sorprendidos, arrancados bruscamente de un pesado sueño, aturdidos y espantados, tomamos á la aventura el primer fusil que nos vino á las manos y contestamos tirando con él sobre los cazadores enemigos, cuyas cabezas descubriamos únicamente por encima de la avena. No nos daban tiempo para reconocernos, haciendo un continuo fuego sobre nuestra desordenada tropa.

Mi amigo y colega el furriel Walgraff, que habia avanzado demasiado, fué herido á un tiempo por tres balas, de las cuales una le entró por un vacío. Tres hermanos, Julio, Angel y Luciano Grad, corrieron hasta cerca de donde estaban los tiradores holandeses, y se apoderaron entre una granizada de balas, del furriel herido, poniéndole fuera del alcance del enemigo. Luciano recibió solamente un balazo en el brazo. (1)

Nuestros oficiales lograron ponernos en fila, y ofrecimos entonces al enemigo una resistencia obstinada, pero sin esperanza de éxito.

Habia en mi compañía un soldado que se llamaba Blampain, gallardo, de cabellos sumamente rubios y afamado entre nosotros, porque era capaz de comerse de una sentada un cubo lleno de patatas. Pues bien, fué herido de un balazo en el cinturon, y el golpe le echó hácia atrás con tanta violencia, que faltó poco para que me arrastrara consigo. Encargóseme de retirarle porque quedó insensible como un cadáver; pero abrió los ojos con indecible asombro y me preguntó con cándida sencillez:

—¿Furriel, no estoy muerto?

Se le ayudó á levantar y se le puso en su puesto.

El fuego continuó con gran vivacidad hasta el momento en que un nuevo destacamento de cazadores vino á reforzar á nuestros enemigos. Diósenos órden entonces de retroceder unos cien pasos y se nos apostó cerca del pueblo de Lubbeck, en un vergel rodeado de un espeso soto de hayas cuyos troncos apiñados se entrelazaban en todos sentidos. Abrigados detrás de esta trinchera natural nos defendimos aun durante algun tiempo con ventaja, á pesar de silbar sobre nuestras cabezas y por entre nuestras filas un diluvio de balas. Muchos de los nuestros fueron heridos, y sus gritos y lamentos se mezclaban á las incesantes detonaciones de la fusilería.

Valor no nos faltaba, y el ejemplo de nuestro comandante, el mayor Macuhout, hubiera bastado solo para hacernos intrépidos. Este valiente jefe de batallon estaba á caballo, y por consiguiente expuesto mas que cualquiera al fuego del enemigo. Los oficiales querian que se apeara; pero él, con una apacible sonrisa en los labios, acariciaba á su montura en el cuello y decia con una voz que no alteraba ninguna emocion:

—¡Quieto... quieto... no es nada!

En este momento una batería holandesa apareció en la cumbre de la colina, y tomando posicion á cierta distancia de nosotros, hizo oir una terrible detonacion y nos envió un diluvio de metralla.

Felizmente habian apuntado alto. No era posible sostenerse allí, y si quedábamos un rato mas en el vergel, debiamos ser exterminados hasta el último. Sin dejar de combatir retrocedimos hasta un camino hondo que bajaba hacia Lovaina, siendo perseguidos por los holandeses, de modo que á menudo tuvimos que cambiar de direccion para buscar en las desigualdades del terreno un abrigo contra las balas enemigas. Por inminente que fuese el peligro, no pudimos menos de admirar la rapidez con que maniobraba la artillería holandesa: parecia que volaba sobre las alturas y las colinas. La mayor parte de las balas pasaban sobre nuestras cabezas.

Continuamos nuestra retirada sin experimentar pérdidas sensibles y sin apretar el paso. Durante la marcha, nuestro comandante de escuadron riñó fuertemente á un oficial, porque se habia llevado ambas manos al chacó con indecible espanto al silbido de una bala en sus oidos. A eso del medio dia entrábamos felizmente en Lovaina, y como estábamos rendidos de cansancio, nos sentamos en el suelo cerca de la puerta de Tirlemont.

Mientras combatiamos en Lubbeck, otras avanzadas eran atacadas como nosotros. Nos dijeron que el regimiento núm. 12 estaba casi destrozado.

Algunos soldados que formaban parte de los cuerpos que habian permanecido en Lovaina, vinieron á manifestarnos con gritos de admiracion que el ejército del Mosa, sorprendido por traicion, habia sido derrotado, y que nosotros, vendidos por nuestros jefes, tratariamos en vano de resistir á las fuerzas del enemigo. Nada es mas fatal para un ejército en presencia del contrario, que la sospecha de una traicion. Nos quedamos consternados con la terrible nueva, y hasta mas tarde, cuando vimos al valeroso rey Leopoldo desafiar al enemigo como el último soldado, no volvió la confianza á nuestro corazon.

Para que se comprendan los acontecimientos subsiguientes, son necesarias algunas explicaciones.

Cuando los holandeses atravesaron nuestras fronteras, el ejército belga se hallaba repartido, como he dicho ya, en dos grandes divisiones. El general Daine mandaba una de ellas, y se encontraba en las cercanías de Hasselt á la cabeza de quince mil hombres. Al punto se le dió la órden de marchar á Lovaina, y de reunirse allí con el ejército del Escalda, para ofrecer juntos al enemigo que se adelantaba una batalla decisiva. Sea que las órdenes se comprendiesen mal, sea, como otros aseguran que su ejecucion se retardase por la funesta obstinacion del general Daine; lo cierto es que el ejército del Mosa fué cortado por los holandeses, que le acometieron con ventaja numérica; hizo una larga y valerosa resistencia, pero al cabo tuvo que retirarse hácia Lieja en el mayor desórden. Los restos de la mitad del ejército belga se ballaban en esta ciudad en el momento en que todas las fuerzas holandesas, que se elevaban seguramente á 60,000 hombres, se preparaban á cercar Lovaina para obligarnos á empeñar una lucha desesperada.

Se ha escrito que los belgas no contaban en Lovaina mas de siete mil hombres, y esta cifra me parece inexacta, pues con las tropas auxiliares de la guardia cívica podiamos ser unos veinte mil; al menos así lo creíamos.

Mientras descansábamos en los baluartes de Lovaina, el ejército holandés se pone en movimiento, y una mitad llega en columnas cerradas y al alcance de nuestra gruesa artillería, á las cuestas inmediatas. Un vivo cañoneo se rompe por ambas partes, y durante un largo rato se oyen sin interrupcion los disparos de mas de cincuenta piezas.

Nuestro regimiento se hallaba acampado no lejos de las baterías; todo ocurría á pocos pasos de nosotros. En el primer instante mis compañeros se levantaron, pero viendo que solo los cañones tomaban parte en la lucha, se tendieron otra vez con la cabeza apoyada en la mochila, y se durmieron profundamente, como si aquello nada les importase. Es verdad que si una bala debia elegir á alguno de nosotros, ¿para qué habria servido estar despierto?

Ante el espectáculo del cañoneo yo me quedé en pié con los ojos fijos en las baterías. De repente, y con gran sorpresa, descubrí un sacerdote que servia de artillero y apuntaba una pieza contra el enemigo. Todos los que no dormian miraban al eclesiástico que trabajaba con ardor, como si en toda su vida hubiese hecho otro servicio.

El rey estaba á caballo cerca de las baterías; su fisonomía estaba impasible y presentaba ese carácter de serena é imponente gravedad que aun en el dia impone la veneracion á todos cuantos se le acercan. Su presencia infundió á todos el valor y la esperanza de que guiados por él podiamos aun alcanzar la victoria.

Mientras la atencion de todos se concentraba en el fuego de las baterías, los holandeses habian tomado posicion en la montaña de Hierro, inmediata á la calzada que conduce á Malinas. Desde aquella altura podian destruir la ciudad de Lovaina. Además, una de sus divisiones se habia apoderado del camino de Bruselas, y nos habia cortado toda comunicacion con la capital.

De repente trageron una órden á nuestros jefes, y al punto nos mandaron formar en columnas cerradas. En pocas palabras nos dijeron que con el rey á la cabeza íbamos á dar el asalto á la montaña de Hierro para arrojar al enemigo de aquella posicion amenazadora, añadiendo que como brigada de vanguardia teniamos que ir delante á empeñar la accion, y á demostrar que los antiguos voluntarios Niellon eran dignos de la confianza del rey.

Recibimos esta noticia con ardientes aclamaciones, pero nos impusieron silencio á fin de evitar toda confusion y desórden.

Seguidos de todo el ejército, salimos por la puerta de Malinas y llegamos á la falda de la montaña de Hierro, en cuya cumbre esperaba el enemigo.

Los tambores tocaron la carga; resonaron las trompetas, y á la voz del jefe nos lanzamos hácia lo alto de la montaña, llegando á la meseta al cabo de una carrera ardiente y un tanto desordenada.

De repente caimos sobre una batería que nos hizo una descarga á la cual sucumbieron muchos de entre nosotros. Este terrible golpe produjo cierto desaliento en nuestras filas, pero á la voz de nuestros oficiales nos lanzamos de nuevo á bayoneta calada para tomar los cañones.

La montaña habia sido escalada con el mismo arrojo por los demás destacamentos; los holandeses no pudieron resistir á este primer choque y se replegaron sobre su centro, con lo que dieron á los belgas el tiempo y el espacio necesarios para desplegar sus columnas. Como nosotros habiamos chocado con las filas mas espesas del enemigo, en breve comenzó en toda la línea un vivo tiroteo de fusilería y artillería.

Yo, simple combatiente, no podia ver lo que pasaba á pocos pasos de mí; no veia mas que una inmensa nube de humo que marcaba la línea de batalla del enemigo; no oia mas que los tiros de fusil y de cañon que se sucedian sin

(1) Nuestro regimiento contaba siete hermanos Grad, nacidos todos en Ach (Hainault), todos de un mismo matrimonio. Eran valientes y en todas ocasiones se distinguieron por su ardiente patriotismo. Luciano, Angel y Julio son actualmente capitanes en el ejército belga; otro es brigadier de carabineros, dos son sargentos en los regimientos de preferencia ó de granaderos, y el otro ha muerto. De todos ellos Julio fué durante mucho tiempo mi mas íntimo amigo.

tregua, el silbido de las balas, y á veces tambien los gritos de mis compañeros de armas que caian gritando ¡Viva Leopoldo!

Por fin nuestro regimiento recibió la órden de diseminarse sobre los flancos del enemigo y de inquietarle con un fuego de guerrillas. Bajamos la cuesta entre la ciudad de Lovaina y el campo de batalla, y nos dispersamos en una grande extension de terreno.

El suelo estaba muy accidentado y los campos tenian aun las cosechas, y así era que mientras veiamos á los holandeses en el declive de la montaña, no podiamos distinguir sino á una parte de mis compañeros. Yo me hallaba con otro soldado en el borde de un camino hondo que tendria unos diez piés de profundidad, y aunque estábamos todavía muy distantes del enemigo, tirábamos sin interrupcion sobre su ala derecha.

Durante este tiempo parecia enardecerse en la montaña.

De repente oimos este grito horroroso:

—¡La caballería!

Y en efecto, en el mismo instante vimos una nube de dragones que bajaban de la montaña para atacarnos.

Se dice ordinariamente entre los soldados, que un infante nada tiene que temer de un jinete. Para veteranos quizá sea una verdad, pero para nosotros bisoños, no lo era. La vista de aquellos hombres de alta estatura montados en caballos enormes con un sable reluciente en la mano, me inspiró no temor, sino una especie de angustia. Nos hallábamos apostados de dos en dos, lejos los unos de los otros y sin poder distinguir á los oficiales, y así separados y aislados teniamos que esperar el choque de la numerosa caballería que se precipitaba sobre nosotros de lo alto de la montaña.

Llegados á la llanura los dragones se formaron tambien en una larga línea, y como si cada uno de ellos hubiese elegido por víctima á un tirador, se lanzaron á nosotros en parejas y con el sable levantado.

Pensé que habia llegado mi última hora; palidecí, un horrible temblor circuló por mis miembros, y desde aquel instante mi vista se clavó tan fijamente en los dos enemigos que parecian habernos elegido á nosotros, que mi compañero desapareció sin que yo lo advirtiese.

Los dragones estaban al alcance de una flecha cuando descargué mi fusil sobre ellos sin tocarlos; pensaba en cargar otra vez, pero el cartucho se cayó de mis manos y apenas tuve tiempo para presentar la bayoneta.

Uno de los dos dragones se lanzó á un lado por entre la avena, sin duda para atacar á mi compañero: ¡yo creí oir su último grito de agonía!

Presenté la bayoneta bien decidido á defenderme con encarnizamiento. La conviccion de que iba á morir me arrancó un profundo suspiro y dije en alta voz:

—¡Padre mio!

El sable del dragon brilló bajo mis ojos; me gritó que me rindiese, pero me quedé mudo y la ansiedad de la muerte en el alma buscando con los ojos un sitio donde pudiese herir á mi enemigo ó á su caballo. No sé qué maniobra hizo el jinete; pero lo cierto es que dió dos ó tres vueltas en mi derredor con una velocidad increible, y yo logré por último herir á su caballo en el hombro.

¿Que pasó despues entre nosotros? A punto fijo no sabria decirlo. Mientras yo volvia la cabeza para evitar el brillo deslumbrador de la hoja del sable, recibí un tremendo golpe y caí en un agujero que me pareció no tener fondo... bajaba como si me hundiera en la eternidad... habia caido hácia atrás con mi fusil y mi mochila en la hondonada, y un instante me quedé sin conocimiento tendido boca arriba sin moverme; no obstante, volví en mí inmediatamente. Abrí los ojos y miré estupefacto en mi derredor; luego levanté los ojos al cielo y dí gracias á Dios porque me habia salvado tan milagrosamente de una muerte segura...

Oí dos pistoletazos sobre mi cabeza, y quise alejarme de aquel lugar donde aun corria peligro; pero cuando traté de levantar mi pié izquierdo, el dolor me arrancó un grito agudo... Sin embargo, me arrastré como pude siguiendo el camino hondo en direccion á la ciudad.

Cuando llegué sobre la calzada al mismo sitio desde donde habiamos subido al asalto de la montaña de Hierro, la batalla estaba perdida y la mayor parte de nuestro ejército en retirada. Uno ó dos regimientos combatian aun en la altura, pero cediendo el terreno poco á poco. La puerta de la ciudad de Lovaina que dá á la calzada de Malinas vomitaba cañones y carros por centenares.

A mi lado se hallaba un sargento de mi regimiento llamado Lemaigre, que mientras se arrancaba el cabello de desesperacion, distinguió á lo lejos una batería de artillería belga que salia al trote de Lovaina, compuesta de ocho piezas de á doce. Esta batería parecia ir al mando de un sargento, y como este era conocido de Lemaigre, le detuvo y le pidió dirigiera sus cañones contra el flanco del enemigo para retardar nuestra derrota decisiva y cubrir un instante la retirada.

El sargento, que se llamaba Mateo, siguió el consejo é hizo fuego con todas sus piezas; un torrente de metralla aclaró las fuerzas del enemigo, que desde entonces amortiguó el ardor de sus ataques contra la retaguardia de nuestro valeroso ejército. Yo dejé aquel sitio, y arrastrándome con indecibles dolores, me senté por fin junto á uno de los árboles del camino en frente de una posada.

Sin embargo, el último regimiento belga habia sucumbido á su vez, y todo el ejército operaba de prisa su retirada en direccion á Malinas, al través de un material de guerra de toda especie. En aquel instante corrió de boca en boca el grito de: « ¡Armisticio! ¡Armisticio! ¡la paz! » Aunque muchos de nuestros soldados repitiesen este grito, no le daban el mayor crédito, quiza porque aun resonaban á lo lejos algunos cañonazos.

De repente ví al rey Leopoldo, rodeado de algunos oficiales de estado mayor, que se apeaba delante de la posada; conferenció con sus oficiales, y muy luego volvió á salir con su séquito hácia Lovaina y en direccion al ejército enemigo.

Yo habia examinado atentamente las facciones del rey; una serenidad triste, pero orgullosa, conservaba á su fisonomía su carácter imponente aun en aquella dolorosa circunstancia.

Los holandeses no persiguieron á los belgas; el ruido de la fusilería habia cesado; se habia concluido de veras un armisticio, sobre lo cual será oportuno entrar en algunos detalles.

Las grandes potencias reunidas en Lóndres en conferencia habian pronunciado la separacion de la Bélgica y la Holanda, y para resistir á esta decision, el rey de los Paises Bajos habia invadido nuestro territorio. La Francia estaba encargada de asegurar hasta por la fuerza la ejecucion de las voluntades de la conferencia. A la noticia de la derrota del ejército del Mosa, los generales franceses habian presumido con razon que los belgas no podian resistir á unos adversarios infinitamente superiores en número, y se habian puesto en marcha hácia la frontera con ánimo de socorrer al rey Leopoldo. Justamente, en lo mas fuerte de la batalla de Lovaina, en el momento en que la mayor parte de los regimientos belgas eran rechazados con grandes pérdidas de la montaña de Hierro, varios oficiales franceses enviados por el mariscal Gerard, se presentaban en el cuartel general de los holandeses y hacian comprender al príncipe de Orange y al duque de Sajonia Weimar, que si se disparaba otro cañonazo, el ejército francés, en nombre de las grandes potencias, se presentaria á ofrecer una nueva batalla, en la cual los holandeses serian vencidos sin remedio. Un encargado de negocios inglés que vimos aquel dia varias veces al lado del rey Leopoldo, asistia á la entrevista. Se concluyó pues un armisticio que estipulaba se suspendieran las hostilidades, y que al otro dia el ejército holandés se pondria en camino hácia la frontera; seguido, pero no molestado por los franceses; y estas condiciones se ejecutaron á la letra.

Cuando todo estuvo en calma en mi derredor, me levanté y traté de proseguir mi camino agarrándome á los árboles. Mi pié estaba muy hinchado; me habia cortado el zapato para quitármele, y sufriendo agudos dolores me arrastraba lentamente á lo largo de la calzada sentándome de tiempo en tiempo para recobrar fuerzas.

Principiaba á declinar el dia y me hallaba aun apoyado en un árbol, cuando acertó á pasar un furgon descubierto en el que habia ya algunos soldados heridos ligeramente. Me preguntaron qué hacia allí solo, y oida mi respuesta, los conductores me subieron al furgon.

Cuando llegamos á Malinas encontramos todas las calles llenas de soldados belgas de todos los regimientos y todas las armas acampados al aire libre. Yo pasé la noche en el furgon, y en la mañana siguiente ayudado por un compañero, llegué á la puerta de Amberes, donde debian reunirse los hombres dispersos de nuestro regimiento.

Despues de la lista debiamos dejar Malinas y volver á tomar el camino de Lovaina. A eso de las once todo estaba dispuesto para la marcha; algunos heridos, en cuyo número me contaba, debian seguir en carros. Sin embargo, cuando estábamos á la puerta de la ciudad, se nos mandó detener, dando órden de que los heridos fuesen llevados al hospital.

El establecimiento en que se nos depositó habia sido formado provisionalmente, y se le daba el mas modesto nombre de enfermería. Púsosenos á cada uno en su cama, y las hermanas de la caridad nos dieron excelentes víveres, vino, golosinas y aun dinero. Un cirujano hizo me pusieran en el pié una cataplasma de harina de linaza, y aun cuando mis padecimientos eran aun muy vivos, caí bien pronto en un profundo sueño, que se prolongó, por decirlo así hasta el dia inmediato.

Mi pié continuó hinchadísimo, doloroso y ardiente hasta el décimo dia, desde el cual la mejoría fué rápida, y una semana despues pude dejar la enfermería para volverme á unir á mi regimiento, que se hallaba acantonado en las cercanías de Termonde.

(*Se continuará.*)

LOGOGRIFO.

Del equipo femenil
es esta palabra prenda,
y de las combinaciones
que forman sus nueve letras
diré aquí las mas, no todas,
que algo en el tintero queda.
Un color, un rio de España,
un suplicio, una madera,
piel, metal, y poesía,
nave, odorífera yerba,
animal apetitoso,
mueble usual, dura piedra,
planta espinosa, península
que allá junto á China asienta,
un sonido, un olor malo,
de la música una pieza,
lo que se ve en los altares,
un mensage, una moneda,
símbolo del cristianismo,
cierta region de la América,
instrumento de labranza,
argolla, local de bestias,
un conjunto de estas mismas
que en el traginar se emplea,
un instrumento fabril,
pellejo, ensenada, tela,
cierto pelo, tribu bárbara,
cómputo para las épocas,
lo que por sí nada vale,
le que mas que vale cuesta,
cierto término forense,
cierta porcion de la esfera,
cosa con que se camina
por el agua y por la tierra,
un instrumento que sirve
para femenil tarea,
una pintura y un viento,
lo que exige una dolencia,
construccion arquitectónica,
lo que mas la arruga afea,
puerto andaluz, viento blando,
sustancia que alumbra, estera,
un nombre que á Dios se da,
y en fin, dos cosas diversas
que en un reloj, si es que anda,
se habrán de encontrar por fuerza.

F. A.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VIOLETA con corpiño montante y mangas largas.—La enagua de este trage va enteramente plegada de arriba abajo, y los pliegues tendidos hácia un mismo lado. Enagua corta de fulard crudo con puntitos negros; esta enagua va recortada á dientes cuadrados por su borde inferior y por ámbos lados del paño de delante, ribeteados con cinta negra, y lleva cada uno un boton negro grueso. Paletot igual á este trage corto, sin mangas, ó solo con una manga corta, algo anchas, y flotantes sobre las del trage de debajo.

TRAGE DE POPELINA AZUL, con listas finas agrupadas de seis en seis, de modo que formen una lista algo ancha.—En el borde inferior tres tiras al sesgo de tafetan del mismo color que el trage, y por consiguiente mas oscuras que la popelina. Paletot de paño de seda negro, mas corto por los lados que por delante y por detrás, y guarnecido con un encage alto negro, sobre el que corren tres galones de cuentas. Sombrero negro de crin, guarnecido conn un velo de encage azul; bridas azules.

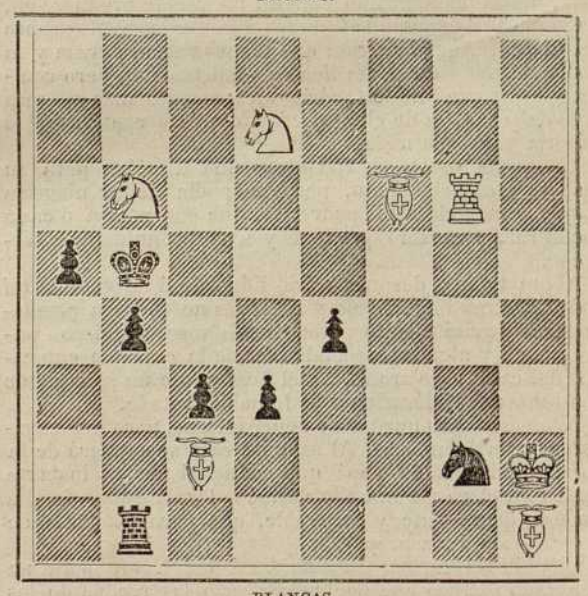
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 106.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 3.ª R.	R. toma A.
2.ª R.ª 3.ª T.R. jaque.	R. 5.ª A.R.
3.ª T. 2.ª A.R. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 107, COMPUESTO POR M. LOPEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

Colegio de Señoritas en Cádiz, bajo la direccion de las Sras. Hermanas del Amor de Dios.

Estas señoras dan una educacion completa y esmerada; no dejan nada que desear, así en las clases de utilidad como las de adorno.

Se admiten pensionistas, medio pensionistas y esternas. Los honorarios son moderados.

Para mas pormenores y para adquirir prospectos, dirigirse á la R. Madre Superiora del Instituto calle de Isabel la Católica n.º 3, de once á una de la mañana y de tres á cinco de la tarde.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 46

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

SUMARIO— A nuestras suscritoras — Trage para niña de 3 á 5 años — Mesa redonda y dos taburetes— Lambrequin ó cenefa — Cuadro de guipur cosido— Dos entredoses al crochet — Boton forrado— Dolle feston.—Dos adornos para ropa blanca—Encage al crocbet — Costura festoneada— Cofia de dormir para jóven de 10 á 14 años— Entredos para ropa blanca— Alfabeto— Grabado de modas— Revista de modas.

Caridad— Recuerdos de Córdoba— Recuerdos juveniles, de Enrique Conscience— Revista de París—Explicacion del figurin iluminado

A NUESTRAS SUSCRITORAS

Muy en breve verá la luz pública el prospecto de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA para el próximo año.

La Empresa, en su constante anhelo de justificar el favor con que continúa siendo acogida su publicacion, ha dirigido todos sus esfuerzos á este fin, y no contenta con las sucesivas mejoras que ha ido introduciendo en ella, puede desde luego prometer que iniciará otras nuevas é importantes el próximo período de su larga vida, consultando para ello la utilidad inmediata de sus suscritoras, sin desatender, como no ha desatendido hasta aquí, el honesto solaz y el agradable pasatiempo.

Ahora bien, la caprichosa moda corre hoy con tan prodigiosa velocidad su camino, que la elegante dama necesita, so pena de quedarse atrás, no solo conocer todas sus variaciones, sino adquirir los medios de seguirlas y de adoptarlas. Tal es el objeto de las hojas de patrones que publicamos en determinados dias; pero que aquella misma rapidez hace hoy con frecuencia insuficientes. Por eso, entre otras cosas, aumentaremos el número de las expresadas hojas, siempre que lo creamos necesario, especialmente en la edicion de lujo.

Aprovechamos esta ocasion para anunciar á los expresados suscritores á la mencionada edicion, que el ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO, que como regalo anual acostumbramos á ofrecerles, se halla próximo á publicarse.

LA EMPRESA.

Trage para niña de 3 á 5 años.

Hecho de cretona de lana gris, va adornado con tiras de cachemira azul, bordadas de trencilla negra. La misma trencilla para los demás adornos.

Mesa redonda y dos taburetes.

MESA REDONDA.—Este mueble se compone de tres piés torneados (véase en la página 356), de madera pulimentada, y de una tabla de madera blanca, cubierta de paño adornado con aplicaciones de paño. El lambrequin es de lo mismo, y se guarnece con un fleco de bolillas que reproduce los colores de las aplicaciones.

Esta mesa puede hacerse mas ó menos elegante; los piés pueden ser dorados, la tabla cubrirse con paño blanco ó encarnado, y las aplicaciones de diversas tintas; en este caso puede figurar en el mas suntuoso salon. Si los piés son de madera negra, ó de color de roble oscuro, se la puede colocar en un gabinete de labor,—en una alcoba,—en una sala de confianza, donde ocupará ventajosa y económicamente el lugar de los veladores dorados ó de imitacion, que se han hecho tan comunes.

TABURETE N.º 1.—Madera imitando caña de Indias, cubierta por una tapicería con dibujos egipcios.

TABURETE N.º 2.—Madera dorada y tallada, de forma ovalada; tapicería con dibujos Luis XIV.

Estos taburetes y todos sus derivados han reemplazado absolutamente á los *pufs* de desgraciada memoria.

TRAGE PARA NIÑA.

Lambrequin ó cenefa.

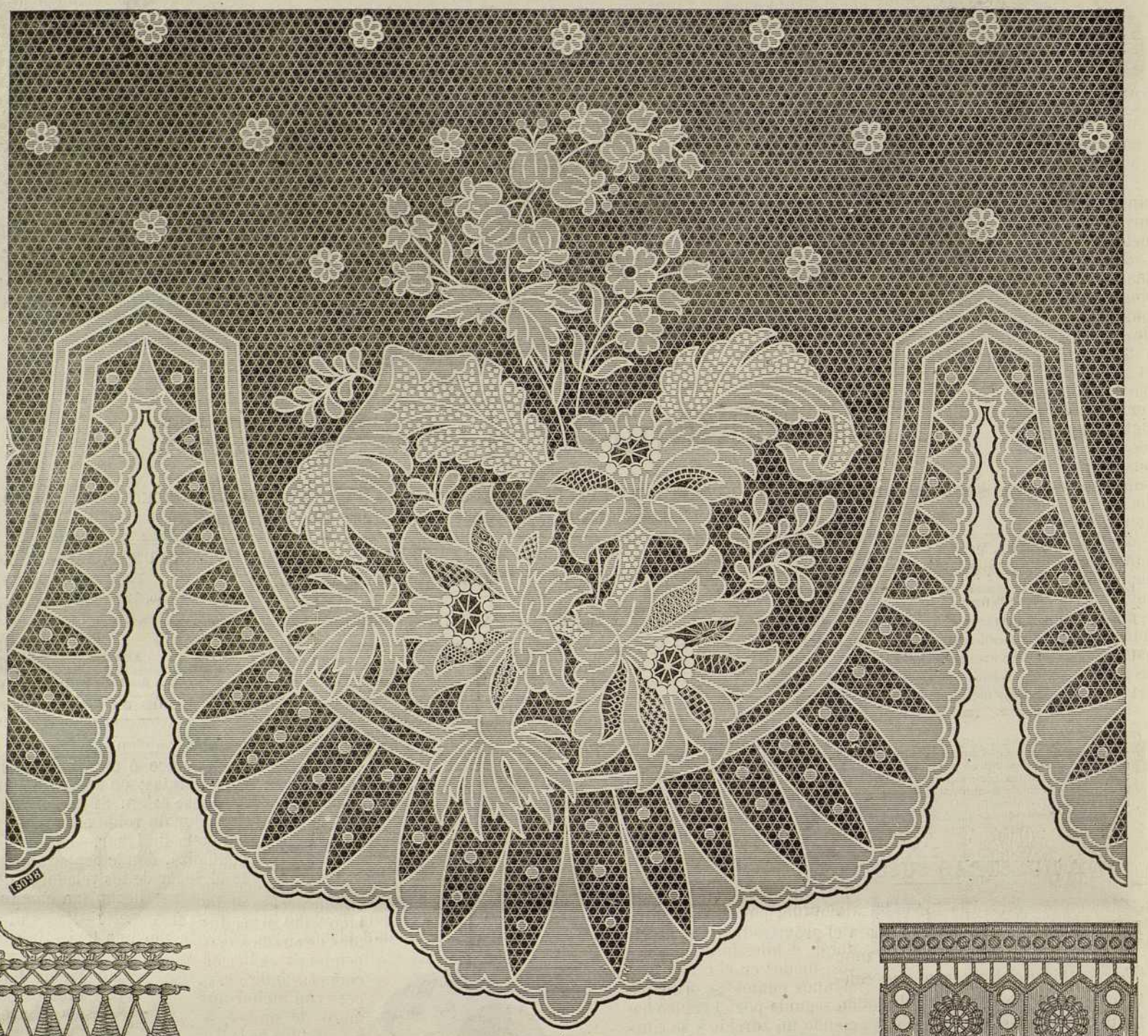
Este dibujo servirá para bordes de cortinas, de manteles de tocador, etc. Conviene tambien para guarnicion de cuna. Se le ejecuta sobre tul, con aplicaciones de muselina.

Cuadro de guipur cosido.

Esta nueva especie de cuadro, no dudamos que será aceptada con gusto por nuestras lectoras. La labor de que se compone se semeja á los de los encages hechos con aguja, de los que hace dos años venimos publicando diferentes muestras; va rodeado de lienzo fino, y adornado con tres dobladillos calados; se le asociará á otros cuadros hechos al crochet, ó bordados con bordado inglés sobre lienzo; en este caso el bordado será muy poco complicado, á fin de contrastar con los otros cuadros que son muy claros.

Para ejecutar el cuadro de guipur que representa nuestro dibujo, se corta un pedazo de lienzo del mismo tamaño que el dibujo, dejando de mas la tela necesaria para ejecutar un dobladillo calado (sacando al efecto algunos hilos). Se estiende este cuadro sobre un pedazo de carton, despues de haber trazado sobre el mismo carton los contornos del dibujo. Se *emborra* el contorno del cuadro como para el bordado de realce, se corta el lienzo lo mas cerca posible de este trazado, luego se forman con hilo puesto doble las cuatro líneas principales,

que parten de cada esquina (véase el dibujo que representa al cuadro). — Al tender los hilos, se deberá siempre copiar la disposicion indicada en el dibujo que representa la ejecucion del cuadro. Se festonea primero este por todo su contorno que ha sido *emborrado*, luego se cubren á punto de zurcido las cuatro líneas principales. Se ejecutan en seguida los demás detalles consultando ámbos dibujos.—Siempre que haya de atarse una nueva hebra, se la fija en una de las líneas cubiertas á *punto de zurcido*. El punto negro colocado sobre el dibujo que representa la ejecucion del cuadro indica que despues de haber festoneado las curvas se continúa la labor de *zurcidos*. Cuando el cuadro está terminado se ejecutan los calados en la orla que lleva todo al rededor.

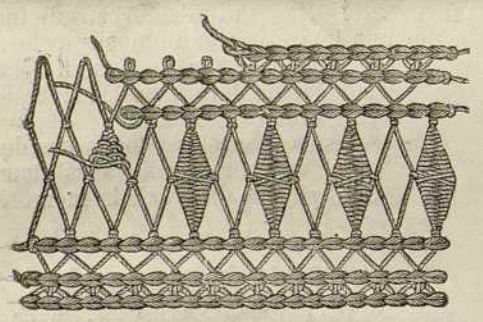


LAMBREQUIN Ó CENEFA.

Dos entredoses al crochet.

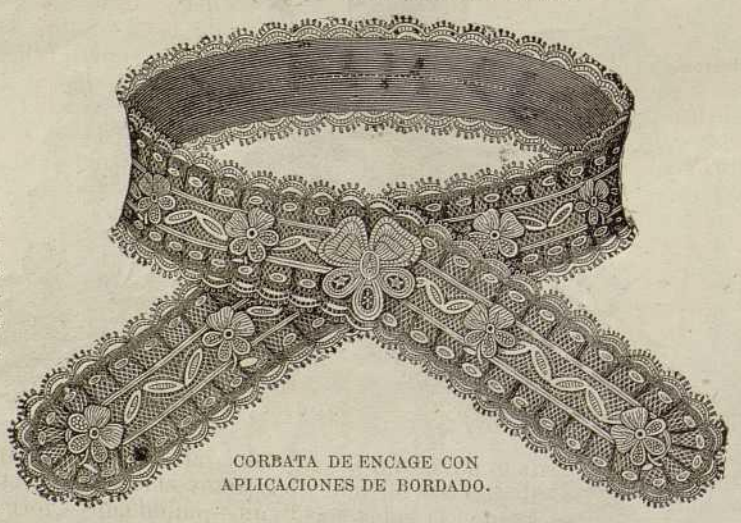
Se ejecutan ámbos al revés.

N.º 1. — Una ca-



ENTREDOS DE RED Y CROCHET CON PUNTOS DE ENCAGE.

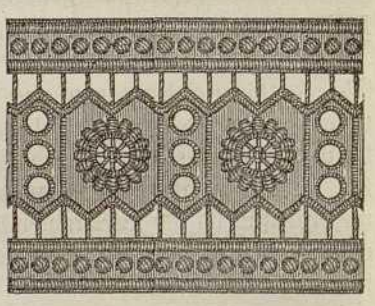
deneta de 18 puntos. — 1.ª *vuelta*. — Una brida sobre el 8.º y sobre el 9.º puntos de la cadeneta, contando desde el último;—una *hojita*, es decir, 6 puntos en el aire, y en el 2.º una doble brida no del todo terminada, de modo que queden 2 buclecillos sobre el crochet, — en el



CORBATA DE ENCAGE CON APLICACIONES DE BORDADO.

los dos últimos puntos de la cadeneta,—7 puntos en el aire.

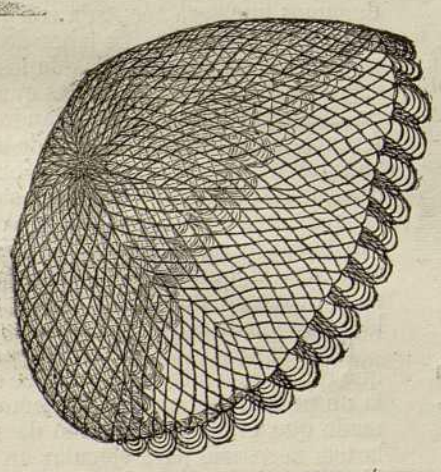
2.ª *vuelta*. —Una brida sobre cada una de las dos de la vuelta anterior,—una hojita,—una brida sobre el punto sencillo siguiente,—una hojita,—una brida sobre cada una de



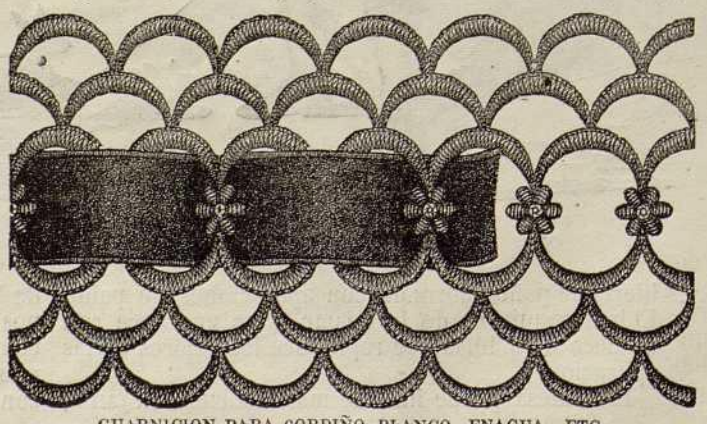
ENTREDOS PARA ROPA BLANCA.

las dos de la vuelta anterior, — 7 puntos en el aire.

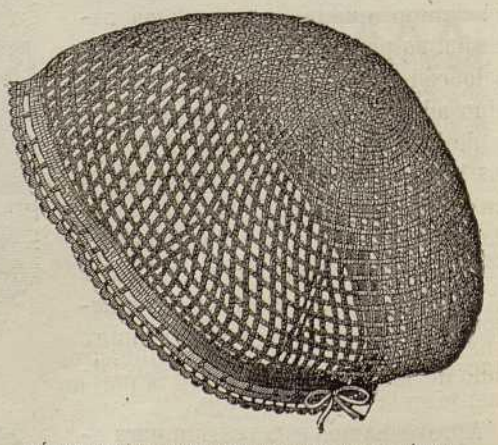
Se repite siempre esta 2.ª vuelta hasta que el entredos tenga el largo que se necesite. Como lo indica el dibujo, las bridas y las hojitas deben caer siempre sobre las bridas y las hojitas de la vuelta anterior. Para sostener el entredos por los



CAEIA DE DORMIR DE RED, PARA JÓVEN DE 10 A 14 A



GUARNICION PARA CORPIÑO BLANCO, ENAGUA, ETC.



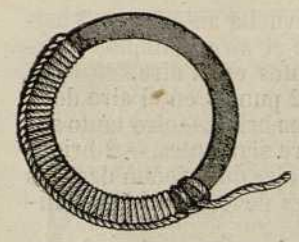
CÓFIA DE DORMIR AL CROCHET, PARA JÓVEN DE 12 A 14 AÑOS.

primero de estos 6 puntos en el aire, una triple brida llevada hasta que queden 3 buclecillos y un echado sobre el crochet,—se pasa en seguida la hebra por todos los buclecillos, — un punto sencillo en el 4.º de la cadeneta primitiva,—una hojita,—una brida sobre cada uno de

lados, se hace por último un punto sencillo sobre cada feston exterior compuesto de puntos en el aire, y despues de cada punto sencillo 6 en el aire.

N.º 2.—Una cadeneta de 23 puntos.

1.ª *vuelta*. — En el 8.º punto de la cadeneta, contando desde el fin, una doble brida,—2 pun-



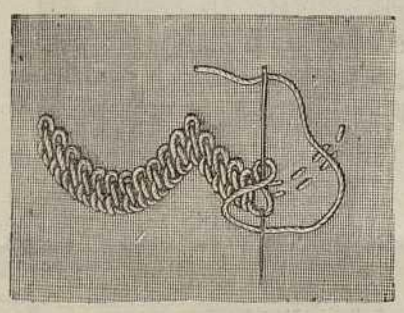
EJECUCION DE LA ARGOLLA DEL BOTON.

tos en el aire,—una hojita, es decir, 5 puntos en el aire, y en el 2.º una brida,—una doble brida en el 1.º de los 5 puntos en el aire (estas bridas se llevan todas como se ha indicado para la 1.ª vuelta del entredos n.º 1); —un punto sencillo en el 6.º siguiente de la cadeneta, — una hojita, — 2 puntos en el aire,—una doble brida en el 6.º punto siguiente de la cadeneta, — una hojita, — 2 puntos en el aire, — una doble brida en el último punto de la cadeneta.

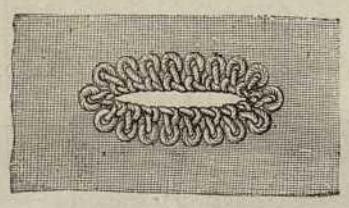
2.ª *vuelta*.—Sobre cada vacío formado por los puntos en el aire de la vuelta anterior, se hacen 3 puntos sencillos,— despues de estos, se hace una hojita.

3.ª *vuelta*. —7 puntos en el aire,—una doble brida en el tercer punto sencillo siguiente —2 puntos en el aire, — una hojita en el punto en el aire del medio de la hojita trasversal, —una hojita, — 2 puntos en el aire,—una doble brida sobre el tercer punto en el aire siguiente, —2 puntos en el aire,—una doble brida sobre el último punto sencillo. Se repiten siempre las vueltas 2.ª y 3.ª

Boton forrado.



DOBLE FESTON.

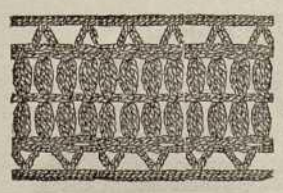


OJAL CON DOBLE FESTON.

Para ejecutarse este boton, que se forrará con seda de uno ó de dos colores, se tomará una argolla de cobre, que se forrará á punto de feston; por la parte interior de esta argolla se estenderán 6 hilos formando rayos, fijados en el centro por algunos puntos; se principia en seguida por el centro haciendo un zurcido y se continúa hasta que el boton quede cubierto.

Doble feston.

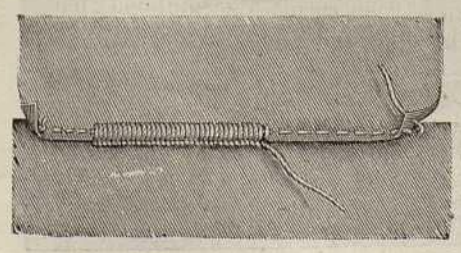
Esta especie de feston servirá, entre otras cosas, para circuir un ojal cuyo dibujo publicamos tombien. Se pica la aguja como si se fuera á hacer un feston comun; pero se toma la hebra como buclecillo sobre la aguja, segun indica nuestro dibujo, y luego se termina el punto.



N.º 1.—ENTREDOS AL CROCHET.

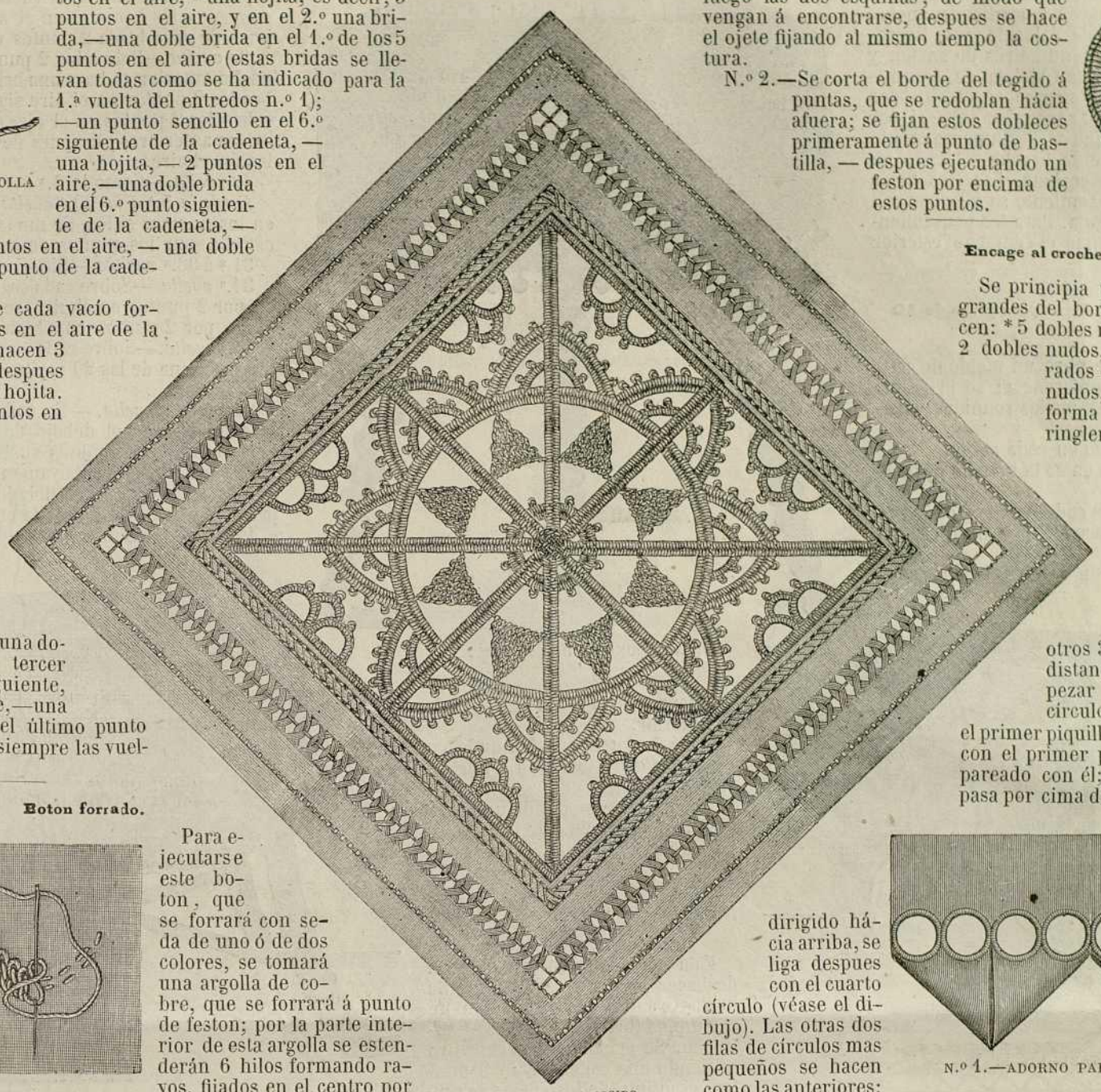
Dos adornos para ropa blanca.

N.º 1.—Se ejecutan, en el borde del tegido que se quiere adornar, hendiduras ó cortes de 2 centímetros y medio de alto, separados entre sí por un



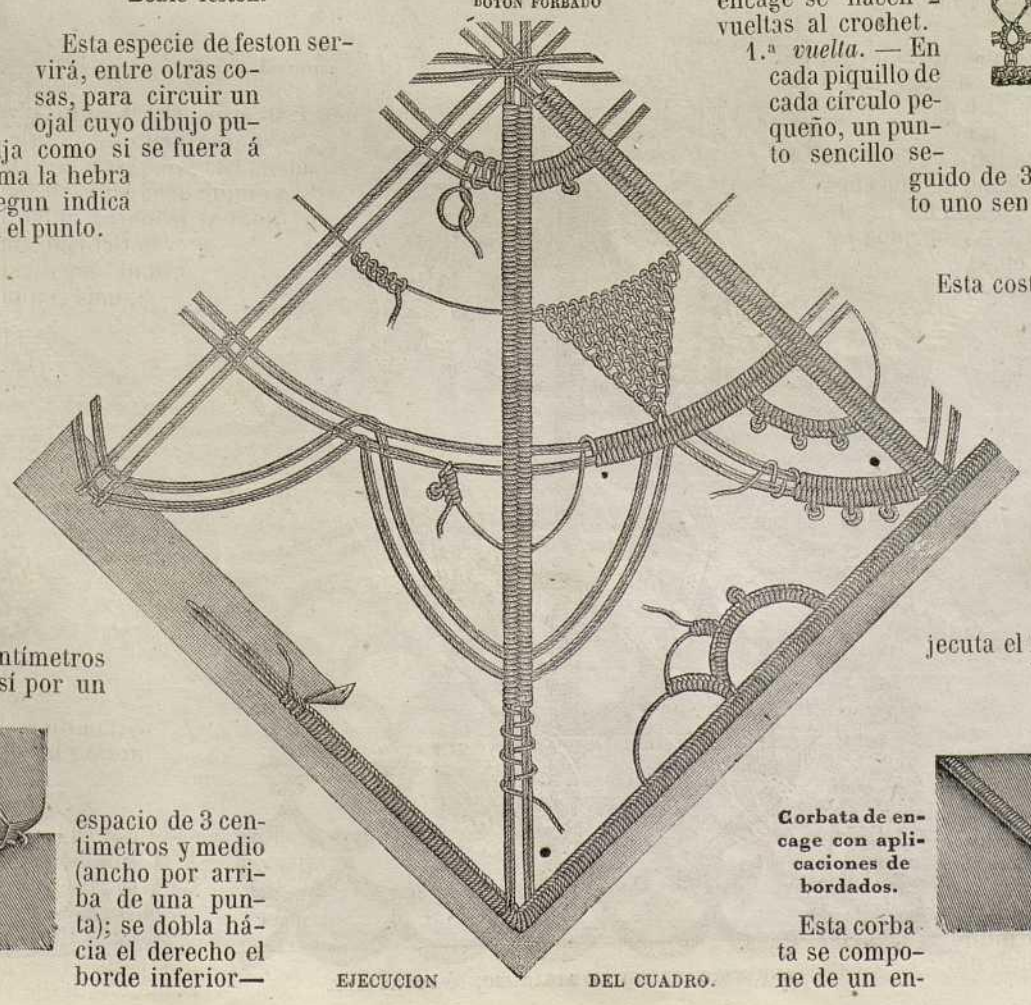
COSTURA FESTOEEADA.

espacio de 3 centímetros y medio (ancho por arriba de una punta); se dobla hácia el derecho el borde inferior—



CUADRO DE GUIPUR COSIDO,

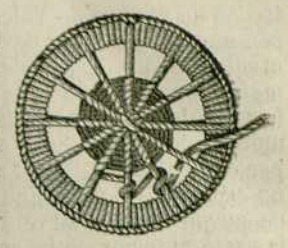
BOTON FORBADO



EJECUCION DEL CUADRO.

luego las dos esquinas, de modo que vengan á encontrarse, despues se hace el ojete fijando al mismo tiempo la costura.

N.º 2.—Se corta el borde del tegido á puntas, que se redoblan hácia afuera; se fijan estos dobleces primeramente á punto de bastilla, — despues ejecutando un feston por encima de estos puntos.

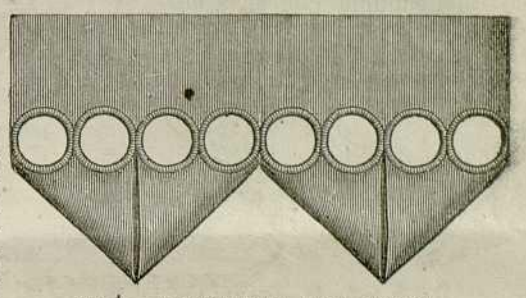


RUEDA DEL CENTRO DEL BOTON.

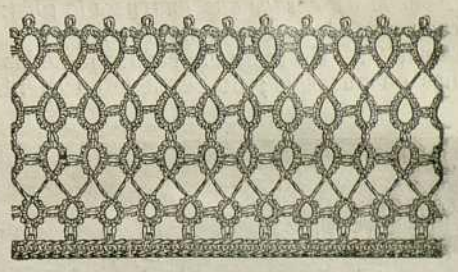
Encage al crochet y frivolité.

Se principia por los círculos mas grandes del borde inferior y se hacen: *5 dobles nudos,—1 piquillo,— 2 dobles nudos, — 4 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—5 dobles nudos; se forma un círculo con esta ringlera, luego se ejecuta, á 3/4 de centímetro de distancia, un segundo círculo compuesto de este modo: 4 veces seguidas 5 dobles nudos separados entre sí por un piquillo. Se dejan otros 3/4 de centímetro de distancia y se vuelve á empezar desde *; pero en el círculo siguiente se suprime el primer piquillo, para ligar el círculo con el primer piquillo del círculo apareado con él: por consiguiente se pasa por cima del 2.º círculo, el cual, dirigido hácia arriba, se liga despues con el cuarto círculo (véase el dibujo). Las otras dos filas de círculos mas pequeños se hacen como las anteriores; pero con menor número de nudos, y los círculos de la 3.ª fila se ligan con los de la 2.ª sobre el borde superior del encage se hacen 2 vueltas al crochet.

1.ª *vuelta*. — En cada piquillo de cada círculo pequeño, un punto sencillo seguido de 3 en el aire.—2.ª *vuelta*.—En cada punto uno sencillo.



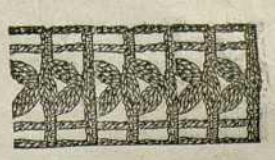
N.º 1.—ADORNO PARA ROPA BLANCA.



ENCAGE DE FRIVOLITÉ.

Costura festoneada.

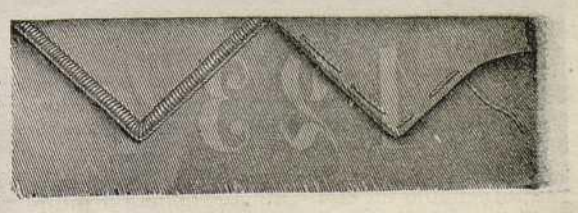
Esta costura, nuevamente usada para la ropa blanca, ofrece á un tiempo la ventaja de la solidez y la de la limpieza: se reunen los pedazos á punto de bastilla, por encima de la cual se ejecuta el feston cogiendo los dos pedazos juntos.



N.º 2.—ENCAGE AL CROCHET.

Corbata de encage con aplicaciones de bordados.

Esta corbata se compone de un en-



ADORNO PARA ROPA BLANCA.

tredos de encage de Valenciennes, que tenga 54 centímetros de largo por 1 y medio de ancho, orlado por un encage de Valenciennes, ligeramente fruncido, de 2 centímetros de ancho, y forrado de cinta de tafetan violeta de 4 centímetros de ancho. Se ponen sobre el entredos pensamientos bordados, separados entre sí por un espacio de 3 centímetros. — Un pensamiento de mayor tamaño sirve de broche colocado en la parte anterior de la corbata. Las tres hojas inferiores de cada pensamiento se adornan con puntos hechos á la aguja. Para los pensamientos pequeños, se suprime el contorno esterior de nuestro dibujo.

Cófia de dormir hecha de red para jóven de 10 á 14 años.

Se ejecuta esta labor sobre un molde de centímetro y 1/4 de circunferencia; se principia por el centro, armando 8 mallas reunidas en redondo.

1.ª *vuelta*.—Una *malla* en cada *malla*.

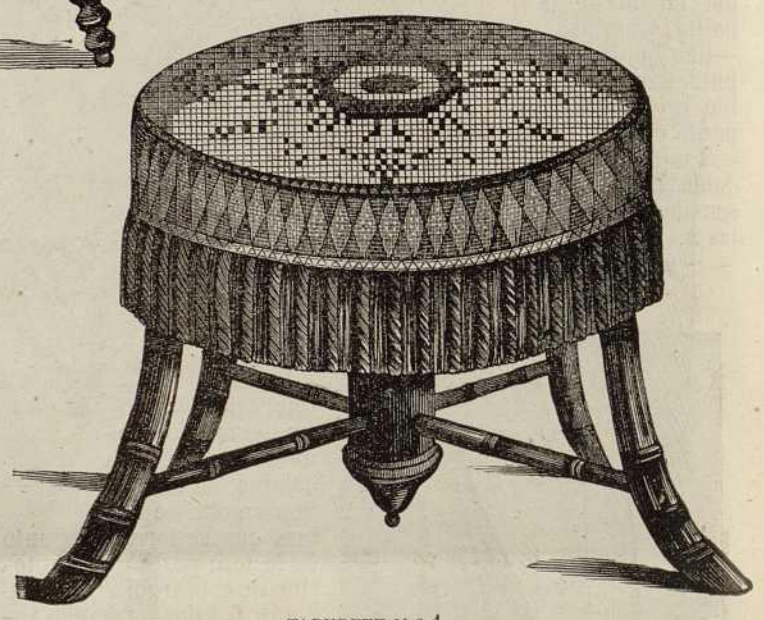
2.ª *vuelta*.—2 *mallas* en cada una de la vuelta anterior.

3.ª á 26.ª *vuelta*.—En cada *malla añadida* de la vuelta anterior se hacen 2, —y luego una en cada una de las otras.

27.ª á 28.ª *vuelta*.—Sin crecido, es decir, una *malla* en cada *malla*.

MESA REDONDA Y DOS TABURETES.

TABURETE N.º 2.



TABURETE N.º 1.

1.ª *vuelta del encage que guarnece la cófia*: 4 *mallas* en cada una de la vuelta anterior.

2.ª *vuelta*.—Un nudo en cada una de las 4 *mallas* hechas en una sola; no se tiene en cuenta el hilo que separa las 4 *mallas* en la vuelta anterior.

3.ª á 5.ª *vueltas*. — Un nudo en cada *malla* de la vuelta anterior, siempre sin tener en cuenta el hilo que sirve de medio de union.

Por la *vuelta* 28.ª de la cófia, se pasa un cordon ó una cinta de seda.

Cófia de dormir, hecha al crochet, para jóven de 12 á 14 años.

Esta cófia se labra con algodon de hacer punto, y se compone de bridas caladas; va orlada con un ala tupida (brida) y un encage estrecho. Se principia por el centro haciendo una cadeneta de 8 puntos, el último de los cuales se reune con el primero. Sobre este círculo se hacen diez bridas seguidas cada una de 2 puntos en el aire; la primera de estas está formada por 3 puntos en el aire.

2.ª *vuelta*.—Alternativamente una brida sobre los 2 puntos en el aire de la vuelta anterior, y 2 bridas sobre los 2 puntos en el aire siguientes; despues de cada brida 2 puntos en el aire.

3.ª *vuelta*.—Sobre los 2 puntos en el aire de la vuelta anterior se hace una brida,—otro tanto sobre los 2 puntos en el aire siguientes,— 2 bridas sobre los 2 puntos en el aire que vienen despues de los anteriores; despues de cada brida 2 puntos en el aire.

4.ª *vuelta*.—Como la 2.ª

Desde la 5.ª *á la* 30.ª *vuelta*, se crece siempre en los mismos sitios, de modo que se forme una estrella con los puntos aumentados.

31.ª á 33.ª *vueltas*.—Sin crecido.

34.ª *vuelta*.—Sobre cada segunda rayita formada por 2 puntos en el aire, se hace una brida seguida por 2 puntos en el aire.

35.ª *vuelta*.—Sobre cada rayita 3 bridas,—sobre cada una de las 20 rayitas últimas de la vuelta 2 bridas.

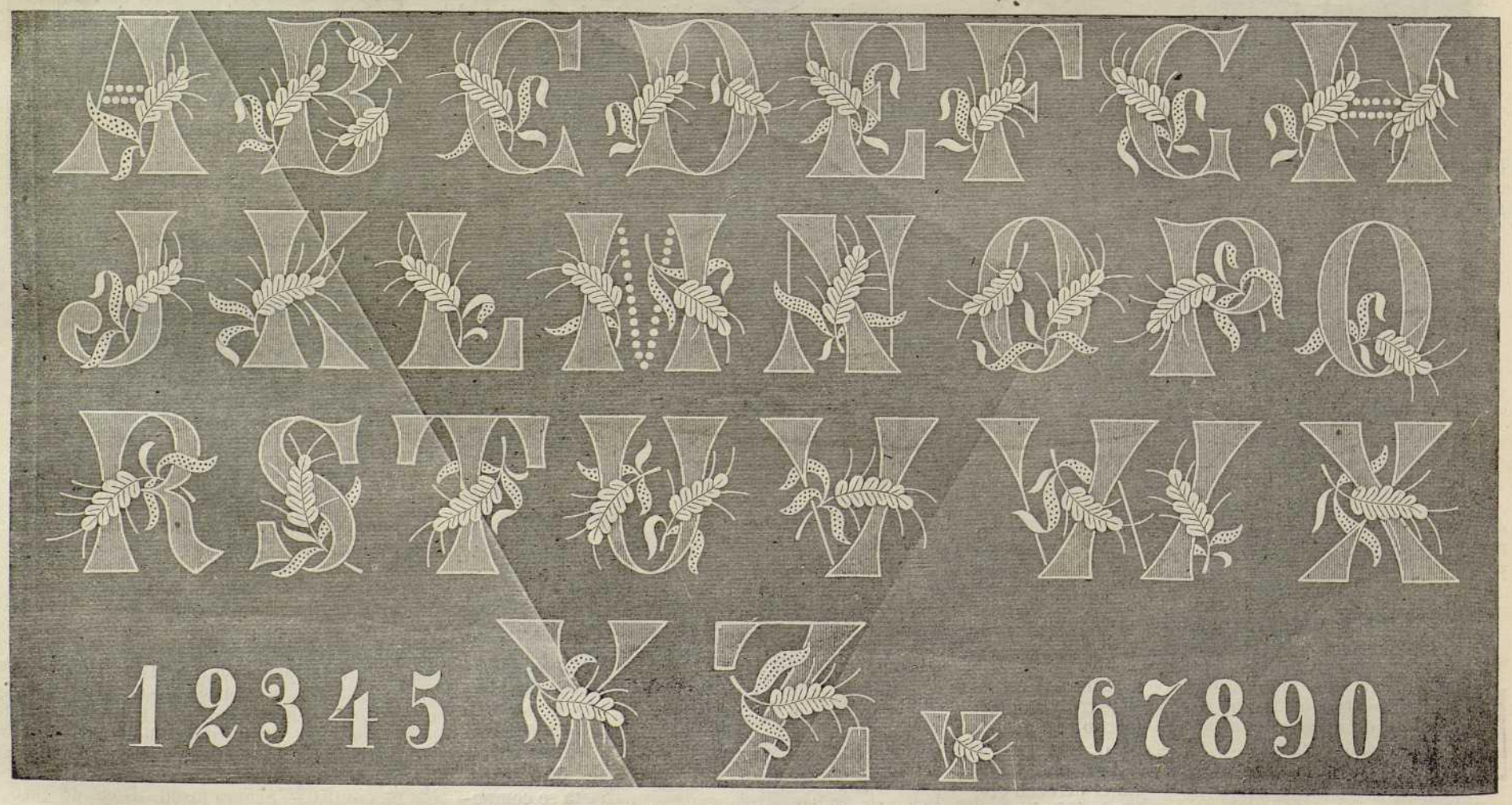
36.ª á 38.ª *vuelta*. — En cada brida una brida, picando el crochet debajo de los dos lados superiores de la brida de la vuelta anterior.

39.ª *vuelta*.—Alternativamente una brida y dos puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior.

á 40.ª *vuelta*.—Sobre cada rayita formada por 2 puntos en el aire en la vuelta anterior, se hacen 3 dridas.

41.ª *vuelta*.—Como la 39.ª

42.ª *vuelta*. —Sobre cada rayita un punto sencillo,



ALFABETO HECHO DE APLICACION Ó DE REALCE.

3 bridas,—un punto sencillo.

La cófia está terminada. Se pasa por la vuelta 39.ª un cordon ó una cinta.

Entredos hecho de red y crochet con puntos de encage.

Se ejecuta primeramente la red que sirve de fondo, y que se compone de 4 vueltas hechas á lo largo sobre un molde de un centímetro y 3/4 de circunferencia. Sobre las *mallas* de la red, se hacen puntos sencillos al crochet (véase el dibujo) que las aproximan; el hilo que sirve para la labor al crochet se tiene por debajo de la red. Sobre cada borde del fondo se hace un punto sencillo seguido de uno en el aire; el punto sencillo está colocado en cada *malla* de la primera y de la última vuelta de la red. En fin, se bordan al zurcido las *mallas* del medio del entredos, consultando el dibujo.

sobre nansouk ó muselina. Un simple ojete festoneado serviria para ligar entre sí los dos festones, que repetirian la gradacion de tintas indicada mas arriba, pero en sentido inverso, es decir, que el feston de lana negra se encontraria el último del borde superior, como es el primero del borde inferior.

Entredos para ropa blanca.

Se ejecuta sobre nansouk ó muselina. Por debajo de las barretas festoneadas, para las cuales no se ha picado la aguja en la tela, se recorta y se quita esta; se pone una cinta de color vivo debajo del entredos.

Alfabeto.

Estas letras se hacen aplicadas, ó si se quiere, de realce; en este último caso, una vena perpendicular deberá dividir en dos mitades iguales cada parte de cada letra.

excediendo de él para caer formando dos cabos desiguales. Velo de tul de ilusion, rodeado por un rizado igual. Los puños de las mangas van orlados con un rizado de tul, doble, puesto pié con pié, cordon de azahar entre los dos rizados.

SEÑORITA, HERMANA DE LA NOVIA. Trage de tafetan, color entre Bismark *pálido* y castaño muy claro. Paletot de cachemira blanca, bordado de cuentas de cristal. — Sombrero de tul blanco, con capullos de rosas.

MADRE DE LA NOVIA.—Trage de moaré *antique* malva, con listas satinadas blancas. Paletot de terciopelo negro. Para la comida el mismo trage, con corpiño de escote cuadrado (género Rafael) y mangas anchas y abiertas; por dentro camiseta de tul blanco, bullonada, con mangas cerradas, largas, enteramente bullonadas; sobre cada puño un ancho brazalete.

TRAGE DE CALLE.—Señorita de 16 á 18 años. Zagalejo de cachemira marron, bordado con trenzas

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan gris, adornado con entredos de encage negro, ligeramente recogido sobre un zagalejo figurado igual al trage y guarnecido como él. Un entredos simula un coselete sobre el corpiño montante.

Zagalejo de cachemira castaño oscuro, festoneado con lana negra; trage de tafetan castaño mas claro festoneado con seda negra; paletot igual al trage.

Trage de cachemira gris, de dos enaguas adornadas con un bordado ejecutado con galoncillo negro y trencilla negra.

Guarnicion para corpiños blancos, enaguas interiores, etc.

Se ejecuta esta guarnicion á punto de feston sobre nansouk ó muselina, segun el uso á que está destinada, luego se recorta la tela, y se pasa una cinta de terciopelo ó de seda por el medio de la guarnicion. Se puede tambien aplicarla á otro uso. Ejecutando los festones con lana muy fina, sobre un pedazo de muselina gruesa negra, que se recortará, podrá emplearse esta guarnicion para adornar zagalejos, chaquetas de interior de casa, vestidos de niños. Aconsejaríamos que las diversas filas de festones fuesen de varios colores; la primera seria de lana negra, la segunda de lana encarnada oscura la tercera de otra mas clara, la cinta de otra todavía mas clara. En este caso, se suprimirian las floreciillas que, bordadas al pasado, no pueden hacerse sino

REVISTA DE MODAS.

Creo que lo mejor que tengo que hacer es enumerar algunos vestidos que se preparan.

TRAGE DE BODA.—Es de raso blanco con tiras de terciopelo blanco *rizado*; la forma de él es la llamada *princesa*, y tambien *funda*, es decir plano, con el corpiño adherido á la enagua; las tiras de terciopelo tienen tres centímetros de ancho en la costura del hombro, se estrechan en el talle, se ensanchan desde aquí y llegan á tener 7 centímetros de ancho en el borde inferior del trage. Por la parte de afuera de estas tiras, desde el hombro hasta los piés, se encuentran presillitas fijada cada una por un boton de perlas, que disminuyen y aumentan de ancho y largo siguiendo las variaciones de la tira á que van unidas. Collar de azahar, prolongándose hasta el talle,

de lana negra. Trage semi-largo, de popelina marron (mas corto que el zagalejo), con borde recto por delante y por detrás, y en cada lado tres grandes puntas redondas, orladas, como las demás del trage, por dos cintas de terciopelo de desigual ancho (la mas ancha es la primera contando desde el borde del trage); cada punta ó diente tiene un ojal ancho figurado por un vivo de terciopelo, y en el centro del ojal un boton cuadrado de terciopelo negro, con la punta hácia afuera. Paletot de paño color castaño, con bordes iguales á los del trage.

TRAGE DE CALLE.—Señora jóven. Trage de tafetan gris pizarra; el borde va guarnecido con *dientes*, viveados de raso, puestos en dos filas, pié con pié; los mismos adornos en el corpiño montante con cinturon, de modo que figure un fichú cruzado, y tambien en los puños de las mangas.

TRAGE DE COMIDA.—Señora jóven. Trage de raso

color de capuchina, corpiño de escote cuadrado (llamado Rafael), con mangas abiertas y flotantes, pero no largas; por dentro corpiño bullonado con mangas largas, todo ello de tul blanco. Un volante de encage negro, cubierto con una escarapela de cinta de raso color de capuchina, va pegado al cinturon debajo del brazo izquierdo; se redondea sobre los paños de detrás, viene á fijarse debajo del brazo derecho, vuelve á descender para sujetarse de nuevo á la izquierda mas adelante que anteriormente, y así continúa describiendo grandes líneas desiguales, que guarnecen el trage por detrás, algo por los lados y nada por delante. Esta disposicion de los encages se designa por la espresion; manto de corte. Encages negros en las mangas y en el escote del trage.

TRAGE DE CALLE.—De cretona de lana azul; el trage es semi-corto, el zagalejo igual. Por toda guarnicion trenzas de lana negra, pespunteadas con seda amarilla, colocadas encima del dobladillo del zagalejo en tres filas, y encima del dobladillo del trage en cinco filas. Paletot de paño azul con botones dorados.

TRAGE DE COMIDA PARA SEÑORA DE EDAD. — Trage de cola, con corpiño montante, de reps de seda granate. Por toda guarnicion una trenza de cinta de raso, del mismo color que el trage; esta trenza guarnece el borde inferior por delante, se detiene á alguna distancia de la costura del costado, sube estrechándose hasta el talle, y desciende para terminar en un lazo de cabos cortos; el largo de la trenza desde el talle es de 30 centímetros. La misma trenza guarnece el borde inferior, sube del mismo modo á cierta distancia de la costura del costado, y cae como la primera, pero 10 centímetros mas baja. Estos cabos de las trenzas se fijan sobre el trage inclinándolos un poco hácia los lados. Cófia de tul blanco, guarnecida con escabiosas granate.

EMMELINA RAYMOND.

CARIDAD.

(CONTINUACION.)

VII.

Cuando Aurora dejó de hablar, hubo un momento de silencio.

Alfredo le interrumpió al fin, preguntando á la jóven:

—¿Y de ese infame no saben Vds. nada?

—Oh! sí. Dios le ha castigado, aunque nosotros y mas principalmente mi padre, hubiésemos deseado que le perdonase como le perdonamos nosotros. Complicado en un robo y algunos asesinatos, murió no hace mucho en un cadalso, confesando sus crímenes y la inocencia de mi padre. Esta declaracion ha hecho gran fuerza para la reparacion que mi padre solicita y en ella fundamos hoy todas nuestras esperanzas.

—Pues si es así, permítanme Vds. que hoy que nada tienen les ofrezca una amistad que aunque poco vale, nace en lo mas hondo de mi pecho, y una corta cantidad, única de que hoy puedo disponer y que cuando vuelvan á ocupar en el mundo la posicion que antes tenian, me pueden devolver si quieren.

Y al decir estas palabras sacó una onza del bolsillo.

—Deje V., amigo mio, contestó doña Marta, ese dinero quizás le haga á V. falta y nosotras no le necesitamos hoy. Una señora caritativa, un ángel mas bien, nos ha socorrido lo bastante para poder pasar algunos dias hasta con lujo.

—Bien, eso no importa nada para que Vds. admitan mi préstamo. A su esposo de V. le puede hacer falta en Madrid.

—Tiene V. razon, caballero, con esa condicion lo tomo. ¡Quiera Dios que pueda devolvérselo á V. pronto!

—Ojalá! que sería muy buena señal.

Algunos momentos mas tarde, Alfredo salia de aquella modesta habitacion y se dirigia á su casa, pensando en su interior:

—Aurora es una jóven linda, amable, virtuosa, que reune todas las condiciones apetecibles para hacer feliz á un hombre y, francamente, creo que sus bellas cualidades me han impresionado mas de lo regular. El corazon me latia de una manera tan extraña cuando me encontraba á su lado! ¿Estaré enamorado acaso? Bah! ella antes de mucho volverá á ser rica y en seguida olvidará al pobre escribiente que se ha atrevido á pensar en su amor. Y sin embargo, me miraba de un modo que no sé cómo explicarme... ¡Eh! qué loco soy! Pues no estoy creyendo que me ama?

Al concluir su monólogo, Alfredo entraba en su casa y era recibido por sus dos hermanas que le abrazaron lanzando alegres gritos y ruidosas carcajadas.

—Gracias á Dios, hijo mio, dijo la señora María saliendo tambien á su encuentro, creíamos que esta noche os quedábais á dormir en el escritorio.

—No es por el trabajo por lo que me he entretenido, madre mia, ha sido otra la causa.

Y Alfredo contó á su madre cuanto le habia ocurrido aquella noche y la historia de la familia de doña Marta.

—Muy bien, hijo mio, esa accion te honra sobremanera.

—La he dado una onza, porque creo que esos son los ahorros que teníamos en casa, y como precisamente llevaba encima el importe de una letra que he cobrado esta tarde...

—Eso le has dado, hijo de mi alma?

—Sí, madre mia, todo cuanto guardábamos ahorrado.

—Y si te encontraras con que ese dinero no existia ya, porque tu madre lo ha gastado, ¿cómo entregarias mañana la letra al señor de Oquendo?

—Eso no puede ser, madre mia, ese dinero no le puedes tú haber gastado.

—Pues es muy cierto, esta tarde he hecho con él una limosna.

—Tú, madre mia, tú?

—Sí, yo, hijo mio, que al salir de la ermita del Socorro he encontrado una jóven bellísima que con un aire de modestia y humildad que encantaba, se me acercó á pedirme una limosna.

—Y le has dado diez y seis duros?

—Qué falta nos hacian á nosotros?

—Ah! estamos perdidos! Mañana cuando don Antenor me reclame el importe de la letra, no podré dárselo y faltarán diez y seis duros... sí, diez y seis duros.

El rostro de Alfredo siempre tranquilo y risueño, habia tomado de pronto un color cárdeno y oscuro; las venas se hinchaban sin cesar y su respiracion comenzaba á ser bastante difícil y ruidosa.

—Cuando vea que no tengo el dinero, continuó diciendo, me lo pedirá de nuevo y yo... yo buscaré diez y seis duros... trescientos veinte reales... y en casa no hay, no, porque los pobres son primeros... y luego, luego lo sabrán todos en la oficina y en la casa y en el pueblo y al pasar por la calle me señalarán con el dedo y me llamarán ladron... ladron! Oh! Ladron yo!...

Y prorumpió en una horrible carcajada que dejó aterradas á su madre y á sus dos hermanitas.

—Dios mio! Dios mio! conservadle la razon, murmuró la señora María lanzándose á socorrer á su hijo.

Poco despues un médico á quien se llamó inmediatamente, reconoció al enfermo, asegurando que aquello era solo una enagenacion mental, producida por la idea de oirse llamar ladron, y que tratándole con ciertas consideraciones y atendiendo mas á la parte moral que á la física, sería muy fácil volverle á la razon en una ó dos semanas.

VIII.

Algunos dias despues de estas escenas, hallábanse reunidas en su modesta habitacion doña Marta, Aurora y Julio, oyendo estos con profunda atencion y marcadas muestras de alegría una carta que la primera leia con voz conmovida y temblorosa.

"Sí esposa mia, decia la carta, á Dios gracias he podido conseguir del gobierno de S. M., lo que tanto tiempo hace que iba buscando. Mis bienes me son devueltos por Real Orden expedida hoy y en prueba de ello, adjuntos son algunos miles de reales para que salgais de la miserable posicion en que tanto habeis sufrido.

"Al par que mis bienes, se me devuelve mi honra, porque con esta fecha doy órdenes á Bilbao para que se pague á todo el que tenia fondos en nuestra casa. Apesar de esto he pensado establecerme en esa, y retirarme completamente del comercio, que ya estoy en edad de abandonar esa vida agitada de los negocios.

"Dentro de algunos dias tendré el placer de abrazaros, puesto que en cuanto liquide, me pongo en camino para esa. Mil besos á los chicos, y tú ya sabes lo mucho que te quiere tu esposo

DIEGO."

—Gracias, Dios mio, gracias! murmuró doña Marta al concluir la lectura; hoy es para mí el dia mas feliz de mi vida, que al fin el mundo no señalará con el dedo á mi esposo ni manchará con sus acriminaciones el limpio honor de sus hijos.

Y volviéndose á estos:

—Vamos á rezar, continuó diciendo, que es preciso agradecer á Dios el inmenso beneficio que nos ha dispensado.

Los tres, madre é hijos, se arrodillaron ante una tosca lámina de la Vírgen del Cármen, que adornaba una de las paredes y elevaron al cielo fervorosa súplica.

Cuando terminaron, la madre recogió los billetes que contenia la carta y poniendo uno sobre la mesa, guardó los demás en el cajon de la misma, cuya llave metió en su bolsillo.

—Ahora, hijos mios, dijo despues de terminada aquella operacion, ahora es preciso que váyamos á devolver á Alfredo lo que nos prestó hace algunos dias, y luego buscaremos una casa bonita donde podamos recibir á vuestro padre con toda decencia, para que no vea ni los rastros de la espantosa miseria que hemos pasado.

—Vamos, vamos, mamá, gritó Julio dando saltos de alegría, vamos pronto que quiero jugar con las hermanitas de Alfredo.

—Con las hermanas? ¿Quién te ha dicho que nuestro buen amigo tiene hermanas?

—Me lo dijo él el otro dia; una se llama Consuelo y la otra Elisa.

—Pues bien, vamos á verlas.

Y doña Marta y sus hijos, arreglando lo mejor que pudieron sus pobres trages, se dirigieron á casa de Alfredo cuya desgracia ignoraban aun.

La señora María que salió á recibirlos, lanzó un grito de admiracion, al verlos allí, pero haciéndoles entrar en seguida les ofreció sillas, y comenzó á enterarse de su salud.

Doña Marta que no olvidaba nunca á los que la habian ayudado en sus necesidades, la preguntó con interés:

—¿V. es, si mal no recuerdo, la señora que socorrió á mi pobre hija al salir de la ermita del Socorro?

—Sí, señora, yo tuve esa dicha.

—Y su hijo de V. es quizás Alfredo?

—El mismo, señora, el mismo.

—Oh! gracias, Dios mio!

Y doña Marta estrechó entre sus brazos á la señora María que sintió correr las lágrimas por sus megillas.

(Se continuará.) M. SECO Y SHELLY.

RECUERDOS DE CORDOBA.

En el corazon de Andalucía, al pié de Sierra Morena y á las orillas del caudaloso Guadalquivir se asienta una ciudad famosa, rica en bellezas y recuerdos, la *Colonia Patricia* de los Romanos, la córte del califato occidental, la poblacion mas floreciente de toda Europa en el apogeo de la dominacion sarracena. La hermosura de su cielo y de su suelo ha inspirado siempre grandes ingenios, siendo la patria de Séneca, Lucano, Osio, San Eulogio, Alvaro, Recemundo, Averroes, Maimónides, Juan de Mena, Ambrosio de Morales, Pablo de Céspedes, don Luís de Góngora, y otros mil santos, héroes, sabios, poetas y artistas. Esta ciudad es Córdoba.

Hubo para ella una época de grande esplendor y prosperidad. Bajo la poderosa dinastía de los Umeyas, y reinando en ella Abderrahman el Grande, la antigua princesa de la Bética romana, convertida entonces en la sultana sin rival del Occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento setenta mil casas y numerosos alcázares, las cúpulas y alminares con bolas de oro de sus tres mil ochocientas mezquitas y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito. Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veintiocho arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos axarafes (1). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas considerables de la España sarracena y cristiana salian los numerosos y ordenados escuadrones de á pié y de á caballo, árabes y bereberes, que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar, enarbolados los pendones del Profeta, con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas guarnecidos noche y dia por innumerables velas y guardas, veíanse con frecuente y sangriento espectáculo coronados con millares de cabezas de cristianos segados, como abundante cosecha, por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de batalla y en la conquista de los castillos. A ella acudian las demás ciudades y provincias de la España árabe, depositando anualmente á sus réjias plantas, como pecho y tributo, la enorme suma de mas de seis millones de doblas de oro, sin contar las ricas párias que pagaban al califa otros señoríos y estados feudatarios de aquende y allende el mar. A su *aljama* ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la Caba de la Meca, llegaban peregrinos sin cuento de Oriente y Occidente; y sus madrizas ó academias eran frecuentadas por los talbes y ulemas de todo el mundo sarraceno, que acudian á buscar allí la luz del saber, apagada al parecer en el resto del orbe. Y no es extraño por cierto el que todo muslim ansiase ver la ciudad que segun cierto poeta árabe andaluz, encerraba cuatro maravillas: su soberbio puente sobre el Guadalquivir, su aljama, su universidad y sus prodigiosos alcázares de Medina Azzahrá.

Así discurria yo, dirigiéndome á Córdoba, movido de su fama, cuando de improviso la realidad vino á sacarme de mis imaginaciones. Penetré en la ciudad, la recorrí en todas direcciones, visité su interior y sus afueras y el desencanto se apoderó de mí. Su situacion, en verdad, me pareció magnífica. Una pintoresca sierra la corona, sírvela de alfombra una amena é inmensa campiña, surcada por un gran rio. Pero, ¿dónde está la ciudad de los poetas é historiadores árabes? ¿dónde sus soberbios alcàzares, sus innumerables mezquitas, sus veintiocho arrabales, su medio millon de habitantes, en una palabra, toda su antigua grandeza?

Increible y fabuloso parece á primera vista todo lo que nos cuentan de esta ciudad los autores arábigos: ni aun espacio y asiento se encuentra para tantos edificios, para tan grande poblacion. Pasó el arado sobre los escombros de los antiguos monumentos, y son huertas y tierras de labor los que antes fueron suntuosos palacios y mágicos jardines. Todo pasó allí. Mas no: hay cosas que pasan deslumbrando los ojos humanos, y sin embargo pasan para no volver jamás. Así pasaron las maravillas del arte y ciencia musulmanes como el pueblo y la civilizacion que las pro-

(1) Cortijos, haciendas de campo.

dujo. Otras hay menos deleznables, que solo se ven con los ojos del alma, y que el islamismo no pudo producirlas: estas subsisten y subsistirán para siempre.

La Córdoba de los árabes encerraba en su recinto dos pueblos y civilizaciones muy distintos y contrarios entre sí: el muslímico y el cristiano. El pueblo musulman, poderoso, magnífico y sensual, dado á los goces de los sentidos, al lujo y al perfeccionamiento material, creó moradas de placer, alcázares y vergeles y otras delicias, creó mezquitas para un culto puramente externo, abrió áulas para millares de estudiantes que cursaban allí la teología y el derecho musulman, las tradiciones mahometanas, la gramática, la historia y la medicina; produjo en fin una ciencia sin originalidad, progreso ni porvenir, una civilizacion refinada y corruptora, digna rival de la que realizaron en los últimos tiempos del paganismo Roma y Grecia. Pero ni supo formar la familia ni supo desterrar la esclavitud y la tiranía, ni acertó á cultivar y mejorar la parte moral del hombre, ni pudo, en fin, crear nada sólido, fecundo y durable, nada acomodado á nuestros futuros é inmortales destinos.

Por el contrario el pueblo cristiano, conocido con el nombre de *mozárabe*, vivia pobre, perseguido y humillado. El despotismo musulman le habia ido despojando poco á poco de sus primitivos fueros, derechos y propiedades, le habia convertido en objeto y espectáculo de suplicio y de afrenta para el populacho infiel. Pero desheredados en la tierra, los mozárabes se volvian hácia el cielo. A costa de su sudor y sangre mantenian el culto católico en numerosos templos y santuarios, profesaban la vida ascética y penitente en muchos monasterios, conservaban florecientes los buenos estudios eclesiásticos y seculares en las aulas de sus conventos, no menos célebres y concurridas que las madrizas árabes; daban á sus contrarios el ejemplo de todas las virtudes; y finalmente cuando la opresion sarracénica atacaba á su fe, y los obligaba á elegir entre la muerte y la apostasía, ellos acudian á la palestra del martirio, prodigando heróicamente su generosa sangre para honor de Jesucristo y bien de sus hermanos.

Por eso la civilizacion musulmana, obra de los hombres y destinada á un fin puramente terrenal; pasó brillante para no volver, dejando en pos de sí algunos restos para trofeo de sus vencedores; y por eso la civilizacion cristiana, obra de Dios, ahogada y muerta al parecer en aquellos tiempos calamitosos, renació con mayor fuerza y hoy vive y vivirá eternamente.

No lamentemos, pues, la actual decadencia de Córdoba, ni recordemos con elogio la prosperidad y el poderío del califato de Occidente, ni ensalcemos la cultura, sabiduría é ilustracion de nuestros árabes, motejando de barbarie y fanatismo á españoles cristianos. Así lo ha querido algun tiempo la moda; pero el estudio razonado de esta parte de nuestra historia, no nos permite sostener por mas tiempo un juicio tan injusto.

Esos españoles cristianos de la edad media tan ultrajados por los escritores racionalistas fueron los maestros y civilizadores del pueblo árabe en todo aquello que no se relaciona con las creencias mahometanas. De aquellos cristianos tenidos por rudos é ignorantes, aprendieron los árabes y bereberes, verdaderamente bárbaros, que invadieron nuestro suelo, la agricultura, la arquitectura, la historia, la filosofía, y en una palabra, casi todas las ciencias y artes útiles. Al injerto de la raza y de la ciencia cristiana debe la literatura de los árabes españoles toda su riqueza, toda su excelencia. A la raza indígena, aunque ya islamizados, pertenecen los grandes historiadores de la escuela cordobesa, y casi todos los mas insignes ingenios que ha producido la España Arabe. Pero apesar de tan buenos maestros, el islamismo opuso una barrera impenetrable al progreso de la cultura arábiga, y falta de buenos fundamentos religiosos, la sociedad musulmana, civilizada exteriormente, volvió presto á su primitiva barbarie.

¿Qué subsiste ya de la decantada civilizacion arábigo-cordobesa? Entremos en la antigua aljama. Admira desde luego lo inmenso de su recinto, el primor de su arquitectura oriental, la espesa selva de columnas de mármol y de jaspe ordenadas en diez y nueve naves, la suntuosidad de algunas capillas árabes, como las del *Mihrab* y *Villaviciosa*, de peregrina ornamentacion. ¡Cuán varios han sido los destinos de este lugar! Antes de la invasion sarracena hubo aquí una catedral dedicada al ilustre Mártir San Vicente; tomáronla para sí los moros, engrandeciéronla repetidas veces, apoyando su techo en 1.093 columnas, ornamentándola riquísimamente, y alumbrándola durante las *salâes* nocturnas con 4.700 lámparas que producirian la mas vistosa iluminacion, reflejándose en los ricos mármoles y esmaltes y en sus puertas de bronce y de oro. En su recinto penetraron esforzadamente durante el siglo IX los santos monges Rogelio y Servio Deo, pregonando las maldades de Mahoma y amonestando á los muslimes para que abandonasen su ley de perdicion: arrojo heróico que les valió la palma del martirio. A fines del siglo X el terrible Almanzor trajo en hombros de cautivos cristianos y colgó de estas bóvedas á modo de lámparas las campanas de la catedral de Santiago. A mitad del siglo XII el emperador don Alfonso el III, entrando vencedor en Córdoba, se metió con su caballo bajo las bóvedas de esta mezquita, atándole á una de las columnas del recinto reservado de la *macsura* y hollando con sus piés un antiquísimo alcoran que allí se guardaba con veneracion. Restituyóla finalmente al culto católico, purificándola de las abominaciones de Mahoma y dedicándola á la Reina de los Cielos el glorioso rey San Fernando (año 1238). Entonces las campanas traidas por Almanzor fueron restituidas en hombros de cautivos musulmanes á la catedral de Santiago: que tan ciertos é inevitables son, por mucho que se dilaten, los desagravios y reparaciones de la Providencia.

Hoy solo queda de la gran aljama de Occidente un laberinto de arcos y columnas que disgusta por su estrechez y oscuridad, y algunos bellos trozos ornamentales, que apesar de su gentileza, quedan humillados ante la riqueza y majestad de la parte nueva, de la capilla mayor y el coro que son magníficos.

Y, ¿dónde está el grandioso alcázar de los califas? ¿Dónde sus ricos y brillantes salones, sus fuentes, sus jardines, su harem, sus fastuosos cortesanos y lucida guardia de blancos y negros? ¿dónde la pompa y tumulto de sus recepciones y fiestas? Hoy no quedan de él sino restos informes y una huerta que conserva su nombre. En cambio se muestra con veneracion la vasta llanura que se extendia desde el antiguo alcázar hasta el rio, hoy llamada *Campo Santo* en memoria de los numerosos mártires que allí sacrificó la tiranía musulmana. Aquel fué el glorioso palenque donde lucharon heróicamente contra la impiedad mahometana, ciñéndose la corona de la inmortalidad S. Perfecto, S. Aurelio, S. Jorge, S. Jeremías, S. Eulogio, S. Pelayo, Sta. Flora, Sta. María, Sta. Leocricia, Sta. Aurea, Sta. Betulde y otros innumerables campeones cristianos de ámbos sexos. Allí dieron grato espectáculo á los ojos de los feroces sultanes y aliento invencible á la perseguida cristiandad cordobesa. Allí muriendo triunfaron de sus enemigos, y su memoria vive inmortal, no solo en el campo regado por su sangre, sino en toda la Iglesia cristiana.

En las amenas orillas de este rio, en las vistosas laderas de esa sierra buscaba en vano mi vista los restos de aquellos gallardos y célebres alcázares de Medina Azzahrá, Azzahira, el Bostan, la Amería y otros sin fin donde los reyes y magnates de aquel pueblo magnífico y sensual habian procurado erigir moradas eternas para la dicha y el placer. Entonces, insultados por el lujo é insolencia de sus enemigos, los cristianos mozárabes de Córdoba, huian á esconderse en lo mas ágrio é intrincado de aquella siera, en las asperezas de Peñamelaria, Armilat, y Tábanos. Hoy nada queda de los arruinados alcázares arábigos sino es algunos quebrantados restos, que se descubren trabajosamente debajo de la maleza; pero ahora como en aquellos siglos remotos muchos piadosos solitarios viven en las ermitas de esa sierra, sustentándose pobremente con el sudor de sus manos; y apartados del mundo, elevan sus corazones á Dios.

Para el que visite á Córdoba no puede pasar desapercibido el contraste que ofrecen los recuerdos históricos de cristianos y musulmanes, ni ocultársele la vanidad de una civilizacion y un poder, que despues de algunos dias de pasagero esplendor y gloria acabó tan completamente. Los pomposos anales de los Umeyas están completamente olvidados en la Córdoba moderna, y sus monumentos destruidos, mientras que los templos de Cristo derribados por aquellos sultanes, ocupan hoy el asiento de las antiguas mezquitas, y en sus altares reciben la debida veneracion las gloriosas víctimas de las persecuciones sarracenas.

F. J. SIMONET.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

VI.

La batalla de Lovaina y los acontecimientos que la precedieron, convencieron á todo el mundo de que nuestra derrota debia atribuirse únicamente á la mala organizacion del ejército y á la completa falta de disciplina, así en oficiales como en soldados. La administracion, estimulada por un rey experimentado, se ocupó inmediatamente de la reorganizacion del ejército. Decidióse que á los oficiales inéptos se les insinuara diesen su dimision, que se les reemplazara por buenos oficiales retirados, que se mantuviera severamente la disciplina, y que se domaran con intransigente energía las peligrosas ideas de independencia personal que los voluntarios habian hecho cundir en el ejército.

A mi vuelta al regimiento, me hallé designado para desempeñar provisionalmente el empleo de sargento primero, en una compañía distinta de aquella á que habia pertenecido hasta entonces. Hice cuanto pude por merecer el aprecio de mis jefes, y aun trabajé hasta la mitad de las noches á fin de ordenar los papeles atrasados de la compañía. Hablábase con mucho elogio de mi celo y habilidad, y nadie dudaba que fuese ascendido definitivamente al grado de sargento primero. En el mismo concepto escribí á mi padre con jubiloso orgullo, anunciándole mi próxima é infalible promocion, recibiendo con este motivo sus afectuosas felicitaciones.

Algunos dias despues llegó á Termonde el inspector general L' Olivier para reorganizar nuestro regimiento, y en su consecuencia muchos oficiales, incluso el coronel, quedaron á medio sueldo ó fueron despedidos, habiéndoles sustituidos otros jefes que no conocíamos. La estricta observacion de la ordenanza quedó restablecida, y bien pronto estuvo desconocido nuestro regimiento.

Cuando se trató de cubrir las plazas vacantes de sargentos, fuí examinado por el nuevo coronel; pero tenia diez y nueve años y para colmo de desgracia, mis pocas carnes y cierto aire juvenil de mi fisonomía me hacian parecer aun mas jóven.

El coronel quedó muy satisfecho de mi mérito; pero es preciso, dijo, que un sargento primero pueda inspirar respeto, si se tiene en cuenta que es la verdadera clave de la compañía, y está encargado de la ejecucion de todas las órdenes. Por lo tanto, en el momento en que se ocupaban de hacer observar severamente la disciplina en el ejército no se podia elevar á los niños á aquel cargo. Me hizo comprender con la mayor bondad que era demasiado jóven y pequeño para llenar convenientemente funciones importantes, que no perdia nada en esperar, y que cuando el regimiento se organizara bajo el nuevo régimen, se acordarian de mí, designándome al mismo tiempo para desempeñar en una compañía del primer batallon, mi antiguo empleo de furriel.

Como es de presumir, salí de la habitacion del coronel con la cabeza inclinada bajo el peso del pesar y del despecho, y me volví á la aldea donde se hallaba acantonada mi compañía. Cuando iba por el camino mil ideas tristes me ocupaban. Maldecia amargamente mi juventud y corta estatura, y me quejaba á los árboles del camino de mi aspecto delicado que hacia me trataran desdeñosamente como á un niño, mientras que en mi opinion, latia en mi pecho un corazon varonil y fuerte. A todo esto se unia la idea de que mi padre sabria con pesar mi percance, y me acusaria quizá duramente de presuntuoso. Mis amigos del regimiento sabrian porqué contra la conviccion general yo no habia sido promovido... ¡porque parecia demasiado jóven!

Como esta circunstancia me habia hecho sufrir mucho, y en mi vida militar fué un manantial de humillaciones y de contrariedades, me hice excesivamente sensible á toda especie de duda sobre mi calidad de hombre.

Dos dias despues me incorporaron á una nueva compañía, donde nadie me conocía, y donde nadie tampoco estaba dispuesto á acomodarse y disculpar mi carácter tranquilo y dulce.

Aquí comienza para mí un periodo de desgracias, de sufrimientos y de sobreexcitacion penosa de imaginacion y de tormentos internos creados las mas veces por mi espíritu caviloso y desalentado; en una palabra, de pruebas de todas clases que debian agotar mi poca fuerza y llevarme al borde de la tumba.

Mi compañía tenia por capitan un hombre extraño, cuyo carácter y conducta eran para todos un enigma indescifrable; habia servido durante muchos años como oficial de estado mayor en Turquía, y yo me le imaginaba algunas veces turco que queria hacerse pasar por francés. Su talla era bastante elevada, sus movimientos bruscos, su lenguaje rudo, conciso y severo; sus pequeños ojos grises centelleaban en sus profundas órbitas, y su mirada penetrante imponía á todos como la mirada del águila. Al hablar, las mas de las veces pegaba con la vaina del sable en el suelo, mezclaba á sus palabras las expresiones soldadescas mas enérgicas, y tenia la costumbre de escupir en todas direcciones. Habia ocasiones en que parecia tener trastornado el cérebro y que tenia venas de loco. En aquellos momentos no le daba nada por nada, y oficiales y soldados tenian que recibir y devorar en silencio sus brutales amonestaciones. A todos los trataba igual, y daba á entender bien claramente que estaba pronto á sostener sus palabras con el sable ó la pistola, siendo frecuentemente un duelo, infaliblemente favorable para él, la conclusion de sus actos de brutalidad.

Mostrábase tambien igualmente rudo respecto á alguno de sus superiores; pero tampoco era raro que estos procuraran hacerle sufrir severas penas. Pues bien, cómo sucedia, nadie lo sabía.

Pero lo cierto es que salió bien de todas las acusaciones, aun cuando estas se hubiesen hecho ante el consejo de guerra. Sus defensas, que escribia él mismo, eran fuertes, enérgicas y llenas de talento. Al que tenia por adversario se arrepentia siempre de haber trabado lucha con él.

A pesar de esto habia muchas razones para que le amaran y respetaran la mayor parte de los soldados de la compañía, hasta el punto de no faltar algunos que hubieran expuesto su vida por él sin vacilar, si hubiera sido necesario.

En la batalla de Lovaina se habia conducido como ofi-

cial intrépido, habiendo desafiado mas de una vez las balas enemigas con increible temeridad. En todas circunstancias defendia á los soldados contra los subalternos y sargentos, y aun muchas veces contra los oficiales superiores. Distribuia una parte de su sueldo en convidar á los mas bravos y activos de la compañía, y se mostraba en sus arranques tan bueno y liberal hácia ellos, que se le citaba como modelo de desinterés y generosidad.

Detestaba soberanamente toda distincion de lenguage y de maneras que muchos oficiales conservaban de la vida civil, pues á sus ojos los buenos modales eran maneras afeminadas, y juraba y perjuraba que el que se hallase á sus órdenes debia ser soldado en toda la extension de la palabra.

Aquel hombre incomprensible, á pesar de su grosera dureza, tenia un genio á la vez vivo y profundo; era muy instruido, y especialmente en el arte militar poseia cuantos conocimientos podia encerrar la cabeza de un general. Aquella mezcla singular de buenas cualidades y de defectos de toda clase, hacian de él una especie de ser enigmático, que inspiraba á la mayor parte un secreto terror, ó por lo menos un sentimiento de involuntario retraimiento.

¡Y aquel capitan iba á ser mi jefe! Comprenderáse sin dificultad hasta qué punto deberia disgustarle mi carácter tímido, mi debilidad corporal, y mi apocada reserva.

Cuando me presenté por la primera vez en mi nueva compañía con la mochila á la espalda y el fusil al hombro, en un abrir y cerrar de ojos los soldados tomaron sus armas y formaron. El ayudante del batallon me puso delante de la compañía, y retirándose dijo estas dos breves palabras:

—Capitan, aquí teneis á vuestro nuevo furriel.

Lanzóme el capitan una indefinible mirada de cólera y de desden; me midió de la cabeza á los piés, giró á mi alrededor, gargajeó, escupió en todos sentidos gruñendo sordamente, y exclamó por fin con voz furiosa acompañada de una porcion de palabras enérgicas incapaces de escribirse:

—¡Vaya una cosa! ¡En qué piensan allá abajo! ¿Piensan que mi compañía es escuela de mozuelos? ¡Quieren mofarse de mí! Para mandar á mi gallarda gente se necesita otra clase de hombres. Nos veremos, nos veremos; esto no puede quedar así.

Dichas estas palabras se dirigió á la plaza de la ciudad en busca del coronel y del mayor. Temblando de confusion me coloqué en mi puesto entre los sargentos, y desde alli ví al capitan dirigirse al coronel gesticulando enérgicamente con los brazos y las piernas , y pegando en el suelo con el sable. Para mí era evidente que protestaba de mi nombramiento para su compañía y rehusaba aceptarme como furriel.

Sus esfuerzos no consiguieron nada sin embargo; porque un instante despues volvió donde estaba yo, jurando y renegando, me volvió á mirar de piés á cabeza y dijo con su acostumbrada aspereza:

—¡Está bien, veremos! Haz por andar derecho y mostrar que tienes bigotes, si no lo pasarás mal!

No pudiendo soportar su iracunda mirada, bajé la cabeza.

—¡Ten la cabeza derecha y mírame á los ojos! exclamó el capitan.

Yo no sé, pero su terrible mirada pareció penetrarme hasta el fondo de mi alma, y poseido de viva ansiedad y medio muerto de vergüenza, volví á bajar la cabeza.

—¡Por amor de Dios, quién me ha dado semejantes soldados! ¡Tiembla como una vieja! exclamó el capitan con tono despreciativo. Ven á mi casa á las dos, añadió, y veremos si se puede sacar partido de tí.

(Se continuará.)

REVISTA DE PARIS.

RESUMEN.—El sol y las nieblas.—La Literatura del Norte y la Literatura del Mediodía.—El barro de París convertido en flores y frutas.—Una secta religiosa de Africa en París.—Sus espantosos milagros.—Los derribos de Paris y D. Manuel Godoy ministro de Cárlos IV.—Alejandro Dumas.—Antonny.—Sus medios inmorales y su fin moral.—La entrada del Emperador de Austria en París.—Muerte de un actor.

I.

Hace tres dias que vemos el sol en un cielo casi casi de España. Tres dias de sol en esta oscura ciudad es una felicidad que por desusada me parece extrañamente inverosímil. El sol es un amigo tan bueno que no se contenta con perfumar el cáliz de las flores, mover la garganta de las aves, colorar la inmensidad del horizonte, sino que pinta los cuadros de Murillo y de Rafael, esculpe las estátuas de Miguel Angel y Benvenutto Cellini, inspira los versos de Garcilaso y de Petrarca, imprime su beso creador en la frente de los hijos del Mediodía. Esa tristeza de las literaturas del Norte que nos llega hasta lo mas profundo del corazon se explica por la ausencia del sol. Hamlet y Manfredo han salido del frio seno de las nieblas. Pero los franceses, apesar de lo oscuro de su cielo, y lo espeso de sus nubes, y lo triste de sus rios, sobre todo, en estas regiones donde se eleva París, los franceses créense meridionales cuando en nueve meses suelen ver tres dias el sol; ¡ay! ese sol que borda con sus reflejos la blanca espuma de las palpitantes olas en la bahía de Cádiz. Y no obstante presumir de meridionales nuestros parisienses, la niebla y el barro los devora. Es tanto el amontonado en estas calles que se cuenta entre los ingresos de la municipalidad de Paris. Cuatro ó cinco millones de reales recibe anualmente de esa capa de lodo bajo la cual yace esta cabeza del mundo moderno. Las suelas de nuestros zapatos tienen tanta vida que con solo tocar el suelo de París, lo convierten prontamente en fecundo abono para alimentar las plantas, las flores y los frutos. Sábia es en verdad la naturaleza. Cuando una hermosa aspira en su palco el aroma de una rosa no se acuerda que ha sido parte á formar ese pebetero embriagador, ese incienso de los campos, el no tan bien oliente perfume de los piés de un *auvergnat*, ese gallego de Francia. Adoremos á Dios que saca el bien del mal, y la vida de la corrupcion.

II.

La idea religiosa es en el espíritu, como el aroma en la flor. Y sin embargo puede el sentimiento religioso desviarse de sus relaciones con lo infinito y dirijirse hácia la supersticion y hácia el delirrio como se vé en una secta mahometana, de la cual han venido algunos representantes á divertir á los parisienses en uno de sus teatros. El carácter del mahometismo es un carácter positivo, práctico; enemigo del paganismo griego y romano, de sus personificaciones y de sus ídolos; atento á un solo profeta mas legislador que teólogo, adorador de un solo Dios. Y apesar de este carácter nacen á cada paso en la religion uniforme de Mahoma sectas diversas, inquietas, que se entregan á todas las fantasías de las mas extraviadas pasiones, y á todos los delirios de las inteligencias desenfrenadas. Para estos pueblos africanos, sobreexcitados siempre por los ardores del sol, con algunos de los instintos de sus fieras, con el sediento deseo de lo maravilloso en el alma tan encendida y tan desnuda como sus desiertos, el milagro es todo. Y una secta religiosa ha venido á París á presentar sus milagros en el teatro. Son horribles los prodigios que hacen. Solamente los pueden ver en el seno de la civilizacion, pueblos que han perdido la sensibilidad á fuerza de excitarla. Se retuercen con grandes contorsiones, bailan y saltan desmedidamente haciendo del baile una ceremonia religiosa, como los tártaros que rodeaban á Atila. Luego ponen los piés en un hierro candente y se los queman de suerte que percibís el olor de su carne asada, sin que advirtais la menor emocion en sus impasibles rostros. Llevan carbones encendidos en los dientes y los ofrecen á los espectadores para que enciendan sus cigarros. Se traspasan con una agùja la lengua. Es, como he dicho, uno de esos horribles espectáculos que el mónstruo del fanatismo solo puede engendrar en el desierto y que el refinamiento de la civilizacion solo puede consentir en el teatro. ¡Lo que es el espíritu humano! Esas brutalidades que allá en el Africa, sobre la arena candente, bajo el cielo enrojecido, al bramar del Simoun y rugir de las fieras, son para pueblos fanáticos la prueba de la confianza depositada por Dios en una secta, el resplandor de una inspiracion religiosa, y por consiguiente el consuelo en las desgracias de la vida, y la esperanza en las tinieblas de la muerte; para los franceses son asuntos de diversion, ó de extrañeza; espectáculos bizarros, una especie de cantárida puesta en corazones gastados para excitarles á los dormidos sentimientos de la compasion y del terror. Tales horrores mirados en la inmensidad del desierto desde las alturas de la fe sencilla de un pueblo crédulo son milagros; y mirados desde una sala de espectáculos en la capital del mundo son farsas.

III.

Difícil es París de divertirse cuando no se divierte con estos derribos que en unos cuantos dias hacen desaparecer las calles como por mágico arte, y con estas construcciones que en otros cuantos dias convierten las calles en filas interminables de pesados, uniformes, pero suntuosos palacios. Hace pocos dias que en uno de los rincones cercanos al nuevo teatro de la Opera, no lejos de la calle de Scribe, se derribaba una casa de modesta apariencia y que sin embargo habia encerrado por largo tiempo á un hombre, cuya inmodestia estuvo á punto de costarnos á nosotros españoles nada menos que el hogar sagrado de la patria. Este hombre fué Don Manuel Godoy. Tanto poder, tanta ambicion, sueños de gloria y de fortuna tan insensatos, habian venido á encerrarse en esa modesta casa que ahora ha desaparecido y desde la cual tendia las manos para pedir á los diversos poderes de España parte de sus bienes confiscados y á los diversos historiadores de nuestro tiempo misericordia para su nombre maldecido. Esa modesta y oscura casa donde se albergaron tantos recuerdos y tantos dolores y tantos remordimientos debia haberse conservado con una sencilla incripcion que dijera á las generaciones tan fáciles en olvidar, como difíciles para aprender los grandes castigos históricos: hé ahí los escollos encerrados en el tormentuoso mar de las ambiciones humanas.

IV.

Refugiémonos en el arte. Si no tuviéramos ese mundo ideal, sería la vida triste y enojosa en nuestro planeta erizado de espinas En Francia para sostener ahora el arte dramático se apela por necesidad á resucitar el romanticismo. Es una reaccion contra las comedias de mágia en que aparecen destacándose del fondo de brillantes decoraciones, sobre nubes plateadas, entre torrentes de luz eléctrica y menuda lluvia de flores y oropel, pirámides voluptuosas de mujeres casi desnudas que recuerdan los extravíos de Nínive ó de Babilonia. El Teatro francés ha resucitado el Hernani de Víctor Hugo, y el Teatro Clunny ha resucitado el Antonny de Alejandro Dumas. Hombre singular este. Poeta, prosista, narrador maravilloso, autor dramático de primer órden, el mas fecundo entre todos los escritores de nuestro siglo, tal vez el mas leido, con tantas obras que podria levantar, amontonándolas, una columna sobre la cual se irguiera como Napoleon sobre la columna de Vendome para ser visto de su siglo, con tantos admiradores en todos los climas y en todas las zonas de la tierra que podria formar con ellas inmensas legiones; de nadie es respetado porque para nadie es respetable. Y esto depende ciertamente de una falsa concepcion de la vida artística. Dumas ha creido que la sociedad lo consiente todo al talento. Dumas se ha imaginado que un escritor leido, admirado, puede al son de los aplausos, hollar todas las leyes de la conveniencia social.

V.

Es dificilísimo hablar de Antonny despues de haber hablado Larra. No lo intentaré yo. Se vive tan de prisa en este siglo que treinta años envejecen tanto una obra como si hubieran pasado por ella treinta siglos. El drama tiene un gran movimiento, un gran interés, un gran diálogo. Pero el drama tiene una extrema violencia. La accion toma la intensidad de un vértigo. La seduccion de Antonny es un asalto. El bastardo qne tanto se queja del mundo cumple sus deseos con la impetuosidad salvaje del que jamás ha dejado de satisfacer ninguno. Dice que la sociedad le aborrece y la sociedad le recibe con grandes distinciones. Dice que su familia le ha abandonado y su familia le provee de riquezas que emplea en seducir las mujeres del prójimo. Antonny ha nacido para divertirse mucho de jóven y para ser cuando viejo, comandante de la guardia nacional con un uniforme muy llamativo y un vientre muy grande. El remordimiento de haber matado á su querida no debe interrumpir su digestion. No conozco un héroe mas vulgar. En cambio la pobre Madame Harrey perseguida, acosada, hasta caer víctima casi de una brutal violencia, primero en los brazos y despues sobre el puñal de su amante que le quita la honra solo para proporcionarse un momento de placer y luego le quita la vida para redimir su honra irredimible; la pobre Madame Harrey es un tipo de tan admirable manera representado que hará siempre horrible el adulterio con el torcedor de su tormento, con el infierno de su vida, con el desenlace de su muerte. Yo creo que los medios puestos por Dumas en accion son inmorales hasta el escándalo. Pero sin que él se lo haya propuesto, la leccion que da el drama es moral hasta la Homilia.

VI.

Hoy está París de fiesta. Las amarillas banderas de Austria con sus negras águilas de dos cabezas ondean por todo París al lado de la bandera tricolor. Las dos banderas que tan separadas estuvieron en Austerlitz y en Solferino, se hallan hoy muy juntitas en todos los hoteles, en todas las tiendas, sin mostrar ni siquiera una mancha de sangre. Ayer ha entrado en París el Emperador de Austria. Se ha detenido á su paso algunas horas en Nancy, para visitar el panteon de los Duques de Lorena, progenitores de su antigua casa. Así puede decirse que París entero acude hoy á ver el Emperador de Austria, pues desde Junio que nos visitó el de Rusia y desde Agosto que nos visitó el de Constantinopla, habia bajado un poco la curiosidad por los Emperadores. El mundo es una mezcla bien singular. No es el mundo una tragedia porque el dolor no está solo. No es el mundo una comedia porque no está la risa sola. El mundo es un drama donde se mezclan el dolor y la alegría. Acaba de morir el gracioso actor que representaba el ridículo papel de un general envidioso en la Gran Duquesa de Gerolstein. Cuánto nos hemos reido viéndolo salir con el sombrero de tres picos apuntado, el pompon rojo, y las bellotas de oro cayéndole sobre los hombros cargados de enormes charreteras. Parecia que hombres consagrados á cosas tan ligeras no debian nunca hacer una cosa tan grave como es morirse; pero al fin todos los hombres saben que han de pasar por un acto sublime y solemne: por la muerte.

FIDELIO.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PALMIRENE (tela de lana muy brillante) gris perla, adornado con tiras al sesgo de tafetan de tinta mas oscura. El vestido se compone de una primera enágua; se guarnece con tres tiras al sesgo dobles sobre las que corren tres rulós; un ruló cubre la costura de cada paño. Corpiño montante con mangas largas. Paletot pequeño sin mangas, igual al trage. Sombrero blanco de paja de arroz, guarnecido con cintas color castaño.

TRAGE DE GASA DE SEDA VERDE-LUZ. – La enagua va guarnecida con tres sesgos, que parten de los lados y vuelven por detrás al rededor de la enagua, cortada con gran cola. En el borde de cada sesgo, guarnecido con botones muy gruesos de cuentas, va un fleco sencillo. El delantero de la enagua se guarnece con tres sesgos iguales, que terminan á la altura del primer sesgo de los lados. Corpiño redondo escotado, con fichú María-Antonieta, igualmente escotado, y del color del trage. Los cabos se atan por detrás. Mangas cortas huecas.

ADVERTENCIA.

Llamamos la atencion de nuestros suscritores á la nota con que encabezamos el presente número.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 47.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Vestidos para niñas. — Plomo para labores de costura. — —Esquina para cortina de vidriera. — Dos guarniciones para zagalejo de invierno.—Velo de butaca.—Dos cuadros de lana.—Tres entredoses al feston y crochet.—Encage al feston y crochet. –Cabo de corbata de muselina.—Lazo de corbata de encage.— Trage recogido.— Cesto, Caridad, conclusion.— Recuerdos juveniles. — La Virgen de las Rosas.—La desposada.—Solucion del logogrifo.—Problemas de ajedrez.—Lámina de tapicería.

Vestidos para niñas.

N.º 1.—Enagua de cachemira encarnada; trage corto con paletot igual de popelina de lana gris, adornado con cintas de terciopelo negro y bordado con cuentas.

N.º 2. Trage cortado á nesgas (con paletot igual) de cachemira azul, adornado con trencilla de seda blanca, y enteramente bordado de cuentas blancas de cristal; un volante plegado de nansouk excede del borde inferior del trage.

N.º 3. Enagua de cachemira azul;—trage y paletot de popelina gris, y por guarnicion una trenza de seda azul, adornada con puntos de espina, hechos igualmente con seda blanca. Los demás pormenores de estos vestidos se comprenderán bien fácil consultando el dibujo.

VESTIDOS PARA NIÑAS.

Plomo para las labores de costura.

Para hacer este plomo se buscará una cajita de 5 centímetros de alto y 22 de diámetro, en la cual se colocará un pedazo de plomo, rellenándola con arena: se la forra enteramente con lienzo por su parte de afuera de lienzo, de modo que su abertura quede cerrada.

La envoltura exterior se hace de tapicería á punto de tapicería y á punto de terciopelo (véase los diversos puntos de tapicería insertos en el n.º 44). Un dibujo especial reproduce esta tapicería, que se ejecuta con lanas finas de varios colores. La orla que, en el centro del plomo, imita una cinta que se cruza, se hace á punto de cruz; lo demás se ejecuta á punto de terciopelo. Sobre la abertura (cubierta) se pone un cogin pequeño hecho de lienzo y relleno de arena; el circuito y el fondo se cubren con paño negro, ó con cualquiera otra tela de lana. A cada lado se pone un asa hecha con un doble cordon negro; y en fin, se orla el plomo con un fleco de lana de muchos colores adecuados á la tapicería.

Esquina para cortina de vidriera.

Se ejecuta este dibujo al feston, punto ruso y realce ó punto de nudillos para los lunares.

Dos guarniciones para zagalejos de invierno.

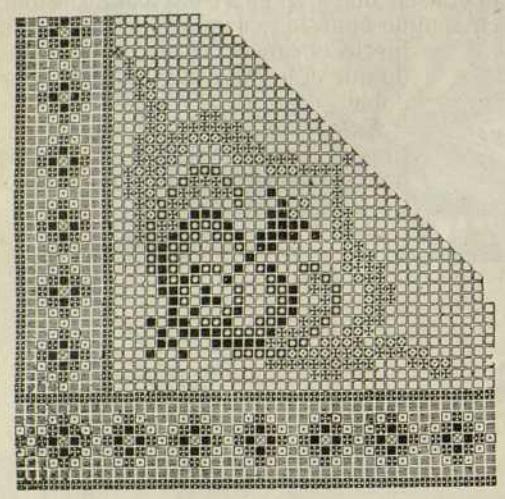
N.º 1.—Esta guarnicion se compone de dos volantes planos, dentados, orlados con una trenza de lana encarnada, ó de cualquier otro color; los dientes inferiores pueden hacerse en el zagalejo mismo, —ó si se quiere sobre una tira separada, como los dientes superiores. Encima de los dientes se pone una trenza de lana doblada por su mitad de modo que forme un ruló, y pespunteada sobre la tela del zagalejo. Escojiendo trenza de lana del mismo color de este, pero de tinta mas oscura, se obtendrá un efecto mas distinguido que el que se produce con dos colores diferentes.

N.º 2. — Se ejecuta esta guarnicion con trenza de lana de dos diferentes anchos. Se cose primero la trenza mas ancha, marcando fuertemente los ángulos, por consiguiente doblando la trenza sobre sí misma, luego se ejecutan los buclecillos con trenza mas estrecha; estos buclecillos pasan alternativamente por encima y por debajo de la trenza ancha; en este último caso se descose esta, se desliza por debajo de ella la trenza estrecha, y se vuelven á hacer los puntos que se

han descosido (consúltese el dibujo).

Velo de butaca (crochet y labor á la aguja).

Este velo se compone de cuadros alternativamente claros y tupidos, rodeados por un borde al crochet, y cosidos unos con



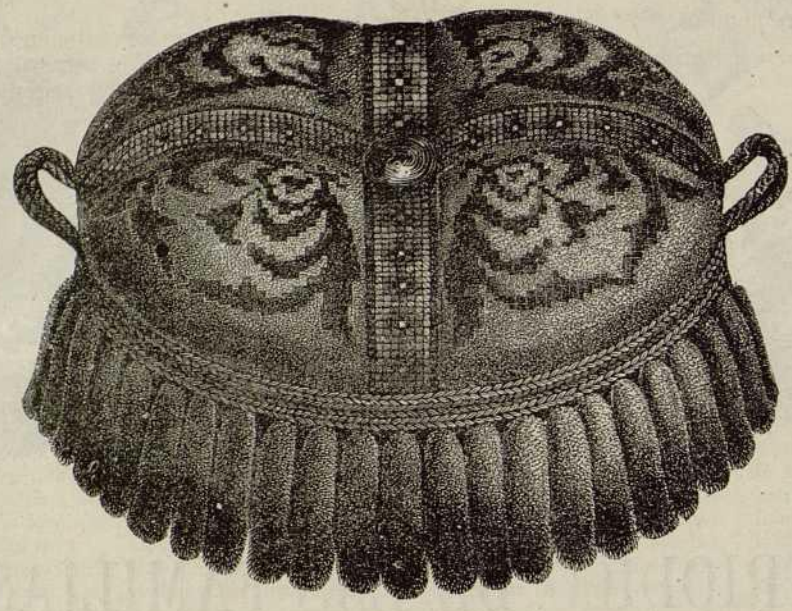
TAPICERIA DEL PLOMO PARA LABORES DE COSTURA.

Explicacion de los signos: ■ Negro. ▫ Verde oscuro. ▨ Verde menos oscuro. ✻ Verde medio color. □ Verde claro. ⁘ Castaño oscuro. ⊡ Castaño menos oscuro. ▤ Castaño claro.

otros.—Pequeños festones al crochet circuyen todo el velo. Un dibujo especial reproduce una parte de la labor en tamaño natural.

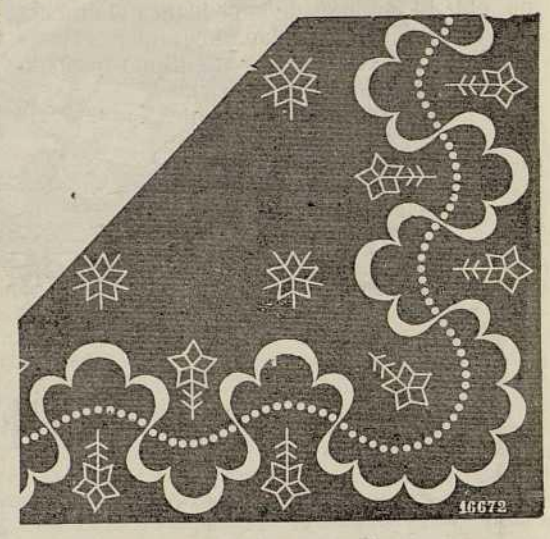
El fondo de los cuadros tupidos se compone de un pedazo de lienzo que se divide en cuatro cuadritos iguales, sacando dos hilos. Un dibujo reproduce este cuadro tupido, y al mismo tiempo la labor á la aguja, que se hace con algodon grueso blanco para cubrir los ya citados cuadritos. Las dos líneas que se cruzan se cubren á punto atrás. El borde de lienzo de este cuadro tupido, cuyo borde es de medio centímetro poco mas ó menos, se cubre con puntos sencillos, que se hacen muy próximos en las cuatro esquinas; sobre estos puntos sencillos se hace una segunda vuelta compuesta alternativamente de una brida y de un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior. En las esquinas se hace en cada punto una brida seguida de un punto en el aire.

Cuadros claros.—Se tomará un



PLOMO PARA LABORES DE COSTURAS.

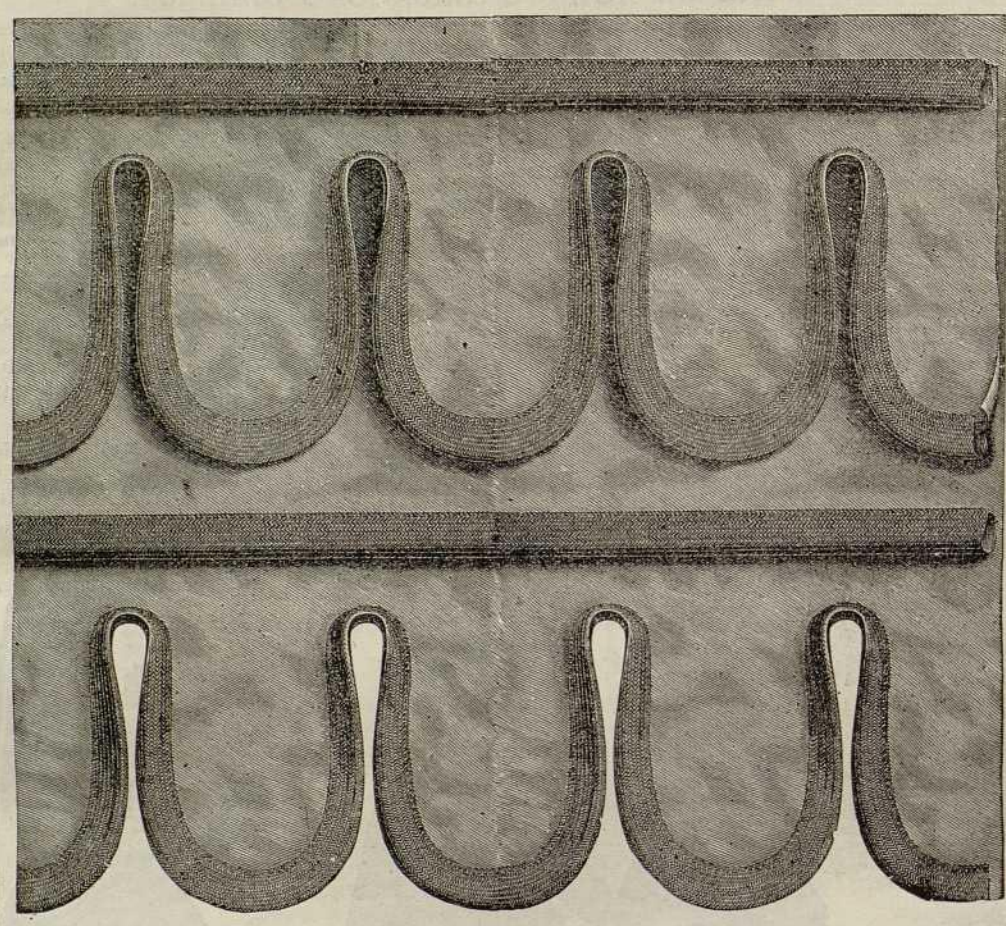
pedazo de carton, sobre el cual se trazarán los contornos de un cuadro, y siguiendo estos contornos, se hace al crochet una cadeneta que se fija sobre el carton; se lleva en seguida una hebra de algodon (véase el primer detalle) desde una esquina á la opuesta, al sesgo; se la estira fuertemente, se envuel-



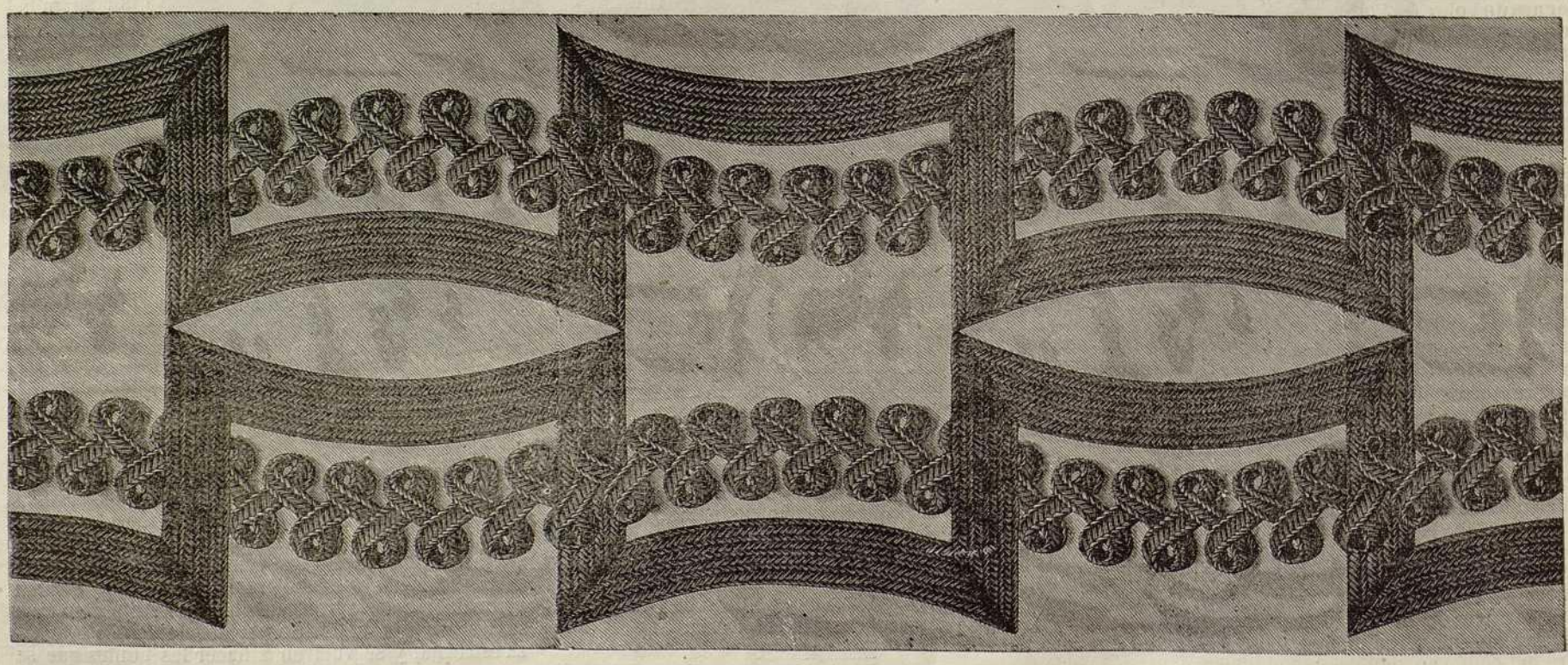
ESQUINA PARA CORTINA DE VIDRIERA.

ve la hebra al rededor de ella hasta el centro del cuadro, se la dirige hácia la tercera esquina, — se vuelve atrás, como antes, para llegar á la última esquina; se va de aquí al centro, y se envuelve la hebra al rededor de la segunda mitad de la primera hebra. Ya se comprende que jamás ha de picarse en el carton, sino solamente en la cadeneta. Se fija la hebra en la cadeneta, y se corta. Se ejecuta con algodon grueso y á punto de zurcido, la cruz indicada en el dibujo que representa el 2.º detalle; se separa este cuadro del carton, y se hace un punto sencillo en cada punto de la cadeneta que forma el cuadro primitivo; en cada esquina se crece un poco.

Se reunen los cuadros claros y tupidos copiando la disposicion del dibujo del velo de butaca, luego se ejecutan los festoncitos: 1 punto sencillo en una brida del borde;—* una hoja compuesta de este modo: 6 puntos en el aire,—una doble brida en el 1.º de estos, y otra en el segundo: las dos bridas reunidas en el buclecillo; la hoja está terminada. Un pipuillo, es decir, 5 puntos en el aire y uno sencillo en el primero de ellos, —otra hoja y un punto sencillo en el 4.º



GUARNICION DEL ZAGALEJO N.º 1.

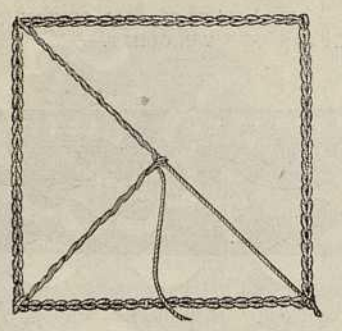


GUARNICION DEL ZAGALEJO N.º 2.

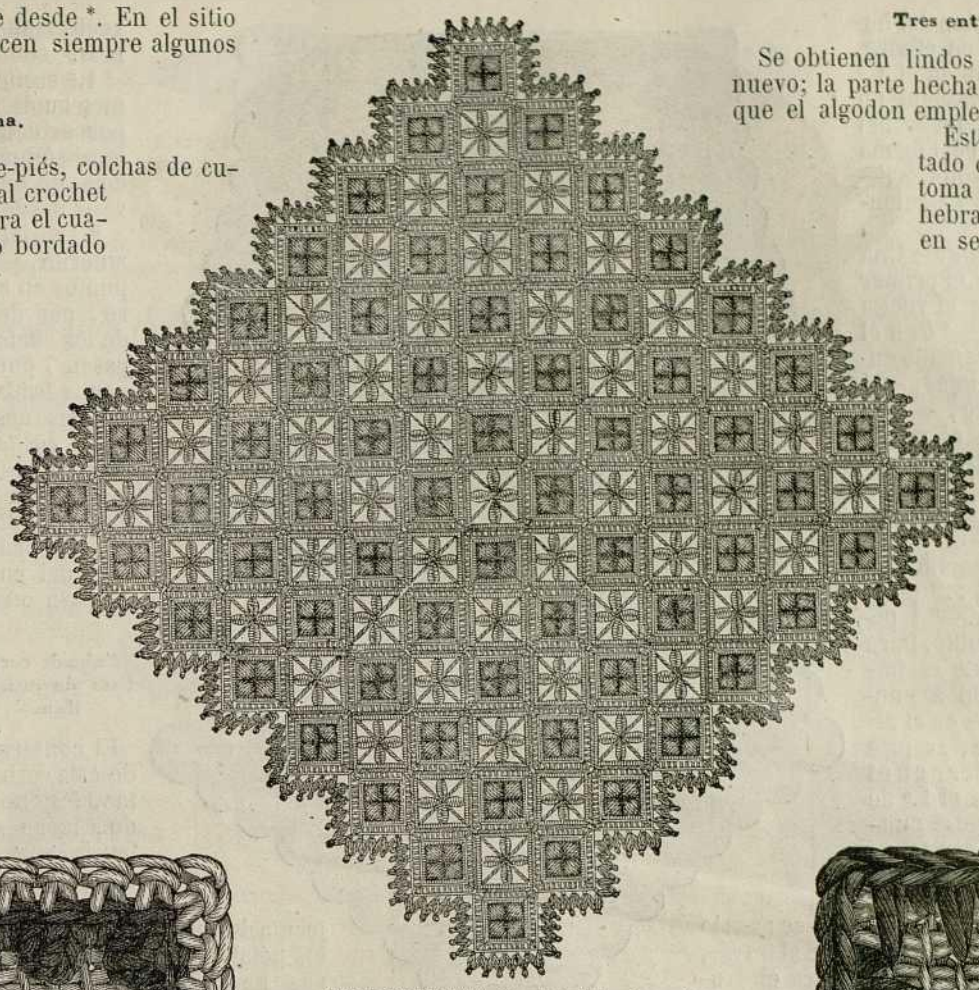
de los puntos del borde. — Vuélvase desde *. En el sitio en que se unen dos cuadros se hacen siempre algunos puntos mas.

Dos cuadros de lana.

Estos cuadros sirvirán para cubre-piés, colchas de cuna, etc. El fondo es de lana blanca al crochet tunecino; la cenefa de lana negra para el cuadro n.º 1; en el centro va un dibujo bordado de lana de muchos colores. Para cada cuadro se arman 15 puntos, y se hacen 16 vueltas (cada una de dos filas). La cenefa del n.º 1 es de puntos sencillos con lana negra, para esto se hace un punto sobre el punto de orilla, y el siguiente sobre el lado transversal de la cadeneta. El pensamiento se borda con lana violeta y amarilla; los buclecillos, que forman un pétalo, se fijan por un punto. Las venas se hacen á puntos largos con seda negra; el tallo á punto de cadeneta con lana verde. — La orla del cuadro número 2 se ejecuta con lana encarnada. — Se hace un punto sencillo en el lado perpendicular de un punto del contorno exterior; se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet, se pasa la hebra por el lado perpendicular del punto siguiente, se hacen 5 puntos en el aire, se saca el crochet del buclecillo, por el que se pasa el buclecillo anteriormente sacado, se hace un punto sencillo en el punto que sigue, y así se continúa alternativamente. La vuelta siguiente que orla el cuadro se hace con lana blanca, y se compone de un punto sencillo hecho en cada punto; esta vuelta se ejecuta por el revés del cuadro. Los pétalos de la florecita se hacen con tres tintas de lana encarnada; el contorno del centro á punto de cadeneta con lana verde, y por dentro del contorno puntos de nudillos con lana ó seda amarilla y color castaño.



1.er DETALLE. (VELO DE BUTACA.)



VELO DE BUTACA (Crochet y labor de aguja).

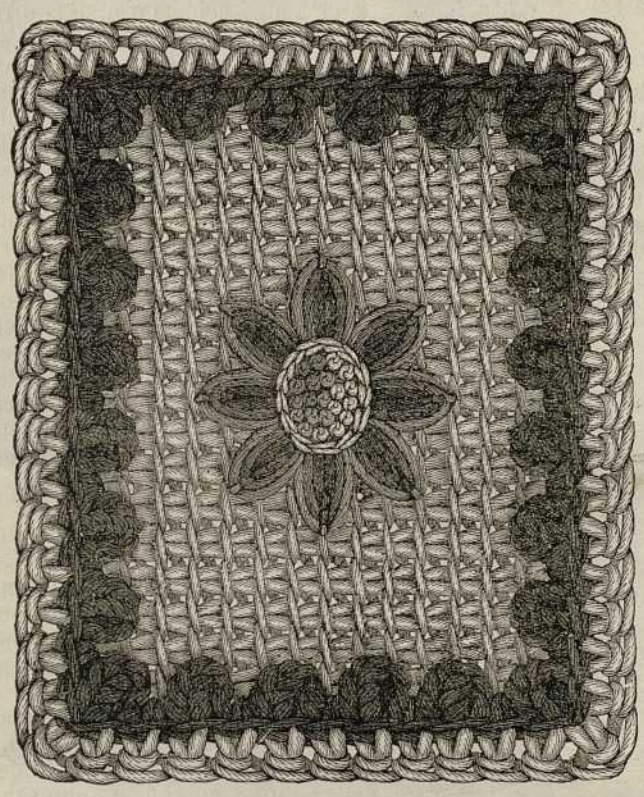
Tres entredoses al feston y crochet.

Se obtienen lindos efectos con este género de labor muy nuevo; la parte hecha al crochet se ejecuta con hilo mas fino que el algodon empleado para feston.

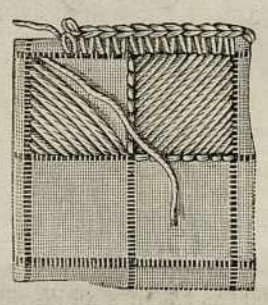
Este último se hace sobre un cabete ensartado con una hebra triple. Para el feston se toma una aguja de coser, ensartada con una hebra sencilla, y se hacen dos filas de festones en sentido opuesto; cuando el feston ha cubierto el cabete, se saca este de modo que el feston caiga sobre la hebra doble.

Entredos n.º 1.—Se compone de 3 tiras al feston orladas por àmbos lados con una vuelta de puntos sencillos (un punto en cada buclecillo del feston), luego reunidas por festones de puntos en el aire, para los cuales se hacen sobre los puntos sencillos de uno de los lados de una lista: un punto sencillo, —5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior. — Otro tanto se hace sobre la 2.ª tira, y se liga cada feston de puntos en el aire con el feston correspondiente. — Para esto se saca el crochet del buclecillo, se pica en el punto necesario, y por él se pasa el buclecillo que antes se ha dejado. La 3.ª tira se orla y se reune como esta.

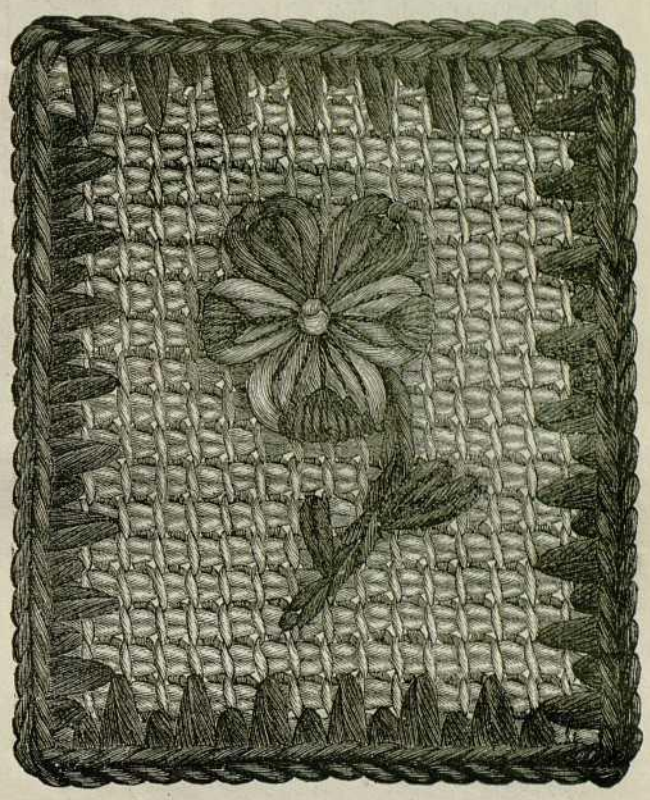
N.º 2. — Lleva dos tiras al feston, cada una dispuesta en curva; se hace un número cualquiera de buclecillos al feston,—12 si se quiere, — como se ha indicado para el entredos anterior, es decir, sobre un cabete; se deslizan estos buelecillos sobre la hebra doble ensartada en el cabete, se pasa la aguja al través de la labor, y en el lado opuesto se hacen otros 12 buclecillos, y así sucesivamente. La segunda tira es igual á la anterior, y por ella se pasa la aguja cuando se cambia la direccion de los buclecillos; sobre cada lado de estas especies de argollas se hacen 4 vueltas al crochet.



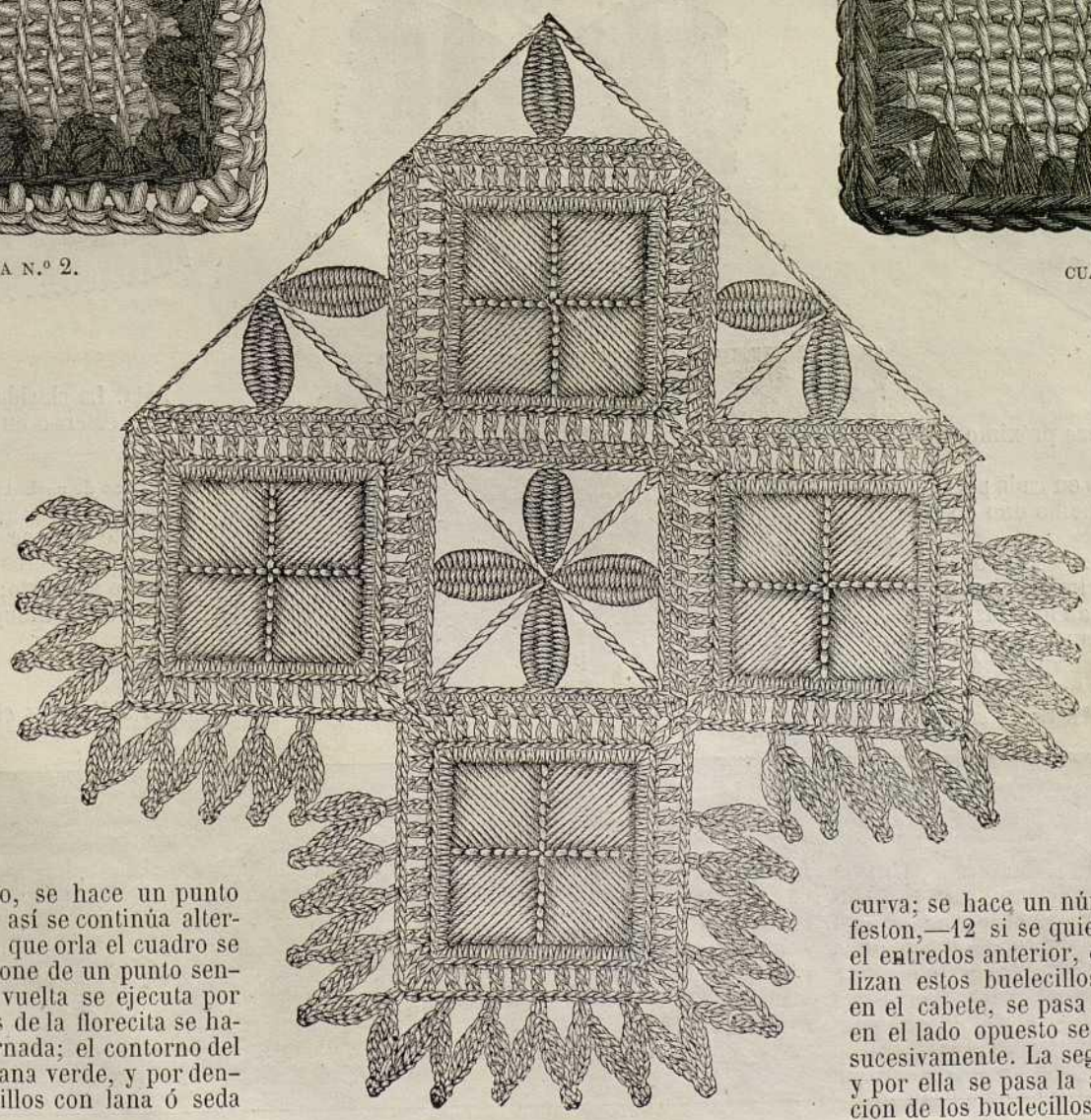
CUADRO DE LANA N.º 2.



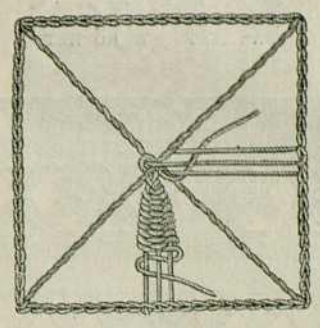
CUADRO TUPIDO (VELO DE BUTACA).



CUADRO DE LANA N.º 1.

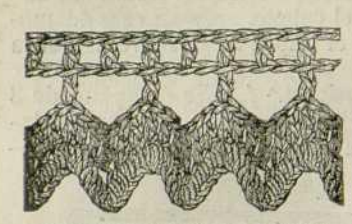


CUADRO DEL VELO DE BUTACA (TAMAÑO NATURAL).



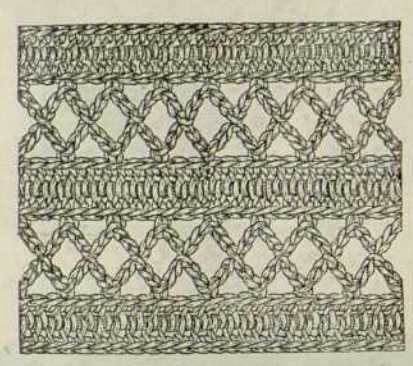
2.º DETALLE. (VELÓ DE BUTACA.)

1.ª *vuelta*.—Un punto en el lado exterior del buclecillo del medio de una curva,—* 5 en el aire, —una doble brida en el 2.º, otro tanto en el 1.º de estos 5 puntos. Estas bridas se terminan, no separadamente, sino *á la vez*, con el buclecillo que se encuentra sobre el crochet, y esto forma una hoja.—Se hace una hoja como la anterior,—un punto triple en el medio de la curva siguiente.—Vuélvase desde *.



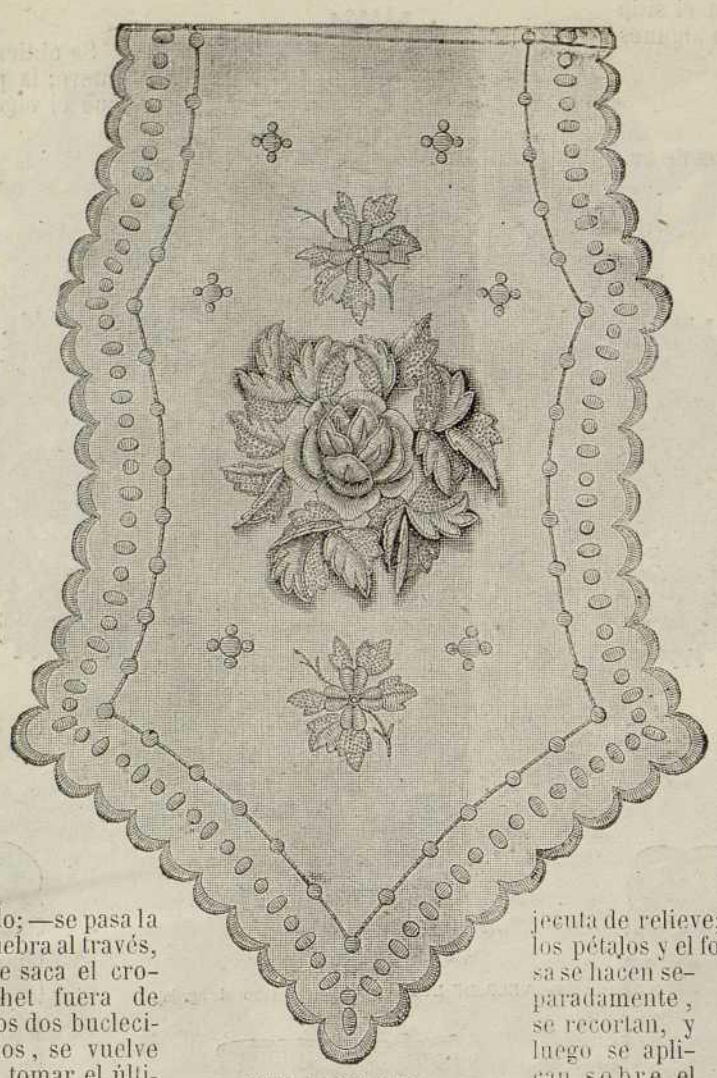
ENCAGE AL FESTON Y CROCHET.

2.ª *vuelta*.—Una brida en el primer punto de la vuelta anterior,—* 4 en el aire—1 sencillo entre dos hojas,—4 en el aire,—una brida en el punto siguiente—Vuélvase desde *.



N.º 1. ENTREDOS AL FESTON Y CROCHET.

3.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en el 1.er punto.—* 1 piquillo. Para este se hacen 2 puntos en el aire, se pica el crochet en el 1.º de estos puntos, á la vez en el mas cerca sencillo;—se pasa la hebra al través, se saca el crochet fuera de los dos buclecillos, se vuelve á tomar el último, y se hace un punto sencillo en el punto mas próximo.—Vuélvase desde *.



CABO DE CORBATA.

4.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en cada piquillo, y despues de cada punto sencillo uno en el aire.

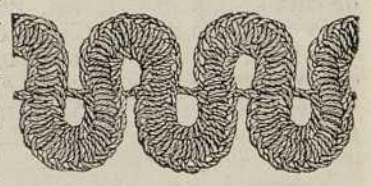
N.º 3.—*Una sola tira al feston*.—Se procede como se ha indicado para la primera tira del entredos anterior, pero se aprietan mas las curvas. Para esta tira se ata la hebra al primer buclecillo, se hacen 12 de estos, se vuelve á picar la aguja en el 1.º, se saca la hebra de modo que forme solamente una linea recta sobre la cual se vuelve rodeándola;—se lleva la hebra al través, picando en la tira hasta el lado opuesto, y se repite lo que se acaba de indicar,

Encage al feston y al crochet.

Como los entredoses anteriores, este encage se compone de una tira al feston, á la que se ligan por un lado 3 vueltas al crochet, que á continuacion explicamos.

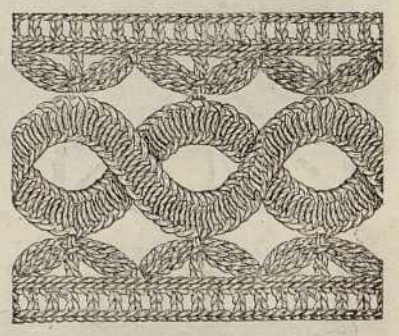
1.ª *vuelta al crochet*.—* Una brida en el primer buclecillo al feston,—un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un buclecillo al feston,—5 bridas, entre cada una de las cuales se deja un buclecillo,—un punto en el aire. Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—Una brida en la 1.ª de la vuelta anterior,—*tres puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 7 puntos,—una brida,—vuélvase desde *.



N.º 1. ENTREDOS AL FESTON Y CROCHET.

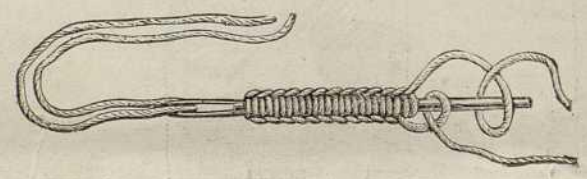
3.ª *vuelta*.—Alternativamente una brida y un punto en el aire, por debajo del cual se pasa otro.



N.º 2. ENTREDOS AL FESTON Y AL CROCHET.

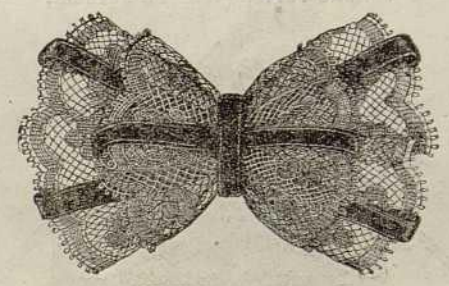
Cabo de corbata de muselina.

El contorno de esta corbata va festoneado, luego se borda cada cabo al realce; el ramo se ejecuta de relieve; es decir, que los pétalos y el follage de la rosa se hacen separadamente, se recortan, y luego se aplican sobre el cabo de la corbata. La claridad del dibujo nos escusa de ser más estenso en su explicacion.



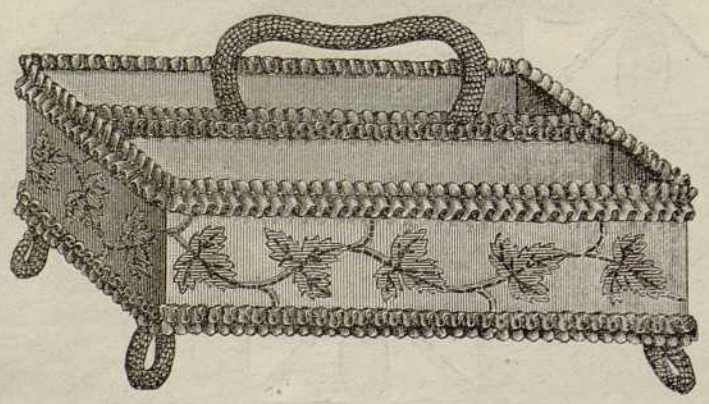
EJECUCION DE LAS LABORES AL FESTON Y CROCHET.

TRAGE RECOGIDO.



NUDO DE CORBATA.

TRAGE RECOGIDO,



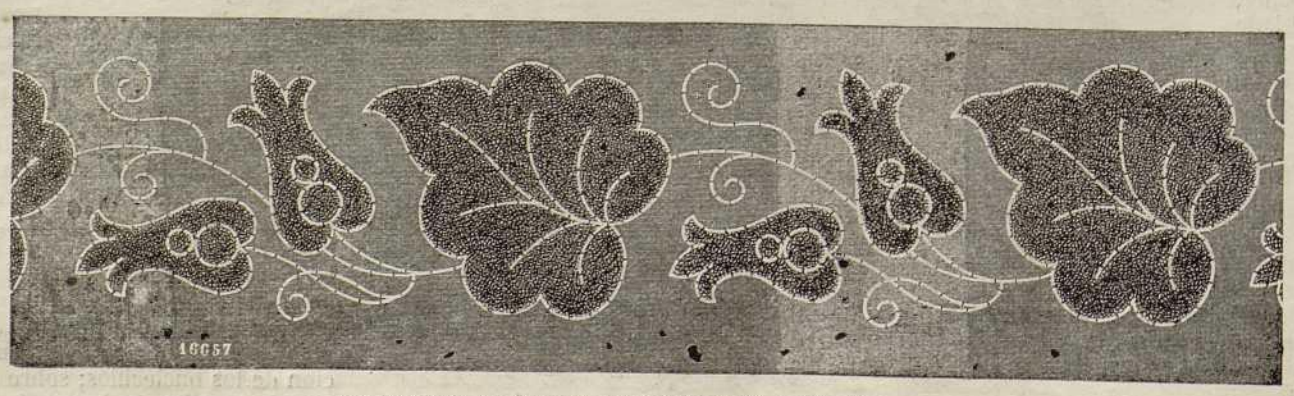
CESTO PARA PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.

Lazo de corbata de encage y cinta de terciopelo.

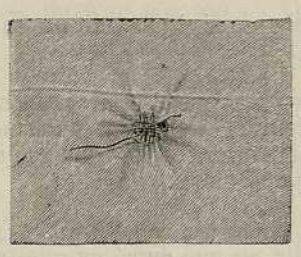
Este lazo se hace con encage que tenga cuatro centímetros de ancho, y cinta de un centímetro y cuarto; la disposicion del lazo va indicada en el dibujo.

Trage recogido.

Publicamos el dibujo de esta manera de recoger el trage, antes indicado por nosotros, y que se compone solamente de un boton y de un ojal, puestos ámbos sobre un pedacito de cordon que va adherido á cada costura del lado del trage. Se traen estos cordones á la parte exterior por una pequeña abertura que se deja en la costura;—se forma por delante un pliegue transversal, se introduce el boton en el o-



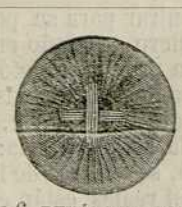
BORDADO DEL CESTO PARA PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.



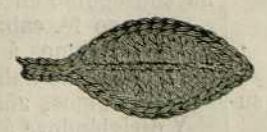
N.º 15.

jal, y se saca por encima el borde del trage, que forma de este modo un ancho bullonado. La combinacion es tan fácil como graciosa.

EJECUCION DE UNA PRESILLA DEL N.º 3



N.º 6. REVÉS DEL BOTON.

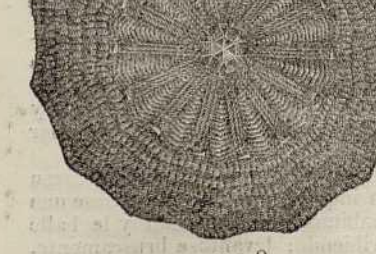


N.º 18. HOJA AL CROCHET PARA LA ORLA.

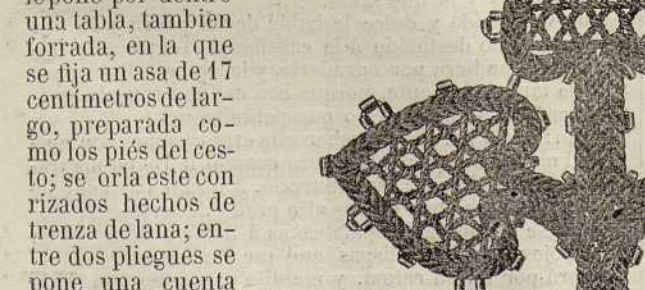
Cesto para labores hechas al crochet y punto de aguja.

MATERIALES.—Tafilete gris; paño encarnado; cuentas negras y cañutillos de azabache; trenza de lana encarnada de un centímetro y 3/4 de ancho; alambre grueso; un cajoncito de cigarros.

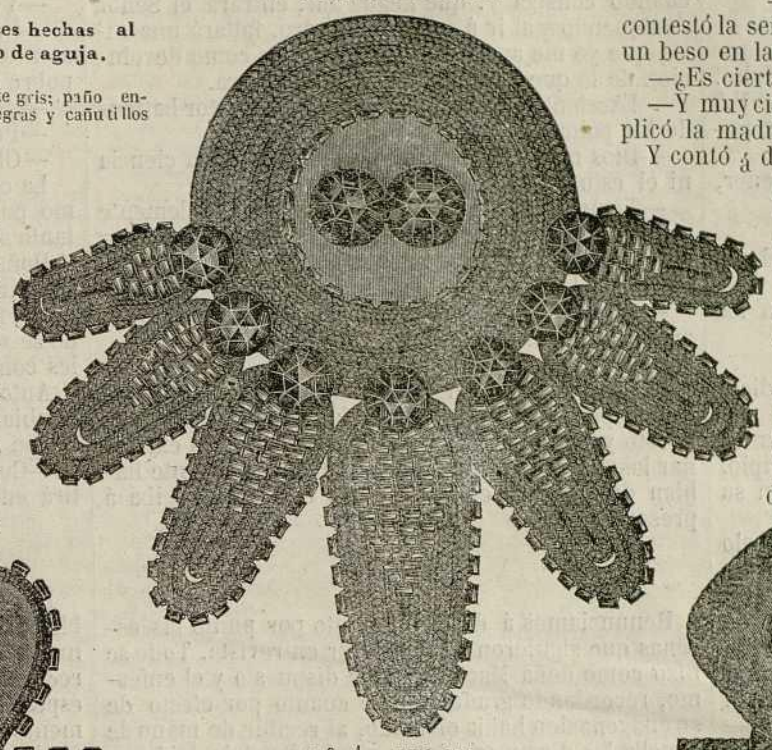
El cajon de cigarros que sirve para hacer este cesto tiene 23 centímetros de largo, 14 de ancho y 5 y medio de alto; se quita la tabla que forma el fondo, se la forra, así como las cuatro laterales, por dentro y por fuera, con tafilete ó paño gris. Se agujerean las cuatro esquinas del fondo y se fijan los piés, que se componen de una argollita de alambre, cubierta con lana, y luego con cuentas negras; luego se forra todo por dentro como se lleva dicho. Por la parte exterior se ejecuta el bordado de hojas de paño encarnado. Los tallos y las venas pueden hacerse, segun se quiera, bien con cuentas negras y cañutillos de azabache, bien con torzal gris de seda (de un punto de color mas claro que el fondo) atravesado perpendicularmente de trecho en trecho de puntos de seda negra. Se cosen unos con otros el fondo, ya forrado, y las paredes; —se le pone por dentro una tabla, tambien forrada, en la que se fija un asa de 17 centímetros de largo, preparada como los piés del cesto; se orla este con rizados hechos de trenza de lana; entre dos pliegues se pone una cuenta negra. Para los demás pormenores consúltese el dibujo.



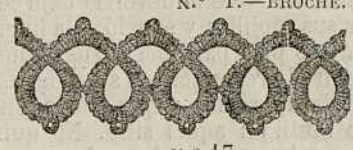
N.º 14.



N.º 3.

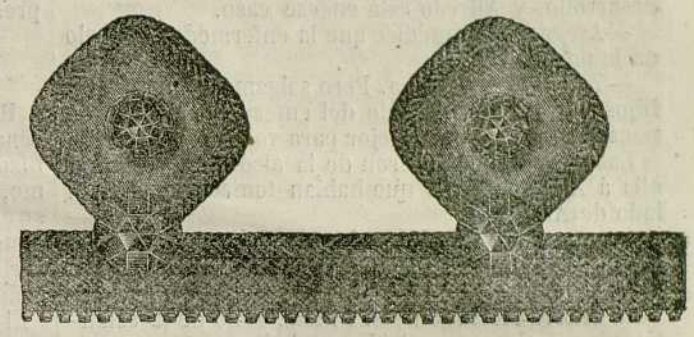


N.º 1.—BROCHE.

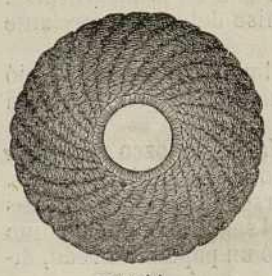


N.º 17

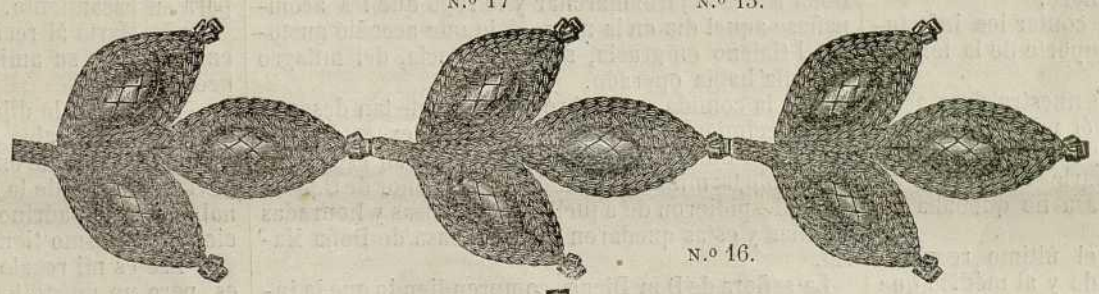
N.º 13.



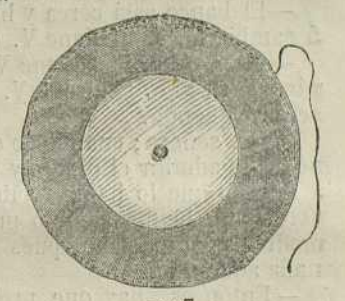
N.º 4.



N.º 11.

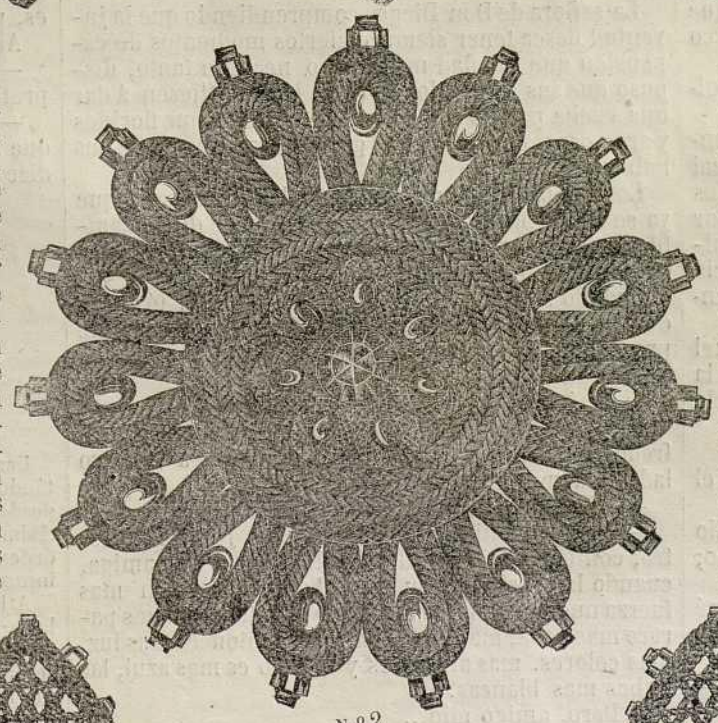


N.º 16.

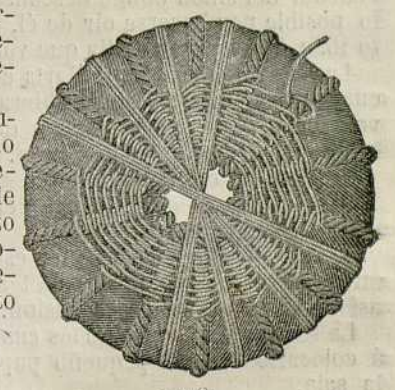


N.º 7.

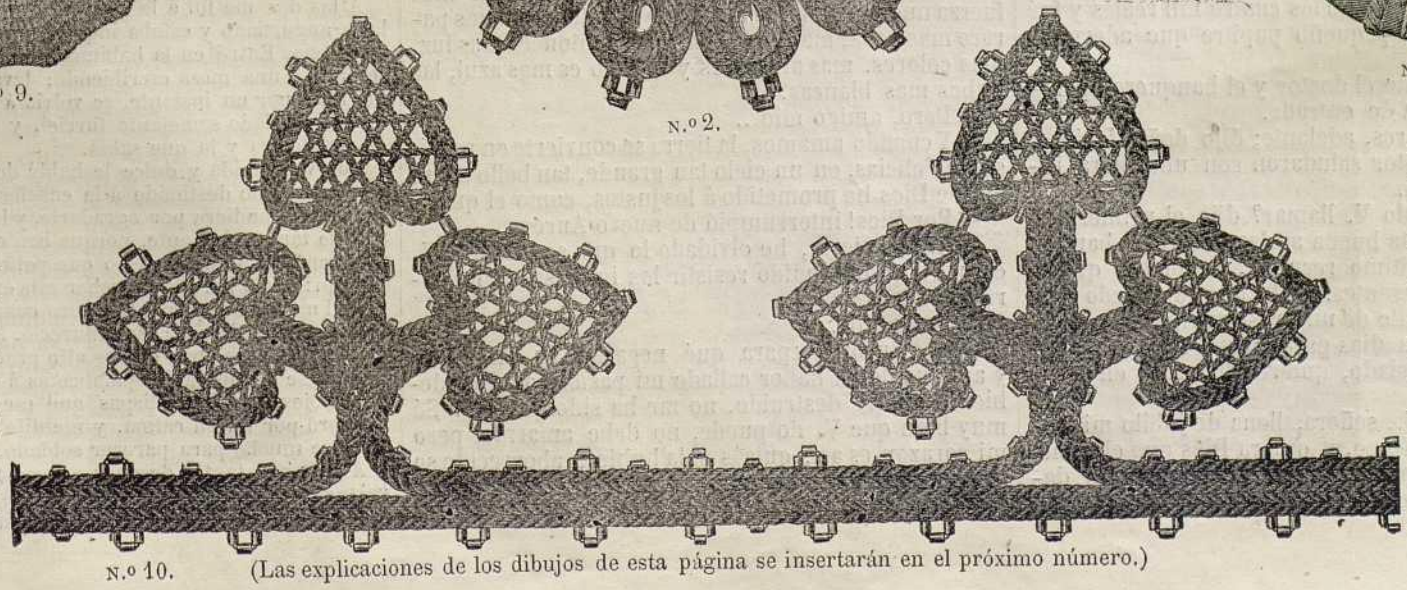
N.º 9.



N.º 2.



N.º 8.



N.º 10.

CARIDAD.

(*Conclusion.*)

—Y Alfredo? preguntó Julio que se extrañaba de no ver á su amigo.

—Está malito, hijo mio, contestó la señora María depositando un beso en la frente del niño.

—¿Es cierto, señora?

—Y muy cierto, por desgracia, replicó la madre.

Y contó á doña Marta y á sus hijos cuanto habia ocurrido la tarde en que conocieron á Alfredo.

—¿Y el médico asegura que podrá salvarse?

—Así nos lo repite todos los dias; pero yo voy creyendo que la ciencia no conseguirá nada.

—Pues es preciso que se le busquen á toda costa los mejores médicos de España, del mundo, si no bastaran estos; nosotras le hemos traido esa desgracia, justo es que procuremos por cuantos medios estén á nuestro alcance, volverle la salud.

—Pero su posicion de V., señora... se atrevió á decir la señora María.

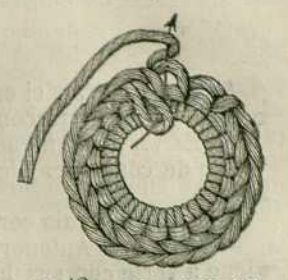
—Mi posicion es muy buena ya, á Dios gracias.

Y doña Marta contó á su vez el cambio favorable que en su fortuna habian experimentado aquellos dias.

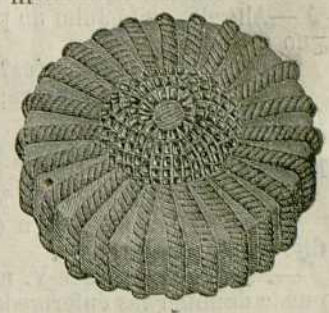
—Todo, concluyó diciendo; todo lo que Vdes. necesiten corre de mi cuenta. Él hizo mucho por nosotras y hoy debemos hacer cuanto esté en nuestra mano, aunque nunca valdrá lo que su generosa accion. Vamos á verle.

—Vengan Vdes., que aunque loco, su locura no le impide recibir visitas.

La señora María los condujo á una alcoba que habia en la misma sala y en donde, sentado en una butaca, estaba



N.º 12.—EJECUCION DE LA LABOR AL CROCHET PARA FORRAR UN BOTON.



N.º 5.

(Las explicaciones de los dibujos de esta página se insertarán en el próximo número.)

Alfredo sacando cuentas con los dedos.

IX.

Al verlos entrar, el enfermo se incorporó sobre su asiento y murmuró con voz débil:

—¿Es V., don Antenor? Ahora voy, estoy concluyendo de contar los diez y seis duros. Uno... dos... tres...

Y el jóven seguia contando con los dedos.

—No es don Antenor, hijo mio, es doña Marta que viene á verte con sus hijos. Mírales, Aurora y Julio.

—Somos nosotros, amigo mio, ¿no nos conoce V.?

—Aurora... sí, Aurora... ella fué... estaba tan pobre... y era tan bonita... tan bonita...

—Alfredo, gritó Julio no pudiéndose ya contener, ¿no me conoces?

—Conocerte! ¿quién eres?

—El hermano de Aurora; Julio, el niño aquel que te pidió limosna.

—Ah! sí, el de los diez y seis duros... Ahora los buscaré... Uno, dos, tres...

—Infeliz! murmuró doña Marta.

—Ya vé V. si hago bien en no creer al médico, dijo la señora María.

—Nada de eso; hace V. muy mal. La ciencia no puede dominar las enfermedades desde su principio, sin embargo, con la ayuda de Dios, las corta en su desarrollo, y Alfredo está en ese caso.

—Aseguraba el médico que la enfermedad era solo en la parte moral.

—Y no se equivocaba. Pero salgamos de aquí; mis hijos se quedarán al lado del enfermo y entretanto pensaremos el medio mejor para volverle á la razon.

Las dos señoras salieron de la alcoba, dejando en ella á Aurora y Julio que habian tomado asiento al lado de Alfredo.

—Ante todo, dijo la madre de Julio, es preciso que mande V. á cambiar este billete de cuatro mil reales.

La señora María tomó el billete, salió de la estancia y poco despues volvió con el dinero.

—El banco está cerca y he preferido ir yo misma á cambiarlo. Aquí tiene V. el dinero.

—Bien. Ahora acábeme V. de contar los infortunios de su hijo. ¿Entregó V. el importe de la letra al señor Oquendo?

—No, señora; cuando le conté nuestra desgracia, no quiso admitir el dinero y vino él mismo á decirle á Alfredo que lo habia recibido ya. Gracias á su generosidad, hemos podido procurarle toda clase de medicinas al enfermo, pues en casa no quedaba ya nada aquel dia.

—Entonces, hay que probar el último recurso. Mande V. llamar al señor Oquendo y al médico que ha asistido á Alfredo. Tengo confianza en Dios y creo que hemos de salir airosos de nuestra empresa.

Doña María salió á cumplir los encargos de su amiga y esta se asomó á la alcoba del enfermo.

Este, pronunciando aun palabras incoherentes, sonreia tranquilamente á Aurora que, con su angelical dulzura, procuraba distraer su imaginacion de las horribles ideas que la habian trastornado. Julio por su parte tampoco se descuidaba, y dando saltos alrededor del sillon donde descansaba Alfredo, hacia lo posible por hacerse oir de él, para contarle cuánto iban á divertirse el dia que volviera su padre.

Largo rato estuvo doña Marta contemplando aquel cuadro desolador, y aun hubiera seguido así, si la voz de su amiga, llamándola desde la sala, no la hubieran hecho volver la cabeza.

—¿Está ya todo? preguntó.

—Sí, señora; detrás de mí vienen el médico y el señor de Oquendo.

—Ahora es necesario poner este dinero en el sitio en que Alfredo acostumbraba tenerlo de ordinario; así será mas completa la ilusion.

La señora María recogió los cuatro mil reales y fué á colocarlos en un pequeño pupitre que adornaba la sala.

En aquel momento el doctor y el banquero aparecieron en la puerta de entrada.

—Adelante, señores, adelante; dijo doña María.

Oquendo y el doctor saludaron con una lijera inclinacion de cabeza.

—Nos ha mandado V. llamar? dijo el primero.

—Sí, señores; esta buena amiga quiere probar hoy con el enfermo el último recurso, y por eso quiere que estén Vdes. presentes. La locura de Alfredo proviene indudablemente de un préstamo que hizo á esta señora en aciagos dias para ella, y hoy, honrándonos quizas demasiado, quiere ayudarnos en nuestra empresa.

—La accion de V., señora, llena de júbilo mi corazon, replicó el médico, y quiera Dios que el remedio que V. se propone usar sea suficiente para devolverle al enfermo la salud, que la ciencia aun no ha conseguido encontrar para su pobre mente.

—Tengo fé, caballero, y confio en Dios.

—Pues vamos á la prueba, objetó el señor de Oquendo que no habia desplegado sus labios.

—Sí, vamos, añadió Doña Marta.

Y dirigiéndose á la señora María:

—Usted, continuó, se encarga de hacer ver á su hijo que los cuatro mil reales están en su escritorio; cuando consiga V. que llegue allí, entrará el Señor de Oquendo y al ir á contar el dinero, faltará una onza, que yo me apresuraré á entregarle como devolucion de la que anteriormente me prestara.

—Excelente plan! magnífico! gritó el doctor batiendo las palmas.

—Dios me lo ha inspirado, caballero, no la ciencia ni el estudio.

—Tiene V. razon, señora, Dios indudablemente querrá hacernos ver la impotencia del hombre, por mucho que profundice la ciencia, ante su poder inmenso; solo El puede inspirar esas ideas.

—¿Vamos? se atrevió á decir la señora María, cuya ansiedad iba en aumento.

—Sí, vamos.

Cada uno de los personages que desempeñaba algun papel en aquella prueba fué á colocarse en su puesto y solo el doctor quedó en la sala para examinar las distintas impresiones que sucesivamente habian de producir en Alfredo las escenas que iba á presenciar.

X.

Renunciamos á describir punto por punto las escenas que siguieron á la anterior entrevista. Todo se hizo como doña Marta lo habia dispuesto y el enfermo, recordando gradualmente cuanto por efecto de su enagenacion habia olvidado, al recibir de mano de aquella los diez y seis duros que le devolvía dejó correr las lágrimas por sus mejillas y sonrió á la buena señora, lánzandose á sus piés para besar sus manos.

El doctor, á quien Alfredo reconoció en seguida, aseguró que todo habia desaparecido y que por lo tanto su presencia era ya inútil en aquel sitio. No quiso Doña Marta dejarle marchar y le rogó que les acompañase aquel dia en la mesa, á lo que accedió gustoso el Galeno en gracia, segun él decia, del milagro que ella habia operado.

Con la comida se celebró alegremente tan deseado restablecimiento y todos eran felices, excepto Doña Marta que hubiera deseado tener allí á su esposo.

Cuando terminaron, el médico y el Señor de Oquendo se despidieron de aquellas bondadosas y honradas familias y estas quedaron solas en casa de Doña María.

La señora de Don Diego, comprendiendo que la juventud desea tener siempre ciertos momentos de espansion que la edad madura no necesita tanto, dispuso que sus hijos y los de doña María saliesen á dar una vuelta por los alrededores del pueblo que floridos y aromosos, convidaban al grato solaz y regalo de sus habitantes.

Los tres pequeños marcharon delante y Aurora, que ya se habia provisto de un sencillo trage de mozambique claro, apoyada en el brazo de Alfredo, marchaba con este un poco detrás de aquellos.

Cuando salieron fuera de la poblacion, la jóven se detuvo para contemplar el magnífico espectáculo que presentaba la vega, cuyo horizonte era el mar y suspiró débilmente.

—¡Qué hermoso es esto! murmuró.

—¡Ah! este punto de vista es admirable, añadió Alfredo, y cuando al contemplarlo tenemos á nuestro lado una mujer hermosa.....

—Alfredo! exclamó la jóven ruborizada.

—Cuando sentimos latir su corazon junto al nuestro, continuó diciendo Alfredo sin atender á su amiga, cuando la presion de su brazo hace correr con mas fuerza nuestra sangre, entonces la naturaleza nos parece mas bella, mas imponente: hay entonces mas luz, mas colores, mas armonías y el cielo es mas azul, las nubes mas blancas.

—Pero, amigo mio...

—Y cuando amamos, la tierra se convierte en paraiso de delicias, en un cielo tan grande, tan bello como el que Dios ha prometido á los justos, como el que...

—Por Dios! interrumpió de nuevo Aurora.

—Ah! es cierto, he olvidado lo que soy, lo que V. es; pero no he podido resistir los impulsos de mi corazon.

—Acaso Vd?..

—Sí, Aurora, ¿para qué negarlo? La amo á V. y aunque debia haber callado mi pasion, aunque debiera haberla destruido, no me ha sido posible. Sé muy bien que V. no puede, no debe amarme, pero mi corazon es así: quizás si la hubiera aborrecido se lo habria dicho lo mismo.

—Y porqué no amarle á V.?

—Soy tan pobre ..

—¿Y qué importa la pobreza si el porvenir es grande y es noble el corazon?

—Ah! V. cree...

—Creo que el amor, por mas que el espíritu del siglo le haya querido desfigurar, es siempre el mismo; no reconoce clases ni repara nunca en la distancia que puede haber entre los que se aman.

—Y en ese caso?..

—En ese caso, puedo ser franca con V.; mi corazon es de V. desde el dia en que entró en nuestro pobre sotabanco.

—¿Será posible?

—Puede V. creerlo.

—Oh! gracias, Aurora, gracias.

La conversacion giró desde entonces sobre el mismo punto y cuando regresaron á su casa era ya bastante anochecido.

Doña Marta, que le habia parecido notar algo en las miradas de los jóvenes, concluyó aquella noche por arrancar el secreto de su amor á su hija y cuando se sentaron á cenar, los hizo poner juntos, dándoles continuas bromas que asustaron al pobre Alfredo.

Antes de retirarse á su casa, la señora María era tambien dueña del secreto y oyó de los labios de su buena amiga las siguientes palabras:

—Cuando llegue mi esposo, la broma se convertirá en la realidad que ha de hacerlos dichosos.

CONCLUSION.

Dos dias mas tarde, la familia de Don Diego, establecida ya en un primer piso de una casita alegre y nueva de una de las mejores calles de la poblacion, recibia á aquel en sus brazos, llenos de contento y su esposa le contaba los acontecimientos de que últimamente habian sido autores.

Alfredo y su madre avisados en seguida por Aurora, fueron á visitarle y todos juntos convinieron en comer aquel dia en el campo, para celebrar la llegada de don Diego.

Así se hizo y cuando volvieron de la alegre gira, ya los novios tenian el permiso del ex-comerciante para su casamiento.

Doña María al recibir tan buena nueva, se arrojó en brazos de su amiga y ocultó sus lágrimas en su pecho.

—Lo vé Vd? la dijo doña Marta, conozco muy bien á mi esposo y sabia yo que no me lo habia de negar.

No tardó mucho en celebrarse la boda y cuando los novios salieron de la iglesia, el señor de Oquendo que habia sido el padrino, entregó un papel á Alfredo, diciendo al mismo tiempo.

—Ese es mi regalo de boda, amigo mio. Muy poco es, pero no puedo hacer mas.

Alfredo leyó el papel y dió un grito de alegría.

—Su sócio, su sócio ¡Oh! gracias, gracias generoso protector!

—Las gracias á Dios, Alfredo, replicó don Antenor, que hace siempre que sea una verdad el refran que dice que El dá ciento por uno.

M. SECO Y SHELLY.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Desde aquel momento no se ocupó mas de mí, contentándose con lanzarme de cuando en cuando una ojeada desdeñosa. Estaba tan desconcertado por aquel brutal recibimiento, que apenas sabia responder á las preguntas y órdenes que me dirigia el sargento primero, mi superior inmediato.

A las dos me fuí á la morada del capitan; mi corazon latia angustiado y estaba inquieto como si presintiese una desgracia. Entré en la habitacion del capitan y le hallé sentado á una mesa escribiendo; levantóse bruscamente, me miró por un instante, se volvió á lamentar de que se le hubiese dado semejante furriel, y me preguntó por fin de donde era y lo que sabia.

Con voz tímida y dulce le hablé de mi padre y le dije que habia sido destinado á la enseñanza. Le prometí hacer cuanto pudiera por agradarle, y le supliqué que no me tratase tan crudamente, porque con eso me causaba infinitamente mas miedo de lo que pensaba.

Al principio pareció escuchar mis explicaciones con gusto ó al menos con paciencia: pero cuando le rogué me tratase con mas dulzura, se enfureció, á juzgar por sus ademanes que reveleban el mas alto grado de irritacion. Escapábanse de sus labios palabrotas á manera de torrente, y sus ojos lanzaban chispas que me hacian estremecer. Recobró por fin su calma, y me dijo que tenia que espabilarme mucho para parecer soldado.

Algunos instantes despues me cogió la mano con benevolencia y me dijo:

—¿Me tienes miedo? ¿Tiemblas? ¿Cómo diablos te ha ocur-

rido la idea de ser soldado? Tienes todo el aire de un mocoso que debia estar aun en el regazo de su madre. Vamos, ten valor, yo te haré hombre. Lo que hago es por tu bien... Pero si quieres permanecer niño, te prevengo que no merecerás mi aprecio; cada uno á su oficio. Hace ya á fe mia mucho tiempo que se dejan permanecer en el ejército mequetrefes y viejos.

Mis temerosas respuestas, y sobre todo el desalentado acento de mi voz le disgustaron, y volvió á amenazarme, á injuriarme, á tratarme de mozuelo y de boquirubio, á lo que cediendo á un verdadero terror, acabé por prorumpir en lágrimas. Entonces su cólera no conoció ya límites; me apartó violentamente por el hombro, me echó fuera de la habitacion y cerró la puerta tras mí.

Con el corazon quebrantado, completamente abatido, espantado del porvenir que me esperaba, llegué lentamente á mi alojamiento, donde mi mala estrella encontró al sargento primero.

Este se esforzó en hacerme comprender que el capitan tenia efectivamente extrañas maneras, pero que no debia tomarse la cosa por lo serio, pues el capitan mismo así lo hacia. Añadió que nuestro jefe tenia buen corazon en el fondo, que era incapaz de hacer mal á nadie con propósito deliberado, y que lejos de eso, lo que acababa de pasar me probaria que tenia muchas simpatías hacia mí, y que verdaderamente queria hacerme soldado, dándome las cualidades de mi estado, que claramente me faltaban.

De cualquier modo que fuese, la manera de que se valia para modificar mi carácter, atormentaba mi corazon, causándome una verdadera desesperacion. Diariamente me abrumaba el capitan con rudas palabras, y se hubiera dicho que se esforzaba á impulsar mi sufrido espíritu á rebelarse contra su brutal conducta; hacia pedazos mis escritos, valiéndose de mil pretextos; me castigaba por los motivos mas ligeros, y me causaba sangrientas humillaciones en presencia de los soldados que en muchas ocasiones me veia obligado á mandar.

Dejamos bien pronto á Termonde para trasladarnos al campo establecido en las cercanías de Diest; despues fuimos acantonados por algun tiempo en diversos pueblos, y llegamos por fin á Mons, donde fuimos instalados en el principal cuartel.

En noviembre de 1831 nuestros sargentos primeros marcharon al depósito con el fin de reunir y coleccionar metódicamente los escritos de las compañías. Su ausencia duró seis meses, y durante este tiempo dejaron á los furrieles el cuidado de llenar sus funciones, agregando á cada uno de estos un cabo que los auxiliara. Yo me hallaba cargado con este motivo con una gran responsabilidad y un penoso trabajo. Mi timidez hacia que mi tarea me fuera mucho mas pesada de lo que era en realidad; la inquietud y los cuidados me quitaban el sueño por decirlo así y últimamente me acontecia algunas veces equivocar la ejecucion de las órdenes que se trasmitian.

Mi capitan persistia siempre en su intencion de hacerme soldado, como decia. Forzosamente me hallaba en contacto con él casi á todas las horas del dia; y cada vez que nos veíamos me trataba con la rudeza mas á proposito para desanimar á cualquiera; me castigaba despiadadamente y no perdia ocasion de desesperanzar y aterrar mi abatida alma. Poco á poco mi imaginacion enfermó y mi inteligencia se turbó. El capitan, al verle con aquellos ojos centellantes, tomó para mí la forma de un ser misterioso y de un genio maléfico que me seguia los pasos. Su voz me daba frio; una palabra suya amenazadora me hacia palidecer; de noche tenia sueños espantosos; me veia demacrar y morir, y cada vez que se dirigia á mi lecho de muerte la imágen del capitan, una risa sardónica se manifestaba en sus labios, como si se complaciese en contar los últimos instantes de la vida de su víctima.., Yo enflaquecia notablemente; mis megillas tomaron un tinte amarillento y trasparente, y aun cuando me quejaba pocas veces de mi suerte, sentia el presentimiento de una muerte cercana.

No vaya á creerse por esto que mi capitan fuese un mal hombre; pero ¡qué me importaba! Cuando la imaginacion, presa de una sobreexcitacion valetudinaria, se crea fantasmas, sufre su influencia como si realmente existiesen. Esto es lo que me sucedia á mí. Yo llegué á mirar, no solamente al capitan, sino á toda clase de hombres, como enemigos, y á aquel como un ser perverso y sin corazon, detestando en el fondo de mi alma el mundo y la sociedad, de que yo me creia inocente víctima. Huia de mis compañeros, y por la noche, cuando ocupaciones urgentes no me hacian trabajar, me metia en mi cuarto, y allí, solo, con la cabeza entre mis manos, soñaba pensando en mi vida pasada. El dolor me producia muchas veces una especie de éxtasis febril, y entonces me dirigia á Dios y le hablaba diciéndole que me doblegaba con resignacion al peso de su brazo, y que aguardaba tranquilamente la suerte que me reservara su voluntad suprema. Mientras que mis camaradas se entretenian fuera del cuartel y pasaban alegremente las noches, yo me complacía en atormentar mi propio corazon y destruir la energia moral que me era tan necesaria para no sucumbir al pesar... Yo sufria aquella afeccion terrible y casi siempre mortal que se llama mal del pais ó nostalgía.

El mal del pais es una extraña y misteriosa enfermedad del cerebro, causando la mayor parte de sus víctimas en los soldados jóvenes; las halla tambien entre los jóvenes criados, á pesar suyo en los colegios, lejos de la casa paterna; entre las jóvenes religiosas y entre los jóvenes presos; en una palabra, entre todos los hombres que sacados demasiado pronto de su pais natal conservan en cierto grado la sensibilidad de la infancia.

Cuando un soldado está amenazado de esta enfermedad, su rostro se cubre de una palidez característica; su mirada se hace indecisa, moviéndose sus ojos lentamente; su cabeza se inclina sobre el pecho, parece abismado siempre en un profundo extravío, y si se le habla sale de su desvarío sorprendido, como un hombre que se despierta sobresaltado. Nada le alegra; su sonrisa si es capaz de aparentarla, tiene la amargura y tristeza de un lamento. Huye de sus amigos y busca la soledad. Cuando sus compañeros se van á pasear, él queda en su cuarto: si están en el cuartel se oculta en algun rincon apartado, donde pueda entregarse en completa libertad á sus achacosos desvaríos.

Sueña siempre con los mismos objetos; sus ojos ven la casa paterna, la llanura ó la montaña que fué su cuna. Habla de su madre ausente; repite mil veces los nombres de sus amigos de la infancia; ve y oye cuanto le es querido en su pais natal. Su alma se mueve en un estrecho círculo; que esté sobre las armas ó no, haga lo que haga, sea cualquiera el trabajo á que se entregue, su espíritu no da lugar á otros pensamientos.

Aquella constante y exclusiva preocupacion hiere de tal modo su cerebro, que se apodera de él una parálisis crónica que acaba por robar completamente al cuerpo la excitacion nerviosa que le es tan necesaria. Poco á poco, el estómago del soldado atacado de nostalgia empieza á rehusar los alimentos, enflaquece rápidamente, sus miembros se cansan y sus movimientos se perturban. Al mismo tiempo en su interior se obra una revolucion terrible; sus pulmones se secan, se contraen y engendran en las misteriosas cavidades del pecho esos tumores duros y redondos que son una sentencia de muerte... Empieza á toser... se le da una papeleta para el hospital y sus camaradas le siguen con una mirada entristecida cuando deja el cuartel con paso lento y mal seguro... Saben bien que no volverá.

¡Cuántos soldados jóvenes toman aquel fatal camino! y aquellas son siempre las almas mejor dotadas, los corazones mas sensibles; el hombre rudo y grosero, aquel á quien dominan los instintos materiales no es acometido por el mal del pais.

Muchos médicos militares cuando descubren los síntomas de este mal en un recluta, se esfuerzan por conseguir una licencia que le permita volver por algun tiempo á la casa paterna. ¡Ojalá todos obraran así! Este es el único é infalible remedio, pues los demás no hacen mas que apresurar el fatal desenlace. Pero este remedio es preciso aplicarle á la aparicion de los primeros síntomas que siempre son fáciles de reconocer; pues cuando ya la nostalgia ha depositado en los pulmones los gérmenes de la muerte, es demasiado tarde para que obre con eficacia un socorro humano.

Para colmo de desgracia, el cabo que me dieron para ayudarme desertó por aquella época despues de haber cometido algunas falsificaciones, y llevándose sus mantas. Tenia yo que reembolsar el valor de estos últimos objetos y de una cantidad considerable de pan deduciéndome de la paga esta suma que era enorme para mí. Además, me acusaron de descuido, de falta de vigor y hasta de cobardía.

Aquel dia tuve que sufrir de mi capitan fuertes reconvenciones que me abatieron y apagaron en mí el poco amor que á la vida me quedaba.

Por la noche mientras deploraba yo mi infortunio, un frio glacial se apoderó poco á poco de mis miembros, y comencé á temblar fuertemente. Acostumbrado á verlo todo por el lado peor, creí que mi última hora habia llegado. Muy luego mi cabeza se inflamó y mi piel ardía. Este estado duró hasta media noche, y acabé por dormirme con un sueño agitado. Me habia acometido una fiebre ardiente que me repitió todos los dias á horas distintas y siempre con mayor intensidad.

El hospital, como á todo simple soldado, me inspiraba una viva repulsion, estaba persuadido de que si entraba en él me sacarian cadáver, por esta causa disimulé mi enfermedad y supliqué á los compañeros que lo sabian que no dijeran nada.

Al dia siguiente del primer acceso, escribí á mi padre una carta llena de lamentos y bañada de lágrimas, le decia que si deseaba verme se apresurase; pero la idea de que esta carta afligiria demasiado á mi padre, me decidió á rasgarla y á escribirle otra en la cual me limitaba á quejarme con tristeza, pero con moderacion, y le suplicaba me hiciera una visita.

Me respondió que estaria en Mons dentro de cinco ó seis dias; mas entre otras cosas decia esto:

«Me manifiestas que tu capitan te trata como á un esclavo: ¿qué significa esto? ¿qué haces para que te traten así? Creo que tienes en ello bastante culpa, pues tu carácter no es lo que debia ser. Las ideas *filosóficas* que andan por tu cabeza son la verdadera causa de tu descontento y de tu mala voluntad. Esto es lo que te hace desagradable á tus jefes y compañeros, que sin duda observan tu mal humor, sobre todo cuando tienes que hacer una cosa que no te gusta. Créeme, cambia el giro de tus ideas, pues si no serás desgraciado lo mismo en la vida civil que en el servicio. La vida no es un sueño como suponen los *filósofos*, es una verdadera lucha; el enemigo es el destino, y sale uno vencedor cuando sabe mirarle intrépido de frente.»

Mi buen padre conocia mi corazon, y en esta circunstancia me indicaba con toda claridad la herida que hacia sangrar mi alma.

Pero en el estado en que me hallaba yo era incapaz de comprenderle; sus sabias advertencias produjeron el efecto del aceite en la lumbre, no hicieron mas que avivar el dolor que me minaba, y me creí abandonado de todos hasta de mi padre.

Al otro dia la calentura me dió desde por la mañana. Eran las diez y acometido por los primeros temblores me hallaba tendido en mi cama medio vestido. En aquel instante el capitan entró en mi cuarto y yo muy asustado me puse en pié y durante un instante comprimí los sacudimientos de la fiebre, pero el mal venció y comencé á temblar mas fuerte que antes. Además, mis pálidas megillas y mis lábios cárdenos indicaban suficientemente cual era mi estado.

Despues de haberme contemplado con ojo penetrante, el capitan exclamó:

—¿Tienes calentura? Hay que dar parte; irás al hospital.

Y al ver como me espantaba esta palabra, añadió:

—¿Qué significa eso?

—¡Ah! capitan, exclamé con tono suplicante y tendiendo hacia él mis manos cruzadas, no me hagais ir al hospital; estoy seguro de morirme.

—¡Cabeza sin seso! murmuró; creo que, con efecto, dices la verdad. Pues bien, anímate y sígueme, yo *te curaré*.

Y como me vestía con lentitud, se puso á dar muestras de impaciencia, á echarme en cara mi falta de energía, y á decirme tan malas palabras, mientras repetia que estaba en la intencion de curarme, que estuve á punto de desmayarme de espanto con la idea de que meditaba contra mí algun horrible proyecto.

(*Se continuará.*)

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

I.

Una tarde del mes de Mayo de 1859 me paseaba del brazo de un amigo por el Boulevard de la Magdalena. Era un verdadero dia primaveral, de cielo azul oscuro: el follage naciente de los árboles, no tenia todavía ese aspecto polvoroso de que tan pronto se cubren los campos en París; un poeta á través de su prisma lírico, les hubiera tomado por ramilletes de esmeraldas. La brisa soplaba á nuestro lado, llevándonos las suaves y frescas emanaciones del mercado de las flores. Era un buen día del mes de la Vírgen y del bello mes de los poetas.

Enrique de Pontmolain y yo conversábamos ligeramente de todo cuanto se nos ocurria y de cuanto pasaba por delante de nuestros ojos, ya politicando, filosofando, criticando, riendo, en fin desflorándolo todo, sin profundizar en nada, disfrutando con delicia de los hermosos rayos del sol que alegraban nuestros corazones.

De repente á pocos pasos de nosotros en la esquina de la calle Duphont resonó un grito desgarrador, vimos correr y aglomerarse algunos transeuntes.

La gente en París, el pueblo espiritual por excelencia, és un poco novelera por no decir un mucho. ¿Y se puede ser parisien sin esto?

—Algun accidente, me dijo mi compañero.

—¿Lo crees así?

—Vamos á verlo.

Llegamos al límite de la multitud, yo me empiné sobre las puntas de los piés.

Dos obreres acababan de levantar y sentar sobre el borde de la acera á una pobre anciana mas pálida que un cadáver.

Uno de ellos la decía:

—Qué és esto, buena señora? Qué os ha sucedido? Cómo habeis caido cual larga sois en medio de la calle? Estais enferma?

—Sí, sí, respondió ella con voz desfallecida.

—¿Tendreis acaso necesidad! la dijo el otro obrero.

La infeliz ocultó su cabeza entre sus dos blancas manos y guardó silencio.

Es una pobre mendiga y tiene hambre, dijo el otro. Vamos, señores y señoras, dadle alguna limosna, yo doy el ejemplo, ¿no hay quien favorezca á la pabre anciana?

Diciendo así el obrero habia puesto una moneda en manos de la mendiga; se quitó la gorra y la paseó por entre la multitud esperando el óbolo de la caridad.... pero en vano, las gentes fueron desfilando sin seguir el ejemplo del generoso obrero.

Nosotros aunque nuestra bolsa no estaba muy provista reparamos la indiferencia de la multitud, pensando siempre en que Dios se encarga de reembolsar los gastos que se hacen en una buena accion. El obrero que habia contribuido el primero, nos agradeció con una expresiva mirada las monedas que habiamos depositado en su gorra y se dirigió á la pobre entregándole el producto de su cuestacion, ayudándola á levantar.

—Vamos, buena señora, aquí tiene V. ya para comer una semana, idos á casa. ¿Dónde vivis?

—¡Ah! yo no tengo casa!

—Tendreis familia ó amigas.

—Y bien, id á tomar fuerzas en alguna parte, á reponeros, siquiera tomad un vaso de leche.

—No puedo andar.

—¿Quereis ir en un coche?

—Yo pagaré el cochero, dijo Enrique.

Durante este diálogo una hermosa berlina con escudo de armas se habia detenido en la esquina del Boulevard. Una señora de unos cincuenta años vestida con severa elegancia, habia descendido del carruaje blasonado y penetrando por entre la multitud, oyó las últimas palabras del obrero.

—¿No teneis domicilio? preguntó con bondad á la anciana.

—¡Ah! no, señora.

—¿Y no podeis andar?

—No.

—Venid conmigo, yo os llevaré hasta mi carruaje y procuraré que nada os falte en lo sucesivo.

—¡Gran corazon! exclamó uno de los obreros, mirando á la noble dama con una mezcla de admiracion y respeto.

Su camarada por un lado y él por otro ayudaron á la mendiga á subir al blasonado carruaje, saludando á la desconocida bienhechora que les respondió con una sonrisa

de gratitud: despues subió ella misma á su berlina y dijo al lacayo que parecia muy acostumbrado á riesgos de esta naturaleza:

—A casa.

La multitud que no habia tenido un maravedí para socorrer á la pobre mendiga que se moria de hambre, tenia deseos de aplaudir tan magnánima accion. En aquel momento creo que hubiera tenido efecto una segunda cuestacion. Tal és el privilegio de la caridad, el ejemplo la multiplica y ablanda los corazones mas duros y mas indiferentes.

La berlina se habia alejado.

—Para que una mujer del gran mundo, dije yo á Mr. de Pontmolain, ponga así públicamente los piés en el lodo abandonando su carruaje, es preciso que sea un ángel.

—Esa mujer lo és en efecto.

—¡Oh! es grato ver la riqueza en tales manos.

—Pues la casualidad la ha colocado.

—¿La conoceis, pues?

—A quién?

—A esa mujer, á ese ángel.

—Sí.

—¿Su nombre?

—Es la providencia de los pobres. Ella fué pobre tambien, tan pobre que hubiera envidiado á esa misma mendiga á quien hoy socorre.

—De veras?

—Es todo una historia.

—Contádmela, querido Enrique.

Continuamos nuestro paseo por los campos Eliseos, y Mr. de Pontmolain me refirió lo siguiente.

II.

Sin duda que habreis pasado, aunque no sea mas que una vez, por la calle de la Fontaine Moliere, delante de la travesía de Saint Honoré. La calle es estrecha y sombría, y habreis apenas notado en la esquina del Clos Georgean, la habitacion de Mr. de Voltaire, y todavía menos quizá frente por frente una alta y vieja casucha que no tenia mas de notable que sus herrages de dos siglos enmohecidos por el tiempo; hoy están despojadas estas dos casas de su carácter original. La primera, aquella donde Lekain ensayaba sus primeros trágicos, pertenece hoy á Mr. Pongerville, uno de los miembros de la academia francesa, su único propietario que parece ligan el pasado con el presente. La segunda de estas casas, la del herraje enmohecido, tuvo por dueño á German Domarus, notario real, mayordomo de honor de la iglesia parroquial de Saint Roá!, corresponsal de la sociedad lírica de Valenciennes &. He dicho tuvo, porque le perteneció en la primera mitad del siglo pasado; entonces la visitaban muchos clérigos, amigos del amo y se veian con frecuencia en la puerta del célebre notario blasonadas carrozas, de donde se apeaban multitud de marquesas y duquesas, no siendo difícil encontrar allí casi á todas horas los suizos que llevaban con orgullo la luciente alabarda y la severa librea, ni ver á través de los barrotes de las altas ventanas rostros finos y expresivos que ya reian ó lloraban al hacer un testamento ó un contrato.

La morada del difunto notario Real ha perdido por decirlo así, la vida; medio aruinada vá desmoronándose poco á poco. Hace seis años pertenecía en toda propiedad á Mr. Bernardo Domarus, venerable y venerado sacerdote, hijo del notario de lo travesía Saint Honoré.

Los Domarus descendian de Bretaña de los alrededores de Redon y pertenecían á una antiquísima familia gozando de la doble consideracion que inspira el nacimiento y los méritos personales.

Bernardo Domarus se empeñó en ordenarse apesar de la resistencia de su padre y de los sacudimientos de la revolucion que ya se presentía en el horizonte social. Esta natureleza franca y generosa tenia necesidad de luchar y de sacrificarse; quiso consagrar á Dios todas las fuerzas de su ser, inundándose su alma de poeta con los torrentes de la divina gracia; se puede decir que era un ángel sobre la tierra.

Genoveva su nodriza habia sido siempre el ama de gobierno del abate Domarus y cuando esta murió quedó su hija Marta sustituyéndola en los cuidados del viejo sacerdote; mas sin duda era su destiuo ver caer á su lado todas sus afecciones, teniendo siempre un vacío en su resignada existencia porque Marta se reunió muy pronto á su madre. Entonces miró en torno suyo para ver quien la remplazase; deseo difícil de conseguir porque son pocas las almas generosas, nobles y justas, y no veia á su lado ninguna santa mujer capaz de llenar la doble pérdida que habia experimentado.

Esperó una semana, dejando á la providencia el cuidado de proporcionarle una buena servidora.

Una mañana resonó en la puerta de la casa un tímido golpe; el viejo sorprendido dejó su gran sillon de damasco oscuro y descendió á lentos pasos al primer piso, abriendo la puerta de la calle.

Una mujer pobremente vestida y con el velo echado preguntó con una voz temblorosa por la emocion:

—Mr. el abate Domarus?

—Yo soy, señora.

—Desearia tener el honor de hablaros! quizá sea un atrevimiento... pero he supuesto...

—Entrad, entrad, señora, dijo el anciano invitándola con el jesto. Permitid que os enseñe el camino.

Y subió delante la oscura escalera. Cuando entraron en la sala que ocupaba generalmente el viejo sacerdote, quiso este aproximar una silla; pero la desconocida lo evitó diciéndole con una animacion extraña.

—No, no; señor abate, yo debo hablaros de pié.

—Sentaos, señora, os lo ruego, dijo este con bondad.

El abate habia recibido la experiencia que dan los años, y no las enfermedades, conservando en toda su plenitud sus facultades intelectuales y sobre todo la memoria que era prodigiosa y le hacia recordar hasta las mas pequeñas cosas de su niñez.

Desde luego le chocó el contraste que presentaba el aspecto miserable de la desconocida con la distincion de sus maneras, y la actitud humilde que tomaba con la finura de sus palabras, comprendió que habia sido desgraciada y que quizá su humildad presente encerraba un pasado de splendor; sin saber porqué le pareció que tenía todo el eaire de una mujer distinguida y volvió á insistir para que tomase una silla.

—No, señor abate, respondió ella con lentitud; yo no debo sentarme.

—Entonces estaremos los dos de pié, dijo el abate con bondad.

Y como uniese la accion á la palabra la desconocida se sentó precipitadamente con respetuosa deferencia.

—Señor abate, dijo entonces ella con voz triste, estoy sola en el mundo.

—Tambien yo, señora.

—Sé que habeis perdido á la buena Marta.

—Buena, sí; lo era en verdad.

—Yo vengo á pretender....

—Hablad.

—Remplazarla.

—¿Vos, señora?

—Yo, señor abate.

Habia tan profunda resignacion y tanta firmeza en la voz de la desconocida y respiraba tanta nobleza su persona, que el anciano experimentó súbitamente una simpatía por ella que tenia mucho de admiracion y de gratitud. Comprendió que el cielo habia guiado los pasos de aquella mujer, y respondió despues de un instante de silencio.

—Yo no sé vuestro nombre, señora, no os conozco; pero hay algo en vos que me anuncia vuestra bondad y vuestra distincion haciéndome suponer que este destino és inferior de todo punto á vuestra educacion y á vuestro mérito; sin embargo si vos lo deseais, acepto vuestra proposicion.

—¡Oh! gracias, señor abate, respondió ella con viva gratitud.

—Doy gracias á Dios por haberos conducido aquí; desde hoy mi casa será la vuestra, y vos sereis mi amiga, no mi criada.

—Seré vuestra servidora, respondió ella con firmeza.

—Sereis mi amiga, contestó el anciano; conozco que habeis sufrido.

Ella levantó los ojos al cielo.

—Y bien, yo os consolaré, rogaré al cielo por vos y la paz volverá á vuestro corazon con la espesanza de una vida mejor.

La desconocida se acercó á la ventana y levantó su velo.

—¿No me engaño? ¿Sois vos, María? Hace veinte años que no os he visto y sin embargo os conozco ¡pobre niña! ¿Me direis por qué clase de infortunios ha pasado la hija de los condes de Rozancourt para querer remplazar en mi casa á mi criada Marta?

En pocas palabras María de Rozancourt, pues ella era, refirió al abate todas sus desgracias.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

Solucion al logogrifo inserto en el número 45.

Despues de pasar un rato
devanándome los sesos
para darle solucion
al logogrifo que inserto
ví en LA MODA el otro dia,
lo que saqué en claro es esto:
Un color, sin duda, es *ocre*:
un rio de España es *Duero*:
es un suplicio la *horca*:
una madera es el *cedro*:
cuero se llama una piel:
un metal es el *acero*:
oda es poesía: nave, *urca*:
ruda, yerba: animal, *cerdo*:
arca, mueble: piedra, *roca*:
planta espinosa en extremo
es el *cardo*: está en la China
Corea: el sonido es *eco*:
olor malo es el *hedor*:
duo en la música encuentro,
y *ara* en el altar: *recado*:
duro es moneda: es el *credo*
símbolo del cristianismo:
si registro el mapa veo
en la América *Arauco*:
es el *arado* instrumento
de labranza: argolla, es *aro*:
que se llama *cuadra*, creo
un local de bestias, y ellas
en conjunto y movimiento
pueden formar una *recua*:
es la *carda* un instrumento
fabril (si no me equivoco):
odre, se llama un pellejo:
es la ensenada una *rada*:
crea, tela: *cerda*, pelo:
bárbara tribu es la *horda*:
era, cómputo del tiempo:
lo que por sí nada vale
no hay que decir que es el *cero*:
lo que mas que vale cuesta
es *caro*, (yo no lo niego):
cierto término forense
me figuro que es *careo*;
una porcion de la esfera
es el *Ecuador*, (muy cierto):
por mar y tierra camina
la *rueda* que es un contento:
nadie ignora que es la *rueca*
un femenil instrumento:
una pintura es un *cuadro*:
un viento fuerte es el *Euro*:
cura exige la dolencia:
arco es obra de arquitecto:
la *cara* la arruga afea:
es *Adra* un andaluz puerto:
es el *aura* viento blando:
cera alumbra: estera es *ruedo*:
llámase á Dios *Hacedor*:
en todo reloj observo
que si tiene *cuerda* anda
y que al andar, no hay remedio,
sino que ha de dar la *hora*.
Ahora bien, si voy reuniendo
las letras, y con cuidado
las voy combinando, es hecho,
cara á cara y frente á frente
con **ahuecador** me encuentro.

J. R.

ADVERTENCIA.

Siendo en la actualidad considerable el número de composiciones en verso y prosa que existen en nuestro poder, remitidas para su insercion por muchos de nuestros suscritores, y teniendo resuelto, á fin de evitar quejas, el que aquellas vayan publicándose por turno rigoroso de remision, nos vemos obligados á suplicar á las personas que con sus trabajos literarios nos favorecen, se sirvan suspender el envío de los que piensen destinar á este periódico, hasta nuevo aviso nuestro, que tendrá lugar tan pronto como nos sea posible dar salida á los muchos originales, que por el expresado motivo no han podido aun ser publicados.

EL DIRECTOR.

OTRA.

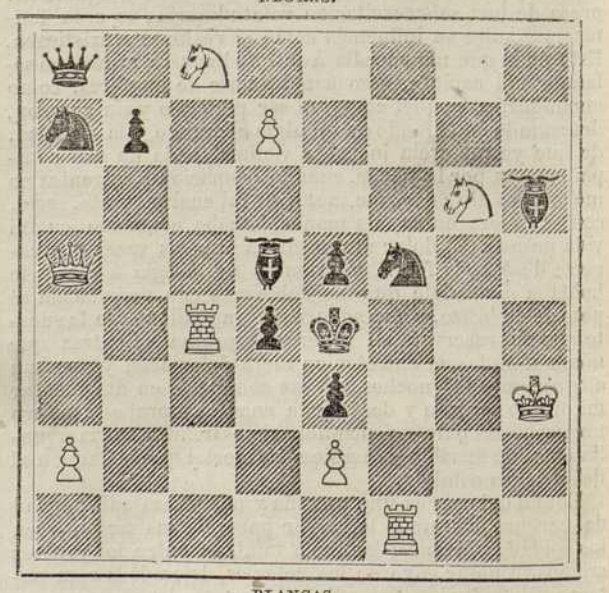
Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

En el problema anterior se ha cometido un error: un Alfil blanco ha sido colocado en la 1.ª casilla de la T. del R., en lugar de un Alfil negro. Rogamos á nuestros lectores se sirvan hacer la rectificacion.

PROBLEMA N.º 108, COMPUESTO POR M. ENGLEHARDT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 48.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

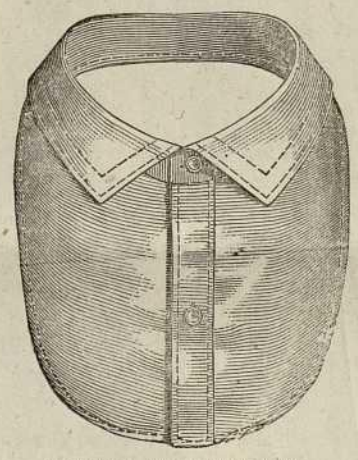
Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

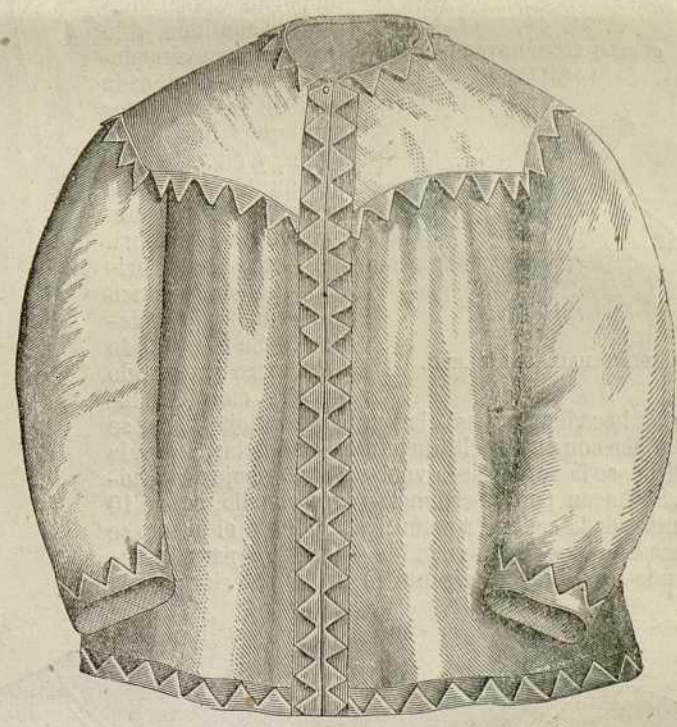
Sumario.— Explicacion de la hoja de patrones: Camisola para señora. — Camiseta para caballero.—Adornos para paletots, etc. — Camisola con guarnicion á puntas.—Peinador para señora.—Camisa con muceta estrecha.—Camisa para señorita. — Camisa de dormir para caballero.—Cuello con puntas para idem.—Camisa de caballero.—Pantalon para señora.—Puños para caballero.—Cófia de dormir para señora.—Alfabetos, coronas, etc.—Camisota de percal.—Grabado de modas.

Pensamientos íntimos.—Revista de París—La Vírgen de las Rosas.—Recuerdos juveniles.—Cartas Florentinas.—Problemas de ajedrez.—Figurin iluminado.



CAMISETA PARA CABALLERO.

CAMISOLA PARA SEÑORA.



CAMISOLA CON GUARNICION Á PUNTAS, PARA SEÑORA.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Camisola para señora.

Esta camisola está dispuesta en pliegues pequeños; la guarnicion se compone de entredoses de encage que tengan centímetro y medio de ancho, y de encage de un centímetro de ancho; por debajo de los entredoses se recorta la tela. En todas partes las costuras de los entredoses y de los encages va cubierta por tiras estrechas pespunteadas. El dobladillo del delantero de la derecha se guarnece con 2 encages; las mangas llevan una guarnicion análoga á la de la camisola.

Camiseta para caballero.

Figs. 49 á 51 (verso) del patron.

Es de lienzo fino. Se cortan por la fig. 49 dos pedazos de lienzo puesto doble, la tirilla del cuello y este enteros por las figs. 50 y 51, que representan sus mitades; se cosen juntas ámbas telas por el contorno, á bastilla, redoblando uno contra otro los dos pedazos; á un tercio de centímetro del contorno se hace una costura pespunteada. Sobre el borde del delantero de la izquierda se pespuntea una tira de lienzo de 2 centímetros de ancho, que haga las veces de falso dobladillo ó tabla, en la que se hace un ojal; se pone un boton en el delantero opuesto. El cuello se coge entre las dos telas de la camiseta; se le cose juntando las cifras iguales; se pone un boton y se hace un ojal en la tirilla.

Adornos para paletots, sacos y chaquetas, correspondientes á la doble plancha del n. 45.

(Véanse estos dibujos en el n. 47.)

N.º 1.—El centro de este broche se compone de un pedazo redondo de carton que tenga 3 centímetros de diámetro, cubierto de reps negro de seda, y adornado con cuentas pequeñas; se cosen al rededor cinco filas de trencilla dispuestas en espiral; siete hojas parten de este centro; se las hace con trencilla cuadrada que se cose una con otra, y cuentas; una cuenta gruesa tallada fija cada una de estas hojas.

N.º 2.—*Rosácea de cordon de seda y cuentas.*—Se toma un pedazo redondo de carton de 4 centímetros y medio de diámetro, se le cubre con tafetan negro, luego con cordon, y se pone en su centro una rosácea pequeña hecha de cordon. El cerco se hace como la rosácea, con cordon y cuentas; se cosen los buclecillos que le forman por el revés del disco de carton.

N.º 3.—Las presillas de esta orla se hacen por separado, cada una con un pedazo de carton fino, cubierto de tafetan y con trencilla cuadrada; se rodean con una trencilla adornada de cuentas. Un dibujo especial reproduce una de estas presillas vistas por el revés, é indica al mismo tiempo el procedimiento de su ejecucion.

N.º 4.—Se preparan presillas como para la orla n.º 3; se las circuye con dos órdenes ó ringleras de cordon, que sirven para unirlas á un galon; cada presilla se fija por un boton de facetas.

N.º 5.—Boton de tafetan, cordon y cuentas.—La hormilla de madera de aquel tiene 3 centímetros de diámetro y 3/4 de centímetro de espesor.

N.os 6 y 7.—*Procedimiento para forrar de seda una hormilla de madera de un boton.*—Se corta el pedazo de tela mayor que el molde, se frunce el contorno de la tela; luego se aprieta el fruncido y se le adapta á la hormilla; por debajo se pasa una hebra de seda cruzándola, á fin de poder pasar la aguja por allí para fijar el boton.

N.os 8 y 9.—Boton plano de madera forrado de tela; se cruza por encima un cordon, luego se cubre á punto de zurcido.

N.º 10.—*Orla al crochet de cordon y cuentas.*—El fondo de las hojas de trébol se rellena con bridas cruzadas. Se trazan los contornos de la orla sobre

Acompaña á este número el patron n.º 14 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

papel, se cose el cordon, y luego se separará la orla del papel.

N.os 11 y 12.—*Botones cubiertos al crochet.*—Estos botones son hormillas de madera cubiertos primeramente con tela y luego al crochet, todo á puntos sencillos, yendo siempre de izquierda á derecha en espiral. Este género de crochet conviene particularmente para las pasamanerías; se hace con seda. Para el boton n.º 11 se rodea 7 ú 8 veces con una hebra de seda, un molde de 2 centímetros y medio de circunferencia, ó bien un lápiz grueso; se quita el molde de red, y se cubre este círculo con puntos muy apretados hechos al crochet; se saca el crochet, se vuelve la labor y se hacen por el revés puntos sencillos de izquierda á derecha, picando siempre en el lado de delante de cada punto (véase el dibujo n.º 12). En las vueltas siguientes se pica siempre en el lado de detrás de cada punto; se trabaja sin crecidos ni menguados y se hacen 7 vueltas; se estiende esta labor sobre un boton, puedando el *revés* por el *derecho* del boton. En el centro se pone un boton de azabache.

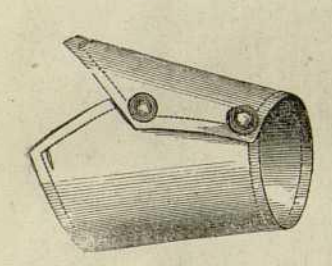
N.º 13.—Se hace este boton como el anterior; se le principia por el centro con 4 puntos y se trabaja en redondo, creciendo.

Costura de un boton.

N.º 14.—Se pone el boton sobre la tela, manteniéndolos fuertemente juntos, y se cose aquel por el revés (véase el n.º 15) con hilo muy fuerte; se trae la aguja al derecho, se rodea 6 ú 8 veces el cabo del boton con el hilo, se lleva este por el revés y se le apunta.

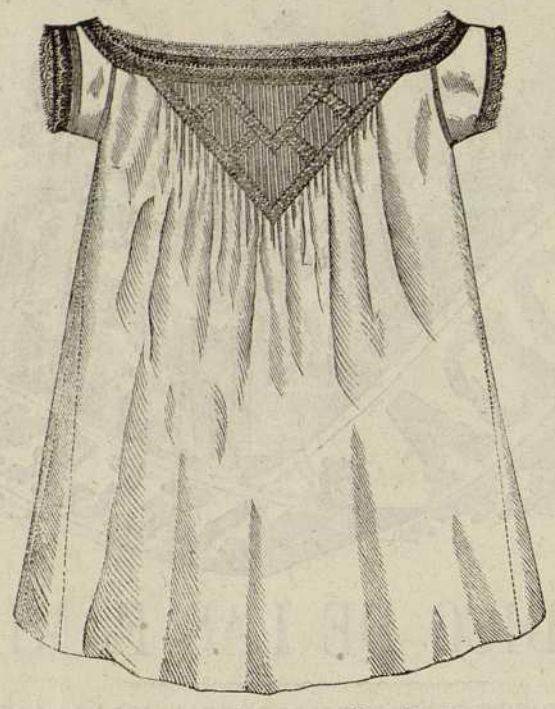
Orla al crochet con cuentas.

N.º 16.—Esta orla se compone de hojas hechas por separado, y luego adornadas con cuentas. Se toma seda, se hace una cadeneta de 33 puntos; se pasan los 3 últimos, y en los 5 siguientes se hace: un punto-cadeneta, —2 puntos sencillos, —una media brida,— una brida y en el punto que contiene ya la brida, se hace una doble brida, — en cada uno de los 2 puntos siguientes una doble brida, y en este último punto otra doble brida,—en los 4 puntos siguientes una brida,— una media brida,— un punto sencillo, — un punto-cadeneta.—Se repite todo esto, pero en sentido inverso, en el otro lado de la cadeneta hasta la punta de la hoja, luego se la rodea con una vuelta de puntos-cadenetas, se fija la hebra, se la corta y se la vuelve á atar debajo de la hoja. Se hacen puntos-cadenetas para el tallo, sobre 10 puntos de la cadeneta primitiva, y desde el último se hace una nueva cadeneta de 15 puntos para la segunda hoja, que se ejecuta como la anterior; en la última vuelta se la liga con la hoja anterior. Se hace la tercera hoja del mismo modo, principiándola en la punta inferior de la 1.ª hoja; se hacen puntos-cadenetas sobre los demás puntos de la cadeneta primitiva, para formar el tallo, luego se adornan las hojas con cuentas; se las reune para formar una orla; un dibujo especial reproduce una de las hojas *sin* las cuentas.



CUELLO CON PUNTAS PARA CABALLERO.

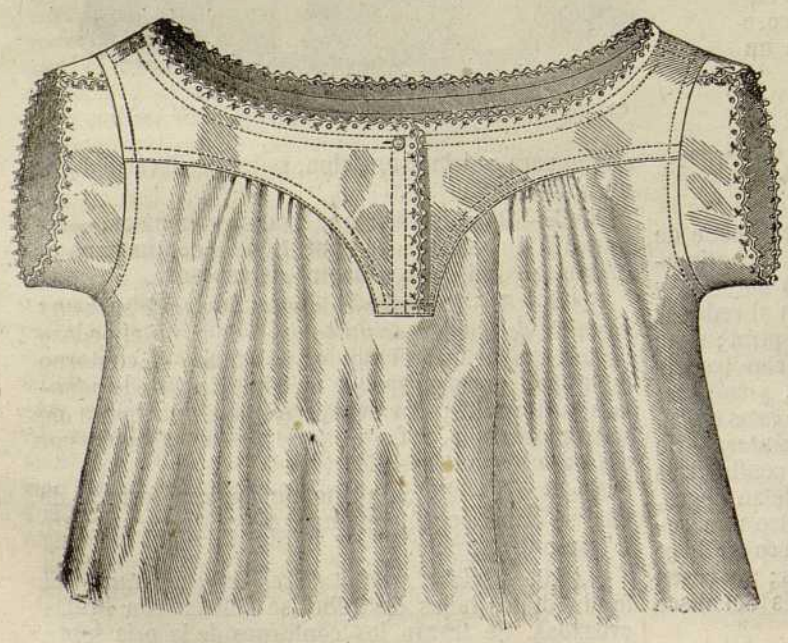
PUÑO PARA CABALLERO.



CAMISA PARA SEÑORITA DE 12 A 14 AÑOS.

PEINADOR PARA SEÑORA.

(Véase su explicacion en la hoja de patrones.)



CAMISA CON MUCETA ANCHA PARA SEÑORA.

Orla de frivolité.

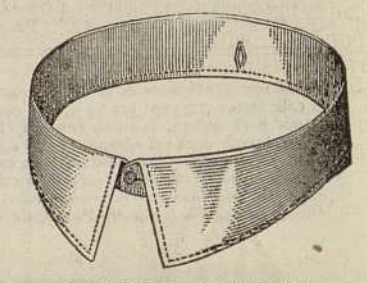
N.º 17.—Se hace con dos hebras de torzal grueso de seda, la una que sirve de sosten y la otra destinada á formar los nudos; se atan una con otra las hebras de las dos lanzaderas, y se hacen 6 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo, — 5 dobles nudos,—1 piquillo, — 6 dobles nudos.—Se forma un círculo con esta fila de nudos; se tiene en la mano izquierda la lanzadera con la que se acaba de trabajar, se dirige el círculo hácia abajo, y de aquí en adelante se trabaja con la hebra de la segunda lanzadera, sirviendo la otra de sosten; se hacen 4 dobles nudos,—1 piquillo.—4 dobles nudos; se dirige este círculo hácia abajo, se hace otro con la primera lanzadera, suprimiendo el primer piquillo para ligar este círculo con el anterior, y así se continúa, empleando alternativamente las dos lanzaderas.

Esta orla, ejecutada con seda, reemplazará á la mas bella pasamanería.

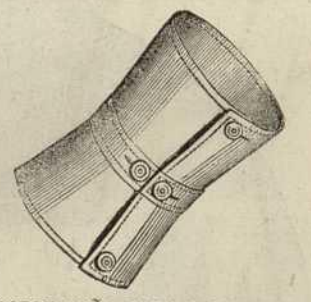
Camisola con guarnicion á puntas.

Figuras 15 á 19 (recto) del patron.

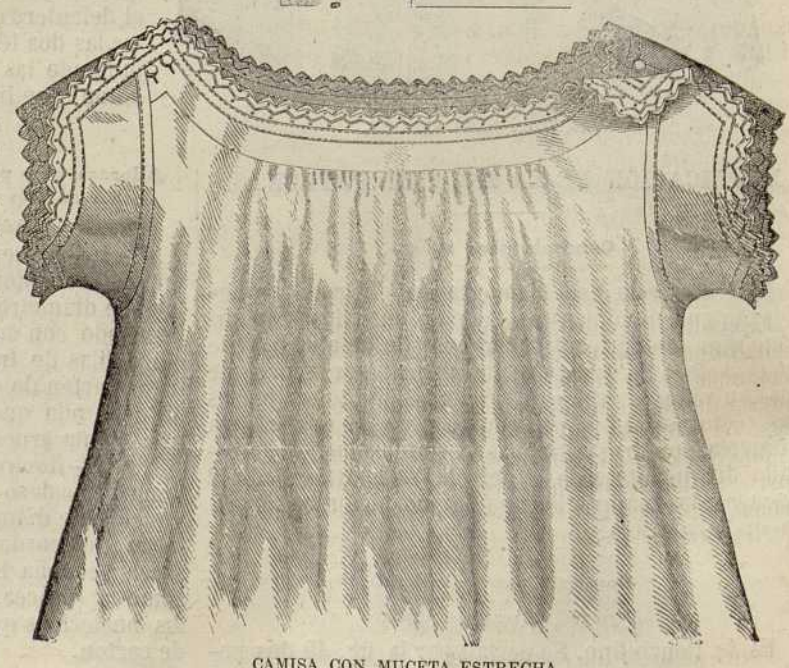
Esta camisola, hecha de nansouk, lleva por guarnicion unas tiras de lo mismo á puntas. Se cortan los delanteros por la figura 15, la espalda entera por la fig. 16, que representa su mitad, la manga por la fig. 18, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se corta el cuello doble por la fig. 17, y dos pedazos para el puño por la fig. 19. Se reunen espalda y delanteros desde 28 hasta 29, haciendo una costura doble. En el hombro, desde 30 hasta 31 (en este sitio la espalda y delanteros cruzan en un espacio de un medio centímetro poco mas ó menos), se pone sobre la costura una tira de nansouk cortada al sesgo, que tenga medio centímetro de ancho, y adornada con dos costuras pespunteadas. Las dos mitades de la manga se reunen desde 34 hasta 35, desde 36 hasta 37, por una costura doble, se fruncen por su borde inferior, luego se cosen entre las dos telas del puño.—Este se cose á bastilla sobre el contorno á puntas, luego este contorno se redobla hácia adentro en ámbas telas, y así se cose. Se frunce el borde superior de la manga, despues se la fija en la sisa juntando los signos iguales, y haciendo una costura en dobladillo,—se pone sobre la camisola, siguiendo las líneas contínuas de las figs. 15 y 16, la tira á puntas que tiene 4 centímetros y medio de ancho é imita una muceta; se cose el borde de los delanteros de la camisola entre las dos telas de una tira á puntas que tenga 8 centímetros de ancho, y se pone el cuello sobre el escote; debajo de cada delantero se pone una carterilla de percal; la del delantero de la derecha está guarnecida de ojales, y la otra sostiene los botones.



CUELLO PARA CABALLERO.



DOBLE PUÑO PARA CABALLERO.



CAMISA CON MUCETA ESTRECHA.

(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

Camisa para señorita de 12 á 14 años.

Figs. 20 á 22 (recto) del patron.

El delantero está dispuesto en pliegues que figuran una muceta. La guarnicion se compone de un entredos bordado y de un encage estrecho; se pueden sustituir con una tira simplemente festoneada.

CÓFIA PARA DORMIR.

El largo de la camisa es de un metro y 10 centímetros; su ancho (borde inferior) de 1 metro y 90 centímetros. Se corta el cuerpo de delante y el de detrás por la figura 20 poniendo la tela doble sobre la línea que indica el medio; se dá á la camisa el largo necesario, y además se deja tela suficiente para un dobladillo de 2 centímetros en su borde inferior. Se cortan 2 pedazos para las mangas por la fig. 22, que representa solamente la mitad de una manga. Se hacen las costuras de los costados, el dobladillo inferior, luego se frunce el borde superior del cuerpo de detrás, desde la parte media por cada lado hasta la estrella. El cuerpo de delante se dispone á pliegues estrechos, desde la línea fina de la figura 20 hasta su borde superior, de modo que, hechos los pliegues, esta parte de la camisa tenga la forma de la fig. 21. Las tiras bordadas se pespuntean sobre los pliegues. Por debajo de los entredoses se recorta el lienzo. La manga se guarnece con 3 pliegues estrechos, luego se fija en la sisa por una costura á dobladillo juntando las cifras iguales. Se orla el escote con una tira cortada doble y en ella se pone el encage.

CAMISA PARA CABALLERO.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones).

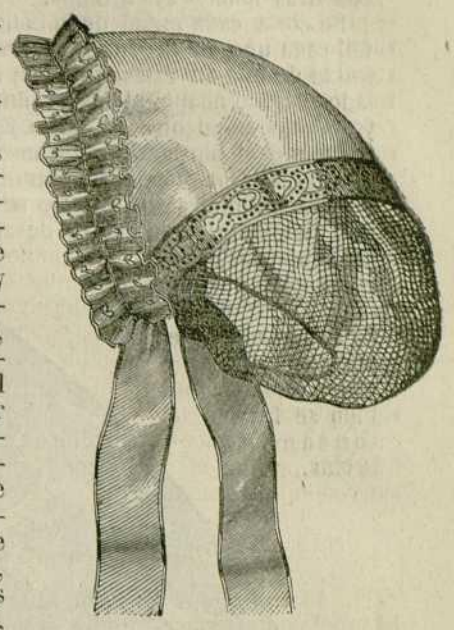
Puño doble para caballero.

Figs. 57 y 58 (verso) del patron.

Este doble puño se hace como el puño anterior.

Camisa con muceta ancha para señora.

Figs. 44 á 48 (verso) del patron.

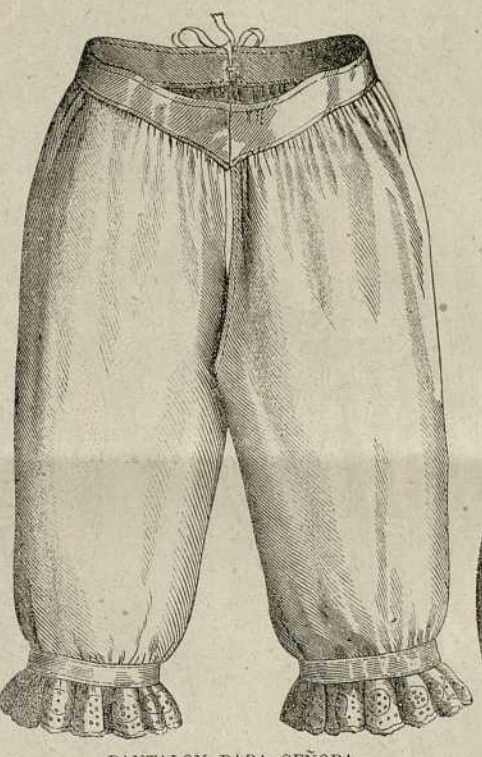


CÓFIA PARA DORMIR CON REDECILLA.

La camisa, hecha de lienzo, se guarnece con una tira bordada de centímetro y medio de ancho; su largo, desde el hombro hasta el borde inferior es de un metro y 27 centímetros. — Se corta el cuerpo de delante por la fig. 44, el de detrás por la fig. 45, representando ámbas sus mitades. Para obtener el largo necesario, se continúa el corte en la direccion de la punta de la flecha; se deja de mas la tela necesaria para un dobladillo de 2 centímetros. Se cortan dos pedazos para cada manga por la fig. 48, luego 2 pedazos para la muceta de delante por la fig. 46, un pedazo para la muceta de detrás por la fig. 47, que representa solamente su mitad; se reunen las dos mitades de la camisa por una costura en dobladillo desde 29 hasta el borde inferior; se hace un dobladillo fruncido, luego se frunce el borde superior del cuerpo de delante desde el punto hasta la cruz el de detrás desde el medio por cada lado hasta la estrella. Se cosen juntas por el revés las dos telas dobles de la muceta, luego se reunen las mucetas, pespunteándolas en el hombro desde 30 hasta 31. La muceta de la derecha se guarnece con algunos ojales, la de la izquierda con sus correspondientes botones y se hace sobre la línea contínua, y por delante, una costura pespunteada, cogiendo en ella la tira bordada, que se pone por el revés de la muceta. Se cose la camisa entre las dos telas de la muceta, juntando las cifras iguales, haciendo un dobladillo sobre los fruncidos y pespunteando todo lo demás. Se hace una segunda costura pespunteada sobre la muceta, á medio centímetro de distancia de la costura anterior.

Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 37 hasta 38 (costura á dobladillo) y se orlan con una tira bordada. Se fija la manga en la sisa por medio de una ancha costura á dobladillo, 38 sobre 38; las puntas de cada manga cruzan desde el punto hasta 31.

CAMISA DE DORMIR PARA CABALLERO.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)



PANTALON PARA SEÑORA.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

CAMISA DE DORMIR PARA SEÑORA.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

Cuello con puntas para caballero.

Figuras 52 y 53 (verso) del patron.

El cuello, armado sobre una tirilla, se hace de lienzo fino, y se pespuntea á medio centímetro de distancia de su borde exterior. Se cortan, en tela puesta doble, el cuello y la tirilla enteros por las figs. 52 y 53 que representan sus respectivas mitades. Se cose cada uno de estos pedazos con su forro, se los vuelve del revés, se los pespuntea; se hacen ojales en la tirilla, y se arma sobre ella el cuello juntando las cifras iguales.

Cuello para caballero.

Figuras 54 y 55 (verso) del patron.

Este cuello se hace con arreglo á las indicaciones dadas para el anterior.

Puño para caballero.

Fig. 56 (verso) del patron.

Se hace este puño como los cuellos anteriores; se le cierra con un boton doble.

CAMISOLA PARA SEÑORA.

Cófia de dormir para señora.

Figs. 28 y 29 (recto) del patron.

Esta cófia, de forma muy sencilla, se hace de lienzo fino. Se la guarnece en su parte media con un entredos bordado sobre nansouk, y todo al rededor con tiras iguales al entredos.

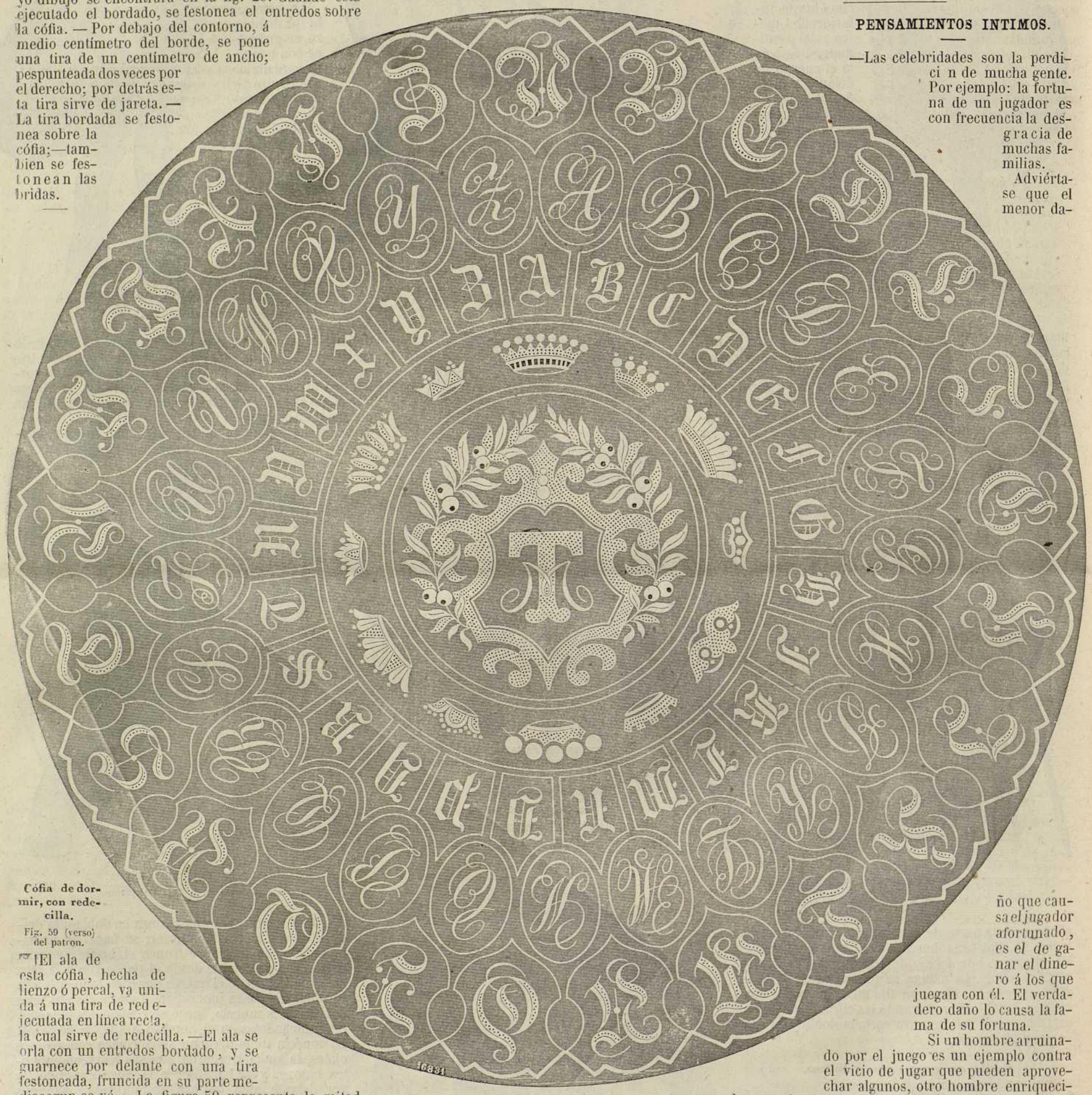
Se corta cada mitad de la cófia por las figs. 28 y 29, cada una de las cuales representa solamente la mitad de una de estas mitades; se las reune por el lado sesgado adaptándolas un entredos bordado, cuyo dibujo se encontrará en la fig. 29. Cuando está ejecutado el bordado, se festonea el entredos sobre la cófia. — Por debajo del contorno, á medio centímetro del borde, se pone una tira de un centímetro de ancho; pespunteada dos veces por el derecho; por detrás esta tira sirve de jareta. — La tira bordada se festonea sobre la cófia;—tambien se festonean las bridas.

teado, á menos que no se quiera ejecutar el bordado sobre el ala misma, con arreglo al dibujo de la fig. 59. Se ponen dos bridas festoneadas, y la guarnicion de delante, que se compone de una tira cuyo ancho es de 5 centímetros, y cuyo largo es de un metro y 5 centímetros. Sobre la parte media fruncida de esta tira se pone una trencilla formando ondas. (Consúltese, para mas exactitud, el dibujo que dejamos inserto en la página anterior.)

camisola se cierra con botoncitos de lienzo (véase el dibujo en la página anterior).

Alfabetos, coronas de capricho y viñetas para pañuelos.

En este dibujo se encontrarán tres alfabetos de diferentes géneros; el del contorno esterior está mezclado de puntos de armas, servirá tambien para ropa de mesa, y en este caso se ejecutarán con algodon encarnado ó azul los puntitos señalados de negro.



ALFABETOS.

Cófia de dormir, con redecilla.

Fig. 59 (verso) del patron.

El ala de esta cófia, hecha de lienzo ó percal, va unida á una tira de red ejecutada en línea recta, la cual sirve de redecilla. —El ala se orla con un entredos bordado, y se guarnece por delante con una tira festoneada, fruncida en su parte mediasegun se vé. — La figura 59 representa la mitad del ala. Se cortan en lienzo dos pedazos iguales por la dicha figura, se los reune por medio, se sienta la costura, se la cubre por el derecho con una tira de lienzo cortada al sesgo y pespunteada, luego se ejecuta la redecilla, que se compone de una tira de red hecha con hilo de mediano grueso, sobre un molde de un centímetro de circunferencia; se arman 30 mallas, y se hacen 103 vueltas; se cose un cordon elástico en uno de los lados largos de la tira, el otro lado se fija sobre el borde del ala; los lados transversales se fruncen y se cosen sobre el ala desde la estrella hasta el doble punto. La reunion de la red y del ala se cubre con un entredos bordado y pespun-

Camisola de percal.

Figuras 26 y 27 (recto) del patron.

Esta camisola lleva por guarnicion tiras estrechas cortadas al sesgo, pespunteadas, puestas en líneas rectas y curvas; el dobladillo de delante y el del borde inferior tienen 3 centímetros de ancho cada uno, y van pespunteados por el derecho. Para hacer esta camisola se empleará el patron de la *camisola con guarnicion* á puntas; las mangas y los puños se cortarán por las figs. 26 y 27; la manga va fruncida por ámbos extremos, y se reune al puño por un vivo. La

PENSAMIENTOS INTIMOS.

—Las celebridades son la perdicion de mucha gente. Por ejemplo: la fortuna de un jugador es con frecuencia la desgracia de muchas familias.

Adviértase que el menor daño que causa el jugador afortunado, es el de ganar el dinero á los que juegan con él. El verdadero daño lo causa la fama de su fortuna.

Si un hombre arruinado por el juego es un ejemplo contra el vicio de jugar que pueden aprovechar algunos, otro hombre enriquecido por el mismo medio, sirve de estímulo á todos.

Y como no hay manera de que la ruina de uno no haga la fortuna de otro, la cuenta no puede ser mas clara.

A la lotería se juega porque de treinta mil jugadores les suele caer á veinte. Esto es lo que se vé; lo que no se vé son los veinte y nueve mil nuevecientos ochenta á quienes no les cae.

Es raro que se vean veinte que ganan y no se vean veintinueve mil que pierden; y es que los ojos humanos son así; no ven mas que lo que brilla.

Un jugador célebre por sus ganancias hace mas jugadores que el mismo juego.

Hay en esto otra fatalidad constante: nada obliga

á jugar tanto como el perder.

El talento es una cosa tan caprichosa como la fortuna.

Son inútiles todos los esfuerzos que se hagan para que aparezca donde él no quiere estar.

Los hombres de cierta clase de talento, suelen hacer mucho daño.

Ejercen sobre los demás un atractivo funesto.

Hay tontos que serian muy útiles á sus familtas y á la sociedad si el brillo de ajenas celebridades no los sacára de su centro.

Zorrilla hizo una innumerable coleccion de malos poetas.

Dumas ha creado el enjambre de novelistas que nos inunda.

Los filósofos alemanes han fecundado en España una generacion de sabios que asustan.

Cada celebridad es una especie de tentacion que arrastra fuera de su camino á mucha gente.

Si en vez de cultivar el campo de la literatura, el campo de las bellas artes, el campo de la filosofía alemana y el campo de la política, se dedicaran muchos al cultivo de los campos verdaderos, ¡pobre España! serias mas rica.

—Vivir es quitarse la vida.

Ese renglon aparece ahí tan solo porque es verdad lo que dice.

—Nos aterra ver una pistola en las manos de un niño, y no nos asusta ver á un niño en las manos de un maestro impío.

—¿Sabeis lo que es un banquero? Es un pobre cargado de oro; la miseria en toda su profundidad y la opulencia en toda su extension.

Teniendo yo los millones de un banquero, seria muy rico, pero siendo banquero seria un miserable.

—La vida va siendo muy cara.

Matusalen no se atreveria á vivir nuevecientos años en estos tiempos, porque ¿dónde habria de encontrarse capital bastante para tan larga vida?

Hay descubrimientos que cuestan muchísimo mas de lo que valen.

Desde que los ingleses han averiguado que el tiempo es oro, no hay manera de que la vida sea barata, pues solo con gastar tiempo se gasta una fortuna. Véase si es posible vivir sin hacer ese gasto y se comprenderá que la vida es un artículo de lujo.

Yo me alegraria que los economistas, que no hacen mas que perder el tiempo, se fijaran bien en esta cuestion que es de suma importancia.

Téngase á la vista que siguiendo las cosas como van, es decir, que continuando en alza creciente el valor de la vida, la humanidad va á llegar á ser una coleccion de tuertos, porque al fin y al cabo vendremos á parar en que vivir costará un ojo de la cara.

Pensemos alguna vez en la suerte que les estamos preparando á las generaciones futuras.

—En las carreras de caballos sucede lo mismo que en la carrera de los hombres; el premio se lo lleva siempre el que llega antes. Y esto se comprende perfectamente: haced de los premios lo que de sí mismas hacen las mujeres, que son del último que llega, y se acabó el progreso; la humanidad se pararia como un reloj que le falta la cuerda; nadie daria un paso; todo el mundo estaria empeñado en quedarse atrás.

Y el progreso es esta precipitacion con que nos empujamos unos á otros para llegar antes al fin de nuestros deseos; este afan de anticiparnos, esta impaciencia por llegar corriendo á recoger el premio de nuestras pasiones ó de nuestros errores; si el progreso es esta prisa de vivir que nos devora, preciso es confesar que hemos dado un paso en vago suprimiendo las vinculaciones.

El padre reunia su fortuna, la acotaba y decia: "Todo esto es para aquel de mis hijos que llegue primero."

Imposibilitado el padre de señalar este premio al vencedor en la carrera, ¿qué hijo se tomará el trabajo de nacer antes que sus hermanos?

José SELGAS.

REVISTA DE PARIS.

SUMARIO. — La clausura de la Exposicion. Ruinosa manera de desnudarla y desamueblarla. Un adios á los edificios orientales. — Conversacion con varios americanos.—La Bolsa de París.—La Bolsa es un campo de batalla.—Hallazgos músicos.—Mozart y Schubert. —El Ruy Blas, de Víctor Hugo.—Modas de invierno.—La Emperatriz de Austria y los trages cortos.

I.

La Exposicion Universal se ha cerrado. Despues de haber contenido los mas grandiosos testimonios de la actividad humana; despues de haber saludado los mas varios representantes de todas las razas del globo, vuelve el Campo de Marte, solitaria esplanada, donde no nace una flor á su triste silencio. La historia recuerda muchas ciudades levantadas en tres años, tal vez en menos tiempo. Y el Campo de Marte era una ciudad capaz de contener cien mil habitantes. Pero lo que no recuerda la historia es que una ciudad de cien mil habitantes haya vivido solo siete meses, menos aun que las hojas de los árboles. El ruido que producia la Exposicion habitada era bastante á herir las estrellas; como decimos en nuestros asiáticos modismos. Formaban una sinfonía singular, los campanarios de música que enviaban á los aires sus metálicas armonías, las máquinas rechinantes como si experimentaran las fatigas del trabajo. Los pianos que mezclaban notas de las melodías italianas y de las melodías germánicas; los órganos que ponian sobre aquel poema de la industria en maravilloso contraste, sus trompetas angélicas y sus cadencias religiosas. Cuántas veces, despues de haberse sumido el pensamiento en aquellas hondas cuevas por donde se extendía el vapor á la manera de la sangre por los cuerpos animados sentia la nota del Te-Deum ó el Hossanna religioso y de un salto, por esa elasticidad maravillosa del alma, levantábase has-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.—VESTIDOS DE BODA.

Trage de reps de seda blanco, forma princesa, sin ninguna guarnicion, abotonado de arriba abajo. Corona de azahar y gran velo de tul.

Trage de debajo de tafetan blanco.—Trage de encima de muselina blanca, guarnecido con cinco rulós de raso blanco. Corpiño escotado. Corpiño montante con mangas largas, compuesto de entredoses bordados y de entredoses de encage. Corona de azahar, gran velo de tul blanco.

ta los cielos en una oracion melancólica. Estos contrastes han cesado. Ahora solo se oye el escoplo, el martillo, los gritos de los trabajadores, el ruido de los infinitos trenes que marchan cargados hasta el tope en todas direcciones para volver cada producto á su hogar. Si entrais en el antes ordenado palacio os creereis en el seno de una ciudad tomada por asalto. Yo que fuí á presenciar ayer un momento este espectáculo, no pude volverme á París sin dar una triste despedida á los edificios orientales del Parque de la Exposicion, edificios que tanto me recuerdan la bella Andalucía. Y le decia á varios viajeros americanos que me acompañaban, id á ver la tierra que guarda las cenizas, los huesos de vuestros padres, de aquellos que surcaron el Océano para robarle su secreto, y revelaron América al resto del mundo que desde entonces se sintió mas grande no solo material, sino tambien moralmente.

II.

La Bolsa es uno de los edificios mas dignos de ser visitado que hay en París. Es el centro de las noticias. Allí se juzga, se comentan, con un ardor inverosímil para adivinar si harán subir ó bajar el termómetro de los grandes intereses europeos! La Bolsa como el Panteon, como la Magdalena, como todos los monumentos de la República y del Imperio tiene un carácter esencialmente greco-romano. En estas épocas en que Francia parecía tomada del vértigo de la reforma y de la innovacion en que hubiera al soplo de sus lábios rejuvenecido hasta los átomas de la tierra, conservaba con supersticion un respeto ciego á las ruinas de aquellas dos naciones antiguas, de las cuales mas de veinte siglos la separaban, y que entre las ráfagas de la tempestad siempre impetuosas, cruzando siempre los horizontes, le aparecian como el cabo sagrado, como el escollo inmóvil donde podia colocar el faro de las nuevas ideas destinado á iluminar en los nuevos mares de la vida á nuevas generaciones. La Bolsa de París es grande; un paralelógramo de setenta y un metros de largo y cuarenta y nueve de ancho, levantado sobre una terraza que semeja al pedestal del monumento, con una graciosa escalinata al pié, un vestíbulo formado de ochenta y séis gruesas columnas corintias al rededor, y por remate un severo cornisamento que lo corona como la diadema á una esfinge egipcia. Entrad, entrad, sobre todo en estos grande dias á que un acontecimiento tan grave ha hecho oscilar el barómetro de la riqueza pública, entrad en ese edificio. Grupos siniestros que meditan en algunos lados, especuladores que entran corriendo sin parar mientes ni en si atropellan, ni en si son atropellados; agentes de Bolsa que andan, que corren de un lado á otro en movimiento vertiginoso; sobre un pequeño tablado los que anuncian la cotizacion, y á su alrededor en caos babilónico de que nada puede dar idea en el mundo, mil ó dos mil personas aguijoneadas por el interés, con los sombreros echados atrás, los brazos en el aire, la espuma en los labios, los ojos fuera casi de las órbitas, gritando todos á un tiempo con tal ruido, con tan infernal vocinglería que no parece sino que hay una espantosa lucha ó que se ha pegado fuego al esterior del edificio y todos se aglomeran pidiendo auxilio en aquel centro teñido por el reflejo de la concupiscencia que principalmente mata á nuestro siglo, de la concupiscencia del oro. Yo creo que en un navío que zozobrara en alta mar llevando las mismas personas reunidas en la Bolsa no habria ni confusion tan grande ni miradas tan siniestras, ni gritos tan desgarradores. Imaginaos dos mil tigres hambrientos en torno de un establo de gruesas vacas y casi casi llegareis á formaros una idea de los aullidos que se oyen por todas partes en la Bolsa de París. La voz humana, el mas bello y el mas sonoro de los instrumentos; la voz humana que puede llegar en melodía y en dulzura á donde no llegan el ruiseñor y el sinsonte; en aquel pandemonium, grita, ladra, maulla, aulla, muge, ruge, tiene todos los tonos de la sensualidad y de la ferocidad, y ninguno de los tonos sublimes del sentimiento. Prefiero el espectáculo de un campo de batalla á semejante espectáculo.

III.

Desde las discordancias de la Bolsa no se puede pasar sino con grande esfuerzo á las concordancias de la música. Pero pasemos, no sea que mirando el lado malo y sombrío de la vida caigamos en la misantropía y en el escepticismo. Cuántas veces, cuando una melodía viene á sonar plácidamente en los oidos, rozando con sus invisibles angélicas alas el corazon y vertiendo sobre nuestras heridas un bálsamo tranquilizador, nos olvidamos del músico, del poeta que nos ha traido este consuelo y ni siquiera solemos preguntar su nombre, cuando acaso ha padecido todas las angustias de la vida y se ha anticipado el sueño de la muerte, por tener ese tesoro moral que se llama un nombre respetado. Nos indignamos contra la ingratitud de las generaciones pasadas. No perdonamos á Portugal que haya dejado morir á Camoens en un hospital, ni á España que haya dejado morir á Cervantes en una boardilla; ni á Italia que haya dejado morir al Dante en un destierro; ni á Francia que haya dejado morir á Chenier en un cadalso. Y sin embargo, nosotros tambien somos ingratos, olvidadizos para nuestros grandes hombres, para los que han consolado las penas del alma con un toque de su pincel, de su lira, de su pluma. El gran Mozart murió pobre; el gran Mozart que debia enriquecer los teatros de la ópera con su D. Juan, uno de los florones mas bellos en esa corona de las artes, por la cual puede la humanidad, cuyos piés se hallan perdidos en las inmundicias de la tierra, desafiar con su frente luminosa los resplandores de las estrellas del cielo.

Pero todavía un autor perdona que se olvide su nombre con tal que se recuerde su obra. Juan Guas hubiera preferido que se perdieran las letras todas de su nombre á que se cayera una sola piedra de su portento arquitectónico que se llama San Juan de los Reyes en Toledo. Pues bien una ópera de Mozart se perdió y ahora se ha encontrado y se representa ahora en París con el título de *L'oie du Caire*. Y con otro autor no mas grande, pero sí mas popular que Mozart acaba de suceder lo mismo. Estoy seguro de que mis lectoras han sentido alguna vez la dulce melancolía que se encierra en la serenata de Schubert. Pues bien, de ese músico, el Bellini aleman, de ese músico cuyas cadencias salen de todos los pianos, y cuyas tristezas son como nuestras por el carácter universal que les ha dado con sus melodías, de ese músico se ha encontrado tambien una ópera, la cual pronto figurará al lado de la Sonámbula, de la Lucía, de Julietta, de esos oasis del mundo moral en cuyos manantiales de puras inspiraciones refrescamos nuestras sienes eternamente coronadas de espinas.

IV.

La obra de Schubert se cantará pero no se representará el Ruy Blas de Victor Hugo. Es necesario dar algunas explicaciones sobre este ruidoso asunto que hace dias trae agitada la prensa literaria francesa. Desde el 2 de Diciembre de 1852 Victor Hugo, el Napoleon de la poesía, no ha pisado el suelo francés. Encerrado en Jersey, con el mar en torno de su agitada inspiracion, las costas de Francia enfrente como un recuerdo y una esperanza, el cielo de Inglaterra tan triste como la losa del sepulcro sobre el volcánico cerebro, Hugo ha convertido su isla en el Patmos de la poesía. Siempre es grande un hombre de su inspiracion y de su génio: pero no cabe dudarlo, es mas grande con el asilo de su isla por pedestal; y la sombra del destierro por corona. Hugo habla á Europa desde una especie de nube tonante. Sus sonoros versos, sus tempestuosas palabras, sus hipérboles orientales, sus grandes personificaciones, que son desproporcionadas, á veces monstruosas, pero siempre extraordinarias, forman la leyenda épica de nuestre siglo. Despues que han muerto Goethe, y Schiller y Espronceda, y Quintana, Hugo solamente mantiene el calor de la inspiracion en el frio cerebro de Europa. Sus obras dramáticas estaban proscriptas de los teatros franceses desde hace quince años. Ultimamente se levantó la prohibicion y se representó el Hernani. Creian sus enemigos que este drama iba á sucumbir por su vejez, y el drama se ha levantado rejuvenecido por su antigua gloria. Sesenta y cinco representaciones lleva. Veinte mil duros le ha dado á su autor. Noche ha habido en que el teatro francés ha ganado treinta mil reales con la representacion de esta obra. Inmediatamente que la administracion francesa ha visto tal éxito, ha prohibido poner en escena las obras de Victor Hugo. Ya no se representará el Ruy Blas; ese drama lleno de encantos, de poesía, inspirado en la historia española, que traza la época tristísima de Cárlos II, como Hernani la época gloriosa de Cárlos V. Yo leo con tristeza ese drama en que pasa el cadáver de mi pátria pálido como el vástago último de los Austrias; cadáver que no cabe en la tierra, que lleva el sol en su orgullosa librea, y sobre cuyo sudario echan suertes los poderosos de Europa, los mismos que un siglo antes cuando la vida lo animaba, solo podian contemplarlo de rodillas, temblando, deslumbrados por su grandeza y por su gloria.

V.

Pero demos de mano á estos recuerdos. Hablemos del mundo, y de la parte mas hermosa del mundo, de la mujer. Quisiera aconsejar á las señoras que en sus modas recordasen un poco mas las leyes del buen gusto. El bien vestir que es casi un accidente en el hombre es casi una esencia en la mujer. Nada hay peor que un hombre muy cuidado, muy lindo, y bien vestido; nada, sino una mujer descuidada. Por lo mismo, no puedo consentir que continúen llevando esos vestidos estrechos de arriba y anchos de abajo, cortos y plegados que dan á sus hermosos cuerpos la fea apariencia de un paraguas cerrado. No puedo cosentir que lleven sobre la hermosa y esférica cabeza esos sombrerillos que parecen cataplasmas. No puedo consentir que se pongan al cuello esos animalejos de ojos chispeantes y puntiagudo hocico y aplastada frente, que me asustan porque los creo prontos á ahogarlas. El trage corto si ha de durar necesita mas airosas formas. Nadie puede comprender esto mejor que las andaluzas, las reinas del trage corto con el cual lucen esos breves piés de que no tienen idea las mujeres del Norte. Por eso me parece bien que la Emperatriz de Francia, granadina, lleve trage corto, y la Emperatriz de Austria, bávara, lleve trage largo. Cuentan que en la última entrevista entre las dos emperatrices, la de Francia se presentó con su trage de terciopelo corto y unas botas de color de castaña con bellotitas doradas. Al subir al coche el emperador de Austria se volvió á su mujer y le dijo: "Señora, tened cuidado que se os ven los piés." Esta misma advertencia debieran hacer todos los hombres del Norte á todas sus mujeres. El trage de la mujer es á veces la forma de una civilizacion. Bajo la túnica griega solo se puede ocultar una musa perfecta, bajo el tontillo de los últimos dias de la casa de Austria un cadáver hinchado.

Hasta otro dia.

FIDELIO.

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

(Continuacion.)

III.

Como los Domarus, eran tambien de Redon los Telence de Rozancourt, condes de la Tour d' Aure y de Eusevillette, barones de los Bordes y de Garvo, señores de Fonfroid, de Saint Herbert, de Ossemoud y de otros lugares.

Bajo el terror el abate Domarus y la condesa de Rozancourt, madre de María, habian sido arrestados en Redon y arrastrados á Nantes por los esbirros sanguinarios de la revolucion, sumergiéndolos en un oscuro calabozo infesto, y al fin atados juntos para ser entregados á las aguas. Esto era lo que llamaban los monstruos un matrimonio republicano.

Durante la noche, á una señal de los verdugos, la trampa fatal se abrió y centenares de víctimas fueron precipitadas en el Loira. Por fortuna el hombre que habia sido encargado de atar á la condesa y al abate, era el hijo de un colono de los Rozancourt á quien habia colmado de beneficios. Este hombre, que tenia buen corazon y era reconocido, cuando anudó débilmente las cuerdas de las dos víctimas, deslizó furtivamente un cuchillo en las manos del sacerdote.

El abate Domarus al oir el primer crugido del ponton, se apresuró á cortar las ligaduras que le unian á su compañera á la cual tuvo que sostener largo tiempo sobre las aguas, porque no sabia nadar, consiguiendo al fin ganar la ribera opuesta.

Algunos buenos pescadores bretones surcaban todas las noches el Loira para recibir las víctimas que Dios les permitia arrancar á esta horrible muerte. El abate Domarus y su compañera fueron salvados por uno de estos honrados aldeanos pasando poco despues á Inglaterra.

La condesa se unió á su marido, con el cual vivió en la emigracion hasta fines de 1815. A su vuelta á Francia el conde de Rozancourt fué nombrado prefecto por el rey Luis XVIII y mas tarde participó de la indemnizacion á los emigrados; su fortuna fué restablecida, aunque no bajo el pié que anteriormente, brillante todavía.

En 1825 casó á su hija mayor María con el marqués de Pelautrée, jóven oficial de bello porvenir, pero sin mas fortuna que su talento y su espada.

El abate Domarus veia de tiempo en tiempo á las dos familias. En 1829 fué á pasar dos meses en el castillo de Bordes, antigua posesion de los Rozancourt, que el conde habia vuelto á comprar.

La revolucion de 1830, estalló y de esta época datan las desgracias de María.

Su marido rompió noblemente su espada antes que servir al rey de las barricadas; su padre abdicó todo carácter político y se retiró á Bordes, emprendiendo grandes empresas industriales cuyo buen exito parecía infalible.

Esto fué en la época en que el abate se fijó definitivamente en París en la casa de su padre el difunto notario real. Sus relaciones con los Rozancourt fueron ya menos frecuentes y supo por casualidad que habian sido arruinados, desapareciendo del pais despues de haber perdido todo cuanto poseian.

Hizo numerosas indagaciones para encontrarlos, pero fué inútil, no dieron resultado.

He aqui lo que le sucedió.

El conde murió de pesar, siguiéndole poco despues su mujer. El marqués de Pelaustrée fué muerto en un duelo político y María quedó sola en el mundo sin apoyo, sin fortuna y sufriendo doblemente la miseria por el peso del ilustre nombre que llevaba.

Pero la marquesa de Pelaustrée era cristiana y valerosa y abdicando todo blason, ocultó su nombre bajo el de María Desbordes y se hizo obrera. Quiero decir que durante veinte años vivió del trabajo de sus manos. Habitaba en una miserable buardilla de la calle de Argenteuil, trabajaba dia y noche bordando preciosas tapicerías que le pagaban á un precio insignificante para ganar sesenta francos al mes.

No habia una existencia mas pura, mas piadosa, mas fuerte y mas resignada que la suya.

En este barrio tan popular habian llamado la atencion las maneras distinguidas de la pobre obrera y la palidez mate de su rostro severo y dulce á la vez. Se sabía su vida de santa y los obreros cuyo corazon está siempre dispuesto á admirar la verdadera grandeza, no habian hallado para ella otro sobrenombre mejor que el de la "Madona."

El trabajo comedido és saludable física y moralmente, pero el esceso del trabajo, mata.

María Desbordes á la edad de cuarenta años fué atacada subitamente de una oftalmía quedando sin poder trabajar por espacio de dos meses. Las escasas economías que pudo hacer con su reducido jornal, las devoró la enfermedad y demasiado orgullosa para pedir á nadie, María sufrió todas las angustias del hambre.

La desesperacion no podia entrar en su alma de ángel, y en lugar de murmurar contra su suerte, iba á rezar en un santuario. Una mañana la Iglesia de S. Roque estaba colgada de negro.

—¡Dichoso el que se muere! pensó María á quien torturaba el hambre.

Un sacerdote pasó con las lágrimas en los ojos, era un anciano de noventa años, con los cabellos blancos como la nieve; María le conoció; era el abate Domarus, el salvador de su madre, el que sin duda iba á serlo tambien suyo; Dios le enviaba. María se precipitó hácia él, pero las fuerzas le abandonaron y cayó inanimada sobre las finas losas.

Cuando volvió en sí, una vecina velaba á su cabecera, que hallándose en la iglesia cuando se desmayó, la hizo transportar á su pobre buardilla. Por ella supo la hija de los condes de Rozancourt que había asistido al entierro de Marta el ama de gobierno del abate Domarus, y que el venerable sacerdote vivia no lejos de la calle de Argenteuil.

María tomó una resolucion y tres dias despues, cuando se encontró repuesta gracias á los cuidados de su vecina, salió para ir á llamar á la puerta del abate Domarus.

Ya sabemos como fué recibida.

IV.

El salon donde se hallaba ordinariamente el anciano sacerdote era el único que habia conservado en la casa del notario real; su aspecto del siglo diez y ocho. Sin duda á esta particularidad era debido el que le prefiriese siempre el abate. Allí todo eran recuerdos, todo hablaba de lo pasado; los muebles, las pinturas, los tapices, los cuadros, hasta los ramilletes marchitos de flores todo era del siglo pasado. ¿Cuántas casas podrian citarse así en París? Parece que no estamos satisfechos todavía de haber roto moralmente con el pasado, sino que es preciso destruir aun esas piedras seculares cuya sola vista pudiera ser un remordimiento. La vida de la familia desaparece porque no encuentra el hogar de sus antepasados; vivimos y acampamos solos, dejando evaporarse la religion de los recuerdos porque estos no tienen su base primordial.

Cuatro cuadros se veian en el salon del abate, dos grandes y dos pequeños. El retrato de Mr. German Domarus con su trage de notario real, y el retrato de su mujer Magdalena le Gaillard de Redon. Despues un ramillete de flores silvestres que los años habian cubierto de polvo y últimamente una santa Vírgen.

De este último lienzo voy á permitirme decir algunas palabras. La Vírgen era de mediano grandor, vestida de azul que parecía haber tomado una parte de cielo para hacerse un vestido milagroso. Sus cabellos de un rubio de oro flotaban en libertad sobre sus hombros, sintiéndose pasar la brisa que los agitaba.

Las carnes del rostro tenian una delicadeza tan ideal, que se hubiera dicho que el pintor la habia pintado con un soplo sin poner el pincel en ellas. Las formas tenian una suavidad angélica; los contornos una pureza y una gracia inimitables. Habia en aquellos rasgos casi divinos una serena magestad que venia de lo alto, adivinándose en aquella pintura á la madre de Dios, á la Santísima Vírgen.

En sus manos, cuya actitud era de una exquisita elegancia, llevaba un grupo de rosas donde el artista habia agotado la mágia de los colores. Por estas tintas bellas, á la vez brillantes y vaporosas, se comprendia que el autor indicaba una poética alegoría haciendo que la reina de las flores rindiese un homenage á la Reina de los Cielos.

El rostro de la Vírgen resplandecia con un rayo celeste, idealizando su mágica belleza.

Allí se conocia que el pintor habia puesto toda su alma, toda su fé, todo su génio; era imposible mostrar á los hombres mas belleza, mas pura, mas santa á la madre del hijo de Dios.

Rafael hubiera envidiado esta obra maestra, sino hubiera tenido él mismo que envidiar.

Se llamaba *La Vírgen de las Rosas.*

¿De dónde venia este maravilloso cuadro? ¿Qué génio le habia producido? Nadie lo sabia. El abate Domarus le apreciaba como se aprecia todo aquello que ha pertenecido á nuestros padres. Sino hubiera sido la imágen de la madre del Salvador, la hubiera quizá considerado menos que los retratos de su padre y de su madre. Pocas personas visitaban al viejo sacerdote y sobre todo pocos inteligentes, y si alguien contemplaba á la *Vírgen de las Rosas*, manifestaba al punto su admiracion; pero apenas salian de la solitaria morada del sacerdote, no volvian á pensar en la anónima obra maestra. ¡Ah! ¿cuántas gentes solo aprecian las obras por el nombre que llevan! Y tambien, ¿cuántos tesoros son así perdidos, ignorados, desdeñados quizá?.... No, ¡el sol no luce para todas las obras maestras! El génio tiene sus mártires póstumos....

—Es de la escuela florentina, decia uno.

—Es de la escuela Boloñesa, decia otro.

Un tercero apostaba por Venecia, un cuarto por Milan; se hablaba de Andrés, del Sante, de Guerchin, del Tintoreto, de Parmesan, de Giorgioni y de otros veinte, pero ¿quién podia hablar con certeza?

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Sin embargo, le seguí cuando dejó el cuartel para llevarme á su casa. Yo me sentia tan desgraciado que en el camino miré á un pordiosero con envidia; y dije para mi:

—¡Cuán feliz es! ¡Está libre!

Y si me hubiese sido permitido cambiar mi uniforme por los harapos y por la miseria de aquel mendigo, ¡cuántas gracias habria dado á Dios por su bondad, y con qué alegría me habria visto libre!

Mientras subiamos la calle Alta en direccion á la plaza, encontramos al coronel del regimiento. M. Le Hardy, que de lejos ya me miraba con evidente compasion, y que al estar junto á nosotros dijo al capitan:

—¿Qué tiene ese muchacho? Parece que está enfermo de veras; es preciso que descanse.

Una expresion de gratitud brilló en mis ojos al oir estas palabras del buen coronel; pero el capitan prosiguió su camino y respondió saludando á su superior:

—Es una ligera indisposicion, coronel: es muy aprensivo, y yo le voy á curar en un credo.

Llegamos por fin á su casa, y entramos en el cuarto donde él estaba ordinariamente. Me anunciaba que me iba á hacer tomar un remedio que me curaria infaliblemente y para siempre; sus ojos clavados en mí tenian destellos infernales y sus palabras de doble sentido aumentaron mi espanto.

Apenas me atrevo á confesarlo; pero mi loca imaginacion me decia que el capitan iba á darme un veneno. Un temblor repentino se apoderó de mí, y para no caerme me apoyé en el respaldo de una silla.

Entretanto el capitan habia abierto un armario, y sacando de él una botella, llenó una copa de un licor verde oscuro. El verde era para mi el color característico del veneno. Mi terror vino á ser inexplicable, y me quedé como petrificado cuando vi me acercaba á mis labios aquella copa. Al pronto me negué á tomar el brebaje; pero toda resistencia fué inútil, y por fin, abandonándome á mi suerte como un hombre que acepta el martirio, bebí de un trago la mitad del licor que era amargo como la hiel, y que sentí me abrasaba el estómago.

El capitan me hizo sentar, y con voz benévola empezó un largo discurso sobre las cualidades que constituyen el buen soldado; me prometió ocuparse de mi ascenso con la solicitud de un padre con tal que yo quisiera hacerme un hombre y echar fuera mi *piel de niño*. Calificó mi inclinacion á la tristeza de miserable sensibilidad que parecía ridícula hasta en una jóven de diez y seis años.

Por fundadas que pudiesen ser las razones que me alegaba en apoyo de su dicho, el extravío del dolor me las hacia considerar como un tejido de falsedades y de burlas; yo escuchaba, pero mi corazon permanecia frio como el mármol.

Ya el capitan me habia hecho vaciar la copa enteramente y la llenaba de nuevo. Cuando hube bebido esta segunda dósis de licor, mis ideas comenzaron á confundirse de un modo extraño, y si el capitan me obligaba á responder, apenas podia abrir la boca.

Por fin se levantó y dijo:

—Basta ya; ahora vete al cuartel, acuéstate y descansa cuanto quieras. Daré órdenes para que nadie te incomode; no pienses en nada del servicio; te doy cuatro dias de licencia y entera libertad. Vamos, levántate te digo, y largo.

Salí del aposento, y no sabria decir lo que experimentaba; pero lo cierto es que debia agarrarme con las dos manos á la barandilla de la escalera para no caerme.

Cuando estuve en la calle y sentí la influencia del aire libre, hube de agarrarme á una reja: las casas bailaban locamente en mi rededor, ví brillar millones de luces delante de mis ojos, y en medio del torbellino que parecía á punto de arrastrarme con la velocidad del rayo, perdí la conciencia de mí mismo... ¡Estaba borracho, borracho por la primera vez de mi vida!

Afortunadamente, un sargento de nuestro batallon pasaba en aquel instante por la calle, y él me levantó y me llevó al cuartel, donde me metieron en la cama... Inútil es decir que aquel dia estuve peor que los anteriores.

Mi capitan habia mandado que no me dejasen salir de mi habitacion bajo ningun pretexto.

Hasta el tercer dia no le volví á ver por primera vez, y me encontró ocupado en devorar un enorme pedazo de carne con un apetito extraordinario.

—Vamos, vamos, exclamó, parece ser que el remedio ha producido su efecto. ¿Y la fiebre, ha repetido?

Con rabia me ví precisado á confesar que me habia curado de la calentura pues no habia sentido el menor temblor desde que apuré la copa del licor verde.

El feliz resultado de su tratamiento pareció regocijar mucho al capitan. De nuevo me amonestó para que ahuyentara mis *locas ideas*, como él las llamaba no sin alguna razon; y por fin, poniéndome en la mano una moneda de cinco francos, me dejó diciéndome:

—No tendrás dinero, y así es que te doy estos cinco francos para que vayas á pasearte... En cuanto á las mantas que te han robado, no pienses mas en ellas, yo arreglaré el asunto.

Cumpliendo con su órden, aunque no sin repugnancia, me fuí á pasear por fuera de la ciudad, y durante algunas horas estuve vagando solo, pensando en la horrible servidumbre que sobre mí pesaba, en el odio de que me creia perseguido por el capitan, en la injusticia de los hombres y en mil otras cosas no mas razonables que sugería la triste y enfermiza exaltacion que me habia sobrecogido.

A la vuelta encontré á un pobre hombre estropeado que me pidió limosna, y le dí los cinco francos del capitan. El mendigo me miró estupefacto; como para preguntarme si no estaba loco. A sus ojos, un soldado que da cinco francos no podia estar en su sano juicio.

El pobre hombre, que no volvia en sí de su sorpresa, me siguió con la vista lo menos un cuarto de hora; yo por mi parte estaba contento al pensar que el dinero que consideraba como autor de mi infortunio hubiese salido de mi bolsillo sin que mi conciencia me acusara de que le habia gastado para mí.

Al otro dia mi padre llegó á Mons. En cuanto le ví, me arrojé á su cuello llorando, y estuve á pique de sucumbir bajo el peso de la emocion. Mi palidez le inspiró una profunda conmiseracion, y sus primeras palabras fueron afectuosas y consoladoras; pero al cabo de algunos instantes empezó á hacerme vivas reconvenciones acerca de mi conducta, y sobre todo respecto de la acusacion de crueldad y de odio que yo habia dirigido contra mi capitan.

Mi padre á fin de saber lo que podia haber de fundado en mis cartas, habia ido á encontrarse con el capitan antes de venir al cuartel; el capitan le habia recibido con suma cordialidad, le habia hecho comer con él, le habia hablado de Napoleon y de las guerras del imperio; en una palabra, le habia tratado como á un hermano, esto sin perjuicio de manifestarle que todos mis sufrimientos no se hallaban mas que en mi imaginacion, y de decirle cuanto trabajaba para curarme de mis sueños; por último, le habia tranquilizado acerca de mi estado, y le habia prometido cuidarme como si fuera su propio hijo.

No hay para qué añadir que mi padre, encontrándose en tales disposiciones de ánimo; no podia dar oidos á mis quejas. Se burló con cierta amargura de mis necias ideas, y acabó por enfadarse cuando vió que ni palabras ni razones podian cambiar mi conviccion, y que rechazaba irritado todo consuelo en el que yo no saliera ileso de toda culpa.

Despues de haber pasado dia y medio en Mons, mi padre desanimado se volvió á Amberes; y yo me consideré mas desdichado que antes. Nadie, nadie en el mundo sabia comprenderme, ni siquiera mi padre.

VII.

En mayo de 1832 apareció el cólera en Mons, y era la primera vez que se presentaba en Bélgica. Esta terrible enfermedad que debia ser para tantas familias la causa de desesperacion y de infortunio, fué instrumento de mi salvacion.

A fin de resguardar lo mas posible á los soldados, dispersaron nuestro regimiento en las aldeas de la provincia de Hainaut, y estos movimientos, así como la vida mas libre que llevamos despues, dieron á mi espíritu un poco de calma, y á mi cuerpo el tiempo necesario para recobrar fuerzas.

Mi palidez desapareció, y aunque todavía me hallaba bastante débil, todo peligro de muerte pareció alejarse de mí. Mi sargento primero habia vuelto del depósito, y con su venida yo habia quedado libre de cuidados y preocupaciones, que en la disposicion en que me encontraba habian contribuido á extraviar mis ideas.

Muy luego partimos para la provincia de Limburgo con ánimo de vigilar á la guarnicion holandesa de Maestrich, y nos alojamos durante algun tiempo en las casas de las aldeas que rodean esta fortaleza.

En un pueblo inmediato á Maesten tuve un dia una riña por cosas del servicio con un sargento de mi compañía; hombre muy brutal y dotado de una fuerza extraordinaria. En su ira me dió un bofeton, y quizá me habria maltratado mas si el sargento primero no hubiese tomado mi defensa. Hablaron de la necesidad de un duelo para vengar mi honor ultrajado; pero me hallaba yo demasado desanimado para concebir tal idea.

El capitan supo lo ocurrido, me llamó á su casa, y á instancia suya se lo conté todo; pero sin duda hablaba con mucho abatimiento, pues mis palabras le encolerizaron hasta lo sumo. Cuando mis lágrimas largo tiempo contenidas corrieron por fin, me cogió del brazo y me echó fuera diciéndome que me curaría mi cobardía de niño como me habia curado la calentura.

Media hora despues el sargento primero vino á decirme que debia pasar cuatro dias en la sala de policía, y que tenia que seguirle al punto para sufrir mi castigo.

La sala de policía era uno de los cuartos de una casa de aldea construida de piedra, y yo me dirigí al encierro sin mucho dolor; sabia que cuatro dias de reclusion eran para mí cuatro dias de soledad y de descanso.

Pero ¡cuál no fué mi terror cuando una vez cerrada la puerta, distinguí un rostro contraido por la venganza y odio, que me hacia un gesto desde el rincon mas oscuro del cuarto!...

Era el sargento que me habia abofeteado una hora antes.

(Se continuará.)

CARTAS FLORENTINAS.

SUMARIO.—Teatro Alfieri.—Teresa Gabiani (del Sr. Montiguani).—Un caro giovane (del Sigr. Giovanolj).—Arena nacional.—Teatro Francés (Nicolini).—Mma. Derclée.—Teatro Rossini. Crispino e la Comare.—Teatro Nacionel. "Il Folletto de Gresy" (del Petrella): Bedra, la maliarda (gran baile).—El Sr. Torelly.—La Sig. Ridolfi.—La Virginia Zucchi.—Dos congresos en Floreucia.—Las corridas de caballos.—S. José y Bismark.—Tristes reflexiones.—Carreras del 24.—El Sr. de D'Arcais. La libertad teatral y la de la prensa.

De todos los nueve meses que el año actual ha visto nacer y morir, ninguno ha recibido tantas emociones como el que acaba de expirar.

Durante los treinta dias de su residencia en esta capital ha presenciado los mas variados espectáculos, aperturas de teatros, óperas nuevas aplaudidas, comedias nuevas silbadas, corridas de caballos; congreso internacional de estadística, congreso de las cámaras de comercio del reino, exposicion de flores y frutos, movimientos populares, borrascas atmosféricas y qué sé yo cuantas otras cosas.

Pero entremos en algunos detalles:

El agua y el viento han hecho que la compañía dramática del *Sr. Lupi* se haya cobijado en el *teatro Alfiere* en donde actualmente recoje abundante cosecha de aplausos.

Dicha empresa nos ofrece por *seis* francos *cuarenta* representaciones (esto es á *cinco* cuartos cada una) y nos promete *diez* nuevas.

Ignoramos si forman parte de estas *diez*, TERESA FABIANI, del Signor *Montiguani*, autor de la bellísima comedia *Un vicio de Educacion*, y la otra UN CARO GIOVANE (un escelente jóven) del Sr. *Giovanolj*; autor de la graciosa comedia *La viuda de Putifar*.

Digamos dos palabras acerca de estas nuevas producciones.

TERESA FABIANI nació en el *teatro Alfiere* en la noche del 19 del pasado á las ocho y media, creció bien hasta las once, y murió á la una de la madrugada.

El público se quedó frio como el cadáver de la Teresa y el autor mas frio aun que uno y otro.

Despues de todo TERESA FABIANI era digna de vida, pero el Sr. *Montiguani* le construyó un edificio tan débil, ó lo que es igual, la revistió de un argumento tan lánguido, que la pobre jóven murió bajo el peso del edificio que se le vino encima, y de cuya desgracia no pudo salvarlo ni aun siquiera el nombre del arquitecto.

Un caro giovane ha sido, al contrario, saludado con placer.

¿Pero quién es este *excelente jóven?*

Un caro giovane, así llamado por contraposicion, no tiene mas defectos que el ser un jugador de primera, el haber seducido á una jóven que lo amaba, el haberse hecho prestar dinero de sus amigos, el haber firmado una letra con nombre falso, y algunos otros por este estilo. En la sociedad, sin embargo, estos vicios se ignoran y todos creen la perla de la honradez al que en realidad es la quinta esencia de la depravacion. Llega un momento en que el padre, hombre de honor y que en la *vieja guardia* habia llegado al grado de coronel, se entera de todo y se constituye en juez de nuestro *lion*. El hijo se arrepiente de todo; pero el padre no lo perdona. Paga sus deudas para salvar el propio honor, pero le niega su bendicion, si con su futuro de expiacion no borra la mancha del pasado. El coronel no pronuncia ni una palabra de cariño: ni una frase de consuelo; el amor de padre no se sobrepone á la firmeza del juez, y el hijo parte como un simple camarero en un buque mercante sin haber recibido la bendicion de su padre. El drama concluyó así, de una manera moral, y el autor fué aplaudido con justicia. El Sr. D. *Rafael. M. Giovanolj* debe continuar en esta senda y abandonar la de aquellos otros escritores que se han propuesto inspirar pasiones en lugar de combatirlas.

La Sra. *Reinach* interpretó muy bien su papel y merece la distincion con que el público la recibe.

En la *arena nacional* han sido mas ó menos desaprobadas las producciones siguientes:

Un corazon muerto ó sea la X incógnita de un periódico. Los nuevos ricos. Las víctimas de una ley ó el divorcio, y últimamente Una comedia en familia ha sido escuchada con gusto.

Pero dejemos las *arenas*, cuyo tiempo puede decirse ha pasado, hoy que el termómetro desciende rápidamente.

Una parte de los concurrentes al teatro francés lamentan la falta de la Sra. *Derclée* que agrada tanto en Bruselas. Nosotros no podemos llorar esta pérdida reflexionando que cuando la Sra. *Derclée* ha dejado la *compañía* del Sr. *Meinadier*, es señal se encontrará mejor en otras compañías. Pero el público italiano es á veces caprichoso; lamenta la pérdida de una actriz extrangera, mientras deja le arrebaten los extrangeros las verdaderas *notabilidades* de este hermoso país.

El Teatro *Rossini* continúa como el coloso de Rodas, con un pié sobre El assedio de Brescia y otro sobre D. Crispin y la comadre.

El Sr. *Papini* es una buena adquisicion y en el *Folletto* nada deja que desear. La Srta. *Elena Ridolfi* repite todas las noches con una gracia exquisita la linda cancion de esta ópera que dice:

Mi disser bella
da villanella
Silvia spari
la dama è qui

La Sta. *Ridolfi*, lo repetimos, es una cantante que gusta mucho y si alguna vez se le escapa una nota la *recoje* inmediatamente con una encantadora sonrisa ó una seductora mirada.

En el Teatro *Pagliano* continúan en amor y compañía El Barbiere di Siviglia y Norma que alternativamente se hacen aplaudir por el público.

Prometiendo ocuparnos de los congresos que actualmente se hallan reunidos en Florencia pasamos á tratar de las corridas de caballos que han tenido lugar últimamente.

En Florencia, como todos saben, tienen lugar unas corridas de caballos en el mes de Setiembre *alle cascine* y otras todos los dias por las calles, siendo estas últimas las de los coches de alquiler que no respetan los bandos de buen gobierno.

Existe sin embargo una gran diferencia entre corrida y corrida.

Un cochero que corre por las calles se expone á pagar diez ó veinte francos al gobierno, y un *jockey* que en el tiempo oportuno corre *alle cascine*, se expone á ganar al gobierno 500, 1000 y hasta mil y quinientos francos.

Es verdad que el *jockey* se expone á romperse la cabeza como se la rompió el que montaba el caballo *Jean Fallet*, ¿pero un cochero corre menor peligro?

Entre los caballos inscritos se hallaba uno llamado S. Giuseppe, que entró en competencia nada menos que con *Bismark* y le ganó el mejor premio, que era de reales vellon 47,000 ofrecidos por S. M.

Fuera de bromas: sin embargo, debemos confesar nuestro dolor viendo como en el pais del arte se ofrezcan 2000 francos á la mejor obra dramática que se escriba y cuatro mil al caballo que mas corra.

¿La carrera de un caballo se calcula, pues, de mas mérito que una obra del génio? No será así, pero lo parece.

Un hombre se afana, trabaja dia y noche, sacrifica su fortuna y despues de todo publica una obra... que tal vez ninguno compra.

Otro adquiere un caballo corredor, lo amaestra, y despues del *inmenso* trabajo de darle un nombre y de inscribirlo en la lista de *las corridas*, se halla en la posibilidad de ganar uno de los trece premios en que la suma de 17,500 francos se ha dividido.

Esto es tristísimo y mas aun cuando si preguntais porqué no se premia al génio, se os responde: porque no hay dinero!

Ningun interés puede guiarnos al hablar así. ¿Obras literarias? No hemos escrito ninguna. —Premios pecuniarios?— No los necesitamos. Hablamos solamente guiados por un principio de justicia y nada mas. Los ejemplos que algunos quieren imponernos como reglas no nos convencen. En Francia, en Inglaterra y en otros paises no sucede como se dice y aunque sucediese: aunque aquellos gobiernos prefiriesen la carrera de un caballo á la obra de un hombre de génio, la Italia está en el deber de dejarse guiar por los impulsos de la razon propia, en vez de imitar las perjudiciales costumbres de otros.

Pero basta de carreras y demos gracias á Dios de que no ocasionaron funestas consecuencias las de la noche 24!

Algo diriamos sobre esta carrera, pero escribiendo esta Revista especialmente para mis lectoras. no quiero hablar de politica. Salto, pues, sobre las bayonetas, los gritos y el tumulto de aquella noche, y ya que se habla de *libertad* me tomo la de decir al Sr. *de D'Arcais* mi opinion sobre lo que él ha dicho en *L' Opinione*.

No lo haria en esta Revista que os envio ya que á vosotras no puede interesaros, pero dispensadme, y en gracias á que puede interesarme, publicándose como se publican en Italia mis *Cartas Florentinas*.

El *Sr. de Arcais* empieza el programa de sul última Revista escribiendo: *Libertad para todos* y en este sentido continúa negando al gobierno el derecho de limitar la dramática si no restringe la de la prensa.

Nosotros que siempre hemos combatido esta idea continuamos haciéndolo hoy. Nosotros encontramos en las pocas palabras antes escritas dos graves errores.

Dios nos ha dado libertad de pensar; la sociedad nos concede la de exponer nuestras ideas... ¿Pero nos la concede sin límites como el Creador la ha dado á la mente? —No.

La sociedad tiene el derecho de limitar la libertad de los individuos si quiere asegurar la suya. Y esto no solo es cierto si no justo.

Las libertades sociales no pueden ser concedidas mas que á aquellas personas que la merecen. Si así no sucediese las cárceles (que existen en los paises mas liberales del mundo) serian un ultrage á la libertad.

La libertad para todos, en el sentido lato de la frase, es pues no solo un error sino una imposibilidad. Pero tal vez el cronista de *L' Opinione* ha escrito lo que el marqués *D' Arcais* no ha pensado. Nosotros crreemos que ha querido decir igual para todos, y si es así estamos perfectamente de acuerdo. *Libertad para todos*, no,— *igual para todos*, sí— igual para todos es sinónimo de justicia— Libertad para todos es sinónimo de depravacion.

Pasemos al segundo punto que es donde se halla la grave cuestion y que mas interesa á todas las naciones por ser un principio aplicable en cualquer pais.

Dice el *Sr. D' Arcais* (y decirlo una persona tan competente, es ya mucho decir) que no deben existir dos pesos y dos medidas, una para la libertad teatral y otra para la de la prensa; que es como decir que el *Sr. D'Arcais* halla los mismos peligros en la una que en la otra. Error funestísimo, segun nosotros y por que lo creemos funestísimo es por lo que lo combatimos. ¿Cómo ha podido escapar al buen criterio del elegante escritor, la diferencia que existe entre un periódico que se lee y un autor que se escucha?

¿Cómo no ha pensado el *Sr. D'Arcais* que todos los periódicos del mundo no podrian revolucionar una poblacion, sin una causa fundadísima y que un actor convertido en tribuna puede conducir al público en masa á la consumacion de un delito?

—¿Si los periódicos de una culta ciudad hubieran dicho á la escojida sociedad masculina, es necesario que esta noche quiteis los caballos del carruaje de la célebre artista Sra. A. y hagais las veces de ellos, qué hubieran respondido estos jóvenes?— Cuando menos, hubieran dicho que aquel periódico los insultaba.... Y sin embargo, la actriz se presenta, el entusiasmo se comunica, los mas fogosos animan á los menos exaltados y.... el Sr. marqués *D'Arcais* no ignora el resto, ya que si nosotros lo sabemos es por haberlo leido en una de sus bien escritas crónicas.

No hemos hecho mas que iniciar, y creemos sin embargo haber hecho bastante. Nosotros podemos tener ó no razon, pero podemos asegurar que hemos expuesto sincéra y libremente nuestra opinion. "Y mientras no se nos "convenza de lo contrario, continuaremos diciendo:"Que el "arte dramático italiano (no olvidando las actuales circuns-"tancias) necesita una reforma y que el gobierno debe pen-"sar sériamente en la cuestion sino quiere ver los teatros "convertidos en escuelas de discusiones políticas ó de es-"cenas inmorales, donde el pueblo que es el que mas ne-"cesita de una buena instruccion encuentra la religion ul-"trajada, el pudor ofendido y las buenas costumbres vi-"lipendiadas.

"Y observe sobre todo el gobierno que cualquier retar-"do seria perjudicial.—Hoy el mal es una *chispa* que se "puede apagar con una gota de agua, pero tal vez maña-"na la chispa podrá producir un incendio."

Despues de esta justa espansion, lectores mios, de esta justa espansion que tal vez os habrá cansado pero que defiende vuestros intereses defendiendo los de la religion y los de la virtud, me despido de vosotros enviandoos un afectuoso saludo, que echará la llave á las puertas de la presente revista.

José C. BRUNA.

HERIDAS DEL CORAZON.

—Dí, madre, ¿porqué las tórtolas
al dar al viento la voz
con su dolorido arrullo
conmueven mi corazon?
¿Porqué tierna simpatía
siento por sus penas yo,
y sus quejidos me aflijen,
y me angustia su dolor?
—Las tórtolas, cuyo duelo
aflije tu corazon,
son las almas de las niñas
que murieron por amor.
Por eso es triste su canto
y lastimera su voz,
porque las tórtolas lloran
heridas del corazon.
—¡Ay madre! en el alma mia.
una espina se clavó
y ni aun el tiempo es bastante
á mitigar mi dolor.
Cual frio acero el olvido
mis ilusiones mató,
mi pobre vida se extingue,
madre, me mata el amor.
Poco despues, de la niña
el alma pura subió
en los brazos de los ángeles
á la presencia de Dios;
Mientras en el bosque umbrío
al viento daba la voz
una tórtola, llorando
heridas del corazon.

Narcisa PEREZ.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de debajo de paño de seda azul, guarnecido por un volante casi plano, recortado á puntas redondeadas, y sobre el que corre un bullonado que se fija á intervalos iguales de 3 centímetros. Trage de encima con coselete y tirantes, mas corto que el anterior, hecho de moer *antique* gris muy claro, con un fleco de seda, y sobre este un galon gris bordado de cuentas blancas; este trage va abierto por los lados, y el borde inferior de cada paño se ata con el inmediato.

Trage de paño de seda negro con un volante alto encañonado de 25 cents. de ancho.—Trage de encima de gasa de seda negra, llevando por orlas *4* cintas de color amarillo de oro: este trage va recogido al lado izquierdo por unos racimos de uvas con su follage, todo ello de oro; corpiño escotado; coselete compuesto de presillas de cinta amarilla. Corona de follage y de racimos de uvas; las mangas cortas y bullonadas corresponden al trage de encima, es decir, que son de gasa de seda negra.

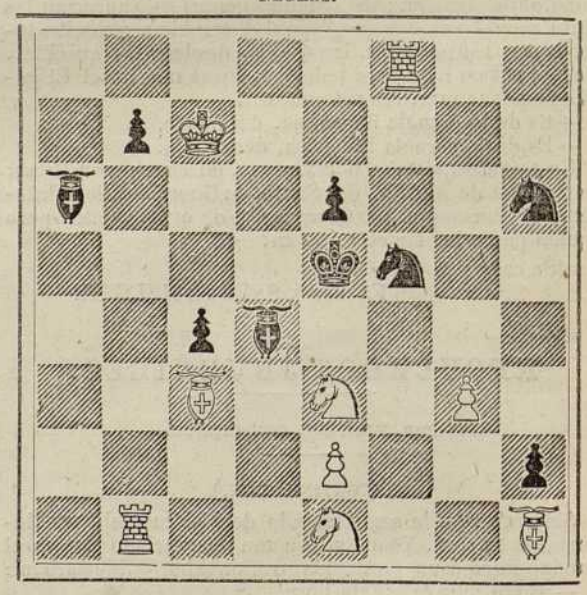
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 108.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 4.ª T.R.ª jaque.	R. 3.ª T.R.ª
2.ª T. 7.ª C.R.	Cualquiera.
3.ª C. 8.ª C.R.ª jaque.	R. toma.
4.ª A. 4.ª R.ª ó 5.ª R., segun, jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 109, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

La doble hoja de patrones correspondiente al número 45 de La Moda, la habrán recibido nuestros suscritores con el número anterior.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

Cadiz. 1867.—Imp. y litografia de la revista medica, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 49.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

ÁL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.— Vestido de invierno.—Fondo de guipur sobre red.—Cuadro de guipur sobre red.—Dibujo para porta moneda. — Colcha á punto de aguja.— Cogin ó tapete de mesa.—Platillo.— Fondo de frivolité.—Encage de frivolité.— Velo de butaca. — Zagalejo de tafetan.—Zagalejo de cretona.

Revista de París—El castigo de un blasfemo. — La Vírgen de las Rosas. — Recuerdos juveniles.—La Concepcion Inmaculada de María Sma. —Problemas de ajedrez.—Figurin iluminado.

VESTIDO DE INVIERNO.

Vestido de invierno.

Este pardesús, hecho de moleton blanco, tiene por delante con corta diferencia la forma de un paletot, del que penden unas mangas anchas; lleva al redador un bordado ejecutado á punto ruso con seda encarnada, imitando un guipur puesto plano.

Los bien detallados pormenores de este dibujo, nos escusa prolongar mas su explicacion.

Fondo de guipur sobre red.

Servirá para cófias, fichús, corpiños, etc. si se ejecuta con hilo fino; hecho con hilo grueso se le utilizará para cortinas de vidriera, mantel de tocador,

velo de butaca, y otros objetos adecuados. Es de muy bello efecto esta labor.

Cuadro de guipur sobre red.

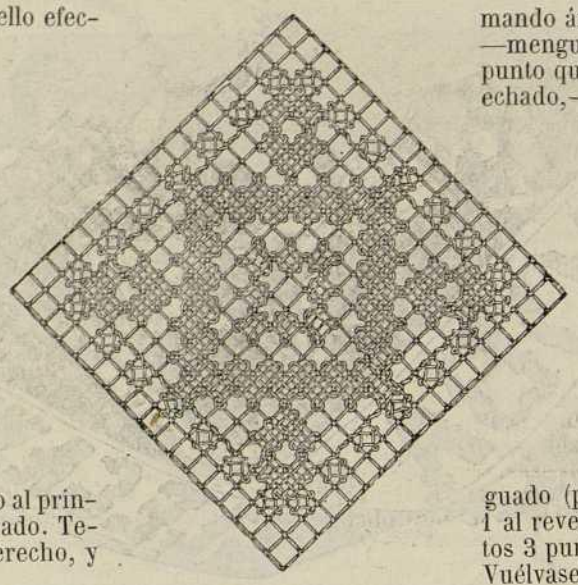
Se le empleará para cortinas y velos de butaca, asociándolo á cuadros de muselina lisa, adornados con bordado inglés.

Dibujo para porta-moneda.

Se borda este dibujo al pasado al sesgo y á punto ruso, con muchas tintas de un mismo color sobre moer *antique* ó tafilete.

Colcha á punto de aguja.

Se ejecuta esta con algodon blanco ó lana mas ó menos gruesa; se arma un número de puntos suficiente que pueda dividirse por diez, y además un punto al principio y otro al fin, que no entran en el número designado. Teniendo el dibujo revés, se hará una vuelta entera al derecho, y otra vuelta entera al revés.



CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.

1.ª *vuelta.*—Un punto *levantado* (sin hacerse),—* 1 al revés,—1 echado,—menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al revés),—menguado,—1 echado.—Vuélvase siempre desde *.—Al fin de la vuelta un punto al revés.

2.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—* 2 echados (este doble echado debe caer entre los dos menguados de la vuelta anterior),—menguado al sesgo (es decir, que se hace el punto con el echado siguiente tomando ámbos al sesgo),—1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—menguado (esta vez se hacen juntos al derecho el echado y el punto que le sigue).—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta, un echado,—2 al derecho.

3.ª *vuelta.*—Uno levantado;—* uno al revés,—uno echado,—menguado (echado y punto se hacen juntos al derecho),—1 echado; el doble echado siguiente de la vuelta anterior se *levanta* sin hacerse, de modo que se tienen dos hebras sobre la aguja;—menguado (echado y punto hechos juntos al derecho),—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin dos al revés.

4.ª *vuelta.*—Uno levantado,—* 1 echado,—1 levantado;—los dobles echados se hacen juntos al derecho con el punto siguiente, y el punto levantado se *saca* en seguida por encima,—1 echado,—3 al derecho. Vuélvase desde *.—Al fin 1 echado,—3 al derecho.

5.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al revés,—* menguado (punto y echado hechos juntos al revés),—1 echado,—1 al reves,—1 echado,—3 puntos hechos juntos al revés (en estos 3 puntos hay 1 echado y 2 puntos de la vuelta anterior).—Vuélvase desde *. Al fin 1 echado,—3 al revés.

6.ª *vuelta.*—1 levantado,—1 al derecho,—1 echado,—* uno al derecho,—1 echado,—menguado,—2 echados (deben caer entre los 2 menguados de la vuelta anterior, para contraponer el dibujo),—menguado al sesgo como en la segunda vuelta,—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 echados,—2 al derecho.

7.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al revés.—* el doble echado de la vuelta anterior se levanta como la 3.ª vuelta,—menguado,—1 echado,—1 al revés,—1 echado,—menguado. Vuélvase desde *. Al fin 1 echado.—1 al revés,—1 echado—menguado,—1 al revés.

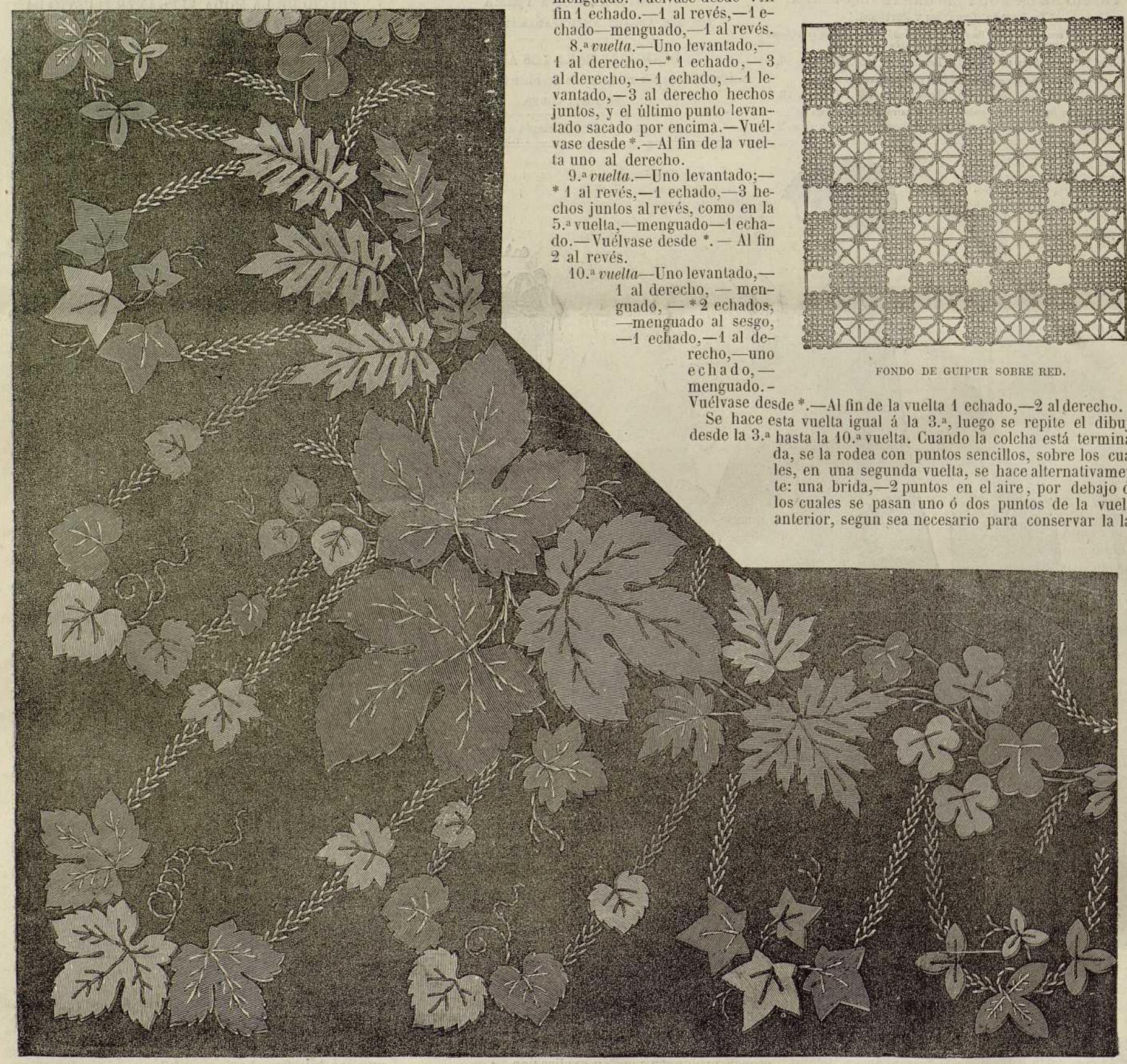
FONDO DE GUIPUR SOBRE RED.

8.ª *vuelta.*—Uno levantado,—1 al derecho,—* 1 echado,—3 al derecho,—1 echado,—1 levantado,—3 al derecho hechos juntos, y el último punto levantado sacado por encima.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta uno al derecho.

9.ª *vuelta.*—Uno levantado;—* 1 al revés,—1 echado,—3 hechos juntos al revés, como en la 5.ª vuelta,—menguado—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 al revés.

10.ª *vuelta*—Uno levantado,—1 al derecho,—menguado,—* 2 echados,—menguado al sesgo,—1 echado,—1 al derecho,—uno echado,—menguado.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta 1 echado,—2 al derecho.

Se hace esta vuelta igual á la 3.ª, luego se repite el dibujo desde la 3.ª hasta la 10.ª vuelta. Cuando la colcha está terminada, se la rodea con puntos sencillos, sobre los cuales, en una segunda vuelta, se hace alternativamente: una brida,—2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan uno ó dos puntos de la vuelta anterior, segun sea necesario para conservar la la-



CENEFA DEL COGIN.

bor bien plana, como es conveniente en esta clase de labor.

Cogin ó tapete de mesa.

El cogin se hace de paño negro, con aplicaciones de paño verde de diversas tintas, fijadas por un punto de tafetan algo claro; los tallos y las venas se ejecutan con diversas tintas de torzal de seda verde; para las venas de las hojas oscuras se emplea seda de color claro; para las de las hojas claras seda oscura. Se orla este cogin con un cordon torcido de seda; en cada esquina se pone una borla.

Platillo al crochet para lámpara, etc.

Se hace de puntos sencillos sobre cordon

PORTA-MONEDA.

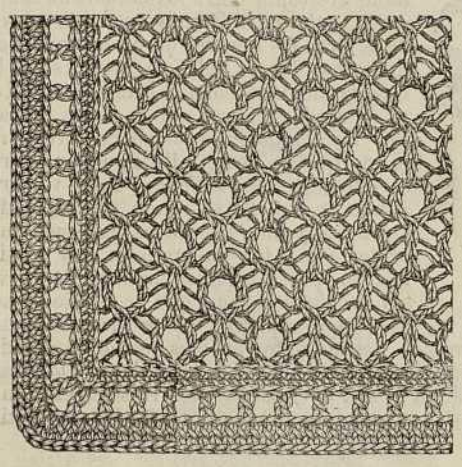
Fondo de frivolité.

Esta labor servirá para fondo de cófia, etc., y ejecutado con hilo grueso, para velos de butaca, mantel de tocador, etc.

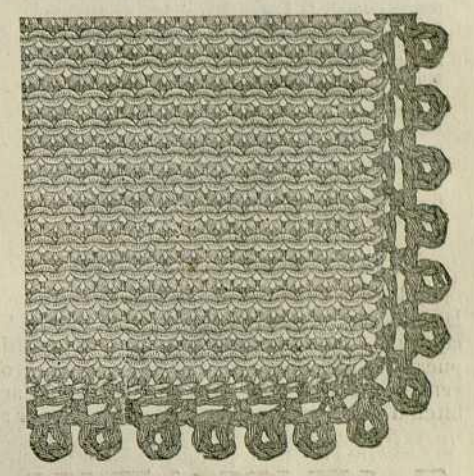
Se compone de rosáceas de ocho hojas, reunidas por argollitas; cada rosácea se hace del modo siguiente; para cada una de las ocho hojas se hacen 7 dobles nudos (1 nudo al revés y 1 al derecho componen un doble nudo),—1 pipuillo,—7 dobles nudos; se atan uno con otro el hilo del principio y el del fin, se corta la hebra con la que se trabaja. Cada argollita se compone de 2 dobles nudos y de 8 piquillos, seguido cada uno de 2 dobles nudos.

Encage de frivolité.

El dibujo de este encage corresponde á la la-



COLCHA A PUNTO DE AGUJA.



PAÑO PARA VARIOS USOS.

blanco de algodon, igual al que se emplea para los vivos; el fondo es de lana blanca; la parte de arriba y el contorno de lana encarnada. Se principia por el centro; y se hacen primeramente tres vueltas con lana blanca, creciendo de modo que la 3.ª vuelta se componga de 30 puntos.

4.ª *vuelta*. —Se ata la lana encarnada y se hace alternativamente un punto encarnado y 2 blancos; sabido es que el punto encarnado que precede al blanco debe terminarse con la lana encarnada y el punto blanco que precede al encarnado debe terminarse con la lana encarnada. En esta vuelta no se crece; ha de componerse de 10 puntos encarnados y de 20 blancos.

5.ª *vuelta*. En cada punto encarnado 3 encarnados, — un punto blanco en cada otro blanco.

6.ª *vuelta*. 5 puntos encarnados sobre los 3 encarnados, — 1 blanco sobre cada blanco.

7.ª *vuelta*. —Sobre los 5 puntos encarnados se hacen 3 encarnados; — 1 blanco, —3 encarnados; el punto blanco sobre el del medio de los 5 ensarnados.

8.ª á 10.ª *vueltas*.—Como la 7.ª, y los 3 puntos encarnados siempre sobre los tres encarnados de la vuelta anterior; el crecido se verifica siempre entre los dos grupos de 3 puntos encarnados cada uno; este crecido se distribuye así: en la 8.ª vuelta, en vez de 2 puntos blancos, uno, 3 en la 9.ª, 4 en la 10.ª

Las *vueltas* 11.ª á 15.ª se copian sobre el dibujo; desde la 11.ª á la 13.ª vueltas, en la que se termina la estrella encarnada, el crecido se verifica en el fondo.

16.ª *vuelta*.—Alternativamente un punto encarnado y uno blanco.

1.ª *vuelta del borde encarnado*. —Alternativamente 6 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—y 1 sencillo, picando siempre el crochet debajo del punto entero de la vuelta anterior.

2.ª *vuelta*.—Alternativamente 7 puntos en el aire y 1 sencillo sobre el feston de puntos en el aire de la vuelta anterior.

CENTRO DEL COGIN Ó TAPETE DE MESA.

bor cuya explicacion acabamos de dar. El borde superior se compone de cuatro filas de circulitos contrapuestos, separados por un espacio de un centímetro y medio; los círculos de la primera fila se componen cada uno de tres dobles nudos,— 3 piquillos, seguido cada uno de 3 dobles nudos, —3 dobles nudos. En cada una de las filas siguientes, en vez de hacer el piquillo del medio se liga el círculo con el hilo que sirve de línea de union en la fila anterior; en la última fila, esta línea de union no tiene mas que un centímetro de largo.—Se hace un cierto número de rosáceas, cada una de 6 hojas, compuesta cada hoja de 7 dobles nudos,—1 piquillo,—9 dobles nudos.—Cada rosácea se liga con cada 2.º círculo de la primera fila.—Para el borde inferior se hace: * un doble nudo,—seis piquillos, cada uno de ellos seguido de un doble nudo—un doble nudo. Con esta fila se forma un círculo, se vuelve el encage de modo que las rosáceas queden dirigidas hácia arriba; se ata la hebra al piquillo de la hoja mas próxima de la rosácea mas cercana, se hace un doble nudo,—7 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo,—un doble nudo; se ata la hebra á la hoja siguiente, — † se hace un

doble nudo,—8 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo,—un doble nudo; se ata la hebra á la hoja mas próxima. Se vuelve á empezar una vez desde †. Se hace un doble nudo,—7 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo. Se vuelve desde * hasta el fin del encage.

Velo de butaca.

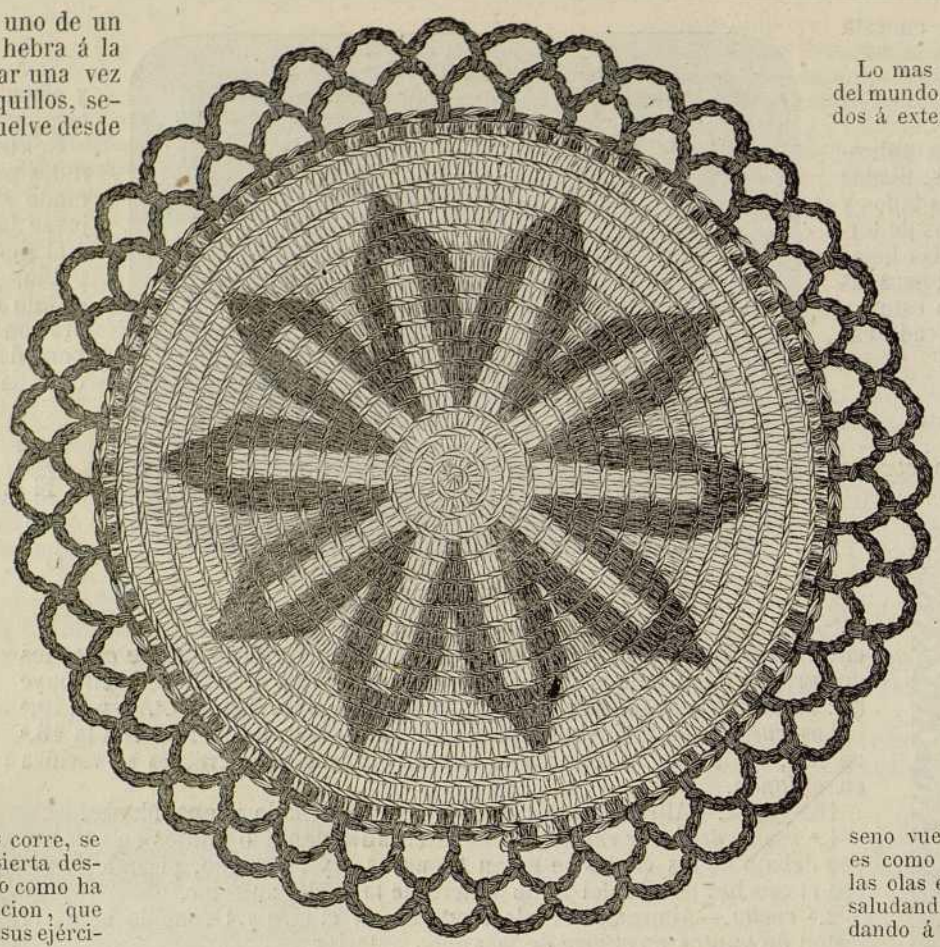
El centro es de realce; los puntitos al realcé ó bien á *punto de nudillos*; las ramas de coral son aplicadas y se hacen de lienzo.

REVISTA DE PARIS.

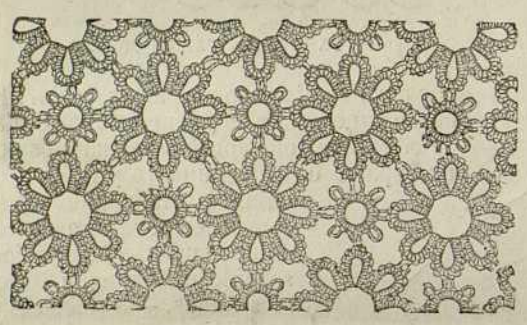
SUMARIO.—La soledad de París.—Las cosechas de los teatros durante la Exposicion. — Los conciertos de música alemana. — Alemania é Italia en música. — El grande arte.—El Hamlet.—Murmuraciones parisienses.—El abate Cora Pearl. — Una historia de amores.—El suegro de un suicida.—Modas.—Los iris de los colores de moda. Sus relaciones con los mayores acontecimientos del siglo. — Influencia de las modas en la suerte de los pueblos. — Una guerra sangrienta por bromas sobre los tocados de dos mugeres.—Una palabra lúgubre sobre el peinado de María Antonieta.—Una asociacion en Alemania contra la cola de los vestidos.—Duelos por pisotones.—Manías de combates.

I.

Todos los años por estos dias comienza la animacion de Paris. Mas en este año que corre, se concluye. La gran ciudad parece como desierta despues que la han abandonado tanto extranjero como ha venido á saludar esta importantísima poblacion, que intenta ser Atenas por sus artes; Roma por sus ejércitos, y Alejandría por su espíritu universal y cosmopolita. Los comerciantes se quejan de que la cosecha ofrecida por la Exposicion á la industria, no ha sido tan feraz como se prometian las ilusiones del deseo. Pero los teatros de París podrán decir en cambio que ha sobrepujado sus esperanzas. Nada mas incómodo que un teatro de París con sus angostos corredores; sus duros y apretados asientos; sus acomodadoras con papalina blanca y trage oscuro, tan socaliñeras como insolentes; su consejo de administracion que parece un tribunal; sus entradas y contraseñas infinitas; su aglomeracion de gentes incapacitadas casi de respirar en tan mezquina atmósfera; sus infinitas luces que forman como un horno; sus inarmónicos violines que jamás componen una orquesta mediana; y sus destemplados vendedores que, á guisa de plaza de toros, ofrecen á grito herido, bizcochos, pasteles, naranjas y agua de limon, formando una algarabía insufrible mientras el malditísimo telon, embadurnado de anuncios que sabeis de memoria y que os persiguen por todas las esquinas, viene á recordaros las tristes asperezas de la realidad en medio de las espansiones del arte. Y sin embargo, estos teatros tan estrechos é incómodos se han embolsado, durante la Exposicion, sesenta y seis millones de reales.



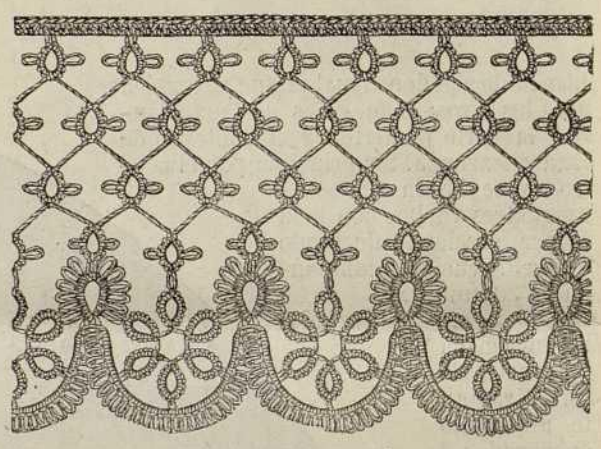
PLATILLO DE LÁMPARA.



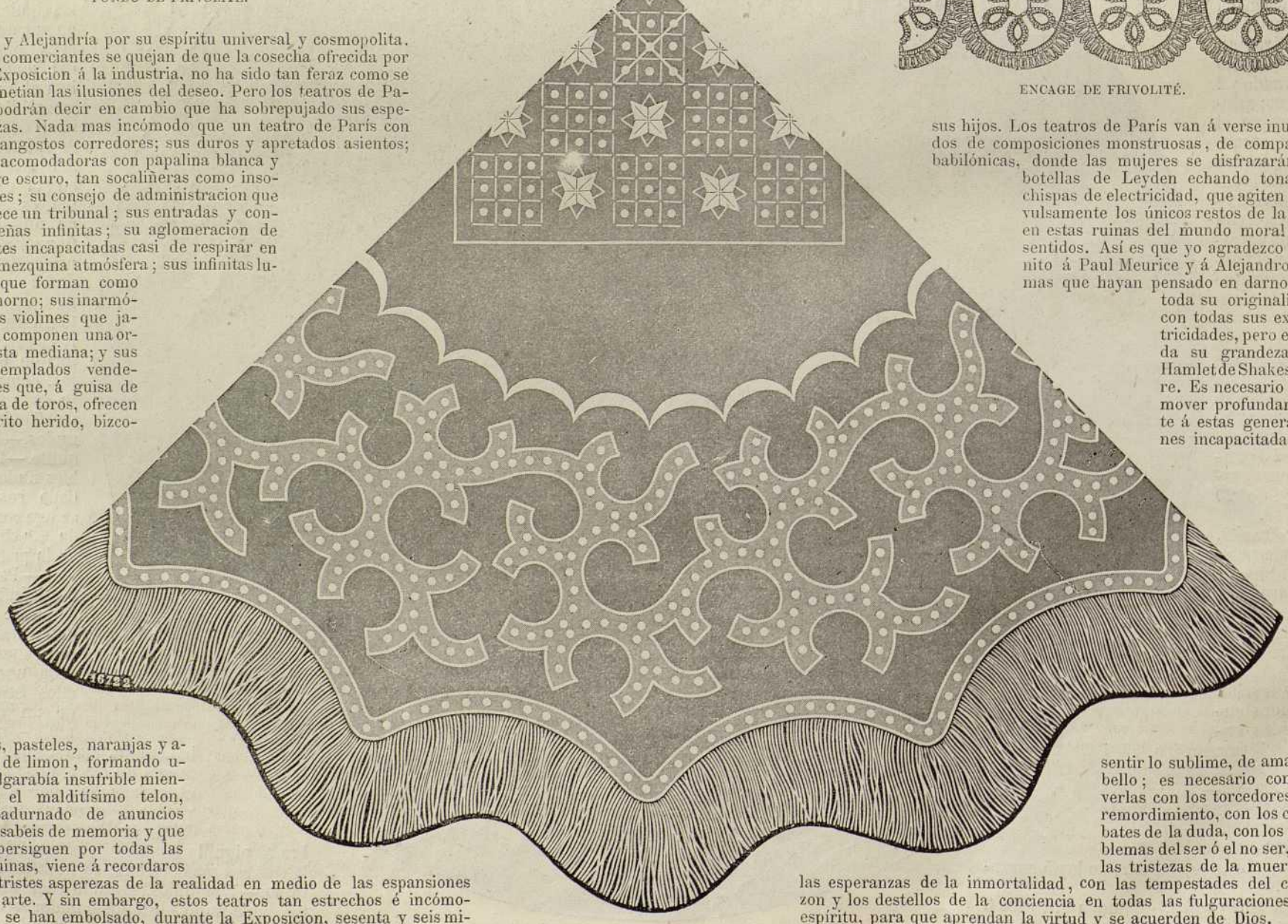
FONDO DE FRIVOLITÉ.

II.

Lo mas notable que en artes ofrece hoy la capital del mundo, son los conciertos de Pasdeloup, consagrados á extender y popularizar el gusto por la música alemana. Sucede en el arte músico aleman, exactamente lo que sucede en nuestras catedrales góticas. A pesar de levantarse en climas ardientes donde es tan claro el cielo y tan deslumbrador el brillo del sol, son oscuras, como consagradas al recogimiento interior del espíritu. Cuando entrais, nada podeis distinguir mas que las espesas sombras amasadas por las altas bóvedas sobre el pavimento. Pero al poco tiempo la claridad mística comienza; la mústia lámpara baña de tintes melancólicos el rostro de la Vírgen; el ardiente cirio se refleja en las áureas alas de los ángeles; la luz del dia se quiebra en toques indefinibles y en armoniosos tonos entre los simbólicos triángulos, y la ojiva dibuja con sus vidrios de colores los matices de un iris que semeja los albores del Empíreo. Así en la música alemana cuando comenzais á oir, os parecen sombras, si es dado hablar así, los sonidos. No podeis comprenderlos porque no podeis distinguirlos. Pero atended, atended un poco, fijad vuestro ánimo en aquella sosegada corriente de armonías y bien pronto os parecerá que brota como los manantiales del sentimiento, por misteriosa manera, de vuestro propio corazon y que se refleja en su seno vuestro propio espíritu. La música alemana es como el viento en los árboles, como el eco de las olas en las playas, como el coro de las alondras saludando al sol, ó el coro de los ruiseñores saludando á la luna; es el relieve, es la forma plástica, es la armonía del Universo, el canto de los seres: *lacrimæ verum*. Pero la música alemana, vaga, interior, profunda, un poco sombría es la música del sentimiento, el plañido del amor, el grito del alma, las lágrimas de las ideas. Yo quiero al gran arte. Yo rogaria á la mujer, á la eterna musa de todas las inspiraciones sublimes, que se conjurase contra el arte grosero, sensual, mecánico, utilitario, destinado á embrutecer á sus amantes, á matar en flor el corazon de sus hijos. Los teatros de París van á verse inundados de composiciones monstruosas, de comparsas babilónicas, donde las mujeres se disfrazarán de botellas de Leyden echando tonantes chispas de electricidad, que agiten convulsamente los únicos restos de la vida en estas ruinas del mundo moral: los sentidos. Así es que yo agradezco infinito á Paul Meurice y á Alejandro Dumas que hayan pensado en darnos con toda su originalidad, con todas sus excentricidades, pero en toda su grandeza, el Hamlet de Shakespeare. Es necesario conmover profundamente á estas generaciones incapacitadas de sentir lo sublime, de amar lo bello; es necesario conmoverlas con los torcedores del remordimiento, con los combates de la duda, con los problemas del ser ó el no ser, con las tristezas de la muerte y las esperanzas de la inmortalidad, con las tempestades del corazon y los destellos de la conciencia en todas las fulguraciones del espíritu, para que aprendan la virtud y se acuerden de Dios.



ENCAGE DE FRIVOLITÉ.



VELO DE BUTACA EN NANSOUK.

III.

Mas París convida cuando solo se mira la superficie á lo agradable, á lo ligero. Hace pocos dias ha salido un libro que prueba los inconvenientes de las iniciales. "El libro del sentimiento y del amor, por el Abate C. P."

—¿Quién será este Abate? preguntaba una amiga á otra.

—Lo ignoro, respondió la preguntada, lo ignoro. Tal vez sea el Abate Cora Pearl."

Esto prueba, como dicen los castellanos, que mas vale llamar al pan pan, y al vino vino; y á cada cual por su nombre de bautismo.

Oid una historia interesante, cuya autenticidad os garantizo. Un riquísimo comerciante de París llamado S... ha reunido su fortuna con mucho trabajo y educado por ende á sus hijos en el santo temor de la miseria. Y de pronto se encontró en medio de lo que mas huia, por esas venganzas que la Providencia toma de todas las pasiones; venganzas, como llamamos repetidas veces en el mundo á la justicia. Un jóven modesto y pobre llamado Pablo, le pide la mano de su hija, la hermosa y rica Luisa. El comerciante se la niega porque para él no es el matrimonio la union de dos corazones sino el producto de dos subuen viejo al lado del ataud. La mitad de su fortuna hubiera dado por resucitar al muerto y evitarse tantos remordimientos; ¡él! que de nada podia acusarse, pues jamás retrasára ni en media hora el pago de una letra. Siguió el cortejo fúnebre, y arrojó un puñado de tierra sobre el ataud, un puñado de tierra que parecia arrancado de su corazon. Si fuera ducho en las artes de la palabra y no estuviese constipado, pronuncia en el cementerio una oracion fúnebre. Pero aun le aguardaba el dolor de los dolores. Luisa ha sabido la muerte de su amante, y no quiere ni vestirse ni comer. Luisa! la pobre! solo quiere morirse y ser enterrada ni mas ni menos que como la Miolhau Carvalho en la Julietta y Romeo de Gounoud. El pobre padre no sabe á qué santo encomendarse. Si no fuera porque los gorros de dormir, cuyo comercio fué base de su fortuna, forman como una cataplasma al rededor de su mollera y le impiden tener pensamientos trágicos, se hubiera suicidado. Y lo hiciera si un hombre pudiera suicidarse, así, buenamente, sin grave detrimento ni para su caja ni para su estómago. Pero aun sus tragedias no se han concluido. Cuando mas entregado estaba á tales reflexiones, le anuncia su ayuda de cámara que un jóven desea hablarle. Sale distraido á la antesala. Es la hora del

IV.

Y ya que hablamos de bodas, no puedo resistir á la tentacion de escribiros cuatro palabras sobre un libro que acaba de publicarse por un escritor moralista, el cual en lenguaje profético habla mucho de la próxima inevitable muerte de esta corrompida Francia. El escritor se llama Alejandro Weill. Judío de religion, aleman de orígen, francés de nacimiento. Weill tiene algo de la desesperacion semítica, y de la profundidad germánica, y de la chispeante gracia gala. Es como pocos un escritor de grandes costrastes y de bruscas antítesis. Lleva como pocos en el alma la desolacion de nuestros dolores sociales. Castiga como pocos, abrasándolos con un hierro candente, los vicios todos de nuestro siglo. En Francia es muy aborrecido porque ha maltratado á todos los escritores contemporáneos, porque ha maldecido de las redacciones de todos los periódicos. Es una especie de Job que desde su estercolero habla en magníficas imágenes de las plagas morales que caen sobre nuestro siglo. Cualquiera diria que por sus escritos pasa todavía el soplo abrasador del desierto donde escribieron los profetas. Y uno de los grandes males que echa en cara a nuestro tiempo, es la

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de tafetan color castaño. —Trage corto de popelina del mismo color, fruncido por su borde inferior en forma de jareta. Paletot de paño color castaño, adornado con trenzas de cinta de raso negro.

Zagalejo de cretona azul oscuro.—Trage corto (recogido por ámbos lados) de cretona de lana gris. Paletot de paño gris con trenzas de terciopelo negro (la misma guarnicion que el anterior).

Zagalejo de paño verde oscuro.— Trage corto del mismo paño, pero un poco mas claro, con paletot igual y ancho. Cinturon del color del zagalejo. Todo ello guarnecido con flecos de felpilla verde del color del trage.

El mismo vestido visto por detrás.

mandos. Al dia siguiente recibe una carta, en la cual su candidato á yerno, le anuncia que, si no accede á su demanda, se suicida. El viejo industrial levanta los hombros con glacial indiferencia y dice: "Nadie se suicida hoy por amor," y tira la carta. Pero á las doce horas vuelve á recibir otra, en la cual anuncia este nuevo Marsilla que al recibo de la misiva se habrá suicidado, y le convida á su entierro en la casa mortuoria. El único encargo que le hace como expresion de su voluntad en tan supremo trance; como testamento moral, de que es albacea su propio verdugo; el único encargo que le hace; el postrer ruego que le dirige, al borde oscuro de la eternidad, sintiendo ya el frio de la muerte, temblando por las reconvenciones que el Supremo Juez dirigirá al suicida que se presenta sin ser llamado; su última idea, su última palabra, su última súplica, es que deje su padre llorar á Luisa. El comerciante, que no habia nacido para tales tragedias, siente un horrible torcedor en su conciencia. No puede concebir tanta locura y va el dia señalado á la casa de Pablo pisándose el corazon. La terrible nueva se ha confirmado. Unas cortinas de paño negro con franjas blancas cubren la entrada; un ataud ocupa el zaguan. Creyó caer el crepúsculo vespertino. El tibio resplandor de una mal encendida chimenea alumbra la estancia. En la dudosa claridad vé á Pablo. Su horror no tiene límites. Tiemblan todos sus nervios. La voz se le anuda á la garganta. El suicida viene del otro mundo á castigar su implacable crueldad; tal vez á reclamar á su hija para los desposorios de la muerte, para el lecho del sepulcro.

—No se asuste V., le dice con voz muy natural la pálida sombra.

—¿Que no me asuste, cuando hoy mismo he asistido á tu entierro? y daba diente con diente.

—Nada de eso: el enterrado era un escribano de mi vecindad, un habitante del cuarto principal de mi casa, el cual murió como mueren los escribanos prosáicamente en su cama. Yo no he querido matarme, no por mí, sino por no matar del mismo golpe á vuestra hija."

A los pocos dias Pablo estaba de frac negro y corbata blanca; Luisa de velo blanco y corona de azahar en la iglesia de S. Sulpicio, celebrando uno de esos teatrales matrimonios que acostumbran á celebrarse en esta Francia, en esta tierra clásica del aparato y de las comedias de magia.

falta de esos amores profundos, eternos, que trascienden hasta mas allá del sepulcro, y que ligan por toda una eternidad dos corazones, los cuales no pueden ser apartados ni por la muerte. En efecto con una palabra puede calificarse el carácter del amor de esta nuestra sociedad: no es el afecto profundo que se adhiere á una sola persona, es el inconstante mariposeo por todas las flores. Y no habrá moralidad mientras no haya familia. Y no habrá familia mientras no haya amor. Y no habrá amor mientras no se despierte en la mujer la idea de que ha nacido para un solo hombre, y en el hombre la idea de que ha nacido para una sola mujer. Es necesario acabar con la inconstancia que ha ahogado lo mas bello, lo mas poético del sentimiento; la eternidad. Es necesario que una jóven medite mucho antes de entregar su voluntad á un hombre; pero despues de haberla entregado, trate de unir su alma con aquella alma, su suerte con aquella suerte, su vida con aquella vida; su porvenir con aquel porvenir, como se unen dos suspiros en el aire. Los sepulcros de la Edad Media, donde yacen acostados sobre la marmórea losa el marido y la mujer, durmiendo juntos sus huesos, dan una idea de la eternidad del matrimonio.

V.

Pero veo que iba dando en el gravísimo defecto de sermonear mucho. Tratemos de cosas mas ligeras; tratemos un poco tambien de modas. Ya he dicho otra vez que no considero la moda cosa tan ligera como algunos pretenden. Infinidad de acontecimientos históricos se explican por la moda. En nuestros dias se conocen mas los aires políticos por el color de los trages que por los despachos diplomáticos de los ministros ó por los discursos de apertura de las cámaras. En cierto tiempo de itálico entusiasmo los elegantes se vestian de color morado de Magenta. Despues de la batalla de Sadowah el color amarillo, ó pardo, ó castaña, ó habana que todos estos matices tiene, llamado de Bismark. Ahora que el Austria vá estando en baja se lleva el verde Meternich. Y luego se dirá que la moda no tiene trascendencia en el mundo. Quizá no recuerda Europa una guerra tan trascendental por los cambios que trajo en el equilibrio europeo como la guerra llamada de los Siete años en el siglo último. Desde entonces pasó virtualmente la direccion política de Alemania desde Austria á Prusia, este grande hecho que parece de ayer y se halla preocupado por tres siglos. Pues una de las causas ocasionales de la guerra y de la alianza entre Austria, Rusia y Francia fué lo mucho que el gran Federico de Prusia se burlaba de los varios tocados, y bizarras modas de la célebre Madama de Pompadour, favorita de Luis XV. Otra burla idéntica respecto á la Emperatriz Isabel, decidió de la política de Rusia. Vaya otro hecho. En 1777 José II Emperador de Austria, vino á París á ver á su hermana María Antonietta, tan célebre por su hermosura como por sus desgracias. Un dia entró en su tocador cuando la Reina de Francia acababa de levantar el edificio de su alto moño, todo lleno de lazos, plumas y flores.

—«¿No me encontrais peinada á maravilla? le preguntó su hermana.

—Sí, respondió el Emperador.

—Pero es muy seco ese duro *sí*, replicó la Reina. ¿No os parezco bien?

—Por vida mia, dijo el Emperador, si quereis que os hable francamente, me parece demasiado ligero ese peinado para soportar una corona.»

Hablemos ahora de los trages notables de los últimos dias. La Emperatriz llevaba en el banquete dado en honor del soberano de Austria en el Hotel de Ville un trage de satin blanco argentado con una túnica de tul encima que le daba un aspecto vaporoso, como la niebla á las hadas. Un cinturon de estrellas de brillantes rodeaba su talle, tres collares qe las mismas piedras rodeadas de franjas de rubíes su garganta, y el gran regente, el mas bello diamante del mundo, su cabeza. La reina de Holanda un trage de blonda blanca adornado con lazos celestes sobre los cuales caian torrentes de brillantes deslumbradores. La duquesa de Monchy llevaba un trage de satin color de cereza sobre el cual flotaba un manto de punto de Alenzon prendido á la cintura por un ramo de acacias de oro.

A propósito, siguen las colas muy largas, muy largas. Con este motivo se ha fundado en Viena una sociedad cuyo objeto es demostrar la insolubridad de las colas tan largas. Sostienen que el polvo levantado por ese aditamiento del trage envenena los aires, y trae el cólera. Así es que muchos jóvenes se han juramentado en una sociedad secreta para pisar fuertemente las colas y rasgar así los vestidos. Hace pocas noches bajaba de su palco de la Gran Opera de París una aristocrática señora apoyada en el brazo de un primito que la molestaba mucho con sus declaraciones de amor. De pronto un gallardo caballero le pisó la cola. El primo le llama torpe. El otro le entrega uua targeta. Un duelo se verifica. Oh! dolor! Dentro de algunos dias verá el infeliz primo á la prima casada con su rival. No podeis imaginaros la peste de duelos que hay en Francia. Vivimos de milagro. Esto suele acontecer en todas las épocas mas agitadas de la historia. En 1831 se entregaban á la boca de una pistola todos los disentimientos políticos. Un orleanista sostenia que la duquesa de Berry tenia un ojo mas grande que el otro. Oyólo un ex-guardia de Corps legitimista, y dijo:—Me dareis cuenta de esa injuria á una dama y á una reina. La madre del descendiente de cien reyes tiene el ojo derecho mas grande que el izquierdo, pero V. decia que era el izquierdo mas grande que el derecho. Y por esto celebraron su duelo. ¿Lo que el hombre mas quiere es la vida? No, puesto que á cada momento la arriesga. Ah! lo que el hombre mas quiere es el inefable descanso de la muerte.

FIDELIO.

EL CASTIGO DE UN BLASFEMO.

TRADICION POPULAR.

En la desembocadura del anchuroso Guadalquivir se encuentra desde muy remotos tiempos una bellísima ciudad, que asentada como diosa guardadora de aquellas riveras, en una pequeña y suave colina extiende su planta hasta ser besada por las aguas del caudaloso rio.

A fines del pasado siglo se habia formado en la parte mas occidental de la poblacion, una pequeña colonia de pobres pescadores, que sujetos á todas las privaciones de su afanosa vida, solo se ponian en contacto con los habitantes de la ciudad cuando despues de una fervorosa oracion á Ntra. Sra. del Cármen, sus *artes* se llenaban de pececillos lo bastante para cubrir sus necesidades, y dejaban un sobrante que corrian á vender al mercado público.

En medio de estas rústicas y miserables cabañas, como contrastando con la escasez y la pobreza, alzábase orgulloso un magnífico palacio cuyo elegante pórtico, construido de ricos mármoles, y adornado de bellísimos relieves, ostentaba en su centro los antiguos blasones de la poderosa familia de los marqueses de A... En medio de este suntuoso edificio descollaba una fuertísima y muy elevada torre, desde cuya cima se dominaba una parte del Atlántico.....

Era la alborada de un dia del divino mes de las flores: la campana del próximo convento de RR. PP. Capuchinos anunciaba con alegres y redoblados sones la venida de la rosada Aurora. Los pescadores de la ranchería, sacudiendo sus entumecidos miembros, se preparaban á arreglar las torcidas redes para comenzar las faenas del dia. La oracion de la mañana terminaba en sus labios para dar principio á las alegres cantinelas con que se animaban en su rudo y penoso trabajo: entretanto, en el poderoso palacio todo yacia tranquilo no apareciendo la mas leve señal de animacion ni de vida. La numerosa falange de criados y dependientes de la opulenta casa, permanecian perezosamente sumergidos en profundo sueño: sin embargo, en lo mas elevado de la altísima torre del edificio, un hombre envuelto en un rico capote de finas pieles, velaba, y en su fisonomía contraida se marcaban las señales de muchas noches de insomnio y de vigilia; su estatura era mas que elevada, gigantesca, largos cabellos negros como el ébano caian esparcidos en sus hombros; su barba espesa y larga se hallaba algo plateada; sus facciones duras y pronunciadas, á la vez revelaban al hombre trabajado por turbulentas pasiones.

Recorria con paso agitado el pavimento de la torre, y sus ojos llenos de fuego fijábanse con insistencia en el lado del Oriente, como queriendo acelerar con sus miradas la venida del astro rey. Por fin la luz matínal empezó á colorar con sus tintas de grana el antes oscuro horizonte, la ciudad se despojaba del negro manto de la noche asomando su risueña cabeza, y la próxima colina, el rio, y hasta el mismo Océano saludaban con júbilo á la rosada Aurora. El marqués de A.... el dueño del palacio; pues no era otro el agitado centinela de la torre, pareció animarse á la vista de tan sublime espectáculo y sus contraidas facciones se permitieron hasta indicar un instante de alegre emocion. Abrió una caja de preciosa madera con ricas incrustaciones de plata, y arrojando hácia atrás el capote con que se cubria, preparó el hermoso anteojo que la caja guardaba, recorriendo con afanosa insistencia la parte Poniente del claro horizonte. Así permaneció largo rato fijo el anteojo en el Océano sin respirar apenas y contraidos todos sus miembros. Despues de esta constante observacion levantó la cabeza y balbuciente el labio y llenos los ojos de ira, arrojando lejos de sí el instrumento esplorador, esclamó «¡Nada, nada todavía!» Sus manos crispadas recorrieron los profundos bolsillos del capoton sacando una magnífica cartera de rico terciopelo grana donde guardaba varias cartas: abrió una de ellas recorriéndola con la misma rapidez que si la supiese de memoria, y empezó á murmurar: «¡y hace ya cuarenta dias que debian haber llegado! Cojió otra carta del paquete y saltando algunos renglones, fijo al parecer en la lectura de una frase, continuó exclamando: ¡Si lo perderé todo, y seré mas pobre que esos miserables, que me atormentan en estos momentos con sus cantos de alegría! ¡Oh! esto no puede ser; yo no viviré asi un dia mas! los tormentos del infierno son poco comparado con los que sufro hace cuarenta dias! dijo, y su voz fuerte y terrible como la del huracan, se ahogó en su garganta, y aquel cuerpo robusto y vigoroso, cayó desplomado sobre el pavimento... En aquel instante la suave brisa de la mañana traia hasta los muros de la torre los ecos del canto matinal, que los padres del vecino convento elevaban al Dios de la misericordia. El poderoso Marqués, el dueño absoluto de aquel fastuoso templo de la riqueza, lanzaba horribles maldiciones y retorcia sus gigantescos brazos con la fuerza de un condenado. Poco á poco los sonoros ecos del coro de los Capuchinos, fueron penetrando en su oido á manera de consolador bálsamo que dulcifica crueles dolores; levantóse de nuevo, volvió á cojer el anteojo, y empezó, ya mas tranquilo, á reconocer el horizonte.

Quedó fijo un momento como petrificado, sus manos empezaron á sufrir un ligero temblor, frotándose los ojos como si hubiera quedado por un instante sin vista.

Al mismo tiempo una voz clara y vibrante que penetró hasta el corazon del Marqués gritaba del otro lado del edificio: ¡La flota! ¡la flota!

* * *

Apenas habia pasado una hora, el aspecto del palacio de A.... habia cambiado completamente; sus doradas almenas se hallaban adornadas de multitud de gallardetes de vivísimos colores: en la alta torre ondeaba orgullosa una enorme bandera azul y blanca ostentando en relumbrante oro el escudo de los poderosos Marqueses de A... Las ventanas y balcones cubiertos con esquisitos paños de azul y plata, y las azoteas coronadas de multitud de gentes compuesta de los servidores, familiares y deudos del dueño del palacio.

Entretanto en lo mas elevado de la torre y rodeado de sus íntimos allegados, se hallaba el arrogante Marqués erguido, imponente, desnuda la cabeza, agitados por el aire los luengos cabellos; con su elevada estatura y dominadora actitud, parecia uno de los grandes héroes del paganismo. Su mirada dura y desdeñosa á la vez, no revelaba ni el mas leve sentimiento de gratitud hácia la Omnipotencia, que le devolvia sus riquezas cuando las creia perdidas, sino la orgullosa soberbia de Satan al querer igualarse á su Dios.

Fijos tenia los ojos en la entrada del Guadalquivir donde se dibujaban, ya muy próximas á doblar la punta del Castillo del *Espiritu Santo,* tres fragatas, cuyas blancas velas empujaba suavemente la brisa de la mañana. En el tope de sus gallardas arboladuras flameaban ligeros gallardetes con los mismos colores que la bandera de la torre. Habian cambiado algunas señales con los moradores del palacio y ya faltaban pocos instantes para salvar los últimos escollos de la terrible barra, que tan difícil hace la entrada del caudaloso Betis. El viento, el mar, el cielo despejado y sereno; todo contribuia á hacer mas fácil y cómoda la entrada de las tres hermosas naves en el seguro fondeadero de B....

La emocion mas viva se pintaba en el semblante de los que formaban el cortejo del marqués; sus miradas casi siempre tímidas al fijarse en el duro semblante del poderoso aristócrata eran en estos momentos confiados y alegres, porque el ceño de aquel estaba desarrugado.

Entretanto oyóse hácia la escalera de la torre una voz balbuciente y agitada por el cansancio, que se hacia anunciar á los circunstantes con el saludo cristiano y muy comun en aquellos tiempos de «Alabado sea el nombre del Señor» todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte hácia la puerta y todos los labios repitieron á coro «por siempre sea alabado y bendito» añadiendo algunos «el Santo padre guardian de Capuchinos.» Efectivamente; el que aparecia entre ellos era un venerable anciano de luenga y blanquísima barba, de mirada dulce y penetrante, y cuya voz armoniosa y vibradora impresionó dulcemente á los circunstantes. Solo el orgulloso jefe de la casa permaneció impasible á la entrada del guardian y fija la atencion en las tres fragatas, pareció no haberse siquiera apercibido de la presencia del nuevo personage.

El noble anciano sin desconcertarse por tan desdeñosa acogida, dió algunos pasos hácia el Marqués, y echando atrás la capucha de su tosco sayal y dirigiendo la diestra hácia el sitio donde estaban las naves exclamó: Eh ahí, señor Marqués de A... la misericordia de Dios, que aflige, que estrecha al incrédulo, pero que jamás concluye su obra sin tender su poderosa diestra al desgraciado, sin enjugar sus lágrimas al que se arrepiente. Esta mañana os consideráis pobre porque habiais perdido la esperanza de ver llegar esos inmensos tesoros que del nuevo mundo os conducen las naves que teneis á la vista; vuestra conducta depravada os habia hecho perder los bienes de la tierra y la esperanza de volverlos á recobrar, con la venida de esa flota; y vuestra impiedad os alejaba de los bienes del cielo porque dudábais de su existencia. Nosotros, humildes siervos del Señor á quienes tanto habeis despreciado, nosotros, pediamos en nuestro rezo esta mañana que el Señor os volviera las riquezas de la tierra y os abriera los ojos á la luz de la verdad, y he ahí que nuestras súplicas han sido escuchadas: ¡doblad la rodilla y bendecid el nombre de Dios Todopoderoso!!

El Marqués permaneció impasible durante esta escena, estendiendo la diestra hácia el guardian como en señal de que esperase. Un instante despues una nube de humo apareció al costado de la primera fragata, y sucesivamente en las otras dos, y el eco trajo el sonido de tres detonaciones. Todos los buques acababan de salvar felizmente los últimos escollos de la barra y daban esta señal, empavezando simultáneamente sus gallardas arboladuras. Una risa satánica agitó los lábios del Marqués, é irguiedo su colosal estatura rugió con voz sorda y acentuada dirigiéndose hácia el guardian: «*Ya, padre reverendo, aunque vuestro Dios quiera no soy pobre*.....

Sublime rayo de inspiracion divina pareció descender en aquel momento supremo, sobre la cabeza del venerable monge; su ancha frente se iluminó de una aureola de santidad, sus pupilas se dilataron, su voz se hizo clara y sonora como la trompeta del juicio final, y alzando las descarnadas manos hácia el cielo exclamó: ¡Blasfemo!! has osado levantar una vez mas tu soberbia frente contra el Señor, has osado desafiar una vez mas con tus impías frases su tremenda justicia; sea, pues tú lo quieres y cúmplase su santa voluntad; esas inmensas riquezas que tienes á la vista irán á ocultarse en el seno de las aguas y alimentarán mas tarde á esos miserables pescadores que tu soberbia ha despreciado tantas veces.» Aterrados los circunstantes bajaron la cabeza sin osar moverse, y solo el impío con su fiera mirada parecía desafiar aun al cielo y á la tierra; por segunda vez una terrible y satánica carcajada salió de su boca, pero ahora era el santo monge el que hacia señal de esperar al blasfemo..... Súbito se levanta furioso, horrísino huracan de la parte del Este; inmensas nubes de arena son por él arrebatadas con impetuosa fuerza; el mar empieza á crispar sus temibles olas desencadenándose con todas sus fuerzas rugiente tempestad, que hace variar de rumbo á las tres naves que casi simultáneamente van á estrellarse haciéndose pedazos en las negras rocas de la terrible barra. Inútiles son los desesperados esfuerzos de los experimentados marinos que mandan los buques, debiendo la salvacion de sus vidas á los generosos auxilios de los pobres pescadores de la ribera, y aquellos hermosos navíos, poco antes seguros dentro del puerto, no son mas que troncos informes flotando á merced de las olas embravecidas. En medio de este desolador espectáculo la vibrante voz del Guardian repetia el terrible *Dies iræ Dies illa*, de los difuntos, y los que rodeaban al impío Marqués habian caido á los piés del venerable anciano.

En aquel instante un ruido semejante al de una enorme encina que cae al impulso del último golpe de robusto leñador, hizo volver á todos la cabeza hácia el punto en que se hallaba el impío y le vieron desplomado sobre el pavimento retorciéndose en los últimos esfuerzos de la agonía. Ni una sola palabra pudo salir de sus cárdenos labios.... Su espíritu habia pasado á la presencia del Dios de la justicia.

El digno sacerdote elevó los ojos al cielo exclamando: «Señor, tened piedad de su alma» y volviéndose á los aterrados circunstantes continuó «y vosotros, hijos mios, no olvideis nunca que este ha sido el tremendo castigo impuesto por Dios á un blasfemo».....

Aun todavía cuando en las duras tempestades del invierno los míseros pescadores de aquella ribera mueven el cenagoso lecho del rio, encuentran algunas monedas mejicanas, de la flota del Marqués de A. perdida hace cerca de un siglo en aquellas aguas. Así se ha cumplido tambien la segunda parte de la profecía del monge capuchino.

JOSÉ M. FRANCO DE TERAN.

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

(CONTINUACION.)

María se habia pues refugiado bajo el techo del abate Domarus y no tenia mas placer que remplazar dignamente á Genoveva y á Marta. Los cuidados mas tiernos y delicados, las atenciones mas expresivas, eran dedicadas al anciano por aquella alma agradecida, que sonreía con delicia al escucharle decir que no habia sido nunca tan feliz.

—Yo sucumbo de júbilo, decia María, radiante al escuchar estas palabras.

Ella le cuidaba y le velaba como si hubiera sido su padre; él la queria como á una hija y no se cansaba de dar gracias á Dios por la dicha que le concedia en los últimos dias de su larga carrera.

—Hija mia, la decia, cuando la hija de los Rozancourt le agradecia con efusion su paternal hospitalidad, hija mia, vos no me debeis nada, al contrario yo soy quien os debo estar siempre agradecido, quien debe pagaros una antigua deuda del corazon. Si vuestra piadosa madre no hubiera sido reconocida cuando nos mezclaron con los ahogados, por uno de sus colonos á quien habia colmado de beneficios, el Loire, hubiera sido su tumba y la mia. Yo debo mi vida, mi larga vida á vuestra madre, y á mi edad no debo ser ingrato con su hija. Un dia, quizá muy pronto, Dios me llamará á su seno; vos sois jóven aun y teneis delante de vos un largo horizonte, aceptando todo lo que poseo, aunque no es mucho, nada os faltará y yo habré pagado mi deuda hasta mi último momento.

Si á vuestra madre debí la vida siendo jóven, á los ochenta y seis años os debo á vos la tranquilidad y la dicha.

María estrechó las manos del anciano con respetuosa ternura y exclamó:

—Se vé á pocos deudores exagerar así sus deudas, vos lo decís así, padre mio; pero yo soy quien os debo la vida,.. ¡Hablais de dejar este mundo, y quién sabe si moriré yo antes que vos! No deseo la muerte, bien lo sabeis; pero quisiera morir antes que vos.

Cada mañana el anciano y María se arrodillaban delante de la *Virgen de las Rosas*, exhalándose esta doble plegaria de dos corazones angélicos y subiendo hasta la madre de Dios como el incienso mas digno y mas puro. El crepúsculo y la aurora les cogia igualmente arrodillados delante del Divino retrato y el anciano ayudado por su hija de adopcion, se levantaba alguna vez diciendo:

—María, vos llevais el nombre de la madre del Salvador. el mas puro, el mas bello, y teneis en el cielo la mas poderosa protectora; cuando yo haya muerto no os separareis de la *Virgen de las Rosas*, ella os hará feliz.

El anciano deseaba continuamente hacer testamento á su favor, pero ella se oponía, repugnando á su generosidad y delicadeza admitir los bienes del anciano sacerdote: la idea de una donacion le parecía como la recompensa mercenaria de una buena accion.

—Teneis parientes aun, respondia ella.

—Sí, pero tan lejanos que ni siquiera los conozco.

—¡Qué importa! yo no quisiera arrebatarles una herencia legítima si tuvieran la desgracia de perderos.

—Eso no es arrebatar, hija mia; mis bienes son mios, como la Francia és del Rey y yo puedo disponer de ellos...

—No, no, repitió María con dulce firmeza.

Él se callaba para volver á insistir al siguiente dia.

Una tarde el anciano se habia dormido en su gran sillon de damasco oscuro, delante de la *Virgen de las Rosas*. María cosia á su lado. De repente palideció, estendió las manos hacia el santo cuadro y cayó hacia atrás su venerable cabeza.

El abate Domarus habia dejado de existir.

María loca de terror se lanzó fuera de la casa y corrió á buscar un médico, pero este llegó para declarar que todo socorro era inútil.

La pobre mujer cayó anonadada por el dolor mas vivo. Otra vez sola en el mundo.... abandonada, sin un corazon amigo, sin recursos, sin apoyo....

Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada de la *Virgen de las Rosas*, que parecia sonreirle.

V.

Es una casta extraña y revoltosa lo de los parientes lejanos; cuando ellos creen apercibir la posibilidad de una herencia, suelen escribir una vez por casualidad; si tienen noticias de un testamento contrario. se apresuran á reclamar sus derechos, consultan abogados y notarios y preparan sus armas para esgrimirlas contra las personas que se imaginan pueden arrebatarles la herencia, llegan á convertirse en una nube y no os dejan vivir en paz. Si sentís afeccion por algun hombre, le llaman el caballero de industria; si por alguna señora, la designan con el epíteto de *Mugerzuela*, y á vos mismo os tienen por un viejo loco.

Si no hay herencias no hay parientes; nadie se acuerda del que no tiene.

El abate Domarus tenia siete, cuatro primos en sesto ó sétimo grado y tres primas, M M. Justo Lecamus, propietario, Nicolás Pelletier, comerciante de sombreros, como decia él mismo; Miguel Antonio Picard, abogado; y Alfredo Picard, notario en Versailles. Como se vé, María tenia malos enemigos que la disputasen su derecho. En cuanto á las primeras eran peor todavía; los malos se imaginan que todos lo son. El trío femenino, que no tenia por cierto nada de las tres gracias, se componía de la viuda Dubuisson, nacida en Lecamus; de la viuda Sonfflot, natural de Picardía, y de Melania Pelletier, vieja solterona tan avara como indigesta.

Toda esta gente en su dia invadió la casa de la calle Fontaine Moliere gritando, riendo, criticando, escudriñándolo todo.

María confusa y distinguida por las maneras groseras de estas gentes, les recibió con fria política.

—¿Quién es esta mujer? preguntó la viuda Dubuisson.

—La famosa ama de gobierno, sin duda, dijo encogiéndose de hombros M.lle Melania.

—¿El ama de gobierno?

—Así llaman los curas á sus criadas.

—¿Y qué hace aquí?

—Guarda la casa; ese es su oficio.

—Y ahora que lo pienso... ella ha permanecido aquí sola durante seis dias.

—Ocho, mas bien.

—¿Se habrá llevado alguna cosa?

—Me haceis temblar.

—Convendria contar la plata.

Ni siquiera las dos víboras se tomaban el trabajo de bajar la voz; como lo pensaban lo decian, y la noble hija de los condes de Rozancourt, no perdió una palabra de tan injuriosa conversacion; pero su dolor era demasiado vivo para dar lugar á la indignacion y devoró en silencio aquel nuevo cáliz de amargura.

Durante algun tiempo, continuó inmóvil, de pié delante de la chimenea, triste, pálida impasible.

—Y era ya viejo el pobre hombre, dijo á su vez el negociante de gorras, cerca de noventa años.

—¡Ah! si viviéramos tanto tiempo nosotros, dijo el abogado.

—Y sus muebles son tan viejos como él; este sillon debió ser de su bisabuelo.

—Es un sillon venerable,

—No os riais, ¿y estas alfombras?

—Trescientos años.

—¿Y estos tapices?

—Cuatrocientos.

—¿Y estos cuadros?

—Quinientos.

—Retratos de familia, esto nos concierne.

—Los hago mios.

—Un notario del siglo pasado; eso es bueno para vos, Alfredo.

—¿Y la vieja?

—La notaria sin duda, eso és bueno para M.me Picard.

—¿Un ramillete de flores?

—Seiscientos años.

—¿Una Vírgen?

—Ochocientos años.

—¡Ah? no es maleja, miradla Peletier.

—¡Bah! una Vírgen!.. eso es bueno para un cura.

—Es verdad, ¿pues á quién se le dá?

—¿Quién la quiere? quién?

—Yo he visto vender una mejor que esa en Versailles por diez y ocho francos.

—Decididamente la herencia vale poco.

—Siempre hay una casa, y á caballo regalado no hay que mirarle el diente.

—Señora ¿acaso él nos ha dado su casucha?

—Nos pertenece, aun cuando no tenia testamento....

—¿Y es verdad que no le tiene? Estais segura de lo que decis?

—Tan segura, como lo estoy de que somos siete á participar de la herencia.

—Somos los herederos? Sin embargo es necesario hacer alguna cosa por esta mujer que está aquí.

—Eso nó.

—Es singular.

—Estos viejos chochos creen que no se han de morir jamás, y como viven tanto se les figura que el porvenir es suyo y no se cuidan de nada.

—Y bien ¿qué hacemos?

—Ya lo veis, tomar posesion.

—Eso es bien sencillo.

—No, que primero hay algunas formalidades que llenar; pero es cosa ligera y prontamente hecha.

—Muy bien. ¿Y qué haremos de esta mujer?

—La criada? exclamó la solterona. ¿Y qué quereis que hagamos? Le pagaremos su salario y se irá donde le plazca.

El rostro de María enrogecido de ira, aunque aquellas gentes le inspiraban un desprecio profundo, se aventuró á decir:

—Yo he debido heredar esta casa y todo cuanto contiene.

—¡Ah! ¡ah! lo confiesa!...

—El abate Domarus lo deseaba y yo lo rehusé.

—Ella dice esto ahora porque no hay testamento, interrumpió á media voz la viuda Dubuisson.

—Es claro, apoyó la solterona.

—Yo era amiga del abate Domarus; su amiga y no su criada, replicó María con las lágrimas en los ojos.

—Bueno, bueno, dijo el sombrerero... Dejadnos ahora de lloriqueos, si lo haceis por sacar alguna cosa, decid pronto qué quereis; se os pagará vuestro salario, y ved si alguna otra cosa os agrada.

—Solo un deseo, señores.

—¿Y podremos saber cuál es!

—Escuchadme, señoras, yo os suplico que me lo concedais.

—Veamos cuál es.

—Permitidme llevar un recuerdo de esta casa, donde he pasado ocho dias muy felices; será una memoria del venerable sacerdote á quien lloro.

—Y bien, veamos.

—Apuesto á que pide la plata, refunfuñó la vieja solterona.

—Me marcharé cuando querais; pero dejadme llevar uno de esos cuadros, yo os lo suplico; estoy acostumbrada á rezar delante de él todos los dias.

—¿Eso es todo lo que quereis.

—Sí, respondió María con ansiedad.

—Vamos, vamos, no es tan mala como parece, dijo respirando con libertad la vieja solterona.

—Llevad los cuatro si os place, dijo el sombrerero; ¿para qué queremos nosotros esas antiguallas. Ni veinte francos os darán por ellas.

—Solo deseo este retrato de la Vírgen.

—Es el que menos aprecio de los cuatro; tomad, llevadle.

—Sí, sí: pero no lleva mas que ese? repuso la solterona. El notario y su mujer estarán muy bien en mi salon; yo los tomaré si nadie los quiere.

—Tomadlos; respondieron en coro.

—¿Cuánto creeis que valdrá esta casucha? preguntó Lecamus al abogado.

—Setenta mil francos quizá.

—Es una lástima que las casas no sean como los vinos, que cuanto mas viejos valen mas.

Los hombres se rieron y las mujeres siguieron escudriñando.

María descolgó el cuadro de la Vírgen, hizo un paquete de sus harapos á la vista de las tres inquietas mujeres, ató las cintas de su gorra bajo la barba y echando un pobre chal sobre sus hombros, dió las gracias á los siete herederos por su generosidad y salió de la casa del abate Domarus, llevando la *Virgen de las Rosas*.

Iba llorando por la calle, pero su llanto la consolaba, pareciéndole que el santo cuadro que sostenia en sus vacilantes brazos, era el símbolo de un porvenir dichoso. Un vago presentimiento se lo decía, irradiando por entre sus lágrimas una dulce esperanza. ¡Ah! yo lo he jurado... pensaba ella, yo juré al abate Domarus no separarme jamás de la santa Vírgen, y no me separaré.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Sobrecogido de terror al verle, me detuve con la cabeza baja y sin hacer movimiento.

—Ah! cobarde, exclamó el sargento con voz de trueno; ¡has caido en mis garras! Has dicho al capitan una porcion de mentiras de mí, pero las vas á pagar caras.

Y dicho esto, principió á sacudirme con piés y manos, poseido de un furor de tigre. Medio muerto de angustia y de espanto, yo me dejé maltratar sin proferir un ¡ay! sin hacer resistencia, como un hombre que desfallece y resignado se abandona á una suerte inevitable. Solo cuando mi enemigo se cansó me dejó una tregua; pero entonces sentándose, me dijo mientras me amenazaba con el puño:

—¡Miserable gallina! ¡Te dejas insultar y maltratar como si no tuvieras ni corazon ni alma! ¿Crees que está acabado? ¿Te figuras que te voy á dejar en paz? No, no; ni un instante de reposo has de tener aquí; cada media hora has de llevar una tunda hasta que acabe contigo.

Con el rostro vuelto hácia la pared, yo me habia acurrucado en un rincon del cuarto y lloraba y temblaba temiendo que el sargento hiciera lo que decia.

No permanecí mucho tiempo entregado á mis reflexiones desesperadas; pues la mano de mi brutal enemigo me sacó de mi rincon y me envió rodando al otro extremo de mi aposento. En seguida continuó sacudiéndome hasta que se alejó de nuevo para descansar, y esto duró todo el dia.

Aunque esta observacion la hice mas tarde, era evidente que el sargento no queria herirme de peligro, pues á pesar de todos sus golpes el dolor que me causaba se disipaba luego. Pero en aquella hora mi espíritu aterrado me persuadió que mi adversario se hallaba firmemente resuelto á martirizarme hasta la muerte, y espantado ví llegar la noche, en la idea de que mi enemigo me daría en la oscuridad el golpe de gracia. Ya varias veces habia pedido socorro con gritos desesperados; pero ni el centinela que estaba á la puerta ni la gente de la casa, paraban su atencion en mis gritos.

Ya estaba bien oscura la sala de policía cuando el sargento me asaltó de nuevo, y por primera vez me hizo sentir un dolor tan vivo que grité desaforadamente. La conviccion de que habia llegado mi última hora me sumergió en una desesperacion que rayaba en locura, y produjo en mi alma una revolucion completa. Transportado de un furor ciego, principié á defenderme con una fuerza extraordinaria; pegaba con los dos puños, arañaba, mordia y desgarraba como un animal débil cuyas fuerzas se han aumentado al temor de la muerte.

El sargento estupefacto me soltó para restañar la sangre que corria de su nariz; aullaba, juraba y proferia horribles amenazas, declarando que me iba á retorcer el pescuezo; pero yo trémulo de emocion gritaba con voz ronca:

—Ven, te espero, estoy pronto... la vida me pesa, mas sin embargo la has de pagar cara: ven, y acabemos.

Efectivamente, se arrojó á mí y me dió en la frente una

puñada que me dejó tonto; mis piernas flaquearon con la fuerza del golpe; pero me levanté, y con nueva rabia, seguí pegando, arañando y mordiendo. Debí darle un golpe muy fuerte en la cara pues á su vez lanzó un grito de dolor y se alejó de mí definitivamente.

Entonces me dijo con acompañamiento de muchas palabras:

—Yo no me bato mas en la oscuridad; mañana por la mañana arreglaremos nuestra cuenta; te haré añicos y te aplastaré á mis piés.

—¡Ah! le respondí; de noche ó de dia, me es igual; haz de mí lo que quieras, pero has de tener entendido que si otra vez me tocas te desgarro el semblante.

El sargento pareció ceder ante la singular excitacion de mi ánimo; quizá temia que yo me hubiese vuelto loco.

Lo cierto es que me aconsejó que me tendiera en la paja y que durmiera, añadiendo que en la mañana siguiente nos batiriamos hasta que uno de los dos quedase tendido en el campo.

Durante algunas horas estuve mirando fijamente en la oscuridad; pareciame que mi pecho se habia ensanchado extraordinariamente, y absorbia el aire por medio de poderosas aspiraciones; mis puños estaban cerrados convulsivamente, y la ira y el deseo de combatir me inflamaban. Mas de una vez pensé en levantarme y en obligar á mi enemigo á una lucha decisiva; y no era porque sintiese odio contra él, sino porque pasaba en mi interior algo de inexplicable.

Una vez en la vida me habia mantenido firme delante de un hombre; y siendo este tan fuerte como un gigante yo le habia vencido. El valor era pues un poder que podia suplir la fuerza física.

Estas reflexiones henchian mi pecho de alegría y de orgullo. En adelante nadie me insultaría.

El dia siguiente en cuanto amaneció, pudimos ver recíprocamente en nuestros rostros las señales de la lucha; cada uno de nosotros tenia un ojo azul, y además las facciones de mi adversario estaban surcadas por mis uñas.

Le encontré sumamente tranquilo, y se limitó á decirme que tendria que batirme en desafio con él así que saliéramos de la sala de policía.

Yo le respondí con voz serena, pero resuelta, que todo me era igual, pero que en calidad de ofendido, elegia la pistola, pues esta arma podia dar á la contienda un desenlace mas pronto y formal; lo peor era lo que mejor me parecía.

A las siete de la mañana el sargento salió de la sala de policía, donde por consiguiente yo me quedé solo.

En la soledad me puse á meditar sobre lo que me habia sucedido y sobre el modo con que yo habia obligado á un moceton fuerte y temido á que me dejase en paz y se callara. Por el pensamiento invoqué á mis ojos á todas las personas que me habian maltratado ó insultado; hablaba en alta voz y pronunciaba alocuciones para hacer comprender á aquellos enemigos que ya no queria soportar ninguna humillacion, y que me vengaría de todo insulto.

Mil máximas heróicas se escapaban de mis labios en palabras retumbantes, y la fiebre que me excitaba creció á tal punto, que me hice sangre en los puños pegando en las paredes, como si hubiesen sido los enemigos á quienes invocaba.

No hay para qué añadir que la mayor parte de las amenazas que proferia iban dirigidas al capitan.

Una hora despues de la salida del sargento me abrieron tambien la puerta de la sala de policía.

Hoy no me atrevo á suponer que el capitan hubiese mandado al sargento que me maltratara. Quizá se limitó á aconsejarle que hiciera esfuerzos para arrancarme de mi apatía, mediante algunos pescozones de poca trascedencia. Sea como quiera, en aquel tiempo creí á pié firme que el sargento no habia hecho mas que cumplir al pie de la letra las órdenes que habia recibido. En esta conviccion debia estar agradecido al capitan, pues me habia curado de mi pueril cobardía; en pocas horas habia hecho de mí un hombre, cosa que segun toda probabilidad, no se habria verificado en muchos años sin el empleo de medios mas enérgicos.

Al entrar en mi casa hallé al sargento que parecia esperarme y sin darle tiempo de pronunciar una palabra, corrí al cofre del sargento primero, saqué dos pistolas y exclamé:

—Aquí hay armas, vamos, y acabemos cuanto antes.

—El capitan ha prohibido severamente que haya ninguna contienda entre nosotros en lo sucesivo.

—No me detendré por eso.

(*Se continuará.*)

LA CONCEPCION INMACULADA

DE MARIA SANTISIMA.

Hoy celebra la Iglesia Católica este augusto misterio en el cual empieza la série de misterios y maravillas con que se realizó la gran obra de la redencion del linage humano, llegado que fué el tiempo señalado por el Altísimo en sus inefables decretos y anunciado por las profecías.

La razon se suspende y la lengua enmudece de pasmo y de respeto cuando se trata, no ya de explicar, de dar espresion solamente á un asunto tan sublime y misterioso. Se trata de hacer ver cómo la misericordia de Dios detuvo si es posible decirlo, la espada de su justicia para llevar á cabo la salvacion de la humanidad degradada por el pecado, encaminándola á sus inmortales destinos. El labio mas elocuente no sabria esplicar ese admirable concierto de la justicia y de la piedad divina; pero los libros revelados nos enseñan como el castigo que impuso Dios al hombre por su pronta y culpable fragilidad, arrojándole del paraiso y sujetándole á innumerables miserias, sucedió inmediatamente la promesa de su futuro perdon, la promesa de que se llegaría á limpiar algun dia aquella falta primera que debia trasmitirse de padres á hijos en nuestra mancillada naturaleza.

Y fué cosa admirable que si por la seduccion de una mujer fué arrastrado nuestro primer padre á la culpa y la ofensa de su Criador; por medio de otra mujer prometiese la misericordia infinita de Dios redimir en su dia aquel pecado que habia cerrado juntamente al hombre las puertas del Eden terrenal y las del cielo. Amenazó el Señor á la serpiente infernal con que el linaje de la mujer siempre seria enemigo del suyo y con que ella quebrantaria al cabo su torpe cabeza. He aquí la promesa de María, futura Madre del Redentor, que debia destruir el mal inmenso ocasionado al hombre por la flaqueza de Eva. He aquí retratada á la mujer con su natural y poderosísima influencia sobre el hombre, debida á la inmensa ternura de su corazon; pero con la diferencia que la antigua mujer terrenal y pagana, compuesta por Eva, debia perder á su compañero; asi como la nueva mujer celeste y cristiana representada por María debia salvarle y reconciliarle con su Dios. Y ¡cuán distintas son ambas mujeres! ¿Quién de los nacidos en el curso de su vida no há podido apreciar la distincion entre dos mujeres, una trasunto de Eva, expresion de lo terrenal y lo mundano, que con mentidos halagos y falsas delicias le haya apartado de la gracia del Señor y camino del cielo, y otra imágen, aunque imperfecta, de María, expresion de lo espiritual y lo divino que le haya reconciliado con su Hacedor y guiándole por la senda del Empíreo?

Pues como destinada á lavar y borrar aquella mancha original y primera, quiso Dios que la nueva mujer, que su escogida María, fuese desde el primer instante limpia y exenta de toda impureza, de toda mancilla. Quiso Dios que el cuerpo de María, tesoro que debia ser de sus gracias, y donde encarnase el Verbo Divino, se formase en la integridad de la pureza, sin que en él radiase el gérmen de pecado, flaqueza y desventura que constituye la ordinaria y mísera condicion de la humanidad. María destinada á trasladar el cielo á la tierra, el trono del Altísimo á nuestro valle de miserias, á llevar en su seno al Hijo de Dios, á revelarle el mundo en forma y carne humana; á criarle y asistirle con sus maternales y solícitos cuidados, á unírsele con un sentimiento inexplicable de amor y adoracion que ningun otro corazon ha podido experimentar, y en fin á tomar tanta parte en la gran obra de la redencion; debia ser concebida pura y limpia de toda mancha de pecado original. Esta es la creencia que ha profesado desde sus primeros tiempos la Iglesia Católica, esposa verdadera y discípula de Jesucristo; la creencia que con particular fervor há sostenido siempre nuestra piadosa nacion, con notable y especial gloria suya; y la creencia, en fin, que por inspiracion del cielo ha proclamado como dogma el inmortal Pontífice á quien en los azarosos tiempos actuales ha confiado el Señor la guarda y cuidado de su grey escogida.

Con tal claridad y pureza se nos presenta María Santísima desde que, primero en promesa y símbolo, y despues en cumplimiento y realidad, aparece en la historia de la redencion humana. Ya en la ley antigua vemos en bellísima aunque lejana perspectiva el anuncio y la imágen de María. A ella aludió el Salmista cuando dijo: «Oye, hija, vé y atiende y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre; porque tu rey, que es el Señor Dios, codiciará tu hermosura.» Ella es el tabernáculo que santificó el Altísimo y el árca de la santificacion divina, cantados por el mismo Profeta Rey. Es la mujer fuerte anunciada por Salomon en los Proverbios, la que en riqueza de gracias debia aventajar á todas las doncellas. Ella es la mística Esposa del Cantar de los Cantares, á la que llamó el divino Esposo toda hermosa y sin mancha alguna, su amiga, su inmaculada, la mas bella de las mujeres, su paloma, su perfecta, la predilecta de su madre, la que vieron los demás hijos de los hombres y la proclamaron por la mas bienaventurada, la llena de delicias, que debia distinguirse entre las demás mujeres como el lirio entre las zarzas, la que languidecía en amor divino; en fin, el huerto cerrado y la fuente sellada. Ella es la estrella de Jacob que debia brillar entre las tinieblas antiguas, anunciando el sol de la ley de gracia; la aurora del nuevo dia que debia amanecer para el mundo, y en fin la precursora del Hombre Dios, ya radiante con la luz de la verdad y de la salvacion. ¿Cómo pues, concebir la menor sombra de maravilla, la menor nube de oscuridad en la Concepcion de esta Vírgen purísima, tabernáculo y arca santificados por Dios para tomar allá la carne humana y descender á la tierra?

Al anunciarla el arcángel Gabriel el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, la saludó con respeto, proclamando las excelencias mas que humanas de que Dios le habia dotado. «Salve, la dijo, ¡oh Vírgen llena de gracia! el Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres: de tí nacerá el santo Hijo de Dios.» Y la misma Vírgen María al reconocer el santísimo misterio que en su seno se obraba por los inescrutables designios del Eterno, y al expresar en un bellísimo canto el sentimiento de inmensa felicidad que la embargaba al verse sublimada á tanta gloria, pronosticó que la llamarian bienaventurada todas las generaciones.

Tal es el tributo que pagamos constantemente los cristianos á la Reina de los Angeles y de los hombres, á la Madre de misericordia, á la que es nuestra vida, nuestra dulzura, y nuestra esperanza, y si este homenage se lo rendimos con amor y gratitud en todas sus festividades, lo hacemos con especial fervor en el dia en que se celebra su Concepcion Inmaculada, en que, como dijimos arriba, despuntó para la humanidad dejenerada y abatida por el pecado, la aurora feliz de su redencion. Entonces saludamos los primeros momentos de la que enriquecida por el Señor con todas las gracias y virtudes, humilde, piadosa, benigna, paciente, casta, prudente, amorosa y caritativa, fué el claro espejo de las perfecciones de su divino Hijo y el vínculo y la prenda de amor entre Dios y los hombres. ¡Oh María! por el misterio de tu limpia Concepcion te rogamos que destierres de nuestro pensamiento toda impureza, toda mancha producida por los vanos goces é intereses de la tierra, que se disipen las sombras del odio, de la codicia, de la soberbia, y de la ambicion que anublan á la humanidad y la roban la luz verdadera de la religion cristiana; y en fin, ya en el cielo de nuestra vida brille siempre la divina claridad de la pureza, guiándonos hasta las puertas de la celeste morada.

F. J Simonet.

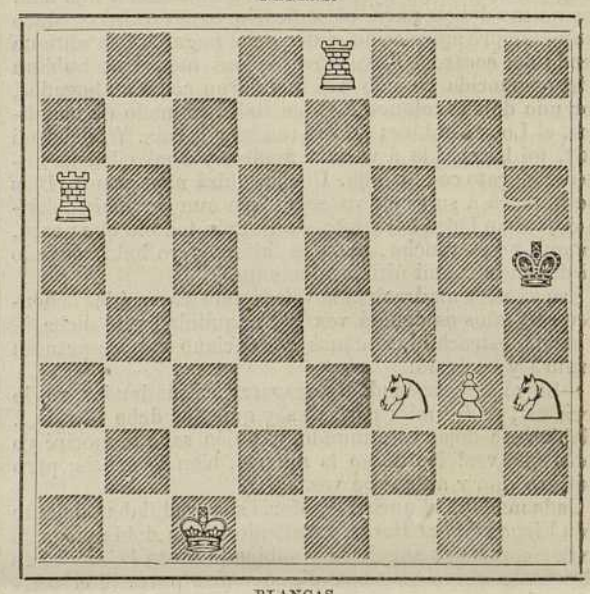
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 109.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 4.ª C.R.ª	P. 4.ª C.R.ª
2.ª T. 7.ª A.R.	A. toma A.
3.ª C. 3.ª R.ª jaque.	Cualquiera.
4.ª T., C. ó A. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 110, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de fulard azul porcelana liso, guarnecido con dos sesgos de raso blanco, orlados con un fleco estrecho blanco; corpiño de escote cuadrado, orlado con un sesgo igual á los del trage; mangas cortas; el corpiño se completa con otro de tul bullonado y con mangas largas; cinturon de raso blanco; al rededor del cuello una cinta de terciopelo negro, de la que pende un medallon; campanillas azules en los cabellos; albornoz blanco de encage de lana.

Trage de raso color de fuego, con corpiño montante abierto en forma de corazon por delante; la guarnicion se compone de trenzas de cinta de raso del color mismo del trage; estas trenzas orlan el escote; sirven de cinturon, guarnecen las mangas estrechas así como las mangas anchas de tres puntas cada una; cada punta termina en una borla; una trenza va puesta á cada lado por delante desde la cintura; tienen 35 centímetros de largo, y terminan cada una en una borla.

MISCELANEA DE LITERATURA, VIAGES Y NOVELAS,

Por D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española.

MADRID: — 1867.

Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

Contiene: I. Horacio. — II. Un paseo por América. — III. El Emigrado. — VI. El Español fuera de España.— V. Un enigma. — VI. No hay buen fin por mal camino.— VII. Hilda.—VIII. Necrópolis.—IX. Recuerdos de Amberes.—X. Florencia.—XI. De Jaffa á Jerusalen.—XII. Mesa revuelta.

Se halla de venta en la librería de Bailly-Baylliere, plaza del Príncipe Alfonso, n. 8, Madrid; y en las principales librerías del reino.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

Cadiz. 1867.—Imp. y litografia de la revista medica, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 50.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES CROCHETS, ETC

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Capuchon chal.— Capuchon á punto de aguja. — Diversas costuras para confecciones, etc.—Velo de butaca. — Platillo para frasco.— Dos cuadros de guipur.— Medallon para cabo de corbata. —Velador cubierto de paño.—Borceguí al crochet para señora. — Escarpin á punto de aguja.—Puño á punto de aguja.—Puño al crochet.—Trage de tafetan negro.—Trage de tafetan marron claro.—Trage de raso violeta. —Botin para señora.—Bufanda al crochet.—Chal al crochet.

La Vírgen de las Rosas. —La desposada. — Caminito de la fuente.— A mi corazon.—Amor sin esperanza.—Recuerdos juveniles.—Una lágrima.—Problemas de ajedrez.

Capuchon chal.

Su explicacion y su patron se darán en la hoja correspondiente á uno de nuestros próximos números.

CAPUCHON-CHAL.

Capuchon á punto de aguja.

MATERIALES.—72 gramos de lana blanca fina, de 4 hilos; 48 gramos de la misma lana encarnada, de 6 hilos; un poco de lana negra; 2 agujas finas de madera.

Este capuchon está hecho de lana blanca, de ida y vuelta, y se compone de vueltas hechas todas al derecho. Su guarnicion se reduce á una tira á punto de aguja hecha con lana encarnada, orlada por un lado con puntitas labradas al crochet con lana blanca.—El patron que próximamente se publicará se corta en papel, y con arreglo á él se ejecutará el punto, conformándose á sus contornos. Se principia el fondo armando 32 puntos; los crecidos y menguado se producen siempre sobre el borde exterior. Para la tira que sirve de guarnicion se toma lana encarnada y se arman 14 puntos.

1.ª *vuelta.*— * Se abandona el primer punto haciéndolo deslizar fuera de la aguja, se hace el siguiente al derecho, se vuelve á tomar el anterior para hacerlo al derecho; este cruza sobre el segundo punto por el derecho de la labor.—Vuélvase siempre desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta.* —Un punto levantado sin hacerse; * el siguiente se deja deslizar fuera de la aguja, el 3.º se hace al revés,—el anterior vuelve á tomarse y se hace al revés, de modo que cruce sobre el 3.º por el derecho de la labor. —Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

Se repiten estas dos vueltas hasta que la guarnicion tenga el largo que se necesite. Se toma la lana blanca, se hace al crochet un punto de la orilla sobre uno de los lados largos; en la vuelta siguiente se hace un punto sencillo en cada punto, y despues de cada sencillo 10 puntos muy flojos; estos festones de puntos en el aire se reunen por grupos de 3 sobre su punta superior, y se ligan con algunos puntos hechos con lana negra; se hacen tambien algunos puntos con la misma lana entre las puntas. Se sostiene un poco el borde de delante del capuchon desde el medio por cada lado hácia la estrella, luego se pone la guarnicion. Sobre la línea de puntos se pasan dos pedazos de cordon hechos con lana blanca y terminados por dos borlas encarnadas, que caen en el medio por detrás; el punto de donde arranca cada cordon está dispuesto en 4 buclecillos cosidos sobre el capuchon con 4 buclecillos de cinta negra estrecha de terciopelo. Dos botones cubiertos de lana blanca y dos ojales sujetan el capuchon debajo de la barba.

Diversas costuras para confecciones, etc.

Creemos útil para nuestras lectoras el que les demos á conocer algunos de los procedimientos que hay que seguir para ejecutar abrigos y trages de telas gruesas.

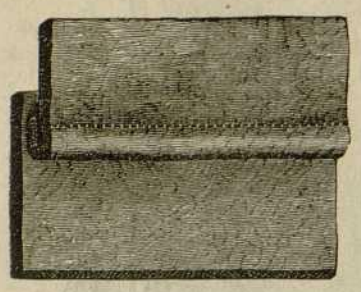
N.º 1.- *Procedimiento para orlar la abertura de una faltriquera.* Se orla el contorno de la abertura con una tira de tafetan de un centímetro de ancho, luego se ponen en cada extremo de la abertura una puntita del mismo género que la tira; se fija la faltriquera por el revés, encima del borde de la abertura.

N.º 2.—*Costura combada.*—Esta costura forma al mismo tiempo una guarnicion conforme al estilo actual de la moda; se redoblan los bordes de la tela hácia el revés en un espacio de medio centímetro, y se hace, por el derecho, una costura pespunteada; se seguirá este procedimiento para unir dos pedazos de tela gruesa.

N.ºs 3 y 4.—*Ruló que sirve para orlar.* — La tira destinada á orlar está puesta sobre el derecho del objeto que ha de ser orlado y se fija por una *bastilla* á una distancia del borde igual al ancho que se quiere dar á este ruló; se vuelve la tira para fijarla por el revés del objeto haciendo puntos invisibles por el derecho, para los cuales se ensarta la aguja con algunas hebras sacadas de la tela misma. El dibujo que representa esta labor, vista por el revés, indica por una cruz y un punto el sitio en que se debe pisar la aguja.

CAPUCHON A PUNTO DE AGUJA.

N.º 5.—*Costura doble.*—Se hace como la anterior, solo que se fija la tira por el revés á punto atrás (los dos derechos de cada tela puestos uno contra



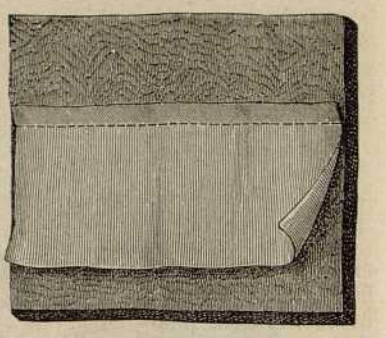
N.º 2.—COSTURA COMBADA.

otro); se pica en seguida por el derecho, á través de dos telas solamente.

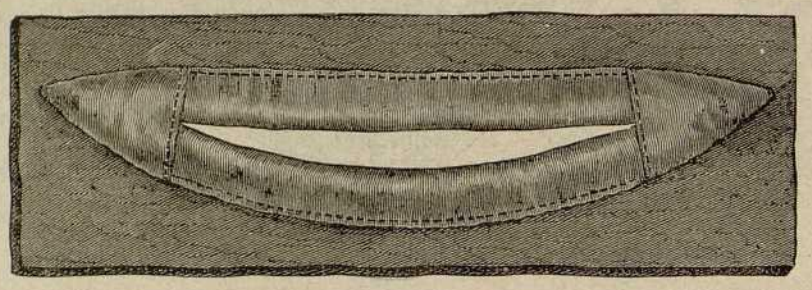
N.º 6.—*Dobladillo pespunteado.*—Se redobla el paño hàcia el revés en un espacio de centímetro y medio, y se le pespuntea por el derecho. Los objetos que se hacen de paño no permiten ninguna otra especie de dobladillo, porque doblado dos veces sobre sí mismo se haria demasiado grueso.

Velo de butaca de aplicacion.

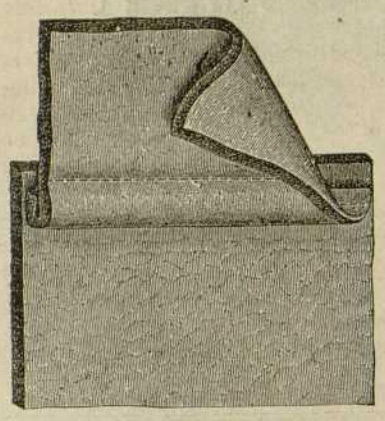
Se toma tul-red, se le cubre con muselina ó nansouk claro, sobre el cual se han trazado los contornos del dibujo; se los borda á punto de cordoncillo con algodon blanco. Para las bayas se hacen ojetes. Cuando la labor se ha terminado, se recorta la muselina por fuera de los contornos.



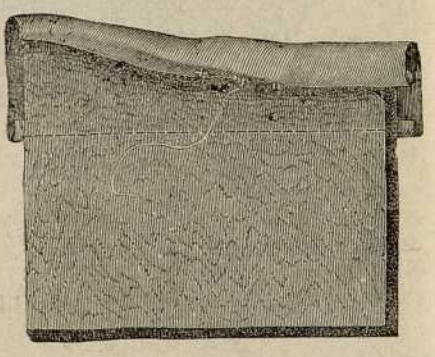
N.º 3.—RULÓ.



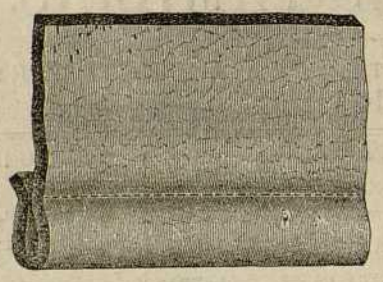
N.º 1.—PROCEDIMIENTO PARA ORLAR LA ABERTURA DE UNA FALTRIQUERA.



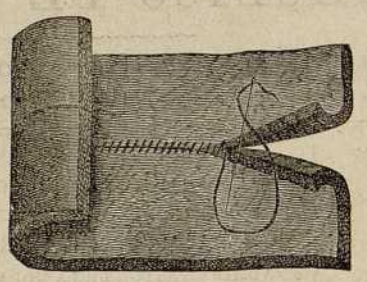
N.º 4.—COSTURA DOBLE.



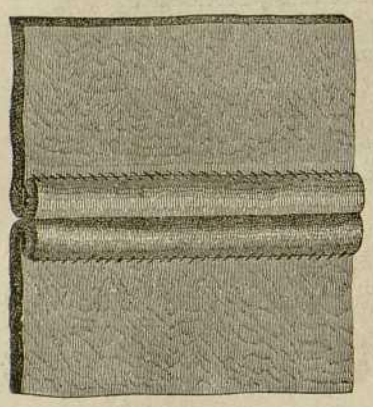
N.º 4.—RULÓ QUE SIRVE PARA ORLAR.



N.º 6.—DOBLADILLO PESPUNTEADO.



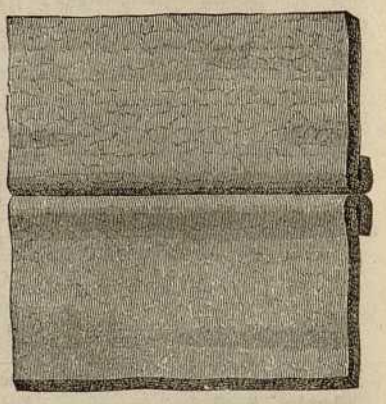
N.º 7.—PUNTO POR CIMA PARA PAÑO.



N.º 9.—COSTURA PLANA.

N.º 7.—*Punto por cima para los objetos de paño.*—Se emplea para unir dos pedazos; se pica la aguja solamente á través de la mitad del grueso del paño, de modo que no haya ningun punto visible por el derecho.

N.ºs 8 y 9.—*Costura plana.*—Se reunen los pedazos por el revés por una costura á punto atrás, se separan los excedentes de las costuras, se los sienta, se los fija por un dobladillo algo separado, sin picar la aguja en todo el grueso de la tela. El dibujo n.º 8 representa esta costura por el derecho,—el n.º 9 la representa por el revés.



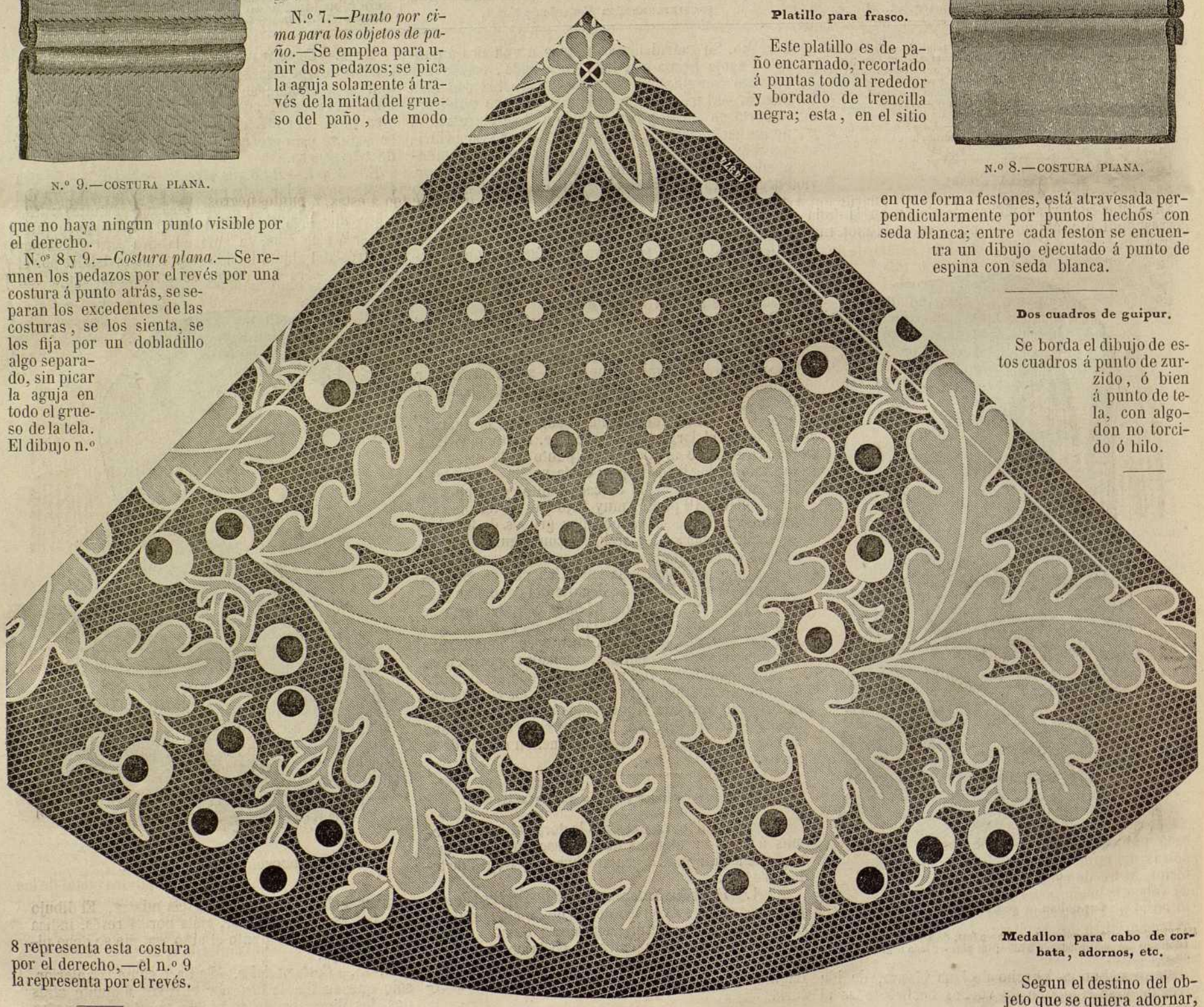
N.º 8.—COSTURA PLANA.

Platillo para frasco.

Este platillo es de paño encarnado, recortado á puntas todo al rededor y bordado de trencilla negra; esta, en el sitio en que forma festones, está atravesada perpendicularmente por puntos hechos con seda blanca; entre cada feston se encuentra un dibujo ejecutado á punto de espina con seda blanca.

Dos cuadros de guipur.

Se borda el dibujo de estos cuadros á punto de zurzido, ó bien á punto de tela, con algodon no torcido ó hilo.



VELO DE BUTACA DE APLICACION.

Medallon para cabo de corbata, adornos, etc.

Segun el destino del objeto que se quiera adornar, así se ejecuta este meda-

llon con lana ó con seda; los contornos angulares son de color castaño claro, la estrella del centro castaño y lila, las hojas largas verdes y encarnadas, las estrellitas negras; los puntos que sirven para fijar los contornos son de color maiz.

Velador cubierto de paño.

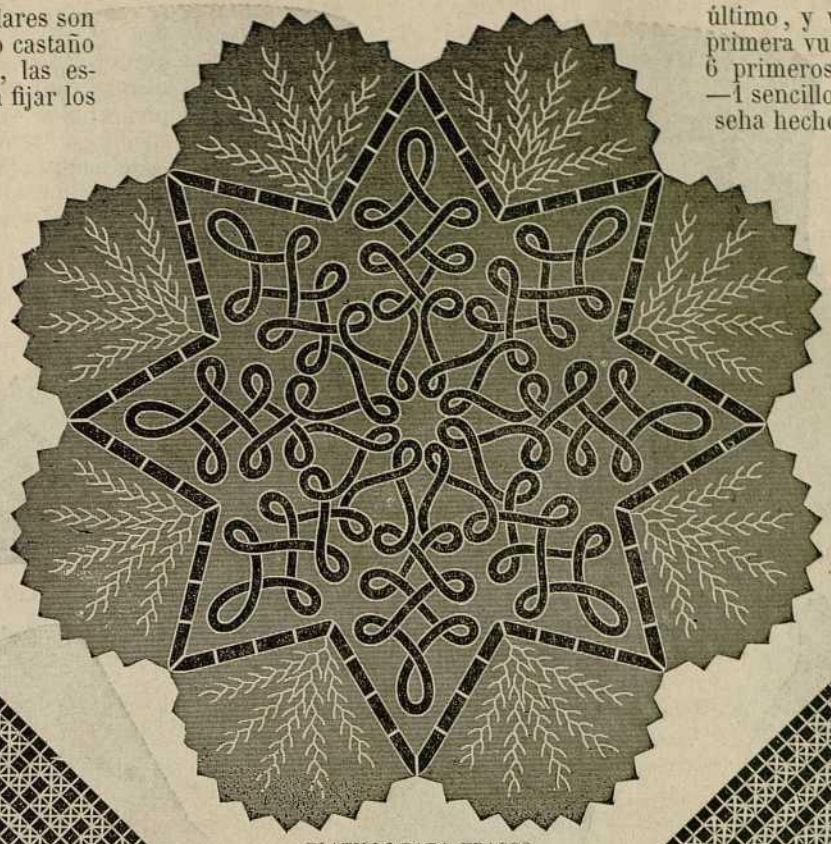
Este velador se compone de tres pies de madera negra, que sostienen una tabla de madera sin pulimentar; la tabla va cubierta de paño negro con aplicaciones de paño de colores. Fleco adecuado á las diversas tintas del paño.

Borceguí al crochet para señora.

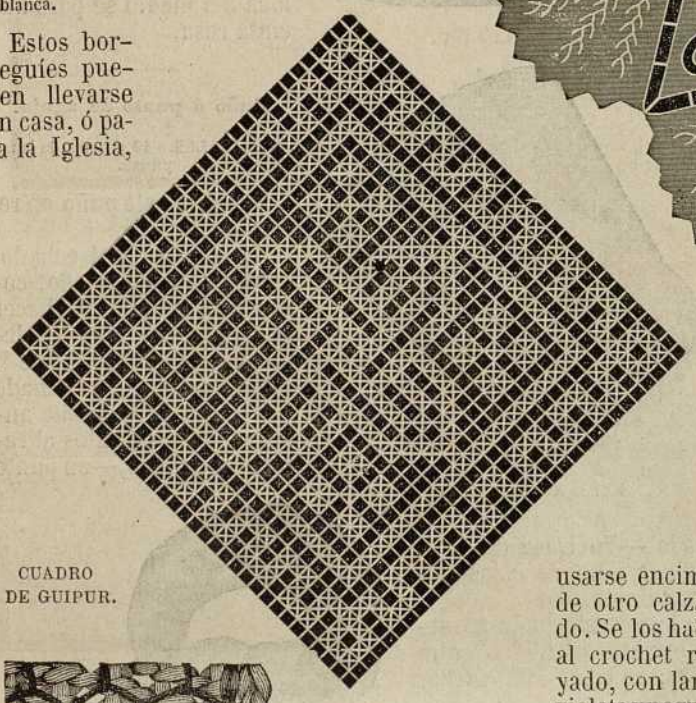
MATERIALES: para el par. 112 gramos de lana violeta; 48 gramos de lana negra; 32 gramos de lana chiné negra y blanca; 16 gramos de lana blanca.

Estos borceguíes pueden llevarse en casa, ó para la Iglesia, usarse encima de otro calzado. Se los hace al crochet rayado, con lana violeta y negra; la soleta y la guarnicion á puntas que lleva al rededor de ella son de lana negra; los borceguíes se abotonan por delante; su borde superior se guarnece con una tira (crochet rizado) imitando una piel gris; el forro se hace á punto de aguja flojo bastante, y con lana blanca. El crochet rayado se compone de puntos sencillos, hechos de ida y vuelta; para cada punto se pica en el lado de detrás del punto de la vuelta anterior. Al fin de cada vuelta, antes de volver la labor, se hace un punto en el aire destinado á servir de *charnela* entre dos vueltas; — dos vueltas forman una raya del crochet.

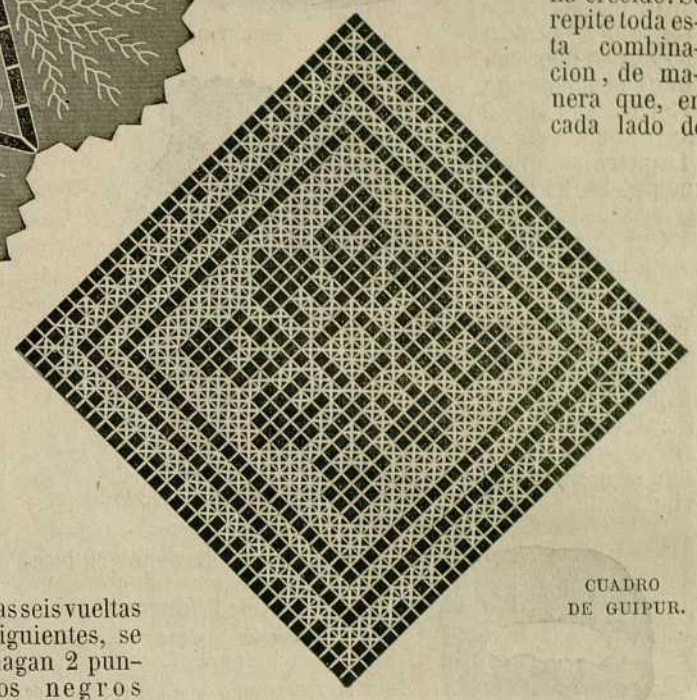
Se principia por la punta de la pala haciendo con la lana negra 14 puntos en el aire; no se cuenta el último, y volviendo sobre la cadeneta, se hace como primera vuelta un punto sencillo en cada uno de los 6 primeros puntos,—3 sencillos en el punto sencillo, —1 sencillo sobre cada uno de los 6 puntos siguientes; se ha hecho, por consiguiente, un crecido de 2 puntos, que se repite en cada una de las 15 vueltas siguientes. Desde la 2.ª á la 8.ª de estas 17 vueltas se emplea la lanana negra; en la 9.ª y 10.ª se hacen solamente los 4 primeros y los 4 últimos puntos con la lana negra, el resto con la lana violeta;— desde la 11.ª á la 16.ª vueltas se adelantan los puntos negros por ámbos lados, de modo que en la 11.ª y la 12.ª hay seis puntos negros; en las 13.ª y 14.ª, 8; en las 15.ª y 16.ª, 10 puntos negros. En las seis vueltas siguientes se retrocede en 2 puntos negros, es decir, que se mengua en ellos como se ha crecido. Se repite toda esta combinacion, de manera que, en cada lado de las seis vueltas siguientes, se hagan 2 puntos negros,—en cada lado de las 6 qve suceden á estas, 2 puntos negros menos; con la vuelta 18.ª está terminada la pala. Sobre los 23 primeros puntos de esta vuelta se hace el lado de la derecha, conformándose siempre al dibujo negro, en el borde inferior. Se hacen primeramente 16 vueltas, creciendo un punto al fin de las 23.ª, 27.ª y 33.ª vueltas; al fin de la 35.ª se añade una cadeneta de 24 puntos, y se hacen 38 vueltas sobre los 50 puntos (total de los nuevos y de los antiguos).— Sobre los 23 últimos puntos de la 18.ª vuelta de la pala, se hace el lado de la izquierda igual al de la derecha, luego se cosen juntos ámbos lados en su parte media por detrás. Para hacer la soleta, se corta su forma en papel (con arreglo á cualquier



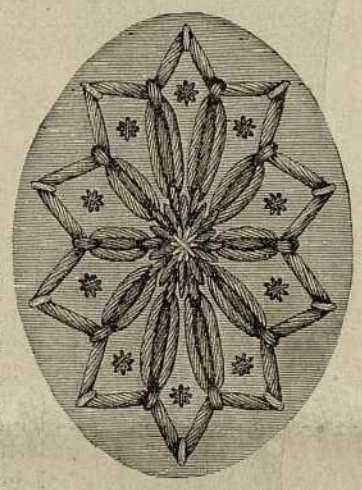
PLATILLO PARA FRASCO.



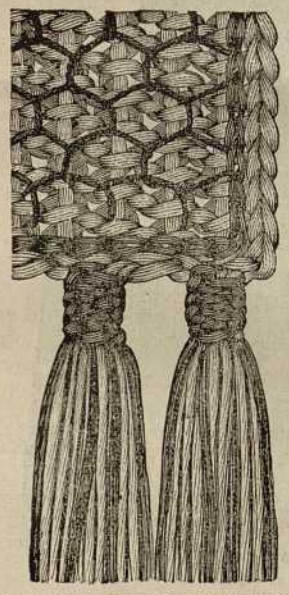
CUADRO DE GUIPUR.



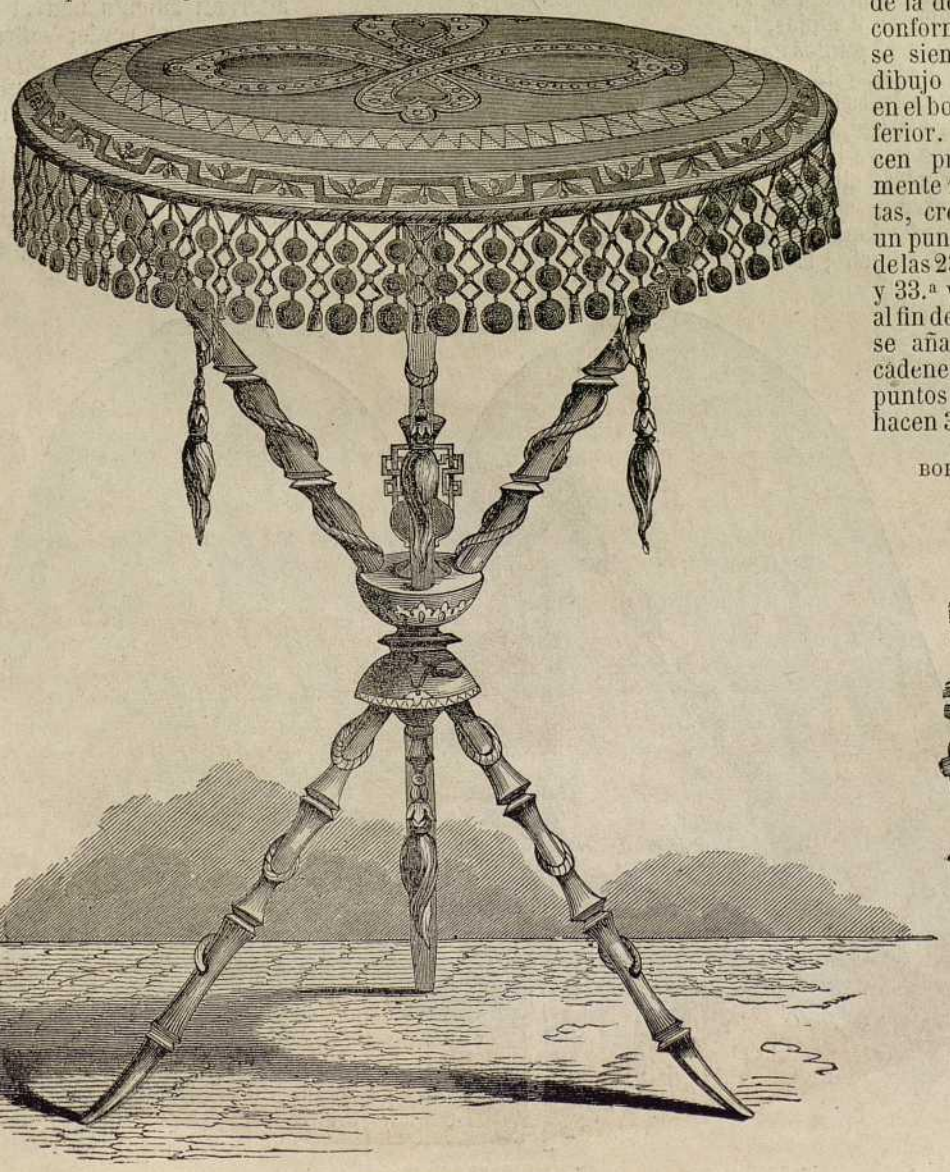
CUADRO DE GUIPUR.



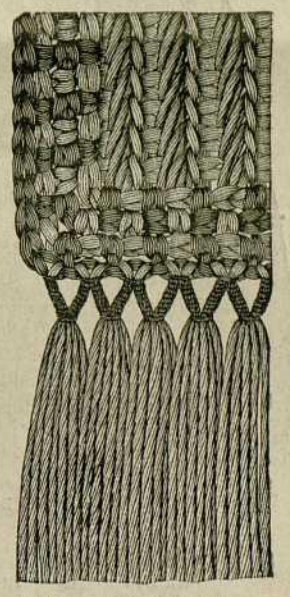
MEDALLON (CABO DE CORBATA).



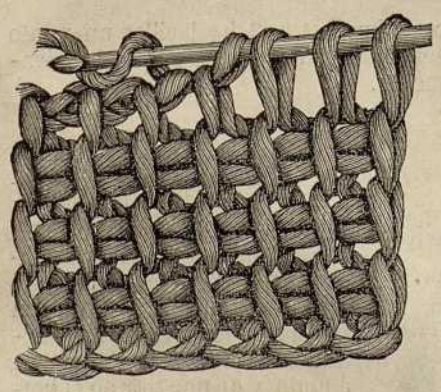
BUFANDA AL CROCHET CON BORDADO DE SEDA.



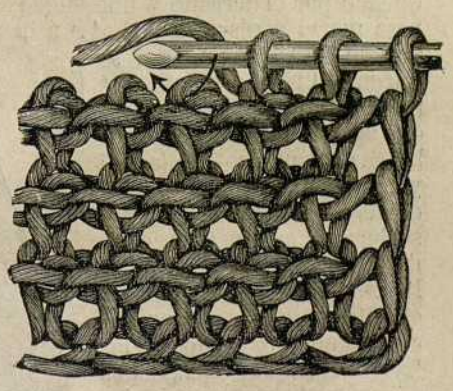
VELADOR CUBIERTO DE PAÑO.



BORDE DE LA BUFANDA AL CROCHET.



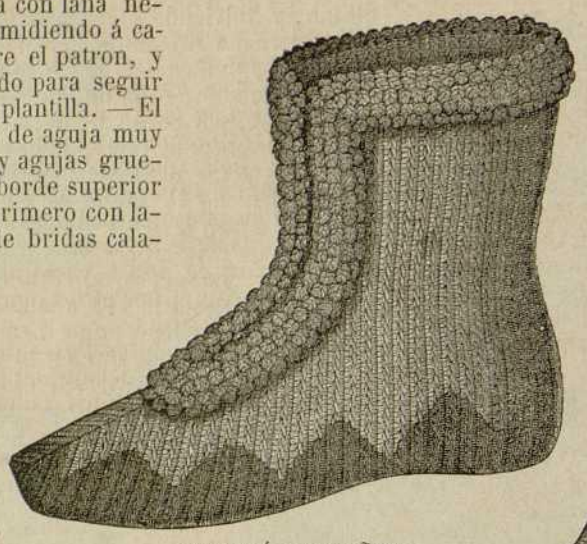
CROCHET TUNECINO.



CROCHET ONDULADO.

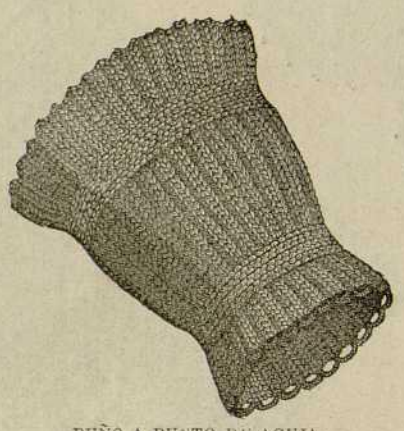
calzado) y se la ejecuta con lana negra al crochet rayado, midiendo á cada vuelta la labor sobre el patron, y creciendo ó menguando para seguir las sinuosidades de la plantilla. —El forro se labra á punto de aguja muy flojo, con lana blanca y agujas gruesas de madera. En el borde superior del borceguí, se hace primero con lana violeta una vuelta de bridas caladas, es decir, en cada 2.º punto del borde una brida seguida de un punto en el aire, luego una vuelta para la cual se hace un punto sencillo en cada punto. Los vacíos formados por los puntos en el aire sirven de ojales, frente á los cuales se cosen botones; se hace con puntos sencillos una carterilla destinada é cubrir la abertura.

La guarnicion imitando piel se hace sobre una cadeneneta de 8 puntos, con la lena chiné, al crochet tunecino; pero en cada 2.ª vuelta, despues de haber desmontado un punto, se hacen 4 puntos en el aire; al volver á tomar los puntos en la vuelta siguiente, estos buclecillos se presentan en relieve por el derecho.

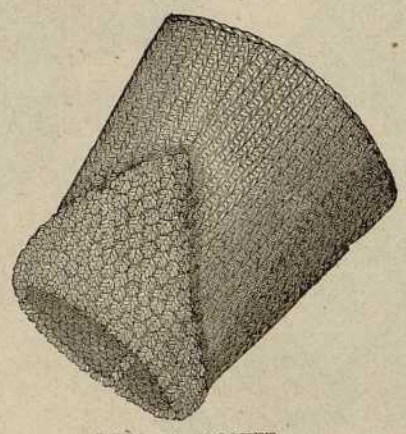


BORCEGUÍ PARA SEÑORA.

ESCARPIN PARA NIÑO.



PUÑO A PUNTO DE AGUJA.



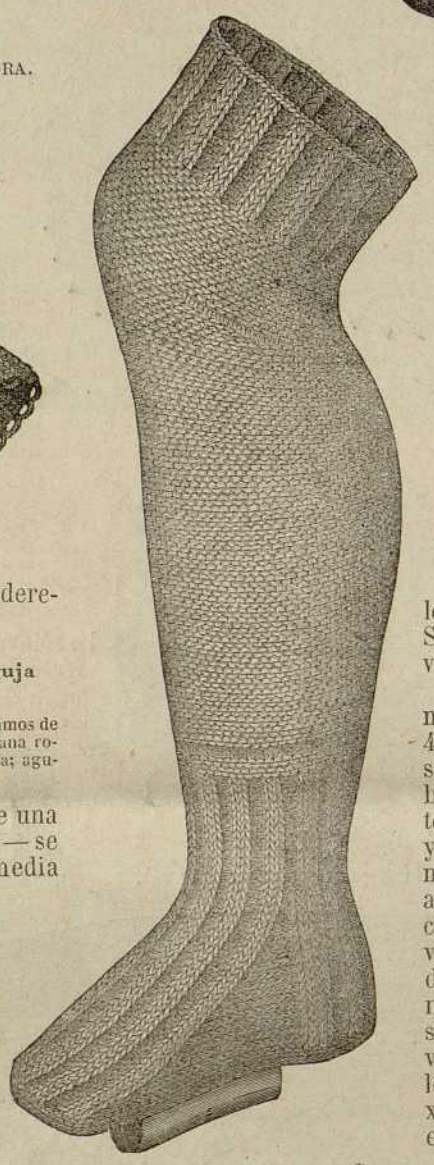
PUÑO AL CROCHET.

BUFANDA AL CROCHET CON BORDADO DE SEDA.

Escarpin á punto de aguja para niño.

MATERIALES: para el par: 16 gramos de lana fina blanca; 12 gramos de lana rosa, cinta estrecha de tafetan rosa; agujas medianas de acero.

El escarpin se hace de una sola pieza con la soleta; — se principia por la parte media de esta, armando 77 puntos en 3 agujas, tomando 13 puntos en la del medio, y 32 en cada una de las otras dos; sobre la aguja del medio se labra la pala en 28 vueltas, alternativamente 2 rosa y 2 blancas, y haciendo 3 vueltas al derecho; la 4.ª al revés, de tal modo que por el derecho de la labor las 2 vueltas blancas queden por el derecho y una vuelta rosa por el revés; desde la 1.ª á la 15.ª de estas 28 vueltas, se hacen al fin de cada una tres puntos tomados de las otras dos agujas;— desde la 16.ª á la 26.ª, 2 puntos,—en las 27 y 28 el último de estos puntos de las otras agujas; además se hacen 2 menguados en cada 2.ª vuelta; se principia en la 2.ª haciendo el primero y el último de los 13 puntos con uno de los puntos de los lados. Estos dos menguados deben continuarse en el mismo sitio, de modo que estén siempre separados por once puntos del medio. Se cose la labor en el talon y el medio de la plantilla, luego, tomando la lana blanca se hace la labor en redondo: 2 vueltas al derecho,—12 vueltas compuestas alternativamente de 2 puntos al revés y 2 al derecho,—una vuelta enteramente al derecho. Vienen en seguida 3 listas caladas, seguida cada una de una vuelta al revés; cada lista se compone de 5 vueltas, las dos primeras al derecho, en la 3.ª se hace alternativamente un echado y 2 puntos juntos al derecho; las vueltas 4.ª y 5.ª al derecho, y en la 4.ª cada echado se hace como un punto. Otra vuelta al revés,—6 vueltas al derecho, — una vuelta al revés y una al derecho, ámbas con la lana rosa, y se desmonta. Para el borde superior se hace al crochet una vuelta blanca, es decir, un punto sencillo sobre cada punto de la orilla, luego 2 puntos en el aire; una vuelta igual rosa; colocando el punto sencillo sobre un punto en el aire. A través de la lista calada del medio se pasa una cinta rosa.



BOTIN A PUNTO DE AGUJA PARA SEÑORA.

Puño á punto de aguja.

MATERIALES.—16 gramos de lana punzó.

Se labra este puño en redondo.

1.ª *vuelta*.—* 1 echado,—un punto levantado, como si se le quisiera hacer al revés,—un punto al derecho.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—* El echado y el punto de la vuelta anterior hechos juntos al revés,—1 echado,—un punto levantado.—Vuélvase desde *. Se repiten siempre estas dos vueltas.

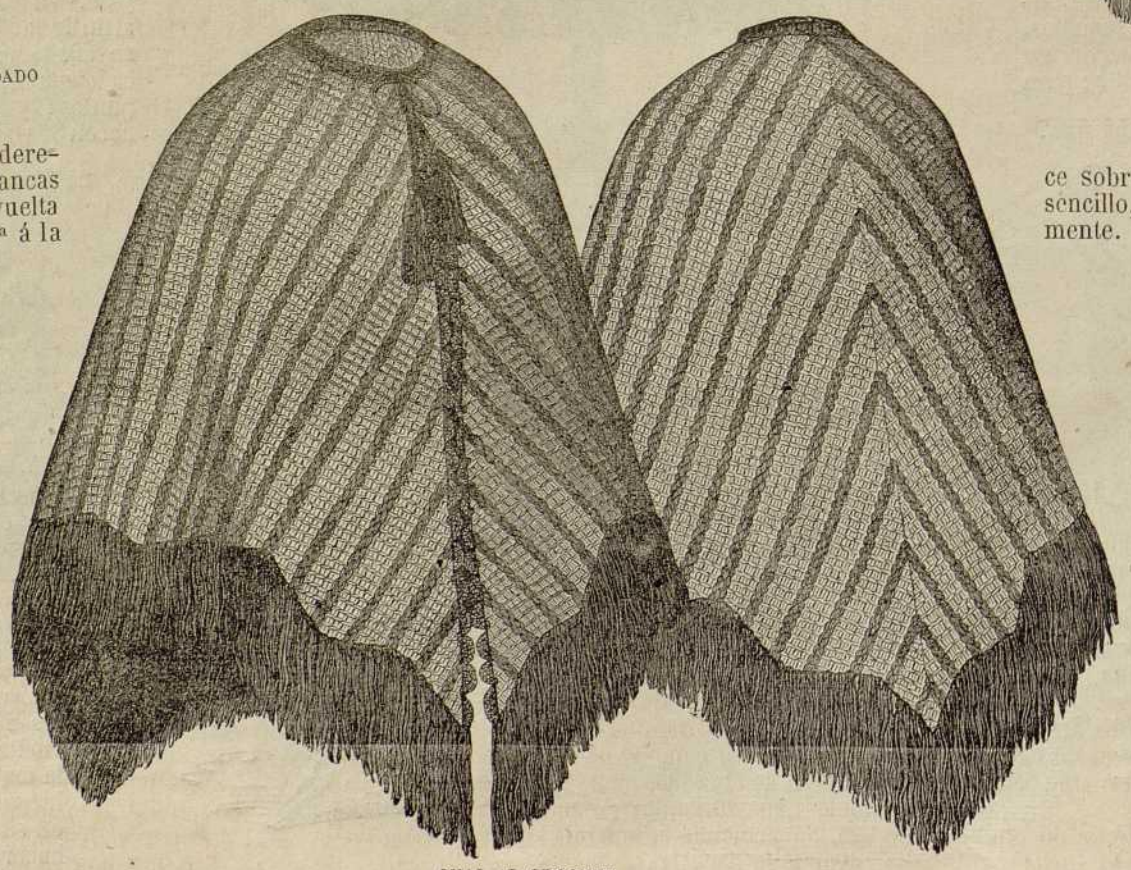
Para hacer este puño se arman 50 puntos divididos entre 4 agujas; se labran 20 vueltas siguiendo las indicaciones arriba dadas, luego 12 vueltas, alternativamente una al derecho y una al revés,—64 vueltas como arriba, — otras 12 vueltas alternativamente una al derecho y una al revés;— otras 20 vueltas como arriba. En el borde inferior se hacen con lana negra, al crochet, festoncitos, sin desmontar las agujas; se levantan con el crochet el punto levantado, el echado mas próximo y el punto hecho que se encuentra mas cercano, y se hace sobre estos 3 buclecillos un punto sencillo,—5 en el aire y así sucesivamente.

BUFANDA AL CROCHET.

Puño al crochet.

MATERIALES: 16 gramos de lana encarnada fina; 16 gramos de lana chiné negra y blanca.

Se hace este puño atravesado, con lana encarnada y al crochet tunecino; se abotona por sus lados largos; su guarnicion se compone de un triángulo y de una tira en el borde, todo ello al crochet rizado con la lana chiné. Se principia el puño por el borde superior haciendo con la lana chiné una cadeneta de 7 puntos en el aire, y como continuacion, una segunda cadeneta de 50 puntos con la lana encarnada; sobre esta cadeneta se hacen 13 vueltas (cada una de dos filas como es sabido), haciendo crochet rizado con la lana chiné sobre los 7 puntos chine (véase



CHAL AL CROCHET.

para este crochet el *borceguí para señora*), y crochet tunecino con la lana encarnada sobre los demás puntos. En el medio de cada 2.ª vuelta de las 13, se hace un menguado, es decir, que se desmontan 2 puntos juntos haciendo un punto en el aire. En la 14.ª vuelta se principia el triángulo gris, levantando en la 1.ª fila los 2 puntos del medio con la lana chiné; en la 2.ª fila se desmontan estos dos puntos con la lana chiné y se los separa por 5 puntos en el aire.

En cada una de las 18 vueltas siguientes se aumenta en un punto por cada lado el número de los puntos chiné, sin dejar de repetir 3 veces, es decir, hasta la 19.ª vuelta, el menguado hecho en cada 2.ª vuelta; se orla esta tira por á ubos lados con una vuelta de puntos sencillos, haciendo algunos buclecillos-ojales compuestos de puntos en el aire; en el lado opuesto se ponen los correspondientes botones.

vamente una al revés y una al derecho, creciendo un punto al principio y al fin de las 21.ª, 24.ª, 27.ª, 30.ª, 33.ª, 36.ª, 39.ª y 42.ª; despues de 32 vueltas de intervalo, es decir, en la 75.ª vuelta, se principia el menguado, haciendo 2 puntos juntos al principio y al fin de la vuelta: este menguado se repite despues de cada 5.ª vuelta, 11 veces en todo. Vienen en seguida 4 vueltas al derecho, 2 al revés y otras 4 al derecho, y en estas últimas se mengua otras 2 veces; se separan los 38 puntos de detrás para el talon, que se hace en 24 vueltas; el menguado debe caer exactamente en el medio del botin.

Se desmontan los puntos del talon, se levantan los puntos de orilla, y con el resto de los puntos se labra la pala á listas como hasta aquí, á excepcion de la punta, que debe aparecer enteramente al derecho. Por cada lado de la punta se mengua una vez en cada 2.ª vuelta. Cuando todos los puntos de la punta se han absorbido, se hacen otras 24 vueltas

1.ª *fila de la* 1.ª *vuelta.*—Se toma un buclecillo en cada 2.º punto de la cadeneta.

2.ª *fila de la* 1.ª *vuelta.*—Se desmonta un buclecillo, se hace un punto en el aire.

1.ª *fila de la* 2.ª *vuelta.* — Se toma un buclecillo alternativamente en el punto pasado de la 2.ª fila de la 1.ª vuelta (picando al mismo tiempo en el punto horizontal de la vuelta anterior), — luego en el mas próximo punto perpendicular de la vuelta anterior.

2.ª *fila de la* 2.ª *vuelta.* — Se desmontan juntos el mas próximo de los buclecillos, tomado en la cadeneta, con el buclecillo siguiente, luego se hace un punto en el aire.

1.ª *fila de la* 3.ª *vuelta.*—Alternativamente se toma un buclecillo por debajo del mas próximo punto en el aire de la penúltima cadeneta horizontal que se ha formado desmontándo la vuelta,—y un buclecillo en el punto horizontal perpendicular de la fila anterior; la 2.ª fila de la 3.ª vuelta, como la de la 2.ª

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan negro.—El segundo trage está figurado por tiras cortadas al sesgo, con vivos de raso negro, y orladas con un encage; paletot igual, por cima del cual se pone una rotonda, que se deja en la antecámara.

Trage de tafetan marron claro, con guarnicion de tafetan marron oscuro, encage negro, y borlas de pasamanería.

Trage de raso violeta, con guarnicion compuesta de rutos de raso negro, de fleco negro y de borlitas.

Botin á punto de aguja para señora.

MATERIALES: para el par: 130 gramos de lana negra; una tira de piel de 16 centímetros de largo y 5 de ancho.

Se principia este botin por el borde superior, armando 88 puntos sobre agujas de acero adecuadas á la lana; se labran 36 vueltas en redondo, haciendo alternativamente 2 puntos al derecho y 2 al revés; se hacen en seguida alternativamente una vuelta al derecho y una al revés, hasta que se hayan hecho 26 vueltas. En la 27.ª se principia la punta de la rodilla, que se labra de ida y vuelta, siempre al derecho; para esta punta, se separan los 10 puntos del medio, sobre los cuales se hacen 50 vueltas, tomando al fin de cada una un punto entre los que se han abandonado, es decir, el mas próximo punto de los lados.

En la 50.ª vuelta, la punta tiene 60 puntos; —se labran de nuevo en redondo 144 vueltas, alternativamente menguando una vez, despues del primer punto y antes del último, en las vueltas 18.ª, 20.ª y 22.ª. Se levantan todos los puntos de orilla todo al rededor, se hacen 4 vueltas alternativamente una al revés y una al derecho, y se desmonta no muy flojo; se pone por debajo una tira de piel.

Bufanda al crochet.

MATERIALES. 40 gramos de lana fina blanca; 8 gramos de seda de Argel lila.

Esta bufanda se hace al crochet rayado, variedad del crochet tunecino, y se rodea con algunas vueltas compuestas de puntos en el aire y puntos sencillos; todo ello, así como el fleco, puede hacerse de seda, ó bien de lana lila, azul, rosa ó maiz. Nuestro modelo tiene 20 puntos de ancho, y 166 vueltas de largo. Se principia la bufanda atravesada y sobre la cadeneta se hace la 1.ª vuelta. Estas tres vueltas se repiten hasta que la bufanda tenga el largo que se necesita. Sobre el contorno se hace una vuelta de puntos sencillos con seda lila,—una vuelta con lana blanca,—una con seda tila, y en esta alternativamente un punto sencillo y uno en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior; en las 2 últimas vueltas se hace cada punto sencillo picando el crochet debajo de los dos lados superiores de los puntos de la vuelta anterior. La bufanda se guarnece por ámbos extremos con un fleco de lana blanca, atravesado con seda lila, como lo indica el dibujo que representa el borde de la expresada bufanda.

Bufanda al crochet con bordado de seda.

MATERIALES.—48 gramos de lana fina blanca; 12 gramos de seda de Argel rosa; un crochet tunecino.

Esta bufanda se hace á lo largo con lana blanca,

en una variedad del crochet tunecino; se la borda con seda, de modo que forme un enrejado. El fleco (véase el dibujo que representa el borde) se hace de lana blanca y seda rosa.

Se forma una cadeneta del largo necesario; —se vuelve sobre ella como si se hiciese crochet tunecino, pero desde la 2.ª vuelta se levantan los buclecillos, no en el lado perpendicular, sino en el harizontal de los puntos. Cuando la labor tiene el ancho que ha menester, se la rodea con una vuelta de puntos sencillos, luego se ejecuta el enrejado extendiendo la seda y procediendo como si se hiciese feston; el contorno se adorna con una cadeneta hecha con seda rosa, y despues se pone el fleco.

Chal al crochet.

MATERIALES.—160 gramos de lana negra; 154 gramos de lana color castaño.

Se hace este chal al crochet tunecino y al crochet ondulado (véanse los dos dibujos que representan este género de labor) formando listas. Se hacen alternativamente 3 vueltas con lana blanca y una con lana color castaño: la 1.ª de las 3 vueltas negras se hace al crochet ondulado; se forma primero la mitad izquierda del chal, principiando sobre el borde inferior del medio por detrás y haciendo una cadeneta de 3 puntos, el último de los cuales queda sobre el crochet, y representa el primer *buclecillo* de la fila siguiente: así se hacen 40 vueltas; el último *buclecillo* de la vuelta color castaño se desmonta siempre con la lana negra, el de la vuelta negra con la lana color castaño. Al principio de cada una de estas 40 vueltas, por consiguiente al fin de cada vuelta en que se han desmontado los puntos, se añaden 3 nuevos puntos en el aire, en los cuales se levantan 2 *buclecillos* en cada vuelta siguiente de modo que cada una aumenta en 3 puntos en este lado.

En el otro, á fin de formar las puntas ó dientes del borde inferior, se deberá crecer y menguar. Cada diente se compone de 20 vueltas, y desde la 2.ª hasta la 10.ª se crece un punto al fin de cada vuelta, mientras que de la 11.ª á la 19.ª se mengua un punto. En el hueco de cada curva ó diente, por consiguiente en la 1.ª y 20.ª vueltas, el crecido y el menguado se suprimen 2 veces, de modo que 3 vueltas terminan en línea recta; además, como se ha principiado el chal por el medio de una curva, y se ha hecho primero el lado izquierdo, se deberá principiar por el menguado.

Cuando está terminada la 40.ª vuelta se hacen 4, en cada una de las cuales se mengua un punto al principio de la 2.ª fila, para formar el escote; este menguado se verifica desmontando 2 *buclecillos* juntos, y haciendo un punto en el aire; se pasa por cima de estos *buclecillos* en la vuelta siguiente; vienen en seguida 11 vueltas sin crecidos ni menguados sobre el escote, luego se hace la punta del hombro en 21 vueltas del modo siguiente: desde la 2.ª hasta la 9.ª, en la 2.ª fila de cada vuelta, no se desmontan los 2 últimos puntos; en la 10.ª y 11.ª vueltas no se desmontan los 3 últimos puntos; en la 2.ª fila de la 12.ª vuelta se desmontan los puntos de la 11.ª y los de la 10.ª que han quedado sobre el crochet, y desde la 13.ª á la 21.ª se desmontan 2 á 2 los *buclecillos* que han quedado sobre el crochet. Además, hay que cuidar en esta punta de que, en las 11 primeras vueltas, se forme el primer *buclecillo* color castaño con lana negra,—el 2.º con lana empleada para la vuelta.

En las 10 últimas vueltas de la punta, el último punto de cada una de las 3 vueltas negras se desmonta con la lana color castaño,—otro tanto se hace para las vueltas color castaño; en estas mismas 10 vueltas, al picar el crochet en el primer punto de la vuelta anterior, se pasa por allí el *buclecillo* que se encuentra debajo del mas próximo punto de la vuelta anterior; luego, por este *buclecillo*, se pasa la hebra que forma un nuevo punto sobre el crochet; esto evita los vacíos que se formarian en tal sitio. En la 1.ª de cada una de las 3 vueltas se pasa este *buclecillo* por el lado de detrás del punto.

Despues de la punta se hacen 8 vueltas, y en la 2.ª fila de cada 2.ª vuelta se mengua un punto en el escote; se hacen otras 56 vueltas; la mitad del chal está terminado. Al fin de la 2.ª fila de cada una de estas 56 vueltas se mengua un punto; pero en cada 4.ª vuelta se mengua 2 puntos. — La 2.ª mitad del chal es como la 1.ª

Se principia tambien por la punta de detrás, levantando 3 *buclecillos* en los 3 lados perpendiculares de la 1.ª vuelta de la mitad terminada; se desmontan estos puntos, y se alarga en 3 puntos cada una de las vueltas siguientes; estos puntos añadidos se toman siempre sobre los puntos iguales, perpendiculares, de la 1.ª mitad.—La punta del hombro, compuesta, como la anterior mitad de 21 vueltas, se hace en sentido inverso; entre otras cosas, se hacen retroceder cada una de las 9 primeras vueltas en 2 puntos, la 10.ª y la 11.ª en 3 puntos, es decir, que se abandonan los últimos *buclecillos* de la vuelta anterior.

En las 10 vueltas se vuelven á tomar los puntos abandonados picando el crochet en uno de los puntos horizontales, y al mismo tiempo en el punto perpendicular ordinario. En las 10 últimas vueltas de esta punta, al fin de cada 1.ª fila de una vuelta color castaño, se deberá tomar un *buclecillo* en la vuelta correspondiente, hacer 2 puntos en el aire, y luego terminar la vuelta.

Sobre el escote del chal se hacen 3 vueltas al crochet, la 1.ª con lana color castaño de puntos sencillos, la 2.ª con lana negra, de bridas, la 3.ª color castaño, igual á la 1.ª Por la vuelta compuesta de bridas se pasa un cordon de lana terminado en borlas. Sobre el borde de cada delantero se hace con lana color castaño una vuelta de piquillos, es decir, un punto sencillo en uno de orilla, —4 en el aire, y en el 1.º de ellos una brida,— y así sucesivamente. En el borde inferior se ata una borla, en cada 2.º punto, compuesta de 6 hebras de lana color castaño.

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

(*Conclusion.*)

VI.

En uno de los mas hermosos palacios de la Rué Laffitte, vive, ya lo sabeis, Mr. Gerard du Prat de Marquemont, marqués de la Rochegery. Si solo conoceis á este caballero por el nombre, es conveniente deciros algunas palabras de él. Su retrato és su historia, y su historia es corta. Hace veinte años entró en los guardias de Corps de S. M. el rey Cárlos X; poseia entonces una pequeña fortuna, pero su tio el lugarteniente, general conde de Chasteniers, murió de pesar dos meses despues de la revolucion de 1830, y el marqués de la Rochegery, su heredero universal se halló de repente á la cabeza de una gran fortuna de trescientas mil libras de renta.

Dejó de ser guardia de Corps, pero no le enorgulleció la súbita fortuna que de repente le convirtió en un opulento aristócrata; siempre habia sido franco y continuó siéndolo en su nueva posicion. No quiso aspirar á ningun destino político ni diplomático y se encerró con sus riquezas en su magnífico palacio de la Rué Laffitte.

Tenia entonces treinta años y lo que mas le subyugó fué un inmenso amor á las artes y era muy natural que un espíritu caballeresco y delicado como el suyo quisiera embriagarse en los espléndidos rayos de las inteligencias superiores.

La pintura le atraía desde luego y concluyó por cautivarle, siendo muy pronto el primer aficionado de París. Formó en su palacio una galería régia donde todos los génios de la pintura estaban representados en magníficos cuadros, obras maestras originales la mayor parte y una biblioteca maravillosa donde cada volúmen tenía un rasgo artístico de algun pintor famoso; allí estaban representadas las escuelas de todos los paises. El entusiasta marqués desdeñaba la ópera, las soirées, los paseos á caballo y en carruage, engolfándose en su biblioteca y en su galería con sus artistas predilectos. Solo salía para acudir á las ventas de libros artísticos ó de cuadros, habiendo conservado solamente tres caballos en sus caballerizas.

En su castillo de Carteniers, conservaba todavía muchos perros de caza y aunque eran excelentes los regaló todos. Las cacerías, carreras, juegos, bailes y teatros, estaban demás para él que renunciaba á todos los placeres por entregarse en cuerpo y alma al estudio del arte. Iba perdiendo á sus amigos uno tras otro, ¿pero qué le importaba? Su mayor diversion era su galería de pinturas donde pasaba horas enteras contemplando sus cuadros. Sus amigos eran Rafael, Miguel Angel, Velazquez, Leonardo de Vinci, el Perugin, Julio Romain, Bellini, Veronese, los Carrache, Murillo, Rubens, Poussin, Rembrant y otros muchos con los cuales vivia, grácias á sus libros, se alegraba de sus triunfos y sufría por sus desgracias; cuando hallaba la pobreza unida al génio, lo que ha sido siempre muy frecuente, le costaba trabajo contener las lágrimas que acudian á sus ojos.

Entre todos los pintores ilustres el marqués tenia uno que era su predilecto: el Corrége.

Sabía de memoria el menor incidente de la vida de este grande y desventurado génio: hubiera escrito de repente su biografía entera, y sabía el precio á que le habian pagado cada una de sus obras, cuántas tenía, el destino de cada una, las diversas manos porqué habian pasado y sus actuales poseedores. Esto era mas que admiracion un culto que profesaba á el Corrége.

Una vez envió quinientos francos á un poetastro que tuvo la buena fortuna de hallar en *Rochegery* el anagrama de *Corrége*, y ponia á su predilecto á la cabeza de todos los pintores pasados, presentes y futuros. Ensalzaba su inteligencia en el claro-oscuro, sus maravillosos recursos, lo gracioso de las formas, la pureza, la dulzura, los admirables efectos de luz y esa impaciencia de pincel que caracteriza al inventor del arte de decorar los cielos rasos.

El Corrége fué pobre y si el marqués hubiera sido su contemporáneo, hubiera partido su fortuna con él ó quizá mas. Este culto fanático del aristócrata por El Corrége en detrimento de los otros pintores célebres, hubiera podido explicarle un moralista con estas solas palabras:

Siempre deseamos lo que no tenemos.

Y en efecto, en su magnífica galería había un sítio vacío para la primera tela que pudiese adquirir de su artista predilecto; pero eran inútiles sus esfuerzos, sus vivas gestiones, sus pródigas promesas al que le llevase un cuadro de este pintor.

Esto era para el noble aficionado un pesar continuo, aunque no perdió la esperanza de llenar tan doloroso vacío.

Leia y releia diariamente un antiguo opúsculo de un escritor casi ignorado: *La historia de los pintores de Parma y Módena con la de sus obras*, por Gregorio Berucci. Allí encontró detalles de las obras de Corrége y le veía pintado en Carpi el San Antonio de la galería de Dresde, en Correggio, los frescos del Palacio Gambarra y los tres paños del altar de los religiosos de la Villa. En Palma la cúpula de San Juan, la de la media naranja, los frescos del convento de Benedictinos, el Cristo muerto, etc.; y seguía paso á paso la peregrinacion de las telas del ilustre artista hallándolas todas unas en Dresde, otras en París, en Lóndres, en Parma, en Florencia, en Roma, en Nápoles; en Madrid, todas menos una de la cual decia Gregorio: «Se cree generalmente que fué quemada en Parma el año 1645 cuando el incendio del convento de Santa María.»

—¿Y si no hubiese sido quemada? pensaba de continuo el marqués.

Como todas las personas que cambian un deseo en idea fija, el noble aficionado concluyó por convencerse de que su deseo era una realidad y que la tela de que hablaba Gregorio Berucci no se quemó; en fin se empeñó en que existía y se consagró á buscarle con el afan mas ardiente.

—¡Qué gloria! ¡Qué embriaguez! decía ¡cuando yo tenga á mi Corrége!

Y le parecía que aquel cuadro problemático no podia menos de ir á su poder: esperaba con demasiada impaciencia, y la tardanza le aflijia: pero era tal su conviccion, que en su galería, como ya he dicho; se veia un sítio vacío, debajo del cual se podrian leer en letras negras:

Antonio Allegri, llamado El Corrége.

Sin embargo hacía veinte años que el marqués esperaba.

VII.

Una mañana Mr. de la Rochegery, salió á pié de su palacio de la calle Laffitte despues de haber recomendado lo menos diez veces á su mayordomo el mas exquisito cuidado y las mayores precauciones con respecto á sus cuadros. El viejo millonario caminaba confundido como un cualquiera por entre la multitud, ganó el boulevard y se entró por la calle de Bichelieu; iba á casa de un conde que habia muerto y cuyos herederos vendian las pinturas.

Cuando hubo pasado la Fontaine Moliere apareció delante de él, á unos cincuenta pasos, una mujer de pobre aspecto que llevaba un cuadro de mediano grandor.

¡Un cuadro! esto era de la incumbencia del marqués.

Aceleró el paso para ver de cerca el objeto que representaba el lienzo.

La pobre mujer caminaba lentamente y el marqués se le reunió bien pronto: iba andando detrás de la portadora, casi pisándola los talones.

De repente sus ojos se abrieron desmesuradamente y lanzó la cabeza por encima del hombro de aquella mujer á quien su profundo abatimiento impedía reparar en nada. Sacó apresuradamente de su bolsillo un opúsculo ennegrecido por el tiempo, le hojeó, buscó y leyó, llevando alternativamente los ojos del cuadro al libro y del libro al cuadro. Se hubiera dicho que corroboraba una descripcion; de pronto lanzó un grito de júbilo, un grito terrible.

—¡El és! ¡él és!.... ¡Señora, deteneos por piedad!

Habia ya reconocido á María Desbordes. A estas palabras del marqués volvió la cabeza, viendo un rostro

pálido, una mirada afligida, unas lágrimas que corrian y unas manos que se extendian hacia la *Vírgen de las Rosas*.

El marqués estático estaba arrodillado en medio de la calle.

—Señora, ¿de quién es este cuadro? ¿este tesoro? ¿esta maravilla? decía él con ojos espantados.

—Mio, señor.

—¿Vuestro?... ¿Vuestro solo?

—Sí.

—¿Y quién os lo ha dado? ¿Cómo lo habeis adquirido? ¡Oh! hablad, hablad, os lo suplico.

—Le he adquirido de mi venerable amigo el abate Domarus.

—¿Y de quién le tenía él?

—De su padre.

—¡Oh! venid, llevadme donde están, vamos á verlos.

—Ambos están en el cielo.

—Entonces, señora, venid á mi casa, á mi palacio, ahora mismo, os lo suplico. Soy el marqués de la Rochegery; venid, y mi reconocimiento durará tanto como mi vida.

María no comprendía ni una palabra de aquel extraño delirio de su interlocutor; pero alma delicada y sensible la suya, comprendió un júbilo inmenso, una santa alegría en aquel hombre y le siguió, creyendo hacer una buena accion.

—Dádmele, dádmele, quiero tener el honor de llevarle, decía el marqués.

Era para los transeuntes un expectáculo extraño ver al viejo caballero llevando delante de él con los brazos tendidos aquel pesado cuadro, le iba contemplando, sonriendo; tan pronto con estupor como con embriaguez. La felicidad le daba fuerzas y no sentía la fatiga, balbuceaba frases sin coherencia.... siguiéndole María en silencio.

Se pararon delante del palacio de la calle de Artois, como se llamaba antiguamente antes de tomar el del banquero Laffitte.

—Entrad, señora, tengo que hablaros. Quiero haceros una proposicion.

María franqueó el dintel del palacio: el marqués la introdujo en su galería, corrió al sitio vacio que ya conocemos y colocó en él á la *Vírgen de las Rosas*, retrocediendo unos cuantos pasos para admirarla mas á su placer.

Despues tomó el opúsculo de Bermes y leyó en voz alta :

"Una de las primeras obras maestras de Antonio Allegri, por sobrenombre El Corrége, del lugar de su nacimiento, era sin contradiccion la Vírgen que él pintaba en Parma en 1530 para el convento de religiosas de Santa María. La Vírgen era de mediano grandor, vestida de azul, con largos cabellos de un rúbio dorado, donde parecian jugar los céfiros. Ningun pintor todavía habia dado al rostro de la madre de Dios una expresion tan suave y tan radiante. Allegri habia arrojado sobre este lienzo uno de esos prodigiosos efectos de luz, de que él solo conocía el secreto.

El cuerpo de la Vírgen pertenecía á la tierra en todo lo que la tierra tiene mas bello, pero la cabeza pertenecia visiblemente al cielo: no era ni un recuerdo ni una copia, ni una reminiscencia de otras imágenes; parecía como si en sueños se hubiera trasportado el pintor á las celestes esferas, contemplando allí á María en toda su gloria, en toda su pureza para trasladarla al lienzo. Por una graciosa disposicion que hacía resaltar más la blancura ideal del rostro, Allegri había colocado en las manos de la Vírgen un ramo de rosas de un maravilloso y espléndido color. Desgraciadamente este lienzo del gran pintor ha desaparecido ; se cree que fué quemada en Parma en 1645 cuando el incendio del convento de Santa María. Se llamaba la *Vírgen de las Rosas*."

¿La Vírgen de las Rosas? exclámó María Desbordes; así es como la nombraba mi querido abate Domarus. Y qué, señor marqués, ¿acaso es esta la obra de El Corrége?

—Ya lo veis, señora, respondió Mr. de la Rochegery con entusiasmo.

¡Oh Berucci, bendito seas! ¡y bendita seais tambien, señora, por haberme dado el placer mas grande de mi vida! Ya lo habeis oido, es imposible engañarse.

Y el anciano caballero se quedaba en éxtásis delante de la *Vírgen de las Rosas*. María no osaba turbar tan dichosa contemplacion, de que ella no preveia el sacrificio.

—Señora, la dijo él de repente: es preciso que me cedais esta obra maestra.

—Jamás, señor marqués.

—¡Jamás!... repitió él con angustia.

—He jurado al abate no separarme de ella.

—Vos no pareceis rica.

—Lo fuí en un tiempo, ahora no lo soy, y hago mas caso, señor marqués de un juramento que de una fortuna.

—¿Pero quién sois, señora? preguntó el caballero, admirado de la expresion noble y orgullosa del rostro de María.

—Soy el ama de gobierno del abate Domarus y me llamo María Desbordes: no tengo pan ni asilo, señor marqués: pero preferiría dejarme morir de hambre en la calle con este cuadro en mis brazos á venderle por dinero.

—¿Rehusais la fortuna?

—He dicho mi última palabra.

—Cien mil francos!

—No insistais, es tiempo perdido.

—Cien mil escudos!

—Despues de lo que he tenido el honor de deciros, vuestras ofertas son casi injurias.

—Y bien, replicó el marqués, empeñado en la conquista de su Corrége: no me le deis, sea ; prestádmele, vivid en este palacio, será vuestro; pero no arranqueis ese tesoro del sitio que le estaba preparado hace veinte años. Aceptais, no es verdad? ¿Habitareis en mi palacio?

—Sois un caballero, señor marqués de Rochegery; sois rico ¿y quién os dice que yo no lo he sido tambien? ¿Quién os dice que María Desbordes no pudiera ser el seudónimo de un nombre tan ilustre como el vuestro? ¿Quién os ha dicho en fin que vuestra última oferta no sea la mas injuriosa que puede hacerse á una mujer como yo? Estoy acostumbrada al trabajo, señor marqués, y no sabría comer el pan que no hubiera ganado.

—Perdon, señora, perdon, vos me perdonariais si comprendieseis el júbilo que he experimentado. Yo no he pensado que pudiera ofenderos. Pero, ¿podré saber á quién tengo el honor de hablar?

—Soy la hija del conde de Rozancourt, y la marquesa viuda de Pelautrée.

—Vos, señora, ¿vos sois la viuda de Cristian de Pelautrée, de quien yo era compañero de armas en 1829?

—Sí, señor.

—Por favor dignaos sentaros señora marquesa, y sobre todo concededme el perdon que imploro con instancia. ¿La hija de Rozancourt, la viuda de un Pelautrée ha podido llegar á tan penosa situacion?

—El relato que deseais, señor marqués, no puedo menos de hacérsele á un hombre como vos amigo y compañero de armas de mi marido.

—Ya os escucho, señora.

María no omitió ninguno de sus dolores, ninguna de las amargas peripecias de su triste vida y cuando hubo contado su último sufrimiento, la muerte del venerable abate Domarus, la visita de los siete herederos, y su humillante espulsíon, el viejo caballero cayó á sus piés y preguntó con una voz temblorosa por la ansiedad.

—Señora, ¿quereis hacerme el honor de ser la marquesa de la Rochegery?

VIII.

Y bien, amigo mio, me dijo Enrique de Pontmolaint, la hija de los Rozancourt, la viuda del marqués de Pelautrée, María Desbordes, la obrera, el ama de gobierno del abate Domarus, la propietaria de la Vírgen del Corrége, la marquesa de la Rochegery, no és otra que.....

—Lo adivino, mi querido amigo, es la providencia de los pobres como decís que se la llama, en una palabra, es la noble mujer que hemos visto hace una hora subiendo á una mendiga en su berlina blasonada; es ella ¿no es verdad?

—Sí, el abate Domarus era profeta. La Vírgen ha dado la dicha al ángel guardian de los últimos dias del venerable sacerdote. ¿Pero en qué pensais?

—En aquel alcornoque de sombrerero y de la viuda Soufflot. ¿Y vos?

—Reflexiono que con todo lo que acabais de decirme se podría escribir una linda novela.

—¿Bajo qué título?

—*La Vírgen de las Rosas*.

(Traduccion libre del francés.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA DESPOSADA.

Ah! Mirad! Ella viene!
En su pecho rebosa la alegria
Que apenas en sus labios se contiene.
Paso á la desposada! Llegó el dia!
La corona de azahar ciñe su frente....
Sus rizos ondulantes
Caen sobre su seno blandamente....
Que hermosa está! Que hermosa!
El amor resplandece en su mirada.
Su frente ruborosa,
La sonrisa que brota apasionada
De entre sus labios rojos,
Y una lágrima pura
Que humedece sus ojos,
Muestran su amor inmenso y su ternura.
Ya llega al templo. Presurosa avanza...
Las vírgenes entonan dulce coro....
El cielo toca ya de su esperanza!
Ella está en el altar.... Y yo la odoro!

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

CAMINITO DE LA FUENTE.

—¿A dónde vá la zagala,
que un rayo de sol parece,
tan ligera y tan hermosa,
tan lozana y tan alegre?
—¿Y hácia donde vá el mancebo
el galanteador ginete,
el que tan dulces palabras
del labio engañoso vierte?
—Voy á la guerra , zagala,
—Voy, caballero, á la fuente,
—¿Calmarás mi sed, la niña,
que seco el pecho me tiene?
—Calmaré la sed piadosa
que quizás el labio miente.

Y en conversacion dulcísima
gozosos desaparecen
la zagala y el mancebo
caminito de la fuente.

Triste torna la zagala;
triste y cavilosa viene,
sin sonrisas en los labios
y con nubes en la frente:
cantaba y ora suspira,
torna llorosa y fué alegre,
que su corazon quedóse
caminito de la fuente.

Pasan dias y semanas,
y pasan años y meses,
y la zagala suspira,
y el caballero no vuelve:
la pobre niña solloza,
ni paz ni reposo tiene,
y las rosas de su rostro
huyéronse para siempre.
Con el cántaro en el brazo
se la mira muchas veces
vagar triste y solitaria
caminito de la fuente.

¡Ay! los ojos de la niña
raudales de llanto vierten;
yá no busca el agua pura,
yá el cántaro no sostiene.
Y al cerner las alas frias
sobre sus ojos la muerte,
estas dolientes palabras
lanzó su garganta débil.
—Zagalas, mis compañeras,
vuestras almas inocentes
no entregueis á los mancebos
que de lejas tierras vienen:
no deis á su voz oidos,
que falsos amores mienten,
y os desgarrarán el pecho,
y se alejarán riéndose.
A sus mentiras fé dando
marchité mi vida alegre,
y dejé mis ilusiones
caminito de la fuente.

NARCISA PEREZ.

A MI CORAZON.

No latas, corazon, vuelve á tu calma
porque habrás de gemir con desconsuelo;
no latas, corazon, deja que el alma
tranquila duerma sin mortal desvelo:
piensa que en cierto dia
con lágrimas perdiste tu alegría.

Quizá, infeliz, tus marchitadas flores
al soplo de esperanza retoñaron,
y buscas como un tiempo en los amores
la dicha que engañosas te arrullaron;
dichas, quimera vana,
flores lozanas hoy, polvo mañana!...

ANTONIO DE S. MARTIN.

AMOR SIN ESPERANZA.

Junto á la fuente te ví,
¡ojalá nunca te viera!
que desde entonces perdí,
pastora, lo que quisiera
poderte robar á tí.
Perdí la paz, el sosiego,

pues entró en mi corazon
el astuto niño ciego,
y abrasadora pasion
me devora con su fuego.
Cuando, al despertar la aurora,
abandono el lecho en qué
no puedo dormir ahora,
triste pregunto ¿porqué
he visto á aquella pastora?
Si de tu rebaño en pos
subes la erguida pendiente
del monte, le pido á Dios
que vuelvas pronto á esa fuente
donde nos vimos los dos.
Y allí mi pasion me lanza,
y te aguardo de contino....
mas mi ruego nada alcanza;
tú no vuelves! mi destino
es amor sin esperanza.
Mi mente entusiasta y loca
mil dulces proyectos fragua...
pero el corazon que invoca
es mas duro que la roca
de donde brota ese agua.
Y tu recuerdo fatal
no me deja un solo dia,
y oigo siempre por mi mal
caer con dulce armonía
las aguas del manantial.
Y te veo á tí, pastora,
siempre insensible y cruel,
con sonrisa seductora
contemplar tu imágen fiel
en el onda bullidora.
Te veo como te ví,
(¡ojalá nunca te viera!)
cuando el sosiego perdí,
y tu mirada hechicera
nunca se aparta de mí.
Así, tu desden sintiendo,
me consumo de dolor,
y hora tras hora sufriendo,
pastora, con tanto amor,
vivo para estar muriendo!

REMIGIO CAULA.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Conclusion.)

—Sí, pero habeis de pensar que rara vez habeis manejado la pistola, nunca quizá en tanto que yo por el contrario, soy maestro.

—Dejémonos de reflexiones; mi valor podria enfriarse, y ahora me siento fuerte. Vamos.

El sargento me tendió la mano y me dijo sonriendo:

—Segun las leyes del honor, es costumbre que un desafío no se verifique cuando una de las dos partes reconoce su culpa. Ahora bien, yo declaro que no tenia intencion de haceros daño; era una chanza que desgraciadamente vuestra resistencia hizo degenerar en una lucha formal. Me he engañado acerca de vos, y confieso que he obrado á la ligera. Olvidad pues lo que ha pasado, y seamos buenos amigos como antes. Si alguien se atreve á alzaros la voz será mi enemigo. ¡Y bien! ¿Nada decís?

Mi corazon reprochaba mi insensibilidad; el sargento, por rudo que fuese en su lenguage y maneras, era en el fondo un buen machacho, que veinte veces me habia dado pruebas de afecto.

Tomé su mano y la estreché cordialmente en señal de reconciliacion. El sargento cumplió su palabra, y desde entonces siempre fué mi amigo.

Aquella misma mañana me llamó á su casa el capitan, y esta vez no me sentí conmovido; á la verdad, mi corazon latia, pero no era de temor ni de inquietud, y en el camino yo mismo me excitaba, para dar á entender por fin á mi jefe que queria ser tratado como un hombre.

Cuando me hallé en su presencia, me clavó los ojos algunos instantes sin pronunciar una palabra, con aquella misma expresion que me habia hecho temblar tantas veces. Por mi parte, yo le miraba intrépidamente y con tanta fijeza, que él fué el primero que se cansó, y meneando la cabeza acabó por exclamar riendo:

—¡A fé mia te has vuelto loco! ¡Vaya un modo que tienes de mirar con tus ojos azules!

—Capitan, le dije con tono grave, me habeis mandado á llamar y espero vuestras órdenes.

De nuevo me contempló fijamente, y viendo que mi fisonomía permanecía impasible, me preguntó:

—¿Estás en tu sano juicio, ó sientes otra vez la fiebre?

No respondí, el capitan se sentó, y sin apartar de mí su mirada penetrante, repuso:

—Cuéntame lo que ha pasado en la sala de policía; estoy al corriente de todo por manera que me has de decir la verdad, ó si no...

Le conté mi aventura con el sargento sin omitir la menor circunstancia, y hasta añadí que si no habia tenido efecto el desafío, era únicamente porque mi adversario me habia dado satisfaccion, y concluí diciendo:

—Ahora, capitan, permitidme que os diga que he tomado la firme é irrevocable resolucion de no soportar en lo sucesivo ni aun la sombra de un desprecio de quien quiera que sea.

—¿Ni de mí tampoco? exclamó el capitan con cólera fingida.

Sin vacilar respondí.

—De nadie. Sé, capitan, que sois mi superior; pero la ley que me somete á vuestras órdenes, os impone á vos la obligacion de ser justo. He pensado que era preferible aun á riesgo de la vida, sublevarme contra la fuerza y la injusticia, que consumirse poco á poco y morir de pesar á fuego lento...

—¿Qué significa eso? exclamó; ¿no sabes que estamos delante del enemigo, y que á la menor señal de desobediencia tengo derecho para disponer de tu vida?

Yo contesté con fria firmeza:

—Capitan, haré mi servicio mejor que antes; pero os repito que quiero ser tratado como un hombre.

—Y si yo quisiera tratarte de otro modo, ¿qué harias?

—No lo sé, quizá una locura.

—¡Es inconcebible! exclamó levantándose.

Y dió dos ó tres pasos por el aposento.

De repente se lanzó hacia mí, me tomó la mano, la sacudió fuertemente, y me indicó una silla.

—Eres un personaje singular; hay en tí mucho bueno, pero no está bien deslindado todavía. Quisiera por lo menos aclarar un poco esa confusion de tu cabeza. Siéntate, voy á hablar contigo formalmente; siéntate, repitió con impaciencia.

Así que le obedecí sacó de su cofre una botellla y dos copas.

—No pongas mala cara, me dijo; ¿crees que te voy á dar otra vez aquel licor verde? No, le guardo para curar las calenturas. Este es un rico Madera; toma, bebe, yo te lo mando.

No era posible resistir. Aunque todas sus palabras y hasta su afabilidad me parecian pura ironía, debí apurar la copa.

—Ahora, escúchame, dijo con acento reflexivo. He prometido á tu anciano padre que trataría de dar á tu carrera la firmeza que le falta. Tienes la cabeza dura... y confieso que ha sido menester trabajar mucho para lograrlo. Tú has creido que yo estaba enfadado contigo, que te detestaba, y yo te he dejado en tu error, porque así convenia á mis proyectos; pero tienes bastante perspicacia para comprender que no me habria ocupado todos los dias de tí con tanto ahinco, si no me hubiese impelido á ello un sentimiento de afecto y estimacion, siquiera hácia tu padre. Si no me engaño (¿quién lo puede saber con un ser tan voluble como tú?) tienes ya bastante fuerza de alma para soportar con vigor las contrariedades de la vida militar, y aun para seguir esta carrera con aprovechamiento. Sin embargo, créeme, tu carrera es un peligro permanente para tí mismo, pues no conoces medidas. Si yo quisiera continuar mis esfuerzos para desvanecer tus sueños y tonterías que te hacen tanto daño, serias capaz de mostrarte demasiado *hombre*, de entrar en la via de las locuras, y de labrar tu propia desgracia. Esto seria terrible para tu anciano padre. Por consiguiente, desde hoy te trataré como se trata á un buen soldado. Tú por tu parte, justifica esta opinion, y verás por experiencia que no soy un malvado; como probablemente lo has creido hasta ahora. Tu padre se promete que un dia serás oficial, él ha servido á su pais en tiempo de Napoleon, y considera la milicia como una hermosa carrera. De tu buena voluntad depende realizar su esperanza; por mi parte, te ayudaré todo cuanto pueda.

Estupefacto escuché estas palabras del capitan; nunca habia oido en su voz aquel tono de calma sin afectacion y de sincera cordialidad, y me preguntaba á mí mismo con desconfianza, si debia tomar sus testimonios de simpatía por la verdad ó por una nueva burla.

Llenó mi copa otra vez, y levantándose me dijo con aquel tono imperativo, seco y breve que le era propio:

—Bebe, y marcha derecho en lo sucesivo. No te figures que estoy dispuesto á tratarte como uu soldado de porcelana que se tiene miedo de romper; soy capitan, y quiero que todos lo tengan entendido; pero lo dicho, dicho. Vuelve á tu alojamiento, reflexiona bien mis palabras, y sobre todo, cuidado con darlas un sentido que no tienen.

Hice lo que me habia dicho, y pensé sus palabras tanto tiempo y con tanta madurez, que mi cólera contra él (no podria decir mi odio) se calmó, se debilitó, y acabó por desaparecer completamente.

Aunque todavía me esforzase por disimularlo á mí mismo, sin embargo, reconocia en mi interior que muy á menudo habia pecado por exageracion.

Desde aquel dia, el capitan no fué ya particularmente brusco y duro para mí, y aun á veces me manifestaba estimacion y amistad. No por eso cambió; aun cuando llegaba el caso me dirigia sendas andanadas como hacia con los otros; pero aprendí á reconocer que ni sus ademanes tan singulares ni sus bruscas palabras procedian de su corazon. Así pude disfrutar en lo sucesivo de una paz y un reposo de que habia estado privado tanto tiempo; mis fuerzas físicas se restablecieron y se desarrollaron, y aunque la vida de soldado me agradase poco, no tuve ya porqué quejarme de ella.

FIN.

UNA LAGRIMA.

EN EL NATALICIO DE MI AMADA HIJA VICTORINA B. Y M.

SOBRE SU FOSA.

Hija del corazon! tu natalicio
Fué una dicha soñada,
Luz que irradia fulgor breve y ficticio,
Objeto de constante sacrificio
Que contemplo apagada.
De la que mas te amó, su afecto santo
Ofrece á tu memoria;
En cada gota de su amargo llanto,
Una letra, en que forma su quebranto
Una terrible historia!
Si el alma no cediera conmovida
Al perdon y al olvido,
¿No es verdad, sensitiva bendecida,
Que al sentirme llorar tan dolorida,
Te arrepintieras tú de haber nacido?
No, que fué tu Natal, luz peregrina
Que el corazon inflama;
Semejante á la estrella Vespertina,
Que al ponerse detrás de la colina
Aun centellando la atencion reclama.
Al terminar la muerte tu existencia,
De tu elevada mente
No apagó la preclara inteligencia:
Y, pése del olvido á la inclemencia,
Tu Génio vive, y vivirá elocuente.
La flor que entre las flores descollaba
Languideció en un dia
Y aunque su aroma en el vergel dejaba,
La planta que á su tallo se apoyaba
Para siempre perdió su lozanía.
Asi mi corazon vive muriendo
En su dolor sombrío:
Una sola esperanza presintiendo,
Cual sombra solitaria recorriendo
Un mundo que tu amor dejó vacío.
Quédate á Dios! tu fúnebre alborada
Vés que cantando sigo:
Quizá que al repetirse esta jornada,
Pueda mi amor, decir mas resignada,
Hija del corazon! yo te bendigo!

ANGELA MAZZINI.

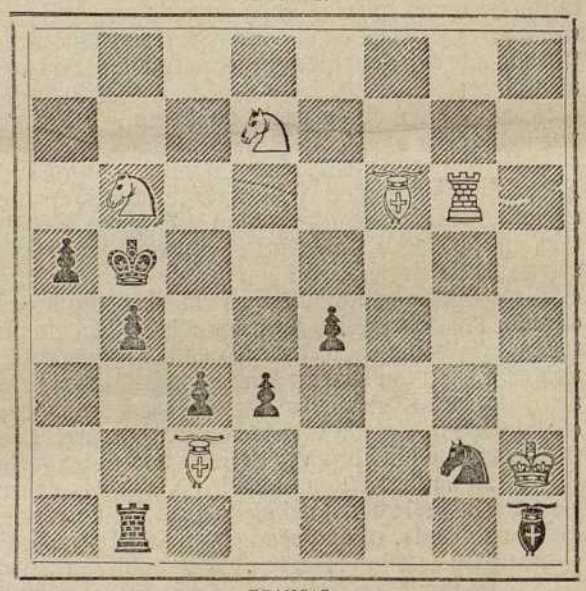
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 110.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 2.ª R.	R.5.ª C.R.
2.ª T. 6.ª C.R. jaque.	Cualquiera.
3.ª Uno de los Caballos, segun, jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 111, COMPUESTO POR M. F. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA

El ALMAMAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL que anualmente publicamos para regalo á los que se suscriben por un año á la edicion de lujo, se halla ya terminado y empezado á servirlo á los Señores Suscritores que vienen efectuando su renovacion.

Suplicamos á los que determinen continuar en 1868, efectuen su abono cuanto antes sea posible, á fin de que no sufran demora en el recibo del referido Almanaque, el cual es un magnífico tomo en 4.º, ilustrado con láminas de bastante mérito.

EL ADMINISTRADOR.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.— IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 51.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES CROCHETS, ETC

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Sombrero de Mme. Aubert.—Cenefa de cortina.—Salpicado sobre red.—Fondo de red. — Cogin ó asiento de sillas. — Chaqueta sin mangas.— Velo de butaca. — Centro de un tapetillo de lámpara.— Cuadro de frivolité.—Grabado de modas.—Canastilla de labor.—Jardinera de junco.—Dibujo dé tapiceria ó cogin.

Luciana: cuento.—El sol y la nubecilla.— El suicidio: una leccion á los locos.—Quiero darte mas.—Figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.—Advertencias.

SOMBREROS DE Mme. AUBERT.

N.º 1.—*Sombrero de terciopelo azul*, con diadema de terciopelo negro; por detrás se encuentra un torcete de cinta de terciopelo negro, y otra cinta igual azul, orlada con un encage negro; una de las bridas es negra, la otra azul; ámbas se cruzan por debajo de la barba y se sujetan con un lazo azul y negro; un lazo lo mismo debajo de la castaña; pendientes de azabache adornan la diadema, orlada de terciopelo azul.

N.º 2.—*Sombrero de terciopelo verde*, con diadema de follage del mismo terciopelo; sobre las bandas de terciopelo que sirven de bridas, hojas de raso verde; por detrsá velillo de encage negro.

N.º 3.—*Sombrero de terciopelo blanco*, con sesgos de raso blanco; velillo y bridas muy anchas de tul blanco adornadas como el sombrero; racimos verdes de uvas con follage cubierto de polvos de cristal.

SOMBRERO N.º 1.

SOMBRERO N.º 2.

SOMBRERO N. 3.

Cenefa de cortina.

Este dibujo se ejecuta sobre red: los cuadros mates blancos se hacen á punto de zurcido; los cuadros rayados á punto de tela; no hay inconveniente en que el dibujo entero se ejecute á punto de zurcido, con algodon de zurcir.

Salpicado sobre red.

Esta labor servirá para cófias, cortinas pequeñas, etc. Se le puede tambien ejecutar con algodon grue-

Acompaña al presente número un patron para marcas y cifras de todos tamaños y clases.

so ó bien con lana, para cubre-piés. Se arma el número de puntos necesario.

1.ª *vuelta.*—* Un punto en cada uno de los 4 primeros puntos, — 6 en el aire en el 5.º. — Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta.*—Un punto en cada uno de los 4 primeros de la vuelta anterior; los 3 primeros de los seis hechos en el 5.º punto se reunen en uno solo, luego en el último de estos 3 se hacen 2 nudos; — los otros 3 se reunen, y en el último se hacen 2 nudos.

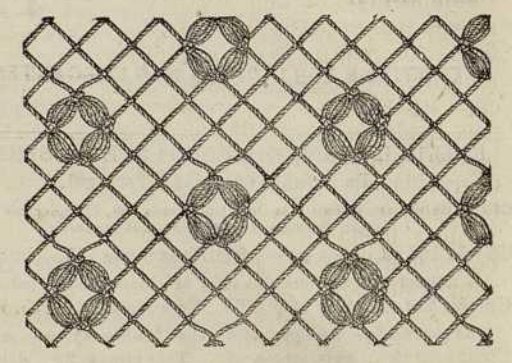
3.ª *vuelta.*—Un punto en cada punto,—los 6 puntos reunidos en uno solo. — Así sucesivamente; los lunares se ejecutan á la aguja, con arreglo á las indicaciones del dibujo.

Fondo de red con lunares al crochet.

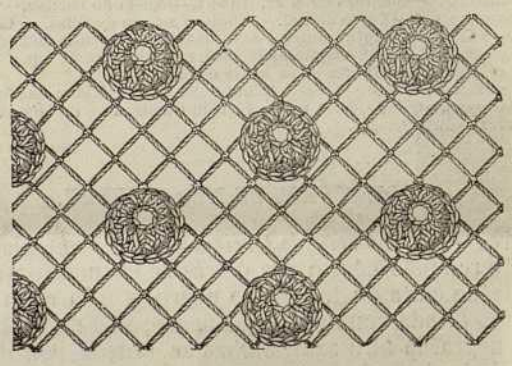
Este fondo de red rervirá para los mismos usos que el dibujo anterior. Se le hace sobre un molde de un centímetro de circunferencia. Los lunares se hacen por separado al crochet; para cada lunar, se ejecuta una cadeneta de 10 puntos, el último de los cuales se reune con el primero; un punto sencillo en cada uno de los 2 puntos siguientes,—una media brida,—una brida en el tercer punto,— 2 bridas en el 4.º,—una doble brida en el 5.º,— 2 dobles bridas en el 6.º,—una doble brida en el 7.º,—2 bridas en el 8.º,—una brida,—una media brida en el 9.º,—un punto sencillo en el 10.º

Cogin, escabel ó asiento de silla aplicacion de paño sobre paño.

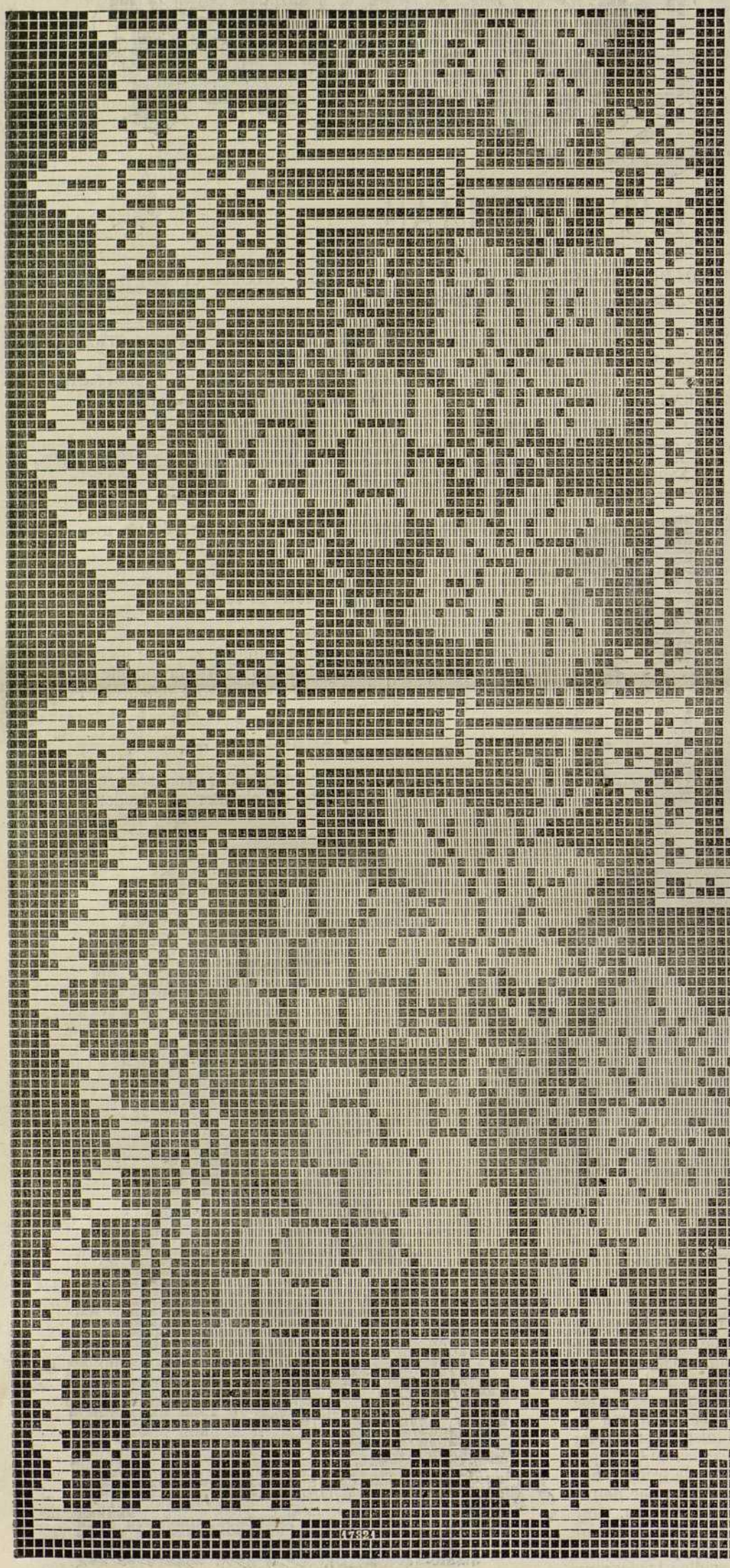
El fondo es de paño gris-fieltro; la orla, compuesta de puntas dobles, es de paño punzó; la cadeneta que divide las dobles puntas es de seda blanca; los rayos colocados á ámbos lados de la cadeneta son verdes en las esquinas, luego negros, amarillos azules, verde oscuro, verde claro. Se vuelve á empezar esta disposicion por encima de las puntas, con punto de espina hecho con seda verde. La gran rosácea del medio es encarnada, orlada con un rulò de seda amarilla, que se atraviesa con puntos negros, y de él salen unos rayos verdes; el mayor de los zarcillos es color de cereza, el siguiente verde claro, el tercero verde oscuro, el último granate; la misma disposicion se encuentra al rededor de todas las hojas de la rosácea. En el hueco, tallo verde, con aristas de verde claro, que sostienen una espiga, cuya parte inferior es encarnada, con tres rayos amarillos y fijada á punto de escarpin hecho con seda verde. La parte superior es blanca con el mismo punto granate, aristas azules; igual espiga entre cada hoja de la rosácea. —La gran flor de loto colocada en cada esquina de la rosácea tiene un tallito negro; su parte inferior es amarilla, con rayos encarnados encima del tallo; rayos azules á cada lado superior de esta parte inferior, rayos blancos entre los rayos azules; la parte superior es azul, fijada con seda amarilla, venas blancas y aristas granate junto á la vena del medio; á cada lado de la hoja azul del medio, hoja blanca, fijada con seda negra y venas granate; á cada lado de las hojitas blancas, rayos cereza; un punto de

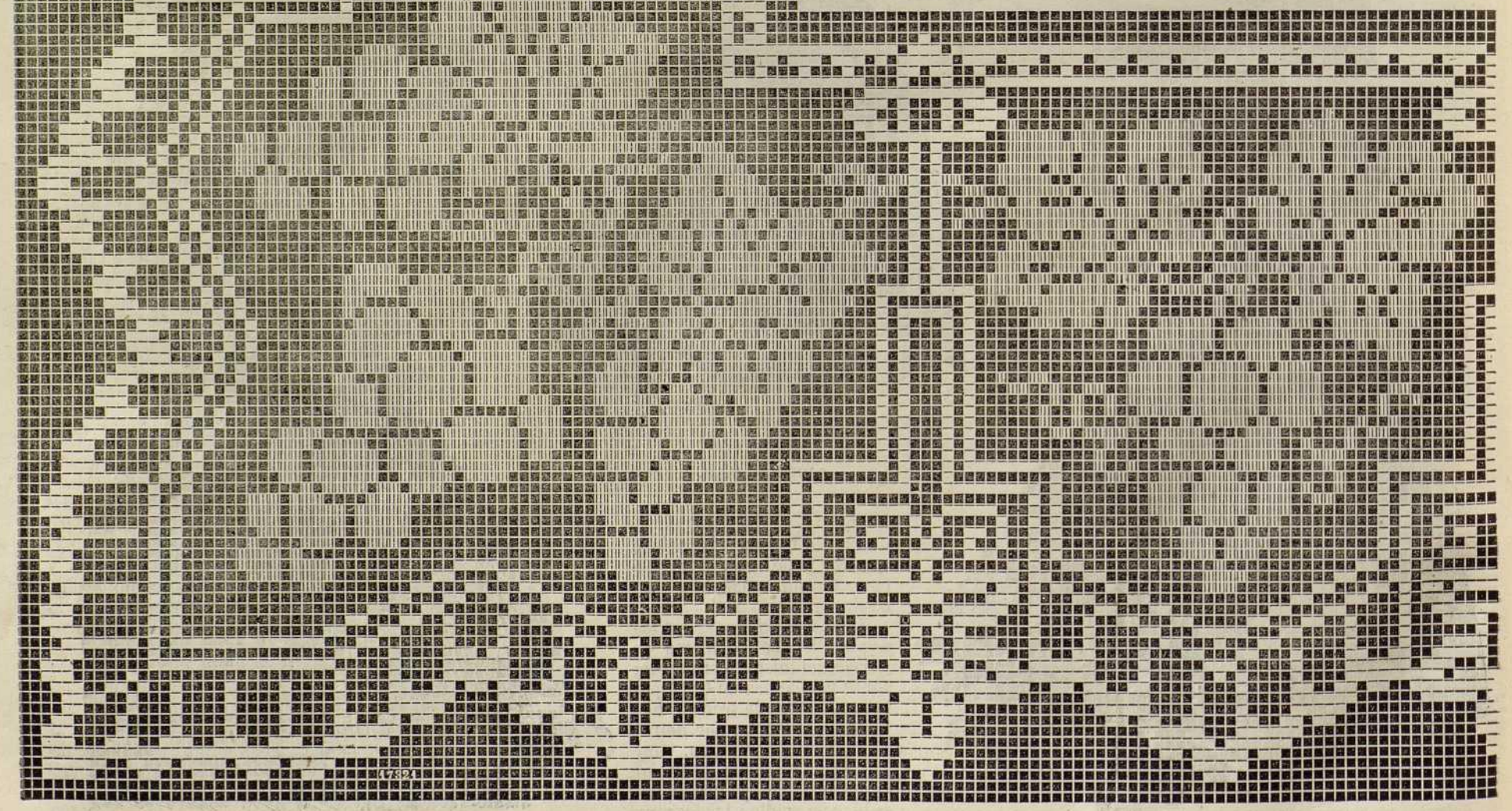


SALPICADO SOBRE RED.



FONDO DE RED CON LUNARES AL CROCHET.

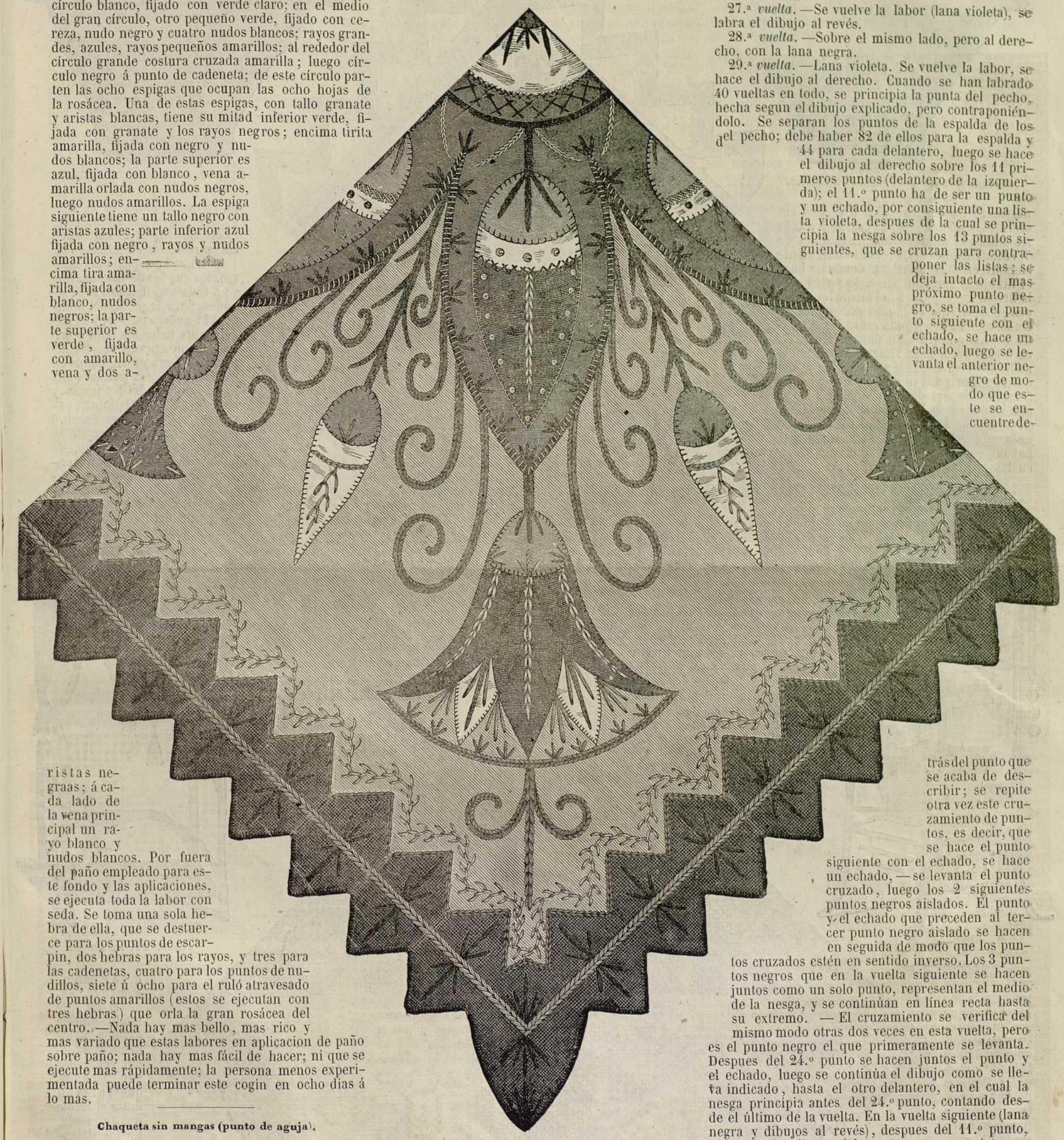




CENEFA PARA CORTINA.

cadeneta cereza con rayos verdes corre sobre la gran flor de loto; el penacho es verde con zarcillos granate. La flor pequeña de loto, que alterna con la grande, tiene un tallo negro, un círculo amarillo fijado con negro, punto negro en el centro, rayos alternativamente azules y blancos; la parte superior es verde, fijada con granate; sus venas negras, los puntos de nudillos cereza.

Parte interior de la rosácea. — En el centro gran círculo blanco, fijado con verde claro; en el medio del gran círculo, otro pequeño verde, fijado con cereza, nudo negro y cuatro nudos blancos; rayos grandes, azules, rayos pequeños amarillos; al rededor del círculo grande costura cruzada amarilla; luego círculo negro á punto de cadeneta; de este círculo parten las ocho espigas que ocupan las ocho hojas de la rosácea. Una de estas espigas, con tallo granate y aristas blancas, tiene su mitad inferior verde, fijada con granate y los rayos negros; encima tirita amarilla, fijada con negro y nudos blancos; la parte superior es azul, fijada con blanco, vena amarilla orlada con nudos negros, luego nudos amarillos. La espiga siguiente tiene un tallo negro con aristas azules; parte inferior azul fijada con negro, rayos y nudos amarillos; encima tira amarilla, fijada con blanco, nudos negros; la parte superior es verde, fijada con amarillo, vena y dos aristas negraas; á cada lado de la vena principal un rayo blanco y nudos blancos. Por fuera del paño empleado para este fondo y las aplicaciones, se ejecuta toda la labor con seda. Se toma una sola hebra de ella, que se destuerce para los puntos de escarpin, dos hebras para los rayos, y tres para las cadenetas, cuatro para los puntos de nudillos, siete ú ocho para el ruló atravesado de puntos amarillos (estos se ejecutan con tres hebras) que orla la gran rosácea del centro. —Nada hay mas bello, mas rico y mas variado que estas labores en aplicacion de paño sobre paño; nada hay mas fácil de hacer; ni que se ejecute mas rápidamente; la persona menos experimentada puede terminar este cogin en ocho dias á lo mas.



COGIN, ESCABEL Ó ASIENTO DE SILLA, APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO.

Chaqueta sin mangas (punto de aguja).

MATERIALES.—64 gramos de lana céfiro negra; 76 gramos de la misma lana violeta; cordon elástico; una hebilla de acero; nueve botones negros de asta.

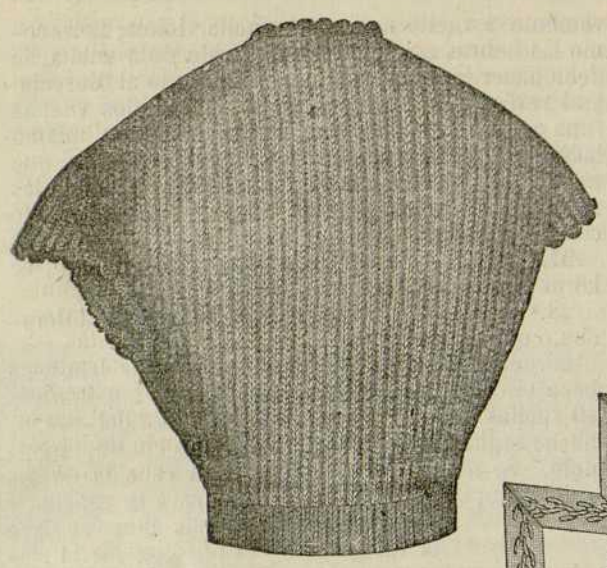
Esta chaqueta se labra con lana negra y lana violeta, de modo que por una cara de la labor las listas sean negras, y por la otra violeta; se abotona por delante, se cierra con una hebila, y en fin dos cintas elásticas se pasan por su borde inferior.

Se principia por este mismo borde inferior con lana negra, y se arman sobre agujas bastante finas 170 puntos, sobre los cuales se hace la labor algo apretada. Se ejecutan de ida y vuelta 24 vueltas del modo siguiente: el primer punto levantado (sin hacerse), luego alternativamente un echado un punto levantado, como si se le quisiese hacer al revés, — un punto al derecho. En la vuelta siguiente, el punto levantado se hace con el echado, juntos y al derecho; el punto hecho al derecho va precedido de un echado y luego levantado sin hacerse. En la vuelta 25 se ata la lana violeta, y se hace una vuelta como las anteriores; se ejecutan en seguida alternativamente 1 vuelta negra,—1 vuelta violeta; pero como las hebras no se cortan al fin de cada vuelta, se debe hacer la labor que hemos indicado al derecho y al revés, por consiguiente se labran dos vueltas (una aguja representa una vuelta) hácia un mismo lado, de derecha á izquierda. La vuelta siguiente, que es la 26, se ejecuta con la lana negra, siguiendo las reglas establecidas, pero se hace al revés el punto con el echado.

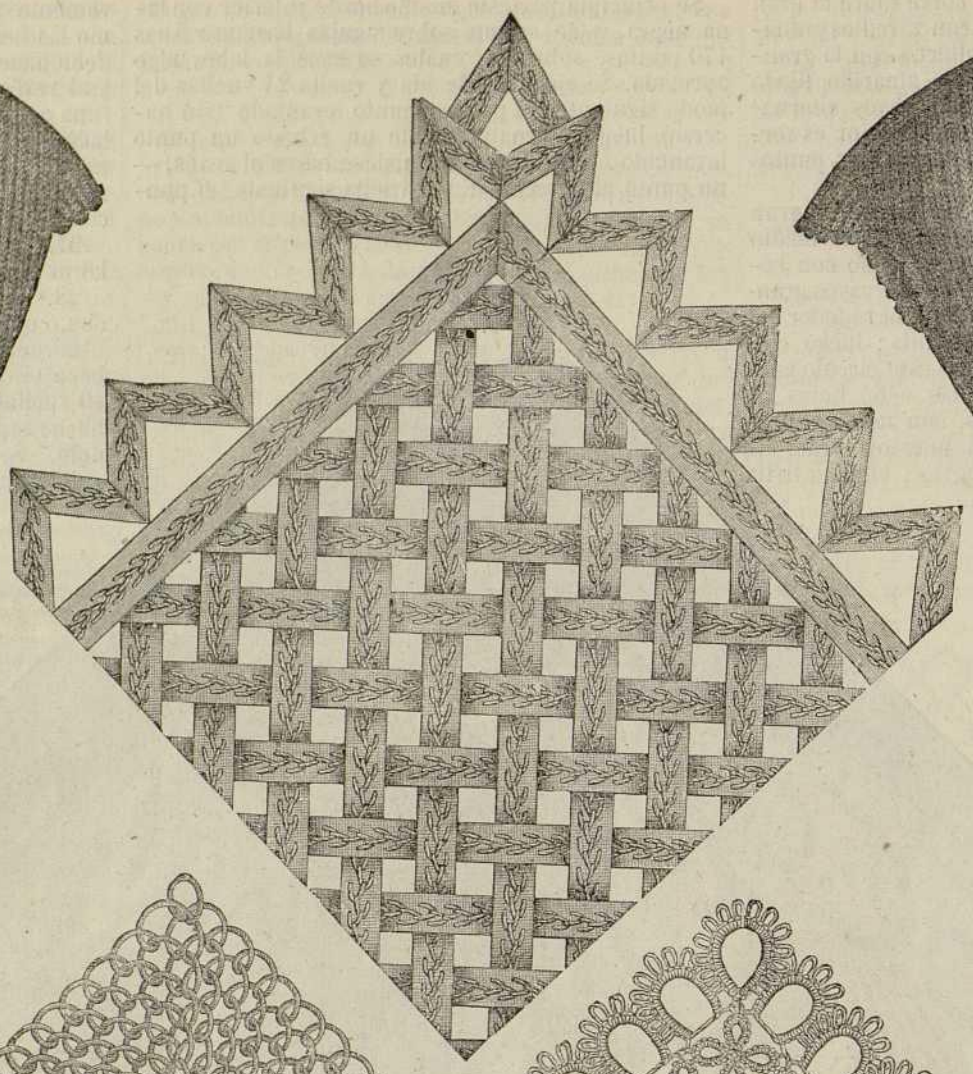
27.ª *vuelta.* —Se vuelve la labor (lana violeta), se labra el dibujo al revés.

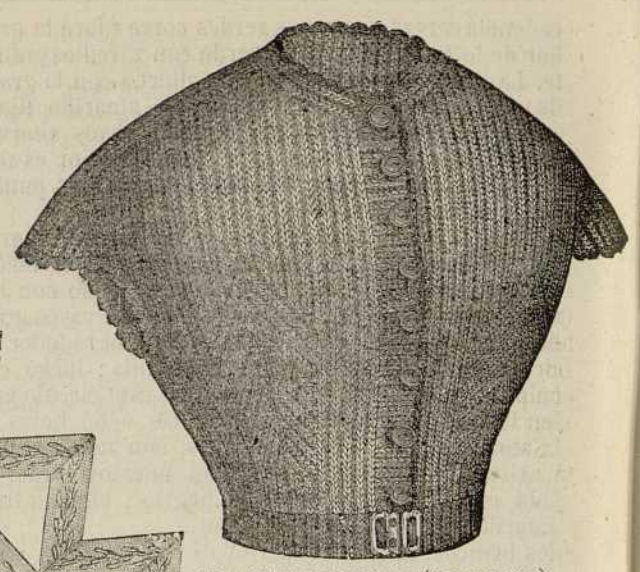
28.ª *vuelta.* —Sobre el mismo lado, pero al derecho, con la lana negra.

29.ª *vuelta.* —Lana violeta. Se vuelve la labor, se hace el dibujo al derecho. Cuando se han labrado 40 vueltas en todo, se principia la punta del pecho, hecha segun el dibujo explicado, pero contraponiéndolo. Se separan los puntos de la espalda de los del pecho; debe haber 82 de ellos para la espalda y 44 para cada delantero, luego se hace el dibujo al derecho sobre los 11 primeros puntos (delantero de la izquierda); el 11.º punto ha de ser un punto y un echado, por consiguiente una lista violeta, despues de la cual se principia la nesga sobre los 13 puntos siguientes, que se cruzan para contraponer las listas; se deja intacto el mas próximo punto negro, se toma el punto siguiente con el echado, se hace un echado, luego se levanta el anterior negro de modo que este se encuentre detrás del punto que se acaba de describir; se repite otra vez este cruzamiento de puntos, es decir, que se hace el punto siguiente con el echado, se hace un echado, — se levanta el punto cruzado, luego los 2 siguientes puntos negros aislados. El punto y el echado que preceden al tercer punto negro aislado se hacen en seguida de modo que los puntos cruzados estén en sentido inverso. Los 3 puntos negros que en la vuelta siguiente se hacen juntos como un solo punto, representan el medio de la nesga, y se continúan en línea recta hasta su extremo. — El cruzamiento se verifica del mismo modo otras dos veces en esta vuelta, pero es el punto negro el que primeramente se levanta. Despues del 24.º punto se hacen juntos el punto y el echado, luego se continúa el dibujo como se lleva indicado, hasta el otro delantero, en el cual la nesga principia antes del 24.º punto, contando desde el último de la vuelta. En la vuelta siguiente (lana negra y dibujos al revés), despues del 11.º punto, entre las dos listas violetas que se encuentran en este sitio, se toma el buclecillo negro de la vuelta anterior, y se le hace al revés, para reemplazar al punto que falta; además, los 3 puntos levantados de la vuelta anterior y el echado se hacen juntos como si fuera un solo punto. Esta agregacion del buclecillo se repite tambien en el otro lado de la nesga, entre las dos listas, y despues del mismo modo en la otra



CHAQUETA SIN MANGAS, VISTA POR DETRAS.

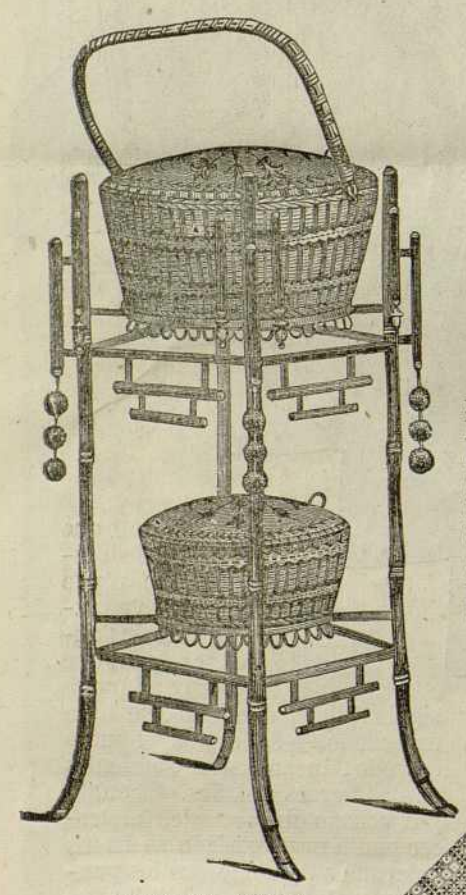




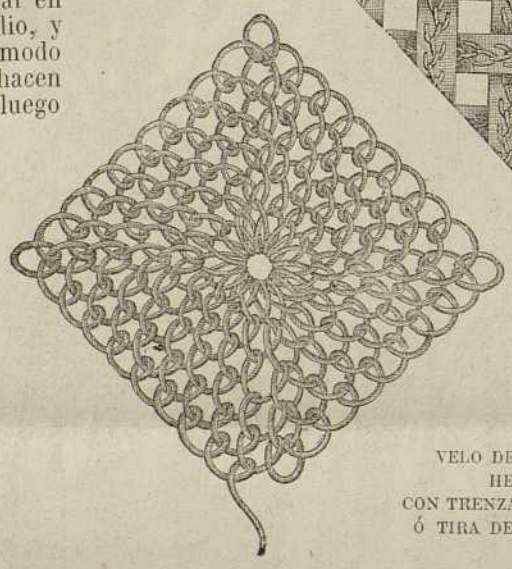
CHAQUETA SIN MANGAS (DELANTERO)

nesga. Se hacen en seguida 6 vueltas sin crecidos ni menguados. El cruzamiento de los puntos se renueva siempre despues de 7 vueltas de intervalo, por consiguiente siempre en el lado violeta, donde se hace el dibujo al derecho. En la 18.ª vuelta de la nesga, los 3 puntos del medio *no* se hacen juntos, sino cada uno por separado. En la vuelta 19.ª se toma entre los 3 puntos negros un buclecillo perpendicular en cada lado de la lista violeta del medio, y se hace este buclecillo al revés, de modo que se formen dos nuevas listas; se hacen 5 vueltas con el dibujo ordinario, luego una vuelta como la 41 de la labor (1.ª vuelta de la nesga). Los dibujos con crecido y sin él alternan; hay en todo 6 crecidos en la nesga; en las vueltas con crecido, se aumentan dos puntos en cada lado de la espalda, es decir, despues del 7.º y antes del 75.º punto de la espalda. El crecido se verifica en este sitio y en 2 vueltas siguientes, á fin de que las listas, que son su consecuencia se marquen en ámbos lados de la chaqueta. Despues de la 6.ª vuelta con crecido (la nesga ha de tener 12 combinaciones del dibujo), cada delantero se hace por separado; se hacen otras dos de las combinaciones del dibujo sin crecido, luego 6 combinaciones para las cuales, en cada primera vuelta, se retrasa en un punto el cruzamiento de punto, á fin de formar la punta de la nesga; el primero y el último punto cruzado de la nesga deben encontrarse en su punta.

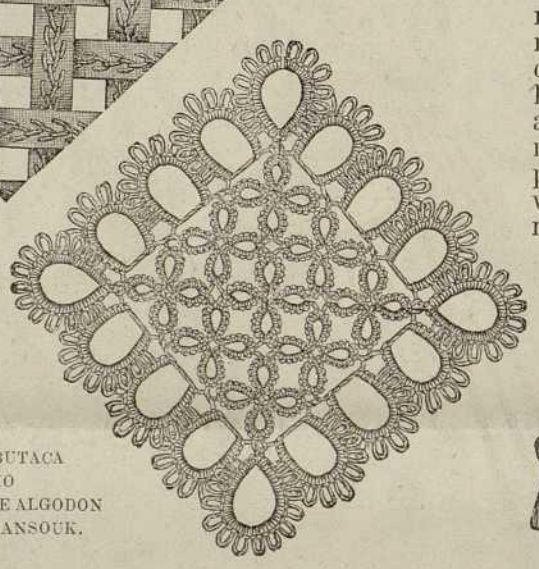
Se labra la espalda del mismo alto que los delanteros, luego á cada uno de estos se le añaden, para la punta del hombro, 44 nuevos puntos, y se hacen sobre todos los puntos primeramente 66 vueltas, terminando la nesga y menguando en cada 6.ª vuelta 2 puntos (una lista) despues del 5.º punto y antes del 39.ª del hombro; para este menguado se hacen 3 puntos juntos; el menguado se verifica 11 veces en todo, de modo que las listas se encuentren á cada lado de la punta. Cuando se han empleado todos los puntos de la punta del hombro, se hacen 92 vueltas, en las cuales se mengua en los delanteros y en la espalda para formar el hombro; el menguado se verifica en los delanteros antes del quinto punto, contando desde el fin, en la espalda despues del 4.º punto, contando desde el fin, de modo que la espalda y los delanteros están separados por 9 puntos que forman hasta el escote una tira recta. En los delanteros se mengua una vez un punto, despues de 2 vueltas de intervalo; en todo, en las 26 vueltas con menguado, se disminuyen 40 puntos. En la espalda, se menguan en todo 30 puntos, es decir, que se menguan 2 puntos en cada 6.ª vuel-



CESTA PARA LABOR.

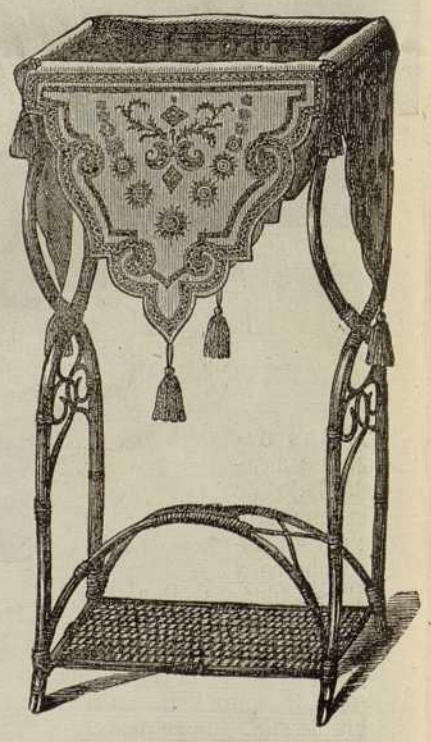


CENTRO DE UN TAPETILLO DE LAMPARA.

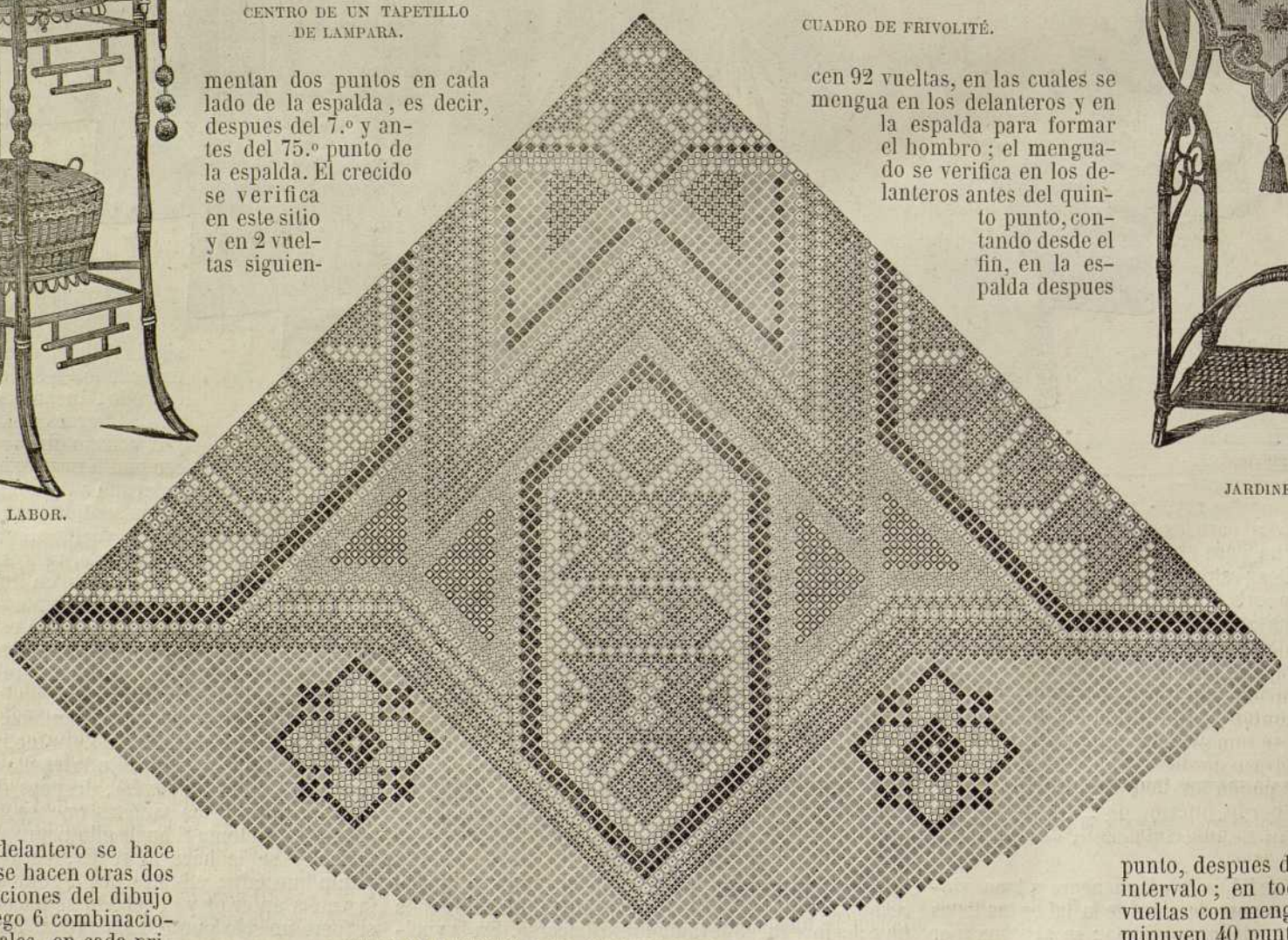


VELO DE BUTACA HECHO CON TRENZA DE ALGODON Ó TIRA DE NANSOUK.

CUADRO DE FRIVOLITÉ.



JARDINERA DE JUNCO.



DIBUJO DE TAPICERIA PARA COGIN REDONDO, TABURETE DE PIANO, ETC.

▨ Punzó. ⊠ Granate. ■ Negro. □ Blanco. ▩ Verde claro. ▫ Verde oscuro. ▧ Azul. ⊡ Castaño claro. ⊞ Castaño medio. ⊟ Castaño oscuro.

tas. Además, se produce un menguado, desde la 60 vuelta, en los bordes de los delanteros, para formar el escote, es decir, que despues de 5 puntos, contando desde el borde de cada delantero, se menguan 2 puntos (una lista) en cada 3.ª vuelta; los 5 puntos que confinan con el escote se desmontan juntos con los 5 puntos del hombro; se desmontan (flojos) los puntos de la espalda, se levantan los puntos de orilla por delante, y se hace con el dibujo ordinario una tira de 24 vueltas, empleando la lana negra; en ella se forman los ojales. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan, en la cual se abren y festonean los ojales, cogiendo tambien la labor de aguja. En el borde superior y las sisas de la chaqueta, se labran las puntas siguientes con la lana negra.

Sobre los puntos de orilla, levantados, se ejecutan 4 vueltas, en las cuales se hace alternativamente un punto al derecho y uno al revés; luego se ensarta en una aguja de tapicería una hebra bastante larga (la hebra misma con que se trabaja, y sin cortarla), * se desmontan 3 puntos juntos, se pasa por ellos la hebra, y se toman sobre esta los dos puntos siguientes.—Vuélvase desde *.

Por último, se ponen los botones, una tira de tafetan debajo del borde inferior de la chaqueta, y en cada lado de esta tira una cinta elástica, á la que se une la hebilla de acero.

Velo de butaca de trenza de algodon ó tira de nansouk.

Esta labor se compone de trenzas de algodon ó de tiras de nansouk, puestas cuádruples al hilo y adornadas con puntos de espina hechos con seda negra; será mas cómodo ejecutarla con trenzas de algodon, pero las tiras son mas bellas. La orla es igual al fondo; una tira ó trenza, dispuesta en puntas ó dientes, va unida á esta orla.

Se doblan las tiras de modo que los dos lados largos se unan por el medio, luego se vuelve á doblar cada tira por su mitad; se ejecuta el bordado, despues se toma un pedazo de carton del tamaño que se necesite para el velo; se indica en cada extremo, por una raya hecha con lápiz, el intervalo que separa dos tiras; se ejecuta el enrejado entrelazando estas tiras segun la disposicion indicada en el dibujo; en los puntos de union se fija en cada tira encima ó debajo de la tira á la que cruza. Se rodea todo ello con una tira recta puesta doble; la de encima se adorna con puntos de espina, y á ella se une la tira dispuesta en festones.

Este género de labor puede tambien servir para mantel de tocador, poniéndolo sobre un trasparente de percalina ó de tafetan rosa.

Centro de un tapetillo de lámpara.

Se ejecuta este tapetillo con bramante ó cordon muy fino, limitándose á hacer buclecillos de feston; se hará mas ó menos grande, segun se quiera.

Se principia por el medio, haciendo con el cordon una argolla de 3/4 de centímetro de diámetro, que se fija por algunos puntos; sobre esta argolla se hacen 16 buclecillos de feston; se trabaja en seguida por vueltas, que se hacen en redondo; se forman en las vueltas siguientes un buclecillo en cada buclecillo, pero en cada 4.º (esquina) se hacen 2; el número de estos aumenta en cuatro á cada vuelta y el crecido se verifica siempre en los mismos sitios, es decir, en el buclecillo de cada esquina.

Se rodea este tapetillo con un rizado hecho de trenza de lana de color vivo.

Cuadro de frivolité.

Este cuadro se compone primeramente de nueve cruces dispuestas tres á tres, en tres filas, y reunidas por los *piquillos*. Cada cruz es de cuatro brazos, contando cada uno 7 dobles nudos, — 1 *piquillo*,—7 dobles nudos. Cuando los 4 brazos están terminados se corta la hebra, y se anudan los dos extremos de la labor. Se hace una segunda cruz igual, en la que se suprimen el primero y el segundo de los *piquillos*, se la liga con los últimos de la cruz anterior, luego se hace una tercera cruz ligada con la segunda del mismo modo.

A esta fila de tres cruces se añaden otras tres por cada lado, disponiéndolas con arreglo á las indicaciones del dibujo. Para el contorno se ata la hebra al primer *piquillo* de la 1.ª cruz, se hacen 4 dobles nudos,—13 *piquillos* seguido cada uno de 2 dobles nudos, y despues del 13.º *piquillo* 4 dobles nudos. Se aprieta esta fila, se la ata al *piquillo* de la 1.ª cruz, luego á corta distancia, se hacen: † 4 dobles nudos, el último ligado con el último *piquillo* de la anterior argolla,—10 *piquillos*, seguido cada uno de 2 dobles nudos; y despues del 10.º *piquillo*, 4 dobles nudos; se aprieta esta curva dejando solamente una corta línea de union, se ata la curva al mas próximo *pi-*

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tela de lana gris, con trenzas anchas y estrechas de seda negra.
Trage de tafetan violeta, con bandas de terciopelo negro y flecos por ámbos lados; cinta de terciopelo negro figurando faldetas; flecos y borlas.
Trage de raso, color de pasa de Corinto, con galones mas oscuros figurando un segundo trage y faldetas; todo ello guarnecido de fleco de igual color.

quillo que reune dos cruces. Se vuelve 2 veces desde †, y asi se continúa hasta rodear el cuadro (véase el dibujo).

Canastilla de labor.

Las cubiertas de las dos canastillas se adornan con un pedazo redondo de paño con aplicacion de paño, para el cual se podrá utilizar el dibujo de la misma especie que se encuentra en este mismo número.—Para la cubierta de la canastilla mas pequeña, se ejecutará solamente la rosácea del centro.

Jardinera de junco.

Esta jardinera se guarnece con un lambrequin de aplicacion de paño sobre paño. Próximamente publicaremos dibujos que podrán emplearse para este uso.

Dibujo de tapiceria para taburete ó cogin.

Representa la cuarta parte de un taburete ó de un cogin de bellísimo efecto; su destino servirá de regla para el grueso del caneva.

LUCIANA.

CUENTO.

I.

Luciana era una bellísima niña de diez y siete años.

Su padre al morir le habia legado por única herencia unos pobres muebles, algunos buenos consejos, y un nombre sin mancha.

El carácter de Luciana era dulce y risueño.

A sus lábios asomaba continuamente una melancólica sonrisa, pero nunca la ruidosa hilaridad de las almas vulgares.

Era morena, pálida, de grandes y rasgados ojos negros y cabellos del mismo color.

Su estatura era esbelta, graciosa. Sus modales los de una gran señora. Luciana no habia sido siempre una pobre costurera.

En su infancia se habian abierto ante ella las puertas de los mas nobles salones del gran mundo.

Su educacion la habian dirigido los mejores maestros del mas afamado colegio de París.

De Luciana era de quien las directoras recibian los mejores regalos, y ella era entre todas las pensionistas, la que tenia mejores joyas, mas bonitos juguetes y la que se llevaba los mejores premios en los exámenes.

Un dia, como de costumbre, su padre fué á verla.

Pero aquel dia recogió las joyas y ropa de la jóven; hizo que diese un abrazo á sus condiscípulas y directoras y se la llevó á España.

Poco tiempo despues, habitaban en una casa de modesta apariencia en uno de los barrios mas apartados de Madrid.

Vivieron decentemente algun tiempo; pero un dia su padre la tomó en sus brazos y la dijo con los ojos bañados en llanto.

—Hija de mi alma, sabes cuanto te amo, y sabes tambien que mi mas grande, mi único anhelo es verte feliz, como le ofrecí á tu pobre madre cuando estaba en la agonía: comprenderás, hija mia, cuán doloroso será para mí verte carecer de lo necesario; pero desgracias de familia nos han sumido en la miseria; somos pobres, y es preciso trabajar.

—Trabajemos, papá mio. ¿Y por esto te apuras? la verdad yo me fastidiaba de estar todo el dia sin hacer nada.

Y Luciana sonrió dulcemente, enjugando con sus pequeñas manos las lágrimas que se deslizaban por el honrado rostro del anciano.

Al dia siguiente se ocupaba con agilidad y maestría en bordar unas bonitas tapas para un álbum, de terciopelo y oro.

Su padre cerca de ella y teniendo delante una mesita de nogal, copiaba antiguos manuscritos que le habia dado un abogado.

Pero el trabajo era mucho y la ganancia poca.

Algun tiempo despues murió el anciano.

Luciana lo lloró como toda buena hija y pasó muchas noches en vela, para poderle comprar un nicho y una corona de siemprevivas, con su miserable ganancia.

Luego prosiguió sus faenas acostumbradas.

Ya no le quedaban vestidos ni alhajas; en la enfermedad de su padre lo habia vendido todo.

Los mejores muebles tambien se habian vendido.

Llegó un dia que se empeoró la situacion de Luciana.

Era domingo. Subia de prisa por la calle de la Montera para volver al trabajo.

Cuando llegó á la tienda le faltaba un almohadon de terciopelo en el que habia bordado una corona.

Creyó que lo habria dejado en su casa y tomando el dinero de la semana, volvió tan ligera como le permitian sus pequeños piés.

Antes de subir pagó algunas deudas que tenia.

Solo le quedaron 40 reales.

En vano buscó por sus tres reducidas habitaciones; el bordado no parecia.

—¿Lo habré perdido por la calle? pensó tristemente; no tengo mas remedio que comprar una vara de terciopelo y un poco de oro, y esta tarde bordaré uno nuevo; mañana lo llevo y no lo notarán; ¿pero y dinero? con los 40 reales que tengo apenas bastan para el oro, voy á avisar á la mujer que me compró los muebles que se lleve los que me quedan y que me dé lo que quiera por ellos.

Luego exhaló un suspiro y se resignó.

Luciana era un ángel.

Se puso otra vez la usada mantilla y cerrando la puerta del sotabanco, se volvió á marchar.

Al llegar á la calle del Cármen la detuvo un grupo de jente. En medio habia una señora desmayada. Su trage era pobre, pero limpio. Su fisonomía noble y distinguida. En su rostro pálido y en los ojos rodeados de un círculo azulado se leia el sufrimiento.

Todos la miraban, pero ninguno le prestaba auxilio.

Los ojos de Luciana se llenaron de lágrimas.

La señora empezaba á volver en sí. Luciana hizo una señal á un cochero, que á la sazon pasaba por allí, para que acercase el carruage, y tendiendo la mano á la señora, le ayudó á levantar y entrar en el coche.

—Calle de Silva, número 19, dijo al cochero, y añadió dirigiéndose á la señora. Iremos á casa y cuando V. se halle bien la acompañaré á donde guste.

La señora inclinó la cabeza en señal de asentimiento y dejándola deslizar, la apoyó sobre el hombro de Luciana quedando aletargada.

Así llegaron á su casa.

Con bastante trabajo la pudieron subir á la pobre habitacion de la jóven y acostarla en su blanco lecho.

Dió diez reales al cochero y lo despidió.

Solo le quedaban treinta.

Luciana en su ardiente caridad olvidaba que apenas tenia lo justo para comer y que era preciso comprar lo que habia perdido.

Pero su padre le habia dicho al morir.

—Hija mia, lo mas santo, lo mas bello de la tierra es la caridad. Da la mitad de tus ropas al desnudo, la mitad de tu pan al hambriento. Dios lo vé y lo premia.

Y Luciana tenia grabadas en el corazon las débiles palabras del moribundo.

Aquel bellísimo ángel de resignacion, no sufria por sus propias penas, sino por las de sus semejantes.

Habia perdido á su madre cuando era muy niña y la adoraba como se adora una cosa desconocida.

Cuando vió á aquella señora desmayada se apoderó de su corazon una agonía profunda.

La enferma empezaba á volver en sí.

Luciana se inclinó hácia ella y le dió un beso en la frente, preguntándole con cariño:

—¿Se halla V. mejor?

—Gracias, hija mia, dijo haciendo un esfuerzo para levantarse, ya estoy bien.

—Todavía no. Está V. muy pálida. ¿Sufre V. alguna enfermedad?

La interpelada se ruborizó.

—Señorita Luciana, murmuró la portera al oido de la jóven; su desmayo lo ha causado la debilidad, el hambre.

—¡El hambre, exclamó Luciana dolorosamente dejando correr sus lágrimas. ¡Dios mio! ¡el hambre!

Aquella noble criatura no pensaba que su único caudal eran treinta reales, los que aun no le bastaban para pagar el rico almohadon que habia perdido.

Luego dirigiéndose á la señora que se preparaba para marchar, le dijo dulcemente:

—Cuando V. guste la acompañaré á su casa.

Una hora despues se encontraban en una pobre bohardilla. Un jóven bello, en medio de su estremada palidez, estaba acostado en un miserable jergon.

—Es mi hijo, dijo la señora con ternura besándolo en la frente.

—Madre mia, exclamó el jóven, ¡cuánto sufro! mi pecho se abrasa; dame agua, mucha agua.

—Hijo de mi alma, dijo la desdichada madre, esta jóven.... Y sus ojos se volvieron hácia la puerta en donde creia hallar á Luciana; pero con gran sorpresa suya la jóven no estaba allí.

Se dirigió á la puerta por ver si la esperaba fuera, no atreviéndose á entrar, pero se detuvo súbitamente al ver encima de una vieja mesa treinta reales, sobre los cuales habian caido dos gruesas y cristalinas lágrimas.

¡Benditas y santas lágrimas que sois el ardiente rocío que baña la purísima flor de la caridad!

II.

Cerca de un año habia transcurrido cuando volvemos á encontrar á nuestra bellísima Luciana.

Los pocos muebles que tenia habian sido vendidos, para pagar con su producto el almohadon que perdió.

En la tienda no le habian querido dar mas trabajo.

El alegre y modesto cuarto piso que habitaba se habia trocado en una pobre bohardilla.

El único adorno de sus blanqueadas paredes eran una estampa de la Purísima y el retrato de su padre.

Los únicos muebles eran un catre con un colchon y dos sábanas remendadas; pero blancas como la nieve; una mesa de pino, dos sillas de Vitoria y en la ventana dos macetas de barro, ostentando, la una, una hermosa mata de siemprevivas, cargada de verdes hojas y dorados botones, y la otra un rosal blanco que principiaba á abrir sus capullos acariciado por un tibio rayo de sol.

Luciana no podia comprar coronas para adornar la sepultura de su padre, pero se las tegía con sus blancas manos de las flores de su ventana.

Sus mejillas estaban mas pálidas que de costumbre, el brillo de sus ojos mas apagado.

Luciana hacia dos dias que apenas habia comido.

Y apesar de esto su alma no habia perdido la santa resignacion que la adornaba.

El dia que la presentamos á nuestros lectores era una fria pero hermosa mañana de Marzo.

El primer rayo que se desprendía del sol, penetraba al través de los vidrios de su ventana, posándose dulcemente en su morena cabeza.

Sus manos no podian trabajar de prisa porque las entorpecía el frio.

Su talle flexible estaba cubierto únicamente por un viejo vestido de percal, que habia sido negro pero que era pardo á fuerza de lavarlo y su morena y torneada garganta no tenia otro abrigo que un pañuelo de seda carmesí, que de tanto usarlo parecia de gasa.

Apesar de su pobreza, Luciana siempre estaba contenta. Jamás se borraba de sus lábios una dulce sonrisa.

—Ya estoy concluyendo mi trabajo, pensó, ¿y fuerza? Me falta la luz de los ojos ¡Dios mio, qué hacer?

Luego se levantó pensando que beberia agua y con esto engañaria su estómago algunos minutos, pero agua tampoco habia.

En Madrid cuesta seis cuartos una cuba.

Para Luciana era mucho. A veces habia de trabajar algunas horas para poderlos ganar.

Se volvió á sentar y tomó el trabajo con mas ahinco.

Cuando lo concluyó lo envolvió en un pañuelo, se puso una vieja mantilla, y cerrando la puerta se puso mas bien corriendo, que andando á bajar la escalera.

—Dios mio, señorita Luciana, dijo la portera al verla, ¡qué pálida está V. hoy! ¿Está V. enferma?

—No, María, gracias, estoy bien; contestó la jóven que apesar de su buen carácter y de su pobreza era orgullosa y no queria que comprendiesen lo que padecia y emprendió á buen paso el camino de la tienda que le daban trabajo.

Pero entonces ganaba menos.

Bordaba en blanco, cosa que no podia hacer de noche y que habia de estar primoroso.

Cuando llegó la hicieron esperar una hora.

Ya no podia tenerse de pié, la debilidad la mataba.

Por fin la pagaron.

Luciana emprendió el camino de su casa.

Al lado hay una lechería, pensó, tomaré leche y pan.

Subió volando los seis pisos de su bohardilla, tomó un pequeño jarro y una blanca servilleta y volvió á bajar.

—Póngame V. un vaso de leche, dijo á una vieja que estaba en la puerta; y le entregó el jarro.

La mujer entró con toda la cachaza del que ha comido bien y le vació un vaso de leche tibia y espesa.

—Tome V., dijo alargando el brazo.

Luciana metió la mano en el bolsillo y palideció mas de lo que estaba.

Luego se puso á mirar á la vieja con los ojos de una loca.

—¡Me han robado! exclamó con un grito de angustia imposible de definir. ¡Dios mio, me han robado! Y balanceándose como una ébria cayó sobre la helada escarcha de la acera.

III.

Si quieres seguirme, lectora mia, te conduciré al hospital. A este sagrado asilo en donde el desdichado encuentra un lecho donde reposar y una cariñosa mano que alivie sus penas.

En una gran sala rodeada de camas de hierro, cubiertas con sábanas y almohadas blancas como la nieve es en donde volvemos á encontrar á Luciana.

El dia antes al ver que le habian robado su único recurso, cayó privada de sentido y la condujeron á una casa de socorro desde allí, habiendo declarado los médicos que era un fuerte ataque cerebral unido á una estremada debilidad, la trasladaron al hospital.

Su rostro estaba como la grana y su respiracion era anhelosa: no conocia á nadie y en su delirio solo pronunciaba el nombre de su padre.

La puerta de la sala se abrió pausadamente y una monja de la caridad seguida de una señora y un jóven entraron.

—¿Tiene V. muchos enfermos en esta sala; sor María? preguntó la señora en voz baja.

—Solo hay dos, señora Condesa, desde que V. E. tiene la caridad de darles recursos para que puedan volver al seno de su familia, son muy pocos los desgraciados que tenemos.

—El número 1 lo veo ocupado, ¿quién hay en él?

—¡Ah, señora! murmuró la monja, es bien digna de compasion. Una pobre y honrada jóven, de muy buena familia que ha trabajado mientras ha podido y que por fin la encontraron tendida en la calle á causa de la debilidad.

Al oir esto la señora se extremeció y miró al jóven.

—Vamos, exclamó este, quiero verla y acercándose al lecho de Luciana, madre mia, dijo, mira que criatura tan bella.

La condesa se inclinó y al mirar el hermoso y dolorido rostro de la jóven, dió un grito.

—Dios mio, murmuró al oido de su hijo, es ella, la que me cojió el dia que estaba desmayada y que te salvó la vida dándonos recursos para comprar las medicinas que el médico habia ordenado. Corra V., dijo á la monja que miraba atónita esta escena sin comprender nada; tráigame V. los mejores médicos; de prisa, esta jóven me interesa como si fuera mi hija.

Una hora despues se habia trasladado la cama de Luciana á una habitacion separada y la condesa y su hijo eran los enfermeros.

A fuerza de ciencia y de cuidado un dia el médico declaró que estaba fuera de peligro.

Aquel dia fué uno de los mas felices para la condesa y su hijo Cárlos.

Cuando la jóven volvió en sí, miró en torno suyo no acertando á comprender en donde se hallaba.

La admiracion fué mayor al encontrarse en brazos de la condesa que la miraba con la ternura de una madre y á Cárlos que la miraba con ternura tambien pero muy distinta.

Creyó que deliraba todavía y volviendo á cerrar los ojos se quedó dormida.

Un poco de tiempo despues ya estaba restablecida.

IV.

En una hermosa mañana de Mayo tres personas se hallaban reunidas en un elegante gabinete de uno de los mas sencillos pero bonitos palacios de Recoletos.

Una de ellas era Luciana.

Pero Luciana bellísima apesar de su palidez, no yá con el pobre vestido de percal sino con una elegante bata de cachemir blanco y sujetas las gruesas trenzas de su negrísimo cabello con una lindísima aguja de oro.

Miraba á la condesa con agradecimiento y de vez en cuando fijaba sus ojos en Cárlos, en los que se leia un amor profundo, que en vano procuraba ocultar reconcentrándolo en su alma.

—Señora, exclamó por fin, haciendo un penoso esfuerzo y dirijiéndose á la condesa; siempre me dice V. que me explicará el misterio del porqué estoy yo aquí, pero nunca me lo dice. Yo solo recuerdo que caí privada de sentido en la calle, y nada mas, luego he despertado del sueño en que me hallaba sumida, encontrándome rodeada de mil cuidados, del tierno cariño de V. y de la hondad de Cárlos.

La jóven calló ruborizándose. Los grandes y rasgados ojos negros del jóven hablan tanto en aquel instante que no la dejaron continuar.

—Se lo voy á V. á decir, hija mia, dijo la condesa cojiéndole una mano, pues comprendo que vuestra delicadeza sufre con mi silencio. Recuerda V. hace un año que recogió V. una señora desmayada, prodigándole mil cuidados, luego la acompañó V. á su pobre bohardilla en la que habia un enfermo? Pues esa señora era yo, el enfermo Cárlos.

Luciana se sonrió con aire de duda y sus ojos se fijaron en los ricos muebles que decoraban la estancia.

—Desgracias de familia y algunos pleitos nos habian sumido en la miseria. Murió el pariente que era causa de todas nuestras desgracias dejándonos el inmenso caudal que tan ilegalmente nos habia quitado. Esta es la causa de que nos vea V. en tan distinta posicion de la que nos vió V. en otro tiempo. Para que se convenza y se desvanezcan sus dudas, sígame V.

La condesa se levantó seguida de Luciana, haciéndole cruzar multitud de ricas habitaciones. Por fin se detuvieron ante la pequeña puerta de un cuarto.

La condesa lo abrió, y al mirar su interior Luciana ahogó un grito.

En aquel cuarto solo entraba luz por una triste ventana de bohardilla; sus muebles eran un viejo jergon, dos sillas rotas, y una pequeña mesa, encima de ella treinta reales y sobre ellos y lanzando mil chispas como para cubrir la pobreza de aquel sitio, dos gruesos brillantes.

Luciana se ruborizó avergonzada de haber dado una tan pequeña limosna á tan gran señora.

—Todo lo he averiguado, hija mia; dijo la condesa, sé que V. por favorecernos á nosotros se privó de su único recurso y que en parte esta es la culpa de todas sus desgracias; pero ahora no se separará V. mas de nosotros.

—Oh! señora... dijo Luciana no atreviéndose á continuar y en su interior pensó; soy pobre, pero tengo mucho orgullo para admitir algo que no sea ganado por mi trabajo.

—Comprendo su delicadeza y lo alabo, pero le pido á V. en nombre de su padre la felicidad de mi hijo: Cárlos la ama á V. ¿Quiere V. ser su esposa?

Luciana prorumpió en sollozos y exclamó arrojándose en brazos de la condesa:

—¡Madre mia!!!

. . . . . .

Dos meses despues se celebró la boda de Luciana y Cárlos.

Los pobres muebles de Luciana fueron trasladados á una pequeña habitacion del palacio en donde vivian los jóvenes con la condesa.

Se amaron siempre y cuando tuvieron hijos lo primero que les enseñaron á balbucear en su infantil lenguage fueron sublimes y santas máximas sobre la caridad.

VICTORINA FERRER SALDAÑA DE CORROUS.

EL SOL Y LA NUBECILLA.

A LA INSPIRADA POETISA Y DISTINGUIDA ESCRITORA

Sra. D.ª Faustina Saez de Melgar.

Era una mañana hermosa
de dias primaverales,
de esos que la clara fuente
con sus murmurios suaves,
con sus aromas las flores
y con sus cantos las aves,
al sol que en oriente asoma
se afanan por saludarle.
En el claro firmamento
se hallaba el astro brillante,
cuando parda nubecilla
quiso su brillo eclipsarle.
Ya pretendiendo altanera
inútilmente elevarse,
ya poniendo bulliciosa
su negra sombra delante,
á el claro sol sus destellos
quiso la nube quitarle.
Entonces el astro-Rey
aun cuando ofendido afable,
entre las brumas penetra
de aquel globo vacilante
y su mirada de fuego
la parda nube deshace.
Muy pronto el astro lucía
en un cielo rutilante,
donde con sus nuevas glorias
aun parecía mas grande.
Así és amiga la envidia
que con la virtud combate,
nube que la empaña un dia
y que no puede eclipsarle;
porque la virtud es astro
que la negra bruma abate,
para luego mas hermoso
hasta los cielos alzarse.
Tú eres el sol cuyos rayos
por todo el mundo repartes,
ofreciendo á nuestro espíritu
dulce consuelo inefable.
Tú eres el astro luciente
de cuya lumbrera sale
ese manantial bellísimo
de poesía inagotable;
ese raudal de armonía,
esos preciosos cantares
que leyéndoles el alma
anhela hasta tí elevarse.
Tú eres ese sol, Señora,
que entre lúcidos celages
para dar vida á la tierra
ya por el oriente nace.
Bendígate el cielo, amiga,
bendígate el ser que hace
que tu inspiracion se vista
con pensamientos de Angel.
¡Ah! no temas que la envidia
nunca consiga eclipsarte!
que es el sol de tu talento
astro tan puro y brillante,
que si osara hasta tu altura
la torpe envidia elevarse,
como nube vaporosa
que tu mirada deshace,
llorando líquidas perlas
diera sus quejas al aire,
mientras el sol de tu ingenio
veria radiante alzarse.

AGUSTIN SARTORIO.

EL SUICIDIO.

UNA LECCION Á LOS TONTOS.

I.

Figuraos lectores mios, que Inocencio era un jóven á quien venia su nombre tan de perilla, que confirmaba sin él saberlo los menores actos de su existencia.

Era honrado, hasta llamarle sus amigos hombre de bien; crédulo hasta la ceguedad.

Fiel á su palabra hasta dejarse matar por ella.

Y capaz de amar hasta el punto de morir en aras de amor.

Ya veis que en el siglo XIX estas son una porcion de tonterías, capaces de dar á un jóven, no el dictado de *inocente*, sino el de *pobre hombre tambien*.

Es lo cierto, que Inocencio se enamoró hasta los tuétanos de una muchacha coqueta en estremo, de un diablillo con faldas, tan disimulado como hermoso, que tenía tan pronto las lágrimas en los párpados, como la sonrisa en la encantadora boca, sin que sintiese por ello alegría ni tristeza alguna.

Tan bien supo fingir sus amores á Inocencio, que este creyó que le amaba con locura, y soñó unos amantes de Teruel, un Macías y una Elvira, ó cosa por el estilo, así es que juraron ambos unirse, ó morir el uno por el otro si preciso fuese ó si tratáran de separarlos.

Lineta, que tal se llamaba aquella traviesa muchacha, hizo juramentos, que ni los de doña Leonor á su Trovador Manrique. ¡Es tan grato amar novelescamente!

Y luego, Lineta entonces no tenía novio, y era preciso tenerlo, para que rabiasen las otras muchachas.

Por lo tanto, el primer mártir que cayó fué aceptado y el pobre Inocencio se enamoró perdidamente y creyó á su adorado tormento, con mas perfecciones que una Lucrecia, ó una Susana, y mas constante que Atala huyendo y muriendo por su amante en el desierto.

Pero ella, ni dejó sus mañitas volubles por eso, ni pudo dejar de lanzar miradas como fósforos encendidos á todo el buen mozo que la decía bella, ni perdió la esperanza de elegir cosa mejor que el pánfilo de su novio, el dia que quisiera casarse.

Este dia llegó, pues la pícara casualidad hizo que Lineta conociese en el Teatro á cierto personage de posicion, que enamorado de su belleza y sin andarse en rodeos, la pidió á su padre con toda formalidad.

La niña, entretanto que su pretendiente hablaba con los padres, se asomó al balcon, vió que su nuevo futuro habia venido en carruage, que este carruage era propio y elegante.

Que traia lacayos, no vestidos como mozos de meson, sino con limpia y nuevecita librea, y dijo para sí llena de orgullo.— ¡Este es el novio que me conviene!

Cuando la llamaron para saber su parecer, dijo que sí por tres veces, haciendo que se ponia colorada de rubor.

El novio aristócrata se fué mas ufano que Cortés cuando quemó las naves, y empezó á enviar regalos á su pimpollo, que ella recibió, poniéndoselos mil veces frente á su espejo, para asegurarse que la sentaban muy bien.

En seguida tomó la pluma y escribió á Inocencio.

—¡Me sacrifican, amor mio! Unos padres tiranos disponen de mí! ¡Huye de este pais y no vuelvas á verme! ¡Pronto descenderé al sepulcro y terminará mi odioso himeneo.

Entretanto, huye, y ruega por esta desgraciada que tanto te amó!—

La niña que nada tenia de lerda no firmó la carta y hasta desfiguró la letra; pero para que no quedase duda á su amante que era de ella se la echó con su hilito por el balcon mas alto de la casa, haciendo á la vez que lloraba, y despidiendo á su doncel, con un blanco pañuelo que agitó en el viento, como las damas de los castillos hacian desde las almenas, con aquellos donceles aguerridos, que iban á partir para la guerra ó á empeñarse en algun torneo.

Despues, se guardó muy bien de volver á asomarse y el pobre Inocencio pasó dias y dias rondándola para decirla que se moría de dolor sin que pudiese verla por arte ni por parte, pero ella bien le veia á él asomadita como un conejo á cualquier claraboya de la cortina, y decia riéndose con su doncella;

—¡Ese simplonazo, es capaz de estarse ahí, hasta que me vea salir en la carretela de mi esposo!

Lo cierto es, que empezaron á entrar los dones y los riquísimos azafates de dulces; porque al otro dia se celebraba la union y aun estaba Inocencio creido en que Lineta era una víctima de la barbarie de unos padres tiranos y crueles

Mil veces estuvo tentado de atropellar los criados y lanzarse á la habitacion de aquellos tigres, padres de su amada; pero le detuvo el temor de buscarle á esta un pesar, que la hiciese morir en el acto.

—¡La sacrifican! ¡Malvados! ¡Crueles! ¡Asesinos de la inocencia!— Estas eran las exclamaciones del infeliz amante, creyendo sin duda que estaba en la *edad media*, y que su amada era una niña sumisa, de aquellas que no se atrevian á alzar los ojos delante de los autores de sus dias.

El pobrecillo en su timidez, había tratado pocas mujeres, y no sabia que las niñas de hoy, contestan á sus padres con toda resolucion. – ¡Lo quiero! y lo quiero por que sí!— y se quedan con los ojos mas abiertos que tazas, mirando si se les replica para contestar en tono mas fuerte. ¡Pues quiero, y requiero, sí señor!

Él se tragó la bola, como pez hambriento traga el anzuelo y no volvió á dormir una hora, ni á probar apenas el alimento, convencido en que debia morir, puesto que su amada moriría, al dar el sí á su rival, y el lecho de los desposorios seria una tumba.

II.

Llegó una noche en que se iluminó con régias arañas el salon de la casa de Lineta, y su alcoba nupcial con lámparas venecianas.

El jardin se puso hecho un ascua de oro de farolillos, y hasta los cuartos de los criados y los corredores estaban con tanta luz como á la una del dia.

Se dispuso un oratorio lleno de luces y de aromas y la niña se vistió como una palomita sin hiel, poniéndole sus mejores amigas la corona de azahar y el velo blanco de desposada.

Ella no hacia mas que pavonearse en frente de un espejo, y decía allá para sus adentros::

—¡Caramba, qué bonita estoy!

Despues se entretenia en mirar las ricas cajas de joyas que tenía sobre el tocador, esclamando interiormente.— ¡Qué hermosa iré á los festines donde me lleve mi esposo!

Y se probaba los aderezos y ceñía á sus brazos las pulseras, y enredaba cadenas á su garganta y abría el riquísimo reloj para ver si se aproximaba la hora, todo con la impaciencia del que no cree pueda realizarse tanta felicidad.

En tanto un bulto vagaba entre las sombras de la noche, vestido de negro, con el cabello desgreñado, la corbata sin nudo, el levisac flotando á merced del viento, y todo su continente hecho una pena amarga.

En la oscuridad brillaban sus ojos desencajados, y rodaban por su rostro abundantes lágrimas.

—*¡La sacrifican! ¡La sacrifican!* era su grito desgarrador.

Y unas veces andando despacio, y otras pillando en cuatro zancajadas la calle de Lineta, aquel porsonaje de trajedia, suspiraba, gemia, y daba sollozos y quejas al viento.

Por último, despues de ver llegar muchos convidados, unos á pié y otros en carruage, vió bajar de una carretela, al novio y un Sacerdote.

—¡Esa union no puede verificarse!— Iba á exclamar interponiéndose entre el ministro del Señor y el esposo feliz, mas al lanzarse ciego hácia ellos, dió un fuerte pechugazo con cierto pollo alegre y gracioso, muy amigo suyo; pero con tanto de travesura y malicia, como él tenia de inocencia y credulidad.

El elegante jóven, que venia á la boda y sabia además los amores de *aquel pobrete*, como él llamaba á su ro-

mántico y novelesco amigo, lanzó una estrepitosa carcajada y exclamó:

—¡Pareces un galancete de melodrama, chico!

Inocencio contestó delirando.— ¡La casan por fuerza, amigo mio! ¡la casan por fuerza!

Eduardo, que tal era el nombre del recienllegado, volvió á reir con mas estrépito aun.

Inocencio no estaba para comprender aquella risa y creyendo que era un arranque sarcástico exclamó.

—¡Ries amargamente! ¡Tienes razon; pero yo voy á morir y ella tambien me seguirá á la tumba!

—Decididamente, estás loco, dijo Eduardo sacudiendo el brazo de su amigo.

—¡Loco! ¡Sí! ¡Loco! murmuró este; pero en breve desaparecerá mi locura. ¡Ella vá á morir y yo debo seguirla!

—Y el desventurado Inocencio echó á correr por aquellas calles, que le nacian alas, mientras Eduardo volvia á reir, internándose en el portal de la casa de la novia.

III.

Cuando llegó al gran salon donde se recibian los convidados, buscó el elegante con bastante interés á Lineta, figurándose que sufriria y que no seria indiferente á aquel desgraciado amante que deseaba morir é iba á aquellas horas pegando porrazos en las esquinas casi perdido el juicio, y deseando encontrar quien le quitase del mundo, mejor que conformarse á la idea de perder la amada de su corazon.

Aunque Eduardo tomaba como una comedia las escenas amorosas, no pudo menos de sentir en su corazon cierto desasosiego, á vista del dolor de su amigo y cual se sentia tentado de acercarse al oido de Lineta, apenas saliese al salon, pálida y cadavérica, y decirla con toda la energía de su alma.

—¡Señora! aun es tiempo ¡No os sacrifiqueis, ni lo sacrifiqueis á él tampoco!...

Pero esto no pudo ser, porque nuestro jóven enmudeció, cuando vió salir á la novia, rodeada de amigas que reian alegremente, brillando en sus ojos la felicidad.

Lineta estaba animosa, alegre. Su color era sonrosado, sus labios tenian el encendido del coral, su pecho respiraba con esa satisfaccion que produce la dicha y se miraba furtivamente, tranquila y orgullosa, en los grandes espejos adornados de bugías.

Eduardo se indignó al verla, y sus lábios palidecieron visiblemente; sin embargo, hizo cuanto pudo por ocultar aquella desagradable impresion y acercándose á la novia procuró convencerse, si era real aquel estado de satisfaccion, ó si fingía, por ventura.

Pero la descarnada realidad se presentó á sus ojos de una manera terrible, y sus ojos miraron con desden y menosprecio, á aquella mujer de quince años, poco mas, ya con el corazon metalizado, estéril y frio.

Quiso huir del salon, hastiado de un mundo, cuyos umbrales apenas habia cruzado, y ya le inspiraba tedio y desesperacion; pero recordando su sistema de reir en vez de llorar, lanzó una carcajada, no sabemos si burlesca ó nerviosa; y cogiendo el brazo de su amigo empezó á pasear, mirando de vez en cuando simuladamente á Lineta, para convencerse mas y mas de su indiferencia y egoismo.

(*Se concluirá.*)

ROGELIA LEON.

YO QUIERO DARTE MAS.

—No tenemos hogar, amigo mio,
Y forzoso es andar
En invierno, en verano y en estío,
Vagando sin parar.

No tenemos hogar; la mala suerte
Siempre nos persiguió;
Pero sálvanos tú, que eres mas fuerte
Que tus hijos y yo.

Repara con cuidado; en ese espino
Que se mueve al rumor
De las brisas, y esparce en el camino
Hojas secas y flor;

Hay un nido que el pájaro del cielo
Acertó á fabricar,
En él duermen sus hijos sin recelo
Y él se posa á velar.

¿Porqué, te digo yó, no haces un nido
Como ese y me lo das?
Y tú sin vacilar me has respondido:
—"Yo quiero darte mas"

A la orilla del mar, media encubierta
Entre *uveros* en flor,
Se entrevé una cabaña y á la puerta
Sentado un pescador.

A los rayos brillantes y postreros
Del Sol primaveral,
Extendida la red en los *uveros*
Tiene puesta á secar.

A sus piés reclinada, canta ó reza
La esposa de su amor,
Y los hijos, besando su cabeza,
Le enjugan el sudor.

Si pequeño aquel nido te parece,
Que no me quieres dar,
Levantemos un chozo, así como ese,
A la orilla del mar.

Nuestros hijos se cansan; si quisieras
Pudieran reposar;
Pero siempre me dices:—"Si tú esperas,
Yo puedo darte más"—.

A la casa paterna hemos llegado;
Es media noche ya,
Y mis padres y hermanos me han llamado
Con voces de piedad:

—"Hija del alma, de la vida errante
Se han llagado tus piés,
Está triste y cubierto tu semblante
De mortal palidez."

"Llega y entra en calor si tienes frio,
Pues allí, de esperar,
Cansado estaba lugar vacío,
Al lado del hogar."

Y escuché las palabras que decian,
Pero me eché á llorar;
Señalando á mis hijos que venian
Cargados con mi aduar.

—"Padres y hermanos, vuestro hogar tranquilo
Me brindais con placer,
Y yo á mis hijos, ¡ay! no tengo asilo
Que les pueda ofrecer.—"

Y me has dicho:— Mañana en el otero
Pobre choza tendrás;
Aunque todo mi ser dice: "Yo quiero,
Yo puedo darte mas"

(Bayamo.—Isla de Cuba.)

ÚRSULA C. DE ESCANAVERINO.

Explicacion del figurin iluminado.

N.º 1.—*Sombrero de terciopelo rosa*, guarnecido con sesgos de raso rosa y con un fleco de cascabelillos de cuentas blancas; gran brida de terciopelo que atraviesa el sombrero y cruza por debajo de la barba; sobre esta brida, un cordon de enredadera de flores blancas.

N.º 2.—*Sombrero de terciopelo azul* con borde de raso blanco, sobre el cual corre un encage blanco bordado de cuentas y terminado por un fleco de marabús; sobre la frente un trenzado de terciopelo azul.

N.º 3.—*Gorra de terciopelo negro* con diadema bordada de oro y cuentas de azabache; gran pluma blanca tendida hácia atrás; gran velo de tul blanco con orla de encage negro, que cubre el cuello y los hombros.

N.º 4.—*Sombrero de raso* color moda, con sesgos de raso alternativamente blancos é iguales al sombrero; un encage ancho blanco cubre la castaña; bridas de cinta de raso blanco, adornadas con un follage de terciopelo moda.

N.º 5.—*Sombrero de raso blanco*, bordado de cuentas blancas, con fleco de marabús; bridas blancas de tul; al lado una rosa encarnada.

N.º 6.—*Gorra de terciopelo* color moda, para niña de 7 años; la copa va adornada con tres sesgos de terciopelo negro y tres rosas sin follage.

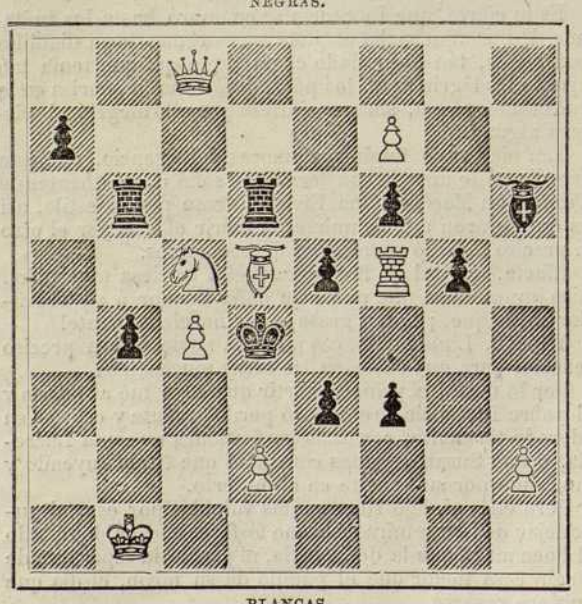
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 111.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 4.ª T.R.ª jaque.	R. 3.ª T.R.ª
2.ª T. 7.ª C.R.	Cualquiera.
3.ª C. 8.ª C.R.ª jaque.	R. toma uno de los C.
4.ª A. 4.ª R.ª ó 5.ª R. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 112, COMPUESTO POR CONRADO BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIAS.

A los Sres. suscritores de La Moda.

En el próximo número terminan los abonos hechos en 1867, lo que advertimos para que, los que piensen continuar en 1868, efectúen su renovacion, evitándose recibir con atraso el regalo que les corresponde y los números posteriores al 52.

Con dicho n.º daremos un doble figurin para vestidos de máscaras, cuyo costo nos ha sido excesivo, pero que, en nuestro deseo de corresponder á las deferencias que el público nos dispensa, hace que no reparemos en sacrificios de ningun género.

El índice y portada del tomo de este año tambien se acompañará con el inmediato número.

Con el patron de letras para marcas y cifras de todos tamaños y clases que repartimos hoy, creemos satisfacer los deseos de las señoras suscritoras que nos lo tenian pedido.

EL ADMINISTRADOR.

A los Sres. suscritores en América.

En la presente semana quedarán servidas las primas correspondientes á 1868, para cuyo efecto hemos hecho las respectivas remesas á los Sres. Agentes.

Dichas primas deben llegar libres de gastos á manos de los señores suscritores, pues la Empresa los satisface todos.

Advertimos á los Sres. Suscritores, que en los puntos de América donde los cambios sobre Europa cuesten mas de pfs. 5 por cada Libra esterlina, ó de pfs. 1 por cada 5 francos, deben abonar la diferencia á los Sres. Agentes, puesto que la Empresa no puede admitir los reembolsos de otra manera.

Aos Senhores subscriptores de La Moda Elegante Ilustrada em Portugal.

A recente convenção postal entre Portugal e Hespanha, ainda que reduzio o preço da franquia de cartas, acrescentou-a d'um modo muito consideravel sobre os impressos, e especialmente sobre periodicos da naturaleza do presente. Como esta convenção comessou a vigorar no 1.º de Julho ultimo, a empresa de *La Moda Elegante Ilustrada* vio-se obrigada a sacrificar seus interesses nâo fazendo nenhuma alteraçâo nos seus preços, nem exigindo augmento d'elles aos senhores subscriptores por ter annunciado estes eguaes ao de Hespanha; mas como o continuar por mais tempo seria prejuico de grande consideraçâo, a Empresa participa, ainda que com desgosto aos expressados senhores subscriptores que quizerem continuar recebendo o periodico desde o 1.º Janeiro de 1868, que terâo um augmento de 15 °/₀ sobre os citados preços que se marcam para Hespanha, com o qual nâo cobre todavia a diferença que tem de pagar pela franquia.

Cádiz 22 de Dezembro de 1867.

O Comissionado Géral em Lisboa, O ILLMO. SR. LUIS CARDOSO GUEDES. Rua direita do Livramento, n.º 31,—1,º andar Lisboa.

ELLOS Y NOSOTROS.

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL,

POR

D. SABINO DE GOICOECHEA.

Este interesante libro consta de un tomo con mas de 300 páginas, de correcta y esmerada impresion en excelente papel. Comprende los episodios siguientes:

1.º LA ACCION DE GORBEA.
2.º LA BATALLA DE GUERNICA.
3.º LA BATALLA DE ARQUIJAS.
4.º DOLORES, verdadera leyenda euskara.
5.º SORPRESA DE DESCARGA.
6.º LA ACCION DE VITORIA.

Se vende á 10 rs. en Bilbao, librerías de Emperaile y de Astuy; en Vitoria, en la de Robles; en Madrid, de Lopez y en San Sebastian.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.— IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. PERIODICO DE LAS FAMILIAS. NUM. 52

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES CROCHETS, ETC

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes. 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Cinturon con faldones. — Corpiño de debajo para niña.—Camisa para niña de 2 á 4 años.—Pantalon para niño.—Corpiño de debajo para niños.—Cuello recto para niña.— Cuello marinero y manga.—Cuello de lienzo con puño.—Camisa para niño.—Cófia de dormir para señora.—Enagua para niño.—Pantalon para niña.—Camisa para niña de 6 á 8 años.—Joyero con acerico. —Canastilla para objeto de tocador.—Pantalla de mano.—Grabado de modas.

El premio de un aguinaldo.—Revista de Paris.—El suicidio.—El alma herida.—A los Sres. suscritores.—Figurin de disfraces.— Problemas de ajedrez.

Cinturon con faldones.

Figuras 77 á 80 (verso) del patron.

Se hace este cinturon, bien igual al trage, bien de tafetan ó terciopelo negro, para acompañar á todos los trages. Se corta cada pedazo entero por cada una de las figs. 77 á 80, que representan su mitad, en tela, gasa rígida y lustrina que ha de servir de forro. Se cosen juntas las dos partes del cinturon por el lado que no tiene corchetes, luego se hacen los pliegues de la fig. 78 poniendo cada cruz sobre el punto; se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales, se ponen los corchetes y el fleco de cascabelillos que sirve de guarnicion; se cubren los corchetes con un lazo igual al cinturon.

Corpiño de debajo para niña de 10 á 12 años.

Figuras 40 á 44 (recto) del patron.

Este corpiño está hecho de percal, guarnecido de frivolité, por la que se pasa una cinta estrecha de terciopelo negro, y se cierra por delante con botones de lienzo. — Se cortan pedazos por cada una de las figs. 40, 41, 42 y 44; la espalda entera por la fig. 43, que representa su mitad, dejando de mas, sobre el borde de la fig. 40, la tela necesaria para el dobladillo de delante, que ha de tener 3 centímetros de ancho. Sobre el delantero de la izquierda se ponen los botones, y se hacen los ojales en el opuesto, luego se reunen todos los pedazos por costuras dobles, juntando las cifras iguales; se hace un dobladillo en el borde inferior del corpiño, y en el superior se pone un vivo.

Cada manga se cose desde 84 hasta 85, y luego se fija en la sisa 84 sobre 84.

Camisa para niña de 2 á 4 años.

Figs. 31 á 33 (recto) del patron.

Esta camisa, hecha de lienzo, se cierra en el hom-

CINTURON CON FALDONES.

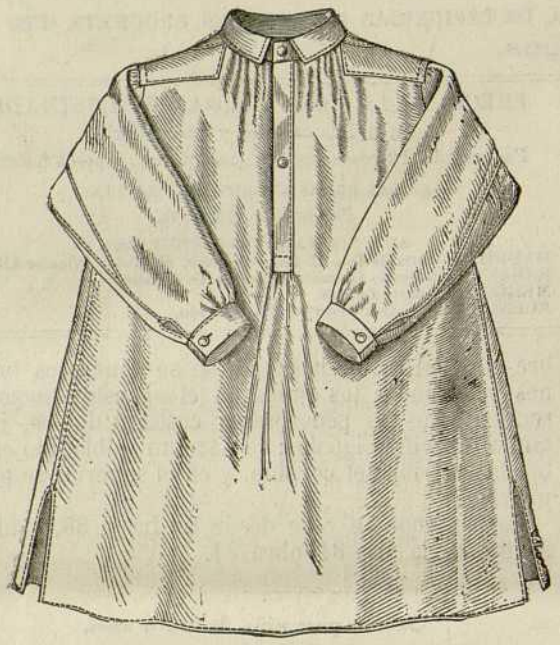
Acompaña á este número el patron cuyos dibujos y explicaciones van insertos en el mismo.

CAMISA PARA NIÑA DE 2 A 4 AÑOS.

bro con un boton y un ojal; la muceta y las mangas se bordan. Se cortan dos pedazos enteros por la fig. 31, que representa su mitad, dos pedazos para cada manga por la fig. 32; para las mangas, como para la camisa se deja de mas la tela necesaria para un dobladillo de 2 centímetros en el borde inferior.

Con arreglo á la fig. 33, se disponen con una tira recta, puesta doble, las dos mitades de la muceta, cada una de un solo pedazo; se las adorna con bordado; se reunen las dos mitades de la camisa desde 58 hasta 59, en el borde inferior se hace un dobladillo.

El borde superior de la camisa se frunce desde el me-



CAMISA PARA NIÑO DE 8 A 10 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones).

dio, por delante y por detrás, hasta la cruz, y se le fija entre las dos telas de la muceta, que se guarnece con botones y ojales en cada extremo sobre el hombro.

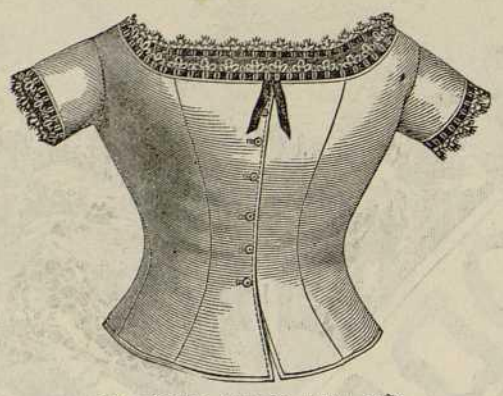
Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 58 hasta la cruz (costura de dobladillo); se hace uno de estos en el borde inferior y en los lados, luego se adorna este dobladillo con bordado; se fija la manga en la sisa juntando todas las cifras iguales.

Pantalon para niño de 2 á 4 años.

Figuras 34 á 37 (recto) del patron.

Se procederá para este patron como se indica pa-

CAMISA DE DORMIR PARA SEÑORITA DE 12 A 14 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)



CORPIÑO DE DEBAJO PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.

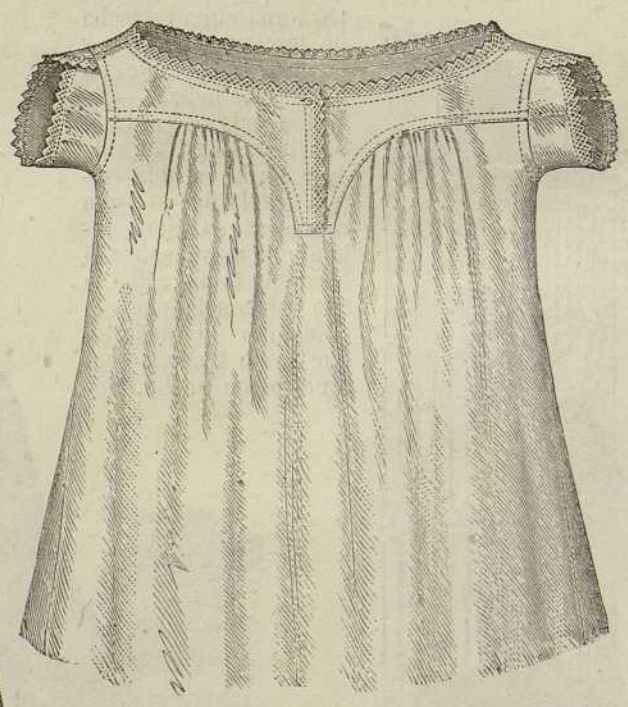
PANTATON PARA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS.

ra el *pantalon de niña de 3 á 5 años*; (cuyo dibujo está inserto en la siguiente página) solo que se dejará de mas la tela necesaria para los pliegues del borde inferior.

Corpiño de debajo para niños de 3 á 5 años.

Figs. 38 y 39 (recto) del patron.

Este corpiño, hecho de franela (cuyo dibujo, por su sencillez, no hemos creido ne-



CAMISA PARA SEÑORITA DE 12 A 14 AÑOS..
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

cesaria su insercion en el presente número) se abotona por detrás; su borde inferior lleva botones para sujetar los pantalones ó las enaguas.

Se corta el corpiño entero por la fig. 38, que representa su mitad, dejando de mas la tela necesaria para un dobladillo de 4 centímetros por abajo y por el borde de cada lado de la espalda. Se cortan dos pedazos para los tirantes por la fig. 39, en lienzo ó cinta elástica; se hacen los dobladillos, se orlan el escote y la sisa con una cinta de un centímetro de ancho, se ponen los botones, se hacen los ojales, se cosen los tirantes juntando las cifras iguales.

Cuello recto para niña de 8 á 10 años.

Fig. 46 (verso) del patron.

CAMISA PAAA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS.

Este cuello, hecho de lienzo doble, va rodeado de dos filas de cordon colocadas entre las 2 telas; en el intervalo de estos dos cordones se encuentra un salpicado de bordado. Se corta el cuello entero por la fig. 46, que representa su mitad; se ejecuta el bordado y las costuras pespunteadas, se pone un boton, se hace un ojal; se le pega á una camiseta interior, igual á la del *cuello marinero*.

Cuello marinero con su correspondiente manga.

Figuras 81 á 86 (verso) del patron.

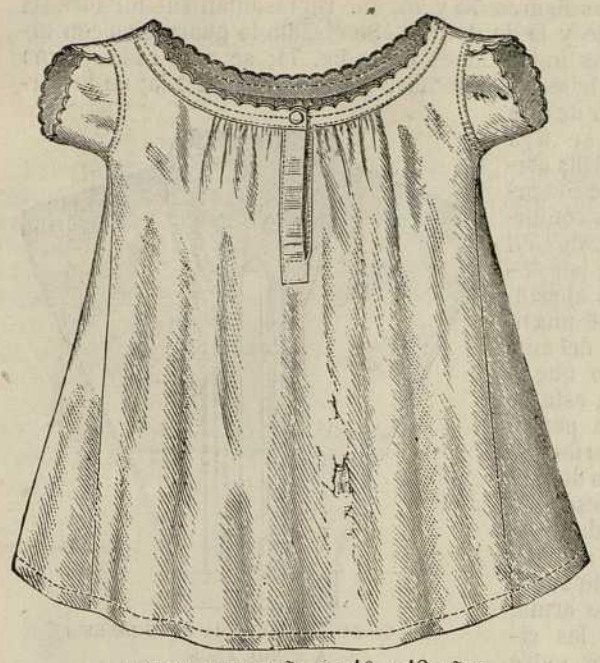
El cuello y el puño son de lienzo doble, adornados con

CAMISA PARA JOVENCITO DE 12 A 14 AÑOS.
(Véase su explicacion en la hoja de patrones.)

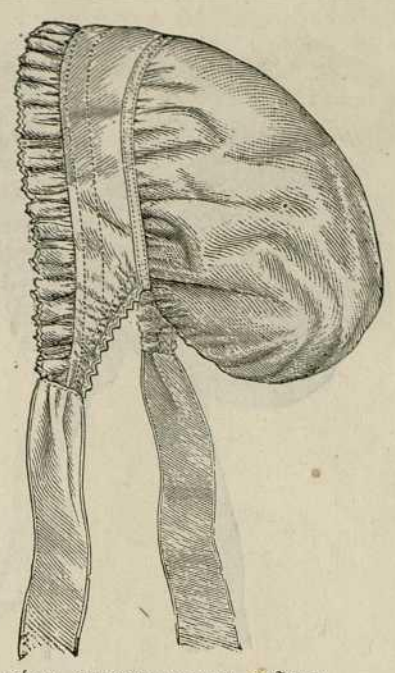
costuras pespunteadas, entredoses y bordado. — El cuello va pegado á una camiseta interior de nansouk, y el puño á una manga igual á la camiseta.

Se corta el cuello entero por la fig. 81, que representa su mitad,—2 pedazos, todo de lienzo doble por la fig. 82; se coge esta figura entre las dos telas de la fig. 81 que se guarnece con un boton y un ojal; se pespuntea el contorno del cuello, se pone el entredos, que es muy estrecho, se ejecuta el bordado. A 3/4 de centímetro de distancia de la costura pespunteada, se hace una segunda, luego se cose el cuello á la camiseta por una costura pespunteada. Se

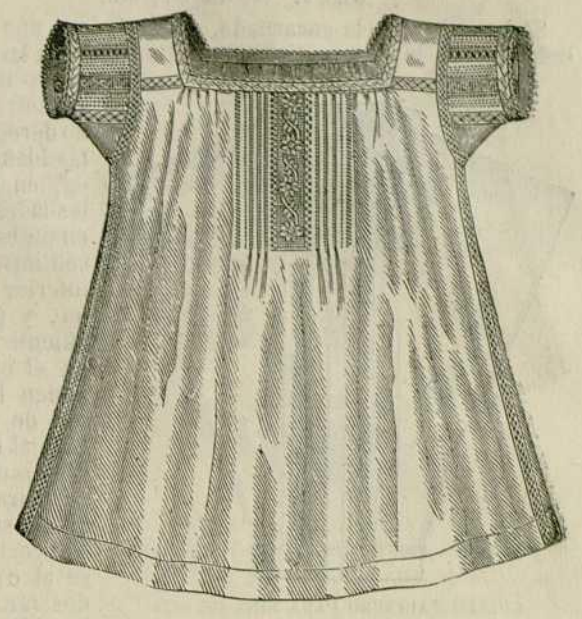
CAMISOLA PARA NIÑA DE 12 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)



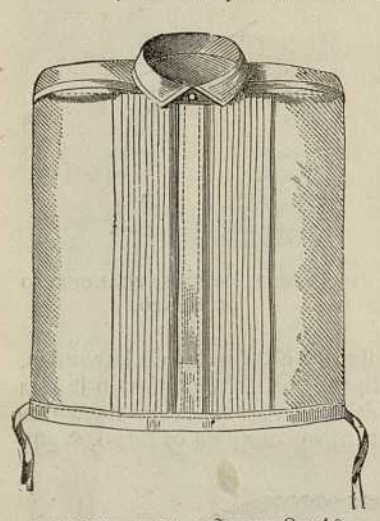
CAMISA PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones:)



CÓFIA DE DORMIR PARA SEÑORA.



CAMISA PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS.

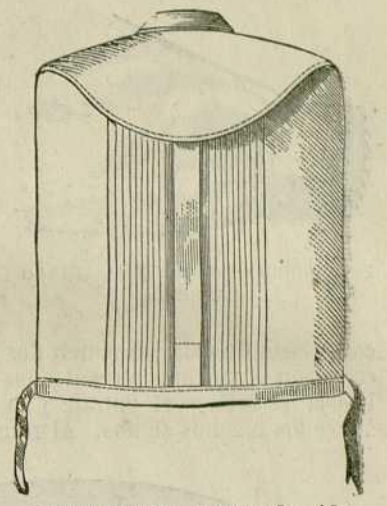


CAMISETA PARA NIÑO DE 8 A 10 AÑOS (POR DELANTE).

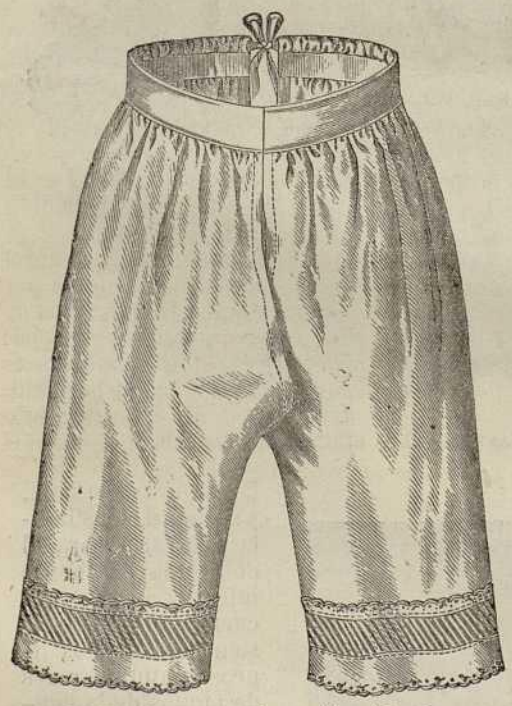
han cortado los delanteros de la camiseta por la fig. 83, la espalda por la fig. 84, dejando de mas la tela necesaria para los pliegues de delante; —el borde inferior de la camiseta se coge entre las dos telas de una tira doble. —Se hacen los pliegues de los delanteros, se cosen los pedazos juntos sobre el hombro desde 53 hasta 54, se hace un dobladillo en el contorno. Para cada manga se corta un pedazo entero por la fig. 85, que representa su mitad. — El puño se corta doble, en lienzo, por la fig. 86; se

ENAGUA PARA NIÑO RECIEN NACIDO.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

dos telas del cinturon, haciendo cruzar el dobladillo de la derecha sobre el de la izquierda; se pespuntean los dobladillos juntos sobre la línea fina de la fig. 87; la espalda va reunida á los delanteros por una costura en dobladillo, y sobre cada costura de estas se fija un pedazo de cordon de 10 centímetros de largo, para pasar por ellos los tirantes. Se cose el cuello, se le vuelve para pespuntearlo, se le fija en el escote; un boton cierra la tirilla; se pone una cinta de hilo en las esquinas de los delanteros.



CAMISETA PARA NIÑO DE 8 A 10 AÑOS (POR DETRAS).



PANTALON PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

pespuntean los contornos fijando el entredos y el bordado que componen la guarnicion, se ponen los botones. El lado transversal no guarnecido debe pasar por debajo del otro desde 58 hasta 59, en un espacio de un centímetro poco mas ó menos. La manga se cose desde 57 hasta 58; se pega á ella el puño juntando las cifras iguales.

Cuello de lienzo con puño para niña de 6 á 8 años.

Figs. 47 á 49 (recto) del patron.

El cuello y el puño son de lienzo doble, y van rodeados por 3 cordones pespunteados. El cuello y el puño se hacen con arreglo á las explicaciones del *cuello marinero* —La camiseta y la manga se cortan por las figs. 40 y 41.

Camiseta para niño de 8 á 10 años.

Figs. 87 á 91 (verso) del patron.

Para hacer esta camiseta se dispone en pliegues (véase la figura 87) un pedazo de percal fino, se cortan del mismo percal, no plegado, la espalda, el cinturon, la tirilla y el cuello, por las figs. 88 á 91, que representan sus mitades; las figs. 89 y 91 deben ser dobles. Se hace en el delantero izquierdo el ojal indicadado, se pone el boton, se pespuntea, para cubrir el dobladillo de la izquierda, una tira de percal de 2 centímetros de ancho, no fijada en el borde de delante; se hace un dobladillo en los contornos si no forman orilla. Se coge la camiseta entre las

PANTALON PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

PANTALON PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.

Cófia de dormir para señora.

Fig. 45 (recto) del patron.

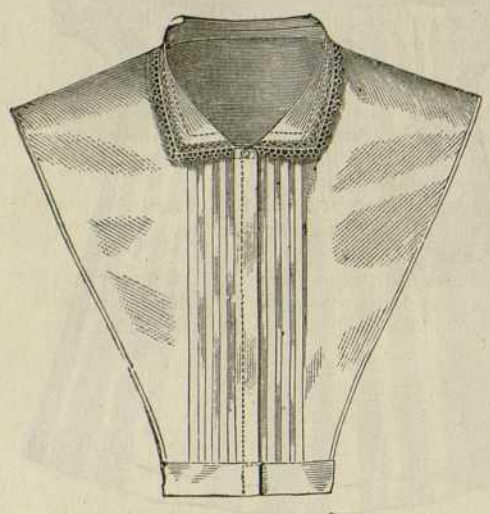
Esta cófia, hecha de percal fino, se guarnece con una tira festoneada del mismo percal. Se cortan el fondo y el ala de un solo pedazo por la fig. 45, poniendo el percal al sesgo y teniendo en cuenta la tela para la jareta, por la que se pasará un cordon elástico de 15 cents. de largo. El fondo se frunce desde 86 hasta 87, luego se cose al ala; esta costura se cubre por el derecho con una tira cortada al sesgo y pespunteada, de 3/4 de cent. de ancho. Al extremo de estas tiras, en el sitio que lleva la cifra 86, se le fijará una brida de 4 cents. y 1/2 de ancho, festoneada en su borde inferior; se las ata, luego se fija este lazo en el sitio marcado por una *.

Se hace un dobladillo en el contorno de la cófia, la cual se guarnece con la tira festoneada, que tiene 5 centímetros de ancho; se ponen bridas de percal iguales á las que se han atado en el fondo de la cófia.

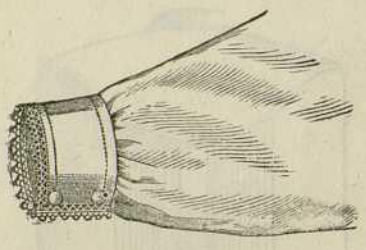
Enagua para niño recien nacido.

Figs. 94 y 95 (verso) del patron.

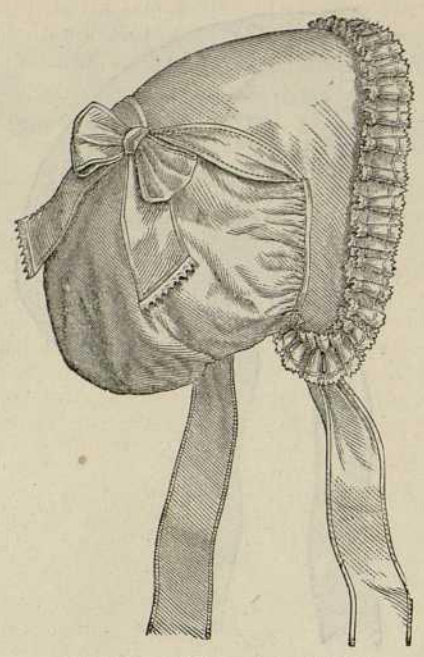
Se hace de franela encarnada, y se orla con una trenza de seda blanca; la enagua tiene 60 centímetros de largo por un metro de ancho, y se cierra por el lado derecho con cintas blancas de seda; en este sitio, los lados se cruzan en un espacio de 8 centíms. El borde inferior se abotona, y por consiguiente se hacen en él ojales y se ponen botones, á fin de preservar bien al niño de los efectos de una temperatura fria. El borde superior se frunce, luego se cose al corpiño; las dos mitades de la espalda de este último se cruzan en un espacio de 10 centímetros, y se cierran con cintas que se atan, puestas *por encima* y *por debajo* de las mitades de la espalda. Se corta el corpiño entero por la fig. 94, los dos tirantes por la fig. 95; se los pega al corpiño haciendo con seda encarnada una costura en cruz, luego se orlan los contornos con trenza de seda; se ponen dos cintas en los sitios indicados en el patron, otras dos en la espalda derecha (sobre la estrella y el punto) y lo mismo en la izquierda sobre los mismos signos. Al reunir el corpiño á la enagua juntando las cifras iguales; esta va un poco *sostenida* desde el medio por cada lado hasta el punto; se la guarnece con un vivo, y la tira festoneada, que tiene 3 centímetros de ancho en el medio, y se va estrechando por ambos lados. Debajo del borde de delante del ala, se pone una tira cortada al sesgo, de tres cuartos de centímetro de ancho; cada brida tiene 43 centímetros de largo y 6 de ancho.



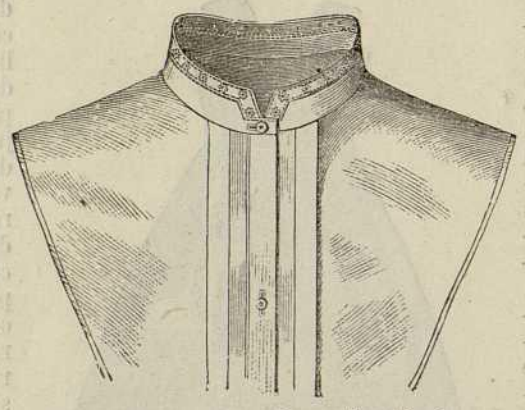
CUELLO MARINERO PARA NIÑA DE SEIS A OCHO AÑOS.



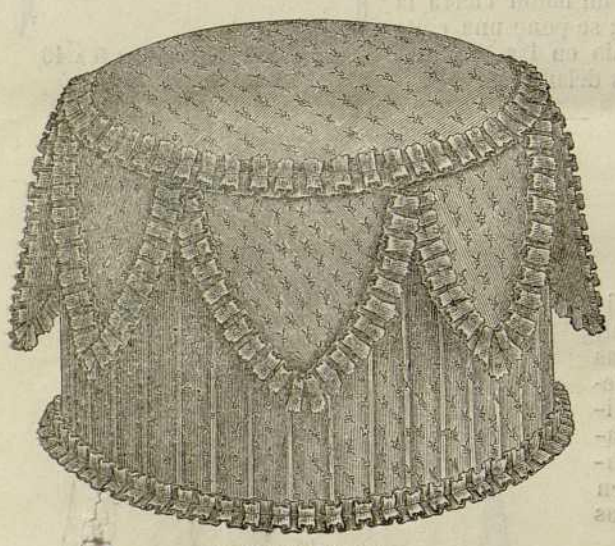
PUÑO CORRESPONDIENTE AL CUELLO MARINERO.



CÓFIA DE DORMIR PARA SEÑORA.



CUELLO RECTO PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.



JOYERO CON ACERICO.

Cófia de dormir para señora.

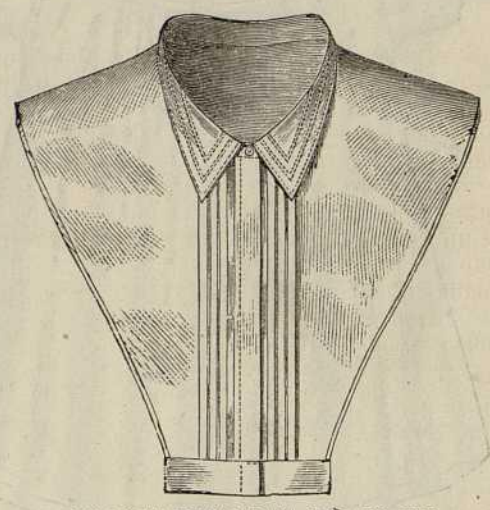
Figs. 92 y 93 (verso) del patron.

Esta cófia se hace como la anterior, de percal fino, y se guarnece con una tira festoneada. Se cortan el fondo y el ala por las figs. 92 y 93, que representan sus mitades; la fig. 92 se corta al sesgo, y en ella se deja de mas la tela necesaria para la jareta que está indicada en ella, y por la que se pasa despues un cordon elástico del mismo ancho, que tenga 14 centímetros de largo. Se frunce el fondo desde 69 hasta la cruz, se le reune al

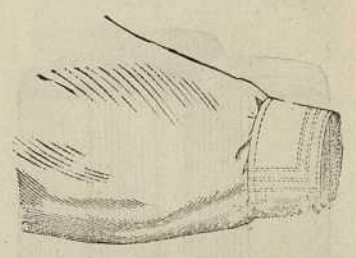
Pantalon para niña de 3 á 5 años.

Figs. 74 á 76 (verso) del patron.

Este pantalon se hace de percal; el borde inferior se guarnece con pliegues, con un entredos bordado, y se cierra por un lado. Se corta cada mitad entera por la fig. 74, que representa su mitad, dejando de mas la tela necesaria para los dobladillos ó pliegues que allí van indicados, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de delante. Se corta cada pretina entera y doble por las figuras 75 y 76, que representan sus mitades (la de delante y la de detrás). Se ejecuta la guarnicion con arreglo á las indicaciones de la fig. 74; se cose cada pierna desde 41 hasta 42, y se hace la abertura indicada; en la parte anterior de esta abertura se fija una carterilla cortada doble con arreglo á los contornos indicados en la fig. 74; por debajo de la abertura se pone una tira de tela del mismo ancho que la carterilla; esta se pespuntea por su borde inferior. Se reunen las dos mitades desde 43 hasta 41, desde 41 hasta 44; se frunce el borde superior, se le arma, juntando las cifras iguales, entre las dos telas de la pretina, que, con arreglo á las figs. 75 y 76, se ha guarnecido con botones y ojales.



CUELLO DE LIENZO PARA NIÑA DE SEIS A OCHO AÑOS.

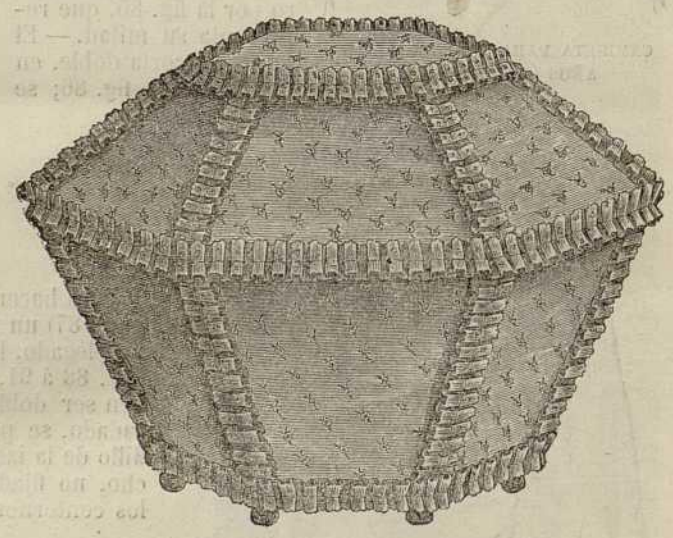


PUÑO CORRESPONDIENTE AL CUELLO DE LIENZO.

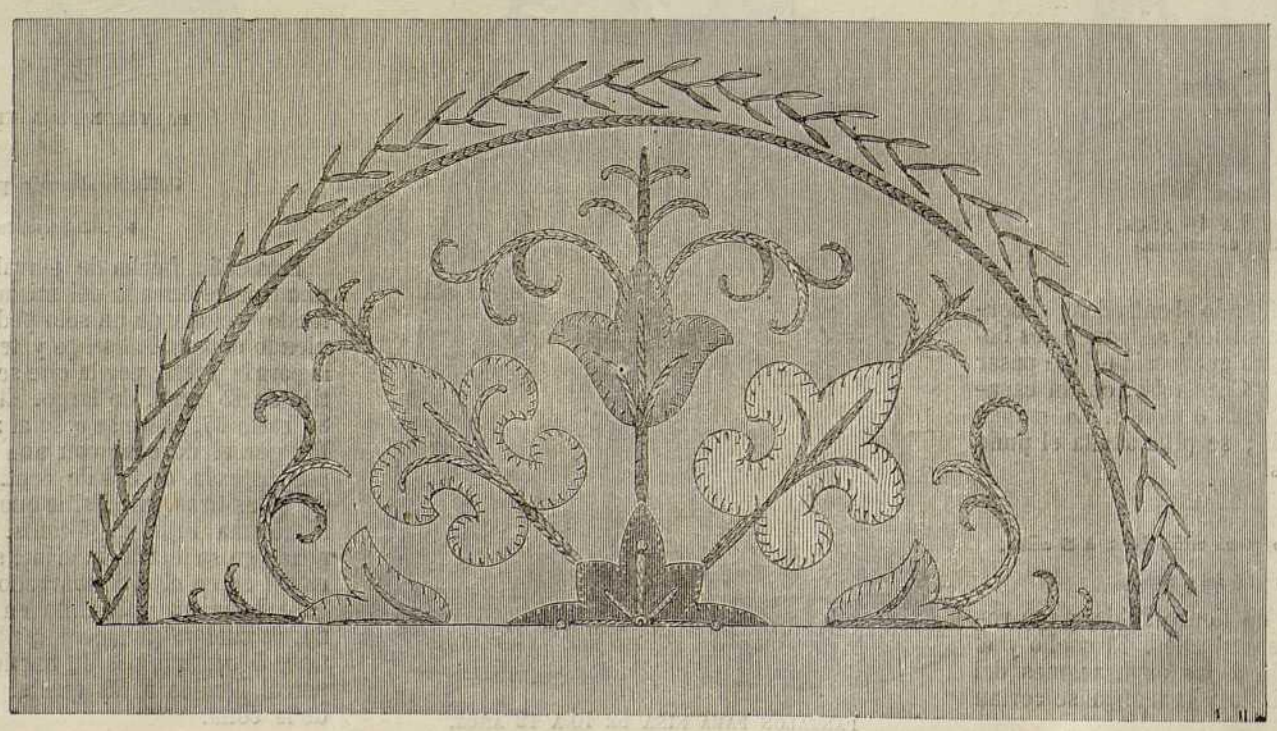
Camisa para niña de seis á ocho años.

Figs. 27 á 30 (recto) del patron.

Esta camisa, hecha de lienzo fino, se guarnece con entredoses, *puntos de escala*, y pliegues ó dobladillos. La fig. 29 es la mitad de la camisa, que se corta entera, de un solo pedazo, poniendo la tela doble, y en el sentido de su largo sobre la línea que indica del medio del patron; se completa el largo, segun la estatura de la niña, y se deja de mas la tela necesaria para el dobladillo del borde inferior; se pliega el cuerpo de delante cosiendo juntas dos líneas contínuas y dos de puntos de la figura 27. En el medio, por delante, se pone un entredos; en los costados se hacen dobladillos, y luego se reunen por el entredos desde 50 hasta 51. En el borde inferior se hace un ancho dobladillo; se guarnece la manga (fig. 29), se la pega la punta (fig. 30), desde 52 hasta 53, se la cose desde 52 hasta la cruz, se la pega á la camisa empleando un entredos. La muceta, de tela doble, está preparada por la fig. 28, que representa una



CANASTILLA PARA OBJETOS DE TOCADOR.



PANTALLA DE MANO Ó ACERICO, Ó TAPETILLO DE CANDELERO.

cuarta parte de ella; se la pespuntea sobre la camisa juntando las cifras iguales.

Joyero con acerico.

Figura 52 (recto) del patron.

Este joyero se compone de una caja redonda de carton, de 7 centímetros de alto y 12 de diámetro; revestida por dentro y por fuera con persiana, ó con fulard de dibujos pequeños; esta tela está puesta plana por dentro, y plegada por fuera; el borde inferior se guarnece con un rizado de cinta. La cobertera sirve al mismo tiempo de acerico; se compone de un pedazo redondo de carton, guarnecido por un lado con cogin hecho de algodon en rama, y enteramente cubierto de tela igual á la de la caja. La figura 52 representa la cuarta parte del lambrequin que rodea la cobertera; este lambrequin está forrado y se orla con un rizado; se cose tambien un rizado sobre la línea de puntos de la fig. 52.

Canastilla para objeto de tocador.

Figs. 50 y 51 (recto) de patron.

Se hace de carton y se cubre, como el joyero, de persiana ó de fulard; su guarnicion se compone de rizados del mismo tegido. Se cortan 6 pedazos enteros por las figs. 50 y 51, que representan solamente la mitad de uno de los pedazos; se los cubre todos por dentro y por fuera con la tela que se ha escogido, y se cosen unos con otros los 6 pedazos que componen la tapa desde la cruz hasta el punto. Para el fondo de la canastilla y el de la tapa, se preparan dos exágonos de carton cubiertos de la misma tela, se los cose en los sitios que deben ocupar; se une la tapa á la canastilla cosiendo uno de sus 6 compartimientos á uno de los 10. Todas las costuras se cubren con rizados. En la parte inferior de la canastilla se fijan bolas torneadas de madera.

Pantalla de mano, ó acerico, ó tapetillo de candelero (aplicacion de paño sobre paño).

Este dibujo representa la mitad de una pantalla de mano, de un acerico, ó de un tapetillo de candelero; se ejecuta sobre paño encarnado; el contorno esterior, como se vé, se hace á punto de espina con seda verde; el círculo liso que le sucede es de seda negra á punto de cadeneta; la rosácea del centro es de paño amarillo, festoneado de azul sobre los contornos, y adornado por dentro con rayos y nudos ejecutados con dos tintas del color castaño; la hoja mas oscura del dibujo es de paño verde, festoneada de blanco, con la vena del medio de paño verde oscuro, las otras dos venas de seda amarilla; la ramita en línea recta es verde oscuro, los zarcillos de seda color castaño; en los otros tres lados de la rosácea del centro, hoja igual, alternando con una especie de flor de lis de paño blanco festoneado de negro, con venas amarillas y penacho verde.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo y trage de popelina gris, Los bordes dentados van guarnecidos con un galon violeta claveteado de azabache. Debajo de los dientes del trage, tira dentada de tafetan violeta con galon claveteado de azabache, y fleco violeta; paletot gual forrado de franela violeta.

Trage de tafetan castaño oscuro, con vueltas y bordes dentados, guarnecidos con un galon negro bordado con botoncitos blancos de porcelana.

Trage de tafetan verde, con flores de raso verde mas oscuro; á cada lado del paño de delante, galon del mismo color que las flores.

Niño de 5 años. Pantalon y blusa corta de terciopelo inglés color castaño, con galones negros.

EL PREMIO DE UN AGUINALDO.

I.

Era la una de la noche en que habia venido al mundo el divino Jesus, hijo de María, y por todos los barrios y calles principales de Granada, se oia celebrar al pueblo cristiano y amante de su Dios, el célebre aniversario de tan sublime natalicio.

No habia corazon que no latiese, ni pupilas que dejaran de arrasarse con los alegres cantos de Noche-Buena formando cada familia en su hogar un precioso cuadro, que nos representaba el portal de Belen con su divina poesía, y su regeneracion y bien para la humanidad.

Pues bien; en esta noche de algazara y contento, de sencillos goces y religioso entusiasmo, un hombre de elevada fortuna, en cuyo palacio sobraban las vajillas de plata, y los manjares mas exquisitos, se hallaba solo delante de una cómoda chimenea.

A su lado se veia un velador donde le habian servido abundantes y sabrosas viandas que habia tocado apenas y que miraba con desden, diciendo acaso en su interior.

—¿De qué me sirve todo esto, si nada sácia mi deseo, ni mitiga el descontento de mi corazon?

Este hombre vivia con un recuerdo punzante, con un dogal en su conciencia, que sin ahogarle del todo, le oprimia sin cesar.

Si no era anciano aun esperaba á serlo muy pronto y como tras la ancianidad se esconde la muerte, le tenia miedo; porque no habia sido justo y humano como debió ser. En sus mejores dias, amó á una mujer pura y hermosa, deshojó su pureza, ajó su hermosura.

El artificio y el engaño venció la virtud, y cuando la desolada jóven, reclamó su corona de vírgen y su velo de desposada, le contestaron con una sonrisa burlona:

—¡Pobre mujer, tú no perteneces á mi clase, ni posees riquezas para elevarte hasta mí!

Aquella mujer tenia dignidad, si no fortuna, y cayó al suelo entre un delirio de muerte.

Cuando volvió, el seductor habia huido, y ella quedaba en su soledad.

Tampoco quiso buscarle porque el corazon que huye es vergonzoso atraerle para hallar desprecio en vez de amor.

Unicamente escribió estas líneas, que su amante recibió con indiferencia y desvío.

—"¡Teneis una hija, señor, que debeis llevar sobre vuestra conciencia el dia en que Dios os llame á juicio, y os pregunte por esta madre infeliz, á quien dejais abandonada!"

—El amante rompió este billete, y siguió viviendo como

viven muchos haciendo derramar lágrimas sin apercibirse de ello, pero llegó la noche buena que mencionamos, y se alzó delante de él el espectro de una mujer ultrajada y de una hija sumida en el abandono.

Vió la grandeza que le rodeaba, y recordó la miseria en que yacerian acaso aquellas dos víctimas de su libertinaje y de su egoismo. Nunca le habia asaltado este recuerdo con tan negro colorido.

Para refrescar sus ideas, se levantó precipitadamente del asiento que ocupaba, y fué á abrir una elegante ventana para mirar al cielo azul y percibir las frias ráfagas de una noche de hielo, tan terrible para él.

Sus nervios chocaron violentamente con aquella transicion del calor al frio, y sin embargo no se retiró de la ventana ni pudo hacer otra cosa que mirar la bóveda estrellada como queriendo encontrar allí la clemencia de su pecado.

Despues bajó la vista hácia la tierra y por casualidad se detuvo en una desvencijada puerta que habia á alguna distancia de su palacio, por cuyas claraboyas se percibia una rogiza luz de alguna pobre chimenea.

En aquella casita miserable ni cantaban ni reian.

Entonces el caballero recordó como por sueño que le habia dicho su ayuda de cámara vivia allí una familia tan desgraciada que no tenia lecho ni pan.

—Así estarán ellas, exclamó desgarrándose la fina camisa de batista y ensangrentando su pecho con la desesperacion.

—¡Oh!... si yo los hallase ¡Dios mio! como repararia mi falta tan odiosa como cruel!

—Pero si esto no es posible, séamos al menos desde hoy clemente y bueno, como hemos sido avaro y egoista hasta aquí.

Y tirando con fiebre del timbre de una campanilla, la hizo voltear y estremecer, hasta el punto de hacer acudir en tropel á varios criados, temerosos de algo terrible que debia ocurrir á su señor en una hora tan avanzada.

Cuando se presentaron en la puerta, este les dijo con agitacion: —Llenad muchas bandejas con un rico presente donde brillen á porfía la abundancia y el buen gusto, y colocando en una de ellas este bolsillo que os entrego, las llevareis ahora mismo á esa desventurada familia que vive allí. Decidles, que es el aguinaldo, que les manda vuestro señor, y desde mañana cuidad de referirme todas las necesidades que veais y que yo pueda remediar.

Y así diciendo, cayó sobre su butaca, quedándose dormido y olvidando aquellas visiones, con la divina recompensa de su buena accion.

II.

En las primeras horas de la mañana los criados despertaron á su señor, presentándole una anciana y una jóven que venian á darle las gracias, por la fortuna impensada que les habia enviado.

La mujer mayor, conservaba aun belleza, y solo la hacia aproximarse á la vejez, la aureola de cabellos blancos que rodeaban su noble frente,

La hija era un retrato de la madre, con la diferencia de que la una representaba la rosa marchita y la otra el precioso capullo lleno de aromas y frescura.

El caballero miró á ambas mujeres y dió un grito que las hizo retroceder espantadas.

—¡Ellas son! ¡Ellas son! ¡gracias, Dios mio! Y cayó de rodillas implorando su perdon.

Las víctimas lo comprendieron todo y como eran buenas y cristianas, y mujeres al fin, otorgaron gracias y estrecharon al hombre ingrato contra su pecho, llamándole con los mas dulces títulos, como si nada les hubiera hecho sufrir.

El que una vez en la vida habia sido generoso, recibió el premio del aguinaldo que habia enviado á la casa miserable de sus vecinos, siendo feliz desde entonces, y aguardando con su nueva vida que Dios se apiadase de él.

ROGELIA LEON.

REVISTA DE PARIS.

SUMA[illegible]uestion importante.— Formacion de institutos de segunda ense[illegible] para las mugeres en Francia.— La ciencia inspirada por la mate[illegible]d.—La madre debe ser el primer maestro de la ciencia,—Ma[illegible]nía d[illegible]ís.—Cambios de trages.— Las principales damas convertidas en p[illegible]cipales galanes.—Los ramilletes de la Patti.—La duquesa de Metternich en los tribunales.—La falsa noticia de la muerte de Lamartine. —Muertes engañosas.—Entierros prematuros.—La inmortalidad del conde de S. German.—Las máscaras todo el año.

I.

Una gravísima cuestion se dilucida estos dias en los consejos del gobierno francés y en las columnas de los diarios, cuestion que entraña otras muchas de extraordinaria trascendencia. El Ministro de Instruccion publica en Francia ha propuesto se abran colegios de segunda enseñanza donde las jóvenes puedan asistir á cursar las mismas materias que los jóvenes cursan en los Institutos hasta el grado de Bachiller. Ya se ha inaugurado una de estas instituciones oficiales en la Soborna y ya se han abierto otras muchas libres en diversos puntos de París. Hay muchos que creen á la mujer de una estrema inferioridad intelectual respecto al hombre y que por lo mismo quisierán reducirla al costurero, á la cocina, y á la alcoba. Sin embargo, la mujer ejerce el ministerio mas intelectual de la sociedad, aquel que deposita los primeros gérmenes morales de que resultarán mas tarde las acciones y las obras de toda la vida; la mujer ejerce un ministerio que tiene algo de sacerdocio, de profecía, de medicina, de arte, el santo ministerio de la maternidad. Inclinada sobre la cuna, suspensa de unos labios, mirándose siempre en unos ojuelos, oyendo los latidos de su corazon, sabe que su vida es una cadena interminable de vidas, y se reduce á cuidar á sus hijos, despreciando lo que antes la halagára, como la nerviosa é inquieta ave, á cuyas alas era estrecho el firmamento, las pliega inmóvil sobre el pequeño nido en que reposan sus polluelos. La madre sabe por instinto la química de los alimentos mas saludables á su hijo, la hijiene de los preservativos para conservar su frágil salud, el arte de las canciones que han de halagar su oido, la teología necesaria para abrir en su corazon el amor á Dios, la elocuencia para persuadir con mágico encanto la naciente voluntad al bien, la moral para perfumar desde el borde mismo de la cuna con los aromas de la virtud la vida entera; el conocimiento profundo de la sociedad para saber donde están los escollos, donde los abismos, donde los horrores del vicio: revelaciones divinas del amor. Con razon ha dicho el mas grande entre todos los poetas españoles: si el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

II.

Pero el instinto no basta. Así como Dios nos ba dado la voluntad para que seamos artífices de nuestra vida, hoy ha dado la conciencia para que nos iluminemos en esta obra de arte. Y la conciencia se aumenta con la reflexion. Y la reflexion se aumenta con los datos procurados por la ciencia.

El hombre no pasa de un salto del principio á la madurez de la vida: pasa por grados. La ciencia tiene tambien sus grados, su série, su ley de desarrollo. Es primero sentimiento, despues nocion, por último idea. Y los horizontes del sentimiento no tiene una llave mas mágica que el amor de una madre. Nada se perderia en que una madre aprovechase las ocasiones mas frecuentes de la vida para enseñar á fragmentos los secretos mas necesarios de la ciencia á sus hijos. Cuando en torno de la mesa reunidos, levanta por ejemplo, la tapadera de la sopera y en ella ve burbujitas de agua, podria decirles que de esta misma suerte se forman en la inmensidad de la atmósfera las nubes. Cuando saliera al campo haríales notar que en el campo se respira mejor porque las plantas despiden el principio vital que hay en el aire, el oxígeno. Cuando encendieran una luz podria enseñarles qué gas tiene el poder de alimentar la combustion; y cuando empañáran con el aliento un cristal qué gas despiden nuestros pulmones, y como ese gas, que para nosotros sería la muerte, para las plantas es la vida, que lo recogen y lo trasforman al beso de luz en el vital incienso de oxígeno. Al volver del paseo en esas tardes de primavera, cuando las sombras bajan y las estrellas aparecen brillantes en el cielo, podria enseñarles las plantas, sus dimensiones, la duracion de sus dias y de sus noches, los satélites que los acompañan, la posicion que ocupan en la inmensidad del espacio, todas esas maravillas, que si en las tablas de Newthon y de Laplace son los cálculos sublimes de lo infinito, en los lábios de la mujer son los cantos bellísimos de la epopeya universal. Ningun maestro podria adorar mejor los misterios de la alectricidad, las contradicciones y las armonías que resultan de sus dos fluidos. Los pétalos de una flor; las transformaciones de los insectos, la larva de los gusanos de seda, la mariposa que vuela sobre la pradera; los nidos, todo esto podria dar asunto á lecciones elocuentísimas que destilarian la miel de la ciencia acomodada al entendimiento de los niños. En la infancia hay cierta crueldad que nace del desconocimiento de la vida. ¿No habeis visto los niños, deshojar las flores, arrancar los nidos á las pobres aves, sin cuidarse de sus tristezas? Cuando una madre les dijera cómo esas avecillas sirven á la obra universal de la creacion, cómo forman el coro de las armonías terrestres; cómo trabajan para conservar la vida de todos, inspirarianles sentimientos de amistad por los demás seres creados, y al par sentimientos religiosos, porque de las maravillas de la creacion se levanta siempre el espíritu en rápido vuelo á contemplar estático la inagotable bondad del Creador.

III.

Y no se crea que yo quiero convertir la mujer en un erudito, en un sábio. Nada mas léjos de mi pensamiento. En el mundo moral tienen las almas facultades como en el mundo físico los animales órganos en proporcion á sus destinos. Todo lo tierno y dulce y misterioso y poético que hay en la ciencia pertenece principalmente de derecho á la mujer como todo lo que de profundidad, de argumentacion, de razonamiento, de indagacion fuerte y sostenida que hay en la ciencia pertenece de derecho al hombre. Yo no quiero que ningun ser se salga de su órbita, en la cual contribuye poderosamente á la armonía del Universo. Una de las costumbres que en los teatros de París mas me incomodan es la de vestir las mujeres de hombres y los hombres de mujer. Un hombre vestido de mujer es algo mas que ridículo, es repugnante. Una mujer vestida de hombre es siempre ridícula. Para las bellas formas de la mujer se ha hecho la casta túnica, los paños largos, los velos misteriosos del pudor. Sin embargo en los teatros de París casi no hay comedia en que no aparezca una mujer vestida de hombre. El Príncipe de *Ceudrillon*, el muchacho de *les Beaux Messieurs du Bois doré*, los representan mujeres. Pero la mas audaz de las tentativas ha sido la de esta última semana en que M.lle Judith ha representado el papel de Hamlet, cuyos dolores asesinos, y sombrías dudas y terribles preguntas á la muerte, y escéptica curiosidad sobre la vida necesitan la fortaleza varonil. ¿Y no resulta ridículo? ¡Oh! Sí, tan ridículo como si Ofelia y su blonda cabeza y su cabellera en desórden, y su corona de flores, y sus voluptuosas baladas, y su locura de amor fueran representadas por un hombre.

IV.

Mariposeemos por mil asuntos diversos. El otro dia los transeuntes por las largas alamedas de los Campos Eliseos podian recojer las flores á cargas, flores echadas desde su palacio á la calle desdeñosamente por la Patti, apesar de ser los holocaustos á sus triunfos. ¿Porqué tiras las flores? le preguntaba una amiga. —Porque tantas y tantas, me dan dolor de cabeza. —Así es la gloria; siempre una embriaguez, siempre un dolor de cabeza. En la esencia de todo laurel, hay un sueño.—Y si no que lo diga la célebre Duquesa de Metternich que hoy tiene la funesta gloria de ser la reina de la moda en París. La Duquesa no es un tipo bello. Sus labios son demasiado gruesos y su frente demasiado estrecha. Sus vestidos á veces rayan en la extravagancia. Baste decir que se presentó en un baile de corte con una gorra de agente de policía (una especie de Ros) en el cual iba pegado un zuavito de oro. Pero no hay motivo para escribir contra ella como si sus modas fueran algun tratado de Praga, artículos tan fuertes como el que últimamente ha escrito un diario político. Bien es verdad que le ha valido al director del malaventurado diario tres meses de prision y mil francos de multa. Otra: otra gloria: Lamartine. Está ya tan viejo y tan acabado que se sobrevive á sí mismo. Parece una sombra. Apenas un poco de piel rugosa cubre sus huesos. No deja herederos. Y ha sido necesario que el Moniteur publique un decreto autorizando á una sobrina suya para que lleve su glorioso nombre. Ayer corrió la voz de que Lamartine habia muerto. No es verdad, vive todavía, aunque vive como una momia. No nos apresuremos á enterrar nuestros muertos.— Parece que lo mas cierto en la vida es la muerte, y sin embargo tambien á la muerte le dá por jugar á las apariencias, á los engaños; ¡vieja coqueta! Hace algun tiempo que un noble, enterró en el panteon de la familia á su mujer á quien amaba tiernamente. Han pasado muchos años. Pero el otro dia fué él mismo, al panteon para que entrara otro individuo de su familia y al abrir la puerta le cayó en los brazos el cadáver de su mujer. Se habia arrastrado hasta allí. ¡Qué horror!— Nadie ha sido inmortal. Y sin embargo el conde de San German pretendia serlo. Y no es que el conde lo pretendiera, sino que todo el mundo lo creyera en un siglo tan incrédulo como el siglo pasado. Madame de Pompadour lo protegia. Luis XV le preguntaba señas de muertos de otros siglos como pudiera pedir noticias á un embajador de los individuos de su familia ausentes. Voltaire confiesa que le tenia miedo. Sostenia el Conde de S. German que hasta sus criados eran seres sobrenaturales. Hablaba un dia de Julio César, no diré con pelos y señales, porque Julio César era calvo. Uno de los que le oian deseaba preguntarle algo sobre el gran dictador. Pero no queriendo interrumpirle, se volvió y le hizo la pregunta á un criado que estaba tras del sillon. "No puedo responder, dijo, porque solo hace quinientos años que estoy al servicio del Conde."

V.

¿Será posible? no basta la oscuridad que nos rodea: no bastan las espesas nieblas frias como la muerte; es necesario que aun se oculten mas estrellas de la tierra, es necesario que por las calles veamos todo el año máscaras. Comienzan á llevar las elegantes unas caretas de blonda. El bordado es de tal manera espeso que oculta la parte del rostro sobre la cual cae. La frente y la barba solo se descubren. Los ojos centellean al través de la regilla de tul con los encantos de todos los misterios. Va á parecer nuestro prosaico París á la Venecia del siglo XVI. Así ignoramos aquí si todo el año es carnaval, si todo el mundo mascarada, si todo conversacion broma, si todo trage disfraz. La otra noche se representaba en uno de los teatros de último órden una piececita titulada: Los placeres de París. Las actrices hablaban desde los palcos interrumpiendo á las que representaban desde las tablas. Pero lo hacian con tal naturalidad que el público se engañaba. ¿Qué digo el público? Un Gavroche (desde que Victor Hugo ha escrito su *Miserables*, los pilluelos de París se llaman *Gavroches*) hablaba desde la cazuela á grandes gritos. Los actores se impacientaban, el público gritaba, la policía le echó mano como perturbador del órden público y ya iba camino de la cárcel cuando el director de escena salió á decir que era un papel importante de la comedia. Yo al ver aquello me preguntaba si nosotros mismos, los que inocentemente habiamos pagado nuestros asientos, no éramos tambien actores. Y ya que hablamos de teatros, se está cantando una ópera cómica sacada de la célebre novela Robinson, ese tipo inmortal del hombre, aislado, solitario, en lucha con la naturaleza, que alcanza las épicas victorias del trabajo. Se está ensayando una comedia de mágia, cuyo argumento está sacado de los viajes de Gullivert, otra novela admirable. El autor de Robinson Daniel Foe, ingles, luchó toda su vida con los horrores de la miseria. Su familia era una familia de espectros, eternamente perseguida por el hambre. Folletista por ganarse el sustento diario, subió á la picota donde le cortaron las orejas como á un perro. El autor de Gullivert, Swift, vive mas en desgracia todavía y muere en mayor desesperacion desterrado en Irlanda. Pero las orejas del uno y los dolores del otro; las gotas de sudor y de sangre que han destilado en su calle de amargura recogidas en los teatros, se convierten hoy en pesos duros que van á engordar á un empresario. La naturaleza convierte la inmundicia en sávia, en frutos, en flores que perfuman, que encantan; pero nuestra sociedad convierte el génio, el dolor, el martirio en inmundicia. ¡Dios mio, como profana el hombre todas tus obras!

FIDELIO.

EL SUICIDIO.

UNA LECCION Á LOS TONTOS.

(Conclusion.)

Presenció el acto de los desposorios, y en vano quiso escuchar una voz tímida y temblorosa, que le revelase algun padecimiento interior.

Aquel espíritu gozaba, no le cabia duda. Aquella mujer era completamente feliz.

Ni aun siquiera subia el carmin del rubor á sus megillas, ni la modestia embargaba sus movimientos.

Nada por lo tanto la molestaba; ni los remordimientos, ni el embarazo natural de un acto, que decide del porvenir, y arranca las primeras hojas á la corona de vírgen de las jóvenes castas y pudorosas.

Eduardo la vió bailar y reir, despues de entregar su mano á un hombre que acaso no amaba; porque mujeres como Lineta no saben amar nunca, y lleno de indignacion y tédio se lanzó á la calle, deseando dormir para reir á otro dia en el café con sus amigos, de la credulidad de Inocencio, y del coquetismo cruel de la amada de su corazon.

IV.

Eduardo iba á dar dos fuertes aldabonazos á las puertas de su casa, cuando cruzó por su mente una idea que conmovió su corazon.

—¡Capáz es de matarse ese imbécil por esa harpía bonita, de quince años, con el corazon mas duro que el de un caiman!

Y diciendo esto á soto-voce, echó á andar precipitadamente hácia la modesta habitacion de su amigo Inocencio.

Bastantes calles habia que cruzar; pero él las pasó en un verbo, lo mismo que las muchas escaleras que conducian al cuarto del desesperado amante, sin embargo no llegó á tiempo de evitar la catástrofe; pues al subir el último peldaño una detonacion espantosa vino á anunciarle, que una mortífera bala habia puesto fin á aquel drama de costumbre, tan generalizado en nuestros dias.

El pobre Eduardo no pudo lanzar una de sus carcajadas, como hubiera querido, ni hacer caer el telon para no ver horrores.

Por el contrario; entró en el aposento, y encontró á su amigo, anegado en sangre.

Se lanzó á socorrerle, y vió que aun vivia: entonces dió gritos de *¡socorro!* y al cuarto de hora estaba la casa y la calle llena de gente, deseosa de ver un espectáculo sin que le costase un ojo de la cara, como los dramas del teatro, y codiciosa siempre de emociones gratuitas, que despiertan su curiosidad.

Mientras la justicia cumplia con su deber, Eduardo se acercó á la mesa, y leyó estas líneas, en un papel con orla negra.

—«A nadie se culpe de mi muerte, pues muero por mi mano y propia voluntad.»

Mas allá habia una carta cerrada, dirigida á Lineta, cuyo cierre estaba con negro lacre tambien.

Eduardo sin miramiento alguno, rompió furioso el sobre, y con ojos de fuego devoró su contenido, que era el siguiente.

—«Amada Lineta: como sé que antes de pertenecer á »ese hombre vas á morir, yo quiero precederte en tu ca»mino.

—«Me privo de una existencia que detesto sin tí, y am»bos unidos en la eternidad, pediremos al Señor perdone »nuestras culpas y bendiga nuestra union en el cielo!...»

Eduardo, al finalizar esta carta lanzó un rugido de furor, y la guardó en su pecho temblando de ira.

Entregó al Juez los renglones que anteriormente habia leido como salvaguardia para sí, y para los que creyesen podian haber influido en aquel acto de desesperacion, y despues de acompañar al herido hasta el hospital, se lanzó frenético otra vez á casa de los desposados.

Cuando entró en el salon, Lineta bailaba con su esposo, y parecia adormecida en sus brazos por la felicidad. Todos reian y gozaban, despues de haber libado exquisitos licores y delicados dulces y manjares.

Nadie pensaba en la muerte ni en aquel infeliz que se habia suicidado, imaginándose al menos que le compadecerian.

¡Error de los míseros hombres, cuya cabeza se vé exaltada por esa culpable idea!....

El suicida busca antes de morir las lágrimas de la ingrata por quien comete ese horrible crímen, y si pudiera alzarse de la tumba, en vez de lágrimas hallaria abrojos, y en vez de oraciones, un grito de horror y reprobacion del mundo entero; pues como dice el sublime autor del bellísimo drama *Un poeta y una mujer*:

¡El asesino, el ladron,
Encuentra en la religion
De su delito el consuelo,
Y despues perdon y un cielo!..
¡Yo ni cielo ni perdon!

¡El desengaño era horrible! pero Inocencio no podia presenciarle.

Eduardo estaba lívido ante aquel mundo que se agitaba de placer y reia con locura, mientras él venia salpicado aun de la sangre de aquel amigo infeliz, cuyos brazos habian estrechado los suyos momentos antes, como para despedirse en su agonía.

Un pensamiento terrible le habia hecho volver al baile, y varias veces quiso ponerlo en ejecucion.

Este era, el arrojar entre los felices esposos el billete escrito por su amigo, y que su lecho nupcial fuese precedido por las últimas quejas del que ya suponia cadáver; pero de repente otra idea más poderosa le hizo dejar el salon, y ya cerca de la media noche, cruzó las calles de la ciudad, y agregado á un médico forense, muy amigo suyo, se internó en el hospital, donde se hacia la primera cura á su desventurado amigo.

Ocho dias debian durar los festejos de la boda de Lineta, que, dispuestos por su acaudalado esposo, iban á ser suntuosos y brillantes; pero á los dos dias la novia feliz, tuvo el capricho de ponerse á leer un periódico y encontrar en las gacetillas un suicidio por amor, cuyo protagonista era un pobre muchacho, llamado Inocencio.

Lineta abrió los ojos cuanto pudo para convencerse de lo que leia, y al fin dió un grito y quiso caer desmayada; pero por mas que hizo no pudo perder el sentido, y entonces reflexionó que seria escandaloso desmayarse en un dia de bodas por otro que no fuese su marido.

Se levantó, tomó un vaso con agua, bebió una poca para tranquilizarse, y mirándose en seguida á un espejo, se irritó consigo misma, pues encontró su semblante descompuesto y feo.

Es preciso ahogar mi dolor, dijo, y procuró serenarse; y tanto lo consiguió, que á la hora del desayuno, todos convinieron en que estaba hermosa.

Almorzó con bastante apetito, y cobró entera conformidad y consuelo con estas poderosas razones.

—¡Ha sido un bien que ese pobre muchacho piense en matarse; pues á no ser así, me hubiera seguido como la sombra de Nino á todas partes, y yo no hubiera podido gozar tranquila de mi brillante posicion.

—¡Siempre fué un imbécil ese muchacho! Y contenta como una alondra en un dia bellísimo de sol, salió en su carretela de damasco azul, acompañada de su esposo y de dos amigos, que le decian mil flores exquisitas y adulaban su encumbrada posicion.

Le pareció el paseo muy delicioso, y el porvenir que se le presentaba bellísimo y lleno de ilusiones; así es que el espectro de su antiguo amante no se interpuso formalmente entre sus ideas y su corazon.

Ni siquiera por romanticismo pensó en llevar flores á su tumba, ni plantar un sauce en memoria de su sacrificio.

Tenia cosas muy grandes que pensar para una mujer coqueta, y no la importaban esas *pequeñeces* y *bagatelas* de las almas sensibles y religiosas.

Ocupaba su mente la gran cuestion, de qué traje elegiría para el baile que daba su esposo la siguiente noche, y por mas que devanaba los sesos, menos daba con el color y la tela que la haria parecer mas hermosa, por último se decidió por un vestido flor de malva, con blancos encajes, y racimos y espigas formando pabellones.

Se los probó cien veces, hasta que se convenció que estaba encantadora, así como las pulseras y demás diges de un aderezo riquísimo de diamantes y perlas, con el cual creyó se parecia en todo á la bellísima Emperatriz de los Franceses.

¿Quién se acordaba con tantísima rica joya de aquel pobre muchacho, que solo llevó en vida un levisac raido y unas botas de charol, retocados con aceite cien veces lo menos para sacarles el brillo perdido?

A esta idea una sonrisa burlona vagó por los finísimos y sonrosados labios de la graciosa niña, y pensó lo bien que habia hecho su amante en quitarse de en medio, antes de arrastrarla á una mísera bohardilla, con su hambre y su amor por únicos alicientes.

Ni un momento pensó la ingrata en el bellísimo corazon de Inocencio, ni en su hermosa alma, ni en sus virtudes, ni tampoco tuvo la tontería de meditar que le habia arrastrado al mas terrrible crímen con sus odiosos fingimientos.

Ella solo habia aprendido á sacar partido de la vida, y las cosas del espíritu le parecian cadenas insufribles, que era preciso romper para lograr la dicha.

Procuró no volverse á acordar de allí en adelante de nada que lastimase su corazon, y encargó á su doncella que no dejase nunca los periódicos en su velador, por si traian en las variedades, ó en la gacetilla, tonterías como las que habia leido el dia anterior.

Tomadas estas precauciones para su completa tranquilidad, solo se ocupó de los preparativos de la fiesta, y tuvo que reñir no poco á la modista y á la costurera, á la una por haberle echado poca cola al vestido, y á la otra por haber pegado mal un adorno de *guipure*.

Un dolor de cabeza la hicieron pasar aquellas majaderas con su torpeza insufrible, y tuvo que tomar café y acostarse un rato para emprender de nuevo su *toilette*.

Por último, salió radiante de belleza ante sus convidados, y llena de placer, porque los espejos habian satisfecho, no solo su orgullo de mujer, sino su vanidad de rica y hermosa hembra.

Entre tanto, los criados cruzaban en varias direcciones, para preparar un espléndido bufet, cuyos exquisitos manjares habian sido traidos de la fonda mas renombrada, por servirlo todo con lista francesa y tener criados de todos los paises.

Como entre la servidumbre hay su aristocracia tambien, los que habian sido llevados á casa de Lineta era lo mas escogido de la fonda.

Entre ellos iban dos jóvenes, dignos de llamar la atencion de encopetadas damas, á no hallarse estas abstraidas completamente escuchando galanteos, ó lanzándose á las vueltas de un rápido wals, que debia poner término por entonces á la danza, para empezar el gran ambigú.

Aquellos dos criados singulares llevaban rico trage negro, con su elegante frac, y su indispensable guante blanco, para demostrar la grandeza de los señores que servian.

El uno era de graciosa figura, con grandes ojos negros y una boca animada por una burlesca sonrisa.

El otro era mas esbelto; pero mas tímido, mas espiritual. Su palidez era terrible, y sus ojos rasgados y azules, estaban hundidos y como bañados de lágrimas.

Tenia fatigosa la respiracion, y ocultaba casi las perfecciones de su rostro con una gran patilla inglesa, y unos cabellos largos y ensortijados, que casi cubrian sus blancas sienes.

Nadie habia reparado en aquellos dos hombres, que, confundidos con la servidumbre, servian la mesa, mirando con desencajados ojos los menores movimientos de la jóven desposada.

Esta estuvo ocurrente, graciosa, hechicera, llevándose la atencion de los convidados, y demostrando en su alegría y placer exclusivo la dicha que sentía.

Cuando concluyó la cena, la palidez de aquel jóven singular de la servidumbre era casi mortal; pero su compañero seguia riendo irónicamente, y fijando sus grandes ojos en Lineta.

Cuando los señores pasaron al salon, aquellos dos hombres misteriosos huyeron del grupo de criados, y mirándose dolorosamente se arrojaron el uno en brazos del otro, diciéndose recíprocamente.

—¡Inocencio!

—¡Eduardo!

—¡La prueba ha sido terrible ¿verdad, mi novelesco y pobre amigo? pero creo que ya estarás curado de tus tonterías.

¿Te has convencido al fin de que el matarse es la barbaridad mayor que comete el hombre?...

¡Vamos! ¡déjate ya de lágrimas y sentimentalismo, y vámonos á cenar á una fonda, alejándonos de esta casa, donde has recibido una leccion que te hará mas filósofo que Esopo y Fedro, Epiteto y Sócrates.

El gran libro de la sociedad, amigo mio, enseña mas en un cuarto de hora que Jenofonte y Quintiliano en un siglo.

¡Vamos! ¡sacude la melancolía, y huyamos de aquí, donde pudieran descubrir que no somos criados, costándonos un duelo quizá lo que debe ser un recuerdo para despertar nuestra risa y buen humor únicamente.

¿En qué piensas, pues qué, no me sigues?

—¡Pensaba, dijo Inocencio al fin, en el dolor de mi pobre madre, si llega por casualidad á sus manos ese funesto periódico, donde tuviste la idea de anunciar mi muerte, para llevar á cabo tu proyecto de hacerme conocer lo que son las mujeres!

—¡No habia pensado en ello, dijo Eduardo palideciendo y estrechando la mano á Inocencio! Solo el amor de las madres es verdadero en el mundo. La mia se dejaria matar cien veces por el menor de mis caprichos, y ¡nosotros, los hijos ingratos y crueles, damos la vida por cualquiera muchacha bonita y veleidosa, sin pensar que desgarramos el corazon á nuestras madres....

¡Vamos! pongámonos ahora mismo en camino para tu pueblo, y vé á lanzarte á los piés de la que tan sin piedad querias dejar sola y abandonada en el mundo.

Por fortuna tu herida fué leve, y restañada la sangre, no ha quedado de ella mas que el eterno recuerdo de una solemne tontería que alguna vez te hará avergonzarte de tí mismo; pero ¿no te parece horrible la idea de haber sucumbido asesinando á la vez á tu pobre madre!

—Mañana pasaria por encima de tu tumba esa coqueta sin corazon, que te hizo cometer el atentado, llena de galas y perfumes, no recordando siquiera que la fosa que hollaba con sus piés era la de aquel hombre sensible y lleno de pasion que habia muerto por ella.

¿Se baña tu rostro de llanto?.. ¡Razon tienes!...

—¡Ea, sígueme, y recuerda solo esta noche de agonía para hacer dichoso el porvenir.

Y Eduardo, volviendo la vista al salon del baile, donde se preludiaba un escotillon, lanzó su acostumbrada sonrisa, y desapareció, llevándose del brazo á su amigo Inocencio.

Despues de este episodio singular, nos hemos encontrado varias veces los dos amigos en los paseos, en los teatros y en los cafés.

Inocencio sabe reir ya como Eduardo, y en todo piensa menos en matarse.

Conoce perfectamente á las coquetas, y ha quedado entre ambos jóvenes la costumbre de decir, asestando sus gemelos á las hermosas que pasan á su lado.

—¡Esa es una Lineta!

Esto quiere decir entre ellos: Esta mujer e[illegible] muy temible porque el vicio que se revela y se distingu[illegible]e lejos, no lo es tanto como la maldad encubierta bajo [illegible]elo de la inocencia y la sencillez.

ROGELIA LEON.

EL ALMA HERIDA.

BALADA.

Junto al limpio arroyuelo
Gime una niña,
Y un Ángel vaga errante
Por sus orillas;
Al ver su pena,
Apresura su paso
Y á ella se acerca.

—Porqué, niña del alma,
Triste suspiras?
—Porque tengo de amores
El alma herida!
—Amor es cielo.
—El amor que yo sufro
Es el infierno!

—Porqué padeces tanto
Siendo tan dulce?
—Es que bajo las flores
Sierpes se encubren!
—Abre tu alma,
Cuéntame tus amores,
Niña galana.

—Mi amor nació en el prado
Como las flores,
Creció rápidamente,
Mudó de nombre.
Fué ya locura....
Y si es loco el arroyo
Pronto se enturbia!

La flor de mi pureza
Lloro perdida!...
(El rostro con sus manos
Cubrió la niña,
Y en tanto el Ángel,
Dejó escapar del pecho
Trémulos ayes).

—Perdiste la esperanza?
—Ay! la he perdido!
—Tal vez torne á tu seno.
—Loco delirio!
—Calma tu pena!
—No lloro ya. En mis ojos
Llanto no queda!

—Porqué inclinas tu talle
Cual mústio lirio?
—¡Ay! es que sufro tanto!
—Quieres alivio?
—Vana pregunta!
(El Angel miró al cielo
Con tierna súplica).

—Si esperanza no tienes
En este suelo,
Tu vida Angel caido
Será un infierno!
—Pero mis lágrimas...
—Han lavado tu cuerpo,
Salvan tu alma!...

La pobre niña llora,
Dá un débil grito,
Mira al cielo, y del alma
Parte un suspiro;
Cae en el suelo,
Y el alma se desprende
Del tronco yerto.

En tanto el Angel llora
De puro gozo,
Estrecha entre sus brazos
Aquel tesoro;
Bate sus alas,
Y al espacio purísimo
Ráudo se lanza.

Les rodea una nube
De nácar y oro.
Dejan tras de su huella
Mundos ignotos...
Y al cielo arriban,
El Angel de la Guarda
Y el alma herida.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE "LA MODA."

Acompañamos al presente número el doble figurin de Máscaras que ofrecimos en el anterior, y como observarán nuestras abonadas es de un mérito sobresaliente.

En el presente año hemos repartido:

42 figurines iluminados.
1 tapicerías en colores punto de Berlin ypunto francés.
patrones para cortes de vestidos, tamaño natural,

que ...idos á más de 1.500 grabados en negro para bordados, labores y modas, hacen que el tomo de LA MODA de 1867 sea un magnífico Album de útil y agradable entretenimiento en toda casa de familia.

Los referidos figurines, patrones y tapicerías repartidos exceden de los que teniamos ofrecidos en nuestro prospecto, pues siguiendo nuestra antigua costumbre damos siempre más de lo que prometemos.

A esto sin duda es debido al constante aumento de nuestra suscricion, y este favor que el público nos dispensa, nos obliga más y más á continuar en la tarea que hace hoy 26 años emprendimos.

En el inmediato año proyectamos aun algunas reformas convenientes á nuestros suscritores, con el objeto de que la distincion que el público nos dispensa no decaiga un momento, siendo una de ellas la de la regularidad en el reparto de los patrones, pues casi infaliblemente podemos asegurar que un número sí y otro nó irán acompañados de esas magníficas hojas de tamaño natural, que tantas ventajas proporcionan á las Señoras y Señoritas que por entretenimiento ó conveniencia gustan de arreglarse sus vestidos por sí mismas.

Para que esta marcha sea fija é invariable, nos es preciso hacer una pequeña alteracion en los períodos de la publicacion, la cual en adelante, verá la luz pública en los dias 6, 14, 22 y 30 de cada mes, en vez de hacerlo los Domingos.

La reciente disposicion del Gobierno, que no permite en los Domingos efectuar trabajos de ninguna especie, y el notable aumento que el porte de correos ha experimentado últimamente, son las causas que nos obligan á esta leve reforma, que, en vista de las razones expuestas, creemos no sea llevada á mal por nuestros constantes favorecedores, pues la compensaremos con exceso, y de esto son segura garantía nuestros antecedentes periodísticos. Cádiz 29 de Diciembre de 1867.

EL DIRECTOR,
Francisco Flores Arenas.

Explicacion de la lámina de disfraces.

1.ª figura.—Capricho. Epoca de Luis XV: *trage de señorita*, compuesto de una primera enagua de raso blanco, con un galon de oro al rededor, puesto encima del dobladillo; segunda enagua de tafetan rosa recogida á trechos todo al rededor y hueca.—Levita de terciopelo verde ajustada al talle y abierta por delante sobre un chaleco de raso blanco con galones de oro. La manga es de terciopelo, y se guarnece con una vuelta ancha de raso y galones.—Cuello en pié y corbata compuesta de un lazo de terciopelo negro con cabos largos, recogidos de modo que figuren un collar sobre el vestido. En los hombros un lazo de tafetan rosa con cabos flotantes. Mangas interiores de muselina con vueltas de encage.—Medias de seda y zapatos atados con lazos de cinta.—Cabello empolvado; tricornio de fieltro con galon, y al rededor pluma blanca sujeta en un lado por un lazo.

2.ª figura.—*Trage canadiense*, compuesto de una ropilla de paño color leonado orlada de tiras de cuero guarnecidas con botones de acero; esta ropilla no tiene mangas, y las sisas llevan al rededor una hombrera de cuero y un fleco negro que cae sobre el brazo.—Camisa de cuello liso y mangas anchas.—Corbata de tafetan negro.—Pantalon de lienzo gris atado por debajo de las rodillas á la manera de los zuavos; polaina de cuero, y cubierto el pantalon por otro de paño leonado más corto que el anterior, que cae cuadrado por abajo y vá abierto por el lado con tirillas de cuero.—Faja azul en la cintura.—Pañuelo de seda en la cabeza, atado detrás.—Sombrero de cuero con alas anchas, y al rededor de la copa una cinta.

3.ª figura.—*Vestido de córte.*—Trage de terciopelo carmesí formando por detrás larga cola, y guarnecido con una gruesa trenza de oro puesta al rededor de la falda, á unos 30 centímetros de su borde.—Corpiño de raso blanco, compuesto de varias piezas, algunas de las cuales se prolongan sobre la falda, y terminan en anchas puntas, recortadas de modo que formen una estrella de muchos rayos. El corpiño se adorna con una trenza de oro, que orla todas las puntas. Un cinturon de follage rodea el cuerpo, y una banda de muer del color del trage va sugeta en el hombro con un lazo de cinta, atraviesa el corpiño y se ata sobre el trage con otro lazo ancho.—Manto de armiño sugeto á los hombros.—Collar de perlas finas, atado delante con un lazo de cinta.—Cabello levantado, formando trenzas á los lados; corona diadema.

4.ª figura.—*Trage de señor español*, compuesto de un jubon de raso blanco, atravesado por galones de plata, y ajustado al trage por un cinturon del que pende una espada.—Ropilla de terciopelo azul, abierta por delante, y enteramente galoneada; manga llana, cubierta por una segunda manga abierta y flotante; al rededor de la pegadura de esta, rodete grueso con galones enrollados.—Calzon de terciopelo azul atado por debajo de la rodilla con un lazo de tafetan negro; los lados se adornan con follados de raso blanco orlados con galones.—Cuello mosquetero de guipur, y puños de lo mismo.—Sombrero castellano rodeado por una pluma formando un penacho.—Medias blancas y zapatos negros con lazos en la pala.

5.ª figura.—*Trage de muger índia;* trage de raso color de fuego, enagua corta y lisa con un corpiño escotado guarnecido de cabezas de plumas, cosidas unas junto á otras al rededor de los hombros.—Coselete de tafetan negro, con sesgos y en ellos botones, cuyos sesgos caen todo al rededor de la enagua, donde se reunen por abajo en una tira de la misma tela, y forman como una faldeta calada, que se completa con plumas que nacen de las mismas tiras. Las mangas guarnecidas de plumas pequeñas.—Peinado compuesto de un bandó dorado con penacho de plumas.—Borceguíes de raso negro.

6.ª figura.—*Trage cómico, domador americano.*—Blusa de paño ó terciopelo verde, rodeado de galones de oro, y guarnecida de alamares formando lazos sobre el pecho.—Cinturon dorado, con dos pistolas en él.—Puños de pieles en las mangas.—Dos grandes medallas pendientes de cintas de colores varios.—Botas semi-altas ribeteadas de galon dorado, con borlas.—Tocado de terciopelo con borde de pieles.—Guantes blancos.

7.ª figura.—*Trage de molinera.*—Trage de tafetan á listas azules ó malvas, con corpiño de escote cuadrado, y guarnecido de terciopelo negro y encage angosto.—Manga córta con la misma guarnicion; delantal pequeño de muselina, al rededor encage, y faltriqueras redondas; se ata con un cinturon del que pende un saco lleno de polvos de arroz.—Cruz pendiente de una cinta de terciopelo negro con largos cabos flotantes por la espalda.—Tocado de muselina con carrilleras levantadas, que se fijan á un lindo molino de viento microscópico. En la parte anterior del tocado va puesta una cinta rosa, que se ata atrás.—Zapatos blancos con lazos de cinta.

8.ª figura.—*Trage de Pierrot* (personaje burlesco de una farsa). Jubon de tela á listas azules cerrado por delante con enormes botones hechos de algodon en rama y forrados de tafetan azul. Este trage se oprime en el talle por un cinturon de cuero que se cierra con una hebilla dorada.—Dobles mangas, la una cerrada, y la otra abierta hasta arriba y flotante.—Pantalon que baja hasta la rodilla, con botones gruesos á lo largo de la costura del lado.—Medias listadas y zapatos con pompones azules.—Gorguera encañonada de muselina y punos de encage.—Sombrero de fieltro blanco de forma de pilon de azúcar, y al rededor de él una cinta ancha atada atrás, con lazo y cabos flotantes.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 112.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. toma P.R.	P. toma T.
2.ª R.ª 5.ª A.R.	R. toma C.
3.ª P. 4.ª R.ª jaque.	R. toma P.
4.ª R.ª 4.ª R. jaque.	R. 4.ª ó 6.ª A.
5.ª R.ª toma P.R. jaque-mate.	

AGENDA DEL BUFETE,
Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA 1868

CON NOTICIAS Y GUIA DE MADRID.

— Precios. —

	MADRID.	PROVINCIAS. Por el correo.	PROVINCIAS. Por medio de los corresponsales.
En rústica.....	7 rs.	9 rs.	9 rs.
Encartonada.....	8	14	10
En tela á la inglesa....	13	19	15

Esta **Agenda** está ya tan generalizada por toda España, que nos ahorra el trabajo de encarecer su **gran utilidad material y positiva**; así que es indispensable en todas las casas, tanto particulares como de comercio. Nos limitaremos solamente á señalar algunas mejoras introducidas:—1.º Tabla de reduccion de escudos á reales vellon: 2.º Tabla de reduccion de reales vellon á escudos: 3.º el Cuadro de la unidad monetaria de los dominios españoles: 4.º Equivalencia exacta entre el escudo español de diez reales y las principales unidades monetarias de todos los paises: 5.º Bases del impuesto sobre caballerías y carruages: y como desde 1.º de Enero es OBLIGATORIO EL NUEVO SISTEMA DE PESAS Y MEDIDAS, contiene las **Tablas de reduccion de varas á metros; de fanegas superficiales á hectáreas; de arrobas á kilógramos; de toneladas á kilógramos; de cántaras á litros; de arrobas de aceite á litros, y de fanegas á hectólitros.**

Además contiene el CALENDARIO COMPLETO del año, con todas las fiestas religiosas y nacionales, y las observaciones astronómicas del Real Observatorio de S. Fernando; Sistema decimal; Reduccion de las monedas francesas á las españolas, y vice versa; Reduccion de cuartos á reales; Establecimientos y oficinas públicas; lista de los señores Senadores, notarios, etc., etc.; así es que la **Agenda de 1868** está **completamente reformada** y puede considerarse como una guia segura para todas las clases de la sociedad, y como libro de primera utilidad, tanto para llevar en cada casa la cuenta diaria, cuanto para el comercio para la exactitud de sus apuntes y compromisos, que pueden anotar en su dia correspondiente.

Se halla de venta en MADRID, en la Administracion de LA MODA ELEGANTE librería de Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana), n.º 8, —y en las principales librerías.

FIN DEL TOMO XXVI.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

INDICE GENERAL DEL TOMO XXVI.

Modas, ropa blanca, labores de señoras, etc.

Adornos hechos con flores, 53.
Adornos para confecciones, etc., 113.
Adornos de trencillas, 220.
Adornos de bordados y punto ruso, 226.
Alfabeto bordado, 250, 265.
Abrazadera de cortina, 313.
Accesorios del peinado, 345.
Arte de la tapicería, 345.
Alfabetos, coronas de capricho y viñetas para pañuelos, 380.
Aplanchado de la ropa blanca, 49.
Bufanda á punto de aguja, 5.
Botito á punto de aguja para señora, 35.
Bufanda al crochet, 36, 396.
Bordado de cordon sobre cánevas, etc., 52.
Blusa para niño, 81.
Botin, 81, 82, 274, 397.
Babadero con cinturon, 82.
Berta con cabos, 83.
Bota para señora, labor al crochet, 98.
Bolsa de frivolité y cuentas, 297.
Bordado sobre nansouk ó muselina para corpiño, 298.
Boton forrado, 363.
Borceguí al crochet, para señora, 395.
Canastilla de labor, 406, 413.
Corpiño montante, 333.
Capucha para señorita, 4.
Capelina al crochet, 19.
Capuchon á punto de aguja, 20.
Cuadro y roseta de frivolité, 21.
Corpiño adornado, de cuadros, etc., 22.
Capuchon-peplum, 25.
Cuadro de guipur sobre red, 26, 405.
Colcha compuesta de tiras, 34.
Calza á punto de aguja, para niño, 36.
Cuchillo para papel, 37.
Capuchon milanés, 49.
Capuchon para señora, 53.
Cojincito para butaca, 59.
Cuello abierto, 60.
Cuello con cinta de terciopelo, 60.
Cesta para varios usos, 74.
Capuchon con collar, 84.
Cuellos y puños, 84.
Cuatro vestidos para muñecas, 85.
Cabeza de ciervo, tapicería, 98.
Crochet jaspeado, 100.
Cófia Lambaye, 107.
Corpiño con cuentas, 109.
Corpiño escotado, de muselina, 129.
Cogin redondo ó taburete, 131.
Canesú de tul, 141.
Cófia-Miñon, 141.
Cinturon castellano, 141.
Cabo de corbata, 162, 275, 372.
Cortina (aplicacion de muselina sobre tul), 169.
Cesta, 169.
Cesta de paja y seda, 178.
Cifra de la Vírgen, 178.
Corpiño chaqueta, 177.
Cuatro dibujos de puntos rusos, 179.
Canastilla para ropa de niño recien nacido, 187.
Collares, 187.
Caja para guantes en forma de álbum, 194.
Cinturon cubierto al crochet 194.
Colcha de viaje, 196.
Corpiños de muselina, 209.
Cuello y manguitos de frivoliré, 217.
Cordon trenzado, 218.
Corbata de muselina y frivolité, 218.
Cubierta para silla de jardin, 219.
Colcha de cuna, 220.
Correa para labores de costura, 227.
Cinturon-locura, 241.
Cuatro viñetas para esquinas de pañuelos, etc., 242.
Carterilla de labor, 242.
Cuadro á punto de aguja, para colcha, 259.
Cuadro á punto de encage, 266.
Cuadro al crochet, 266, 270, 348.
Cuatro entredoses, 275.
Cubre-macetas, 289.
Centro de un velo de butaca de frivolité, 289.
Cinturon con tirantes, 297.
Corpiño blanco de alpaca, 297.
Cinturon de tafetan, de encage, 313.
Corpiño de muselina con guarnicion, 329.
Corbata de cinta encarnada y negra, 329.
Cuello hecho al crochet, 330.
Cuello de guipur sobre red y frivolité, 329.
Cuna, 345.
Cuadro de guipur cosido, 361.
Costura festoneada, 363.
Corbata de encage, 363.
Cófia de dormir, 364.
Cesto para labores, 373.
Cuadro de guipur sobre red, 386.
Colcha á punto de aguja, 386.
Cojin ó tapete de mesa, 387.
Cojin ó escabel, 269, 402.
Capuchon-chal, 293.
Capuchon á punto de aguja, 293.
Dos cabos de corbata, 20.
Dos cuellos de lienzo adornados de frivolité, 21.
Dibujo de tapicería, 26, 52, 406.
Dos estrellas al crochet tunecido, 49.
Delantal-blusa para niños, 52.
Dos dibujos para lambrequines chinos, 97.
Dos paletots, 109.
Dos peinados, 113.
Dos trages, 115.
Diez dibujos de calados para adornos, etc., 130.
Dos trages para niños, 131.
Dos ramas hechas de cuentas para guarnecer peinados, sombreros, etc., 142, 260.
Diversas borlas de lana, 161.
Dos dibujos para carteras, petacas, etc., 169.
Dos rosáceas para ropa blanca, 181.
Diversos adornos para confecciones, etc., 187.
Dos velos de tul de seda, 187.
Dos orlas de trencilla, 209.
Dibujo para cojin, taburete, etc., 218.
Dibujo para trencilla, 218.
Diversos adornos para cortinas, etc., 226.
Dos saquitos para labores de frivolité, 241.
Dos orlas (cordon y crochet), 260.
Dibujo para adornos de confecciones, corpiños, etc., 260.
Dos dibujos para acericos, porta-agujas, etc., 261.
Dibujo suelto de trencilla, 265.
Dos rosáceas al crochet, 270.
Dos cuadros á punto ruso, 289.
Dibujo para tapete de mesa, 289.
Dos cófias, 290.
Dos orlas á punto ruso, 298.
Dos rombos á punto de aguja para colchas, 306.
Dos cuellos bordados, 313.
Dos ramos al pasado, 329.
Dos entredoses al crochet, 347, 362.
Doble feston, 363.
Dos adornos para ropa blanca, 363.
Dos guarniciones para zagalejos de invierno, 369.
Dos cuadros de lana, 371.
Dibujo para porta-monedas, 386.
Diversas costuras para confecciones, etc., 393.
Dos cuadros de guipur, 394.
Escarpin á punto de aguja, 3. 73, 75, 396.
Encage de guipur sobre red, 5, 19, 275.
Encage al crochet, 5, 6, 98, 185, 298, 263.
Entredos á punto de aguja, 6.
Entredos de frivolité, 19, 195.
Esclavina-manteleta, 81.
El arte de hacer medias, 105, 129.
Exágono al crochet para cubre-piés, 130.
Entredos al crochet, 177, 195.
Espiral de cordon de seda ó de lana, 178.
Encage de punto de aguja, 178.
Encage de frivolité, 179, 195, 263, 387.
Encage y entredoses, 181.
Empuñadura para sombrilla, crochet, 194.
Encage atravesado, á punto atravesado, 194.
Enagua de nansouk, 241.
Estuche para peines de faltriquera, 250.
Entredos (miñardis y crochet), 261.
Esquina de cojin, 313.
El arte de hacer punto de aguja, 313.
Entredos hecho de red y crochet, 365.
Entredos para ropa blanca, 365.
Esquina para cortina de vidriera, 369.
Encage al feston y crochet, 372.
Entredos de miñardis y frivolité, 270.
Fanchon de red, 4.
Fosforera en forma de carcax, 28.
Forro de una pelota de goma elástica, 178.
Funda Noemi, 241.
Fichú María Antonieta, 313.
Fichú de frivolité y crochet, 329.
Fondo de guipur sobre red, 385, 402.
Foudo de frivolité, 387.
Guarniciones para trages, etc., 74.
Gran estrella al crochet, 74.
Gorra para viaje y para el campo, 84.
Guarniciones para tapete de mesa, 161.
Guarniciones de enaguas blancas, 241.
Guarnicion para corpiños blancos, chaquetas, etc., 269.
Guarnicion de guipur sobre red, 289.
Galones de cuentas, 316.
Galon para adornos de trajes de niño, 329.
Guarnicion para corpiños, etc., 365.
Guante á punto de aguja para niño, 35.
Chaqueta ajustada, 81.
Chaqueta para niño, 83, 403.
Chaqueta con cinturon, 105.
Chaqueta con hombreras bullonadas, 161.
Chaleco pespunteado, 81.
Chal al crochet, 398.
Jardinera de junco, 406.
Lambrequin chino para cortinas, etc., 57.
Lazo que reemplaza á un cuello, 241, 260.
Lazo de cinturon, 329.
Lambrequin ó cenefa, 361.
Lazo de corbata de encage y cinta de terciopelo, 372.
Lazo de corbata, 217.
Muebles, 26, 217.
Mesilla de tijera, 102.
Medallon para álbum, 102.
Muceta de camisa bordada con adornos al crochet, 347.
Mesa redonda y dos taburetes, 361.
Manteleta para otoño, 273.
Medallon para porta-moneda, etc., 219.
Marcas para la ropa, 109.
Medallon para cabo de corbata, adornos, etc., 394.
Orla de trencilla ó cuentas, 4, 161, 269.
Orla bordada, 57.
Orla y entredoses, 181.
Orla para cortinas, etc., 250.
Orla para confecciones, 329.
Ornamentos de iglesias, dibujos góticos, 49.
Ocho viñetas, 275.
Punto de agujas y de crochet para colchas, etc., 4, 27.
Palillero y fosforero, 17.
Punto de tela, 19.
Porta-tijeras, 27.
Pantalla estandarte, 57.
Paletot de paño negro, 81.
Punto de aguja, calado, etc., 99.
Pantalla de plumas, 102.
Puño para caballeros, 108.
Puño para señoras, 108.
Peinador Emperatriz, 109.
Peinador para comidas y reuniones, 112.
Peinados, 116.
Pasamanería y adornos para trages, etc., 169.
Peinado para dentro de casa, 97.
Peto á punto de aguja, 196.
Peinados de M. Croisat, 209.
Presilla de trencilla, 218.
Pasamanería hecha al crochet, con cuentas, 267.
Peinados de bodas, 316.
Plomo para las labores de costuras, 369.
Platillo al crochet, para lámpara, 387.
Platillo para frascos, 394.
Puño á punto de aguja, 396.
Puño al crochet, 396.
Roseta al crochet, 22.
Rinconera con lambrequin, 33.
Roseta de cuentas, etc., 59.
Registro de libros, 98.
Ruló ó vivo grueso, 100.
Roseta de cuentas, adornos para tocados, 107.
Rollo para labores de punto de aguja, 193.
Roseta de frivolité, 266.
Roseta de punto de encage, 266.
Rosáceas de frivolité y punto de aguja, 269.
Rosáceas al crochet, 275.
Ramas de cuentas, 313.
Sombreros, 61, 217, 290.
Sombreros de M. Aubert, 109, 401.
Sombreros de primavera, 162.
Saco para ropa blanca, 194.
Sombreros de verano, 193.
Tocado de velillo, 3.
Tira bordada, 33.
Trages de teatro y convite, 73.
Tirantes para niños, 74, 83.
Trages diversos (concierto, comidas, etc.,) 102.
Trage funda con coselete, 105, 329.
Tapetillo sobre cánevas Java, 109, 405.
Tapa-peines con cintas, 113.
Tres vestidos de primavera, 137.
Tocados, 142.
Tira para zagalejos, 161.
Taburete redondo, 161.
Traje de paseo, 162.
Trenza de terciopelo (peinado) y collar de cuentas, 169.
Traje de dormir para niño, 187.
Tapete para mesa de juego, 226.
Trage corto, 265.
Tira para tapete de mesa de juego, 265.
Tira bordada al zurcido, sobre red al sesgo, 265.
Tapetillo para candelero, 265.
Tapetillo para lámpara, 265.
Trage para niña, 274, 361, 369.
Tapete para limpiar las planchas, 275.
Trages para montar, 305.
Trages de campo para señora, 305.
Trenza de cordon. 313.
Tapete de mesa (aplicacion de paño sobre paño), 330.
Tres entredoses al feston y crochet, 371.
Trage recogido, 372.
Tapete ó platillo de red y cinta, 398.
Velo de butaca, 19, 76, 185, 227. 249, 273, 320, 383, 294, 405.
Vestido para niño, 35.
Vestido para niña, 185.
Velo á punto de aguja, 99.
Velillo para globo de lámpara, 102.
Vestidos de paseo y de viaje, 209.
Vestidos de verano, 210.
Velo de tul negro con barbas, 217.
Vestidos para niños, (gimnasia) 305.
Vestidos de invierno, 385.
Velador cubierto de paño, 395.
Zapatilla de tapicería, 4.113.
Zapatilla al crochet, 60.
Zapato para señora, 76.
Zagalejo sesgado hecho al crochet, 27.100.
Zagalejo de franela, 82.
Zapatilla bordada, 161.

Novelas, Revistas, Miscelánéas, Ajedrez, Poesias, etc.

DE LAS SEÑORAS

D.ª Angela Grassi.—El amor filial, 6, 14.
El fondo de la copa, 303, 310.
D.ª Faustina Saez de Melgar.—Los vecinos de Darlingen, 103, 111, 119, 127, 133, 143, 151, 159, 167, 176, 183, 191, 199, 206, 214, 223, 230, 239, 247, 255, 264, 271, 279, 286, 295, 302.
La Vírgen de las Rosas, 375, 382, 391, 398.
Fernan Caballero.—Obrar bien que Dios es Dios, 317.
D.ª Rogelia Leon.—Tradiciones granadinas, 31.
El Génio, 319.
El suicidio 407, 415.
El premio de un aguinaldo, 413.
Emmeline Raymond.—El arte de la costura, 1, 9, 114, 138.
Revista de modas, 14, 28, 61, 163, 171, 178, 242, 332, 365.
Seccion de crochet, 250.
Las comidas en el campo, 261.
D.ª Narcisa Perez Reoyo.—La caida de la hoja, 22.
La nube de la tarde, 312, 319.
Heridas del corazon, 384.
Proteccion de María, 271.
Al insigne poeta D. José Zorrilla, 278.
Caminito de la fuente, 399.
La Hija del Damují.—Al morir la tarde, 56.
A orillas del Jabacoa, 126.
A él, 279.
D.ª Angela Mazzini.—Razon y sentimiento, 56.
El insomnio, 223.
Una lágrima, 400.
D.ª Julia Perez Montes de Oca.—A un arroyo seco, 56.
D.ª Úrsula Céspedes del Escanaverino.—Obras de misericordia, 56.
A mi pensamiento, 168.
Yo quiero darte mas, 408.
D.ª Carlota Robreño.—Vuelta á la pátria, 112.
El Prisionero, 127.
D.ª Victorina Ferrer Saldaña de Corrous.
Un sueño, 144.
Luciana, cuento, 406.
D.ª Isabel Campo Arredondo.—Magnetismo

musical, 163.
D.ª Catalina Rodriguez.—Mis cumpleaños, 166.
Canto á Cuba, 191.
Recuerdos en el Campo, 214.
Ansiedad, 240.
Rosa C.····, 246.
El fátuo afrancesado, 326.
D.ª Sofia Esteves y Valdés.—Al Hijo del Damují, 355.

DE LOS SEÑORES.

D. Francisco Flores Arenas.—Revista de Cádiz, 288.
Revista de teatros, 296.
D. José M. Leon y Dominguez.—Una noche en el castillo de Hus, 78.
D. Antonio de Trueba.—Los amores de un rey, 135.
Alboradas, 198.
D. José Selgas.—Año nuevo, 7.
El nuevo encanto de la mujer, 316.
Pensamientos íntimos, 380.
D. Julio Nombela.—Revista de Madrid, 15.
Ecos de Madrid, 229.
La vida de la muerte, 342, 355.
Fidelio.—Revista de París, 352, 368, 381, 388, 414.
D. José María de Goizueta.—Maitagarri, 15, 22, 31, 37.
D. Juan Alonso y Eguilaz.—El Viejo, 22.
Siempre contento, 166.
Teatro indio, 203, 214.
D. Remigio Caula—El canto de les helenos, 47, 55, 63, 71, 79, 87, 93.
Los saludos, 64.
Todo el año es carnaval, 72.
A la Vírgen, 120.
Un Colegio de Señoritas en provincia, 175, 182, 188, 196, 207, 215, 222, 231, 237.
Amor sin esperanza, 399.
D. F. J. Simonet.—Tradiciones religiosas de España, 72.
La música entre los árabes españoles, 102.
La córte y el campo, 190.
Antigüedades gaditanas, 220.
Recuerdos de Córdoba, 366.
La Concepcion Inmaculada de María Santísima, 392.
D. Enrique Conscience.—Recuerdos juveniles, 311, 319, 327, 335, 343, 350, 359, 367, 374, 383, 392, 400.
D. Eusebio Martinez de Velasco.—Cada oveja con su pareja, 62.
Un cuento ejemplar, 70.
Mi anillo, 88.
Al pié de una cruz, 117.
Elena de Ossorio, 254, 262, 270, 276.
En la Opera, 324.
D. Antonio de San Martin.—A la distinguida poetisa, D.ª Blanca Gasot, 30.
Suspiros de la selva, 150.
El amor, 294.
A mi corazon, 399.
D. J. M. Franco de Teran.—Un episodio del primer viaje al rededor del mundo, 338.
El castigo de un blasfemo, 390.
D. M. Seco y Schely.—La flor de nuestra esperanza, 152.
Caridad, 358, 365, 373.
D. Antonino Chocomeli Codina.—Tu ventana, 87.
Una lágrima, 112.
Las madres, 165.
El báculo y la fuente, 192.
Las ilusiones, 223.
Mis cantares, 246.
El recuerdo, 295.
La desposada, 399.
El alma herida, 416.
D. José C. Bruna.—Revista de Florencia, 181.
Cartas florentinas, 263, 334, 383.
El Vizconde de S. Javier.—El Castillo de Solera, 244.
El Conde de Fabraquer.—El polvo, 224.
Amor y desventura, 285, 293, 303.
D. Co[illegible]tino Gil.—Cantares, 56.
Los [illegible] elementos, 64.
D. Ernesto García Ladevese.—Virginia, 24.
La hoja seca, 88.
El eco de las olas, 118.
La nieve, 262.
Yo.—Qué grande es la Creacion, 30.
D. Rafael Serrano Alcázar.—Lo que me enamora, 30.
Cuentas equivocadas, 94.
D. J. Tomeo y Benedicto.—La piedra filosofal, 35.
D. Rafael Sanchez y García.—Las espigas del trigo, 64.
D. Ventura Ruiz Aguilera.—Proverbios ejemplares, 85,
D. Carlos Cano y Nuñez.—Dolora, 87.
Los deseos, 103.
En un álbum, 328.
Primeras flores, 238.
D. Aureliano Ruiz.—Salve, 118.
D. Antonio Sanchez S. de Moguel.—Elegía, 135.
D. Agustin Sartorio.—La Encarnacion del Hijo de Dios, 134.
A Granada, 199.
El sol y la nubecilla, 407.
D. M. de Palacio.—En un álbum, 134, 169.
Una cancion por un almuerzo, 149.
Un drama en Sierra Morena, 172.
D. Luis García de Luna.—Madrid de antaño y Madrid de hogaño, 119, 125.
D. José Muñoz y Gaviria.—Seraphia, 142.
Rubens, 310.
D. Filiberto Abelardo Diaz.—El epitafio de la doncella, 150.
La doncella y el arroyuelo, 271.
El Hijo del Damují.—Lontananza, 166.
En el álbum de una andaluza, 271.
A Sofía Estévez, 343.
D. G. Gonzalez Moreno.—La Estrella del Norte, 200.
D. N. B. de Illa.—La violeta silvestre, 210.
D. José Fernandez Bremon.—Las hermanitas de los pobres, 349.
D. Ginés Escanaverino de Linares.—Mañana, 288.
D. Joaquin Ambrosio Palacio.—A una violeta, 256.
D. Angel Mestre y Tolon.—Al rio Canimar, 238.
D. Enrique Gallardo del Pino.—Roma en 1867, 243.
A. B. de C.—El sueño del entierro, 332.
A***—Felipe, 290.
A. de M. y G.—Acuérdome de tí, 232.
C.—La sepultura en el mar, 76.
Episodio marítimo, 158.
M. de F.—Una aventura trágica, 95, 102.
Escenas de la vida marítima, 110.
Un matrimonio griego en Atenas, 282.
El ventrilocuo, 307.
Comparacion de la mortalidad entre célibes y casados, 327.
Los piratas americanos, 39, 46, 53.
Revista y Crónica de la Exposicion universal de 1867, 80.
La Semana Santa, 120.
Baños y aguas minerales de Chiclana, 184.
Economía doméstica, 228.
Instituto de las religiosas del Amor de Dios, 296.
Lotería nacional extraordinaria, 304.
Biblioteca, 308.
A nuestras suscritoras, 361, 408, 416.
Problemas de Ajedrez, 16, 24, 32, 48, 56, 64, 72, 88, 96, 104, 112, 116, 152, 160, 168, 192, 216, 224, 232, 240, 248, 256, 264, 272, 280, 288, 296, 304, 312, 320, 328, 336, 344, 360, 376, 384, 392, 408.
Charadas, 8.
Geroglíficos, 40.
Logogrifos, 344, 360.
Salto del caballo, 224, 272, 312.

Música.

La Candorosa, 300.
Un cariño, 309.

Explicacion de la hoja de patrones.

Abrigo con esclavina para niña, 354.
Adornos de cuentas, 155.
Adornos para paletot, sacos, etc., 377.
Bandó de cinta de moer, 155.
Bata para caballero, 201.
Babadero pespunteado, con cinturon, 91.
Berta-corpiño, 66.
Berta Wateau, 9.
Botito al crochet, para niño, 46.
Bolsa de viaje, 281.
Blusa para niño, 236.
Capa de verano, 148.
Capuchon de terciopelo, 41, 42.
Capuchon con esclavina, 67.
Canastillo de tafetan y cuentas, 259.
Camisola para señora, 377, 380.
Camisola con guarnicion á puntas, 378.
Camiseta para caballero, 377.
Camisa para señorita, 379, 409, 411, 412.
Casita de mimbre, 147.
Casquete bordado para caballero, 42.
Calzados, 67.
Castaña trenzada, 70.
Cesta para ropa blanca, 146.
Cinturon con puntas, 13.
Cinturon con rosetas, 91.
Cinturon con presillas, 237, 409.
Cinturon con lazo, 237.
Cinturon de reps negro (de cinta), 203.
Cófia Magdalena, 10.
Cófia mamá, 11.
Cófia con cuadros, 12.
Cófia fanchon, 12.
Cófia tocado, 13.
Cófia Lambaye, 13.
Cófia con cadenetas, 14.
Cófia para señora de edad, 45, 412.
Cófia sin fondo, 45.
Cófia Corina, 124.
Cófia María Stuard, 124.
Cófia siciliana, 124.
Cófia catalana, 147.
Cófia para señora jóven, 322.
Cófias de dormir para señora, 380, 411.
Corpiño montante, 43, 123.
Corpiño montante para niña, 45, 409, 410.
Corpiño escotado de muselina, 65, 66.
Corpiño escotado de tul bullonado y terciopelo, 89.
Corpiño de guipur, 92.
Corpiño péplum, 97.
Corpiño de tul negro, 148.
Corpiño para señora de edad, 237.
Corpiño con bordado Breton, 282.
Corpiño de muselina con adornos de lienzo, 322.
Corsé exterior para niño, 10.
Corsé para niños, 91.
Cojin de viaje, 201.
Coselete para niña, 282.
Coselete de tafetan para señora, 282.
Costura de un boton, 378.
Collares de cinta de terciopelo 149.
Cuatro cófias para señora de edad, 201.
Cuello á puntas con su correspondiente manga, 122.
Cuello Moliere con idem, 122.
Cuello con alamares, é idem, 122.
Cuello con discos, é idem, 122.
Cuello Luis XV, con idem, 122.
Cuello con rombos, é idem, 122.
Cuello adornado de guipur, con idem, 122.
Cuello y manga con bordado ruso, 123.
Cuellos para caballeros, 379.
Crinolina reducida, 42.
Diversos lazos de cinta, 121.
Dos sombreros de primavera ó verano, 155.
Dos rosáceas de tafetan y cuentas, 258.
Delantal de lienzo gris para niña, 235.
Delantal de lienzo gris para niño, 321.
Enagua interior cortada á nesgas, 145.
Entredos al crochet, 323.
Espejo de faltriquera, 202.
Esclavinas, 90, 91, 236.
Fichú de tul negro, 145.
Fichú con faldones, 147.
Gorra de cachemira para niño, 42.
Gorra sueca, 70.
Guarniciones para enaguas interiores, 146.
Chaqueta con puntas, 69.
Chaqueta de fulard blanco, 337.
Chaqueta para señorita, 12, 41, 123.
Chaqueta de gró negra, 123.
Chaqueta de cachemira blanca, 201.
Chaqueta con faldones puntiagudos, 236.
Chaqueta bordada, 282.
Chaqueton-saco para jovencito, 321.
Chaqueton de otoño y de invierno, 338.
Chaleco para caballero, 92.
Lazo de raso, 235.
Liga bordada, 43.
Levita ajustada para viajes y paseos, 322.
Medio corsé, 235.
Moldes de sombreros, 66.
Orla al crochet con cuentas, 378.
Orla de frivolité, 378.
Palatina y manguito para niña, 66.
Paletot para niño, 153, 154.
Paletot para señorita, 148, 154.
Paletot Aurelia, 155.
Paletots. Amazona, Cardenal, Luisa, Diana, Clotilde, 158.
Paletot de franela encarnada, 203.
Paletot cantrabandista para niña, 233.
Paletot de gró de canutillo, 234, 235.
Paletot para señora de edad, 236.
Paletot para niña, 236, 354.
Paletot de moleton blanco para niña, 281.
Platillo de cordon ó trencilla de lana, 337.
Puños para caballeros, 379.
Prensa para los guantes, 11.
Ropa blanca, 122.
Rotonda (salida de baile), 91.
Salida de baile con capuchon, 43.
Saco para labor, 321.
Seis modelos de corbata, 148.
Sombreros para niños, 70.
Sombrero con presilla, 70.
Sombrillas, 202.
Tapetillo de lámpara, 91.
Talma con capuchon para niña, 91, 237.
Trages de niños, 67, 323, 337, 233, 338.
Trage de Amazonas, 322.
Trage con esclavina para niña, 67, 237.
Trage de paseo y de viaje, 201.
Trage de primavera para señorita, 121.
Trage cortado á nesgas, 68.
Tocado bayadera, 70.
Tscado de cinta de terciopelo encarnado, 145.
Vestido completo para niños, 44, 202, 203, 257, 281.
Vestido de colegio y de casa para niña, 258.
Zagalejo pespunteado, 69.

Explicacion de figurines.

Enagua interior de cachemira, 48, 176.
Enagua plegada de paño, 328.
Enagua de tafetan, 48, 192, 304.
Explicacion de la lámina iluminada de sombreros, 24.
Explicacion de sombreros, 216.
Figurines de disfraces, 8, 416.
Sombreros, 408.
Trage de terciopelo, 16, 120.
Trage de tafetan, 16, 40, 152, 176, 232.
Trage de niña, 32, 288.
Trage de niño, 32, 288.
Trage de debajo de raso, 56, 96, 120.
Trage de paño, 79, 88, 152.
Trage de gró, 96.
Trage de debajo de tafetan, 104, 128, 256, 264, 272, 296, 328, 336, 352, 360.
Trage de raso, 128, 392.
Trage de debajo de fulard, 136, 168, 208, 232, 272, 304.
Trage de debajo de tul, 136, 168.
Trage corto, zagalejo y paletot, 184.
Trage de paño de seda, 192, 200, 336, 384.
Trage de fulard, 256, 264, 392.
Trage de pelo de cabra, 296.
Trage de debajo de paño, 320, 384.
Trage de popelina, 360.
Trage de Palmirene, 368.
Trage de gasa de seda, 368.
Trage-funda de terciopelo, 64, 81.
Trage-funda con coselete, 64.
Trage de debajo con mangas estrechas, 248.
Vestido de boda, 40, 184, 352.
Vestido de señorita, 104.
Zagalejo de tarlatan, 79, 88, 200.
Zagalejo de fulard, 208.
Zagalejo de pelo de cabra, 248.

Explicacion de grabados de modas.

Albornoz para baños de mar, 189.
Capa de viaje, 189.
Chal de cachemira, 189.
Enagua interior de paño castaño, 5.
Enagua de cachemira, 5, 21, 61, 109.
Enagua de tafetan, 37, 133, 405.
Enagua de terciopelo inglés, 61.
Enagua de tejido de lana, 341.
Enagua de debajo de tafetan, 317.
Redingote de popelina, 349.
Trage de raso, 5, 53, 397.
Trage de tafetan, 21, 37, 53, 117, 149, 212, 277, 293, 317, 341, 365, 389, 397.
Trage de alpaca, 21, 173, 181, 301.
Trage de boda de seda blanco, 29, 40.
Trage de señorita, 33, 61, 132.
Trage corto de natté gris, 37.
Trage de tela de lana, 77.
Trage de paño, 77.
Trage para convite, 77.
Trage de pelo de cabra, 117, 173, 221, 277, 293, 301.
Trage de poult de seda, 117
Trage de debajo de tafetan, 132, 133, 212, 381, 413.
Trage de raso, 133, 405.
Trage de fulard, 149, 173, 181, 213, 221, 225, 261, 301.
Trage de coselete, 173.
Trage de sultana blanca, 173,
Trage de moer, 173, 213, 253.
Trage corto de pelo de cabra, 213.
Trage de niña, 221, 325.
Trage de linó, 225.
Trage-redingot, 229.
Trage de cretona, 229.
Trage corto 245, 253.
Trage de popelina, 277, 341.
Trage de debajo con corpiño montante, 317.
Trage de niño, 321.
Trage de cachemira, 365.
Trago de red de seda, 381.
Trage-funda de sultana, 212.
Variedad de paletots, 354, 356, 357. (La explicacion en la hoja de patrones n.º 13.)
Vestido de la madre de la novia, 85.
Vestido de la hermana de la novia, 85.
Vestido de novia, 85.
Vestido para primera comunion, 128.
Vestido de baile, 132.
Vestido de señorita jóven, 229.
Zagalejo de tafetan, 253, 349.
Zagalejo, trage y paletot de popelina, 109.
Zagalejo, trage y paletot de seda, 109.
Zagalejo de fulard, 181, 245, 413.
Zagalejo y trage de moer, 181, 261, 245.
Zagalejo y trage de pelo de cabra, 261.
Zagalejo de cachemira, 293, 349, 365.
Zagalejo de cretona, 389.
Zagalejo de paño, 389.

LA MODA

ELEGANTE

1857.

B
24
4